

TREVOR BRYCE

EL REINO DE LOS HITITAS



cátedra

Trevor Bryce

El reino de los hititas

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

Título original de la obra:
The Kingdom of the Hittites

Ilustración de cubierta: Charles Texier, *Ruinas de Yenicekele*

Traducción de José Luis Rozas López

© Trevor Bryce 1998

This translation of *The Kingdom of the Hittites* originally
published in English in 1998 is published by arrangement
with Oxford University Press

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2001
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 26.555-2001

I.S.B.N.: 84-376-1918-1

Printed in Spain

Impreso en Lavel, S. A.

Índice

ABREVIATURAS	15
LISTA DE LOS REYES HITITAS	19
MAPAS	21
INTRODUCCIÓN	25
CAPÍTULO 1. Los orígenes de los hititas	31
Anatolia en el Bronce Temprano	31
Los reinos del Bronce Temprano	32
La presencia indoeuropea en Anatolia	34
Los hattianos	35
Etnias en el Bronce Medio	38
¿Quiénes eran los hititas?	40
CAPÍTULO 2. Anatolia en el período de las colonias comerciales asirias	45
Las colonias de mercaderes	45
La ciudad de Kanes	47
Los reinos de la Anatolia central en la época colonial	48
Los incentivos de la empresa comercial asiria	50
La organización de las empresas mercantiles	53
Transporte y venta de las mercancías	55
Cómo eludir los impuestos	56
Desarrollo político en Anatolia durante el período colonial	58
Tensión entre Marna y Kanes	60
La dinastía de Pithana	61

El imperio construido por Anitta	64
Las consecuencias de las conquistas de Anitta	67
CAPÍTULO 3. Territorios y primeros rivales de Hatti	69
Reconstrucción de un mapa del mundo hitita	69
Los territorios que comprendía el mundo hitita	72
El territorio nuclear del reino	72
Territorios periféricos al solar patrio	74
Estados vasallos	76
Los virreinos	79
Primeros rivales del reino	79
Los luwitas	80
Los hurritas	82
Otras potencias del Próximo Oriente	84
CAPÍTULO 4. Los cimientos del reino: los reinados de Labarna y de Hattusili I (c. 1620)	89
Las consecuencias del período de las colonias asirias	89
Primeros registros hititas	91
El primer Labarna	93
Rebelión en Sanahuitta	96
Hattusili se convierte en rey	98
Los hititas invaden Siria	100
Una incompetente operación de asedio	102
La campaña de Hattusili en Arzawa	104
Rebelión de los estados súbditos	105
La segunda campaña siria	107
¿Qué consiguió Hattusili con estas campañas?	110
La ideología de la monarquía	112
Las posteriores campañas de Hattusili	114
La asamblea de Kussara	115
Una familia indisciplinada	115
La elección de un nuevo rey	117
¡Una abominación para la vista!	119
Un nuevo heredero al trono	120
La <i>Tawananna</i>	122
Algunas preguntas cruciales	125
CAPÍTULO 5. Las luchas por la sucesión real: de Mursili I a Muwatalli I (c. 1620-1400)	127
Mursili llega a rey	127
Hasta Alepo y más allá	128
La mano del asesino	131
El reinado de Hantili	132

«Ahora el derramamiento de sangre se ha hecho costumbre»	134
Intentos de Telepinu por recuperar los territorios perdidos	136
El reino de Kizzuwadna	137
Continúa el derramamiento de sangre	139
Normas para la sucesión	140
El <i>panku</i> en el reinado de Telepinu	143
Los sucesores de Telepinu	145
Un rey desconocido hasta ahora	149
La escena general en el Oriente Próximo	151
La expansión del reino de Mitanni	152
Nuevas campañas egipcias en Siria	155
 CAPÍTULO 6. Comienza una nueva era: de Tudhaliya I/II a Tudhaliya III	 159
El primer Tudhaliya	159
¿Cuántos gobernantes en los principios del Reino Nuevo?	161
Tudhaliya marcha hacia occidente	162
Amenazas desde el este y el norte	165
El corregente de Tudhaliya	167
Las hazañas de Madduwatta	168
Política hitita respecto al oeste	175
Acontecimientos en Siria	178
El Tratado de Sunassura	179
Vuelta a Siria	180
Amuwanda como único gobernante	183
Mitanni y Egipto pactan	185
Crisis en el País de Hatti	187
Tudhaliya contrataca	190
Un reino reconquistado	194
 CAPÍTULO 7. La supremacía de Hatti: el reinado de Suppiluliuma I (c. 1344-1322)	 197
Suppiluliuma sube al trono	197
Movimientos de apertura en el conflicto de Mitanni	198
La familia de Suppiluliuma	202
La Gran Guerra siria	204
El reino de Ugarit	206
Los países de Nuhasse	209
El reino de Amuru	210
Suppiluliuma consolida sus conquistas en Siria	219
«¡Tal cosa no me había ocurrido en la vida!»	223
Una alianza matrimonial abortada	225
Problemas en el flanco oriental	229
Se reforman las fronteras	230

Las funciones de los virreyes	233
La herencia de Suppiluliuma	234
CAPÍTULO 8. Un joven rey demuestra su valía: el reinado de Mursili II (c. 1321-1295)	237
El breve reinado de Arnuwanda II	237
El «niño» en el trono	239
Los críticos primeros años del reinado de Mursili	240
Campañas en el norte	246
Rebelión en Siria	248
Guerra en tres frentes	250
La epidemia	255
La madrastra del rey	257
La segunda esposa de Mursili	262
Una nueva rebelión en el oeste	263
Hacia el norte una vez más	266
Deportaciones	268
El daño en el habla del rey	271
CAPÍTULO 9. El enfrentamiento con Egipto: el reinado de Muwatalli II (c. 1295-1272)	275
El resurgir de Egipto	275
Programas de repoblación en el norte	276
La presentación de Piyamaradu	278
El nacimiento de la dinastía XIX en Egipto	283
El traslado de la sede real a Tarhuntassa	286
Preparación para el conflicto	289
La batalla de Kadesh (1274)	291
Revisión del reinado de Muwatalli	298
El juicio de Tanuhepa	299
CAPÍTULO 10. El malhadado reinado del hijo de segundo rango: el reinado de Urhi-Tesub (c. 1272-1267)	303
Un niño enfermizo	303
El gobernante del Reino del Norte	305
El matrimonio de Hattusili con Puduhepa	308
Más tratos con Arma-Tarhunda	309
Un hijo de segundo rango ocupa el trono	310
Hattusa vuelve a ser la capital	312
Problemas al otro lado del Éufrates	316
El derrocamiento de Urhi-Tesub	320
Hattusili se convierte en rey	324
El exilio	325

CAPÍTULO 11. Hatti y el mundo de la diplomacia internacional: el reinado de Hattusili III (c. 1267-1237)	329
Hattusili como diplomático internacional	329
Otro potencial aspirante al trono	332
El heredero de Hattusili	336
La preparación del tratado con Ramesses	339
El tratado con Egipto	342
Relaciones entre Hatti y Egipto después del tratado	347
Una boda real	348
Nuevas comunicaciones entre las cortes reales	350
Puduhepa	353
Campañas en Anatolia	358
El legado de Hattusili	362
CAPÍTULO 12. Nuevas iniciativas, nuevas amenazas: el reinado de Tudhaliya IV (c. 1237-1209)	365
La preparación de Tudhaliya para el trono	365
Una esposa para el heredero del trono	368
Otros problemas del nuevo rey	370
Favores otorgados a los miembros de la familia	374
Vale Masturi	376
La «Carta de Milawata»	378
¿El final de la intervención de Ahhiyawa en el Oriente Próximo?	382
Una problemática alianza matrimonial	384
Resurge la amenaza asiria	387
¿Un golpe de estado en Hattusa?	393
La conquista de Alasiya	395
Los logros de Tudhaliya	398
CAPÍTULO 13. La caída del reino y sus consecuencias	401
Últimas campañas en el oeste	403
¿Escasez de alimentos en Hatti?	404
Las batallas navales de Suppiluliuma	406
Los Pueblos del Mar	407
La caída del reino hitita	415
Repercusiones en otras grandes potencias	420
¿Qué ocurrió con los hititas?	422
Los sucesores de los hititas en Anatolia	426
Los hititas en la tradición bíblica	430
CAPÍTULO 14. La guerra de Troya: émito o realidad?	433
La imperecedera fascinación de Troya	433
Posibles fuentes anatolias sobre Troya	435
El papel de Troya en los asuntos de Anatolia	437

La identificación de la Troya «homérica»	439
La formación de una epopeya	442
UN COMENTARIO FINAL	447
APÉNDICE 1: CRONOLOGÍA	451
APÉNDICE 2: FUENTES PARA LA HISTORIA HITITA: UN REPASO	459
BIBLIOGRAFÍA	471

Agradecimientos

Al preparar este libro he recurrido a las aportaciones hechas por muchos especialistas en el campo del conocimiento hitita. Me gustaría, no obstante, expresar de forma especial mi agradecimiento al profesor Silvin Kořak que amablemente accedió a leer el libro en su etapa de borrador y que me hizo muchos y valiosos comentarios y sugerencias, particularmente en relación con los pasajes traducidos. Sean cuales fueren los méritos del libro, se ha beneficiado mucho de sus contribuciones. Quisiera, también, expresar mi gratitud al profesor Oliver Gurney por sus consejos de tantos años sobre un amplio rango de materias relativas al mundo hitita. Él hizo mucho por estimular mi interés inicial por este mundo y siempre ha sido el más generoso en compartir sus ideas sobre muchos de los intrincados problemas del saber hitita.

T. B.

Junio, 1996

Abreviaturas

(Las abreviaturas en tipo normal se refieren a publicaciones de los textos originales.)

<i>AA</i>	<i>Archäologischer Anzeiger.</i>
ABoT	K. Balkan, <i>Ankara arkeoloji müzesinde bulunan Boğazköy-tableteri</i> (Estambul, 1948).
<i>AfO</i>	<i>Archiv für Orientforschung.</i>
<i>ÄHK</i>	E. Edel, <i>Die Ägyptisch-hethitische Korrespondenz aus Boghazköy</i> (Opladen, 1994).
<i>AJA</i>	<i>American Journal of Archaeology.</i>
<i>AM</i>	A. Goetze, <i>Die Annalen des Mursilis</i> , <i>MVAG</i> 38 (1933, Leipzig, reimp. Darmstadt, 1967).
<i>AO</i>	<i>Archiv Orientalní.</i>
<i>AOAT</i>	<i>Alter Orient und Altes Testament.</i>
<i>AOF</i>	<i>Altorientalische Forschungen.</i>
<i>AS</i>	<i>Anatolian Studies.</i>
<i>AT</i>	D. Wiseman, <i>The Alalakh Tablets</i> (Londres, 1953).
<i>ATHE</i>	B. Kiesnat, «Die altassyrischen Texte des orientalischen Seminars der Universität Heidelberg und der Sammlung Erlenmeyer-Basel» (Berlín, 1960).
<i>BASOR</i>	<i>Bulletin of American Schools of Oriental Research.</i>
<i>BIN</i>	<i>Babylonian Inscriptions in the Collection of James B. Nies.</i>
<i>BiOr</i>	<i>Bibliotheca Orientalis.</i>
<i>Bo</i>	<i>Bogazköy: Istanbul and Berlin inventory.</i>
<i>BoTu</i>	E. Forrer, <i>Die Boghazköy-Texte in Umschrift = WVDOG</i> 41, 42 (Berlín, 1922, 1926).
<i>CAH</i>	<i>Cambridge Ancient History.</i>
<i>CCT</i>	<i>Cuneiform Texts from Cappadocian Tablets in the British Museum.</i>

CHD	<i>The Hittite Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago.</i>
CPh	<i>Classical Philology.</i>
CR	<i>Classical Review.</i>
CRAI	<i>Comptes rendues de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres.</i>
CTII	E. Laroche, <i>Catalogue des textes hittites</i> (Paris, 1971).
DS	H. G. Güterbock, «The Deeds of Suppiluliuma as Told by his Son, Mursili II», <i>JCS</i> 10 (1956), 41-68, 75-98, 101-130.
EA	<i>The El-Amarna letters</i> , más reciente ed. Moran 1987, 1992.
Fs Alp	H. Otten, E. Akurgal, H. Ertem y A. Süel, <i>Hittite and other Anatolian and Near Eastern Studies in honour of Sedat Alp</i> (Ankara, 1992).
Fs Bittel	R. M. Boehmer y H. Hauptmann, <i>Beiträge zur Altertumskunde Kleinasien (Festschrift für Kurt Bittel)</i> (Mainz am Rhein, 1974).
Fs Güterbock I	K. Bittel, Ph. H. Houwink ten Cate y E. Reiner, <i>Anatolian Studies presented to H. G. Güterbock</i> (Estambul, 1974).
Fs Güterbock II	H. A. Hoffner y G. M. Beckman, <i>Kanishwar: A Tribute to Hans G. Güterbock on his Seventy-Fifth Birthday</i> (Chicago, 1986).
Fs Houwink ten Cate	T. Van de Hout y J. De Roos, <i>Studia Historiae Ardena (Ancient Near Eastern Studies Presented to Philo H. J. Houwink ten Cate on the Occasion of his 65th Birthday)</i> (Estambul, 1995).
Fs Laroche	<i>Florilegium Anatolicum (Mélanges offerts à Emmanuel Laroche)</i> (Paris, 1979).
Fs Mansel	<i>Mélanges Mansel</i> (Ankara, 1974).
Fs Meriggi	O. Carruba, <i>Studia Mediterranea Piero Meriggi Dicata</i> (Pavía, 1979).
Fs Mylonas	<i>Festschrift für Georgios E. Mylonas, Tome A'</i> (Atenas, 1986).
Fs Neve	<i>IM</i> 43 (1993).
Fs Otten I	E. Neu y C. Rüster, <i>Festschrift Heinrich Otten</i> (Wiesbaden, 1973).
Fs Otten II	E. Neu y C. Rüster, <i>Documentum Asiae Minoris Antiquae (Festschrift Heinrich Otten)</i> (Wiesbaden, 1988).
Fs Özgüç	K. Emre, B. Hrouda, M. J. Melink y N. Özgüç, <i>Anatolia and the Near East (Tashin Özgüce Armağan)</i> (Studies in honour of Tashin Özgüç) (Ankara, 1989).
HT	L. King, <i>Hittite Texts in the Cuneiform Character from Tablets in the British Museum</i> (Londres, 1920).
HUCA	<i>Hebrew Union College Annual.</i>

IBoT	<i>Istanbul Arkeoloji Müzelerinde Bulunan Boğazköy Tabletleri (inden Segme Metinler)</i> (Estambul, 1944, 1947, 1954; Ankara, 1988).
IF	<i>Indogermanische Forschungen.</i>
IM	<i>Istanbuler Mitteilungen.</i>
JAC	<i>Journal of Ancient Civilizations.</i>
JAOS	<i>Journal of the American Oriental Society.</i>
JEA	<i>Journal of Egyptian Archaeology.</i>
JEOL	<i>Jahrbuch Ex Oriente Lux.</i>
JHS	<i>Journal of Hellenic Studies.</i>
JIES	<i>Journal of Indo-Europeans Studies.</i>
JKF	<i>Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung.</i>
JMA	<i>Journal of Mediterranean Archaeology.</i>
JNES	<i>Journal of Near Eastern Studies.</i>
JOAI	<i>Jahresheften des Österreichischen Archäologischen Instituts.</i>
JWH	<i>Journal of World History.</i>
KBo	<i>Keilschrifttexte aus Boghazköy</i> , Leipzig y Berlin.
KRI	K. A. Kitchen, <i>Ramesseid Inscriptions, Historical and Biographical I-VII</i> , Oxford, 1969.
kt	Excavación núm. de los textos de Kültepe Kanes.
KTHahn	J. Lewy, <i>Die Kültepe-Texte aus der Sammlung Frida Hahn</i> (Berlín y Leipzig, 1930).
KTP	F. J. Stephens, <i>The Cappadocian Tablets in the University Pennsylvania Museum.</i>
KUB	<i>Keilschrifturkunden aus Boghazköy</i> , Berlín.
LAAS	<i>Liverpool Annals of Archaeology and Anthropology.</i>
LS	K. K. Riemschneider, «Die hethitischen Landschensurkunden», <i>MIO</i> 6, 1958, 321-81.
MAOG	<i>Mitteilungen der Altorientalischen Gesellschaft.</i>
MDAI	<i>Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts.</i>
MDOG	<i>Mitteilungen der deutschen Orient-Gesellschaft.</i>
ME	Middle Euphrates texts.
MIO	<i>Mitteilungen des Instituts für Orientforschung.</i>
MsK	Texts from Meskene (Emar).
MVAG	<i>Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft.</i>
NBC	<i>Nies Babylonian Collection</i> , Yale.
OA	<i>Oriens Antiquus.</i>
OJA	<i>Oxford Journal of Archaeology.</i>
OLZ	<i>Orientalische Literaturzeitung.</i>
Or	<i>Orientalia.</i>
PD	E. F. Weidner, <i>Politische Dokumente aus Kleinasien</i> (Leipzig, 1923; reimp. Nueva York, 1970).
PRU IV	J. Nougayrol, <i>Le Palais Royal d'Ugarit IV</i> (Mission de Ras Shamra, tome IX) (Paris, 1956).

PRU VI	J. Nougayrol, <i>Le Palais Royal d'Ugarit VI</i> (Mission de Ras Shamra, tome XII) (Paris, 1970).
RA	<i>Revue Archéologique</i> .
RAss	<i>Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale</i> .
RH/A	<i>Revue hittite et asiatique</i> .
RLA	<i>Reallexikon der Assyriologie und vorderasiatischen Archäologie</i> .
RS	Tablets from Ras Shamra.
SAK	<i>Studien zur altägyptische Kultur</i> .
SBo	H. G. Güterbock, <i>Siegel aus Bogazköy I-II</i> (Berlin, 1940-1942).
SMEA	<i>Studi Miceni ed Egeo-Anatolici</i> .
StBoT	<i>Studien zu den Bogazköy-Texten</i> .
TAPS	<i>Transactions of the American Philosophical Society</i> .
TC	<i>Tablettes cappadociennes</i> .
TCu	<i>Textes cunéiformes</i> , Louvre.
TTKB	<i>Türk Tarih Kurumu Basimevi</i> , Ankara.
TTY	<i>Türk Tarih Kurumu Yayinlari</i> .
TUAT	<i>Textes aus der Umwelt des Alten Testament</i> .
UF	<i>Ugarit-Forschungen</i> .
VBoT	<i>Verstreute Bogazköy-Texte</i> .
WO	<i>Die Welt des Orient</i> .
WVDOG	<i>Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft</i> .
WZKM	<i>Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes</i> .
ZA	<i>Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie</i> .
ZDMG	<i>Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft</i> .

Lista de los reyes hititas

REINO ANTIGUO

Labarna	-1650	
Hattusili I	1650-1620	(nieto?)
Mursili I	1620-1590	(nieto, hijo adoptado)
Hantili I	1590-1560	(cuñado)
Zidanta I	1560-1525	(yerno)
Ammuna		(hijo)
Huzziya I		(hermano de la nuera de Ammuna)
Telepinu	1525-1500	(cuñado)
Alluwamna	1500-1400	(yerno)
Tahurwaili		(intruso)
Hantili II		(hijo de Alluwamna?)
Zidanta II		(hijo?)
Huzziya II		(hijo?)
Muwatalli I		(intruso)

NUEVO REINO

Tudhaliya I/II	1400-1360 ¹	(nieto de Huzziya II?)
Arnuwanda I		(yerno, hijo adoptado)
Hattusili II?		(hijo?)
Tudhaliya III	1360-1344	(hijo?)
Suppiluliuma I	1344-1322	(hijo)

¹ Incluye el período de coregencia.

Arnuwanda II	1322-1321	(hijo)
Mursili II	1321-1295	(hermano)
Muwatalli II	1295-1272	(hijo)
Urhi-Tesub	1272-1267	(hijo)
Hattusili III	1267-1237	(tío)
Tudhaliya IV	1237-1228	(hijo)
Kurunta	1228-1227	(primo)
Tudhaliya IV ²	1227-1209	(primo)
Arnuwanda III	1209-1207	(hijo)
Suppiluliuma II	1207	(hermano)

Nota: Todas las fechas son aproximadas. Cuando es imposible sugerir, ni siquiera de manera aproximada, fechas para los reinados individuales de dos o más reyes consecutivos, el período abarcado por la serie es calculado aproximadamente sobre la base de 20 años por reinado. En tanto que unos reinados duraron más tiempo y otros menos, es probable que la media de todos produzca un resultado con un margen de error razonablemente pequeño.

² Segundo período como rey.

Mapas



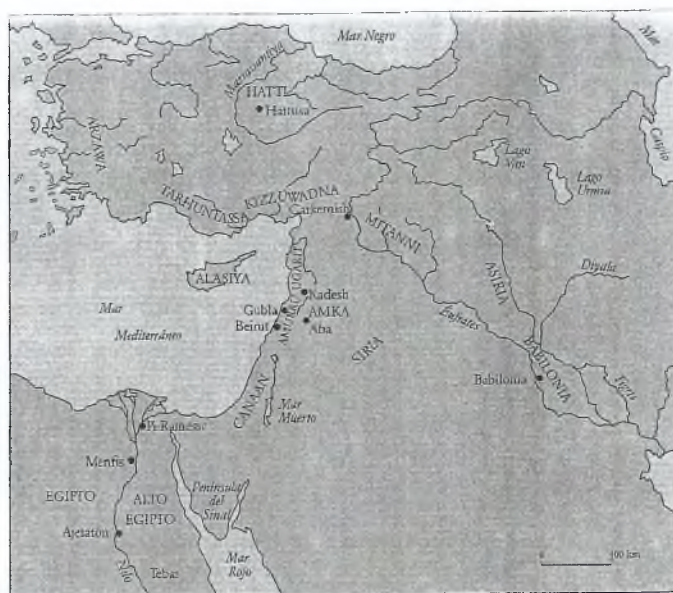
Mapa 1. Rutas comerciales de los mercaderes asirios.



Mapa 2. El este de Anatolia y el norte de Siria actuales.



Mapa 3. El mundo de los hititas.



Mapa 4. El Oriente Próximo en el Bronce Tardío.

Introducción

Durante los últimos ciento cincuenta años el antiguo Oriente Próximo ha proporcionado un rico campo de investigación para estudios de un amplio rango de disciplinas. Arqueólogos, antropólogos, historiadores y filólogos han hecho, todos ellos, sustanciales contribuciones a nuestro conocimiento de las antiguas civilizaciones que surgieron, florecieron y declinaron en las tierras que se extienden desde las costas egeas de la moderna Turquía a través de Mesopotamia hasta las fronteras orientales del moderno Irán. Algunas de esas civilizaciones se retrotraen hasta el mismísimo comienzo de los asentamientos urbanos en el Próximo Oriente. Otras, de más reciente origen, proporcionan datos de unas organizaciones políticas y sociales muy desarrolladas, reflejadas, particularmente, en los hallazgos de archivos de tablillas. Esas y otras fuentes escritas de información han proporcionado una base para la investigación de la historia política y social del Oriente Próximo desde el Bronce Temprano en adelante. Son, también, de fundamental importancia para el estudio de las escrituras y lenguas de la región —sumerio, asirio, babilónico, hurrita, ugarítico, hitita jeroglífico, luvita—, y las lenguas de la Edad del Hierro en el primer milenio.

Desde luego, ninguna de las civilizaciones o lenguas que se desarrollaron en la región puede, con propiedad, estudiarse aisladamente. El mundo del Oriente Próximo, entonces como ahora, se caracterizó por un alto grado de coherencia cultural, así como de diversidad cultural, y por una compleja red de interrelaciones políticas y comerciales. Es virtualmente imposible adquirir experiencia en una determinada civilización del Oriente Próximo, a menos que se haya comprendido el amplio contexto cultural y político en el que surgió y recorrió su andadura.

La hititología es una relativamente recién llegada al campo de los estudios del Oriente Próximo. Hace poco más de un siglo, cuando se hicieron importantes avances en el estudio de las civilizaciones de la Edad del Bronce de Mesopotamia, los hititas eran considerados no más que una pequeña tribu cananea que vivía en algún lugar de Palestina —una asunción basada en unas pocas y dispersas referencias bíblicas. No sabíamos que Hatti, el reino de los hititas, fuese una de las mayores potencias del Bronce Tardío, rivalizando y posteriormente hasta superando en el siglo XIV a sus dos más poderosos contemporáneos, los reinos de Mitanni y de Egipto. Desde su capital, Hattusa, en la Anatolia central, los reyes del País de Hatti dominaban una vasta red de estados vasallos, que en la cumbre del desarrollo militar y político hitita, en los siglos XIV y XIII, se extendió desde la costa egea de Anatolia, por el oeste, hasta el río Éufrates, por el este.

Ha habido varios importantes avances en el campo de los estudios hititas durante los últimos cien años, avances que han contribuido mucho a nuestra comprensión de la configuración política del mundo del Oriente Próximo en el Bronce Tardío. Incluso, en la última década se han hecho importantes descubrimientos. La mayoría de éstos han visto la luz durante el curso de las continuas excavaciones en Hattusa, particularmente en la llamada Ciudad Alta, donde los restos de no menos de veintiséis templos se han desenterrado recientemente. De particular valor para el historiador son los nuevos descubrimientos de tablillas, muy especialmente la famosa tablilla de bronce que salió a la luz en 1986, justo en el interior de la muralla de Hattusa.

También es notable, entre los hallazgos, un depósito con más de tres mil impresiones de sellos reales, una colección que incrementa en varias veces el número de esas improntas conocidas hasta ahora. Recientes excavaciones en centros regionales del reino han proporcionado, asimismo, nuevas e importantes fuentes escritas —inscripciones jeroglíficas en varios lugares del sur de Anatolia, archivos de tablillas en Emar, sobre el Éufrates, y en las modernas Mašat, Kusakli y Ortaköy en la Anatolia central. Nos enfrentamos con lo que es casi un exceso de datos. Pueden pasar muchos años antes de que el nuevo material esté totalmente analizado y la información que contiene totalmente tenida en cuenta. Esto nos sirve para iluminar la dinámica naturaleza del campo de los estudios hititas. Teorías o asunciones, mucho tiempo mantenidas, tienen que ser constantemente revisadas o descartadas a la luz de la nueva información. Se están añadiendo de continuo piezas adicionales al incompleto rompecabezas del mundo de los hititas.

La hititología es una relativamente recién llegada al campo de los estudios del Oriente Próximo. Hace poco más de un siglo, cuando se hicieron importantes avances en el estudio de las civilizaciones de la Edad del Bronce de Mesopotamia, los hititas eran considerados no más que una pequeña tribu cananea que vivía en algún lugar de Palestina —una asunción basada en unas pocas y dispersas referencias bíblicas. No sabíamos que Hatti, el reino de los hititas, fuese una de las mayores potencias del Bronce Tardío, rivalizando y posteriormente hasta superando en el siglo XIV a sus dos más poderosos contemporáneos, los reinos de Mitanni y de Egipto. Desde su capital, Hattusa, en la Anatolia central, los reyes del País de Hatti dominaban una vasta red de estados vasallos, que en la cumbre del desarrollo militar y político hitita, en los siglos XIV y XIII, se extendió desde la costa egea de Anatolia, por el oeste, hasta el río Éufrates, por el este.

Ha habido varios importantes avances en el campo de los estudios hititas durante los últimos cien años, avances que han contribuido mucho a nuestra comprensión de la configuración política del mundo del Oriente Próximo en el Bronce Tardío. Incluso, en la última década se han hecho importantes descubrimientos. La mayoría de éstos han visto la luz durante el curso de las continuas excavaciones en Hattusa, particularmente en la llamada Ciudad Alta, donde los restos de no menos de veintiséis templos se han desenterrado recientemente. De particular valor para el historiador son los nuevos descubrimientos de tablillas, muy especialmente la famosa tablilla de bronce que salió a la luz en 1986, justo en el interior de la muralla de Hattusa.

También es notable, entre los hallazgos, un depósito con más de tres mil impresiones de sellos reales, una colección que incrementa en varias veces el número de esas improntas conocidas hasta ahora. Recientes excavaciones en centros regionales del reino han proporcionado, asimismo, nuevas e importantes fuentes escritas —inscripciones jeroglíficas en varios lugares del sur de Anatolia, archivos de tablillas en Emar, sobre el Éufrates, y en las modernas Mašat, Kusakli y Ortaköy en la Anatolia central. Nos enfrentamos con lo que es casi un exceso de datos. Pueden pasar muchos años antes de que el nuevo material esté totalmente analizado y la información que contiene totalmente tenida en cuenta. Esto nos sirve para iluminar la dinámica naturaleza del campo de los estudios hititas. Teorías o asunciones, mucho tiempo mantenidas, tienen que ser constantemente revisadas o descartadas a la luz de la nueva información. Se están añadiendo de continuo piezas adicionales al incompleto rompecabezas del mundo de los hititas.

Así, ahora, y probablemente por muchos años todavía, no podemos escribir más que una historia provisional de ese mundo, sacada de los fondos disponibles en el momento de escribir, y reconociendo que parte de esta historia puede estar necesitada ya de una revisión al tiempo que se da a la imprenta. La labor resulta aún más difícil por el hecho de que en muchos aspectos de la historia hitita hay amplias divergencias en los puntos de vista de los estudiosos. Dentro de la extensión del presente trabajo es imposible representar esos puntos de vista al completo, o justificar en detalle una línea particular emprendida en una cuestión controvertida. Inevitablemente, habrá especialistas que estarán en desacuerdo con un cierto número de conclusiones, interpretaciones y reconstrucciones de los acontecimientos históricos tratados en las páginas que siguen. Esto es un riesgo del oficio al escribir un libro de esta clase. El propósito del libro es presentar una panorámica de la historia hitita que sea consecuente con las pruebas disponibles hasta ahora, pero también indicar al lector dónde hay una divergencia en la opinión de los especialistas y dónde se han presentado diferentes o contrarios puntos de vista.

Enfocaremos, principalmente, la historia militar y política del mundo hitita. Esto proporciona un importante contexto para la investigación de muchos otros aspectos de su civilización, entre ellos la religión, los hábitos sociales y costumbres, arte y literatura. Esos aspectos han sido tratados en un cierto número de obras, tanto especializadas como de índole general. Aún así, un extenso y actualizado tratamiento de la sociedad y de la civilización hitita proporcionaría un buen complemento a la presente obra.

Al escribir la historia de cualquier pueblo, antiguo o moderno, se debería, en cuanto fuera posible, permitir al pueblo hablar por sí mismo. En línea con este principio, los capítulos que siguen contienen numerosos pasajes de los textos originales. Muchos de los pasajes ya han sido traducidos en otros lugares. Pero el acceso del lector normal a ellos está limitado por las diferentes lenguas modernas en las que aparece la traducción y, a veces, por la relativa dificultad en obtener esas traducciones. Como norma, un pasaje incluido en este libro está traducido aquí si no se dispone de una fiable traducción inglesa o si fuera conveniente utilizar un estilo de inglés más habitual.

Pero debe haber una elemental cautela. Los textos hititas son casi siempre fragmentarios, y una precisa y literal traducción de esos textos implica, por parte del traductor, un cierto número de restauraciones de palabras, oraciones, frases, que se han perdido en el original. Esas reconstrucciones están indicadas convencionalmente con corchetes en

los textos editados. Para facilitar la lectura se han quitado esos corchetes en los pasajes que aparecen en este libro, excepto en los casos en que la restauración es particularmente dudosa. Los lectores que deseen estudiar los textos con mayor detalle tendrán que dirigirse a la edición y traducción originales de esos textos, indicadas al final de cada pasaje o en nota a pie de página. En algunos casos las traducciones de otros especialistas han sido modificadas para tener en cuenta revisiones de lectura e interpretaciones de algunas palabras o frases determinadas o para afirmar la consistencia en el modo en que algunos términos o expresiones están representadas a lo largo del libro.

La gran mayoría de las tablillas de los archivos de la capital hitita han sido publicadas, y están siendo todavía publicadas, en dos principales series: Keilschrifttexte aus Boghazköy (Leipzig y Berlín) y Keilschrifturkunden aus Boghazköy (Berlín). Esas publicaciones consisten en copias de las inscripciones cuneiformes originales y proporcionan la base para las subsiguientes ediciones de la inscripción en transliteración y traducción. Hay publicaciones similares de tablillas encontradas en otros lugares, por ejemplo los archivos de tablillas descubiertos en Ras Shamra, en Siria, y el archivo recientemente descubierto en Mašat. La mayoría de las tablillas publicadas hasta el principio de los años setenta habían sido catalogadas de acuerdo con el tipo y la materia por el especialista francés Emmanuel Laroche en su *Catalogue des textes hittites* (París, 1972). Ya que el *Catalogue* de Laroche contiene mucha información suplementaria útil sobre los textos, el número de CTH se incluye, generalmente, con la referencia de la publicación original del texto. Para una panorámica general de la naturaleza de las fuentes escritas sobre la historia hitita, su valor y sus deficiencias, se remite al lector al Apéndice 2.

Los nombres propios de personas y de lugares han sido transliterados de forma diversa dependiendo, por ejemplo, de si se representa la forma troncal o formas inflexas y si la *h* y la *š* hitita se transcriben simplemente como *h* y *s* o como *kh** y *sh*. Los nombres que se dan son, con frecuencia, muy largos y difíciles de leer; por ejemplo, Khattushash, Khattushilish, Shuppiluliumash, Tudkhaliyash. Por comodidad de lectura y conveniencia tipográfica he adoptado las transliteraciones más simples y las usadas habitualmente: así Hattusa, Hattusili, Suppiluliuma, Tudhaliya.

* El grupo *kh* corresponde al sonido del fonema /x/, es decir, al sonido de la letra jota en español. (N. del T.)

Por último, diremos algo sobre la división de la historia hitita en dos o más fases cronológicas. (El problema de determinar una cronología absoluta para la historia hitita se trata en el Apéndice 1.) Es una práctica habitual de los historiadores dividir la historia de los reinos de Oriente Próximo que abarcan varios cientos de años en diversas fases principales. Así, la historia del Egipto de los faraones y la historia de Asiria se dividen cada una de ellas en tres fases, designadas como Imperio Antiguo, Medio y Nuevo. Esas divisiones están asociadas, casi siempre, con la desaparición de un linaje de soberanos y el advenimiento de otro, a veces con un considerable intervalo de tiempo entre ambos hechos¹, o con un importante giro en la fortuna de un reino, seguido por su entrada en una nueva y poderosa fase de su historia —o viceversa. A veces hay señaladas diferencias en el carácter político, cultural y material de las diversas fases de la historia de un reino, lo que proporciona una justificación adicional para la distinción entre cada una de ellas.

La historia hitita no nos presenta fases fácilmente distinguibles. En primer lugar, a lo largo de sus quinientos años de existencia, el reino hitita permaneció bajo el gobierno de reyes que provenían de un único y reducido grupo de familias próximamente emparentadas. Desde el comienzo hasta el final del reino, en el Bronce Tardío, no hubo cambios demostrables de dinastías. Hubo, como veremos, un cierto número de golpes palaciegos que desalojaban a un rey para situar a un pretendiente en el trono. Sin embargo, los usurpadores parece que (casi) invariablemente estaban unidos por sangre o por matrimonio a sus víctimas² y los reyes posteriores rastrearon sus antepasados hasta los primerísimos ocupantes del trono hitita.

Además, tampoco podemos dividir fácilmente la historia hitita en diversas fases basándonos en una gran decadencia seguida de un posterior resurgimiento en la fortuna del reino. El reino creció y menguó drásticamente en un cierto número de ocasiones a lo largo de su historia. Carecería de significado intentar representar todas esas distintas fases en la historia del reino.

No obstante, algunos estudiosos de los hititas han seguido el esquema adoptado para otros reinos del Oriente Próximo con la divi-

¹ Como en el caso de Egipto, donde los intervalos entre las fases principales son designados como Primer Período Intermedio y Segundo Período Intermedio, cada uno de ellos con una duración de varios siglos.

² Hay alguna incertidumbre respecto a varios de los reyes que reinaron entre Telepinu y Tudhaliya I. No se puede asegurar si, en realidad, estaban emparentados con sus predecesores en el trono, ya que se sabe muy poco de ellos.

sión de la historia hitita en tres fases principales: Antiguo, Medio y Nuevo reino. Pero incluso no se ponen de acuerdo en definir cuándo termina el uno y comienza el otro. Esto sirve, simplemente, para entartizar que cualquier intento de partir la historia hitita en dos o más fases distintas es poco más que un ejercicio arbitrario.

El asunto se hace aún más confuso con el uso que hacen los filólogos y paleógrafos de los términos antiguo, medio y tardío para designar fases particulares en el desarrollo de la lengua hitita y de la escritura cuneiforme en la que se escribía. Al menos, en este caso hay una justificación demostrable para esas divisiones y hay amplio acuerdo entre ellos. Pero no puede asumirse que los cambios en la lengua y en la escritura tengan mayor significado cultural o político a falta de otros factores significativos y claramente definidos que puedan apoyarlo.

En tanto que cualquier intento de dividir la historia hitita en fases diferentes posiblemente carecería de sentido para los propios hititas, puede ser aconsejable sólo si se hace por motivos de conveniencia, para no discrepar en demasía de una convención establecida hace tiempo y generalmente aceptada. Con esto en mente, pienso que la solución más aceptable es dividir la historia del reino hitita en no más de dos fases principales, un Reino Antiguo y un Reino Nuevo (por usar la terminología típica), comenzando el primero con el reinado del primer rey llamado Labarna, en los principios del siglo xvii y el último con el del primer rey llamado Tudhaliya a finales del siglo xv o principios del xiv.

Las civilizaciones hititas fueron parte de un *continuum* del desarrollo humano que en Anatolia, como en otras partes del Oriente Próximo, abarcaría varios milenios. A modo de introducción para los hititas, en primer lugar centraremos nuestra atención sobre algunas de las civilizaciones antecedentes de la región, en especial aquellas que surgieron y florecieron en Anatolia central desde el 3000 a.C. en adelante, en los períodos normalmente conocidos como Bronce Temprano y Bronce Medio.

CAPÍTULO PRIMERO

Los orígenes de los hititas

ANATOLIA EN EL BRONCE TEMPRANO

Al erudito del siglo XIX, Anatolia debía de parecerle poco más que una misteriosa página en blanco en el paisaje del Oriente Próximo de la Edad del Bronce, durante el período en el que las grandes civilizaciones de la antigua Mesopotamia y Egipto eran florecientes. Incluso, las excavaciones en Hissarlik, dirigidas por Heinrich Schliemann entre 1871 y 1890, lograron pocos cambios en este cuadro, pues la civilización material que Schliemann destapó en el pretendido lugar de Troya era como un enigma, un desarrollo precoz en el noroeste de Anatolia, en el mismo borde de un oscuro subcontinente.

Desde los primeros años del siglo XX este cuadro cambió drásticamente. Nosotros sabemos ahora que Anatolia fue la patria de un gran complejo de civilizaciones, la más antigua de las cuales retrocedía miles de años antes de la Edad del Bronce. En realidad, tenemos que levantar muchas capas de la prehistoria de Anatolia antes de ver revelados, por fin, los primeros asentamientos y comunidades del período que los arqueólogos han llamado la Edad del Bronce.

Este período cubre unos dos mil años de historia y civilización en el Oriente Próximo, desde finales del cuarto milenio hasta finales del segundo. Fue un tiempo caracterizado por muchos grandes logros en el desarrollo de la sociedad y de la civilización de la región. Sin embargo, no hubo una aguda o repentina ruptura con lo que había habido antes: en su fase más antigua, muchos lugares de la Edad del Bronce reflejan no más que un gradual y a veces casi imperceptible desarrollo cultural del

precedente «Calcolítico». No hubo una gran revolución cultural, ni una evidente invasión de recién llegados a Anatolia, excepto en la llanura de Cilicia, y muy escasos signos de destrucción de las comunidades existentes. Un cierto número de rasgos de la cultura del Calcolítico persistió en la «nueva edad» con escasos o con ningún cambio¹.

Para los arqueólogos la marca de esta nueva edad fue la introducción de una aleación de metales, llamada bronce, que consiste en un pequeño porcentaje de estaño (hasta un diez por ciento) mezclado con cobre —lo que produce un metal más duro y más duradero que el cobre puro. Este avance tecnológico no condujo a cambios repentinos, revolucionarios, de la sociedad. El cobre siguió siendo durante algún tiempo el metal más comúnmente usado por los pueblos del Bronce Temprano. No obstante, la fabricación de los primeros artefactos de bronce en Anatolia fue un acontecimiento de gran significación, que iba a tener una gran influencia en el curso de la historia de Anatolia en los dos siguientes milenios.

Hay una importante razón para esto. En tanto que Anatolia estaba ricamente dotada con depósitos de cobre, plomo, níquel y arsénico, tenemos todavía que encontrar pruebas de que hubiera sustanciales depósitos de estaño en la región. Las gentes de por allí tenían que confiar mucho, si no de forma exclusiva, en los suministros de estaño procedentes de fuentes extranjeras. Las fuentes reales son todavía materia de discusión. Pero es posible que, mucho, si no todo el estaño utilizado en la península procediera del sudeste, a través de Mesopotamia y Siria. La creciente demanda en Anatolia de materias primas como el estaño y otras mercancías que no se podían obtener localmente crearon la necesidad de lazos comerciales con zonas muy lejanas, particularmente del sudeste. Esto debe de haber sido un factor importante en el desenvolvimiento de organizaciones estables, coherentes política y administrativamente, capaces de establecer y de mantener esos lazos.

LOS REINOS DEL BRONCE TEMPRANO

Hacia mediados del tercer milenio (Bronce Temprano II) hubo ricas casas gobernantes e importantes centros de civilización en diversas partes de Anatolia. Notables fueron Troya y Poliochni en el noroeste, Beycesultán en el suroeste y Tarso en la llanura de Cilicia, en el sur.

¹ Para una panorámica de la transición del Calcolítico al Bronce Temprano en Anatolia, véase Mellaart (1971a).

Pero nuestra atención se centrará principalmente en la Anatolia central. Aquí se desarrollaron un cierto número de prósperos asentamientos, presumiblemente los núcleos de pequeños reinos, en una región que se extiende desde justo al sur de la gran curva del río hoy conocido como Kizil-Irmak (Río Rojo)², hacia el norte hasta la región del Ponto a lo largo de la costa del Mar Negro. Prominente entre esos asentamientos era el lugar ahora conocido como Alaca Hüyük, que se encuentra a unos doscientos kilómetros al norte de la moderna capital de Turquía, Ankara. El asentamiento que se fundó aquí en el período Calcolítico final alcanzó su cumbre en el Bronce Temprano II, como lo ilustraron las trece tumbas «reales» y sus espectaculares objetos funerarios³, generalmente datadas c. 2300-2100⁴. Pero continuó como una comunidad floreciente hasta el final del Bronce Tardío. Su nombre de entonces nos es desconocido. Otros importantes asentamientos eran Hattus, el lugar de la posterior capital hitita Hattusa, Alişar (probablemente la antigua Amkuwa)⁵, Zalpa, que cae en la región del Ponto y Kanes.

Esta última, Kanes, descansa en la fértil llanura de Kayseri, justo al sur del bucle del Kizil-Irmak en el lugar con un montículo denominado actualmente Kültepe. Lugar del Calcolítico, en origen, tiene una historia de ocupación continua hasta la época romana. Pero su fase más próspera tuvo lugar durante el Bronce Temprano y el Bronce Medio.

El nombre de un rey de Kanes, Zipani, figura en un bien conocido texto que trata de una rebelión de diecisiete gobernantes locales contra el rey acadio Naram-Sin (c. 2380-2325), cuyo reino, en la cima de su poder, se extendía desde el Golfo Pérsico hasta la Anatolia central⁶. Un rey de Hatti, llamado Pamba, está también incluido entre la lista de rebeldes⁷. Está admitido que ésta es una tradición atestigüada tardíamente (c. 1400), pero puede, muy bien, tener una base de hechos históricos. Si fuera así nos proporcionaría una valiosa prueba escrita de la existencia de reinos organizados dentro de la región de Anatolia central durante el Bronce Temprano.

En algunos aspectos, la fase del Bronce Temprano II parece representar el clímax de un cierto número de desarrollos sociales, políticos

² El Halys (o río Salado) de la época greco-romana.

³ Una breve relación de ellos se encuentra en Akurgal (1962, 15-25), Lloyd (1967, 20-29).

⁴ Akurgal (1989) ha sugerido una datación posterior: c. 2100-2000.

⁵ Véanse las referencias citadas en Del Monte y Tischler (1978, 21). Contra esta identificación, véase Ünal (1980-1983, 381).

⁶ Para el texto, véase *CTH* 311, ed. Güterbock (1938, 67-76).

⁷ Las referencias a Zipani y Pamba aparecen en KBo iii, 13 (*CTH* 311.1), r. 11'.

y culturales que tuvieron lugar en diversas partes de Anatolia, desde el Calcolítico tardío en adelante, con pocas interrupciones y sin mayores cambios en la población, excepto quizás en el noroeste y sudeste (se discutirá más adelante). Pero hacia el final de esta fase, tal vez hacia el 2300, hay datos de grandes cambios en algunas regiones, a veces violentos. Esto es más patente en el oeste y en el sur. En esas zonas hay señales de grandes conflagraciones y hasta donde hoy podemos determinar, relativamente pocas de las comunidades establecidas en el Bronce Temprano II sobrevivieron en el final del Bronce Temprano.

Algunos estudiosos asocian las aparentes turbulencias de este período con la entrada o invasiones de los recién llegados indoeuropeos en Anatolia.

LA PRESENCIA INDOEUROPEA EN ANATOLIA

Antes del final del tercer milenio había tres grupos conocidos de pueblos en Anatolia que hablaban lenguas indoeuropeas; en el oeste, los luvitas, en el norte los palaítas, y en la Anatolia central y oriental los hablantes de una lengua llamada nesita. Los nombres que se dan a esos grupos proceden de los nombres de sus lenguas, conforme se identificaron en las tablillas cuneiformes encontradas en los archivos de la capital hitita, Hattusa. Esos archivos contienen textos escritos en un cierto número de lenguas, entre ellas varias indoeuropeas identificadas por los términos *luwili* (en la lengua de Luwiya), *palaumnili* (en la lengua de Pala) y *nesili*, *našili* o *nišili* (en la lengua de Nesa)⁸. La ubicación de esos grupos se ha determinado, básicamente, por la distribución geográfica de los nombres de lugares, de dioses y de personas en sus respectivas lenguas.

Los orígenes de esos indoeuropeos son controvertidos. Se han propuesto patrias en el este (este de Anatolia, sur del Cáucaso, norte de Mesopotamia), en el norte (sur de Rusia, norte del Mar Negro) y en el oeste (Europa central, los Balcanes), pero no se ha alcanzado ningún consenso⁹. También difieren mucho las opiniones sobre cuándo llegaron.

⁸ O alternativamente *našumnili* (en la lengua de los nesitas). Hay también un ejemplo de la forma *kantšumnili* (en la lengua de los kanesitas).

⁹ Para un repaso a toda la cuestión, véase Crossland y Birchall (1974), Diakonov (1985), Steiner (1990). Makkay (1993, 122) reivindica que la propuesta de Steiner, de una ruta occidental de inmigración, esto es, desde la región de los Balcanes, parece tener el apoyo de recientes descubrimientos arqueológicos. Las pruebas aducidas siguen siendo débiles.

y culturales que tuvieron lugar en diversas partes de Anatolia, desde el Calcolítico tardío en adelante, con pocas interrupciones y sin mayores cambios en la población, excepto quizás en el noroeste y sudeste (se discutirá más adelante). Pero hacia el final de esta fase, tal vez hacia el 2300, hay datos de grandes cambios en algunas regiones, a veces violentos. Esto es más patente en el oeste y en el sur. En esas zonas hay señales de grandes conflagraciones y hasta donde hoy podemos determinar, relativamente pocas de las comunidades establecidas en el Bronce Temprano II sobrevivieron en el final del Bronce Temprano.

Algunos estudiosos asocian las aparentes turbulencias de este período con la entrada o invasiones de los recién llegados indoeuropeos en Anatolia.

LA PRESENCIA INDOEUROPEA EN ANATOLIA

Antes del final del tercer milenio había tres grupos conocidos de pueblos en Anatolia que hablaban lenguas indoeuropeas; en el oeste, los *luvitas*, en el norte los *palaitas*, y en la Anatolia central y oriental los hablantes de una lengua llamada *nesita*. Los nombres que se dan a esos grupos proceden de los nombres de sus lenguas, conforme se identificaron en las tablillas cuneiformes encontradas en los archivos de la capital hitita, Hattusa. Esos archivos contienen textos escritos en un cierto número de lenguas, entre ellas varias indoeuropeas identificadas por los términos *luwili* (en la lengua de Luwiya), *palaumnili* (en la lengua de Pala) y *nesili*, *našili* o *nišili* (en la lengua de Nesa)⁸. La ubicación de esos grupos se ha determinado, básicamente, por la distribución geográfica de los nombres de lugares, de dioses y de personas en sus respectivas lenguas.

Los orígenes de esos indoeuropeos son controvertidos. Se han propuesto patrias en el este (este de Anatolia, sur del Cáucaso, norte de Mesopotamia), en el norte (sur de Rusia, norte del Mar Negro) y en el oeste (Europa central, los Balcanes), pero no se ha alcanzado ningún consenso⁹. También difieren mucho las opiniones sobre cuándo llegaron.

⁸ O alternativamente *našumnili* (en la lengua de los nesitas). Hay también un ejemplo de la forma *kantšumnili* (en la lengua de los kanesitas).

⁹ Para un repaso a toda la cuestión, véase Crossland y Birchall (1974), Diakonov (1985), Steiner (1990). Makkay (1993, 122) reivindica que la propuesta de Steiner, de una ruta occidental de inmigración, esto es, desde la región de los Balcanes, parece tener el apoyo de recientes descubrimientos arqueológicos. Las pruebas aducidas siguen siendo débiles.

La mayoría de los especialistas piensan que llegaron a Anatolia en algún momento del tercer milenio. Algunos arguyen que los luwitas fueron los primeros, al entrar en Anatolia al principio del milenio, con los nesitas que llegaron a finales del mismo¹⁰. Otros creen que el orden debería invertirse con los nesitas (y palaitas) como representantes de la primera fase de la migración indoeuropea, y los luwitas, que habrían llegado hacia finales del milenio¹¹. Otro enfoque es que los indoeuropeos llegaron en una única ola, dispersándose después en la propia Anatolia algún tiempo después de su llegada¹². Y todavía otro, es que Anatolia ya había sido el hogar de los hablantes de lenguas indoeuropeas varios miles de años antes del comienzo de la Edad del Bronce¹³.

En tanto que aún no podemos llegar a una conclusión en la cuestión de los orígenes de los grupos indoeuropeos ni de la naturaleza de su migración a Anatolia, hay varias preguntas importantes que en este estado de cosas podrían formularse. ¿A dónde pertenecen esos grupos dentro del contexto de los reinos del Bronce Temprano? ¿Quiénes eran los habitantes de esos reinos? ¿Quiénes eran los reyes que los gobernaron?

LOS HATTIANOS

Tan pronto, por lo menos, como en la época del imperio acadio de Sargón, la región en la que estaban los reinos de la Anatolia central se conocía como el País de Hatti. Los especialistas han asumido durante largo tiempo que la población predominante en la región, en el tercer milenio, era un grupo indígena pre-indoeuropeo llamado los hattianos¹⁴. Las pruebas de una civilización «hattiana» las proporcionan los restos de uno de los lenguajes no indoeuropeos encontrados en los posteriores archivos hititas. La lengua está identificada en varios de los textos en que aparece por el término *hattili*—esto es, «(escrito) en la lengua de Hatti». Los pocos textos que sobreviven son, predominantemente, religiosos o de carácter cultural. Nos proporcionan los nombres de algunas deidades hattianas, así como antropónimos y topónimos hattianos. La cultura material de los reinos del Bronce Temprano de la

¹⁰ Véase la referencia citada por Steiner (1990, 201, n. 117).

¹¹ Éste es el punto de vista del propio Steiner (por ejemplo 1981, 169 y 1990, 200-203) que basa su conclusión principalmente en la asunción de una ruta migratoria de oeste a este.

¹² Así Macqueen (1986, 27-32).

¹³ Véase Renfrew (1987, esp. 145-175, 263-277).

¹⁴ Véase, por ejemplo, Akurgal (1962, 13-15); Macqueen (1986, 32); Klinger (1996).

Anatolia central se ha considerado que es «definitivamente de carácter nativo anatólico»¹⁵.

Los hattianos pueden haber sido el pueblo que formó y habitó los reinos de la Anatolia central en el Bronce Temprano. Si es así, ¿cómo se adaptan los indoeuropeos a este cuadro? Algunos especialistas creen que las tumbas de Alaca Hüyük pueden ayudar a dar con la respuesta.

En particular, el arqueólogo turco Ekrem Akurgal ha dirigido su atención a los métodos de enterramiento utilizados en Alaca Hüyük y a los «estandartes reales» que contenían las tumbas. Akurgal reivindica que, en tanto que el estilo de los objetos demuestra que fueron realizados por artistas nativos de Anatolia o hattianos, los discos solares y estandartes teriomórficos, de un tipo también encontrado en Horoztepe y Mahmatlar en la región pónica, representan conceptos indoeuropeos; las tumbas nos recuerdan a los posteriores enterramientos micénicos y a los frigios encontrados en Gordion y en Ankara¹⁶.

Esto lleva a la conclusión de que los ocupantes de las tumbas pueden haber sido inmigrantes *Kurgan* de la región de Maikop, al sur de Rusia, inmigrantes que hablaban una lengua indoeuropea¹⁷. A partir de esto, Akurgal extrae la nueva conclusión de que las tumbas pertenecen a «príncipes hititas» que se instalaron en la región de los hattianos como gobernantes de una nativa población hattiana; de ahí una invasión indoeuropea hacia el 2200 y la instalación de las primeras tribus indoeuropeas en la cuenca del Kizil-Irmak por esa época¹⁸. Pero esa teoría en absoluto está universalmente aceptada. Se ha establecido, por ejemplo, que no tenemos ninguna prueba firme de una invasión indoeuropea en Anatolia¹⁹, ni, en realidad, ninguna prueba de que la cultura hitita fuese en su origen indoeuropea²⁰.

Así, la situación total respecto a la historia de la colonización indoeuropea en Anatolia sigue siendo confusa y confundidora. ¿Podemos extraer algunas conclusiones firmes de los muy limitados datos y del laberinto de teorías eruditas a nuestra disposición, sobre el escenario etnopolítico de la Anatolia central hasta el final del Bronce Temprano (c. 2000 a.C.)? Al revisar el estado de nuestros conocimientos actuales tendremos que empezar con una rápida negativa. Pero esto tam-

¹⁵ Véase Akurgal (1962, 13-29; 1989, 1).

¹⁶ Akurgal (1992, 3-4).

¹⁷ Así MacQueen (1986, 26-32); Akurgal (1992, 1-2); cfr. Yakar (1981, 94).

¹⁸ Akurgal (1992, 4).

¹⁹ Así, Ünal (1989, 285).

²⁰ Véase Brenjtes (1986, esp. 237).

bién tiene que sustentarse puesto que en el pasado, muchas asunciones, débil o falsamente fundadas sobre la presencia indoeuropea en la región, han pasado a la sabiduría convencional y de aquí al ámbito de los «hechos establecidos». Brevemente, la situación general puede resumirse de este modo:

1. Ninguna de las pruebas a nuestra disposición señala *inequívocamente* hacia un mayor influjo de recién llegados a Anatolia, sean indoeuropeos o de otro tipo, durante el tercer milenio.
2. Somos incapaces de determinar con alguna certeza el carácter étnico predominante de las poblaciones que habitaban los reinos del Bronce Temprano. Es posible, aunque no probable, que la cultura dominante de la Anatolia central en el Bronce Temprano fuera la de una población no indoeuropea, los hat-tianos. Esto no excluye la posibilidad de que hubiera ya pueblos de origen indoeuropeo en la misma región durante ese período.
3. No sabemos cuándo aparecen los primeros grupos de indoeuropeos en Anatolia, ya sea un siglo, un milenio o varios milenios antes de su primera aparición atestiguada por el registro escrito. Las pruebas arqueológicas no han proporcionado datos concluyentes, como la fecha de una llegada indoeuropea.
4. Podemos, sin embargo, estar seguros de la presencia indoeuropea en la Anatolia central hacia finales del tercer milenio, puesto que aparecen antropónimos indoeuropeos en los registros de los mercaderes asirios que establecieron colonias comerciales en la región en los comienzos del segundo milenio.
5. Cuando fuera que los inmigrantes indoeuropeos llegasen, fuese inicialmente como conquistadores o como pacíficos colonizadores que llegaron en pequeños grupos durante un lapso de varios siglos, probablemente se mezclaron libremente con la población local y adoptaron muchos elementos de su cultura.
6. No obstante, un número de elementos que pueden ser identificados como indoeuropeos persistieron a través de ésta y de las siguientes edades. Es particularmente evidente en la pervivencia de la lengua llamada nesita —que llegó a ser la lengua oficial del reino hitita.
7. Es posible que las prácticas funerarias y los objetos de las tumbas de Alaca Hüyük, hacia finales del tercer milenio, reflejen una cultura predominantemente indoeuropea, por lo menos en la región inmediata. Si es así, las personas para las que se construye-

ron las tumbas pueden haber hablado la lengua nesita, o una forma anterior de ella, y haber estado entre los ancestros indoeuropeos de los hititas del Bronce Tardío. La riqueza de los objetos funerarios sugiere que sus receptores eran miembros de una élite gobernante. Puede extraerse una conclusión similar respecto a los lugares de Horoztepe y de Mahmatlar en la zona del Ponto. Sin embargo, la teoría de que esos lugares marcan una línea de reyes extranjeros que se impusieron sobre una población local no ha sido comprobada.

8. Más generalmente, un gran número de asentamientos del Bronce Temprano en la Anatolia central pueden haber incluido personas de origen indoeuropeo entre su población.
9. Las estrechas afinidades entre las lenguas indoeuropeas atestiguadas en la Anatolia de la Edad del Bronce indican que aquellos que las hablaban estaban originalmente, y permanecieron así, en un contacto relativamente próximo unos con otros. Si hubieran llegado a Anatolia en distintas oleadas migratorias, separadas por algunos siglos, las diferencias en las lenguas hubiesen sido, seguramente, más marcadas. Las diferencias existentes parecen coherentes con la teoría de que la principal dispersión de los hablantes indoeuropeos ocurrió en el interior de Anatolia, quizás unos pocos siglos antes de que las lenguas hicieran su aparición en el registro escrito.
10. Lo más probable es que la dispersión sucediera en el transcurso del tercer milenio. Es posible que la destrucción de Troya II, hacia finales del milenio, esté asociada con la llegada de uno de los grupos indoeuropeos al nordeste —el grupo identificado como luvitas²¹.

ETNIAS EN EL BRONCE MEDIO

En el Bronce Medio (siglos XX al XVIII) los asirios establecieron algunas colonias mercantiles en la mitad oriental de Anatolia con el propósito de comerciar con las ciudades y palacios pertenecientes a los diversos reinos locales. La mayoría de esos reinos ya se habían establecido durante el Bronce Temprano. El centro neurálgico de la red de colonias era la ciudad de Nesa o Kanesh, que como ya se ha dicho estaba justo al sur

²¹ Cfr. Akurgal (1992, 4).

del río Kizil-Irmak²². En los textos asirios encontrados en esta ciudad, la gran mayoría de nombres son de origen indoeuropeo²³. Esto ha llevado a los estudiosos a la conclusión de que Nesa fue el principal centro de asentamiento indoeuropeo en la Anatolia central durante el período de las colonias; otros lugares se supone que estaban habitados por el pueblo indígena hattiano. Y los conflictos entre una dinastía establecida en Nesa y los gobernantes de otros reinos de la Anatolia central han sido vistos como conflictos étnicos entre indoeuropeos y hattianos que condujeron al triunfo final de los primeros sobre los segundos²⁴.

Sin embargo, la noción de luchas libradas entre grupos étnicos en competencia, de conflictos con el fin de preservar o de lograr la supremacía de uno de esos grupos sobre otros, carece, casi con toda seguridad, de significado en esa época²⁵. No sabemos la composición étnica de otros reinos de la Anatolia central, ni la identidad étnica de los gobernantes de esos reinos. Hacia los comienzos del segundo milenio, la población de la región puede, muy bien, haber estado mezclada, incluyendo lo mismo indoeuropeos que hurritas junto a elementos hattianos²⁶.

No obstante, parece que los elementos indoeuropeos fueron de especial relevancia en la ciudad de Nesa —hasta el grado de que la lengua indoeuropea hablada en la región llegó a estar muy estrechamente identificada con el nombre de la ciudad. Ya en este período, el nesita había llegado a situarse, probablemente, como la lengua anatólica utilizada en registros y en comunicaciones escritas²⁷. Fue la lengua hablada por la dinastía que impuso su gobierno sobre la ciudad²⁸, y que poste-

²² Sobre la equivalencia de esos dos nombres para un mismo lugar, véase Güterbock (1958), Otten (1973, 57), Bryce (1983, 29).

²³ Véase Garelli (1963, 133-152); Singer (1981, 126). La relación entre nombres indoeuropeos y hattianos es, aproximadamente, de 6 a 1.

²⁴ Véase, por ejemplo, las observaciones de Orlin (1977, 243, n. 73); Singer (1981, 128; 1995a, 343); Steiner (1981, 153; 1990, 198).

²⁵ Cfr. Gurney (1973a, 231).

²⁶ Singer (1981) intenta dibujar zonas etnoculturales marcando los cultos a dioses locales que pertenecen a diferentes círculos etnoculturales. Este procedimiento puede tener cierta validez, pero no sabemos hasta qué grado los movimientos de población pueden haber alterado la configuración regional etnocultural de Anatolia en los comienzos del segundo milenio.

²⁷ Güterbock (1983b, 24-25) sugiere que escribas babilónicos o asirios pueden haber sido utilizados para escribir documentos en nesita.

²⁸ Es probable, pero no seguro, que fuera la primera lengua de la dinastía. Aunque los nombres de los primeros miembros de ésta, Pithana y Anitta, se supone habitualmente que son de origen indoeuropeo, hasta ahora han desafiado a análisis lingüísticos concluyentes. Véase Neu (1974, 130, n. 319); Singer (1981, 129).

riormente expandió su influencia mediante conquistas militares sobre gran parte de la mitad oriental de Anatolia. Pero, inicialmente, el establecimiento y la expansión del nesita como lengua escrita ocurrió, probablemente, en un contexto comercial, como resultado de la preeminencia de Nesa en el centro de la red comercial asiria²⁹. Es más, si el luvita ya se hablaba ampliamente en otras regiones de Anatolia, las comunicaciones con esas regiones habrían sido mucho más fáciles que si el medio utilizado fuera el de una lengua próximamente relacionada.

¿QUÉNES ERAN LOS HITITAS?

El reino hitita se fundó a principios o a mediados del siglo XVII. Su capital fue establecida en Hattusa, situada a unos ciento cincuenta kilómetros al este de Ankara. El reino duró unos cinco siglos en el período conocido como Bronce Tardío. A la luz de cuanto se ha dicho más arriba descartaríamos el tan apoyado enfoque de que los hititas eran originalmente un grupo particular indoeuropeo que obtuvo la supremacía política sobre una población nativa hattiana de la Anatolia central. En realidad, se ha argumentado que los indoeuropeos representaban solamente un papel menor en la historia del reino hitita como súbditos de reyes que eran de origen hattiano³⁰. Ciertamente, algunos elementos hattianos estaban presentes en la civilización hitita, si bien principalmente en los ámbitos de la religión, el arte y la mitología. Y los antropónimos y topónimos hattianos persistieron durante el período del reino hitita. En efecto, los nombres de los reyes parecen haber sido de origen hattiano³¹. Desde luego, el legado hattiano está siempre presente en el verdadero nombre con que se conocía al reino: el País de Hatti.

Pero junto a esto debemos colocar la ausencia de cualquier «huella perceptible de influencia hattiana en la literatura histórica, administrativa, legal y diplomática del reino»³². Hasta los títulos reales de *Labarna* (variante *Tabarna*) y *Tawananna*, tenidos largo tiempo como de origen hatti, se han reivindicado recientemente como indoeuropeos (véase cap. 4 n. 16). Y está el hecho incontrovertible de que la lengua indoeuropea nesita fue la lengua escrita oficial de la corte real. Se usó

²⁹ Cfr. Steiner (1990, 198-199).

³⁰ Así, Steiner (1990, 193).

³¹ Nombres como Mursili, Huzziya y Telepinu han sido identificados, a veces, como hattianos. Pero el debate sigue abierto.

³² Hoffner (1973, 198).

en una gran variedad de documentos, tanto religiosos como seculares, y fue el medio de comunicación entre los reyes hititas y sus gobernadores regionales y otros funcionarios y entre los reyes y sus gobernantes vasallos de Anatolia, particularmente en el oeste y sudoeste, donde el *luvita* se hablaba profusamente. Fue, también, la lengua utilizada por el rey hitita en su correspondencia con el rey de Ahhiyawa.

Puesto que el *nesita* fue la lengua oficial del reino hitita, es una presunción natural que fuera la lengua hablada por la clase gobernante. Si no, habría que encontrar alguna explicación para su uso.

El especialista alemán Gerd Steiner ha ofrecido esa explicación con la siguiente línea de razonamiento: el *nesita* ya se había establecido como una importante lengua de comunicación en Anatolia durante el período de las colonias asirias, surgiendo, como lo hizo, de los centros de la red de colonias. Su uso puede haberse extendido considerablemente más allá de la región de Nesa, tal vez ya utilizándose como una especie de *lingua franca* en Anatolia. Habría sido mucho más fácil de aprender y de entender en muchas partes del oeste y del sudoeste de la península, donde se hablaba el *luvita*, que la lengua de Hatti, o cualquier otra lengua hablada dentro de la esfera de las actividades mercantiles asirias. Principalmente por esta razón, el *nesita* (hitita) continuó utilizándose como la lengua oficial de la cancillería en Hattusa cuando se estableció el reino hitita y como lenguaje de las comunicaciones escritas entre la corte real y los distintos puntos de Anatolia, particularmente en el oeste.

Uno de los principales problemas de esta teoría es que la lengua hitita sufrió una serie de cambios a lo largo de sus quinientos años de uso en los textos hititas —cambios que reflejan, no una lengua fosilizada de cancillería, sino una lengua viva y hablada. Sin embargo, puede que no esté totalmente equivocada. Consideraciones prácticas del tipo de las citadas por Steiner pueden muy bien haber ayudado a la supervivencia del hitita, tanto hablado como escrito, independientemente de los orígenes étnicos de quienes lo hablaban o lo escribían.

Pero puede que hubiera otras razones para el uso continuado del hitita, al menos dentro de la corte real. La sucesión real en Hatti siguió siendo prerrogativa de un reducido núcleo de familias a todo lo largo de la historia del reino hitita. Y los que ocupaban el trono proclamaron frecuentemente sus lazos genealógicos con sus más antiguos predecesores conocidos. Esos lazos ayudaban a mantener sus reivindicaciones del trono. Si los miembros más antiguos de la dinastía a la que pertenecían hablaban la lengua indoeuropea *nesita*, entonces, el mantenimiento de esta lengua habría ayudado a reforzar el

sentido de dinastía, de continuidad ininterrumpida de familia a través de la sucesión de generaciones. El nesita debía permanecer como lengua de la realeza durante todo el período del reino hitita. Esto no indica continuidad política en la supremacía de un grupo étnico determinado. Más bien refleja el mantenimiento de una importante tradición dinástica.

Como resultado de alianzas matrimoniales, adopciones y golpes de estado, varios elementos étnicos —hattiano, luvita y hurrita entre ellos— se entremezclaron con el pequeño grupo de familias que aportaban los ocupantes del trono hitita. A partir del nombre de los reyes, de sus cónyuges y de otros miembros de sus familias estaba claro que la pertenencia a la elite gobernante no estaba ligada a ningún sentido de exclusividad étnica³³. Pero una vez que estaban admitidos en el rango de la realeza se adaptaban a sus tradiciones y las perpetuaban, lo que incluía el uso del nesita como primera lengua oficial de la corte.

Esto no significa que el uso del nesita estuviese limitado a los miembros de la realeza. Por lo menos tiene que haber sido una de las lenguas habladas por la jerarquía administrativa, que incluía a los escribas. Pero puede haber sido mucho más corriente, por lo menos en Hattusa y en los niveles superiores de la burocracia, en los centros regionales del reino.

A pesar de la expansión de su uso fue, no obstante, uno más entre los lenguajes hablados en el reino. El hattiano puede haber seguido como lengua de uso común, y tal vez fuese hablado tanto por los reyes y miembros de su familia como por sus súbditos. Y la cantidad de prisioneros de guerra traídos como consecuencia de las campañas militares debió alterar significativamente la composición étnica de la población del país e incrementar el abanico de lenguas habladas en él. De este modo los hititas, así llamados, ni tenían un núcleo étnico común ni una lengua común. Eran de carácter multirracial y hablaban un cierto número de lenguas diferentes.

¿Cómo, entonces, llegó el término «hitita»? Surgió, inicialmente, de unas pocas y dispersas referencias bíblicas a un pueblo cananeo posterior a la Edad del Bronce. El término fue posteriormente adoptado por los especialistas para referirse al reino de Anatolia del Bronce

³³ No es consecuencia necesaria, desde luego, que el nombre de una persona indique siempre su origen étnico. La política y otros factores pueden haber influido en la elección del nombre en ciertos casos.

Tardío. Por lo que sabemos hasta ahora, los «hititas» del Bronce Tardío nunca utilizaron ningún término étnico o político para designarse a sí mismos, en verdad, ninguno que refleje su origen indoeuropeo. Ellos se llamaban a sí mismos, simplemente, «pueblo del País de Hatti». Es decir, ellos se identificaban a sí mismos por el nombre de la región en que vivían, que podía haber estado ya en circulación durante muchos siglos, quizás hasta milenios, y quizás mucho tiempo antes de la presencia de indoeuropeos en la región.

Fueron una población mixta, formada por un cierto número de diferentes elementos étnicos —indoeuropeos (nesitas y luvitas), hattianos, hurritas y probablemente en forma creciente un conjunto de otros elementos de población procedentes de Mesopotamia y de Siria. Muchos de ellos, quizás la gran mayoría, probablemente no hablasen la lengua oficial del reino. Lo que les dio una reconocible identidad común, a sus propios ojos y a los de sus vecinos, fue, no una lengua común ni un origen común cultural o étnico, sino el hecho de que vivían dentro de una región claramente definida que los diferenciaba de otros súbditos del rey que vivían alejados en estados vasallos.

La región en la que vivían es conocida casi siempre como la patria hitita. Dentro de esta región ellos pertenecerían a ciudades, villas o centros de culto gobernados por leyes promulgadas por el rey y administradas por consejos de ancianos o por gobernadores regionales que actuaban en nombre del rey. O vivían en haciendas rurales cuyos propietarios debían directa lealtad al rey, casi siempre en devolución de favores reales recibidos o prometidos. Así, a través de series de intermedios jerárquicos, también ellos eran súbditos del rey y podían ser llamados para proporcionarle rentas en especie o para luchar en sus ejércitos.

Todo el cuadro del Oriente Próximo en el Bronce Tardío es complejo —un cuadro de equilibrios de poder constantemente cambiantes entre los principales reinos de la región, de esferas de influencia en expansión o en contracción, de lealtades rápidamente mudables y de alianzas conforme el Gran Rey competía con unos o con otros por la supremacía sobre sus vecinos. Dentro de este contexto, el reino de los hititas emergió, luchó por la supremacía, triunfó y cayó. En las páginas que siguen rastrearemos el progreso de este reino, desde sus comienzos en el siglo XVII, a lo largo de cinco siglos de triunfos y desastres, hasta su hundimiento final en los primeros tiempos del siglo XII.

Pero antes de embarcarnos en este estudio volveremos sobre nuestros pasos hasta el siglo anterior al nacimiento del reino hitita — el período de las colonias comerciales asirias. Éste fue uno de los más fasci-

nantes y de los mejor documentados de la historia temprana de Anatolia. Con el establecimiento de sus colonias los asirios llevaron a Anatolia, por primera vez, el arte de la escritura. Es con este período con el que verdaderamente se puede comenzar el estudio de la historia de la antigua Anatolia.

CAPÍTULO 2

Anatolia en el período de las colonias comerciales asirias

LAS COLONIAS DE MERCADERES

Al principio del segundo milenio, los asirios establecieron un cierto número de colonias de mercaderes en Anatolia. Como hemos anotado, la aparición de esas colonias marcó el comienzo de una nueva era en la historia de la península —la era de los registros escritos, unos mil años después de que se produjeran los primeros en Mesopotamia¹. Los mercaderes asirios dejaron copiosas cuentas de sus transacciones de negocios en tablillas de arcilla escritas en cuneiforme asirio antiguo y mantuvieron estrechos contactos escritos con funcionarios, asociados y familiares residentes en la capital asiria, Assur. «Contratos y registros judiciales de toda clase recogían y validaban una variedad de transacciones legales de las que se servían como pruebas escritas también en pleitos. Muchas listas, notas y memorandos permitían a los comerciantes seguir la pista de sus bienes y transacciones, especialmente listas de reclamaciones pendientes que se usaban para exigir las deudas y para los periódicos asientos contables ordenados por la organización de mercaderes, el *kārum*»².

¹ Puede ser, perfectamente, que se establecieran lazos comerciales entre Mesopotamia y Anatolia a lo largo del tercer milenio; véase Veenhof (1982, 154) quien observa que los nuevos textos de Ebla parecen proporcionar pruebas de tempranos contactos con Kanes.

² Veenhof (1995a, 312).

En la terminología arqueológica, el período de las colonias asirias, que abarca, más o menos, los dos primeros siglos del segundo milenio, es conocido habitualmente como Bronce Medio. Durante este período los asirios estuvieron muy activos en el comercio internacional y en las iniciativas comerciales. Las actividades en Anatolia no son sino un ejemplo de esas iniciativas. En el curso de sus operaciones mercantiles, los asirios establecieron un cierto número de asentamientos que se extendían desde su patria hasta la Anatolia central³. Veintiuno de esos asentamientos están atestiguados en los textos. Hasta ahora, solamente se han podido localizar tres de ellos, dos dentro de la cuenca del Kizil-Irmak (Hattus = la Hattusa hitita y otro asentamiento en la localidad de Alişar)⁴, y otro justo al sur del río Kizil-Irmak, Kültepe (la antigua Kanes), en la región de la moderna Kayseri.

En los tres lugares se han desenterrado tablillas que registran las operaciones y transacciones de los mercaderes asirios, la gran mayoría, sin embargo, procedentes de Kanes⁵. Más de quince mil tablillas de los mercaderes han salido hasta ahora a la luz, la gran mayoría de las cuales todavía deben ser estudiadas con detalle⁶. Se han identificado en los textos dos tipos de asentamientos —las comunidades principales, llamadas *kāru* (singular *kārum*), y los asentamientos menores, llamados *wabaratum* (singular *wabartum*)⁷. Los últimos pueden haber funcionado, principalmente, como puestos militares establecidos por los asirios en posiciones estratégicas para proteger las caravanas de mercaderes de nativos hostiles⁸.

³ Balkan (1957, 31-32) cita la carta TC 18 —que es la fuente principal para la reconstrucción de las rutas desde Assur a Kanes. Véase, también, Hecker (1981, 187), quien comenta que la ruta desde Assur a Kanes no era directa, sino que cruzaba en un amplio arco el norte de Siria, atravesaba el Éufrates en la región entre Birecik y Samsat, y luego, quizás hasta Malatya y Maraş antes de hacer un nuevo giro hacia el oeste, hasta Kanes.

⁴ Como se anotó en el capítulo I, ésta es, posiblemente, la antigua Amkuwa.

⁵ Hasta ahora, y sorprendentemente, sólo han salido a la luz textos de Kanes correspondientes a la fase del nivel II. Los descubiertos en Alişar y en Hattusa pertenecen totalmente al Ib; véase Larsen (1976, 52); Bittel (1983c, 55).

⁶ Özgüç (1986, xx) observa que once mil tablillas han sido descubiertas desde 1948 y están listas para su estudio en el Museo de Ankara. Las encontradas antes de los comienzos de las excavaciones sistemáticas turcas en Kanes en 1948 están muy repartidas por colecciones públicas y privadas.

⁷ Sobre la procedencia del término *kārum*, véase Orlin (1979, 25-26).

⁸ Más sobre las posibles diferencias entre los dos tipos de asentamientos en Larsen (1976, 278). Larsen (1976, 236) observa que varios de los asentamientos cambiaron de carácter en el intervalo entre el nivel II y el Ib, así que están atestiguados como asentamientos *kārum* y *wabaratum*.

La ciudad de Kanes

El foco de las operaciones mercantiles era la ciudad de Nesa o Kanes, en el lugar conocido hoy como Kültepe⁹. Existen dos sectores principales en el lugar, cuya excavación fue iniciada en 1948 bajo la dirección del arqueólogo turco Tahsin Özgüç:

1. Kültepe Hüyük, un montículo de 20 m de altura y unos 500 m de diámetro que se alza por encima de la llanura de Kayseri. Este fue el lugar del asentamiento, dominado por el palacio de su gobernante.
2. Kültepe Kārum (o Kārum Kanes), el centro comercial asirio en los bordes nordeste y sudeste del montículo¹⁰. El *kārum* no estaba habitado exclusivamente por asirios; también había mucha gente de Anatolia entre sus habitantes como lo indican los propietarios de casas con nombres indígenas como Peruwa, Galulu, Saktanuwa, Suppiahsu¹¹.

Hay cuatro niveles principales de ocupación en Kanes. Los dos primeros, IV y III, pertenecen al Bronce Temprano. El nivel III fue destruido por el fuego en el Bronce Temprano III. Fue seguido por el Bronce Medio, el período de las colonias asirias representado arqueológicamente por dos niveles II y Ib. Basados en la cronología del período asirio antiguo, las fechas y la duración de esos dos niveles pueden determinarse con una precisión razonable. Esto es así porque gran número de textos encontrados en Kültepe, Alişar y Hattusa incluyen como fórmula de fecha el nombre del epónimo *limum*, un funcionario nombrado cada año en Assur. Nos quedan listas de esos funcionarios, lo que posibilita determinar la secuencia cronológica de las tablillas del *kārum* sincronizando las listas de *limum* con la lista de reyes asirios,

⁹ Véase Larsen (1976, 277), con respecto a la cuestión de la elección por los asirios de este lugar como centro de su sistema de comercio.

¹⁰ Véase la reconstrucción en Lloyd (1967, 46-47). Sobre los varios distritos del *kārum*, véase Özgüç (1986, 14). Para más detalles sobre el planeamiento físico del *kārum*, véase Özgüç (1964, 27-39). El *kārum* puede haber abarcado hasta 30 hectáreas; véase Veenhof (1995b, 860).

¹¹ Veenhof (1989, 515).

puesto que era costumbre que cada rey asirio fuera nombrado *limum* en uno de los primeros años de su reinado.

El nivel II del *kārum* de Kanes duró de setenta a ochenta años, desde una época relativamente tardía en el reinado de Erisum I¹² hasta el final del reinado de Puzur-Assur, esto es, desde el último cuarto del siglo XX hasta mediados del XIX. Acabó destruido por el fuego. El lugar quedó sin ocupación durante un período de quizás treinta años, antes de que tubiera lugar un nuevo reasentamiento —la fase Ib—, la última fase de las colonias de mercaderes¹³. Todavía no es seguro si el asentamiento del montículo fue afectado por la destrucción al mismo tiempo que la del *kārum*. Muy probablemente permaneció intacto, puesto que una cantidad de tablillas encontradas en el palacio de Kanes deben adscribirse al período intermedio entre los niveles II y Ib¹⁴. El nivel Ib tuvo una floreciente existencia¹⁵ antes de ser destruido por el fuego. Hablando en términos aproximados, se extendió desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del XVIII. En contraste con el nivel II, del cual se han descubierto miles de tablillas, la evidencia documental del Ib es escasa. Este nivel ha producido no más de doscientas cincuenta tablillas.

Los reinos de la Anatolia central en la época colonial

A partir de la información proporcionada por los textos asirios podemos concluir que, durante el período colonial, la Anatolia central estuvo dominada por varios reinos, a veces designados como *mātu* (singular *mātum*) en los textos de los mercaderes —los reinos de Hatti, que probablemente incorporaba la mayor parte del territorio situado dentro de la curva del Kizil-Irmak, Kanes, inmediatamente al sur, Burushattum (variantes Purushattum, Purushanda en los textos hititas), y Wahsusana¹⁶. Los dos últimos parecen probablemente reinos vecinos al sur del Kizil-Irmak. Wahsusana quizás estuviese situado en las proxi-

¹² Se descubrió una carta de este rey en el nivel II de Kanes.

¹³ Véase Balkan (1955, 60-61).

¹⁴ Véase Balkan (1955, 45, 61). Véase también, Larsen (1976, 366) que comenta que es inseguro que la laguna entre II y Ib sea un fenómeno local, o bien refleje una genuina ruptura en las actividades del asirio antiguo en toda la zona donde existían colonias.

¹⁵ Özgüç (1964, 37).

¹⁶ Cfr. Singer (1981, 187). Obsérvese en los textos de los mercaderes la designación *Mat Burušpatum* (KTHahn 1, 3), *Mat Kaniš* (TCu 18, 42), *Mat Wahsusana* (KTHahn 1, 3-4, KTP 10, 23).

midades de la moderna Niğde¹⁷. Burushattum estuvo situado en una importante ruta comercial que desde Asiria pasaba a través Washaniya, Nenassa y Ullamna¹⁸. Posiblemente cae al sudeste del Lago Salado, y esté hoy enterrado, quizás, bajo el montículo conocido como Acem Hüyük (unos 6 km al oeste-noroeste de Aksaray)¹⁹.

En una tradición conservada en tiempos posteriores, en unos textos conocidos como el «Rey de la Batalla» (*šar tamhari*)²⁰, el rey acadio Sargón (c. 2334-2279) condujo una expedición contra Nur-Dagan, rey de Purushanda. Esta tradición, como la asociada al nieto de Sargón, Naram-Sin, puede muy bien haberse basado en un hecho histórico²¹. Si fuera así, proporcionaría pruebas de que había un reino de Burushattum/Purushanda en el Bronce Temprano.

A la lista de los reinos de la Anatolia central, seguramente podríamos añadir el de Zalpa (Zalpuwa), situado al norte del reino de Hatti en, o cerca de, la región del Ponto.

No se puede asegurar hasta dónde se extendía la autoridad o la influencia de cada uno de esos reinos de comienzos del período de las colonias. Sin embargo, cada uno de ellos tenía como centro una ciudad principal cuyo gobernante (*rubā'um* en los textos de los mercaderes) ejercía una amplia autoridad sobre las comunidades que caían dentro de su reino. Algunas de esas comunidades deben de haber sido asentamientos bastante considerables con colonias asirias unidas a ellos, y bajo el control de un vasallo local, también llamado *rubā'um* en los textos²². Un *rubā'um* local probablemente gozase de considerable autonomía en los asuntos concernientes a la comunidad o comunidades que cayesen dentro de su inmediata autoridad. Pero siempre estaba sujeto a la predominante autoridad del gobernante del *mātum* al que pertenecía²³.

¹⁷ Véanse las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 471). Larsen (1972, 101) sugirió una posición más al oeste, en la llanura de Konya. Véase, también, Nashef (1991, 135).

¹⁸ Véanse las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 324). Añádase Cornelius (1958a, 382).

¹⁹ Véanse las referencias citadas por Houwink ten Cate (1970, 58-59, n. 8). Añádase Larsen (1976, 237); Bittel (1976a, fig. 343 [mapa]).

²⁰ Para los fragmentos hititas, véase CTH 310, y para el texto, Güterbock (1934, 86-91) y (1969); el fragmento adicional, al cual se refiere la última publicación, es Bo 68/28 (CTH 310.5), posteriormente publicado como KBo xxii.

²¹ Véase, por ejemplo, Güterbock (1983b, 26-27).

²² *rubā'um* es, en realidad, un término más bien vago. Podría usarse respecto del gobernante de un *mātum*, o de un gobernante vasallo local, o simplemente, del jefe de la aldea.

²³ Véase, también, Orlin (1970, 237), y los comentarios de Larsen (1974, 472) sobre el complejo esquema político de la Anatolia central en ese período.

¿Cuál era la naturaleza de la relación entre los asirios y los gobernantes locales?²⁴ Se pensó antaño que las colonias se establecían al paso de las conquistas militares asirias, lo que reflejaría una dominación asiria sobre las regiones en las que estaban situadas. Pero, en realidad, las colonias eran, sencillamente, «enclaves de huéspedes» basados en pactos comerciales entre Asiria y los gobernantes locales, donde estos últimos conservaban todo el control de la actividad de los mercaderes asirios en su región²⁵.

Las negociaciones entre los reyes, o virreyes, y las colonias, en su región requería la implicación de la administración de la colonia central en Kanes. A veces, a un gobernante local había que recordarle esto, como sabemos por una carta escrita por los funcionarios del *kārum* en Wahsusana. La carta era la respuesta a un requerimiento que la colonia había recibido del *rubā'um* de Washaniya, que estaba cercano. El *rubā'um* había escrito para advertir a los mercaderes de Wahsusana que él había sucedido a su padre en el trono y quería renovar un tratado con ellos. Se le informó del procedimiento correcto que debía seguir:

Nosotros contestamos: «El *kārum* de Kanes es nuestro superior. Le escribiremos de modo que ellos puedan escribiros (directamente) o a nosotros. Dos hombres del país²⁶, irán a vosotros y ellos podrán hacer el juramento²⁷. ¡Depende ahora de vosotros! ¡Permitid que sus órdenes lleguen aquí! Hemos dado a nuestros mensajeros (una concesión de) 20 minas de cobre» (KTP 14, 19-23, adaptado de la traducción de Larsen [1979, 249]).

Aunque la lectura e interpretación de esta carta no sea totalmente segura²⁸, los funcionarios de la colonia de Wahsusana dicen claramente que no tienen autoridad para tratar directamente con el nuevo rey, al menos en primera instancia. El asunto tiene que llevarse a Kanes, que enviará a los mensajeros para disponer la renovación del tratado.

²⁴ Las relaciones políticas entre los mercaderes y la población local se trata con detalle en Garelli (1963, 321-361).

²⁵ Cfr. Veenhof (1982, 147-148) quien comenta que la presencia asiria no estaba basada en la dominación militar o imperial, sino en la natural y pacífica penetración comercial basada en el mutuo interés y en los acuerdos o tratados oficiales con los gobernantes locales; los contactos oficiales servían para el establecimiento y mantenimiento de buenas relaciones políticas con los diversos gobernantes de Anatolia por parte de los representantes oficiales de Kanes en conjunción con enviados de Assur.

²⁶ Para la discusión de lo que significa esta expresión, véase Larsen (1976, 250).

²⁷ El término utilizado en los textos para un acuerdo comercial.

²⁸ Véase Larsen (1976, 250). Cfr. el anterior tratamiento del texto de Garelli (1963, 329-331) y Orlin (1970, 114-118).

Los incentivos de la empresa comercial asiria

¿Qué atractivo tenía Anatolia para sostener la empresa mercantil asiria? En primer lugar, un entorno político estable debe de haber sido un factor importante. Al comienzo del período de las colonias, los gobernantes locales coexistían en términos relativamente pacíficos y el control que ejercían sobre sus propios reinos era suficiente para garantizar a los mercados extranjeros seguridad y provecho en las empresas mercantiles²⁹.

Como sabemos por una cierta cantidad de documentos, los mercados asirios eran muy sensibles a esas cuestiones y estaban extremadamente reacios a comerciar en zonas donde las condiciones no estuvieran asentadas³⁰. Para las colonias asirias, la Anatolia central ofrecía el atractivo de una serie de centros urbanos, ya bien establecidos dentro del marco de estructuras políticas relativamente coherentes, propicios para el desarrollo de actividades comerciales provechosas por toda la región.

Sin embargo, el éxito total de la empresa residía básicamente en el hecho de que cada parte tenía artículos exportables con gran demanda de la otra. Las principales exportaciones desde Asiria a Anatolia eran tejidos de lana y un metal llamado *annukum*. Algunos opinan que ésta es la palabra asiria para plomo, pero ahora parece seguro, que el metal en cuestión era estaño³¹. Como ya hemos observado, las comunidades de Anatolia eran muy dependientes, si no totalmente, de la importación del estaño extranjero para la fabricación de bronce. Para las comunidades de la Anatolia central y oriental, la única fuente factible de suministro, en esta época, era Asiria. Los asirios obtenían el metal, probablemente, en las montañas del sudoeste de Irán (el antiguo Elam)³², desde donde los comerciantes lo llevaban a Assur³³. Los textos disponibles nos indican la importación de unas ochenta toneladas de estaño en un plazo de cinco años, que se habría usado para la producción de unas ochocientas toneladas de bronce.

²⁹ Cfr. Larsen (1976, 86).

³⁰ Obsérvense las cartas ATHE 66 (líneas 9-14) y KTHahn 1 en las cuales los mercados asirios Puzur-Assur e Idi-Istar (respectivamente) indican que ellos no comerciarán en zonas políticamente inestables donde su propia seguridad y la de sus bienes se arriesgaban. Cfr. Veenhof (1989, 586).

³¹ Véase Garelli (1963, 269-279); Landsberger (1965).

³² Véase Muhly (1973); Larsen (1976, 87-89); Yakar (1976, 122-123).

³³ Véase Larsen (1967, 163-165). «La capital asiria fue, pues, el centro de un tránsito comercial que conectaba el estaño producido en zonas de Irán con Anatolia y Babilonia» (pág. 155).

Los tejidos se fabricaban en piezas de cuatro metros cuadrados. Algunos se fabricaban en Asiria, pero la mayoría eran de origen babilónico³⁴. Eran famosos por su buena calidad, particularmente en comparación con los fabricados localmente en Anatolia. Las cartas intercambiadas entre los mercaderes residentes en las colonias y sus mujeres o sus asociados en Assur³⁵, contienen instrucciones muy precisas en cuanto al método de fabricación y el tamaño de los tejidos que debían enviarse a Anatolia. Nuestra mejor fuente de información al respecto es una carta de Puzur-Assur, un mercader asirio residente en Anatolia, a Waqartum, una mujer de la capital asiria, Assur.

Así (habla) Puzur-Assur. «Di a Waqartum: 1 mina de plata, con sus tasas, sus derechos pagados, está llevándote Assur-idi con mi sello. (Sobre) el fino tejido que me enviaste —cuidate de fabricar tejidos iguales y de enviarme(los) con Assur-idi, y yo te mandaré 1/2 mina de plata (por cada pieza).

Déjales cardar una cara del tejido: no deben recortarlo; su tejido debe ser apretado. Comparado con los anteriores tejidos que me enviaste utiliza 1 mina más de lana (en) cada (pieza): ¡pero manténlos ligeros! La otra cara se cardará *ligeramente* (?). Si aún tiene pelo podría recortarse como un *kutanum* (esto es, una tela de lino)» (TCu 3/1, 17, 1-22, trad. Veenhof [1972, 104]).

Aunque carente de estaño, Anatolia tenía ricos depósitos de algunos otros metales, entre ellos, cobre, plata y oro³⁶. Esto era, evidentemente, lo que atrajo a los mercaderes asirios, quienes llevaban su estaño y tejidos a Anatolia para cambiarlos por los metales indígenas, especialmente plata y oro. Complementaban sus empresas de importación con actividades comerciales internas, negociando con lana, tejidos de lana y cobre entre las comunidades locales con el fin de adquirir plata u oro que enviar a Assur³⁷.

Actuaba con profusión un sistema de préstamo y crédito a todo lo largo de las comunidades de la Anatolia oriental durante el período colo-

³⁴ Véase Larsen (1967, 178).

³⁵ Sobre el papel de las mujeres en las empresas mercantiles, véase Günbatti (1992). Günbatti comenta (pág. 234) que las mujeres en Asiria eran casi tan activas como los hombres en la vida social; no solamente eran las compañeras en la familia, sino también en los negocios de sus maridos; ayudaban a sus maridos y hermanos y miraban por sus intereses en asuntos de negocios y casos judiciales en Asiria.

³⁶ Véase De Jesus (1978).

³⁷ Véase Özgüç (1963, 98); Veenhof (1972, 137-139; 1989, 517). No hay datos de comercio de cobre entre Anatolia y Assur.

nial. Los intereses eran elevados, del orden del treinta por ciento hasta incluso el ciento ochenta por ciento³⁸. Hubo un cierto número de casos en que los deudores fueron incapaces de saldar el préstamo original en la época de la cosecha, especialmente tras un mal año, o incluso de reunir los intereses del pago. La falta de pago de las deudas era, lógicamente, una fuente de tensión entre deudores y acreedores. Un deudor, en realidad, podía verse forzado a vender un miembro de su familia o a toda la familia, incluido él mismo, para saldar su deuda³⁹. En algunos casos intervenía el rey local para resolver problemas de endeudamiento mediante la promulgación de un decreto de cancelación de deudas⁴⁰. Comprensiblemente, un acreedor casi siempre intentaba proteger parte, al menos, del préstamo original ante la eventualidad de que se emitiera un decreto así:

Salmuh e Iskunanika, su mujer, Ispuhnasu y Kiri deben 21 sacos de grano, la mitad (de los cuales son) de trigo, la mitad (son) de cebada, y 15 siclos de plata a Peruwa. Ellos devolverán la plata y el grano en la época de la cosecha. Ellos mismos transportarán (el grano) a (la aldea de) Hailawakuwa. Deberán medir el grano con el recipiente (de medida) de Peruwa. La plata y el grano están sujetos a garantía conjunta (y) a la de su familia. Ante: Kakria; ante Idi(s)-Su'in; ante Ili-iddinassu⁴¹. Si el rey cancela la obligación de pagar la deuda deberéis pagarme mi grano (kt d/k 48b 5-24, trad. Balkan [1974, 35])⁴².

La organización de las empresas mercantiles

La explotación efectiva de lazos comerciales mutuamente beneficiosos entre Asiria y Anatolia, evidentemente requería de una organización grande y compleja. La sociedad anatólica era, por lo menos, una «que podía comprar y absorber miles de costosos tejidos y podía utilizar considerables cantidades de estaño en una importante industria del bronce. Los palacios de Anatolia realizaban complicadas ope-

³⁸ Balkan (1974, 30).

³⁹ Véase Balkan (1974, 30) y Veenhof (1982, 148). El último anota que la lista de anatólicos endeudados y con atrasos respecto a asirios supera a la de asirios endeudados con locales; véanse las listas en Garelli (1963, 379-390).

⁴⁰ La expresión utilizada es *ḫubullam masa'um* —lavar una deuda (Balkan [1974, 32]).

⁴¹ Los testigos del contrato.

⁴² Como señala Balkan (1974, 32), los contratos de préstamo que hacen referencia a la posibilidad de que el rey cancele todas las deudas se conocen solamente en casos de deudores y acreedores nativos; podemos asumir, sin embargo, que esa cancelación de deudas se aplicaría también a las de nativos con mercaderes asirios.

raciones de acreditación de las importaciones asirias y mantenía un satisfactorio balance de pago con el *Bit Kārim*⁴³.

Por el lado asirio, la organización del sistema suponía el establecimiento y administración de las colonias, la instauración de consejos para arbitrar en las disputas comerciales, el mantenimiento de estrechos contactos con la capital asiria, Assur, la redacción de tratados comerciales con los gobernantes locales y la financiación de las empresas comerciales.

El estado asirio ejercía un cierto grado de control sobre las operaciones comerciales y la conducta y administración de las colonias a través de la agencia del *Bit Alim*, literalmente «Casa de la Ciudad»⁴⁴. Pero las propias empresas comerciales estaban financiadas y casi siempre actuaban por cuenta de un rico empresario o inversor asirio —*ummeānum* en los textos. Podía actuar como un exportador-importador por cuenta propia o formar un consorcio con otros empresarios. Casi siempre establecía sucursales de sus negocios en las colonias. Las sucursales eran dirigidas, normalmente, por un varón joven de su familia enviado a las colonias por un tiempo indefinido —en algunos casos hasta que el jefe de los negocios en Assur moría o se retiraba. Sin embargo, algunos asirios ejercieron hacer de Anatolia su hogar permanente. Establecieron o reubicaron a sus familias allí, llevándose a sus mujeres o novias o casándose con muchachas nativas⁴⁵.

Por lo general, el *ummeānum* ponía la verdadera gestión de las operaciones comerciales en manos de un *tamkārūm*, un agente responsable de la marcha de su negocio en Anatolia: la venta de las mercancías, la decisión de dónde había que vender y todos los tratos con los clientes de Anatolia⁴⁶. Pero las responsabilidades más pesadas recaían normalmente sobre los *kassāru*, transportistas que se alquilaban como personal de carava-

⁴³ Veenhof (1982, 154). *Bit kārim* significa literalmente «Casa del *kārum*», esto es, el centro financiero y administrativo del *kārum*.

⁴⁴ Para una lista de las responsabilidades ejercidas, véase Orlin (1970, 58-59). Pero obsérvese Larsen (1974, 470), que previene contra la sobrestimación del papel del estado en las empresas y comenta el papel de Kanes en el centro de una estructura especial administrativa y política que tenía su propia coherencia interna y que en sus relaciones con Assur gozaba de un cierto grado de autonomía (1976, 262).

⁴⁵ Veenhof (1982, 147). Véase, también, sobre la operación firma familiar en Larsen (1974, 471; 1976, 97-102). Sin embargo, habría que observar que, mientras que el sistema mercantil estaba controlado y manejado fundamentalmente por asirios, otros, de origen no asirio, entre ellos anatólicos y sirios también participaban; véase Hecker (1981, 189-193). Para tabillitas que indiquen alguna implicación de personas de Ebla en el comercio, véase Veenhof (1989, 516); Biigic (1992).

⁴⁶ El significado preciso y los atributos del término *tamkārūm* parecen haber variado; véase Larsen (1967, 49-56; 1974, 470).

nas para llevar la mercancía a Anatolia y de Anatolia a Asiria y garantizar que, realmente, las caravanas alcanzaban sus destinos. Ellos asumían todas las responsabilidades de los pagos *en route**. Pasaban virtualmente toda su vida como viajeros comerciales, excepto los cuatro meses de invierno de cada año, en los que cesaban todas las operaciones de comercio. A cambio de su servicio parece que recibían préstamos libres de intereses, o capital de trabajo, que les podía permitir adquirir mercancías por cuenta propia para venderlas en Anatolia o *en route* hacia Anatolia⁴⁷.

Transporte y venta de las mercancías

Las caravanas se hacían con los llamados asnos negros de Capadocia. Probablemente eran criados y entrenados en Asiria y se vendían a los mercaderes a 20 siclos de plata cada uno. Una caravana de tamaño medio constaba de unos 200 o 250 animales y cada asno cargaba unas 130 minas (65 kilogramos aproximadamente) de estaño o unas 60 minas de tejidos (con una media de 25-26 piezas), o una mezcla de ambas cosas⁴⁸. La mercancía se colocaba en dos fardos puestos uno a cada lado del asno, además de otro paquete arriba o paquete de silla. Como norma, los fardos de los lados no debían abrirse durante el viaje, pero el paquete superior probablemente fuera accesible y contendría artículos como comida, pienso, las pertenencias privadas del viajero y algo a lo que se alude como «estaño suelto» en contraste con el «estaño sellado»⁴⁹.

Peajes e impuestos eran exigidos en cada ciudad de cierta categoría a través de la cual pasase la caravana durante el viaje, en Mesopotamia, en el norte de Siria y en Anatolia. Cuando pasaba a través de los territorios de los distintos centros administrativos estaba sometida a nuevos impuestos, el *nisatum*, una tarifa plana impuesta por la administración del cinco por ciento sobre tejidos y del tres por ciento sobre el estaño. Parece, también, que el palacio ejercía el derecho de hasta el diez por ciento de una consignación de tejidos antes de que fueran preparados para su venta en el mercado libre. El palacio también tenía el monopolio sobre raros artículos de lujo, como el hierro meteorítico. A cambio de esos privilegios, el palacio daba a los mercaderes importantes garantías en relación, por ejemplo, con los derechos de residencia o la promesa de

* En francés en el original. En todo el libro las expresiones en francés son propias del autor. (*N. del T.*)

⁴⁷ Véase Larsen (1967, 79-80; 149-150); Veenhof (1972, 10-11; 86-87).

⁴⁸ Véase Larsen (1967, 147-149); Veenhof (1972, 13-27).

⁴⁹ Véase Larsen (1967, 169); Veenhof (1972, 23).

protección cuando viajaran por zonas dentro de la jurisdicción del palacio⁵⁰. Los mercaderes estaban sometidos a otros impuestos de sus propios pueblos —por ejemplo, un impuesto a la exportación al salir de Assur y, probablemente también, algún tipo de impuesto sobre los bienes que eran gravados por la administración de una colonia en particular, como pago por los gastos generales de administración y por el almacenamiento de artículos⁵¹.

Una vez que todos esos impuestos y peajes habían sido liquidados, entonces, el mercader tenía que vender sus productos. Del estaño era mucho más fácil deshacerse y seguramente sólo tenía que descargarlo en uno de los centros metalúrgicos. Seguramente los tejidos exigían mayor esfuerzo. El mercader quizás tuviera que pregonarlos en su entorno y luego venderlos en una partida única o en pequeñas cantidades. También los costes del transporte de los tejidos eran, obviamente, más elevados puesto que requerían más del doble de asnos para llevarlos de los que se necesitarían para un peso equivalente de estaño. Esto probablemente explica por qué el beneficio de los tejidos era doble que el del estaño.

Cómo eludir los impuestos

Los beneficios de las actividades comerciales de los mercaderes eran altos, aproximadamente del cien por cien en el estaño y del doscientos por cien en los tejidos. Comprensible. La iniciativa y la ejecución en esas aventuras comerciales parecen haber estado todas del lado del mercader. Eran ellos quienes organizaban el sistema y quienes operaban con él y ellos los que, aparentemente, sufrían todos los riesgos. Además, sus márgenes de beneficios quedaban sustancialmente mermados con los gastos básicos del viaje por las largas, difíciles y azarosas pistas de Asiria a Anatolia y por la serie de peajes, tasas e impuestos de sus propios funcionarios en las colonias y de las autoridades locales de Anatolia⁵². Evidentemente, había muchos incentivos para encontrar medios de eludir esos gastos.

⁵⁰ Véase Larsen (1976, 245).

⁵¹ Nótese el texto TC 3/2, 165 que indica todos los impuestos que recaían en el viaje de Kanes a Burushattum. Véase Garelli (1963, 308-310); Larsen (1967, 161); Veenhof (1972, 285).

⁵² Véase Veenhof (1972, 229-302).

Una forma de hacerlo era sortear las ciudades que imponían los peajes abandonando la ruta principal y viajando por alguna carretera lateral, conocida como el *ḥarrān sūqinnim*, literalmente, la «pista estrecha»⁵³. Pero esto era una empresa azarosa, en parte porque esa pista estaba probablemente infestada de bandidos, y en parte, porque podía suponer para las caravanas un largo rodeo con el consiguiente gasto de alimentos y agua. De ahí la prevención que los mercaderes mostraban a aventurarse fuera de las rutas batidas, como demuestra una carta de Buzazu a su asociado Puzur-Assur:

Déjales viajar hasta Timilkia para alcanzar mi mercancía y si la «pista estrecha» es segura, mi estaño y mis tejidos de buena calidad, tantos como haya llevado a través del país llegarán hasta mí, ciertamente, con un caravana por la «pista estrecha». Si, no obstante, la «pista estrecha» no es apropiada, déjales llevar el estaño a Hurrama y entonces déjas que, o bien los habitantes nativos de Hurrama lleven todo el estaño en cantidades de 1 talento cada uno dentro de la ciudad, o bien, que se hagan paquetes de 10 ó 15 minas cada uno y deja que el personal (de la caravana) los lleve por dentro de la ciudad bajo sus taparrabos. Sólo después de que se haya entregado con seguridad 1 talento se les permitirá llevar otro talento dentro de la ciudad. Tan pronto como algo del estaño haya llegado con fiabilidad a la ciudad podrás enviármelo de vez en cuando con la primera caravana que se vaya (BIN iv 48, 12-29, trad. Veenhof [1972, 312, 324]).

Como indica la carta, el método alternativo de eludir los peajes e impuestos era intentar llevar los artículos en secreto por la ciudad, sin conocimiento de las autoridades locales. Pero pasar de contrabando era también un asunto azaroso, ya que su descubrimiento podría suponer la confiscación de toda la mercancía y la prisión para los contraventores, como es avisado Puzur-Assur por otro de sus socios:

El hijo de Irra envió de contrabando sus artículos a Pusu-ken, pero sus artículos de contrabando fueron cogidos, por lo cual el palacio se apoderó de Pusu-ken y lo metió en la cárcel. La guardia es fuerte. La reina ha enviado mensajes a Luhusaddia, Hurrama, Salahuwa⁵⁴ y a su (propio) país en relación al contrabando y se han puesto vigías (literalmente «ojos»). Te ruego que no envíes nada de contrabando (ATHE 62, 28-37, trad. Veenhof [1972, 308]).

⁵³ Para esta traducción, véase Veenhof (1972, 322-323).

⁵⁴ Nombres de ciudades de Anatolia.

El contrabando de artículos valiosos fuera de Anatolia también ocurría a veces, por ejemplo la exportación ilegal del raro y valioso hierro meteorítico (*amūtum, asī'um*).

En general, los mercaderes ponían cuidado para evitar conflictos con las administraciones locales⁵⁵. En los casos en que los mercaderes violaban sus acuerdos con ellos, éstos estaban listos para tomar rápidas y enérgicas medidas, incluyendo la prisión y la confiscación de su plata y de su oro⁵⁶.

DESARROLLO POLÍTICO EN ANATOLIA DURANTE EL PERÍODO COLONIAL

Una importante consecuencia de las empresas comerciales de los asirios en Anatolia fue que, casi con seguridad, dieron pábulo a un mayor sentido de la conciencia territorial entre los gobernantes locales. Había importantes consideraciones prácticas implicadas en la definición clara de los límites territoriales, tanto de las ciudades, en particular, por donde pasaban los mercaderes, como de los reinos a los que pertenecían esas ciudades. Los límites determinaban qué administración local tenía jurisdicción sobre los mercaderes en un momento determinado de su viaje —y, por lo tanto, el derecho a los diversos peajes e impuestos que recaían sobre ellos. Además, para la operatividad del sistema debe de haberse necesitado un alto grado de cooperación entre las distintas autoridades a través de cuyas tierras pasaban los mercaderes, o sobre asuntos como «conservar las carreteras libres» —esto es, asegurar que las rutas utilizadas por los mercaderes estaban a salvo de los peligros a los que las caravanas comerciales eran vulnerables. Éste era un asunto sobre el cual los mercaderes eran particularmente sensibles: «He oído que han dejado libre la carretera. Si ellos (realmente) han dejado libre la carretera, lleva allí mis mercancías. Déjame levantar e ir allí» (CCT ii, 22-25, trad. Balkan [1957, 16]).

Las rutas recorridas por los mercaderes proporcionaban una red regular de comunicación a través de la Anatolia central. De ésta y de otras maneras el sistema mercantil debe de haber promovido contactos más estrechos y más regulares entre los reinos, dentro de la región donde se habían establecido las colonias. Así, procurando a esos reinos un contacto más estrecho, y teniendo en mayor consideración la

⁵⁵ Véase, nuevamente, Larsen (1974, 473-474).

⁵⁶ Véase Balkan (1974, 29).

importancia del control del territorio, tanto desde el punto de vista comercial como del político, el sistema de colonias asirias ayudó a crear los fundamentos de la disensión entre, y dentro de, los reinos. Esto comprendería reclamaciones conflictivas sobre las fronteras del territorio; inducciones crecientes para los reyes a aumentar su propio territorio a expensas de sus vecinos, e incentivos para que un gobernante vasallo se independizase de su señor y se estableciera por su cuenta como un gobernante independiente.

Hacia el final de la primera fase del período de las colonias (representado arqueológicamente por el nivel II de Kanes) existen pruebas de crecientes disturbios y de conflictos abiertos en las regiones donde se habían situado las colonias. Así, dificultades en el sur, forzaron al mercader Idi-Istar a posponer una visita a Wahsusana donde debía poner en orden el envío de una remesa de cobre que tenía almacenada allí. Escribió a su colega Assur-nada con las noticias: «No fui a Wahsusana porque hay una revuelta en el país de Burushattum y Wahsusana» (KTHahn 1, 2-6).

La prueba más dramática del conflicto entre los reyes de Anatolia la proporciona la destrucción de la ciudad de Nesa/Kanes alrededor de mediados del siglo XIX. ¿Quién fue el responsable de esta destrucción? Sabemos, por un texto comúnmente conocido como la Inscripción de Anitta (se tratará más adelante), que el reino de Nesa fue atacado, conquistado y saqueado por Uhna, el gobernante del reino septentrional de Zalpa, quizás en colaboración con el rey de Hatti. Esta conquista puede explicar la destrucción de la ciudad, atestiguada en el registro arqueológico. De ser así sólo podemos especular sobre las causas que llevaron a ese ataque y destrucción. Nesa pudo haberla provocado por sobreexplotación de su posición en el centro del sistema mercantil asirio, quizás cerrando, o amenazando con cerrar las rutas que conducían a los reinos más septentrionales de Anatolia.

En todo caso, con la destrucción del corazón de la red de colonias, los asirios pudieron haber cesado en sus operaciones comerciales en Anatolia, o al menos haberlas recortado drásticamente quizás hasta la vuelta de condiciones más estables varias décadas después, cuando Nesa fue recolonizada (nivel Ib). Pero, entre tanto, otro reino había alcanzado la preeminencia al sur del Kizil-Irmak, probablemente en la zona montañosa al sudeste de Nesa —el reino de Mama⁵⁷.

⁵⁷ Sobre las diversas posibilidades de su ubicación, véase Balkan (1957, 33), quien sugiere una localización en la proximidad de la moderna Elbistán, o la región de Capadocia Comana y Göksün. Véase, también, Nashef (1991, 83).

Tensión entre Mama y Kanes

A los pocos años de la recolonización de Nesa/Kanes, comenzaron a surgir tensiones entre su rey Inar y el rey de Mama, un hombre llamado Anum-hirbi⁵⁸. Aquellas parece que terminaron con la invasión del territorio de Mama por Inar. Posteriormente, se retornó a la paz y se firmó un tratado entre los dos reyes. Sin embargo, la paz resultó precaria y en el reinado del hijo y sucesor de Inar, Warsama, las hostilidades prendieron nuevamente. En esta ocasión, el instigador fue el «hombre de Taisama», uno de los gobernantes vasallos de Warsama, quien tomó la iniciativa de adentrarse en Mama y atacó y destruyó algunas de sus ciudades. Anum-hirbi escribió al rey de Kanes quejándose amargamente de la conducta de su vasallo y sugiriendo a Warsama que lo mantuviese bajo control en el futuro.

Anum-hirbi, el rey de Mama, dice lo siguiente:

Dice Warsama, rey de Kanes: Tú me has escrito: «El hombre de Taisama es mi esclavo, yo lo vigilaré. Pero, ¿vigilarás al hombre de Sibuha, tu esclavo?» Puesto que el hombre de Taisama es tu perro ¿por qué pelea con otros príncipes? ¿Pelea el hombre de Sibuha, mi perro, contra otros príncipes? ¿Llegará a ser el rey de Taisama un tercer rey como nosotros?

Cuando mi enemigo me conquistó, el hombre de Taisama invadió mi país y destruyó doce de mis ciudades y se llevó vacas y ovejas. Él habló como sigue: «El rey ha muerto, así que yo he lanzado mis propias redes.» En lugar de proteger mi país y darme ánimos, no sólo quemó mi país sino que creó un mal olor a humo.

Cuando tu padre Inar estuvo asediando durante nueve años la ciudad de Harsama, mi pueblo invadió tu tierra y ¿mataron un solo buey o una oveja? (kt g/t 35, 1-33, basado en la trad. de Balkan [1957, 8])⁵⁹.

Warsama acordó mantener a su vasallo bajo control pero solicitó una garantía similar con respecto al díscolo vasallo de Anum-hirbi, el

⁵⁸ Güterbock (1964, 109) anota un fragmento encontrado en 1960 que menciona a un tal Anum-herwa (KBo xii 3 = CTH 2.1)—que puede ser idéntico a Anum-hirbi. Véase, también, Helck (1983, 274-276) que hace la transliteración y traducción del fragmento que apoya la identificación.

⁵⁹ La carta está escrita en asirio antiguo y está también transliterada por Orin (1970, 99).

hombre de Sibuha. Ambos reyes parecían ansiosos por retomar las pacíficas relaciones y renovar el antiguo tratado, como indica la carta de Anum-hirbi: «[Tú me escribiste] lo siguiente: “Deja que hagamos un juramento.” ¿Es insuficiente el antiguo juramento? Permite que tu mensajero venga a mí y deja que mi mensajero llegue regularmente hasta ti» (kt g/t 35, 49-55, trad. Balkan [1957, 8]).

En el caso de Warsama, el principal aliciente para renovar las relaciones diplomáticas era, seguramente, garantizar que las rutas normales de comunicación serían reabiertas: «Hoy me has escrito lo siguiente: “¿Por qué no dejas libres las carreteras para mí?” Yo liberaré las carreteras.» (kt g/t 35, 34-37, trad. Balkan [1957, 8]). La ruptura de esas rutas debió de tener serias implicaciones comerciales para Nesa, particularmente, que se sepa, en cuanto concernía a las operaciones comerciales con los asirios.

Así que, probablemente, la paz fue restaurada entre los dos reinos —por el momento.

La dinastía de Pithana

Pudo ser con el reinado de Inar, el padre de Warsama, cuando Nesa/Kanes volvió a ser preeminente, como está atestiguado por los restos del nivel Ib. Pero el período Ib parece haber sido de continua inestabilidad. Los conflictos y disputas a los que se refiere Anum-hirbi podrían, perfectamente, haber sido responsables de una progresiva fragmentación de las estructuras políticas y administrativas de la Anatolia central —la gradual ruptura de los viejos reinos en unidades más pequeñas incrementaría considerablemente la complejidad de la escena política anatólica y el potencial de prolongados conflictos y disputas sobre fronteras y derechos territoriales. Un texto roto, que parece indicar una revuelta de comunidades vasallas contra el rey de Hattusa puede indicar un proceso similar de fragmentación dentro del reino de Hatti⁶⁰.

Pero entonces hubo un dramático giro de los acontecimientos, que pudo alterar profundamente el escenario político en la región, tanto en el interior como al sur de la cuenca del Kizil-Irmak:

El rey de Kussara bajó de la ciudad con gran fuerza y tomó Nesa por asalto durante la noche. Aprehendió al rey de Nesa, pero no causó perjuicios a los habitantes de Nesa. Por el contrario, les hizo sus madres y sus padres. (Inscripción de Anitta [CTH 1, 5-9]).

⁶⁰ Véase Larsen (1972); Bryce (1985a).

Esas líneas proceden de la llamada Inscripción de Anitta, un texto conservado fragmentariamente en tres copias⁶¹, supuestamente de un original grabado en una estela colocada en la puerta de la ciudad del rey⁶². Aunque se pensó que fue escrito en cuneiforme asirio antiguo, el texto original posiblemente fuese escrito en «hitita» (nesita)⁶³. Sin embargo, la más antigua versión superviviente es una copia realizada, según parece, durante el Reino Antiguo hitita, unos ciento cincuenta años después que el original⁶⁴.

La inscripción trata de las conquistas en la Anatolia central de dos reyes que eran, aparentemente, miembros de una dinastía gobernante, centrada originariamente en una ciudad llamada Kussara —Pithana y su hijo Anitta, el autor del texto. Los nombres de esos reyes son conocidos, también, por algunos otros textos antiguos⁶⁵ y pueden, casi seguramente, ser asignados a la segunda fase del período colonial⁶⁶. Probablemente, la ciudad de Kussara estaba al sudeste de la cuenca del Kizil-Irmak, en la región del Antitauro⁶⁷, en, o cerca de, la ruta principal comercial de Asiria, y quizás en las proximidades de la moderna Şar (Capadocia Comana)⁶⁸.

Algunos especialistas han llamado la atención sobre la afirmación de Pithana de que en su conquista de Nesa no hizo daño a los habitantes de la ciudad, sino que «los hizo sus madres y sus padres». Esta afirmación es única en la literatura cuneiforme. ¿Es puramente simbólica o debe encontrarse un sentido más literal? Si se toma literalmente, podría indicar lazos étnicos entre los dinastas de Kussara y la predominantemente población indoeuropea de Nesa, o más genéricamente, estrechas afinidades étnicas entre las poblaciones de Nesa y de Kussara⁶⁹. Pero esto podría leerse mejor dentro de una declaración de justificación. Su intención principal parece haber sido, simplemente, comunicar la imagen de un gobernante benevolente que estaba empeñado en ganar la buena voluntad de aquellos sobre los cuales había impuesto su gobier-

⁶¹ El texto ha sido editado recientemente por Neu (1974). Véase, también, el tratamiento que le da Steiner (1984; 1980b).

⁶² Gurney (1990, 141).

⁶³ Véase Neu (1974, 3-9).

⁶⁴ Véase Neu (1974, 6); Hoffner (1980, 292); Güterbock (1983b, 24-25).

⁶⁵ Véase Bryce (1983, 232, n. 8).

⁶⁶ Véase la referencia citada por Gurney (1973a, 232, n. 8).

⁶⁷ Véase J. Lewy (1962); Singer (1981, 128); Bryce (1983, 28).

⁶⁸ Para otras propuestas, véanse las referencias citadas en Del Monte y Tischler (1978, 230; 1992, 87-88).

⁶⁹ Véase, por ejemplo, Orlin (1970, 243, n. 73); Singer (1981, 128).

no. Los quería ver como sus parientes más que como los súbditos de un déspota extraño. La imagen pertenece al lenguaje de la diplomacia —o propaganda. No tiene que reflejar una verdad literal.

No tenemos sólidas razones para asumir que Pithana buscó identificarse a sí mismo como el campeón de la etnia indoeuropea, o que los conflictos en que él y su hijo Anitta se implicaron reflejen una lucha por la supremacía política y militar entre dos grupos étnicos, los hattianos y los indoeuropeos. Sólo por sus nombres no sabemos cuáles fueron los orígenes étnicos de Pithana y de Anitta. Y hacia los comienzos del segundo milenio, tras varios siglos de colonización indoeuropea en Anatolia y de mezclas con otros grupos, la conciencia de diferencias étnicas pudo haber desaparecido —al menos en un sentido sociopolítico. Había, sin duda una conciencia de diferencias culturales básicas entre los diversos grupos o subgrupos de población, particularmente si continuaban hablando lenguas diferentes, pero es más improbable que esas diferencias llevaran a competiciones y conflictos entre los reinos de Anatolia del período de las colonias.

Después de la conquista de Pithana, Nesa se convirtió en la nueva sede de la dinastía de Kussara. El descubrimiento en 1954, entre los escombros de un gran edificio en el montículo de Kültepe, de una daga inscrita, parecía otorgar confirmación material del establecimiento de Nesa como sede real de la dinastía de Kussara. La daga llevaba la inscripción É GAL *A-ni-ta ru-bā-im* ([la propiedad de] el palacio de Anitta, el rey)⁷⁰. El edificio donde se descubrió, ¿era el palacio de Anitta? Por sí misma, la prueba aportada por la daga puede haber indicado, simplemente, que ésta era una residencia regional del rey. Pero cuando la consideramos junto con otras pruebas escritas, cabe escasa duda de que el edificio sobre el montículo era, en realidad, el palacio de Anitta.

Casi con certeza, importantes consideraciones estratégicas aportaron el motivo de la conquista de Nesa por Pithana y la reubicación allí de la sede del poder. Con Nesa como base, Pithana y Anitta estaban bien dentro de la zona de alcance de posibles choques militares entre los reinos de Anatolia situados en el interior de la cuenca del Kizil-Irmak y al sur de él, en la región conocida más tarde como las Tierras Bajas. A la vista de las cuantiosas operaciones militares que emprendió Anitta posteriormente, tanto al norte como al sur del Kizil-Irmak, la conquista de Nesa puede muy bien haber sido el primer paso de una campaña diseñada para llevar toda la región bajo la influencia de la dinastía de Kussara.

⁷⁰ Véase Balkan (1955, 78).

Un nuevo aliciente fue el hecho de que la colonia de mercaderes ligada a Nesa fuese el centro administrativo y distributivo de toda la red de colonias asirias en Anatolia. Desde luego, las colonias mercantiles gozaron de un considerable grado de independencia en sus operaciones comerciales. Pero como hemos visto, no estaban menos sujetas al total control administrativo y judicial de las administraciones locales en cuyas regiones se ubicaban. Eso también se aplicaba al *kārum* de Kanesh. La jurisdicción sobre la cabecera de la red mercantil debe de haber presentado un cierto número de significativas ventajas estratégicas a los gobernantes del reino local. Eso muy bien pudo ser aprovechado y explotado por un rey ambicioso y emprendedor a expensas de sus vecinos. En este contexto no necesitamos sino recordar que uno de los principales artículos importados por los asirios para su distribución en Anatolia era el estaño, esencial para la fabricación de armamento de bronce.

El imperio construido por Anitta

La conquista de Nesa por Pithana fue el preludio de otras campañas contra reinos situados hacia el norte. Sus campañas fueron proseguidas por su hijo Anitta, aparentemente con arrollador éxito, desde Zalpa (Zalpuwa) en, o cerca de, la zona del Ponto, a través del reino de Hatti, hasta la curva meridional del Kizil-Irmak. Al final de su primera serie de campañas, Anitta había conseguido someter a todos los países situados dentro, o cerca, de la cuenca del Kizil-Irmak —desde Zalpa, en la parte más septentrional, hasta Ullamma, en el sur.

Pero sus éxitos duraron poco. Posteriormente tuvo que enfrentarse contra lo que parece haber sido una alianza militar de los estados que se extienden hacia el sur de Zalpa —una alianza en la que Piyusti, el rey de Hatti, y Huzziya, el rey de Zalpa, tomaron los papeles de caudillos. Zalpa fue conquistada y su rey Huzziya llevado atado hasta Nesa. La ciudad de Hattusa fue puesta bajo asedio, y cuando su población estaba debilitada por el hambre, Anitta tomó la ciudad en un asalto nocturno y la destruyó⁷¹. Su lugar fue declarado maldito:

⁷¹ Su destrucción está arqueológicamente atestiguada por el final del nivel IVd en la Acrópolis (Büyükkale) que puede sincronizarse con el nivel Ib de Kanesh, en parte sobre la base del contexto arqueológico de las tabillas asirias en Hattusa, y en parte, sobre la base de la estrecha similitud en la cerámica y objetos rituales de ambos lugares; véase Bittel (1983c, 54-58).

«Sobre este lugar sembraré semillas. ¡Que el dios Tormenta golpee a cualquiera que llegue a ser rey después de mí y se reasiente en Hattusa!» (Inscripción de Anitta 48-51). Tendremos ocasión de volver sobre estas palabras.

Anitta, entonces, volvió su atención hacia el sur. Su objetivo militar inmediato fue el sometimiento de la ciudad de Salatiwara, situada en la ruta que comunica los reinos de Wahsusana y de Burushattum⁷². Fueron necesarias dos campañas para completar la conquista de Salatiwara. En la primera, Anitta derrotó a las tropas que habían marchado desde la ciudad a encontrarse con él y las condujo, luego, prisioneras a Nesa. Aquí sacó tiempo de sus empresas militares para embarcarse en un ambicioso programa de construcción, fortificando su ciudad y levantando varios templos en los que fueron consagrados los despojos de la batalla. También señaló la ocasión llevando un grande y variado surtido de animales a la ciudad: 2 leones, 70 jabalíes, 9 (?) jabalíes verrugosos y otras 120 bestias, entre ellas leopardos, ciervos y cabras salvajes.

Pero una vez más Salatiwara se levantó contra él. Una vez más Anitta salió al campo. Determinó que acabaría con su resistencia para siempre, tomó la ciudad y la incendió. Grandes cantidades de oro y de plata fueron transportadas desde la ciudad, junto con fuerzas de infantería y cuarenta tiros de caballos, bien por el rey local como guardia, o bien por Anitta como botín de la conquista⁷³.

En la etapa final de sus campañas registradas⁷⁴, Anitta marchó contra el reino de Purushanda, llamado Burushattum en los textos de los mercaderes. Antes y durante el período de las colonias estaba considerado como uno de los reinos principales de la Anatolía central y oriental. Hemos anotado que figura en el «Rey de la Batalla» una tradición, según la cual, el rey acadio Sargón emprendió una campaña en la región a petición de una delegación de la ciudad. Posteriormente fue, casi con seguridad, uno de los territorios más occidentales del imperio del nieto de Sargón, Naram-Sin⁷⁵. Su situación en el período de las colonias está claramente reflejada en el título de su gobernante, *rubā'um rabi'um*, «Gran

⁷² Sobre su posible ubicación, véanse las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 333-334); Nashef (1991, 101).

⁷³ Véanse los comentarios de Neu (1974, 35) a la línea 71.

⁷⁴ Nótese que Wahsusana no se menciona en la Inscripción de Anitta. Su territorio puede haber sido absorbido ya dentro del marco del reino de Purushanda (véase más abajo), o bien haber sido sustituido por otro estado meridional, quizás Salatiwara.

⁷⁵ Véase, por ejemplo, Orlin (1970, 228-229), y H. Levy (1971, 707).

Rey», un título llevado solamente por Anitta, y más imponente que el llevado por el rey de Assur, quien era conocido simplemente como *rubā'um*, «Rey». El título puede indicar que el gobernante de Purushanda gozaba de señorío sobre los reinos y principados vecinos⁷⁶.

Las campañas de Anitta en el sur le condujeron a territorios sometidos al rey de Purushanda. Pero parece que éste eludió el enfrentamiento sometién dose voluntariamente al rey de Nesa:

Quando yo [...] marché en pie de guerra, el hombre de Purushanda me envió regalos; me envió un trono de hierro y un cetro de hierro como regalo. Pero cuando volví a Nesa me llevé al hombre de Purushanda conmigo. Tan pronto como él entre en la cámara⁷⁷ ese hombre se sentará ante mí a la derecha (Inscripción de Anitta 73-79).

Los regalos significan, con toda certeza, una entrega formal de la autoridad a Anitta y su reconocimiento como señor de todo el territorio anteriormente sujeto a Purushanda. Anitta se llevó con él al rey de Purushanda hasta Nesa, donde le otorgó una posición privilegiada, quizás, en parte, por su sumisión voluntaria, y quizás como una forma de reconocer la elevada situación que él ya gozaba. Pudo entonces haberlo reinstalado como gobernante vasallo donde había gobernado antes como monarca independiente, o alternatively, instalarlo como gobernante vasallo en alguna otra parte de los territorios ahora sometidos a Nesa⁷⁸. Ambas posibilidades están reflejadas en la posterior práctica hitita.

El establecimiento de la dinastía de Kussara en Nesa había alterado drásticamente el paisaje político de la mitad oriental de Anatolia durante la segunda fase del período de las colonias asirias. Las conquistas de Pithana y Anitta habían dado como resultado una extensa estructura política unificada que abarcaba toda la cuenca norte del Kizil-Irmak hasta la región del Ponto y toda la región al sur del mismo río hasta Purushanda. Nesa era el foco de esa estructura. Los antiguos reinos, o bien habían quedado totalmente deshechos (como fue el caso de Hattī), o dejaron de existir como entidades independientes y fueron puestos bajo el inmediato control de los gobernantes locales nombrados por Anitta y sometidos a él.

⁷⁶ Cfr. Otten (1951c, 38, 43). La referencia a este título aparece en TC 27, 7.

⁷⁷ Una lectura alternativa en la copia B del texto es «Tan pronto como él entre en Zalpa». Para las posibles implicaciones de esta lectura, véase Bryce (1983, 40).

⁷⁸ Como se sugiere en la lectura alternativa de la copia B referida más arriba (n. 77).

Las consecuencias de las conquistas de Anitta

La supremacía que la dinastía de Kussara estableció sobre gran parte de la mitad oriental de Anatolia tuvo muy corta duración. Es probable que menos de una generación después de las conquistas de Anitta, las colonias llegaran a su fin. Los conflictos entre los reinos parecen haber llegado a ser mucho más frecuentes y a estar mucho más extendidos en la segunda fase de la existencia de las colonias. El impacto que esto tenía sobre las actividades comerciales y las relaciones diplomáticas entre asirios y anatólicos pueden haber quedado reflejadas en el muy reducido número de tablillas de esta fase que han salido a la luz. Hemos mencionado ya la sensibilidad de los mercaderes ante las condiciones agitadas dentro de la zona en que ellos comerciaban. Irónicamente, las conquistas de Pithana y de Anitta, que por un breve tiempo impusieron una frágil unidad interna a la cuenca del Kizil-Irmak y al sur del mismo, pueden haber llevado, finalmente, a la desintegración de los reinos anatólicos y a la terminación de las empresas mercantiles de los asirios que tanto habían contribuido a la prosperidad de la región⁷⁹.

Incluso a pesar del turbulento paisaje político, el período de las colonias asirias fue, posiblemente, uno de los más luminosos de la historia del antiguo Oriente Próximo. El sistema mercantil, como han revelado las tablillas, fue de una considerable complejidad y perfección y, en realidad, prefiguraba una cantidad de prácticas de negocios y de comercio internacional de tiempos mucho más recientes.

Más notable era, quizás, el espíritu de cooperación internacional que reflejaba el sistema. Con relativamente pocas excepciones, las relaciones entre las comunidades de Anatolia y las de Asiria y los reinos con los que trataban parecen haber sido notablemente armoniosas. Rara vez, antes o después de este período, encontramos pruebas de tan constructiva y mutuamente beneficiosa interacción entre pueblos del mundo del antiguo Oriente Próximo.

Después del período de las colonias, la configuración geopolítica de Anatolia va a cambiar drásticamente. De las ruinas del imperio de Anitta va a emerger una nueva potencia, que va a tener un impacto mucho más duradero y profundo en el paisaje de Anatolia —el reino de los hititas del período del Bronce Tardío.

⁷⁹ Cfr. Giorgadze (1991, 271). Véase, también, Yakar (1981, 108).

CAPÍTULO 3

Territorios y primeros rivales de Hatti

RECONSTRUCCIÓN DE UN MAPA DEL MUNDO HITITA

Los textos cuneiformes y los jeroglíficos nos proporcionan centenares de topónimos —los nombres de las comarcas, de los reinos, de las ciudades, ríos y montañas que constituyen el mundo hitita¹. Desgraciadamente, muchos de esos nombres no han sido aún asignados a lugares o regiones concretas. Algunos de los lugares en cuestión pueden haber sufrido una destrucción total en las turbulencias de finales de la Edad del Bronce; otros pueden yacer enterrados debajo de capas de sedimentos², o de los cimientos de villas y ciudades de períodos posteriores. Y la mayoría de los lugares de la Edad del Bronce que se han redescubierto y excavado no han proporcionado registros escritos ni cualquier otra información que pudiera indicar cómo fueron llamados. Al intentar identificarlos tenemos que confiar, prácticamente, en la información aportada por los textos encontrados en otros lugares.

Como parte del proceso del uso de esta información para reconstruir el mapa del mundo hitita, algunos especialistas han adoptado lo que podríamos llamar un enfoque *homónimo*, o quizás con más precisión,

¹ Para una descripción de la geografía física de las regiones sobre las que los reyes hititas mantuvieron su influencia, véase, por ejemplo, Lloyd (1989, 12-13); Houwink ten Cate (1995, 259-261).

² Cfr. Macqueen (1986, 38).

homofónico; esto es, asignan topónimos de la Edad del Bronce a lugares o regiones que tienen nombres similares en períodos posteriores. Por ejemplo, se ha argumentado durante mucho tiempo que el país del suroeste de Anatolia llamado Licia por los griegos en el primer milenio a.C. era parte de la región llamada Lukka (o País de Lukka) en el Bronce Tardío. Un cierto número de ciudades de Licia tenían nombres cuyo origen partía de la Edad del Bronce, tales como Arinna (la ciudad que los griegos llamaban Xanthos), Pinara, Tlawa (la griega Tlos), Oenoanda, Kandyba. Puesto que los asentamientos con nombres correspondientes de la Edad del Bronce —Arinna, Pina(ra), Dalawa, Wiyanawanda, Hinduwa— yacen en, o cerca de, la región de Lukka, es tentador considerarlos como las primitivas fundaciones en esos lugares de las ciudades de la posterior Licia.

Pero este método de identificación presenta algunos problemas; por ejemplo es difícil, a veces, decidir si una supuesta relación etimológica entre nombres de sonido similar es genuina, o si la similitud es superficial y puramente casual —lo que se ha llamado «*etimología klingklang*»³. Incluso cuando esa relación pueda establecerse firmemente, debemos tener en cuenta el hecho de que dos o más regiones contemporáneas tenían, a menudo, el mismo nombre; sabemos, en la Edad del Bronce, de dos Pahhuwas, de dos Zalpas, al menos de dos Arinnas, varias Wiyanawandas, y al menos, dos Uras⁴. En algunos casos, esta duplicación probablemente se debiera a movimientos de población —grupos de gentes que se trasladaban de una región a otra y nombraban al nuevo asentamiento con el nombre del antiguo. Casi con seguridad, esto llegó a ser cada vez un rasgo más marcado de las décadas finales del reino hitita y del período que siguió a su hundimiento. Así, hasta cuando una ciudad posterior tiene un nombre de demostrable raigambre en la Edad del Bronce, no significa necesariamente que también fuera el lugar de la Edad del Bronce con ese mismo nombre.

En algunos casos los homónimos u homófonos pueden, muy bien, contribuir al proceso de identificación de los lugares de la Edad del Bronce. Pero no puede utilizarse como medio primario para el establecimiento de la situación de las ciudades y regiones del reino hitita. Al emprender esta tarea deben considerarse los textos para otro tipo de información.

³ Freu (1990, 53) nos advierte para que no seamos arrastrados por las «*sirènes de l'homophonie*». Cfr. los comentarios de Kořak (1981, 12); Mellaart (1986b, 217).

⁴ Cfr. Gurney (1992, 214).

De particular importancia son los textos que contienen itinerarios de los peregrinajes religiosos del rey a los centros de culto de su reino⁵, listas de etapas en las campañas militares, definiciones de límites entre estados vasallos vecinos, entre territorios sometidos a los hititas y los de un rey extranjero, referencias a países con costas o referencias a características topográficas como montañas o ríos. En teoría, toda esa información nos ayuda a situar en posición las piezas del cuadro de la configuración geopolítica del mundo hitita. En la práctica, muchos de los datos disponibles pueden interpretarse de forma diferente y conducir a conclusiones diferentes. Un especialista ha dado un enfoque un tanto desilusionado del conjunto del proceso, refiriéndose cínicamente a él como el «juego de las adivinanzas conocido como geografía hitita»⁶.

Está admitido que el conocimiento sobre la geografía política del mundo hitita está sujeto todavía a muchas incertidumbres y a muchas hipótesis conflictivas. Incluso las propuestas establecidas con mayor certeza deben permanecer en cuarentena si se basan exclusivamente en datos textuales hasta que la piqueta del arqueólogo proporcione la confirmación. Pero el progreso se realiza sin parar, gracias, en parte, a los nuevos descubrimientos arqueológicos (incluidos los nuevos textos encontrados) y a las reuniones de textos nuevamente establecidas en combinación con un creciente escrutinio y una revisada interpretación de relevantes datos de otros textos. Como resultado de la suma de las investigaciones de las siete últimas décadas, podemos aportar, razonablemente, situaciones precisas de un cierto número de ciudades, estados y regiones, que constituyen el paisaje geopolítico del mundo hitita y, por lo menos, ubicaciones aproximadas de muchos otros.

El mapa 3 constituye un intento de reconstruir la geografía del mundo hitita sobre la base de la información actualmente disponible. Un cierto número de ubicaciones indicadas en ese mapa deben considerarse como provisionales y pueden, perfectamente, necesitar una revisión conforme salga a la luz nueva información⁷.

⁵ Véase Goetze (1957b).

⁶ Mellaart «Troy, a Re-assessment», artículo presentado en el IV Coloquio Internacional sobre Prehistoria egia, Sheffield University, abril 1977.

⁷ Una reciente serie de mapas del mundo hitita ha sido publicada por Forlanini y Marazzi (1986), aunque gran parte de los detalles son conjeturas; véase la reseña de Gurney (1992). Del Monte y Tischler (1978; suplemento 1992) es un valioso trabajo de referencia sobre la geografía hitita; véase, también, Cornil (1990).

LOS TERRITORIOS QUE COMPRENDÍA EL MUNDO HITITA

En el cenit de su poder, en los siglos XIV y XIII, el reino hitita incorporaba grandes áreas de Anatolia y del norte de Siria, desde la costa del Egeo por el oeste, hasta el río Éufrates por el este. El reino contaba con cuatro principales componentes: a) el «territorio nuclear» en el que estaba la capital hitita, Hattusa; b) territorios periféricos al núcleo bajo el control directo del rey o de sus funcionarios; c) estados vasallos sometidos al rey, pero bajo la autoridad inmediata de gobernantes locales y d) desde el reinado de Suppiluliuma I en adelante, dos virreinos en el norte de Siria.

El territorio nuclear del reino

El núcleo de Hatti se situaba dentro de la mitad septentrional de la Anatolia central, en la curva del río Kizil-Irmak. Como hemos indicado, en los tiempos de Grecia y Roma, el río era conocido como Halys. Los hititas le llamaban Marrassantiya. En adelante utilizaremos el nombre hitita. En el segundo milenio, la región limitada por el río se convirtió en el núcleo del mundo hitita —la patria del reino de Hatti.

La principal ciudad de la región era Hattusa, cerca de la moderna Boğazköy (ahora llamada Boğazkale), la capital administrativa y ceremonial del reino hitita. Todavía imponente en sus ruinas, Hattusa llegó a alcanzar en su máxima extensión una superficie de 165 hectáreas, lo que la hacía de las mayores y más importantes entre las antiguas capitales⁸. Constaba de dos partes principales, una ciudad «Baja» y una ciudad «Alta». La primera, situada en la parte norte de la ciudad, se remonta al Reino Antiguo. Fortificada con una muralla, probablemente del reinado de Hantili II (tratado en el cap. 5), estuvo dominada por la acrópolis real, un gran promontorio rocoso conocido hoy como Büyükkale (Gran Castillo). Aquí estuvieron situados el palacio y los principales edificios administrativos de la capital. Hacia el norte de la acrópolis yace el templo más importante y más grande de la ciudad, el templo del dios Tormenta.

⁸ Aunque como apunta Bittel (1983c, 33-34), fue mucho más pequeña que la Babilonia de Nabucodonosor o la Nínive de Sargón II.

En el siglo XIII la ciudad emprendió un grandioso programa de construcciones, con la reorganización del complejo del palacio en la acrópolis y una expansión masiva de la ciudad por el sur. La nueva zona, que comprende lo que hoy se llama la Ciudad Alta, era más del doble del tamaño de la ciudad original. Las excavaciones más recientes en Hattusa, dirigidas por el arqueólogo alemán Peter Neve, se han concentrado en esta zona. Han sacado a la luz los restos de no menos de veintiséis templos, además de los cuatro desenterrados en la Ciudad Alta por anteriores excavaciones. Estos templos, que ocupaban una parte considerable de la nueva zona, iluminan claramente el carácter sagrado y ceremonial de la capital real. La Ciudad Alta fue cercada con una muralla que llevaba cinco puertas, las más notables de ellas las llamadas Puerta del León, del Rey y de la Esfinge⁹.

Se debió necesitar una gran población local como mano de obra para la capital y el amplio rango de los servicios de apoyo necesarios para garantizar el mantenimiento de sus funciones administrativas, religiosas y ceremoniales. Seguramente los barrios residenciales, bien dentro o bien cerca de la ciudad, albergaban gran parte de esta población, incluyendo los artesanos industriales de la ciudad. Las futuras excavaciones pueden ayudar a determinar dónde vivía, realmente, la población al servicio de Hattusa.

Fuera de la capital, la población de su zona de influencia estaba distribuida entre un cierto número de asentamientos que incluían: a) centros regionales bajo la autoridad de administradores o gobernadores nombrados por el rey, responsables de la administración y de la seguridad de determinados distritos del país¹⁰; b) dentro de esos distritos, comunidades gobernadas por Consejos de ancianos, cuyas responsabilidades parecen haber sido, fundamentalmente, judiciales y religiosas y que colaboraban estrechamente con los administradores de la región¹¹; c) ciudades sagradas, entre ellas Nerik, Arinna, Samuha y Zippalanda, que estuvieron entre los más importantes centros del mundo hitita y

⁹ En opinión del profesor Neve, estas puertas estaban integradas en una carretera sacra, utilizada en procesiones, que comenzaba en el templo 5, dejaba la ciudad por la Puerta del Rey y luego continuaba hasta la Puerta del León por donde reentraba en la ciudad. Para un resumen de los resultados de las recientes excavaciones, y de las conclusiones sobre ellas, véase Neve (1989-1990; 1993b, 16-80).

¹⁰ Bajo los primeros reyes del Reino Antiguo hitita, los hijos de los reyes eran enviados como gobernadores de los territorios incorporados al reino por medio de conquistas militares (véase el cap. 4).

¹¹ En general, sobre el papel de los Consejos de ancianos en el reino hitita, véase Klengel (1965a).

eran escenario de varias fiestas religiosas; d) asentamientos fronterizos que procedían de puestos de guarnición y eran extremadamente importantes para la seguridad del reino¹²; e) haciendas rurales que, en muchos casos eran dadas por el rey a miembros de la nobleza hitita a cambio de servicios prestados, particularmente en el campo de batalla¹³. Gran parte del personal y del ganado de estas haciendas provenía de los botines de las conquistas militares.

Territorios periféricos al solar patrio

El río Marrassantiya proporcionaba al país una frontera natural fácilmente reconocible, excepto por el norte y el nordeste, donde no había una línea de demarcación entre el país y el territorio de sus vecinos. Pero por ninguna parte, a lo largo de sus fronteras, estaba provisto el país de una efectiva barrera natural contra las incursiones enemigas. El Marrassantiya es fácilmente vadeable en todos los 915 kilómetros de su curso y no presentaba serios obstáculos a las fuerzas invasoras. Dentro del propio país había pocas posiciones naturales defendibles contra un determinado enemigo. En realidad, durante significativos períodos de la historia hitita, partes del país, particularmente del norte y del nordeste, estuvieron bajo ocupación enemiga.

La vulnerabilidad del país resulta clara cuando consideramos las fuerzas hostiles y potencialmente hostiles que estaban a una distancia peligrosa de él. La zona del Ponto, en el norte, estaba habitada por las tribus kaskas, una lábil confederación de reinos montañoses, que constituían una continua amenaza para el territorio hitita¹⁴, invadiéndolo y ocupándolo varias veces y causando grandes devastaciones. Hacia el sudeste estaban los hurritas, que invadieron la frontera oriental de Hatti por lo menos en el reinado de Hattusili I (c. 1650-1620), y continuaron amenazando los territorios hititas y sus intereses territoriales tanto

¹² A ellos estaban asociados funcionarios que portaban el título de *BEI MADGALTI* (literalmente, «Señor de las Torres de Vigía»). Esos oficiales tenían tanto responsabilidades militares como civiles, sobre lo cual, véase Beal (1992b, 426-436), y para textos relevantes (*CTH* 261), von Schuler (1957, 36-65).

¹³ Sobre el sistema de cesión de tierras en el reino hitita, véase el cap. 4, n. 85.

¹⁴ Para un tratamiento detallado de los kaskas y de sus relaciones y conflictos con los hititas, véase von Schuler (1965). A las fuentes utilizadas por von Schuler, podemos añadir ahora las cartas del archivo de Maşat, ed. Alp (1991) que están muy relacionadas con asuntos referentes a los kaska y proporcionan detallada información sobre los pactos, intercambios y conflictos entre hititas y kaskas; véase los comentarios de Klingner (1995, 83-84).

en Anatolia como en Siria hasta las conquistas de Suppiluliuma I en el siglo XIV. Hacia el sudoeste estaba Arzawa, —un grupo de comarcas que en el Reino Nuevo llegaron a ser un estado vasallo de los hititas. Pero no eran súbditos fieles y frecuentemente se revelaron, listos para explotar cualquier oportunidad que se ofreciera para quebrar sus lazos para con el rey hitita, estableciendo alianzas con reyes extranjeros e invadiendo el país hitita desde el sur.

Una de las razones importantes de la expansión territorial hitita fue proporcionar ciertos medios de protección contra agresiones extranjeras mediante el establecimiento de lo que equivalía a zonas tampón entre el corazón del territorio del reino y las regiones o estados que suponían una amenaza para él. Las zonas tampón incluían tanto zonas lejanas dentro del propio país de Hatti, como otras adyacentes o relativamente próximas a él. Esas zonas representaban un papel fundamental en la defensa del país. Incluían:

1. Una zona nororiental, que se extendía a lo largo del territorio, al norte y nordeste de Hattusa, desde el curso inferior del Marassantiya en el oeste hasta la región llamada de las Tierras Altas en el nordeste.
2. Una zona sudoriental, que se extendía desde los territorios orientales del país hacia el reino hurrita de Mitanni. En esta región, el País de Isuwa ocupaba una posición de considerable importancia estratégica, tanto para Hatti como para Mitanni; durante el Reino Nuevo estuvo ligada primero a uno y luego al otro reino.
3. Una zona meridional, que se extendía al sur del Marassantiya hasta el País de Kizzuwadna, en la región del Tauro y Antitauro, y hacia el oeste, a través de la región conocida como Tierras Bajas. Los lazos políticos de Kizzuwadna fluctuaron entre Hatti y Mitanni hasta que su territorio fue anexionado por los hititas al principio del Reino Nuevo. Las Tierras Bajas habían sido incorporadas pronto al País de Hatti, en el Reino Antiguo. Proporcionaban una importante zona tampón contra las amenazas al territorio hitita procedentes del sudoeste, en especial, de Arzawa.

Mientras que esas zonas fueron, efectivamente, extensiones del país hitita, la cantidad de territorio sobre el que el rey hitita podía reivindicar el ejercicio de su autoridad variaba mucho de uno a otro reinado. Cada uno de los territorios de la periferia presentaba un particular conjunto de problemas y diversos reyes hititas adoptaron una

serie de medidas en sus intentos por encontrar soluciones duraderas a esos problemas. En el norte, una de las políticas axiales era proteger el corazón del territorio del país mediante repoblaciones programadas en zonas que habían sido devastadas, e incluso ocupadas en algún caso, por los kaskas. En el este y sudeste los reyes hititas intentaron contrarrestar la amenaza de la invasión hurrita sobre sus territorios vasallos tanto con operaciones militares como con actuaciones diplomáticas en los estados que ocupaban importantes posiciones estratégicas entre la esfera de influencia hitita y la hurrita. En el sur y sudoeste las Tierras Bajas asumían el carácter de una zona militar con fines tanto defensivos como ofensivos; fue reforzada con tropas hititas y puesta bajo la directa autoridad de un gobernador militar¹⁵.

Estados vasallos

Más allá del país y de sus territorios periféricos, el reino hitita en el cenit de su poder incorporaba un gran número de estados vasallos, que abarcaban gran parte de Anatolia y del norte de Siria. El sistema de vasallos fue uno de los frutos de las empresas militares hititas durante el Reino Nuevo. Alcanzó su máximo desarrollo con las conquistas de Suppiluliuma I y de Mursili II en el siglo xiv.

Los estados vasallos permanecían bajo el control de sus propios gobernantes locales. Las obligaciones y beneficios del vasallaje estaban claramente especificados y regulados mediante tratados¹⁶. En esencia, los tratados de vasallaje eran contratos, no entre los estados, sino entre dos personas —el rey hitita y el gobernante vasallo. No eran acuerdos bilaterales: más bien eran impuestos unilateralmente por el rey. Sus términos y condiciones estaban redactados por éste y aceptados bajo juramento por el otro, cuyo nombramiento se hacía o se aprobaba, también, por el rey. La naturaleza individual del contrato estaba enfatizada por el hecho de que había que redactar un tratado nuevo tanto si llegaba al poder un nuevo rey hitita, como si lo hacía un gobernante vasallo.

¹⁵ Para un tratamiento más detallado de las zonas fronterizas hititas y la política hitita de fronteras, véase Bryce (1986/1987).

¹⁶ Para un detallado estudio del sistema de tratados con vasallos, véase Pirenne (1950); Goetze (1957c, 96-107); Kestemont (1974); Briend *et al.* (1992). Para los textos de la mayor parte de los tratados existentes, véase Weidner (1923, citados como *PD*); Friedrich (1926, 1930) junto con Kühne y Otten (1971) y (para el texto del tratado de la recientemente descubierta tablilla de bronce), Otten (1988a). Una representativa colección de los tratados ha sido traducida por Beckman (1996).

El tratado imponía ciertas obligaciones militares sobre el vasallo, a quien, a su vez, se prometía la ayuda militar del rey si surgía la necesidad. Una obligación más que el tratado estipulaba a veces era un pago o tributo anual —por ejemplo, trescientos siclos de oro, pesados de acuerdo con la medida hitita¹⁷. El pacto concluido entre señor y vasallo se cimentaba casi siempre con una alianza matrimonial entre el vasallo y una princesa de la familia real hitita. En caso de tal matrimonio, el tratado estipulaba que la princesa hitita debería ocupar la posición suprema sobre las demás mujeres o concubinas del vasallo; y la sucesión al trono del vasallo tenía que recaer en la estirpe de la princesa.

El vasallo estaba obligado no solamente a jurar lealtad al rey reinante, sino también a prometer apoyo a sus sucesores legítimos. Si el trono hitita fuese usurpado por un pretendiente, el vasallo quedaría liberado automáticamente de las obligaciones impuestas por el tratado, excepto la de que podría ser requerido para ayudar a restaurar al rey legítimo en su trono. A cambio de su lealtad y del cumplimiento de sus obligaciones el vasallo tenía garantizada la soberanía en su reino, así como la soberanía de sus legítimos sucesores.

En unos pocos casos, gobernantes locales ligados por tratado al rey hitita gozaron de lo que se llamó *kuirwana*, a veces traducido como «protectorado». Esto se aplicó a los reyes de Arzawa, antes de su reducción a la situación de vasallos, y a los reyes de Kizzuwadna y de Mitanni (a éstos después de la conquista hitita de Mitanni en el siglo xiv). En teoría eran gobernantes independientes, aliados más que súbditos de Hatti, y su posición era, supuestamente, superior a la del gobernante vasallo, como se reconocía protocolariamente cuando llegaban a Hattusa para rendir el anual homenaje al rey hitita. Pero aunque gozaban de ciertos privilegios, tales como la exención de tributos, el derecho, en ciertos casos, a anexionarse los territorios que hubieran conquistado, y el derecho a tratados bilaterales con el rey hitita, en la práctica tenían poca más libertad de acción que los gobernantes vasallos. Por encima de todo, ellos no tenían derecho a una política exterior propia, y toda relación con otros súbditos o aliados de Hatti o con reinos extranjeros estaba estrictamente controlada por el rey hitita¹⁸.

¹⁷ El tratado de Mursili II con Duppi-Tesub de Amurru (CTH 62); Friedrich (1926, 12-13 § 8). Korašek (1960, 72) observa que las cláusulas referentes al pago de tributos se encuentran solamente con vasallos sirios.

¹⁸ Más datos sobre las condiciones y privilegios del estatuto *kuirwana* en Pirenne (1950, 278-380); Goetze (1964, 31).

Uno de los fines principales de los tratados era aislar política y militarmente a los estados vasallos entre sí. De ahí las cláusulas que prohibían al gobernante vasallo entrar en relaciones independientes con potencias extranjeras o tener independencia política o militar para tratar con los gobernantes de otros estados vasallos. Todos esos contactos tenían que ser canalizados a través de Hattusa. Obviamente, el interés principal del rey hitita era minimizar, si no impedir absolutamente, la posibilidad de que pudieran formarse coaliciones antihititas —el mayor peligro potencial que los hititas afrontaban por el oeste.

Los reyes hititas daban gran importancia al asunto de los fugitivos políticos. Frecuentemente tenían que tratar la situación de conspicuos disidentes políticos que escapaban de su autoridad y buscaban refugio en algún país más allá de su directo control y pedían al gobernante local el permiso para instalarse allí. En tales casos, el rey hitita siempre exigía, perentoriamente, que le fuesen devueltos y en el caso de sufrir rechazo por parte del gobernante local, se disponía para ir a guerrear hasta conseguir su finalidad.

¿Hasta qué punto eran efectivos esos tratados en cuanto al mantenimiento la autoridad hitita a lo largo de los territorios sometidos? El hecho de que los reyes hititas fueran acosados frecuentemente por conductas traicioneras de sus gobernantes vasallos desleales y por rebeliones en los estados vasallos que derrocaban a los gobernantes prohititas puede sugerir que la efectividad de los tratados era muy limitada y de corta vida. Sin embargo, eran un instrumento extraordinariamente importante para la influencia y la autoridad hitita fuera de su país. Ayudaban a asegurar, al menos temporalmente, la estabilidad de un cierto número de regiones del reino hitita, en tanto que el rey comprometía sus recursos en otras regiones que exigían más urgente y directa atención. La estabilidad que Suppiluliuma I había establecido en Siria a través de la red de gobernantes vasallos sirios y la creación de dos virreinos en la región (véase más adelante) dejó a su hijo y (segundo) sucesor Mursili II muy libre en los críticos años del comienzo de su reinado para dedicar sus recursos a la total conquista de Arzawa. Los tratados con vasallos, que Mursili estableció al amparo de esas conquistas, debieron contribuir sustancialmente al alto grado de estabilidad en la Anatolia occidental que caracterizó al resto de su reinado.

Además, aunque hay mucho de reiterativo y de formulario en los tratados, un examen más atento de ellos casi siempre revela cuidadosas hechuras particularizadas y gran astucia política. Los preámbulos históricos reflejan una cercana comprensión de los asuntos locales de los reyes (o de sus consejeros), una sensibilidad hacia los problemas par-

ticulares de la región donde estaba situado el estado vasallo y un detallado conocimiento de la historia de la región —emparejado a una percepción de cómo todos esos factores podían girarse en beneficio de los hititas. Dado el gran y complejo abanico de estados con los que los reyes hititas casi siempre tenían que tratar simultáneamente, esto no era un triunfo pequeño.

Los virreinos

Aunque la mayoría de los estados sometidos a los hititas, exteriores a su país, estaban gobernados por vasallos de origen local, en el siglo xiv Suppiluliuma I realizó un nuevo planteamiento en la región siria. Estableció allí dos virreinos, uno en Alepo y el otro en Carkemish, sobre el Éufrates. Dos de sus hijos, Telepinu y Piyassili (posteriormente llamado Sarri-Kusub) fueron designados para las sedes virreinales. A partir de entonces, esos reinos permanecieron bajo el directo control de miembros de la familia real hitita y continuaron siendo importantes centros de la civilización hitita durante varios siglos después del hundimiento de la dinastía central de Anatolia. Tarhuntassa, en el sur de Anatolia, fue durante un breve período un *semivirreinato*. En el siglo xiii fue puesto bajo la autoridad directa de un sobrino del rey hitita, cuyo nombramiento fue reconocido en cuanto a categoría, como similar al de los virreyes de Alepo y de Carkemish (véanse los caps. 11 y 12).

PRIMEROS RIVALES DEL REINO

Desde sus primeros días el reino hitita se enfrentó a retos y amenazas de poderosos enemigos —tan poderosos que en más de una ocasión el reino fue llevado hasta el borde de su extinción total. Ya nos hemos referido a las tribus kaskas de la zona del Ponto que amenazaban, atacaban y, a veces, ocupaban los territorios septentrionales del país durante toda la existencia del reino. También nos hemos referido a otros dos pueblos que llegaron a ser participantes principales en la historia del reino hitita —los luvtas en el oeste y sudoeste y los hurritas en el sudeste. Durante los tres primeros siglos del reino hitita, los luvtas y hurritas representaron para él algunos de los más formidables obstáculos en su camino para llegar a ser la suprema potencia política y militar en Oriente Próximo. Dado que su propia historia está tan estrechamente ligada a la de los hititas, puede ser útil, en este momento, re-

sumir brevemente sus antecedentes y desarrollo, su organización política, su ubicación y la extensión de los territorios que ocuparon o que mantenían bajo control y los intereses y aspiraciones que los pusieron en contacto y en conflicto con el País de Hatti.

Los luwitas

Hemos visto que, a principios del segundo milenio, un grupo indoeuropeo, los luwitas, había ocupado extensas áreas del oeste de Anatolia. Efectivamente, a mediados del milenio una gran parte del oeste de la península se llamaba Luwiya. Sin embargo, parece que el nombre se utilizó solamente en un sentido etnogeográfico amplio, sin excesivas connotaciones políticas. Hacia mediados del milenio se utilizó otro nombre para la región: Arzawa. Durante el Reino Nuevo hitita con este nombre se abarcaba un cierto número de estados vasallos conocidos colectivamente como el País de Arzawa, que estaba situado en el oeste y sudoeste de Anatolia. El núcleo de esa tierra era un reino llamado Arzawa. Los especialistas se refieren a él, a veces, como Arzawa Menor, para distinguirlo de las otras partes del complejo de Arzawa. Se han identificado en distintos textos otros cuatro reinos occidentales como miembros de ese complejo: Miza-Kuwaliya, el País del Río Seha, Hapalla y Wilusa¹⁹.

En varias ocasiones, durante los siglos xv y xiv, parecen haberse formado confederaciones de toda la región de Arzawa con fines militares específicos. Es posible que el rey de Arzawa Menor ejerciese de vez en cuando como *primus inter pares* respecto a los diversos jefes y gobernantes de las otras tierras de Arzawa. Pero no hay indicación de que se formase nunca un reino unido y coherente bajo el mandato de un único rey. No obstante, Arzawa constituyó una de las principales amenazas militares para el reino hitita y en siglo xiv consiguió realizar una profunda invasión del territorio hitita al sur del río Marrassantiya. Efectivamente, en aquellos días, los más oscuros del reino hitita antes de su hundimien-

¹⁹ Todavía no hay certeza sobre la ubicación y los límites territoriales de esos países; para distintos fines, véanse las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 44). Sin embargo, se puede estar llegando a cierto consenso con aquellos que, aparentemente, se extendían por, o estaban próximos, a las costas del mar Egeo, en concreto Wilusa en el noroeste y con el País del Río Seha y Arzawa Menor más al sur. Véase Gurney (1992, 217-221). Para un tratamiento detallado del País de Arzawa, véase Heinhold-Krahmer (1977).

to final, Arzawa fue vista por Amenofis III, faraón de Egipto, como la potencia dominante emergente en el conjunto de la región de Anatolia.

Aunque Arzawa fue la mayor y la más populosa región de los asentamientos luvitas en Anatolia, los hablantes del luvita se extendieron mucho más allá de esta zona. Las migraciones que los habían llevado a su asentamiento en el oeste de la península continuaron, también, en el segundo milenio. A mediados del milenio, los grupos de luvitahablantes habían ocupado buena parte de la costa meridional de Anatolia desde la región que posteriormente sería conocida como Licia, en el oeste, hasta Cilicia y el país de la Edad del Bronce, Kizzuwadna, en el este.

Uno de los subgrupos importantes, dentro de los luvitas, fue el pueblo de Lukka²⁰. Referencias a Lukka y al pueblo de Lukka figuran ostensiblemente en nuestros textos de la Edad del Bronce. A partir de esos textos podemos concluir que el término Lukka, o países de Lukka²¹ se refería a una región que se extendía desde el extremo occidental de Panfilia a través de la Licaonia, Pisidia y Licia (los posteriores nombres greco-romanos)²².

Lukka no fue nunca, en ningún sentido, una entidad política organizada. No conocemos reyes de Lukka, no hay tratados de vasallaje entre Lukka y el rey hitita y ninguna persona o ciudad pudo actuar en nombre de Lukka como conjunto. En otras palabras, el término Lukka se usó, no en referencia a un estado con una organización política claramente definida, sino más bien a un conglomerado de comunidades independientes, con estrictas afinidades étnicas y situadas dentro de un área aproximadamente definida. En tanto que parece claro que hubo una región de Lukka central, una «patria Lukka», varios elementos de la población Lukka pueden haber estado muy diseminados a lo largo del sur y del oeste de Anatolia, y pueden, en algunos casos, haberse asentado temporal o permanentemente en estados con organizaciones políticas formales. La descripción de Singer del pueblo Lukka como «los habiru de Anatolia» es muy válida²³.

²⁰ Se ha argumentado que Lukka podía entenderse como el equivalente hitita del nombre luvita de Luwiya; véase Easton (1984, 27). Pero contra esto, véase Crossland en la discusión del artículo de Easton, Foxhall y Davies (1984, 58). Véase, también, Laroche (1936, 18-19).

²¹ Esta pluralidad no está atestiguada antes del siglo XIII.

²² Véase Bryce (1922a, 128-130).

²³ Singer (1983a, 208). Cfr. Mellaart (1974, 497). Los habiru eran grupos nómadas o seminómadas que incluían a marginados sociales, fugitivos, y mercenarios merodeadores. Esos grupos habitaban y vagaban por las montañas y bosques de Siria y eran un singular peligro para las ciudades pequeñas, comerciantes y otros viajeros de la región.

A veces, el pueblo Lukka fue súbdito del rey hitita mientras duró el reino hitita. Pero durante gran parte de este período, el control hitita sobre ellos fue, probablemente, poco más que nominal. Esto se debió, en parte, al hecho de que no podían ser tratados como una única entidad política administrativa, como el pueblo de un estado vasallo. Pero, principalmente debe de haberse debido a la propia naturaleza del pueblo. Los textos hititas nos proporcionan el dibujo de un difícil y difícil pueblo, muy propenso a la rebelión contra la autoridad hitita. También parecen haber sido experimentados navegantes, empeñados en razias piratas sobre las ciudades de la costa del este del Mediterráneo²⁴.

Casi con certeza, el pueblo Lukka de la Edad del Bronce fue uno de los componentes étnicos más importantes del pueblo de Licia, que surgió en el sudoeste de Anatolia, en el país llamado Licia por los griegos, a principios del primer milenio. Los licios, cuyo lenguaje era un descendiente del luwita de la Edad del Bronce, figuraban señaladamente en la tradición legendaria griega, donde eran mejor conocidos como los más importantes aliados de los troyanos en la guerra de Troya²⁵.

Los hurritas

Los hurritas representaban una de las fuerzas social, cultural y políticamente más dinámicas que emergieron en el Oriente Próximo desde finales del tercer milenio en adelante. En un sentido etnolingüístico amplio, el término «hurrita» se aplicó a un conjunto diverso de grupos de población cuya patria original es incierta. Un enfoque es que venían de la región del Kura-Araxes, en la Transcaucasia. Otro, basado en gran parte en datos arqueológicos, postula una patria hurrita en la Anatolia oriental del tercer milenio²⁶. Cualquiera que fuese su patria original, un lenguaje común, llamado hurrita en los textos, y rasgos onomásticos comunes, dieron total coherencia a esos grupos —permi-

²⁴ Véase la carta de Amarna EA 38, del rey de Alasiya al faraón Ajenatón, que se refiere a razias en las costas de Alasiya y en la costa de Egipto. Parte de este texto está traducido más adelante, cap. 13. Para una lista de los textos que tratan del pueblo Lukka, véase Bryce (1979a; 1986c, 8-10). Nuevas referencias a Lukka se encuentran citadas en Röhlig (1988). Se añaden a esas las referencias de las inscripciones llamadas Yalbur y Südburg tratadas en los caps. 12 y 13.

²⁵ Sobre los lazos entre los licios y sus antepasados, y el papel de los licios en la tradición legendaria, véase Bryce (1986c, 1-41).

²⁶ Para una discusión reciente de las diversas teorías relativas al origen de los hurritas, véase Burney (1989).

tiéndonos identificar las diversas regiones donde posteriormente se asentaron o con las que llegaron a tener contacto. La huella que dejaron en esas regiones se refleja en la supervivencia de varios factores de la cultura hurrita —principalmente un discernible panteón y un cuerpo de tradiciones religiosas— mucho después de que los propios hurritas hubieran dejado de ser una significativa fuerza política en el Próximo Oriente.

En algún momento durante la época de Mari, en los primeros siglos del segundo milenio, la cadena de pequeños estados que ocupaban el norte de Mesopotamia, donde principalmente estaba asentada la población hurrita, estuvieron unidos en una única entidad política. El proceso que llevó esto a cabo es desconocido para nosotros²⁷, pero proporcionó la génesis de un poderoso reino llamado a veces Hurri, a veces Mitanni, y a veces Hanigalbat. Los egipcios y cananeos se referían a ellos por su nombre semítico occidental de Naharina o Naharima²⁸. El reino rápidamente extendió su influencia por el norte de Siria y el este de Anatolia y durante los tres siglos siguientes llegó a ser el principal rival de Hatti por la supremacía política y militar de esas regiones. En varias ocasiones amenazó seriamente el propio corazón hitita.

Los hurritas hicieron su primera aparición constatada en Anatolia como mercaderes durante el período de las colonias comerciales asirias, como lo ilustran los nombres hurritas de los textos de las colonias²⁹. Esos nombres, sin embargo, no son frecuentes, lo que sugiere que reflejan actividades de un pequeño número de mercaderes emprendedores de origen hurrita más que algún significativo asentamiento hurrita en la región donde estaban establecidas las colonias³⁰.

²⁷ Astour (1978, 9) sugiere que indoarios del este (es decir, grupos indoeuropeos que aparecieron en la India durante el segundo milenio), pueden haber sido los catalizadores del proceso. Obsérvese que ninguno de los nombres de los reyes mitannios conocidos son hurritas: todos son de origen indoario. Véase Wilhelm (1995a, 1246-1247).

²⁸ Sobre la equivalencia de los diversos nombres, véase Astour (1972, 103-104). Wilhelm (1989, 24) se refiere a una fragmentaria inscripción, probablemente de tiempos del faraón Tutmosis I (c. 1504-1492), que contiene por primera vez el nombre utilizado por los nativos: Maïttani, más tarde, Mitanni. Véase, también, von Weiher (1973). Astour (1972, 103) observa que en el siglo XIV, el rey Tusratta, que se decía de sí mismo «rey de Mitanni» se refería a su reino en las cartas de Amarna como Hanigalbat (EA 18, 9; 20, 17; 29, 49). Hanigalbat es también el nombre con el cual Hattusili I se refería al reino en la versión acadia de sus *Anales*, KBo x 1 (CTH 4), r.11 (véase el cap. 4). Formas variantes son Haligalbat y Habingalbat (esta última es una forma primitiva del nombre).

²⁹ Garelli (1963, 155-158); Kammenhuber (1977, esp. 142).

³⁰ Cfr. Bilgiç (1945-1951, 19); Güterbock (1954b, 383). Nombres hurritas son mucho más frecuentes al sur del Tauro, lo que indica que ya en este período había una significativa presencia hurrita en el sudeste de Anatolia.

El norte de Siria presenta un cuadro diferente. Los archivos de Mari, y los de Alalah en particular, indican grandes asentamientos hurritas en la región durante los primeros siglos del segundo milenio, con el establecimiento de colonias o enclaves hurritas en Mari, Alalah y Ebla. Posteriormente, gentes con nombres hurritas aparecieron en Alepo, Carkemish y Ugarit. Inmigrantes hurritas, en busca de trabajo y de tierras, podrían haberse sentido atraídos por las abundantes oportunidades ofrecidas por los estados del norte de Siria, los cuales, a su vez, habrían necesitado una población estable y productiva, en contraste con la fluctuante población nómada o seminómada allí situada³¹. Ya en el siglo XVII, cuando los hititas realizaban sus primeras campañas en la región, había una sustancial presencia hurrita en el norte de Siria. Por ejemplo, aproximadamente la mitad de todos los nombres atestiguados en el nivel VII de Alalah (la ciudad destruida por Hattusili I) eran hurritas³².

La expansión hacia el oeste de grupos de población hurrita fue, casi inevitablemente, una avanzadilla de la expansión política y militar hurrita (o mitannia) al otro lado del Éufrates. Fue esto lo que condujo, en última instancia, a la feroz competencia con el reino hitita, que en la misma época buscaba expandir su influencia por la misma región. En el transcurso de varios siglos de conflictos entre Hatti y Mitanni, cada bando tuvo su parte de gloria, cada uno su parte de fracaso, antes de que uno sucumbiera final e irrevocablemente ante el otro.

OTRAS POTENCIAS DEL PRÓXIMO ORIENTE

Los intereses territoriales y las iniciativas militares de los hititas en Siria los pusieron en contacto, y a veces entraron en conflicto, con otros dos grandes reinos que intentaban establecer su control sobre los principados y las ciudades-estado de la región —el reino de Egipto y, después del colapso de Mitanni como potencia independiente, el reino de Asiria. Un tercer reino, Babilonia, también fue cogido en la tela de araña de las relaciones internacionales del Oriente Próximo durante el Bronce Tardío; nuestros registros atestiguan frecuentes comunicaciones diplomáticas entre los gobernantes de la dinastía casita de Babilonia y los otros grandes reyes del Próximo Oriente. Pero los casitas, que llegaron al poder en Babilonia a principios del siglo XVI tras la caída de la dinastía de Hammurabi, no tenían, según parece, ambiciones territoriales al oeste del Éufrates.

³¹ Así, Astour (1978, 8).

³² Véase Wilhelm (1989, 12-13), y referencias citadas en él.

Hubo también otra potencia cuyos gobernantes aparecen en la lista de los grandes reyes del Bronce Tardío —el reino de Ahhiyawa. Este reino figura, principalmente, en las comunicaciones de los hititas y en los conflictos con los países del oeste de Anatolia. Ha dado lugar a una de las más frecuentes y acaloradamente debatidas controversias entre los eruditos del Bronce Tardío. ¿Dónde estaba ubicado Ahhiyawa? ¿Qué importancia tuvo el papel que representó en la historia del Oriente Próximo? ¿Cuánta fue su influencia? ¿Qué motivó el fin de su presencia en la región?

En la década de 1920 el estudioso Emil Forrer afirmaba que había descubierto a los griegos de Homero en los textos hititas, como se reflejaba en las numerosas apariciones del topónimo Ahhiyawa en esos textos. Argumentaba que Ahhiyawa era el modo hitita de escribir el nombre griego Achaiwia, una forma arcaica de Achaia³³. Y observaba que en los poemas homéricos, los griegos eran llamados, habitualmente, aqueos³⁴. En los tiempos históricos, el nombre de Achaia se asoció con las regiones que en la tradición homérica fueron colonizadas por los aqueos —por ejemplo, el norte del Peloponeso³⁵. Desde que Forrer hizo esta observación, los especialistas han continuado debatiendo quiénes eran los de Ahhiyawa y dónde estaba situado su reino, y se ha propuesto que Ahhiyawa fue un reino de Anatolia, un reino situado en una isla de la costa del Asia Menor (por ejemplo, Chipre o Rodas), Tracia, o que, en realidad, fue un reino de la Grecia micénica en el continente europeo. Recientemente, sin embargo, un creciente número de profesores han llegado definitivamente a que el término Ahhiyawa debió de usarse en referencia al mundo micénico, o al menos, a parte de ese mundo. Los defensores de este punto de vista basan su argumentación en nuevas lecturas e interpretaciones de los correspondientes textos hititas y en recientes repastos a los datos materiales sobre contactos micénicos con Anatolia³⁶.

³³ Véase, por ejemplo, Forrer (1924a; 1924b). Para un tratamiento reciente de la identidad filológica, véase Finkelberg (1988).

³⁴ Obsérvese, sin embargo, que el nombre de Homero para el país de los aqueos no era Achai(wi)a, sino Achais (por ejemplo, *Ilíada* 1.254; 3.75, 258; 7.124). Según Gurney (1990, 43), la forma homérica se debe a consideraciones de métrica.

³⁵ Véase Vermeule (1960); Huxley (1960, 25).

³⁶ Notables entre los recientes partidarios de la ecuación Ahhiyawa-micénico son los especialistas Güterbock, Mellink y Vermeule. Véanse, en particular, sus artículos publicados bajo el título general «Los hititas y el mundo egeo» *AJA* 87 (1983), 133-134. Obsérvese, sin embargo, que Güterbock (1986, 33) todavía considera la ecuación como «materia de fe» para la que no hay prueba estricta posible ni en *pro* ni en *contra*.

En tanto que algunos especialistas mantienen serias reservas sobre la ecuación Ahhiyawa-micénico, o la rechazan³⁷, la prueba circunstancial en su favor se está haciendo cada vez más convincente. No hay duda de que Ahhiyawa fue una potencia principal del Bronce Tardío, cuyo rey había acordado con los hititas un estatuto similar al de los otros grandes gobernantes de la Edad del Bronce —los reyes de Egipto, Babilonia, Asiria, Mitanni. Sin embargo, muchos estudiosos creen que Ahhiyawa tenía una considerable capacidad naval y que estuvo en estrecho contacto, durante los últimos dos siglos del Bronce Tardío, con los países del Mediterráneo oriental, así como con los del occidente de Anatolia³⁸. Es precisamente en esta región, y precisamente en esta época, cuando poseemos abundantes pruebas materiales de la actividad micénica. Además, se sabe por el registro arqueológico que el lugar de la costa occidental de Anatolia, llamado Mileto en la época greco-romana, estuvo bajo fuerte influencia micénica desde finales del siglo xiv en adelante. La mayoría de los especialistas coinciden en que Mileto debe ser identificado con el país llamado Milawata (Milawanda) en los textos hititas. A partir de esos textos está claro que Milawata debió convertirse, a principios del siglo xiii, en territorio vasallo del rey de Ahhiyawa, precisamente en la misma época en que se ve aumentar la influencia micénica en Mileto.

Si la ecuación Ahhiyawa-micénico *no* es válida, entonces hay que admitir que hubo dos distintas civilizaciones en el Bronce Tardío, con nombres notablemente similares, que dejaban sentir su presencia en la misma región y en la misma época. Una de ellas, Ahhiyawa, está atestiguada por pruebas documentales, pero no ha dejado huellas identificables en el registro arqueológico; la otra, la civilización micénica, ha dejado bastantes pruebas arqueológicas pero no huellas identificables en el registro documental. Es difícil describir esto como una pura coincidencia.

Ahhiyawa ya hace su aparición en Anatolia en el siglo xv, en una operación militar dirigida sobre suelo anatólico por Attarsiya, «el hombre de Ahhiya»³⁹, con infantería y una fuerza de cien carros. A partir de este momento, nuestros datos indican una creciente implicación de Ahhiyawa en los asuntos de Anatolia occidental, bien directamente, o

³⁷ Así Ünal (1989, 285).

³⁸ Véanse las referencias citadas por Steiner (1989a, 394, n. 3), aunque en su artículo, el propio Steiner argumenta finalmente contra este enfoque.

³⁹ La forma más antigua del nombre Ahhiyawa; véase Güterbock (1983a, 134).

bien a través de vasallos locales o protegidos del rey de Ahhiyawa. Esta implicación alcanza su cenit en la primera mitad del siglo XIII.

En ninguna fase, sin embargo, las iniciativas de Ahhiyawa en Anatolia implicaron una ocupación permanente de porciones sustanciales de territorio en la parte occidental de la península. Más bien, sus empresas reflejaban probablemente (a pequeña escala) la práctica de los demás gobernantes del Bronce Tardío, especialmente de los reyes de Hatti y de Egipto, de intentar expandir y consolidar su influencia en el Oriente Próximo mediante el establecimiento de una red de estados vasallos bajo el mando inmediato de gobernantes locales. La presencia de Ahhiyawa en el oeste de Anatolia causó, inevitablemente, tensiones y algunos conflictos con los hititas, cuyos territorios sometidos se extendían dentro de la misma región. En particular en el siglo XIII, la estrategia de Ahhiyawa fue la de apoyar a señalados disidentes de la autoridad hitita en los estados de la Anatolia occidental, garantizándoles, si fuera necesario, refugio contra la autoridad hitita, estableciéndoles como gobernantes vasallos bajo el señorío de Ahhiyawa, y utilizándolos como agentes para la ampliación de la influencia de Ahhiyawa en los adyacentes estados de Anatolia.

Sin embargo, parece que la expansión territorial no fue una meta principal ni el resultado de las iniciativas de Ahhiyawa en el Asia Menor. La intención más plausible para sus actuaciones sería conseguir el acceso a los recursos que estaban en demanda en Grecia y que podrían suministrarse fácilmente desde allí. Pueden muy bien haber sido cosas que no dejaran huella en el registro arqueológico, como esclavos, caballos y metales⁴⁰. Por las tablillas del Lineal B sabemos que en el oeste del Asia Menor era donde se reclutaba mano de obra para los palacios micénicos⁴¹ y las zonas metalíferas y criadoras de caballos del oeste de Anatolia pueden, perfectamente, haber imbuido en los reyes de Ahhiyawa un interés especial por establecer y extender su influencia en la región⁴², fundamentalmente a través de intermediarios locales.

La ecuación Ahhiyawa-micénico, si se acepta, tiene sustanciosas implicaciones en los estudios micénicos, puesto que para datar el mundo micénico nos ha faltado obtener algunas fuentes históricas de información, más allá de lo que pueda recogerse en la tradición homérica y de las tablillas del Lineal B. En general, los especialistas en Micenas en-

⁴⁰ Cfr. Sperling (1991, 153).

⁴¹ Véase Chadwick (1976, 80-81).

⁴² Véase Bryce (1989c, 14 n. 61).

cuentran difícil aceptar la noción de un reino micénico con significativas implicaciones políticas y militares en el mundo del Oriente Próximo. Ciertamente, la ecuación plantea muchos problemas a la erudición micénica. Si Ahhiyawa era en realidad un reino micénico, ¿dónde estaba la sede del poder? ¿En la propia Micenas, el reino de Agamenón en la tradición homérica? ¿O en algunos de los otros centros importantes del mundo micénico? ¿Qué tamaño tenía el reino? ¿Implicaba una confederación de estados micénicos, bajo la jefatura de un único gobernante —quizás un *primus inter pares* como en la tradición homérica? ¿Hubo cambios en el centro de poder durante los doscientos años en que está atestiguado Ahhiyawa en los textos hititas? No podemos desechar la posibilidad de otros centros micénicos principales, como Orkomenes en Beocia, o Argos en el Peloponeso, como posibles núcleos del poder en Ahhiyawa.

En cualquier caso, se distinguiría entre los usos del término Ahhiyawa: a) como una genérica designación etnogeográfica (como los nombres *Hurri* y *Luwya* en los textos hititas) que abarca todas las zonas de colonización micénica tanto en la Grecia continental como allende el mar; b) como una designación del núcleo del reino de los gobernantes de Ahhiyawa que se corresponden con los reyes de Hatti; c) como una designación de este reino en sentido lato, incluyendo los territorios que le están ligados por dependencia política y militar.

Volveremos sobre estas materias cuando revisemos el siempre cambiante cuadro del mundo de las relaciones internacionales en el Bronce Tardío.

CAPÍTULO 4

Los cimientos del reino: los reinados de Labarna y de Hattusili I (c. 1620)

LAS CONSECUENCIAS DEL PERÍODO DE LAS COLONIAS ASIRIAS

Un casi impenetrable velo pende sobre las décadas que siguieron al final del reinado de Anitta y a la desaparición de las colonias de mercaderes. El registro escrito cesa y la información arqueológica de los resultados del período de las colonias es casi inexistente. Sin esa información no se puede sino especular sobre lo que condujo a las operaciones mercantiles a su término y lo que siguió tras ello.

Nosotros hemos constatado, a lo largo de la segunda fase del período colonial, los graves conflictos que afectaron a toda la zona de Anatolia en la que los mercaderes asirios realizaban sus operaciones comerciales. Posteriormente, el reino de Anitta, con base en Nesa, se hundió, y la propia Nesa probablemente cayó víctima de los conflictos, causados en gran parte por las agresivas ambiciones expansionistas de sus reyes. También pueden haber actuado fuerzas externas. Los pueblos kaskas, que en épocas posteriores invadirían repetidamente la patria hitita, quizás ahora, por vez primera, actuaron en la región, atacando ciudades implicadas en actividades comerciales con los mercaderes asirios, particularmente en el norte¹. Grupos hurritas del sudeste también

¹ Cfr. Mellaart (1947, 500). Pero no hay pruebas fiables de una presencia kaska, o al menos de una actividad agresiva kaska, en la región norte hasta más tarde; cfr. Klinger (1995, 84).

pueden haber perturbado la red comercial, amenazando, y quizás cortando realmente, las largas y azarosas rutas entre Asiria y Anatolia. Sensibles a las condiciones inestables, en el mejor de los casos, los mercaderes asirios debieron de abandonar entonces sus colonias y se retiraron totalmente de la región para no volver ya nunca.

¿Cómo influyó todo esto en los grandes centros del comercio, las ciudades, las aldeas y las poblaciones con las cuales los mercaderes habían realizado sus negocios? El período que sigue al final de las colonias asirias se caracteriza por la oscuridad y el silencio. En opinión de un estudioso, cuando un nuevo poder gobernante surgió finalmente en la Anatolia central, lo que heredó no fue ya «un próspero país, sino un país con cicatrices y desolado lleno de las ruinas de los palacios ennegrecidas por el fuego»². El cuadro así descrito es, quizás, excesivamente imaginativo, demasiado apocalíptico. Pero puede reflejar algunos elementos del escenario en el que la primera dinastía hitita gobernante llegó al poder, varias décadas después de la destrucción del reino de Anitta. Lo que está claro es que muy pocas de las principales ciudades y estados de Anatolia de la primera parte del segundo milenio mantuvieron cierta importancia en los años posteriores; algunos, como el asentamiento en el lugar llamado actualmente Acemhöyük, pudieron ser abandonados y no reocupados jamás.

Cuando, finalmente, comienza a caer el velo lo hace en una nueva era de la civilización y la historia de Mesopotamia, el período del Bronce Tardío, la época en que Anatolia estaba dominada por el reino de los hititas. ¿Cuáles eran los orígenes de este reino? Para contestar a esta pregunta deberemos retroceder hasta la ciudad de Kussara, donde surgió la dinastía de Pithana y de Anitta. Muy probablemente, aquí se establecieron los cimientos del reino hitita —un reino cuyos primeros gobernantes se lanzaron a una carrera de expansión militar y política, para convertirlo en una de las potencias supremas del Oriente Próximo en los siglos finales de la Edad del Bronce.

El primer rey, claramente atestiguado, es un hombre llamado Hattusili³. De su reinado proceden los más antiguos documentos conoci-

² Mellaart (1974, 500).

³ Aunque casi con toda certeza Hattusili sucedió a un rey llamado Labarna (véase más adelante). Se ha planteado que hubo un anterior rey hitita, llamado Tudhaliya, sobre la base de la aparición de este nombre cerca del comienzo de una de las listas de ofrendas reales (Lista C) después de varios nombres, ahora perdidos. (Sobre las listas de ofrendas, véase el Apéndice I). De acuerdo con Forlanini (1995) este rey podría, en realidad, proporcionar una continuidad directa con la época de las colonias. Pero la mayoría de los especialistas no aceptan la existencia de un Tudhaliya del Reino Antiguo, considerando su

dos del reino hitita. Pero sabemos que la dinastía de la que fue miembro se retrotraía a dos generaciones, al menos, anteriores a él, puesto que nos habla de una rebelión contra su abuelo —el primer acontecimiento conocido de la historia hitita.

PRIMEROS REGISTROS HITITAS

Nuestro conocimiento del reinado de Hattusili procede de un cierto número de documentos, tres de los cuales son de particular importancia. El primero, descubierto en 1957, recoge los éxitos militares del rey, según parece relativos a un período de tiempo de seis años. Normalmente nos referimos a él como los *Anales*⁴. Puesto que el reinado de Hattusili duró, probablemente, unos treinta años, los *Anales* recogen solamente una pequeña porción de sus empresas militares, y tenemos que complementar el registro lo mejor que podamos con retazos de otras fuentes. La extensa naturaleza de sus campañas, realizadas en muchas regiones, tanto de Anatolia como de Siria, y los éxitos que, aparentemente, se lograron en tan poco tiempo serían incluso más notables si pertenecieran a la primera parte de su reinado, como la mayoría de los especialistas asumen.

Pero se ha razonado que el texto, en la forma en que se ha conservado, consiste en extractos de un registro mucho más amplio que abarcaría todo el reinado, de donde se habrían seleccionado los logros más importantes⁵. Si, en realidad, los *Anales* nos presentan una serie de momentos culminantes de todo el reinado, entonces su valor como fuente de información histórica podría parecer que ha sido considerablemente aumentado. Pero esa selectividad podría, también, llevar a una gran distorsión del registro. Incluso si los *Anales* están reducidos a un período de seis años —y ésta es una interpretación literal que el texto transmite claramente— las campañas que recoge posiblemente establecieron un modelo de iniciativas militares a las que en mayor o menor grado se recurrió a lo largo de todo el reinado. El texto de los *Anales* es bilingüe,

creación como una mala interpretación de su aparición en las listas de ofrendas: véase, por ejemplo, Güterbock (1938, 135); Houwink ten Cate (1963, 276); Astour (1989, 85-86, n. 73). Las recientemente descubiertas impresiones cruciformes de sellos han abierto otra vez la posibilidad de otro antiguo rey Huzziya; véase Dinçol *et al.* (1993, 105-106).

⁴ KBo X 1 + KBo X 2 (CTH 4), ed. Imparati y Saporetto (1965). Melchert (1968) ha publicado también un detallado estudio de los textos.

⁵ Para grabarlos en una pequeña estatua de oro que ofreció al dios Sol; véase Kempinski y Kořak (1982, 98).

con versiones en cuneiforme hitita y en acadio. La opinión de los especialistas se encuentra dividida sobre si el original se compuso en hitita y posteriormente se tradujo al acadio o viceversa⁶. Las copias del texto que han sobrevivido no son anteriores al siglo XIII, unos cuatrocientos años después de los acontecimientos que se narran⁷. La composición es de un tipo bien conocido en el antiguo hitita: una extensa narración histórica que culmina con un particular triunfo del rey hitita⁸.

El segundo de los tres documentos principales del reinado de Hattusili es conocido comúnmente como el *Testamento*⁹. En tanto que los *Anales* son una de nuestras principales fuentes de información sobre las gestas militares de Hattusili, el *Testamento* proporciona importantes detalles sobre los temas de política interior del reino hitita durante su reinado. Es, en esencia, una proclama emitida por Hattusili ante un grupo de guerreros y dignatarios, reunidos en asamblea, que anuncia las nuevas disposiciones del rey sobre la sucesión y el nombramiento de su nieto Mursili como heredero del trono.

La proclamación fue hecha a la asamblea en la ciudad de Kussara, donde el rey, ya un hombre viejo, cayó enfermo. Efectivamente, puede haber sido uno de sus últimos actos antes de su muerte.

Como los *Anales*, el *Testamento* también ha sobrevivido en versiones hitita y acadia que son copias tardías del documento original del Reino Antiguo¹⁰. Otra vez se discute la cuestión de si la versión hitita o la acadia fue la primera¹¹: el texto hitita conservado guarda un cierto número de rasgos del lenguaje antiguo hitita¹², y se ha sugerido que la versión acadia fue una traducción posterior de la hitita¹³. Pero no es improbable que ambas versiones se hicieran simultáneamente¹⁴.

La tercera fuente principal de información sobre el reinado de Hattusili, así como sobre otros reyes hititas antiguos, es un documento comúnmente conocido como el *Rescripto* (o Edicto) del rey Telepinu¹⁵,

⁶ La primera opinión ha sido sustentada por Melchert (1978, 2-5, 22) y la segunda por Houwink ten Cate (1983).

⁷ Véase Melchert (1978, 2); Hoffner (1980, 294); Houwink ten Cate (1983, 91).

⁸ Así, Melchert (1978, 5). Para un tratamiento más detallado de este tipo, véase Hoffner (1980, 294-299).

⁹ KUB I 16 + KUB XL 65 (CTH 6), ed. Sommer y Falkenstein (1938).

¹⁰ KBo X 1 es la versión acadia, KBo X 2, la hitita.

¹¹ Así, Sommer y Falkenstein (1938, 202-203).

¹² Véase Güterbock (1964b, 108).

¹³ Otten (1951c, 36).

¹⁴ Así, Güterbock (1964b, 108).

¹⁵ CTH 19, más recientemente ed. Hoffmann (1984a).

que ocupó el trono unos cien años y seis reinados después de la muerte de Hattusili. El largo preámbulo histórico de este documento relata los primeros triunfos y posteriores desastres de la monarquía hitita hasta el momento de la subida al trono de Telepinu, c. 1525. Compuesto originalmente en el último cuarto del siglo xvi, el *Rescripto* sobrevive solamente en copias tardías —una fragmentaria versión acadia y nueve ejemplares de una versión hitita.

Reuniendo la información contenida en éstos y en otros documentos que se retrotraen hasta el Reino Antiguo, podemos empezar a trazar un cuadro de los primeros reyes que dominaron el mundo hitita.

EL PRIMER LABARNA

El *Rescripto de Telepinu* comienza con las gestas de un rey llamado Labarna¹⁶.

Antiguamente, Labarna era el Gran Rey. Entonces estaban sus hijos, sus hermanos, sus parientes por matrimonio, sus parientes (por la sangre) y sus tropas unidos. Y el país era pequeño. Pero con las campañas que llevó a cabo mantuvo los países del enemigo sometidos por su poder. Él continuó devastando las tierras y las privó de poder; y las hizo límites del mar. Pero cuando volvió del campo, cada uno de sus hijos fue a un distinto país (a gobernarlos) Hupisna, Tuwanuwa, Nenassa, Landa, Zallara, Parsuhanta, Lusna —éstos (fueron los) países que gobernaron. Las grandes ciudades les fueron asignadas (*Rescripto de Telepinu* §§ 1-4, 1 2-12).

He aquí el primer rey que llegó al poder en lo que puede haber sido uno de los insignificantes estados y reinos que sobrevivieron o que surgieron tras el hundimiento del reino de Anitta. Al principio, el país gobernado por Labarna era pequeño. Pero pronto iba a tener lugar un drástico cambio en el paisaje político. Desde la seguridad de un reino firmemente unido bajo su gobierno, Labarna se embarcó en

¹⁶ Durante mucho tiempo se ha pensado que este nombre era un nombre o un título de origen hattiano; véase, por ejemplo, Sommer y Falkenstein (1938, 20-27); Kammenhuber (1959, 27); Bin-Nun (1975, 32). Pero recientemente se le ha dado un origen indoeuropeo (como también al término femenino *Tawannama*, sobre el cual, véase más adelante); véase Puhvel (1989, 360-361); Tischler (1988, 335; 1993, 118). Sobre la alternancia de las variantes *Labarna* y *Tabarna*, véase Puhvel (1989, 351); Tischler (1988, 355) (quien considera a Labarna como la forma más antigua).

un programa de conquistas militares que sus tropas llevaron a cabo, siempre más lejos, hacia el sur. Una comarca tras otra caía ante su avance, hasta que, finalmente, el propio Labarna se estableció como señor de toda la región que estaba al sur del río Marrassantiya hasta el mar Mediterráneo¹⁷, y al oeste hasta las llanuras de Konya. Labarna mantuvo a todos los territorios conquistados firmemente bajo su dominio y envió a sus hijos a gobernarlos.

Todo eso lo sabemos por el preámbulo histórico del *Rescripto de Telepinu*. Sin embargo, algunos especialistas son escépticos. ¿Podemos, realmente, aceptar a este Labarna, el posible fundador de la dinastía real hitita, como una auténtica figura histórica? Toda la información que poseemos de él procede de fuentes posteriores. No tenemos textos de su reinado, ni ninguna información explícita de sus relaciones con sus sucesores o con otros miembros de la familia real, ni otras fuentes de información que pudieran ayudar a confirmar su lugar en la historia hitita. El único documento que le asegura éxitos específicos —el *Rescripto*— utiliza casi idénticas palabras para describir los éxitos de su pretendido sucesor Hattusili. ¿Podrían ser Labarna y Hattusili un único y mismo personaje, que el compositor del *Rescripto* convirtió equivocadamente en dos?¹⁸ Si es así, ¿cuándo surgió el error? El mismo Hattusili adoptó el nombre de Labarna como un nombre de trono y, el argumento concuerda, es posible que Telepinu, que reinó más de cien años después, se equivocara al asumir que los dos nombres indicaban dos personas diferentes¹⁹.

Esta línea argumental no es convincente. Sabemos —como lo sabía Telepinu, evidentemente— que Hattusili no fue el primer miembro de su dinastía en llegar a ser rey, que asumir el nombre de Labarna estaba ya establecido en el reinado de Hattusili y que la tradición persistió después de su reinado. Labarna pudo ser muy bien el nombre personal del fundador de la primera dinastía hitita, pero el nombre fue posteriormente utilizado como un título por los siguientes miembros

¹⁷ Así interpreto yo la expresión «él los hizo (es decir, a los países conquistados) los límites del mar», una expresión que quizás haya que entender como que «hizo del mar su frontera» (así, Gurney [1973a, 235]; véase, también, Heinhold-Krahmer [1977, 13-14]). O la expresión puede significar que el rey hizo retroceder a sus enemigos hasta el mar. El mar en cuestión debe de ser el Mediterráneo. Obsérvese que Gurney (1973c, 237) asume que el pasaje que se refiere a Labarna en el *Rescripto de Telepinu* indica que los países identificados —Hupisna, Tuwanana, etc.—, ya estaban en manos hititas antes de la época del supuesto Labarna. Pero más tarde (1990, 17) parece seguir la interpretación sugerida más arriba.

¹⁸ Así, Otten (1968, 104). Pero véase Heinhold-Krahmer (1977, 12, n.6).

¹⁹ Cfr. Gurney (1973a, 238-238; 1990, 17).

de la dinastía —de la misma manera que César fue utilizado regularmente como un título en la nomenclatura de los emperadores romanos. En esas circunstancias, el pretendido error indicado más arriba supondría un grado de ignorancia de la tradición de Labarna que es inconcebible en Telepinu²⁰.

La similitud de las palabras utilizadas para describir los éxitos de Labarna y los de Hattusili en el *Rescripto* no es causa de atención o de sospecha. Es, en efecto, un estereotipo para resaltar uno de los principales temas del *Rescripto* —la inmediata relación entre períodos de paz y estabilidad en el reino y el crecimiento y desarrollo de éste como una gran potencia militar y política. La relación se enfatiza más, incluso, mediante la descripción en casi similares términos del sucesor de Hattusili, Mursili. Como con Labarna y Hattusili, los hijos del nuevo rey, «sus hermanos, sus afines y sus parientes (por la sangre) estaban unidos. Mantuvo a los países enemigos sometidos por su fuerza y privó a los países de poder; y los hizo los límites del mar»²¹.

No hay suficientes razones para dudar de la realidad histórica de un rey Labarna, el rey cuyos éxitos inicia el *Rescripto de Telepinu*. Aparte de una probable base del poder en Kussara, la ancestral cuna de la dinastía de Pithana y Anitta, este rey agrandó su reino, extendió su dominio con conquistas militares sobre gran parte de la Anatolia oriental, y por el sur hasta el mar Mediterráneo. Fue el primer gran guerrero de la agresiva nueva dinastía hitita y sirvió de modelo y de fuente de inspiración a los que le sucedieron en el trono.

Pero su relación con su inmediato sucesor en el *Rescripto* sigue siendo incierta. Es hacia este hombre, Hattusili, hacia quien vamos a volver ahora nuestra atención.

²⁰ Cfr. Dinçol *et al.* (1993, 104) en el contexto de su discusión sobre el sello cruciforme. La información proporcionada por este sello apoya claramente la distinción entre un rey llamado Labarna y su sucesor Hattusili, quien también asume el nombre (o el título) de Labarna. Dinçol *et al.* asume que el primer Labarna perteneció a la generación inmediatamente anterior a Hattusili —esto es, que el Labarna del *Rescripto de Telepinu* era tío de Hattusili. La asunción que yo hago aquí, *contra* Dinçol *et al.* es que el primer Labarna era el abuelo de Hattusili. Como se anotó más arriba, Dinçol *et al.* ha propuesto ahora la existencia de un rey Huzziya como un predecesor del primer Labarna. Si tiene razón al asumir que el Labarna del *Rescripto de Telepinu* fue hijo del abuelo de Hattusili, entonces perfectamente puede ser que el abuelo en cuestión fuera Huzziya.

²¹ *Rescripto de Telepinu* § 8, 1 24-7. Güterbock (1983b, 29) comenta: «La repetición es un instrumento estilístico para impresionar (instrumento tratado por J. Licht, *Story telling in the Bible*, Jerusalén, 1979) que nos dice que los reyes segundo y tercero fueron tan buenos —o casi— como el primero; igualmente para impresionar es el uso de frases correspondientes para la descripción de los malos tiempos.»

REBELIÓN EN SANAHUITTA

En su *Testamento* Hattusili recuerda la rebelión contra su abuelo:

Los hijos de mi abuelo ¿no desecharon sus palabras? Él nombró (??) a su hijo Labarna en (la ciudad de) Sanahuitta. Pero posteriormente, sus servidores y los grandes hombres desafiaron sus palabras y pusieron a Papahdilmah (en el trono). ¿Cuántos años han pasado y cuántos escaparon (al castigo)? ¿Dónde están las casas de los grandes hombres? ¿No han perecido? (*Testamento* § 20, III 41-45).

Los hechos son escuetos e incompletos. Comprensiblemente, pues Hattusili simplemente se refería a un episodio que ocurrió antes de su reinado para marcar una moral y para que pareciese un aviso. Desde el punto de vista de aquellos a quienes iba dirigido el aviso, los detalles eran innecesarios. El episodio y sus consecuencias debían de ser bien conocidos por los súbditos del rey. Pero desde nuestro punto de vista, este pequeño retazo de información plantea algunas cuestiones. ¿Dónde se acopla Sanahuitta en el marco del primitivo desarrollo del reino hitita? ¿Cuál es la posición del abuelo de Hattusili dentro de la dinastía real hitita? ¿Qué significado ha de darse al hecho de que su hijo se llamase Labarna? ¿Qué actuación, que implica a su hijo, estaba intentando realizar en Sanahuitta? La afirmación que se refiere a esto da lugar a diversas interpretaciones. ¿Por qué esa actuación provoca una rebelión? ¿Quién era Papahdilmah? Al intentar responder a esas preguntas sólo podemos hacer una tentativa de reconstrucción del contexto en que ocurrió la rebelión.

Empecemos por Sanahuitta. Este nombre ya se conocía en la forma Sinahuttum en un texto del período de las colonias²². La ciudad, probablemente caía hacia el norte de Hattusa²³ y, ciertamente, dentro del país, en la proximidad de las guarniciones de Hakpissa (Hakmissa) y de Istahara²⁴. Aporta así más información sobre la extensión del reino hitita antes del reinado de Hattusili. Además de los territorios ganados por Labarna en el sudeste de Anatolia, los hititas debieron de con-

²² Váase Larsen (1972, 101).

²³ Goetze (1975b, 98) sugiere una ubicación entre Mecitözü y Amasya; Cornelius (1979, 101-103), que caía entre Sivas, en el curso superior del Marrassantiya, y Malatya. Kempiski y Kořak (1982, 108) la sitúan entre Aliřar (Amkuwa) y řorum.

²⁴ Gurney (1973a, 240).

trolar, también, los territorios situados a distancia similar hacia el norte de Kussara, en aquel tiempo el centro del reino hitita. Esto puede haber sido el resultado de una serie de campañas en el norte dirigidas por Labarna. No hay referencia a esas campañas en el *Rescripto*. Pero podemos valorar la afirmación de Telepinu de que el país hitita era «pequeño» antes de las conquistas de Labarna, entonces puede que también sea el responsable tanto de la expansión meridional como de otra septentrional del territorio hitita.

¿Quién fue el abuelo de Hattusili? El pasaje citado más arriba no nos da su nombre ni indica su posición explícitamente. Pero no se necesita de Hattusili para obtener esa información, puesto que el abuelo era, obviamente, una figura bien conocida y casi con total certeza, había sido el rey. Muy probablemente fue el Labarna original, fundador de la dinastía hitita. Si es así, entonces el registro de la rebelión proporciona un interesante y muy significativo complemento al relato de Telepinu sobre ese reinado.

¿Qué función pretendía desempeñar el hijo del abuelo, Labarna, en Sanahuitta? Desgraciadamente, esto no queda claro en el pasaje traducido más arriba²⁵. Pero la conclusión más probable es que el abuelo, rey de Kussara, hubiera intentado establecer a su hijo Labarna como gobernador de la región en la que estaba situada Sanahuitta —un nombramiento que, por razones desconocidas para nosotros, resultó muy impopular. De hecho, nunca tuvo lugar. Como consecuencia de la sublevación, que implicó a otros miembros de la propia familia del rey, su decisión fue rechazada y Labarna fue reemplazado por el rebelde Papahdilmah, quizás uno de los príncipes que había «sido desleal»²⁶.

Si todo hubiera salido de acuerdo con los planes de su padre, el joven Labarna le habría sucedido en el trono de Kussara después de actuar como gobernador regional en el norte del reino²⁷. Su nombre sugiere que fue elegido heredero de su padre. Pero no sabemos lo que le ocurrió tras la rebelión. Puede que no sobreviviera a ella. Y la rebelión pudo haber tenido el efecto de escindir parte del reino, con un régimen rebelde instalado entonces en Sanahuitta.

²⁵ El problema consiste, esencialmente, en el significado del verbo *iškunahhiš*, en primera aproximación traducido como «nombrado», que no se encuentra en ninguna otra parte de la literatura hitita. Para diversas posibilidades, véase Gurney (1973a, 237); Bryce (1981, 11-12).

²⁶ Bin-Nun (1975, 8-9, 55) sugiere que fue el padre de Hattusili, basándose en la restauración de un texto propuesta por ella. Cfr. Sommer y Falkenstein (1938, 209); Puhvel (1989, 353).

²⁷ Cfr. Riemschneider (1971, 99).

HATTUSILI SE CONVIERTE EN REY

Éste fue el marco del acceso de Hattusili I al trono hitita c. 1650²⁸. En el comienzo de sus *Anales*, Hattusili se identifica como el «Gran Rey Tabarna²⁹, Rey del País de Hatti, Hombre de Kussar(a). En el País de Hatti gobernó como rey, hijo del hermano de Tawananna» (*Anales*, I, 1-3)³⁰. Como sugiere la expresión «Hombre de Kussara», Hattusili, casi con toda certeza, comenzó su reinado en Kussara³¹, al heredar de su predecesor un reino que había sido reducido por la rebelión de Sanauiatta, pero que todavía dominaba, según parece, extensos territorios al sur de Kussara. También heredó las cuentas que había que ajustar con el régimen rebelde del norte.

Pero antes de atender a esto, Hattusili dio un nuevo avance al desarrollo de su reino. Estableció una nueva sede para la dinastía real (en el sitio de las ruinas de Hattusa! En realidad, pudo tomar el nombre de Hattusili para señalar este acontecimiento³²).

Su recolonización del lugar fue un desafío a la maldición impuesta sobre él por Anitta —un hecho que algunos especialistas toman como confirmación del enfoque de que Hattusili no era de la misma dinastía que Pithana y Anitta. Sin embargo, el lugar tiene ciertas ventajas naturales que, independientemente del linaje de Hattusili, pueden haber sobrepasado cualquier consideración de la maldición de Anitta. Estaba situado en una posición naturalmente defendible, una de las pocas de la Anatolia central, con su ciudadela sobre un gran afloramiento rocoso, hoy conocido como Büyükkale, que era prácticamente inexpugnable desde el norte. También, la región en que se encontraba tenía un abundante suministro de agua durante todo el año mediante siete fuentes, y en aquel tiempo estaba densamente arbolado.

²⁸ Si nos adherimos a la «cronología corta» la fecha de acceso al trono se establecía c. 1575/1570; véase, por ejemplo, Astour (1989, 12).

²⁹ La traducción está basada en la restauración de Melchert (1978, 7).

³⁰ A menos que se advierta otra cosa, los *Anales* están traducidos de la versión hitita del texto (KBo X 2).

³¹ Este título fue recordado posteriormente por Hattusili III; véase Sommer y Falkenstein (1938, 105), aunque Melchert (1978, 7) comenta que el título no formaba parte del texto original, sino que es más bien una invención tardía en la versión hitita.

³² Así, Sommer y Falkenstein (1938, 20), seguidos por Gurney (1973a, 238-239), Klengel E. y H. (1975, 59). Pero Kempinski y Košak (1982, 99, n. 2) comentan que no debe considerarse que el nombre de Hattusili implique que reconstruyó Hattusa, puesto que ya está atestado en el periodo de las colonias (Bilgiç [1945-1951, 5 núm. 2]).

Pero desde un punto de vista estratégico, la nueva capital estaba mal situada³³. Estaba mucho más retirada que Kussara de los territorios meridionales sometidos a los hititas y de las rutas hacia Siria. Y estaba próxima a la mal definida y a menudo cambiante frontera norte del reino. Como hemos observado, esto la sitúa a una distancia asequible de los kaskas y de otras tribus hostiles de la región. Aunque «la historia puede mostrarnos muchos ejemplos de asentamientos de la capital en el punto de peligro»³⁴.

Los objetivos militares de Hattusili en el norte de Anatolia probablemente también estarían relacionados con la selección de Hattusa como la nueva sede del reino. El primer blanco de su campaña en esta región fue Sanahuitta, ahora fácilmente al alcance de la capital hitita. Las tropas del rey se reunieron en Hattusa y desde ahí se lanzó la campaña contra Sanahuitta. Pero el éxito que consiguió fue incompleto: «Él marchó contra Sanahuitta, no la destruyó, pero destruyó su país. Yo dejé (mis) tropas en dos lugares como guarnición. Entregué unos apriscos de ovejas para que estuvieran (allí) para (mis) tropas de guarnición» (*Anales*, I 4-18)³⁵.

Hattusili saqueó las tierras que pertenecían a Sanahuitta, pero la ciudad en sí permaneció intacta. Probablemente habría buenas razones para ello, a las que volveremos más adelante. Por el momento, debemos suponer que cuando Hattusili retiró sus tropas del territorio de Sanahuitta no había conseguido la captura de la ciudad, ni la sustitución del régimen rebelde que se había instalado allí durante el reinado de su abuelo. Los rebeldes todavía tenían que ser llamados para rendir cuentas.

En el mismo año de su campaña contra Sanahuitta, Hattusili marchó contra Zalpa, seguramente el reino que figura en la inscripción de Anitta en el extremo norte, cerca de la desembocadura del Marrassantiya³⁶.

En seguida marché contra Zálpa y la destruí. Tomé posesión de sus dioses y regalé tres carros a la diosa Sol de Arinna. Regalé un toro de plata y un puño de plata (rython) al templo del dios Tor-

³³ Así, Gurney (1973a, 239); Bittel (1983c, 19).

³⁴ Gurney (1973a, 239).

³⁵ La alternancia entre la primera y la tercera persona no es un rasgo inusual en los textos narrativos hititas.

³⁶ Hubo, sin embargo, más de un lugar llamado Zalpa y se han expresado ciertas dudas sobre la identificación asumida aquí; véase Cornelius (1959, 292).

menta. Los bienes que quedaban los di al templo de Mezzulla³⁷ (*Anales*, I 9-14).

A diferencia de la campaña contra Sanahuitta, Hattusili, según parece, tuvo éxito en la captura, saqueo y destrucción de la ciudad. Incluso así, esto no supuso sino un retroceso temporal de Zalpa, ya que figura en un cierto número de posteriores conflictos con los hititas. En realidad, como veremos, reaparece después, en el reinado de Hattusili en una rebelión contra su gobierno que implicaba a uno de sus hijos.

Aunque fueran limitadas en cuanto a sus consecuencias a largo plazo, las campañas contra Sanahuitta y Zalpa parecen haber establecido la autoridad de Hattusili en la Anatolia central hasta el punto de que ahora podía entrar a considerar la conquista de tierras más lejanas. En el año siguiente se pusieron a punto los preparativos para la más ambiciosa campaña jamás emprendida por un ejército hitita cuando Hattusili se aprestó para llevar sus estandartes de batalla a Siria.

LOS HITITAS INVADEN SIRIA

Las anteriores adquisiciones territoriales que habían hecho los hititas al sur del río Marrassantiya allanaron el camino de sus empresas militares en Siria. El dominio de los países del sudeste de Anatolia les proporcionaba el acceso a Siria por varias rutas. Una de ellas les llevaba a través del paso conocido posteriormente como las «Puertas Cilicias», y sin duda fue utilizado regularmente por los hititas tanto con fines comerciales como militares. Ésta pudo ser, perfectamente, la ruta que tomó el ejército de Hattusili en su marcha a través del sur de Anatolia y de la cordillera del Tauro hasta Siria cruzando las Puertas Cilicias (el moderno Paso de Beilan).

Hattusili debió tomar plena conciencia de que una expedición militar a Siria planteaba retos mucho mayores que sus anteriores campañas de Anatolia y suponía riesgos mucho mayores, ya que toda la parte norte estaba controlada por el poderoso reino de Iamhad. Desde su capital, Alepo (Halap, Halab o Halpa en los textos hititas), Iamhad había dominado durante dos siglos el norte de Siria a través de una red de estados vasallos y heredados que se extendían desde el Éufrates hasta la costa del Mediterráneo. Los archivos de Alalah proporcionan los nombres de una extensa serie de estados y ciudades que estaban asocia-

³⁷ Mezzulla era la hija de la diosa Sol de Arinna.

dos con Alepo, bien como súbditos, o bien como aliados —Alalah, Carkemish, Ursu, Hassu, Ugarit, Emar, Ebla, Tunip. Las operaciones militares hititas contra cualquiera de los estados y principados del norte de Siria representaba, inevitablemente, una amenaza al propio reino de Alepo.

Cabe escasa duda de que Hattusili ya tenía sus miras puestas en la posterior conquista de Alepo. Pero un encuentro directo era cosa del futuro. Hattusili no estaba listo, todavía, para desafiar el poderío militar del más poderoso reino de Siria. Por el momento, limitó el horizonte de sus operaciones a una incursión preliminar en la región, en preparación de más extensas campañas militares en años posteriores. Esta primera operación de prueba probablemente estaba destinada a calcular la fuerza de la resistencia enemiga en las zonas periféricas del reino y, donde fuera posible, eliminar algunas de las fuentes de apoyo a las que se podría recurrir en posteriores encuentros con los hititas.

Tras entrar en Siria a través de los pasos de la cordillera del Tauro, Hattusili identificó pronto su primer objetivo militar. Cerca de la parte más septentrional de la curva del río Orontes, en la ruta que une Alepo con la costa mediterránea, está la importante ciudad fortificada de Alalah, la moderna Tell Açana (Alalh en los *Anales*). Contra esta ciudad dirigió Hattusili sus tropas en su primera operación militar sobre suelo sirio. El resultado fue un éxito incalificable. Las tropas de Alalah fueron derrotadas y su ciudad reducida a ruinas.

En el momento del ataque hitita Alalah estaba gobernada por Ammitaquum, nominalmente vasallo de Iarim Lim III, que entonces ocupaba el trono de Alepo. Esta información se encuentra en una tablilla de Alalah VII, que cita a Zukrasi, general del rey de Alepo, como testigo en un documento de Alalah en el cual Ammitaquum declaraba su voluntad ante Iarim Lim³⁸. Zukrasi también figura en un texto hitita que se refiere al ataque de los hititas sobre Hassu(wa), muy probablemente el mismo acontecimiento que el registrado en la sexta campaña de Hattusili (véase más abajo). De ser así, entonces, Ammitaquum y Hattusili podrían muy bien haber sido contemporáneos, puesto que Zukrasi, general de Iarim Lim, aparece en documentos asociados con ambos gobernantes. Así, se puede concluir que Alalah VII, la ciudad de Ammitaquum, fue la ciudad destruida por Hattusili³⁹. Pero la conquista hitita fue conseguida sin ninguna intervención aparente de

³⁸ Citado por Otten (1964, 120); Gurney (1873a, 241).

³⁹ Véase, también, Otten (1964, 118 con n. 13); Kupper (1973, 31); Gurney (1973a, 241).

Iarim I.im. ¿Por qué no vino en ayuda de su vasallo en sus momentos de necesidad?

Es posible que Alalah se hubiese beneficiado de una disputa dinástica en Alepo para conseguir su independencia⁴⁰ y, así, fue remisa a llamar a su antiguo señor en busca de apoyo. Si esto es cierto, podría ser uno de los factores que incitó a Hattusili a atacar Alalah, confiando en que podría hacerlo sin provocar un enfrentamiento con Alepo. Sigue siendo sorprendente que esta descarada invasión militar en territorio sirio no encontrase respuesta de Alepo, a menos que la rapidez del avance y de la conquista hitita les hubiese cogido de improviso y no les hubiese dado tiempo suficiente para montar un contraataque. En cualquier caso, antes de encontrarse con algún desafío de Alepo, Hattusili abandonó Siria. De momento, había comprobado el ánimo de sus tropas sobre suelo sirio y sin entregarlas a más conflictos en la región se encaminó por una ruta nororiental que posteriormente le conduciría a Hattusa.

Pero había otros objetivos militares a cumplir por el camino.

UNA INCOMPETENTE OPERACIÓN DE ASEDIO

Antes de volver a su capital, Hattusili atacó varias ciudades en la región situada al oeste del río Éufrates y al norte de Carkemish. «Posteriormente marché contra Warsuwa. De Warsuwa marché contra Ikakali. De Ikakali marché contra Tashuniya. Y destruí esos países. Y tomé posesión de sus propiedades y llené mi casa a rebosar con ello» (*Anales*, I 16-21).

Warsuwa, mejor conocida por su nombre acadio de Ursu⁴¹, figura en un conocido texto legendario posterior que recoge un asedio hitita a la ciudad⁴². Generalmente se asigna el asedio al reinado de Hattusili aunque no podemos asegurar que pertenezca a ésta o a otra campaña posterior que llevase a cabo⁴³. Arroja, sin embargo, una interesante luz sobre una de las deficiencias crónicas de la máquina militar hitita —su ineficacia en la guerra de asedios. Y como texto «literario», proporciona un interesante complemento al registro militar de los *Anales*. El rey hitita expresa su furia por la ineptitud de sus oficiales en la realización del asedio de la ciudad —un asedio que según los textos duró seis meses.

⁴⁰ Así, Gurney (1973a, 242). Véase, también, Kupper (1973, 34).

⁴¹ Para propuestas sobre su ubicación, véase Del Monte y Tischler (1978, 476).

⁴² KBo I 11 (CTH 7), ed. Güterbock (1938, 113-138). El texto ha sido tratado, también, por Klengel (1965b, 261-262); Houwink ten Cate (1984, 68-69).

⁴³ Véase Bryce (1983, 85-86).

Rompieron el ariete. El rey se enfadó y su semblante estaba ceñudo: «Constantemente me envían malas noticias, ¡Ojalá el dios Tormenta los arrastre en una inundación! [...] ¡Moveos! Haced un ariete al estilo hurrita y haced que sea llevado a su sitio. Talad un gran ariete de las montañas de Hassu y llevadlo a su sitio. Empezad a amontonar tierra. Cuando hayáis acabado que cada uno ocupe su puesto. Solamente permitáis al enemigo dar batalla. Entonces sus planes se confundirán.» [...] (Posteriormente el rey reprende a su general Santas por el desmesurado retraso en la batalla.) «¿Por qué no has dado batalla? Estás subido sobre un carro de agua, tú mismo casi te has convertido en agua (?). Tenías solamente que arrodillarte ante él y le habrías matado o al menos le habrías asustado. Pero así te has comportado como una mujer.» [...] Así le contestaron: «Ocho veces daremos batalla. Confundiremos sus planes y destruiremos la ciudad.» El rey contestó: «Bien!»

Pero mientras no hacían nada a la ciudad, muchos de los servidores del rey fueron heridos, de modo que muchos murieron. El rey montó en cólera y dijo: «Vigilad las carreteras. Observad quién entra en la ciudad y quién la deja. Nadie tiene que salir de la ciudad hacia el enemigo.» Pero un fugitivo salió de la ciudad e informó: «El súbdito del rey de Alepo vino cinco veces, el súbdito de Zuppa está viviendo en la propia ciudad, el hombre de Zaruar⁴⁴ entra y sale, el súbdito de mi señor el hijo de Tesub⁴⁵ va y viene.» El rey se puso furioso (KBo I 11 r. 2' ss. trad. Gurney [1990, 148-149]).

Aunque el texto tiene un carácter marcadamente anecdótico y está plagado de adornos dramáticos, proporciona una pintura mucho más gráfica de una operación militar hitita que los concisos y mal narrados textos históricos. E indirectamente puede proporcionar un motivo para el ataque hitita a Ursu. El fallo del asedio hitita en impedir el paso de representantes del rey de Alepo y del rey de los hurritas hacia y desde la asediada ciudad fue un manantial de agudos problemas para el rey hitita, quien había ordenado que bloquearan las rutas que conducían a la ciudad. Pero el punto significativo es que parece que existía alguna forma de alianza entre Ursu, Alepo y el reino hurrita. Estos dos últimos eran enemigos potenciales de Hatti y podría haberse planeado un ataque preventivo contra uno o varios de sus aliados, quizás como en el caso de Alalah, para reducir sus fuentes de apoyo militar en el

⁴⁴ Astour (1989, 89, n. 104) sugiere que Zaruar (Zalwar en los textos de Alalah) se localizaría en Koyuncu Hüyük, cerca de los marjales del lago de Antioquía.

⁴⁵ Esto es, el rey de los hurritas.

caso de futuras campañas hititas contra ellos. En realidad, Ursu, muy probablemente, era un estado súbdito de los hurritas en los tiempos de las primeras campañas hititas en la región⁴⁶.

Ursu, más tarde, cayó ante los hititas. Pero su conquista y destrucción pudieron, quizás, haber provocado acciones de represalia hurrita al año siguiente —con devastadoras consecuencias para el reino hitita.

LA CAMPAÑA DE HATTUSILI EN ARZAWA

Al año siguiente de su primera campaña en Siria, Hattusili volvió su atención hacia el oeste donde emprendió una campaña contra el País de Arzawa —la referencia más antigua que tenemos de Arzawa en los textos hititas. Por aquellos tiempos, probablemente fuera un mal definido complejo de territorios esparcidos por gran parte del oeste y noroeste de Anatolia. ¿Qué distancia se aventuró Hattusili dentro de esta región y qué esperaba conseguir? El registro de los *Anales*, limitado a una única frase, nos dice poco: «En el año siguiente marché contra Arzawa y tomé ganado vacuno y ovino» (*Anales* I, 22-23).

La naturaleza, un tanto incidental, de esta afirmación, parece indicar que la expedición fue poco más que una razia por el territorio de Arzawa. Se cogieron vacas y ovejas como botín, pero en apariencia, no hubo conquistas de alguna significación. Muy posiblemente, la expedición fue provocada por Arzawa. Como resultado de las conquistas de Labarna, el territorio sometido a los hititas debió de extenderse hasta muy cerca, o incluso limitando con el territorio de Arzawa. Eso, naturalmente, propiciaba la oportunidad de disputas territoriales y de razias fronterizas —entonces y en tiempos posteriores. Quizás uno o varios «incidentes fronterizos» crecieron hasta tal punto que el rey hitita tuvo que intervenir personalmente con una expedición de castigo, diseñada para dar un claro aviso al pueblo de Arzawa de que se mantuviese fuera del territorio hitita.

En años posteriores Hattusili pudo volver a Arzawa y llevar a cabo más extensas campañas en la región, si atribuimos a su reinado las conquistas en Arzawa a las que hace referencia un documento posterior⁴⁷.

⁴⁶ Véase Kupper (1973, 36); Klengel (1992, 340).

⁴⁷ El tratado redactado en los comienzos del siglo XVIII entre el rey hitita Muwatalli II y Alaksandu, gobernante vasallo de Wilusa (*CTH* 76); Friedrich (1930, 50-51, § 2). Pero obsérvense las reservas de Heinhold-Krahmer (1977, 18-19).

Y es posible que, a finales de este reinado, al menos parte del territorio de Arzawa estuviese bajo el mando de un gobernante hitita⁴⁸.

REBELIÓN DE LOS ESTADOS SÚBDITOS

Cualquiera que fuese el alcance destinado a la primera campaña de Hattusili en Arzawa fue rápidamente cortado por una crisis que amenazaba la propia supervivencia del reino hitita: «A mis espaldas el enemigo de la ciudad de los hurritas entró en mi país y todas mis tierras hicieron guerra contra mí. Entonces, solamente la ciudad de Hattusa, la única ciudad, se mantuvo» (*Anales*, I, 24-26).

Esta clase de crisis ocurrió repetidamente a lo largo de la historia hitita, lo que plantea una de las debilidades crónicas del reino. Las campañas dirigidas al oeste y suroeste que acudían sustancialmente a los recursos militares del reino, dejaban al país peligrosamente expuesto al ataque desde el norte, el este y el sudeste. En esta ocasión, los hurritas, se aprovecharon de la ausencia del rey y, quizás como represalia directa por la destrucción de Ursu, invadieron el país con devastadores resultados. Si creemos el relato de los *Anales*, Hattusili perdió todo el país con la exclusiva excepción de la capital real⁴⁹.

Parece que los hurritas se retiraron rápidamente con la llegada del ejército hitita. Pero su invasión había desencadenado sublevaciones y defecciones por todas las regiones incorporadas al reino por las conquistas de Labarna y de Hattusili. La respuesta de Hattusili fue rápida y vigorosa. Desde su base en Hattusa, primero restableció su control sobre la región interior a los límites del río Marrassantiya, y luego se dedicó a reconquistar los territorios rebeldes que estaban más al sur.

La primera ciudad en volver al redil hitita fue Nenassa, la cual se asienta exactamente al otro lado del extremo sur de la curva del Marrassantiya⁵⁰. Al acercarse el ejército hitita dejó abiertas sus puertas y se

⁴⁸ Esto está sugerido en KBo III 34 (*CTH* 8A), en una «crónica de palacio» o colección de anécdotas que pueden fecharse en el reinado de Hattusili. El texto hace referencia a un Hombre de Hurma, llamado Nunnu, que, según parece, había malversado oro de Arzawa que debía de haber sido puesto en manos del rey hitita. Presumiblemente, Nunnu habría sido nombrado para un importante cargo administrativo en Arzawa, quizás el de gobernador. Véase Hardy (1941, 189-191); Gurney (1973a, 246); Heinhöld-Krahmer (1977, 19-21). Para el texto, véase Eisele (1970, 86-87).

⁴⁹ Wilhelm (1989, 21) comenta que piensa que el relato puede ser algo exagerado para conseguir efectos más dramáticos, para dar una impresión del considerable poder de la nueva fuerza de choque hurrita.

⁵⁰ Véase Bryce (1983, 74). La ciudad se encuentra atestiguada por primera vez en los textos del período de las colonias.

rindió sin resistencia. Pero la siguiente ciudad, Ulma⁵¹, no fue vencida tan fácilmente. Dos veces entró en batalla contra el rey y dos veces fue derrotada. Tal desafío no podía tolerarse una tercera vez —y había que enviar un claro mensaje a las otras ciudades rebeldes que proseguían en su resistencia. Hattusili ordenó la total destrucción de la ciudad. Su lugar fue sembrado y todo futuro asentamiento fue prohibido⁵².

Solamente otra ciudad rechazó la sumisión —Sallahsuwa, también conocida por los textos de los mercaderes asirios, y que muy probablemente ocupaba una importante posición estratégica cerca de una de las principales rutas de este a oeste que unían Siria con Anatolia. Fue atacada rápidamente y destruida, poniendo fin a toda resistencia en el sur.

La política de Hattusili hacia los estados rebeldes y enemigos fue similar a la adoptada por Anitta y que fue seguida luego por los demás reyes hititas. No se emprendió ninguna acción punitiva contra una ciudad rebelde o enemiga si respondía a un ultimátum del rey abriéndole las puertas. Pero la resistencia, especialmente la resistencia persistente, se encontraba con las más severas represalias. Varias demostraciones de esto fueron un estímulo suficiente para los demás rebeldes del sur como para rendirse sin oposición, dejando a Hattusili libre para volver a Hattusa.

Aún había rebeldes en el norte con los que luchar. A ellos dedicó Hattusili su atención al año siguiente. Una vez más fue obligado a entrar en liza con Sanahuitta. Su campaña de tres años antes había dejado la ciudad intacta y, presumiblemente, el régimen rebelde todavía estaba en el poder. Esta situación no podía tolerarse por más tiempo. La ciudad debía ser conquistada y destruida.

Durante seis meses Sanahuitta se mantuvo contra las fuerzas del rey. Seguramente estaba bien fortificada contra un ataque enemigo, lo que explicaría por qué escapó a la destrucción en la anterior campaña de Hattusili. La conquista de una ciudad fuertemente fortificada suponía, casi inevitablemente, un prolongado y costoso asedio. Después de calibrar los costes y los riesgos implicados, Hattusili debió de decidir, en su primera campaña en el territorio de Sanahuitta, limitar sus operaciones a saquear las haciendas y tierras de cultivo que rodeaban a la ciudad⁵³. Pero había llegado el momento de entregarse por completo a

⁵¹ Forma variante Ullamma, también conocida en los textos de las colonias como una de las ciudades destruidas por Anitta.

⁵² *Anales* I, 33-37.

⁵³ Wilhelm (1989, 21) comenta que cuando un informe es exclusivamente de pillaje del campo, es indicativo, habitualmente, de que el ataque a la ciudad había fracasado; cfr. Klengel (1965b, 262-263; 1969, 158).

la conquista de Sanahuitta. Tras seis meses, la ciudad cayó e, inmediatamente, con ella cayó también el régimen establecido allí durante el reinado del abuelo de Hattusili. Ese acto de rebeldía era ahora, por fin, vengado. Hattusili eliminó de una vez para siempre una de las fuentes principales de oposición contra él en la región situada en la periferia oriental del país. Fue un acontecimiento que él recordaba años después con no poca satisfacción, cuando expresaba a los reunidos en torno a su lecho de muerte una advertencia de las consecuencias de la rebelión: «¿Cuántos años han pasado y cuántos han eludido (el castigo)? ¿Dónde están las casas de los grandes hombres? ¿No han perecido?» (*Testamento*, § 20 III 44-45).

Con la caída de Sanahuitta, la resistencia de otro centro se quebró rápidamente. La ciudad de Parmanna abrió sus puertas al rey y otras ciudades siguieron prontamente su ejemplo. Sólo Alalah tuvo la temeridad de resistir —y fue destruida⁵⁴. Hacia el final del quinto año de los anales, el dominio de Hattusili sobre todos sus territorios de Anatolia, tanto en el interior como fuera de la frontera del Marrassantiya, había sido plenamente restablecido. Nuevamente pudo dedicar su atención a Siria: pero esta vez planeaba una campaña más extensa en la región.

LA SEGUNDA CAMPAÑA SIRIA

Al año siguiente marché contra Zaruna y destruí Zaruna. Y marché contra Hassuwa y el Hombre de Hassuwa vino contra mí en batalla. Le ayudaban tropas de Halpa (Alepo). Vinieron contra mí en batalla y yo los batí. A los pocos días crucé el río Puruna y fui a Hassuwa como un león con sus garras. Y [...] cuando la vencí amontóné el polvo sobre ella y tomé posesión de todas sus propiedades y llené Hattusa con ellas. (*Anales* KBo X 2 II 11-19, KBo XI 1 35-36). Yo entré en Zipasna y subí a Zipasna en el silencio de la noche, entré en batalla con ellos y amontóné el polvo sobre ellos [...] Como un león miré ferozmente a Hahha y destruí Zipasna. Tomé posesión de sus bienes y los llevé al templo de la diosa Sol de Arinna. Y marché contra Hahha y tres veces entré en batalla dentro de las puertas. Destruí Hahha y tomé posesión de sus propiedades y las llevé a Hattusa. Dos pares de carros de transporte fueron cargados de plata (*Anales* II 48-III 9).

⁵⁴ *Anales*, KBo X 2 II 2-10. Véase Melchert (1978, 15-16) sobre este pasaje.

Los detalles son incompletos. Las ubicaciones exactas de las ciudades atacadas por Hattusili se desconocen y la identificación del río Puruna (en acadio *Puran*) se ha debatido mucho⁵⁵. Pero el conjunto del cuadro está razonablemente claro. Después de cruzar la cordillera del Tauro, Hattusili comenzó a marchar hacia el este, hacia el Éufrates, destruyendo la ciudad de Zaruna⁵⁶ *en route*. Otros estados de la región se unieron contra él. Se enfrentó con un ejército de la ciudad de Hassuwa (situada al sur del Tauro, y justo al oeste o al este del Éufrates)⁵⁷ apoyado por tropas de Alepo, y derrotó a esas fuerzas combinadas en una batalla librada en los montes Atalur (Adalur)⁵⁸. Entonces atacó y destruyó la ciudad de Hassuwa⁵⁹. Y Zippasna, entrando en este último territorio en el silencio de la noche. Finalmente, marchó contra la ciudad de Hahha en el Éufrates⁶⁰, que había hecho un fallido intento de ir en ayuda de Zippasna. Las defensas de la ciudad fueron rotas, pero dentro de sus puertas los hititas se encontraron con una feroz resistencia. Finalmente, la ciudad sucumbió —pero sólo después que sus tropas se hubieran enfrentado tres veces contra sus atacantes.

Hattusili no tuvo piedad con los vencidos. La gracia era una concesión otorgada solamente a los que se rendían sin resistencia. Las ciudades conquistadas fueron saqueadas y los despojos de la conquista cargados en carretas para transportarlos a Hattusa. Una vez despojados de todas sus posesiones preciosas, incluidas las estatuas de sus dioses,

⁵⁵ Ha sido identificado de varias maneras: con el Éufrates (Güterbock [1964a, 3-4]); con el Orontes (provisionalmente por Wilhelm [1989, 22]); con el Afrin (provisionalmente por Klengel [1992, 344, n. 24]) y con el Pyramos/Caihan (por ejemplo, Laroche [1977, 205] s.v. *Purana*; Astour [1989, 89, n. 102]; Forlanini y Marazzi [1986]). Véase la reseña sobre el asunto de Gurney (1992, 216-217).

⁵⁶ En acadio *Zaruntī*, situada cerca de Alalah.

⁵⁷ Para diversos fines, véanse las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 98).

⁵⁸ El nombre aparece solamente en la versión acadia del texto y debe identificarse, probablemente, con las estribaciones meridionales del Amanus, quizás al sur de la desembocadura del Orontes. Véase Otten (1958, 82, n. 23), siguiendo a Balkan (1957, 36; 1964, 116), Del Monte y Tischler (1978, 54), Forlanini y Marazzi (1986), Gurney (1992, 216-217).

⁵⁹ Wilhelm (1989, 22) comenta que un texto oracular, KBo XVIII 151, que nombra a Ilassu y también a los hurritas, muy probablemente se refiera a esto.

⁶⁰ Quizás en el lugar de la moderna Samsat; véase Gurney (1992, 217), que cita a Forlanini y Marazzi (1986). Para otras ubicaciones sugeridas, véase Del Monte y Tischler (1987, 61-62) y añádase Liverani quien propone la identificación con Lidar Hüyük en la margen oriental del Éufrates (aunque obsérvense las reservas de Gurney).

Hassuwa y Hahha fueron incendiadas y reducidas a escombros⁶¹. Entonces llegó el *coup de grace* final —la humillación y degradación de los gobernantes locales. Tras ser testigos del saqueo y destrucción de sus ciudades, los reyes de Hassuwa y de Hahha sufrieron la indignidad de ser uncidos a uno de los carros utilizados para transportar el botín desde sus ciudades a Hattusa: «Yo, el Gran Rey Tabarna destruí Hassuwa y Hahha y la quemé con fuego y mostré el humo al dios Tormenta del Cielo. Y uncí al rey de Hassuwa y al rey de Hahha a una carreta» (*Anales* III, 37-42).

La magnitud de las victorias hititas durante esta segunda campaña siria es realizada por un acontecimiento al que Hattusili da gran significado. Sus conquistas en la región del Éufrates implican el cruce del propio río, una hazaña sin precedentes en la historia hitita. En efecto, solamente el rey acadio Sargón, que había cruzado el río en la otra dirección unos setecientos años antes, había realizado una gesta tal antes que él. Pero Sargón lo había hecho sin esos devastadores resultados:

Nadie había cruzado el (río) Mala (= Éufrates, acadio Purattu), pero yo, el Gran Rey Tabarna lo crucé a pie y mi ejército lo cruzó [tras de mí] (?) a pie. Sarrigina (Sargón) (también) lo cruzó. Pero aunque venció a las tropas de Hahha, no hizo nada a (la propia) Hahha, ni la incendió ni mostró (?) el humo al dios Tormenta del Cielo (*Anales* III 29-40, adaptado de la trad. de Güterbock [1964a, 2]).

La comparación con Sargón está claramente justificada, puesto que las conquistas de Hattusili se extendían a buena parte de la misma región al oeste del Éufrates, conquistada por Sargón muchas generaciones antes. Hacia el final de su sexta campaña, Hattusili había sometido a casi toda la mitad oriental de Anatolia, desde el mar Negro (en la región de Zalpa) hasta el Mediterráneo, abarcando las Tierras Bajas y quizás el territorio que después llegó a ser el reino de Kizzuwadna, y había llevado a sus tropas en una serie de victorias a través del norte de Siria, cruzando el Éufrates hasta las fronteras occidentales de Mesopotamia.

⁶¹ Liverani (1988, 170) observa que el nivel 8 de Lidar Hüyük —que es contemporáneo del asirio antiguo, del hitita antiguo y las referencias de Mari sobre Hahhum— fue destruido por un enorme incendio, consecuencia de un virulento ataque (véase, también, el informe en *AS* 37 [1987], 204-205). Se encontraron cadáveres bajo las hundidas paredes y puntas de flecha clavadas en el yeso de las paredes. Comenta que, con certeza, la ciudad fue destruida tras un asalto y una esta destrucción con las guerras de los reyes del Reino Antiguo hitita en la zona.

¿QUÉ CONSIGUIÓ HATTUSILI CON ESTAS CAMPAÑAS?

En términos puramente militares, las campañas de Hattusili fueron, según parece, clamorosamente efectivas. Pero plantean varias preguntas fundamentales. ¿Cuál era su propósito? ¿Qué logró, realmente? Y, ¿a qué coste?

Las campañas sirias tuvieron como resultado la destrucción de un cierto número de ciudades y la acumulación de sustanciosos botines para el país de Hatti. Pero no conllevaban el establecimiento de una presencia hitita permanente en la región. Ataque, destrucción, retirada —éste era el esquema de las campañas. Los hititas no tenían ni la capacidad organizativa ni los recursos humanos necesarios para establecer y mantener un control duradero sobre los territorios que habían conquistado en Siria. Y en tanto que permaneciera el reino de Alepo sin someter, el impacto de los éxitos militares hititas en la región no podría ser sino transitorio.

¿Por qué, entonces, Hattusili se preocupaba tanto por Siria, particularmente cuando tenía problemas suficientes para resolver en casa? Su reino era proclive a rebeliones políticas (como veremos más adelante) y crónicamente vulnerable a las invasiones de los enemigos próximos a sus fronteras. Las prolongadas ausencias del rey y de sus tropas en lejanas campañas, indudablemente incrementaban los peligros planteados, tanto por las fuerzas internas como externas, a la seguridad del reino. Esto aporta un punto añadido a nuestras preguntas. Los reinos de Siria no suponían una amenaza directa para la patria hitita ni, en realidad, para ninguno de los territorios sometidos a los hititas en Anatolia. ¿Cuál era, entonces, su propósito?

Consideraciones estratégicas y económicas pueden haber sido, parcialmente, el motivo de esas campañas. Como ha señalado un especialista acertadamente, Siria se encuentra en las encrucijadas del Oriente Próximo y sus puertos y rutas terrestres proporcionaban acceso a un amplio abanico de productos de Egipto y también de Mesopotamia⁶². Los hititas pueden haber encontrado que la fuerza militar era el único medio efectivo de obtener el acceso a las mercancías internacionales que se encontraban disponibles en los mercados sirios y de asegurar las rutas que los abastecían de indispensables materias primas.

⁶² Goetze (1975a, 1).

Las ciudades atacadas por Hattusili están en ubicaciones estratégicamente importantes sobre las principales rutas que unen Anatolia con Siria y Mesopotamia. Alalah, por ejemplo, estaba cerca, o por lo menos a una distancia asequible, de una ruta que llevaba desde el sudeste de Anatolia, a través del norte de Siria, hacia el este hasta el Éufrates. Hacia el norte, Ursu cae en las proximidades de una de las principales rutas que unía Asiria y Anatolia en el período de las colonias de mercaderes⁶³. Dado el papel que deben de haber desempeñado en las actividades comerciales, por lo menos en la época de las operaciones de los mercaderes asirios, tanto en Siria como en Anatolia, su importancia estratégica y económica es obvia.

Solamente podemos especular sobre la naturaleza de la mayor parte de las mercancías internacionales para las cuales los hititas buscaban acceso. Pero un artículo, en particular, debe de haber sido muy demandado. Durante el período colonial, el estaño, utilizado en la fabricación del bronce, era uno de los dos artículos más importantes traídos a lo largo de las rutas mercantiles desde Mesopotamia hasta Anatolia. En realidad, los mercaderes pueden muy bien haber sido los suministradores exclusivos de ese metal, que quizás procedía de yacimientos en las montañas de Elam (en el moderno Irán)⁶⁴, a los reinos de Anatolia. La ruptura de los lazos comerciales Anatolia-Asiria, al final del período de las colonias, debe haber cortado el suministro de estaño y llevado a la producción de bronce de la Anatolia central, en cierto grado significativo, a su estrangulamiento.

La renovación de la producción de bronce en el Bronce Tardío implica claramente el renovado acceso a sustanciales fuentes de estaño. Para los hititas, el suministro regular del metal era esencial. En los últimos años, arqueólogos turcos han afirmado haber descubierto en Anatolia varios lugares de donde se podía haber extraído el estaño en la antigüedad⁶⁵. Pero la evidencia es discutida, particularmente por el especialista James Muhly, que ha mantenido durante largo tiempo, y continúa haciéndolo, que estamos aún por encontrar pruebas de depósitos de estaño practicables, al menos a una escala significativa, en cualquier lugar de

⁶³ Véase, por ejemplo, Cornelius (1979, 101).

⁶⁴ Yokar (1976, 122-123) se refiere a un número de campos en Irán que pueden haber proporcionado estaño a Mesopotamia.

⁶⁵ Notablemente en la región de Celaller, donde se han descubierto casiterita y una mina de estaño del Bronce Temprano; véase Kaptan (1995) para un resumen hasta la fecha de los resultados de la investigación del complejo minero de Celaller, bajo la dirección de K. A. Yener.

Anatolia⁶⁶. Debemos aceptar, todavía, la posibilidad de que la mayoría, si no todo el estaño utilizado por los hititas, procediese de muy lejos⁶⁷.

Pero fuera de Anatolia hay muy pocas fuentes de estaño que hubieran podido abastecer las necesidades de los hititas. Si su aprovisionamiento no tenía lugar en el oeste, por ejemplo en la Europa Central, entonces, muy probablemente, vendría a través de las viejas rutas comerciales del sudeste. Si es así, uno de los objetivos de las campañas de Hattusili en el sudeste pudiera haber sido garantizar un paso seguro a la importaciones —particularmente de estaño— a su reino a través de esas rutas. A fin de mantener el control sobre un reino, que por entonces habría adquirido dimensiones considerables, era esencial para Hattusili tener garantizado el suministro de grandes cantidades de estaño, cuyo uso más importante era la fabricación de armas de bronce para su ejército. Quizás la destrucción de ciudades como Uršu estaba destinada, al menos parcialmente, a eliminar amenazas potenciales o reales para las citadas rutas de suministro desde Mesopotamia y Siria al reino hitita.

LA IDEOLOGÍA DE LA MONARQUÍA⁶⁸

Aunque factores económicos y estratégicos puedan haber proporcionado un motivo para las campañas de Hattusili en Siria, hubo, casi con toda certeza, un motivo mucho más poderoso apuntalando esas aventuras militares. Como todos los gobernantes de los grandes reinos del antiguo Oriente Próximo, el rey hitita era el jefe militar supremo de su pueblo. Y la ideología de la realeza exigía que demostrase su valía como gobernante llevando a cabo grandes hechos militares, que fueran comparables y, donde fuera posible, superasen los logros de sus predecesores. «La expansión militar llegó a ser una ideología por derecho propio, un verdadero deporte de reyes»⁶⁹. Para Hattusili, Siria proporcionaba un reto nunca aceptado anteriormente por un rey hitita. Sus conquistas en Anatolia le dieron una posición y un prestigio militar

⁶⁶ Véase, por ejemplo, Muhly *et al.* (1991, 1992b).

⁶⁷ Kaptan (1995, 197) también concede que la prueba de depósitos de estaño en Anatolia, viables económicamente, está todavía por llegar.

⁶⁸ Para un tratamiento más detallado de este punto, véase Gurney (1958) y Beckman (1995b).

⁶⁹ Gurney (1979a, 163).

equivalente al de su predecesor Labarna. Pero con sus campañas en Siria lo había sobrepasado. Y su cruce del Éufrates, ya fuera grande o pequeño su valor estratégico a largo plazo, fue un acto cargado de gran importancia simbólica. Él podía reclamar, ahora, ser un caudillo cuyos éxitos le colocaban junto al rey conservado en la tradición como el más grande de todos los reyes conocidos —el legendario Sargón. Podía ir más allá, y afirmar ser un señor de la guerra más despiadado, incluso, que Sargón. Sargón había cruzado el Éufrates y dejado a Hahha intacta. ¡Hattusili la saqueó y la incendió! La imagen que presenta es la de un león que se precipita sobre su presa y la destruye sin piedad —una imagen de despiadado salvajismo contra un enemigo contumazmente desafiante. Era una imagen que ya había sido usada por Anitta. Y llegó a ser un símbolo habitual del poder real hitita⁷⁰.

Aunque la misericordia y la compasión también figuraban entre las cualidades de un rey, como demostró Hattusili con su trato a los súbditos del enemigo, pretendidamente oprimidos:

Yo, el Gran Rey Tabarna tomé las manos de sus esclavas (del enemigo) de los molinos, y tomé las manos de sus esclavos de las hoces y los liberé de impuestos y corveas. Yo solté sus cinchos (es decir los desuncí), y los entregué a mi señora, la diosa Sol de Arinna (*Anales* III 15-20).

Los reyes posteriores también quisieron presentarse como conquistadores que otorgaban gracia a sus enemigos sometidos, aunque se haya subrayado que ningunos otros *Anales* reales los representan como protagonistas en el papel de liberador de súbditos oprimidos⁷¹.

Quizás lo más importante sea que el rey mantiene su posición por derecho divino⁷². Él era el agente de los dioses y su representante sobre la tierra, el que gobernaba a sus súbditos y confundía a sus enemigos en su nombre. Y como sustituto nombrado por los dioses en la tierra, era, en teoría, inviolable:

Cuando el rey se inclina ante los dioses el «ungido» (el sacerdote) recita lo siguiente: «¡Ojalá el Tabarna, el rey, sea amado de los dioses! La tierra pertenece al dios Tormenta solamente. El cielo, la tierra y la gente pertenecen al dios Tormenta solamente. Él hizo al

⁷⁰ Véase Hoffner (1980, 297).

⁷¹ Hoffner (1980, 298).

⁷² Véase Archi (1966); Gonnet (1987).

Labarna, al rey, su administrador y le dio todo el País de Hatti.» (BoT 1.30 [CTH 537.1], r. 2-5, adaptado de la trad. de Beckman [1995, 536]). A mi, el rey, el dios Sol y el dios Tormenta han coniado mi país y mi casa (el palacio) y yo, el rey, protegeré a mi país y mi casa (KUB XXIX 1 [CTH 414] 1 17-19).

LAS POSTERIORES CAMPAÑAS DE HATTUSILI

A continuación de su cruce triunfal del Éufrates, Hattusili se volvió a Hattusa. Por mucho que él pueda haber alardeado de sus éxitos, sabía que no tendrían consecuencias duraderas mientras que el reino de Alepo siguiera siendo la potencia dominante en Siria. Había chocado con tropas de Alepo una primera vez, cuando habían ido en ayuda de Hassuwa. Pero todavía tenía que poner a prueba toda la potencia de los recursos militares de Alepo. Los pasos preliminares se habían dado, pero la confrontación principal aún no había empezado.

No tenemos más que referencias de pasada a las campañas que Hattusili dirigió en los últimos años de su reinado. Como hemos indicado habrían incluido una intensa campaña contra Arzawa. Pero, indudablemente, fue Siria la que aportó a los hititas el teatro de guerra más importante durante el resto del reinado de Hattusili. Dentro de ese escenario, la conquista de Alepo llegó a ser, entonces, el primer objetivo del rey.

Por un documento posterior sabemos que volvió a Siria y entró en batalla con las fuerzas del rey de Alepo, probablemente en repetidas ocasiones. Durante el proceso pudo haber conseguido un sustancial debilitamiento del reino —si se puede interpretar así la enigmática frase «él provocó (que los días del) reino (de Alepo) fuesen completos»⁷³. Aunque el éxito total debía escapársele. A su muerte, la capital del reino permanecía intacta⁷⁴. En realidad, su muerte quizás estuvo ligada de alguna manera con un último conflicto con Alepo, ya que posteriormente, su nieto y sucesor Mursili dispuso contra Alepo una campaña «para vengar la sangre de su padre» (véase más adelante cap. 5).

⁷³ Del llamado Tratado de Alepo, KBo I 6 (CTH 75), r. 12, así trad. Gurney (1973a, 243). El tratado se discute en el cap. 6.

⁷⁴ Astour (1989, 17) adopta un enfoque diferente. Traduce las palabras anteriores «él provocó que su realeza se completase» —esto es, «acabase». Según esta interpretación, ello significaría que Hattusili privó a Alepo de su posición como gran potencia independiente al forzarlo a inclinarse bajo su señorío.

LA ASAMBLEA DE KUSSARA

La que fue probablemente la última actuación en la vida de Hattusili se representó en Kussara, el hogar ancestral de la dinastía real hitita. Aquí, el rey, enfermo y quizás próximo a la muerte, convocó una asamblea de los personajes más poderosos política y militarmente del reino —los guerreros del *panku* y del ^{LUMES} DUGUD, oficiales de alto rango en el país⁷⁵. La asamblea había sido convocada, fundamentalmente, para escuchar de Hattusili el nuevo ordenamiento que había hecho en cuanto a la sucesión real.

Nuestra principal fuente de información en esta etapa del cierre del reinado es el documento al que nos hemos referido como *Testamento* de Hattusili. Por sus últimas palabras sabemos que Kussara fue la sede de la asamblea convocada por el rey. Sin duda continuaba manteniendo una residencia real en Kussara después del traslado de la capital a Hattusa. Quizás quisiera pasar los últimos días de su vida allí, en la ciudad de sus antepasados.

UNA FAMILIA INDISCIPLINADA

Aunque, en esencia, el *Testamento* es una proclamación oficial que trata de la sucesión al trono, proporciona importante información relativa a los diversos miembros de la familia del rey y de los acontecimientos en que estuvieron implicados. También nos da interesantes atisbos sobre el carácter del propio rey. El despiadado señor de los *Anales* aparece aquí como un anciano abatido y desilusionado por la conducta de los miembros de su propia familia: «Hasta ahora, ningún miembro de mi familia ha obedecido mi voluntad» (*Testamento* § 19, III 26).

Siguiendo la práctica de su predecesor, el primer Labarna, Hattusili había nombrado a sus hijos gobernadores de los territorios incorporados al reino por conquista. Sin embargo, los príncipes no mostraron mayor inclinación que los hijos de Labarna a mantener la lealtad a su

⁷⁵ En los tiempos posteriores, el término ^{LUMES} DUGUD parece haberse usado en referencia a títulos militares de relativamente bajo rango. En este período puede haber sido un término genérico que denotaba personas importantes, quizás oficiales militares; véase Beal (1992b, 500) y las referencias citadas allí. El término *panku* se trata más abajo.

padre. Se habla, primero, de una rebelión en la ciudad de Tappassanda (desconocida fuera de esta cita) que implica al hijo del rey, Huzziya, que había sido nombrado gobernador de la ciudad⁷⁶. Huzziya había sido convencido por los habitantes para sublevarse contra su padre con el pretexto de que Hattusili había fracasado a la hora de realizar una purificación de los «palacios» de la ciudad⁷⁷. Hattusili, evidentemente, aplastó la rebelión y depuso a su hijo. Por otra parte, sabemos de una rebelión en la ciudad de Zalpa que implicaba a Hakkarpili, otro hijo de Hattusili que, probablemente, habría sido nombrado gobernador local⁷⁸. El resultado de esta rebelión no es conocido, pero presumiblemente, Hattusili también lograra abortarla y desalojar a Hakkarpili del poder.

Más seria fue una rebelión que estalló en la misma Hattusa, que aparentemente tuvo gran apoyo por parte de la nobleza hitita. La hija de Hattusili (no sabemos su nombre) estuvo directamente involucrada:

Los hijos de Hatti provocaron la hostilidad en Hattusa. Entonces, ellos tomaron a mi hija y, puesto que ella tenía descendencia (masculina), se me opusieron: «No hay un hijo para el trono de tu padre. Un servidor se sentará en él.» En seguida mi hija se hizo desleal a Hattusa y a la corte; y los nobles y mis propios cortesanos se me opusieron. Ella incitó a todo el país a la rebelión... Los hijos de Hatti perecieron (*Testamento* § 13, II 68-77).

Cuando, finalmente, la rebelión fue aplastada, la hija del rey fue castigada por su traición. Fue despojada de todas sus posesiones y desterrada de la ciudad⁷⁹.

Cualesquiera que fuesen las razones argüidas para las rebeliones de las provincias, los hijos de Hattusili pueden haber tenido sus propias razones personales para su implicación —razones que tenían que ver con la sucesión real. Ciertamente, ésta fue una cuestión clave en la rebelión de Hattusa. El derecho de la dinastía de Hattusili a mantener la realeza no estaba, desde luego, en discusión. Por el contrario, el punto en cuestión era el temor a que Hattusili nombrara un sucesor que no fuera su descendiente lineal. De hecho, él había nombrado a su sobrino como sucesor. Casi con toda certeza, lo hizo tan sólo después de las

⁷⁶ *Testamento* § 12, II 63-64.

⁷⁷ *Testamento* § 12, II 64-67. Véanse los comentarios de Sommer y Falkenstein (1938, 112-113).

⁷⁸ Para el texto KBo III 38 (*CTH* 3.1); véase Forrer (1922-1926, núm. 13).

⁷⁹ *Testamento* § 17, III 14-22.

rebeliones en las que habían participado sus hijos⁸⁰. El escándalo de los príncipes hititas le había dejado sin ningún hijo que fuese digno de la realeza. En cualquier caso, su elección de sucesor se tropezó con la fuerte oposición de sus súbditos, los cuales planteaban dos preguntas fundamentales. ¿Quién tenía el derecho a elegir al sucesor del trono? ¿Sobre qué bases se hacía la elección?

LA ELECCIÓN DE UN NUEVO REY

Los especialistas han debatido largo tiempo si la monarquía hitita fue, en principio, electiva, con la elección del sucesor manteniéndose, en todo caso, dentro de los miembros de la clase noble⁸¹. No tenemos pruebas firmes de una monarquía electiva. Pero los conflictos en que los aspirantes al trono se enredaron repetidamente hasta el reinado de Telepinu (véase el cap. 5), indican claramente que la cuestión de quién tenía el derecho a elegir al nuevo rey, o a suceder en el propio trono, estuvo largo tiempo en disputa. Se ha sugerido que la inseguridad de la monarquía en los primeros tiempos se debió a un conflicto de voluntades entre la nobleza, con sus antiguos derechos, y el rey, que estaba luchando por establecer el principio de la sucesión hereditaria. Sin embargo, el profesor Gurney cree más probable que los reyes hititas estuviesen en conflicto con un antiguo sistema de sucesión matrilineal⁸².

Algunos estudiosos, de hecho, han atribuido el problema de la sucesión real a un choque entre los principios de sucesión matrilineal y patrilineal, de los cuales el primero es un vestigio de la sociedad pre-indoeuropea y el último característico de los indoeuropeos recién llegados⁸³. Pero las pruebas en las que se basa esta teoría tienen poca entidad y la situación sigue siendo muy especulativa. No hay nada que indique que la matrilinealidad fuese una cuestión en disputa respecto a la sucesión real hitita⁸⁴. Además, en tanto que el desfile de usurpadores

⁸⁰ Véase Bryce (1981, 14), en contra, Bin-Nun (1975, 25).

⁸¹ Para la discusión de este asunto, véase Güterbock (1954a, 19), Goetze (1957c, 87-88; 1964, 26); Riemschneider (1971, 80); Gurney (1973a, 253; 1990, 51); Hoffmann (1984a, 86-91); Beckman (1995, 533-535).

⁸² Gurney (1990, 51).

⁸³ Véase Riemschneider (1971, 93-94), y las referencias en él a las propuestas de los especialistas rusos Dvighalo e Ivanov. Véase, también, Goetze (1957c, 93), Gurney (1973b, 667-668); Bin-Nun (1975, 11-29). Para un enfoque contrario, véase Hoffmann (1984a, 86-91).

⁸⁴ Cfr. Beckman (1986, 14-15).

y pretendientes al trono puede muy bien haber intentado utilizar sus lazos de sangre o de afinidad con los anteriores reyes para afirmar sus propias reivindicaciones, ninguna de esas relaciones se atiene a un principio subyacente de matrilinealidad. En realidad, la intriga y la violencia que acompañaban a muchas de las sucesiones al trono indican que consideraciones de precedentes o de tradición tenían poco que ver con quien realmente sucedía en la ocupación del trono hitita.

No hubo regulaciones formalmente establecidas para determinar el derecho de sucesión con anterioridad al reinado de Telepinu. Consecuentemente, desde los mismos principios de la historia hitita, ningún rey tuvo garantizado que el sucesor elegido por él se sentaría efectivamente o permanecería en el trono mientras que hubiese demandantes o ambiciosos pretendientes listos para desafiar su elección.

El rey mantenía su posición por el favor de los dioses. Pero, a pesar de su reclamación del apoyo divino, su autoridad dependía mucho de la buena voluntad y del apoyo de los poderosos terratenientes y de la aristocracia militar.

Entregaba tierras⁸⁵ y una parte del botín de guerra a sus nobles. A cambio, ellos estaban obligados a jurar lealtad al rey y a prestarle asistencia militar dondequiera que fuesen llamados para hacerlo así. Pero como ilustra el *Testamento* podían resultar peligrosamente desleales y estaban prontos a recurrir a la rebelión si no estaban de acuerdo con las actuaciones o con las decisiones tomadas por el rey. Los éxitos militares en el exterior se contrarrestaban con las rebeliones y las discordias civiles dentro del país, incluyendo la propia capital hitita. En realidad, las prolongadas ausencias del rey en las campañas exteriores al país pueden, perfectamente, haber intensificado el malestar y las disputas entre facciones dentro de él.

⁸⁵ Éstas están atestiguadas en cantidad de documentos de concesión de tierras, en los cuales, la propiedad de haciendas y tierras (incluidos huertos, bosques, prados y, a veces, el personal que les pertenece) se daba a los funcionarios hititas de diverso rango y responsabilidades, bien como recompensa por los servicios prestados, o bien como un medio de garantizar la lealtad. Parece ahora que todos esos documentos que han sobrevivido deberían asignarse al período «hitita medio» (siglos xv y xiv). Sin embargo, no hay razones para pensar que la práctica que atestiguan no estuviese ya en funcionamiento en el reinado de Hattusili. Sobre los documentos de concesión de tierras, véase, por ejemplo, Riemschneider (1958), Balkan (1973); von Schuler (1980-1983); Easton (1981); Otten (1986a; 1991); Beckman (1995, 538). Beckman anota que la tierra dada a los individuos «no estaba unida, sino dispersa por distintas localidades. Así, el rey quería prevenir el establecimiento de centros locales e independientes de poder económico de la nobleza que pudieran desafiar a su propio gobierno».

¡UNA ABOMINACIÓN PARA LA VISTA!

Quizás fue solamente en su lecho de muerte cuando Hattusili se percató de toda la gravedad de la crisis con la que se enfrentaría el reino a su muerte. Sus hijos se habían rebelado contra él y habían sido apartados; la elección de su sobrino como su sucesor había provocado o contribuido a la rebelión de su propia capital. Y ahora, su sobrino le había traicionado. Éste fue, quizás, el golpe más cruel. Él había nutrido y cuidado al joven y le había dispensado sus favores. Indudablemente, esto mismo habría causado resentimiento entre los miembros más inmediatos de la familia del rey. Entonces lo había elevado a la posición de heredero del trono, adoptándolo como hijo y confiriéndole el título real de Tabarna. Pero él había estado ciego hacia los defectos de su sobrino —hasta que, finalmente, llegó a comprender que el joven no era el adecuado para asumir el papel que se le había asignado: «Este joven era una abominación para la vista (?); no derramaba lágrimas, no tenía compasión; era frío y despiadado» (*Testamento* § 1, II 5-7).

Hattusili había urgido a su sobrino para que intentase vencer a sus enemigos, a trabajar por la paz y la unidad dentro del reino que había sido desgarrado por la rebelión y la lucha entre facciones. En vano. La influencia de su propia familia, particularmente de su madre, sobreapabala la del rey:

No hacía caso de la palabra del rey, sino a la de su madre, la serpiente, hacía caso. Sus hermanos y hermanas constantemente llevaban palabras hostiles a él y él atendía esas palabras... No había mostrado consideración con la voluntad del rey. ¿Cómo, entonces, puede tener buena disposición para Hattusa? Su madre es una serpiente. Y llegará a ocurrir que él prestará atención a las palabras de su madre, de sus hermanos, de sus hermanas. Y saldrá de su escondite para tomar venganza. A los guerreros, a los dignatarios y a los servidores que fueron señalados como gente del rey, jurará: «¡Mirad. Por causa del rey morirán!» Y sucederá que los destruirá. Causará gran derramamiento de sangre y no tendrá escrúpulos (*Testamento* §§ 2-4, II 9-25).

Inevitablemente, la subida al trono de su sobrino sumiría, una vez más, al reino en el caos. Hattusili no podía permitir que ocurriera eso, «Yo había conquistado con la espada (?) a mis enemigos extranjeros y llevado la paz y la tranquilidad a mi país. No sucederá que él, al final, sumerja a mi país en el desorden» (*Testamento* § 5, II 27-29).

Hattusili convocó a su sobrino a su cabecera. Repudió su adopción y por ende su nombramiento como sucesor al trono. Los enemigos de su proclamado heredero habían triunfado finalmente. La hermana de Hattusili, la madre del joven Tabarna, reaccionó con una mezcla de furia y temor: «Su madre mugió como un toro: "Ellos han roto en pedazos el útero en mi cuerpo vivo, un poderoso toro. Ellos le han arruinado y tú le matarás"» (*Testamento* § 3, II 14-16).

Pero ya había habido suficiente derramamiento de sangre. El sobrino fue desterrado de la ciudad, aunque su seguridad personal y su bienestar fueron garantizados. Se le proporcionó una pequeña heredad fuera de la capital, provista con vacas y ovejas. Y se le prometió que si se podía confiar en su buen comportamiento se le permitiría volver a Hattusa. Todo esto, dentro del espíritu de conciliación que Hattusili estaba impulsando para todos sus súbditos.

UN NUEVO HEREDERO AL TRONO

Con su muerte ya próxima, Hattusili no podía permitirse retrasos en el nombramiento de un nuevo sucesor al trono. Fue con el fin de anunciar su nuevo heredero por lo que convocó rápidamente a la asamblea en Kussara. Mursili, nieto de Hattusili⁸⁶, fue proclamado hijo del rey y su sucesor: «Mirad. Mursili es (ahora) mi hijo⁸⁷. Debéis reconocerle y colocarle en el trono» (*Testamento* § 7, II 37-38)⁸⁸.

La asamblea no fue consultada en la elección del nuevo sucesor. Hattusili no deja dudas de que lo considera como una prerrogativa propia. Él, simplemente, proclamó su decisión de la elección. Pero se tomó el suficiente cuidado para explicar y justificar lo que había hecho. Tenía que convencer a la asamblea de la sabiduría y de la justicia de su decisión, y conseguir su apoyo para garantizar que fuera aceptada. Este apoyo era de vital importancia, especialmente porque el nuevo heredero al trono era todavía solamente un menor. La asamblea fue llamada para presentar su lealtad a Mursili. Ellos debía protegerle y ali-

⁸⁶ Está identificado así en un pasaje del «Tratado de Alepo», KBo I 6 r. 13.

⁸⁷ Esto es, Hattusili lo adopta como hijo a fin de allanar el camino para su sucesión. Ha habido, sin embargo, algún desacuerdo entre los especialistas en cuanto a su relación real con Hattusili (¿hijo o nieto?); véanse las referencias citadas en Bryce (1981, 9, n. 3).

⁸⁸ Cfr. KBo III 27 (CTH 5) 13-14: «¡Mirad! Yo os he dado a Mursili. Él cogerá el trono de su padre y mi hijo no (es por más tiempo) mi hijo.»

mentarle, supervisar su conducta mientras fuera todavía un niño⁸⁹, y guiarle hacia la sabiduría:

Quando se forme un estado de guerra o una rebelión oprima al país, vosotros, servidores y señores míos, debéis apoyar a mi hijo... Si lo lleváis al campo de batalla cuando todavía es un joven, debéis volverlo a traer sano y salvo... Nadie debe decir: «El rey hará en secreto lo que le plazca y yo justificaré sus actos sean justos o no.» La mala conducta nunca será aprobada por vosotros. Pues vosotros, que ya conocéis mi voluntad y sabiduría, guiad a mi hijo hacia la sabiduría» (*Testamento* §§ 7-10, II 39-57).

El grupo cargado con estas responsabilidades incluía a los guerreros de una organización denominada *panku*. Este término es, básicamente, un adjetivo que significa «todo, completo». En el contexto en que se usa aquí parece que se refiere a algún tipo de asamblea general. Discutiremos más adelante la cuestión de la adquisición de calidad de miembro y las funciones específicas que le fueron asignadas por un rey posterior. Al menos, en el reinado de Hattusili parece haber funcionado, fundamentalmente, como un cuerpo supervisor y judicial, con responsabilidades particulares para tratar ofensas de naturaleza religiosa. El propio rey estaba obligado a remitir tales delitos a este cuerpo para juicio. Así instruía Hattusili a su nuevo heredero:

Tratarás indulgentemente a mis servidores y nobles. Si ves que alguno de ellos comete una ofensa, ya sea ante un dios, ya sea pronunciando alguna (sacrílega) palabra, debes consultar al *panku* (*Testamento* § 22, III 59-62).

Hattusili estaba, efectivamente, intentando reforzar las bases de la monarquía mediante el establecimiento de un estrecho compañerismo entre el rey y los representantes de los elementos más poderosos. La primera y más importante tarea de la asamblea convocada en Kussara era ayudar al reino a pasar a través del crítico período entre la muerte del viejo rey y el acceso al trono del nuevo.

En adelante actuaría como un cuerpo consultivo y supervisor del rey, asistiéndole en la tarea de mantener duraderamente la unidad y la estabilidad dentro del reino⁹⁰.

⁸⁹ Cfr. las instrucciones a los reyes en KBo XX 31 = KUB 2 VII 69 = KUB XII 21, ed. Hoffner (1992). Hoffner anota que el arcaico lenguaje de este texto sugiere que pertenece al período hitita antiguo (pág. 299).

⁹⁰ Más sobre el papel del *panku* en el reinado de Hattusili en Marazzi (1984).

LA «TAWANANNA»

Una de las posiciones más poderosas e influyentes en el reino hitita era la de la Tawananna, una posición ocupada siempre por un miembro femenino de la familia real⁹¹. La primera Tawananna conocida era tía de Hattusili. Posteriormente, el título puede haber sido conferido a su hermana o a su hija. Pero en los reinados posteriores la Tawananna parece haber adquirido su posición por el hecho de ser la esposa del rey⁹². Una vez que era Tawananna mantenía el título, el poder y los privilegios que conllevaba durante el resto de su vida, incluso si sobrevivía a su marido.

Desde sus orígenes, la posición de la Tawananna puede haber tenido implicaciones religiosas. La Tawananna figuraba preeminentemente en rituales y ceremonias religiosas como la suma sacerdotisa del reino, presidiendo ceremonias religiosas y realizando otras funciones religiosas, a veces junto con el rey, a veces por su propia cuenta⁹³. Su papel religioso puede haber proporcionado la base de la intensa influencia que ejercía por todo el reino —a veces, según parece, con fines subversivos. Pero en cualquier caso, ella poseía una influencia considerable como señora de la casa real, una influencia incrementada sin duda por las frecuentes ausencias del rey en campañas militares, peregrinajes religiosos y giras de inspección. Algunas reinas intervinieron por sí mismas en la política interior del reino y en cuestiones judiciales⁹⁴, así como en política exterior⁹⁵. Sin embargo, el estatuto y la potestad de la Tawananna eran decididamente anómalos en la estructura de poder, machista, del reino hitita, y como veremos nunca fue plenamente conciliable con su estructura.

⁹¹ El término fue considerado durante mucho tiempo de origen hattí como un reflejo de alguna institución que adoptaron los hititas de una cultura hattí preindoeuropea. Este enfoque está basado en gran parte en su aparición en rituales arcaicos de origen hattí así como palaíta e hitita. Véase el tratamiento (con referencias) en Bin-Nun (1975, 32-33); Puhvel (1989, 351-352). Pero un cierto número de especialistas se inclinan actualmente a considerar la Tawananna, y el Labarna/Tabarna como de origen indoeuropeo; véase Puhvel (1989, 360-361); Tischler (1993, 286). El origen hattí lo mantiene todavía Carruba (1992, 74) y lo asume Houwink ten Cate (1995, 262).

⁹² Al menos en aquellos casos en que el título está atestiguado; véase Carruba (1992, 74-75).

⁹³ Cfr. Goetze (1957c, 92-94); Darga (1974, 949-950); Gonnet (1979, 29); Lebrun (1979, 113).

⁹⁴ Véase Lebrun (1979, 113 con nn. 17, 18).

⁹⁵ Véase Lebrun (1979, 113 con n. 19).

El término «Tawananna» aparece por primera vez en el pasaje introductorio de los *Anales* de Hattusili, donde el rey se identifica a sí mismo como «hijo del hermano de la Tawananna». Esta forma de identificación es única en los textos hititas —y plantea algunas interesantes, aunque todavía incontestadas preguntas. ¿Por qué se identifica a sí mismo Hattusili de ese modo, particularmente puesto que no menciona al rey que le precedió? ¿Quién era la mujer en cuestión? ¿Qué papel representó en la sucesión real? ¿Cuál era su relación con los demás miembros de la familia real? No hay justificación demostrable para intentar utilizar esta referencia a ella como prueba de algún tipo de sucesión matrilineal, o un vestigio de alguna sociedad matrilineal más antigua⁹⁶. Ni podemos asumir que la identificación indique que Hattusili era sobrino de su predecesor, y así, su hijo adoptivo⁹⁷. La exclusividad de la identificación puede muy bien reflejar un conjunto de circunstancias único que llevaron a Hattusili a la sucesión⁹⁸. Con muchas probabilidades esas circunstancias debían de estar relacionadas con la rebelión en Sanahuitta contra el abuelo de Hattusili y el rechazo (¿y muerte?) de su hijo Labarna. Hattusili puede haber llegado a ser rey por defecto. Pero esto es pura especulación. La única conclusión que podemos sacar, con razonable certeza, es que la relación con la Tawananna en cuestión —su tía— proporcionaba, desde su punto de vista al menos, una legítima base para su sucesión⁹⁹.

Aparte de la tía de Hattusili, sabemos de otra mujer que llevó el título de Tawananna durante el reinado de éste. El aparente abuso de su posición condujo al rey a emitir uno de los más virulentos decretos de la literatura hitita:

⁹⁶ Esta posibilidad está referida en Gurney (1973b, 667). Obsérvense los comentarios de Haas (1977, 154-155) sobre el intento de Bin-Nun para reconciliar las nomenclaturas «hijo del hermano de la Tawananna» e «hijo de la hermana». Cfr. la explicación de Puhvel de la nomenclatura (1989, 353).

⁹⁷ Así, Astour (1989, 12). Véase, también Dinçol *et al.* (1993, 104-105), en el contexto de su discusión del sello cruciforme; concluye que «tomando juntas todas las pruebas es prudente decir que Labarna I y Tawananna representaban la pareja real de la generación anterior».

⁹⁸ Para una nueva discusión de la relación de la Tawananna con los otros miembros de la familia real, véase Bruce (1981); Puhvel (1989, 353). Puede ser, perfectamente, como sugiere Puhvel, que la sucesión real saltara una generación y que la definición de la filiación de Hattusili indique que esta tía era el lazo de legitimidad a través de la generación intermedia, la cual no habría proporcionado rey, y que, en ausencia de un inmediato padre regio, Hattusili tuvo que definirse a sí mismo a través de su abuelo y de la hija de éste.

⁹⁹ Véase, también, Beckman (1986, 21).

En adelante, que nadie se permita decir el nombre de la Tawananna¹⁰⁰ [...] Que nadie se permita decir los nombres de sus hijos y de sus hijas. Si alguno de los hijos de Hatti le habla se le cortará el cuello y se colgará de su puerta. Si de entre mis súbditos, alguno pronuncia sus nombres no será más mi súbdito. Le cortarán el cuello y lo colgarán de su puerta (KBo III 27 [CTH 5] 5-12)¹⁰¹.

¿Quién era esta Tawananna? ¿Qué había hecho para provocar tan violenta reacción por parte del rey? ¿Era la mujer del rey, Kaddusi? De ella sólo sabemos su nombre¹⁰². Más probablemente, la mujer en cuestión fuera la hija del rey¹⁰³, o una hermana, madre del depuesto «joven Tabarna». Ambas se habían conjurado contra el rey. Ambas tenían poder para sumergir al reino en un nuevo desorden. Pero la hermana era, quizás, la más peligrosa, puesto que tenía hijos e hijas que se habrían conjurado con ella y habrían jurado tomar venganza de sus enemigos.

Significativamente, el decreto estaba dirigido no solamente contra la Tawananna, sino también contra sus hijos e hijas. La hermana del rey podía, perfectamente, haber sido nombrada Tawananna cuando Hattusili declaró al hijo de ésta como sucesor. Muy posiblemente fuesen ella y su familia quienes eran vistos como una amenaza para la seguridad del reino en el futuro. Mejor despojarlos de todas sus prerrogativas, rango y reconocimiento oficial para aislarlos totalmente de cualquier fuente de apoyo, i para hacer hasta de la mención de sus nombres un delito capital!

Otro miembro de la familia real figura en el *Testamento* —Hastayar, que ha sido identificada como la esposa de Hattusili¹⁰⁴, o como su madre o como su concubina favorita¹⁰⁵, o alguna de sus hijas¹⁰⁶. A ella se hizo la llamada final del agonizante rey:

El Gran Rey, el Labarna siguió hablando a Hastayar: «¡No me abandones!» De modo que el rey no pudiera decirle eso de ella, los funcionarios de palacio dicen: «Mira, está interrogando a la Vieja

¹⁰⁰ Creo que esto se refiere a una determinada Tawananna y no a la abolición del título, como asumió Bin-Nun; véase Bryce (1981, 15); de Martino (1991).

¹⁰¹ Véase la discusión de Carruba de este texto (1992, 77-82), junto con su transliteración y traducción del texto completo.

¹⁰² La presunción de que Kaddusi era la mujer de Hattusili está basada en su aparición a continuación de él en las listas de las ofrendas reales; véase Beal (1983, 123).

¹⁰³ La candidata favorita de Puhvel (1989, 384).

¹⁰⁴ Así Sommer y Falkenstein (1938, 188-189).

¹⁰⁵ Melchert (1991, 185).

¹⁰⁶ Beal (1983, 123).

Mujer»¹⁰⁷. El rey les respondió así: «¿Incluso ahora está interrogando a los adivinos?... ¡No me abandones, no! ¡Pregúntame a mí! Yo te daré mis palabras como señal. ¡Lávame bien! Protégeme en tu seno de la tierra» (*Testamento* § 23, III 64-73, adaptado de la traducción de Melchert [1991, 183])¹⁰⁸.

En esas palabras finales del *Testamento* podemos encontrar «un vívido relato testimonial del rey hitita luchando con su temor a la muerte»¹⁰⁹.

ALGUNAS PREGUNTAS CRUCIALES

Hattusili había unido bajo su gobierno un reino que abarcaba gran parte de la mitad oriental de Anatolia. Y había tenido grandes triunfos militares en Siria. Sin embargo, el premio militar último, la conquista de Alepo, se le había escapado. Sin Alepo, sus victorias en Siria no eran más que éxitos efímeros. Además, esas victorias habían sido conseguidas con grandes costes para su propio reino. La organización política del reino todavía no era estable. Sin duda, la familia de Hattusili se había establecido firmemente como dinastía gobernante en Hattusa. Pero el propio rey no tenía medios efectivos para garantizar una lealtad y una obediencia total de sus súbditos, incluyendo a los miembros de su propia familia. Seguramente, sus regulares ausencias por las campañas militares exacerbaban los problemas políticos con los que se enfrentaba en casa, problemas que conducían a luchas intestinas, rebeliones y grandes pérdidas de vidas y propiedades. Sus propios hijos habían participado en las rebeliones contra él, habían caído en desgracia y habían sido desterrados. Así, también su sobrino, a quien había mostrado una especial inclinación, a quien había proclamado heredero, había resultado indigno de la realeza. Ahora, con el repudio de su sobrino, cercano el fin de su reinado, el reino se enfrentaba a una crisis de grandes proporciones.

Actualmente, todas las esperanzas del rey descansaban en su adolescente nieto Mursili, su recientemente proclamado heredero del trono. ¿Querían sus nobles y guerreros responder a sus deseos y aceptar

¹⁰⁷ Sobre esto, véase Bin-Nun (1975, 120-125).

¹⁰⁸ Para una interpretación y explicación de este pasaje, véase Melchert (1991).

¹⁰⁹ Melchert (1991, 185).

cuidar y dar su lealtad al nuevo rey-niño? ¿Quería Mursili atenerse a las recomendaciones de su abuelo, manteniendo la unidad y la paz en el reino y completar los inacabados asuntos del viejo rey en Siria? El período inmediato a la muerte de Hattusili sería crítico para la supervivencia del reino.

CAPÍTULO 5

Las luchas por la sucesión real: de Mursili I a Muwatalli I (c. 1620-1400)

MURSILI LLEGA A REY

«Mirad: Mursili es ahora mi hijo. Debéis reconocerle y colocarle en el trono.» Así hablaba Hattusili a la reunión de guerreros y dignatarios convocados poco antes de su muerte. Sus llamamientos y avisos, según parece, fueron atendidos. A su muerte, y según sus deseos, su nieto e hijo adoptivo, Mursili, le sucedió en el trono.

Inicialmente, la autoridad real pudo ser ejercida por un regente, un príncipe de sangre real llamado Pimpira. Pero no estamos seguros de ello. Los textos que atestiguan la existencia de Pimpira¹ son demasiado fragmentarios para indicar con precisión quién fue o qué papel representó en la historia del Reino Antiguo². En cualquier caso, cualquiera que fuese el inmediato arreglo tras la muerte de Hattusili, la sucesión parece haber pasado pacíficamente al nuevo rey —en marcado contraste con lo que ocurrió en los reinados de sus sucesores.

Del escaso número de textos supervivientes que se refieren a Mursili³, el *Rescripto de Telepinu* es el que más nos habla de su reinado. Ha-

¹ Véanse las referencias citadas por Laroche (1996, 144, núm. 1000), Archi (1979, 39). Para la aparición del nombre en la lista de ofrendas (después de Mursili), véase Otten (1968, 104 y 122).

² Cfr. Gurney (1973a, 249).

³ CTH 10-13. Tres de esos textos pueden fecharse en el reinado del sucesor de Mursili, Hantili; véase Kempinski y Kořák (1982, 98).

bla de armonía y de unidad en el País de Hatti, al menos durante la primera parte del reinado, y del restablecimiento de un firme control sobre las regiones allende el país, donde los antecesores de Mursili habían sido señores. El frasco es casi idéntico al ya utilizado dos veces al describir los reinados de Labarna y de Hattusili. Quizás intencionadamente. Mursili pudo, muy bien, verse obligado a afirmar su autoridad por la fuerza de las armas en territorios que ya habían caído ante sus predecesores. Las revueltas políticas en el país, hacia el final del reinado de su abuelo, muy probablemente habrían puesto en continuo y grave riesgo el dominio hitita en esos territorios. Como muchos de sus sucesores, el nuevo rey tenía que demostrarse a sí mismo capaz para la tarea de mantener y consolidar los logros de aquellos que habían ocupado el trono antes que él. De nuevo, el *Rescripto* refuerza el estrecho lazo entre la estabilidad interna y el éxito militar exterior.

De particular importancia fue la necesidad de restablecer el control hitita en el sudeste de Anatolia, en la región del posterior reino de Kizzuwadna. Éste fue un preliminar crucial para las posteriores campañas en Siria, puesto que a través de la región pasaban las principales rutas de acceso desde Anatolia a los territorios que pertenecían al reino de lamhad. Cumplida la tarea, Mursili estuvo preparado para seguir los pasos de su abuelo a través de Siria, hasta el Éufrates.

HASTA ALEPO Y MÁS ALLÁ

El registro de las campañas de Mursili en Siria es, frecuentemente, breve —tres líneas en el *Rescripto*, y un par de referencias de pasada en otros lugares. Pero los éxitos conseguidos establecieron firmemente un lugar para él entre los grandes caudillos militares del reino hitita.

Su primer objetivo principal fue la conquista de Alepo, la capital del reino de lamhad. Aunque este antaño poderoso reino estaba, probablemente, muy debilitado por sus choques con las fuerzas de Hattusili, todavía permanecía indómito al final de su reinado. Con Mursili, el ajuste final de cuentas, estaba al llegar: «Él (Mursili) se propuso ir contra Alepo para vengar la sangre de su padre. Hattusili había asignado Alepo a su hijo (para ocuparse de ella). Y a él, el rey de Alepo le dio cumplida explicación» (KBo III 57 [CTH 11] 10-15)⁴.

⁴ El texto en transliteración se encuentra en Forrer (1922-1926, núm. 20); Klengel (1965b, 149).

La venganza y la obligación de culminar los inacabados asuntos de su abuelo pudieron ser, perfectamente, los principales estímulos para una nueva campaña contra Alepo. Pero hubo otras consideraciones más amplias. Mursili no podía esperar producir ningún significativo o duradero impacto en la región siria, en tanto que Alepo permaneciera inconquistada. Ni podía sortear Alepo con seguridad y continuar hasta el Éufrates, donde estaba Babilonia. Los riesgos implicados al hacer campaña en la región del Éufrates, en tanto que dejaba tan peligroso enemigo a sus espaldas, eran demasiado grandes para ser aceptados.

Cuando llegó la prueba final de fuerza, Alepo cayó ante el ataque hitita. La conquista está concisamente relatada en el *Rescripto*: «Él venció a Alepo, y destruyó Alepo y llevó cautivos y posesiones de Alepo a Hattusa» (*Rescripto de Telepinu* § 9, I 28-29).

Con la destrucción de su capital, el reino de Iamhad llegó a su fin. En lo sucesivo, su nombre desaparece de nuestros registros. A Mursili le quedaba abierto el camino hacia el Éufrates —y Babilonia. Nuevamente el comentario es escueto. Pero el éxito que se recoge es trascendental: «Posteriormente marchó a Babilonia y destruyó Babilonia, y derrotó a las tropas hurritas y llevó cautivos y pertenencias de Babilonia a Hattusa» (*Rescripto de Telepinu* §§ 9-10, I 29-31).

El viaje de Alepo a Babilonia suponía una marcha de unos ochocientos kilómetros, primero al este hacia el Éufrates, y luego al sur, a lo largo del río, hasta Babilonia —una empresa, al menos comparable, si no superior, a los mayores éxitos de Hattusili.

En efecto, la conquista de Babilonia marcó la cúspide de los logros militares hititas en la historia del Reino Antiguo. También marcó el final de una ilustre era en la de Babilonia —puesto que con ella se asoció el florecimiento de la dinastía de Hammurabi. Una crónica babilónica hace referencia a la ofensiva hitita: «En el tiempo de Samsuditana, el Hombre de Hatti marchó contra Akkad» (*Crónica babilónica* 20, línea 11, ed. Grayson [1975, 156])⁵. Samsuditana fue el último miembro de su dinastía, y la conquista hitita debió de tener lugar alrededor del tiempo de su muerte, fechada habitualmente c. 1595⁶.

Las conquistas de Alepo y de Babilonia quedaron firmemente ancladas en la tradición militar hitita; la referencia más antigua a ellas

⁵ Sobre este texto, véase Grayson (1975, 47-49).

⁶ Dependiendo de la cronología que se adopte la fecha puede elevarse o bajar hasta sesenta años. Gurney (1974) discute cinco fechas posibles para la razia sobre Babilonia, prefiriendo la de 1595.

data del reinado del sucesor de Mursili, Hantili⁷. En una oración del posterior homónimo del conquistador, Mursili II, su destrucción es mencionada específicamente entre los mayores triunfos militares del período hitita inicial:

Ya antaño, el País de Hatti, con la ayuda de la diosa Sol de Arinna usó su furia contra los países circundantes, como un león. Y es más, la usó para destruir cualquier (ciudad como) Alepo y Babilonia, las posesiones de toda la comarca, la plata, el oro y los dioses —los usaron para colocarlos ante la diosa Sol de Arinna (KUB XXIV 3 (+) /CTH 376 A) II 44-48; trad. Gurney [1943, 31]).

Sin embargo, fuera de los éxitos militares reales y del botín que se obtuvo de ellos, es difícil encontrar algún beneficio a largo plazo de las conquistas de Mursili. La expedición a Babilonia, en particular, plantea algunas cuestiones fundamentales sobre su finalidad y sobre las expectativas de Mursili con ello. No podía esperar convertir toda la región entre Alepo y Babilonia en territorio sometido a los hititas. La amplitud de la región, su lejanía de la patria hitita, y la tan limitada capacidad de los hititas para ejercer un control permanente sobre los territorios conquistados habrían hecho tal propósito impensable. En cualquier caso, el resultado de su conquista fue el establecimiento de una dinastía casita en Babilonia.

Es admisible que la expedición surgiera de una alianza entre hititas y casitas, siendo el incentivo para los hititas el rico botín de Babilonia y para los casitas la perspectiva de crear una nueva dinastía reinante en la ciudad⁸. Una alianza hitita-casita podría haber ayudado, también, a contrarrestar la amenaza de una expansión política y militar hurrita, tanto en Siria como en Anatolia. En realidad, el pasaje del *Rescripto* que recoge la destrucción de Alepo y Babilonia se refiere también a un conflicto entre hititas y hurritas⁹. Así, la expedición a Babilonia pudo ser emprendida por Mursili no sólo por el botín, sino también para obte-

⁷ Kempiski y Kořak (1982, 110) comentan que el informe de Telepinu de la expedición de Mursili contra esas ciudades es una «llamativa paráfrasis» de la crónica de Hantili, KBo III 57 (CTH 11 A) II 10 17-18. Para otros fragmentos relativos a la expedición contra Alepo y Babilonia, véase CTH 10-12.

⁸ Cfr. Gurney (1973a, 250).

⁹ Gurney (1973a, 251) relaciona este conflicto con la derrota de Alepo. Sin embargo, Güterbock (1954b, 385) comenta que la inserción del conflicto entre la destrucción de Babilonia y la referencia a su botín parece indicar que los hurritas atacaron al rey hitita durante su vuelta a casa, de modo que tuvo que defender su botín.

ner el apoyo futuro de los casitas, por si fuera necesario recurrir a ellos contra la amenaza hurrita en la región¹⁰.

Puede que hubiera otro interés, más personal, en la empresa. Hattusili había adquirido renombre como un gran guerrero cuyos éxitos rivalizaban con los del legendario rey acadio Sargón. Para mantener esta tradición, Mursili tenía que realizar, también, grandes hazañas militares, al menos iguales a las de su ilustre abuelo. Alepo y Babilonia habían sido centros de los más poderosos reinos en el norte de Siria y de Mesopotamia desde el período de Mari (siglos XIX y XVIII). Al conquistarlas, Mursili demostraba que él no era solamente un guerrero a la manera de su abuelo, sino también un digno sucesor de los grandes reyes de Siria y de Mesopotamia¹¹. Su éxito militar pudo tener tanto que ver con su personal reputación y prestigio como con cualquier objetivo político o estratégico duradero.

LA MANO DEL ASESINO

Mursili volvió a Hattusa triunfante. Había restablecido el control sobre los territorios anatólicos del reino, había destruido los grandes reinos de Iamhad y de Babilonia, y había traído a su capital ricos botines de sus conquistas. Sin embargo, no mucho después de su vuelta, unos pocos años como máximo, cayó víctima de una conjura asesina.

El asesino era su cuñado Hantili, marido de su hermana Harapsili¹². Hantili tuvo la ayuda y complicidad de su yerno Zidanta¹³: «Y Zidanta conspiró con Hantili y urdieron una malvada conjura. Asesinaron a Mursili. Derramaron su sangre» (*Rescripto de Telepinu* § 1, I 32-34). ¿Nos proporciona esto otra ilustración de los peligros a que se exponía un rey que se ausentaba demasiado tiempo de la sede del poder? Quizás sea así si Mursili fue asesinado poco después de su vuelta¹⁴. Lo que su asesinato ilustra es el fracaso final de los intentos de Hattusili por garantizar la seguridad de su sucesor mediante las provisiones tomadas

¹⁰ Cfr. Landsberger (1954, 65).

¹¹ Cfr. Otten (1964, 122), E. y H. Klengel (1975, 67).

¹² Sobre la enmienda del texto de «mujer» a «hermana», véase Gurney (1973b, 659, n. 3); Hoffmann (1984a, 19, n. 2).

¹³ La relación de Zidanta con Hantili está indicada en la copia B del *Rescripto* donde se afirma que era el marido de la hija de Hantili; véase Riemschneider (1971, 88-89).

¹⁴ Así lo asume Gurney (1973a, 251) y Astour (1959, 14), aunque como señala Goetze (1957a, 55), no hay pruebas de que fuera asesinado casi inmediatamente después de su vuelta.

en su *Testamento*. La sucesión estaba determinada, en último término, por cualquiera que tuviera la ambición, la capacidad y el apoyo suficiente para tomar el trono por la fuerza. Que es como Hantili llegó a ser rey¹⁵.

EL REINADO DE HANTILI

Las escasas y dispersas referencias que tenemos del reinado de Hantili indican que fue relativamente largo y accidentado. Parece que durante algún tiempo el nuevo rey trató de mantener la influencia hitita en Siria. En la tradición de Hattusili y de Mursili dirigió operaciones militares por la región, alcanzando Carkemish, sobre el Éufrates¹⁶. Muy probablemente, su campaña estuviera dirigida contra los hurritas. El resultado de esta campaña se desconoce.

En su viaje de vuelta a Hattusa, fue a la ciudad de Tegarama, que probablemente haya de identificarse con la moderna Gürün¹⁷. Se nos cuenta: «Los dioses buscaron (venganza por) el derramamiento de sangre de Mursili» (*Rescripto de Telepinu* § 13,142). ¿Qué significan esas palabras? Aparentemente, no se refieren a ninguna desgracia que le ocurriera al propio rey, ya que parece que continuó su viaje hacia Hattusa sin ninguna mala consecuencia de ningún tipo. Lo que indican, quizás, es el punto en el reinado de Hantili en el que comenzó a presentarse un marcado declive de su fortuna. De aquí en adelante su reinado estuvo plagado de una serie de desastres. Telepinu los atribuye a la venganza divina, al castigo por el criminal acto que había puesto a Hantili en el trono. *Némesis* es un tema que emerge repetidamente en el *Rescripto* en su relato sobre los reyes que habían ocupado el trono por la fuerza. Era una venganza que abarcaba todo, infligida no solamente al perpetrador del crimen, sino a todo el país.

En el caso de Hantili, los hurritas fueron el primer instrumento de la cólera divina. Aparentemente, andaban por todas partes y saqueaban el país de Hatti a su antojo. Pero fueron obligados a retroceder y

¹⁵ No hay una afirmación explícita en el *Rescripto* de que Hantili, realmente, llegase a ser rey. Pero su mujer es citada como reina (MUNUS.LUGAL) en la versión acadia del texto, y la frase que se refiere a su cercana muerte —«Cuando Hantili hubo llegado a viejo y estaba próximo a convertirse en un dios»— apela a la expresión estereotipada que en los demás lugares está reservada exclusivamente a la muerte del rey.

¹⁶ *Rescripto de Telepinu* § 12, 137.

¹⁷ Véanse las referencias citadas en Del Monte y Tischler (1978, 344).

cruzar la frontera antes de que capturaran a la propia Hattusa. En una ocasión posterior, Hantili no sería tan afortunado.

Llegamos, entonces, a un curioso episodio de una parte del texto muy mutilada, que se refiere a la reina de Hantili, Harapsili y a sus dos hijos que habían sido llevados a la ciudad de Sugziya (quizás al este de Hatti, en la región del Éufrates)¹⁸. Según una interpretación de los fragmentos subsistentes del texto, fueron enviados a Sugziya por el propio Hantili y dejados allí mientras que él, presumiblemente, continuaba sus campañas contra los hurritas en la región¹⁹. Si esta interpretación es correcta, entonces debe de haber creído que estaban más seguros allí, durante su ausencia, que en Hattusa. Pero una lectura diferente de los fragmentos sugiere que habían sido confinados en esa remota ubicación por los hurritas, quienes los habrían capturado en su retirada del país²⁰. En cualquier caso, Harapsili cayó enferma en Sugziya y murió allí. Puede tratarse de una muerte violenta, ya que, según parece, sus hijos compartieron su destino. Los que tuvieron responsabilidad en ello fueron posteriormente arrestados y entregados a la justicia²¹.

A diferencia de su mujer y sus hijos, Hantili sobrevivió a los desastres de su reinado y vivió, parece, hasta alcanzar una edad avanzada. Decididamente, trató de que la sucesión real se mantuviera en la línea de su propia familia, y debió sentir cierta seguridad de que así sería —puesto que tenía un hijo que aún vivía, Pisseni²², que ya tenía descendencia propia. Pero sus planes sucesorios fueron defraudados y vivió lo suficiente para ver a su hijo y a sus nietos asesinados por el hombre que le había ayudado a alcanzar el trono de Mursili muchos años antes —su yerno Zidanta²³.

¹⁸ *Rescripto de Telepinu* §§ 16-17 (versión acadia § 15). Para la posible ubicación de Sugziya, véase, además de las referencias citadas por Del Monte y Tischler (1978, 363), Kempiski y Kořak (1982, 101); éstos (siguiendo a Bossert) la sitúan al norte de Ursu, que, a su vez, está al norte del Carkemish.

¹⁹ Según la reconstrucción y reordenación de los textos pertinentes propuesta por Helck (1984, 106-107).

²⁰ Así, Goetze (1957a, 56), siguiendo una reconstrucción de los textos en cuestión propuesta por Forrer, y más recientemente por Soysal (1990).

²¹ Según la interpretación de Soysal (1990) de los fragmentos del texto, la principal culpable fue la reina de Sugziya, que habría rehusado liberar a Harapsili y a sus hijos de la cautividad (en la asunción de que el texto se refiere a dos reinas —una local, y a Harapsili); por orden de un funcionario hitita de alto rango, ella fue, finalmente, arrestada y ejecutada, junto con sus hijos, en represalia por la muerte de Harapsili y sus hijos.

²² Goetze (1957a, 56, n. 40) proponía la lectura de *Kasseni* en lugar de *Pisseni*. Pero véase Carruba (1993b).

²³ *Rescripto de Telepinu* § 18.

«AHORA EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE
SE HA HECHO COSTUMBRE»

Como cómplice de la muerte de Mursili, Zidanta pudo haber alimentado durante largo tiempo la esperanza de que algún día sería rey. Pero Hantili había planeado otra cosa, y fue solamente tras la eliminación del heredero legítimo y de sus hijos, cuando Zidanta pudo lograr su ambición. No tenemos documentación superviviente que pueda atribuirse, con seguridad, al reinado de Zidanta²⁴. Puede haber sido muy corto. Otra vez más, los dioses exigieron sangre por su crimen, esta vez utilizando al hijo del rey, Ammuna, como agente de su ira. Ammuna mató a su padre y alcanzó el trono²⁵.

Con Ammuna, el declive de la fortuna de Hatti continuó. Una sequía, que causó una severa merma en las cosechas y ganados del país, pudo contribuir a ello²⁶. Desde el punto de vista de Telepinu esto también fue otro acto de venganza divina. Las debilidades del reino fueron explotadas por un puñado de países que ahora se hicieron abiertamente hostiles —Galmiya, Adaniya, Arzawiya, Sallapa, Parduwata, Ahula. Algunos de ellos son desconocidos fuera de este contexto, pero todos ellos, probablemente, estaban situados al sur o al sudoeste del reino hitita. Adaniya se localizó en la región que vino a ser el independiente reino de Kizzuwadna. Su pérdida privó a los hititas, posiblemente, de su acceso a Siria a través de los pasos de la cordillera del Tauro²⁷. Arzawiya puede identificarse con el país de Arzawa, situado al sudoeste, y que ya había entrado en conflicto con los hititas durante el reinado de Hattusili. Sallapa probablemente caía al sur del curso inferior del río Marrassantiya, bien en las proximidades de Kayseri, o más al oeste, hacia el Lago Salado. Parduwata debe de haber estado situado en la misma región²⁸.

El *Rescripto de Telepinu* indica numerosas campañas emprendidas por Ammuna en su intento de restablecer la autoridad hitita en las re-

²⁴ Todos los documentos asociados con un rey Zidanta serían, casi con toda certeza, atribuibles al segundo de este nombre, uno de los sucesores de Telepinu. Más sobre esto en Hoffner (1980, 309).

²⁵ *Rescripto de Telepinu* §19.

²⁶ *Rescripto de Telepinu* §20.

²⁷ Cfr. Freu (1992, 47).

²⁸ Véase Bryce (1983, 147).

giones hostiles. Podemos encontrar nuevas referencias a esas campañas en un texto muy fragmentario al que algunas veces se cita como «Crónicas de Ammuna»²⁹, que menciona un cierto número de ciudades, entre ellas Tipiya, al norte (en el corazón del territorio más tarde controlado por los kaskas), Hapisna, Parduwata y Hahha. Esta última, que probablemente deba situarse en la ribera oriental del Éufrates, había figurado ya en las campañas de Hattusili.

Ammuna parece haberse dedicado con ahínco a la tarea de mantener unido su reino, a juzgar por el extenso territorio abarcado por sus campañas, desde Arzawa en el sudoeste, hasta el Éufrates en el este. En realidad, puede haber gozado de algunos éxitos en su camino, al contrario de la impresión dada por Telepinu, que presentaba su reino como una serie de desastres sin paliativos³⁰. Pero finalmente fracasó en su intento de reafirmar su autoridad sobre sus rebeldes estados súbditos³¹.

La muerte de Ammuna, al parecer por causas naturales, dio lugar a una nueva disputa por la sucesión —y más derramamiento de sangre:

Cuando Ammuna también se convirtió en dios, Zuru, el Jefe de la Guardia, envió secretamente por aquellos días a un miembro de su familia, su hijo Tahurwaili, el hombre de la Lanza de Oro. Y mató a la familia de Titti, junto con sus hijos. También envió a Taruhsu, el correo, y mató a Hantili junto con sus hijos. Entonces Huzziya se convirtió en rey (*Rescripto de Telepinu* §§ 21-22, II 4-9).

Titti y Hantili seguramente serían hijos de Ammuna, y sus asesinos los agentes de Huzziya, el hombre que entonces alcanzó el trono. El nuevo rey estaba emparentado por matrimonio con la familia de Ammuna³². Su hermana mayor, Istapiya era la mujer de otro de los hijos

²⁹ Se conservan fragmentos de tres copias (*CTH* 18). Klinger (1995, 90) tiene dudas acerca de la atribución a Ammuna.

³⁰ Cfr. Hoffner (1980, 305-306).

³¹ *Rescripto de Telepinu* § 21, II 1-4. En el final de su reinado la parte del reino exterior a la patria matriz estaba cercana a su desintegración. La pérdida de los territorios sometidos en el sur, la total ruptura de los lazos con Siria (especialmente con la pérdida de Adaniya y Hahha) y las incursiones de los hurritas desde el sudeste y, quizás ya, de los kaska desde el norte debieron, no solamente privar a los hititas de la mayoría, si no de todos, los territorios sometidos, exteriores al país, sino colocar a este mismo en un serio peligro.

³² Contra ello, la suposición, largo tiempo admitida, de que Huzziya era también un hijo de Ammuna, el hermano más joven de Titti y Hantili (que debían ser eliminados para que Huzziya sucediese en el trono); véase Goetze (1957a, 56); Easton (1981, 26); Astour (1989, 24).

de Ammuna, Telepinu³³. Pero la relación de afinidad con la familia de Ammuna no sería suficiente para mantenerlo en el trono en tanto que alguno de los hijos de Ammuna permaneciese vivo. Mientras viviera Telepinu la situación de Huzziya no sería segura. Cuñado o no, Telepinu debía ser eliminado.

Afortunadamente para Telepinu, la conspiración contra su vida fue descubierta a tiempo para que él tomase una iniciativa eficaz. Posiblemente el usurpador no permaneció en el trono mucho tiempo antes de que su presunta víctima organizase un contragolpe que le llevó a él mismo al trono y a Huzziya y a sus cinco hermanos, al destierro. Ése fue suficiente castigo. Telepinu dio instrucciones de que no se produjeran más daños. Ya había habido suficiente derramamiento de sangre. Quería poner fin a toda represalia sangrienta que había llegado a ser endémica entre sus predecesores.

Ésta, al menos, era su intención.

INTENTOS DE TELEPINU POR RECUPERAR LOS TERRITORIOS PERDIDOS

En tanto que el nuevo rey adoptaba una política de clemencia respecto a sus oponentes internos, se requería de una actuación ejemplar contra los enemigos del exterior. Los territorios perdidos por sus predecesores tenían que ser recuperados. Inmediatamente después de su subida al trono se aplicó él mismo a realizar la tarea.

Primero el sudeste, donde emprendió una expedición contra Has-suwa, Zizzilippa y Lawazantiya³⁴. Esas ciudades estaban, probablemente, en la región del Éufrates, al norte de Carkemish³⁵ y próximas a la

³³ Al referirse a su acceso al trono en el *Rescripto*, Telepinu afirma que él se sentó en el trono de su padre (§ 24, II 16). Puesto que sabemos que era cuñado de su inmediato antecesor, Huzziya, entonces tiene que referirse al rey anterior, Ammuna. A pesar de la sugerencia de Goetze (1957c, 56) de que Ammuna era, en realidad, su cuñado, yo creo, con Gurney (1973b, 663), que la afirmación de Telepinu era literalmente real —que era, efectivamente, uno de los hijos de Ammuna (pero adviértanse los comentarios de Hoffner [1975, 53]), según parece el único que escapó a la conspiración que llevó a Huzziya al trono.

³⁴ *Rescripto de Telepinu* §§ 24-25.

³⁵ Véase Bryce (1983, 80), con las referencias citadas allí. Sobre Zizzilippa, véase Goetze (1940, 72). Lawazantiya se había declarado en rebeldía con un hombre llamado Lahha, como lo indica un nuevo texto fragmentario referente al reinado de Telepinu, KBo XII 8/9 (CTH 20), ed. Carruba (1974, 77-78); Hoffmann (1984a, 63-67).

frontera norte del recientemente creado reino de Kizzuwadna (véase más abajo). En ésta y en las siguientes campañas, Telepinu tuvo algunos éxitos señalados, y algunos de los territorios perdidos fueron recuperados. Sabemos indirectamente de algunos de ellos por una lista de depósitos de almacenamiento de los hititas en diversas ciudades y regiones que habían vuelto al dominio hitita, entre ellas Samuha, Marista, Hurma, Sugziya, Purushanda y el río Hulaya³⁶.

Hacia el final del reinado de Telepinu la cuenca del Marrassantiya estaba otra vez, firmemente, bajo control hitita; una vez más los hititas gobernaban la región que se extendía al sur del Marrassantiya a través de las Tierras Bajas y, quizás, hasta el Mediterráneo; y en el sudeste, la autoridad hitita alcanzaba de nuevo el Éufrates.

Hubo, sin embargo, un antiguo territorio súbdito, en el sudeste de Anatolia, que permaneció independiente del dominio hitita.

EL REINO DE KIZZUWADNA

El nombre de Kizzuwadna aparece ahora por primera vez en nuestros registros. Pero, al menos, parte del territorio que fue llamado con este nombre era seguramente una entidad política propia ya con anterioridad y cuyo nombre era Adaniya³⁷. Adaniya pudo estar ya incorporado al reino hitita durante el reinado de Hattusili e incluso antes³⁸. De ser así, habría roto, obviamente, sus ligaduras con los hititas en el reinado de Ammuna, cuando era enumerado como uno de los países hostiles contra los que este rey hizo campaña sin éxito. Probablemente fue entonces cuando se estableció el reino de Kizzuwadna³⁹.

El caudillo de la rebelión contra los hititas en la comarca pudo ser un hombre llamado Pariyawatri. Por una impresión de sello encontrada en Tarso, sabemos que fue el padre de Ispuhtasu, contemporáneo de Telepinu y primer rey verdaderamente constatado de Kizzuwadna. El sello lleva la inscripción «Ispuhtasu, Gran Rey, hijo de Pariyawa-

³⁶ *Rescripto de Telepinu* §§ 35-44.

³⁷ Véase Beal (1986, 424 con n. 2).

³⁸ Esto está indicado, particularmente, por un documento de concesión de tierras, L.5 28, descubierto en Tarso, en la llanura de Adana; véase Riemschneider (1958, 344, 375) (para el texto); Gurney (1973b, 661); Easton (1981, 16, 24); Beal (1986, 424-425).

³⁹ Cfr. Gurney (1973b, 661); Beal (1986, 426), aunque Wilhelm (1989, 23) sugiere que pudo haber alcanzado su independencia por primera vez durante el reinado de Hantili.

tri»⁴⁰. Isputahsu pudo haber heredado el trono de su padre, aunque todavía no tenemos pruebas de que el propio Pariyawati hubiera sido rey.

Telepinu aceptó el estatuto de independencia del reino recientemente establecido y entró en negociaciones con Isputahsu. Al hacerlo tomó una nueva iniciativa fundamental —una iniciativa que estableció una de las bases más firmes de la futura política hitita. Redactó un tratado de alianza con Isputahsu⁴¹.

Este primer tratado hitita conocido es demasiado fragmentario para que nos defina cuáles eran, precisamente, sus intenciones. Pero uno de sus principales objetivos puede haber sido formalizar un acuerdo sobre los límites territoriales en la región fronteriza entre Kizzuwadna y los territorios dominados por los hititas. Los límites de Kizzuwadna parecen haber fluctuado a lo largo de la historia del país, dependiendo del mayor o menor éxito de sus reyes en relación con la defensa de sus reivindicaciones sobre los territorios de la región fronteriza. La expedición de Telepinu contra Hassuwa, Lawazantiya y Zizzilippa tuvo que ser llevada, seguramente, por el interior de ese reino. Además, las dos últimas de esas ciudades están atestiguadas más tarde como pertenecientes a Kizzuwadna. El tratado pudo representar un intento de Telepinu de asegurar su flanco mientras que su campaña estaba en marcha⁴². Alternativamente, uno de sus fines sería confirmar la posesión hitita de esas ciudades como secuela de las conquistas del rey. Sin duda, a Isputahsu se le exigió que reconociese la reivindicación hitita sobre ellas, probablemente a cambio de la seguridad de que Telepinu reconocería el estatuto independiente recientemente adquirido por Kizzuwadna dentro de los límites territoriales entonces definidos.

Pero, ¿por qué después del éxito de su campaña en la región fronteriza, Telepinu cesó tan pronto en su intento de conquistar todo Kizzuwadna? ¿Estaba forzado a pactar con su rey porque no tenía posibilidad de reafirmar su control sobre ese reino?⁴³. ¿O había otras razones?

La amenaza de una acción militar hitita más amplia contra la región conllevaba el peligro de forzar a Kizzuwadna a aliarse con los hurritas. De hecho, se ha sugerido que Kizzuwadna se creó bajo la influen-

⁴⁰ La *bullā* que lleva la impronta del sello fue descrita por primera vez por Goldman (1935, 35-36). Véase también Goetze (1936; 1940, 73). Sobre la posibilidad de que el sello lleve la designación «Rey de Tarhuntassa», véase Houwink ten Cate (1992a, 250).

⁴¹ *CTH* 21. Versión fragmentaria, tanto en hitita como en acadio.

⁴² Sugerido por Gurney (1973a, 665).

⁴³ Así, Gurney (1979a, 155).

cia hurrita. Las razones para esta sugerencia son débiles⁴⁴. Pero, en cualquier caso, la agresión hitita contra Kizzuwadna podía ser, muy bien, como un preludio a nuevas campañas hititas en Siria, en regiones en las que el reino de Mitanni estaba adquiriendo un renovado interés (véase más adelante). La última cosa que Telepinu podía haber buscado en esa etapa era provocar un nuevo conflicto con los hurritas.

Incluso sin la intervención hurrita, la conquista y posterior control de Kizzuwadna hubiera forzado peligrosamente los recursos del reino —en un momento en que había que dar prioridad a garantizar la seguridad del país hitita, junto con los territorios ya reconquistados, contra nuevas amenazas de fuerzas exteriores. En el sudeste, una alianza diplomática con Kizzuwadna podría conseguir ese objetivo con más efectividad que la fuerza militar, y a mucho menor coste.

Hubo otra consideración. Una política expansionista, agresiva, o la renovación de un conflicto con una potencia extranjera de las mayores, podría haber significado, seguramente, un compromiso de prolongadas campañas militares lejos de la patria —en un momento en que aún quedaba mucho por hacer para restaurar y mantener la estabilidad dentro de ella. Los reinados de los predecesores de Telepinu, especialmente los de Hattusili y Mursili, habían demostrado palmariamente los graves riesgos que afrontaba un rey permaneciendo largo tiempo lejos de la sede del poder.

En este punto, la política de Telepinu parece clara. Por un lado, hizo lo que tenía que hacer para que los territorios que había recuperado fueran tan seguros como le era posible garantizar contra un ataque enemigo. Por otro lado, se aplicó él mismo a la tarea de asegurar que la patria nunca caería presa de las revueltas políticas internas que en el pasado la habían llevado, creía él, junto con el resto del reino al borde de una total destrucción.

CONTINÚA EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE

La labor no era fácil. El derramamiento de sangre, que había sido un señalado rasgo de los reinados de sus predecesores, parece haber continuado, al menos durante la primera parte de su propio reinado.

⁴⁴ Dependen, fundamentalmente, de la pretensión que expresó una vez Landsberger de que el nombre del padre de Ispatahsu era indoeuropeo, lo que implicaría una relación con los clanes gobernantes asociados a la expansión del poder hurrita. Esta pretensión es discutida por Gurney (1973a, 664-665 con 665 n. 1).

A pesar de sus instrucciones, el depuesto rey Huzziya y sus cinco hermanos fueron asesinados secretamente⁴⁵. El asesino, un hombre llamado Tanuwa, fue posteriormente conducido ante la justicia, junto con Tahirwaili y Taruhsu, los asesinos que habían ayudado a Huzziya a allanar el camino al trono. Los tres resultaron convictos y condenados a muerte por el *panku*. Pero Telepinu conmutó la sentencia por la de destierro. Este acto de clemencia puede haber sido un sincero intento por su parte de demostrar una clara ruptura con el pasado —reemplazando la ley de la venganza de sangre por otra más adecuada con un proceso de justicia que fuera clemente y disuasorio y pensado para constituir un ejemplo para sí mismo y para las generaciones venideras.

Pero si esto fue una política deliberada por su parte, entonces, a corto plazo, tuvo escaso efecto aparente —y quizás en algún caso consecuencias desafortunadas. Tahirwaili, uno de los asesinos cuya vida fue perdonada por el rey, quizás fuera el hombre que resurgió en la escena política tras la muerte de Telepinu y quitó el trono a su legítimo heredero (véase más adelante).

Por otra parte, los esfuerzos de Telepinu para perdonar la vida de otros fracasaron a la hora de salvar la de los miembros de su propia familia. Por el *Rescripto* sabemos de la muerte de su mujer Istapariya, y después de la de su hijo Ammuna⁴⁶. El contexto en que se informa de sus muertes deja pocas dudas acerca de que ellos también fueron víctimas de sendos asesinatos. Los asesinos nos son desconocidos. Pero sus muertes pueden haber sido el catalizador de las medidas que tomó entonces Telepinu para regular el sistema de sucesión al trono y para proteger, en adelante, a los miembros de la familia real. La aspiración más firme es que esto terminara de una vez para siempre con las rencillas de familia, las disputas dinásticas y el derramamiento de sangre que había caracterizado al reinado de todo rey hitita desde los tiempos del abuelo de Hattusili.

NORMAS PARA LA SUCESIÓN

El *Rescripto* fue dirigido originalmente a una *tuliya*, al parecer un término genérico para designar a una asamblea hitita. En este caso, la asamblea consistía en los miembros del *panku*, especialmente convoca-

⁴⁵ *Rescripto de Telepinu* § 26, ll. 26. El texto es fragmentario en este punto, pero el significado del pasaje roto parece estar claro.

⁴⁶ *Rescripto de Telepinu* § 27.

dos por Telepinu para que escuchasen el ordenamiento que el rey había hecho respecto a la sucesión y para que asumieran responsabilidades en cuanto a la protección y el control de la familia real. Está claro que, al realizar el ordenamiento, el rey estaba actuando unilateralmente. Él había convocado a la asamblea simplemente para que escuchara sus decisiones, de forma muy similar a como Hattusili había congregado a la asamblea en Kussara para informar del nombramiento de su nieto como heredero del trono.

La herencia del poder real estaba, entonces, firmemente establecida sobre la base de una sucesión patrilineal directa. Solamente si un rey no dejase herederos varones de rango adecuado, podría el hijo de una hija suceder en el trono:

Permitid que un príncipe, un hijo de primer rango se convierta en rey. Si no hay un príncipe de primer rango, permítase que un hijo de segundo rango se convierta en rey. Pero si no hay príncipe, ni heredero, dejad tomar un yerno (esto es un marido) a la que es una hija de primer rango y permitid que se convierta en rey (*Rescripto de Telepinu* § 28, II 36-39).

El establecimiento de la sucesión dentro de una línea de familia no fue, en sí mismo, algo radicalmente nuevo. Incluso aunque se hubiera aplicado alguna vez un sistema de monarquía electiva, de hecho, había sido descartado desde el reinado de Hattusili por lo menos. Pero no había sido sustituido con ningún medio formal para designar qué miembro varón de la familia del rey debería sucederle en el trono. Los sucesores del rey eran designados por el propio rey, quien podía cambiar de parecer. Con la mayor frecuencia el trono era ocupado por un usurpador. La intención principal de Telepinu era eliminar cualquier posibilidad de reclamaciones de rivales o de selección aleatoria en la sucesión. Al hacer esto recortaba drásticamente la libre elección que algún futuro rey quisiera ejercer para el nombramiento de su sucesor. El rey aún disponía de cierta libertad, puesto que no estaba limitado a nombrar al mayor de los candidatos elegibles. Por otra parte, las nuevas regulaciones estaban diseñadas para proporcionar cierta garantía a su seguridad personal y a la de su heredero, así como la seguridad de otros miembros de la familia real. En teoría, al menos, se eliminaba la posibilidad de cualquier futura controversia o disputa entre autoproclamados candidatos a la sucesión.

En primera instancia, la sucesión debía recaer sobre un hijo de primer rango —esto es, un hijo de la esposa principal del rey que, en la

mayoría de los casos, era la Tawananna. Si ella no tuviera hijos, entonces la sucesión pasaría a un hijo de segundo rango —presumiblemente a un hijo de la esposa llamada *esertu*, una mujer de posición inferior a la de la esposa principal, aunque también libre por nacimiento⁴⁷. Cualquier descendencia masculina del rey con mujeres de menor rango era, por norma, inelegible para la sucesión. En el caso de que ni la esposa principal del rey ni la secundaria tuvieran hijos —o al menos algún hijo que sobreviviera a la muerte de su padre— la sucesión podría pasar a un yerno, marido de una hija de la mujer principal del rey. Esto, efectivamente, formalizaba la elegibilidad de un yerno del rey para sucederle en el trono.

Siguiendo su declaración sobre la regularización de la sucesión, Telepinu aclara la finalidad del largo preámbulo histórico del *Rescripto* y a quién iba dirigido:

En adelante, a cualquiera que llegue a ser rey y planee daño a un hermano o hermana, vosotros sois su *panku* y debéis hablarle con franqueza: «Lee el hecho del derramamiento de sangre en la tablilla. El derramamiento de sangre fue antaño común en Hattusa, y los dioses exigieron (pago) de la familia real» (*Rescripto de Telepinu* § 30, II 46-49).

El registro de acontecimientos del pasado sirve como constante recordatorio de las desastrosas consecuencias de ignorar o desafiar a esas provisiones.

Pero un simple recuerdo no sería suficiente para garantizar la aceptación de las normas. Había que reforzarlas. Se instituyeron controles disciplinarios formales que se extenderían, si fuera preciso, hasta los miembros de la familia real. Además, el propio rey puede haber estado sujeto a pena de muerte si él mismo vertiera la sangre de miembros de su propia familia. Desde luego, no podemos estar completamente seguros de este punto, que depende de un pasaje muy discutido del *Rescripto*⁴⁸. Pero está claro que, en lo sucesivo, ningún miembro de la familia real podía eludir el pago legal por los crímenes que él o ella cometiera —particularmente crímenes que violasen o amenazasen minar las normas sucesorias.

La responsabilidad de su fortalecimiento fue asignada a la asamblea de los *panku*. Daremos ahora una nueva consideración a la naturaleza y composición de este cuerpo y a los poderes que ejercía.

⁴⁷ Véase Goetze (1957c, 94).

⁴⁸ *Rescripto de Telepinu* § 31, II 50-52. Véase, más recientemente, Hoffmann (1984a, 123-144, esp. 123-125); Bryce (1986a, 753-754).

EL «PANKU» EN EL REINADO DE TELEPINU

El *panku* ya había ejercido importantes funciones judiciales durante el reinado de Hattusili. Pero quizás hubieran caído totalmente en desuso durante los reinados de sus sucesores. No hay nuevas referencias a un *panku* anteriores al reinado de Telepinu y, ciertamente, ninguna indicación de que un cuerpo así pudiese ejercer cualquier forma de control en los recurrentes conflictos sucesorios. Con Telepinu, el *panku* resurgió como una importante institución —a la que se le dieron precisas e importantes responsabilidades.

Su composición real ha sido tema de muchas discusiones⁴⁹. El punto de vista general es que fue alguna forma de cuerpo aristocrático. Pero esto ha sido puesto en solfa sobre la base de que era «difícilmente una clase social, una única clase alta, sino más bien, sencillamente, “la totalidad de los que estaban presentes en una ocasión dada”»⁵⁰. Un pasaje del *Rescripto* parece apoyar esto:

Y ahora, de hoy en adelante, en Hattusa, vosotros, los servidores de palacio, el cuerpo de la guardia, los hombres de la espada de oro, los coperos, los maestresalas, los cocineros, los heraldos, los palafreneros, los capitanes de millar, tendréis este hecho en mente. Que Tanuwa, Tahurwaili y Taruhsu sean un signo para vosotros. Si alguien, en lo sucesivo, hace mal... sea de alta o de baja posición, llevadle ante vosotros como *panku* y devoradle con vuestros dientes (*Rescripto de Telepinu* 33, II 66-73).

Las personas que constituían el *panku* para los fines definidos aquí eran, según parece, el personal de la corte real, incluyendo funcionarios de alto rango de la administración del palacio⁵¹, así como otros miembros menos eximios del personal. Pero el *panku* puede que no fuera un cuerpo fijo y permanente con responsabilidades regulares. Más probablemente fuese una asamblea *ad hoc* convocada solamente en circunstancias especiales. La composición puede haber variado, dependiendo de la

⁴⁹ Véase Hoffmann (1984a, 76-77) para un repaso de la cuestión. Añádase Marazzi (1984) quien trata de la amplitud de significados y matices que tenía el término en distintos contextos, particularmente en el *Testamento* de Hattusili y en el *Rescripto de Telepinu*.

⁵⁰ Beckman (1982, 437).

⁵¹ Cfr. Beckman (1982, 442).

situación que se fuese a tratar en la convocatoria. En este caso, Telepinu había definido a un grupo específico de oficiales y de funcionarios que formarían un *panku* con el fin de tratar una categoría específica de delito criminal⁵². Al grupo se le daba poca discrecionalidad en el ejercicio de sus funciones judiciales. Se definían claramente los procedimientos que deberían seguir. Para los hallados culpables de un delito que caía bajo su jurisdicción, estaba prescrita la pena de muerte. Pero la justicia tenía que hacerse a la vista: «Ellos no deben matarlos en secreto, a la manera de Zuruwa, Tahurwaili y Taruhsu» (*Rescripto de Telepinu* § 31, II 52-53).

Solamente el ofensor debía pagar su crimen. Ningún daño debía infligirse a cualquier otro miembro de su familia. Ni su propiedad tenía que ser confiscada o destruida: «Y ahora, cuando algún príncipe cometa un delito, él debe expiarlo hasta con su cabeza. Pero no se haga daño a su casa o a su hijo. No hay derecho a dar a ajenos las personas o la propiedad del príncipe» (*Rescripto de Telepinu* § 32, II 59-61).

El planteamiento es subrayado varias veces en el *Rescripto*. Ningún miembro de la familia del príncipe tendría responsabilidad por los crímenes de los que solamente el príncipe respondería. Un principio de justicia evidente en sí mismo, quizás. Sin embargo, sabemos que en otras ocasiones el hijo de un delincuente podría esperar compartir el sino de su padre, como un posterior rey recordaría al hijo de un vasallo en desgracia:

¿No sabes, Kupanta-Kurunta, que si en Hattusa alguien comete el delito de insurrección, y que aunque el hijo, cuyo padre es culpable no sea también culpable, la casa y las tierras de su padre le serán quitadas y dadas, o bien a algún otro, o bien al palacio? (Mursili II: Tratado de Kupanta-Karunta [CTH 68], Friedrich [1926, 114-115 § 7]).

En interés de la estabilidad de la corte real, si no de todo el reino, Telepinu estipuló que la familia de un delincuente regio y sus propiedades debían ser protegidas contra tal acción. El fracaso en proporcionar esa protección podría haber tenido consecuencias funestas para toda una rama de la familia real. Si una acusación que prosperase permitiera la confiscación y redistribución de la propiedad y la caída en desgracia de los hijos, podría haber animado, también, a la maquinación de cargos contra un príncipe por miembros de una rama rival. Telepinu determinó que nada pusiera en peligro sus intentos de eliminar las rencillas familiares y las luchas intestinas dentro de la corte. Dada la

⁵² Como ha señalado Beckman (1982, 440), el *panku* nunca funcionó claramente como el órgano judicial normal del estado hitita.

historia de conflictos entre grupos rivales dentro de los máximos niveles de la sociedad hitita, todo posible incentivo para la motivación de esos incidentes tenía que ser eliminado.

Está claro que el *Rescripto* no atañía simplemente a la formalización de las normas de sucesión. De la misma importancia eran las regulaciones que se dirigían directamente a la autoridad y el poder del rey y del *panku* y a las salvaguardas designadas para garantizar la estabilidad de la monarquía. Los poderes del futuro rey estarían considerablemente limitados por las provisiones del *Rescripto*. Se le daba escasa libertad para elegir al sucesor, se le imponía un cierto número de limitaciones sobre sus poderes judiciales y se le sometía a la autoridad disciplinaria del *panku* para actos de violencia cometidos contra miembros de su propia familia. Pero, mientras que la autoridad del rey se limitaba por esos medios, su posición y seguridad personal se hacían, *en teoría*, más firmes por los poderes asignados al *panku*, quien estaba encargado, fundamentalmente, de la responsabilidad de garantizar la seguridad de su persona y la de su familia y de salvaguardar los derechos de sucesión.

LOS SUCESOSES DE TELEPINU

El reinado de Telepinu ofrecía esperanzas de una nueva era de orden y armonía dentro de la patria y con ella la renovación de la influencia y de la autoridad hitita. Sin embargo, las provisiones incluidas en el *Rescripto* tuvieron, aparentemente, escaso efecto en las décadas siguientes a su muerte —un período que duró, quizás, un siglo y que, a veces arbitrariamente, es conocido como Reino Medio. Este período fue testigo de una serie de gobernantes poco conocidos, algunos de los cuales encontraron su camino hacia el trono por la vía de la intriga y la usurpación —y fueron arrojados de él del mismo modo.

Nada sabemos del final del reinado de Telepinu, aunque parece que murió sin dejar descendencia masculina. Su único hijo conocido, Ammuna, había muerto antes que él. Pero le sobrevivió una hija, Harapseki, y un hombre llamado Alluwamna, que probablemente fue el marido de Harapseki y, por lo tanto, yerno de Telepinu⁵³. En ausencia de un

⁵³ Podemos asumir esto por una fragmentaria referencia a Harapseki como DUMU.MUNUS.LUGAL (hija del rey), KUB XXVI 77 1 2, y otra a Alluwamna como DUMU.LUGAL (hijo del rey), KUB XI, 3. Véase Goetze (1957a, 57); Gurney (1973b, 669). Los fragmentos que citan a Alluwamna (KUB XI 3; KUB XXVI 77; KUB XXXI 74) están agrupados en *CTH* 23.

príncipe de sangre real, y de acuerdo con los recientemente establecidos principios sucesorios, Alluwamna era el heredero legítimo del trono.

Sin embargo, como los acontecimientos se encargarían de probar muy pronto, las cuidadosas prevenciones de Telepinu para la sucesión no constituyeron una adecuada protección para la seguridad del linaje real: Alluwamna probablemente sucedió a su suegro pero, aparte de varios textos fragmentarios que se refieren a él⁵⁴ y su aparición en las listas de ofrendas reales y documentos de concesión de tierras⁵⁵, nada más se sabe de este rey. En realidad, puede que no ocupara el trono mucho tiempo antes de que éste fuera ocupado por un intruso, llamado Tahirwaili⁵⁶. Este nombre no aparece entre los de los demás reyes en las listas de ofrendas reales —muy probablemente por deliberada omisión⁵⁷. Pero el éxito de Tahirwaili en situarse como rey ha quedado claro por un fragmento de tablilla descubierto en 1963⁵⁸, y una impronta de sello descubierta en 1969⁵⁹. Ambos confirman la posición regia de Tahirwaili; la última lleva la inscripción: «Sello del Tabarna Tahirwaili. Gran Rey. Quien altere su palabra morirá.»

¿Quién era ese Tahirwaili? ¿Qué reivindicación, si había alguna, podía hacer del trono? Puede haber sido el hombre que ya figuraba en el *Rescripto* como el asesino enviado a matar a la familia de Titti antes de la subida al trono de Huzziya⁶⁰. Recordemos que la sentencia de muerte pronunciada para él por el *panku* había sido conmutada por Telepinu por la de destierro. Si, realmente, fue éste el Tahirwaili que consiguió convertirse en Gran Rey, entonces el acto de clemencia de Telepinu es-

⁵⁴ CTH 23.

⁵⁵ Más recientemente los excavados en Bogazköy en 1982-1984 y publicados por Otten (1987).

⁵⁶ No hay una prueba textual que indique el momento en el que Tahirwaili se entrometió en la línea de sucesión. Sin embargo, un examen de los rasgos estilísticos de los sellos reales de los sucesores de Telepinu han llevado a Easton (1981, 29) a concluir que Alluwamna y Tahirwaili gobernaron sucesivamente, probablemente con el último como sucesor del otro. Anteriormente, Carruba (1974) y Bin-Nun (1974) habían propuesto el orden inverso. Más recientemente, Freu (1995, 133-134) ha argumentado que Tahirwaili fue el rey posterior, también basándose en consideraciones estilísticas, aunque Freu le hace sucesor del hijo de Alluwamna (?), Hantili II.

⁵⁷ Cfr. Astour (1989, 27).

⁵⁸ KBo XXVIII 108 + 109 7°. Véase Otten (1971, 65-66); Del Monte (1981, 209-213).

⁵⁹ Bo 69/200; véase Boehmer y Güterbock (1987, 81, núm. 252). El fragmento de tablilla y la impresión de sello proceden ambos, según parece, de un tratado. Cfr. Easton (1981, 24).

⁶⁰ Como argumentaban Carruba (1974) y Bin-Nun (1974, 119-120).

tuvo, decididamente, mal aconsejado. Cualquiera que fuesen los inmediatos motivos de Tahirwaili para asesinar a los miembros de la familia real, su meta última era asegurarse el trono, más pronto o más tarde, para sí mismo. Mientras vivió fue una amenaza para el linaje de Telepinu y para las provisiones tomadas en cuanto a la sucesión real⁶¹.

Es como si la amenaza se hubiera hecho realidad⁶². La ascensión de Tahirwaili al poder, desafiando a las recientes provisiones de sucesión, abrió la perspectiva de renovadas luchas por el trono. La estabilidad política que Telepinu había procurado dejar como su principal legado al reino hitita parece que se derrumbó en la generación que siguió a su muerte.

Pero fuera del propio país, la política de Telepinu parece que tuvo efectos más duraderos, al menos en cuanto se refiere a las relaciones con Kizzuwadna. Aquí, Tahirwaili renovó la alianza que Telepinu había establecido con Išputasu redactando un tratado de igualdad con su sucesor, Ehey⁶³. Éste, de hecho, es el único documento informativo que ha salido a la luz sobre el reinado de Tahirwaili.

También tenemos muy escasa información sobre los siguientes tres reyes que aparecen en las listas de ofrendas —Hantili, Zidanta (Zidanza) y Huzziya. Tienen los mismos nombres que otros reyes que reinaron antes que Telepinu, una circunstancia que ha llevado a algunos especialistas a sugerir que los nombres estaban erróneamente duplicados en las listas⁶⁴. Pero la existencia de reyes posteriores con esos nombres está ahora fuera de toda duda⁶⁵.

⁶¹ A la vista del «fuerte sentido dinástico» de los hititas es posible que el propio Tahirwaili tuviera algún lazo de sangre o de afinidad con la familia de Telepinu; cfr. Beal (1992b, 329, n. 1257). Astour (1989, 25) señala que no hay caso (nosotros diríamos que no hay caso *demonstrable*) en la historia hitita en que la realeza no fuese mantenida por un hombre que no estuviese relacionado con la casa real bien por nacimiento o bien por matrimonio. En el caso de Tahirwaili, sin embargo, cualquier relación de ese tipo habría sido bastante lejana.

⁶² Después de echar a Alluwamna del poder, Tahirwaili pudo haberle enviado al exilio. La prueba de ello está, quizás, en un texto que menciona el destierro de Alluwamna y de su esposa Harapseki y puede, también, referirse a Tahirwaili (KUB XXVI 77 1 18). Pero la atribución del texto no es segura (véase Bin-Nun [1974, 116-118] y Astour [1989, 27] que la atribuyen a Telepinu, y Easton [1981, 27]). En cualquier caso, la asunción de referencia a Tahirwaili implica una sustancial restauración de su nombre [Tahirw]aili (sugerida por Carruba [1974, 81] y Bin-Nun [1974, 117]).

⁶³ KBo XXVIII 108+ 109; véase Otten (1971, 66-67).

⁶⁴ Véanse las referencias citadas por Gurney (1973b, 669, n. 7). Astour (1989, 31) cree que realmente existieron los tres, pero como miembros no reinantes de la casa real.

⁶⁵ Como Otten (1987) demostró, los nuevos documentos de concesión de tierras confirman la fiabilidad de las listas de ofrendas y de la existencia de Hantili II, Zidanta II y Huzziya II. Véase, también, Beal (1986, 428). Para Hantili II, véase Otten (1991, 345-346), Rüster (1993), Frcu (1995, 134).

Durante el reinado de Hantili, hijo (?) de Alluwamna⁶⁶, los kaska, gentes de la zona del Ponto, hicieron su primera aparición recogida en la historia hitita. Cerca de la frontera septentrional del país tomaron la ciudad santa de Nerik, que probablemente estaba en las cercanías de la región del Ponto⁶⁷. Tuvieron que pasar doscientos años antes de que, finalmente, los hititas retomaran la ciudad⁶⁸. También en el norte, la ciudad de Tiliura fue abandonada, según parece, a los habitantes del norte⁶⁹. Como respuesta a la presión que realizaban ahora las fuerzas hostiles del exterior, Hantili afirmó haber emprendido la fortificación de Hattusa⁷⁰, junto con otras ciudades de la zona. Era admitir que el mismísimo corazón del reino era vulnerable a los ataques enemigos.

En el frente diplomático, Hantili continuó la política de amistad con Kizzuwadna. Esta posibilidad proviene de una fragmentaria versión acadia de un tratado firmado entre el rey hitita, cuyo nombre se ha perdido, y un rey de Kizzuwadna llamado Paddatissu⁷¹. Éste, posiblemente, sucedió a Eheyá (firmante con Tahurwaili de un tratado) en el trono de Kizzuwadna⁷². En ese acontecimiento el otro firmante del tratado fue uno de los inmediatos sucesores de Tahurwaili. Hantili es un posible candidato. El documento indica que lo que sabemos por otros tratados posteriores era una fuente de conflictos entre ambos reinos —los movimientos de las comunidades seminómadas por las regiones fronterizas de ambos reinos.

⁶⁶ Basado en la restauración del nombre Han[tili], hijo de Alluwamna, en el documento de concesión de tierras KBo XXXII 136; véase Freu (1995, 134). No se sigue, como asume Freu, que Hantili tenga que haber sido el inmediato sucesor de su padre. Tahurwaili puede haberse situado entre ellos antes de que el trono fuese restaurado en la legítima línea de familia; cfr. Astour (1989, 34).

⁶⁷ Véase Houwink ten Cate (1979a, esp. 160-161) y la revisión de las posibles ubicaciones de Gurney (1992, 214-215).

⁶⁸ La pérdida de Nerik ante los kaskas, relatada tanto por Hattusili III en su llamada *Apología* (CTH 81) § 10b, III 46'-47', y posteriormente por su hijo Tudhaliya, KUB XXV, 21 (CTH 524.1) 2-5, fue, antiguamente, fechada en el reinado de Hantili I. Sin embargo, von Schuler (1965, 24-27) sugirió que la pérdida no debió ocurrir hasta después del reinado de Telpinu. Y en vista de la ausencia de cualquier otra referencia a los kaska hasta, e incluso durante, el reinado de Telpinu, la captura de Nerik sucedió, probablemente, en el reinado de Hantili II. Cfr. Klinger (1995, 84), Freu (1995, 135). La recuperación de Nerik en el reinado de Hattusili III está recogida en el pasaje de la *Apología* citado antes.

⁶⁹ Información proporcionada por el tratado de Hattusili III con la gente de Tiliura, KUB XXI 29 (+) (CTH 89), I 11-12.

⁷⁰ Véase Forrer (1922-1926, núm. 22).

⁷¹ KUB XXXIV 1 + KBo XXVIII 105 (CTH 26), ed. Meyer (1953, 112-121).

⁷² Véase Beal (1986, 431).

Si una comunidad del Gran Rey, con sus mujeres, sus pertenencias, sus vacas, sus ovejas y cabras, se traslada y entra en Kizzuwadna, Paddatissu los cogerá y los devolverá al Gran Rey. Y si una comunidad de Paddatissu, con sus mujeres, sus pertenencias, sus vacas, sus ovejas y cabras se traslada y entra en Hatti, el Gran Rey los cogerá y los devolverá a Paddatissu (KUB XXXIV 1 [CTH 21] 17-20, trad. Liverani [1990, 106-107]).

Poco puede sacarse de la parte restante del tratado sobre su naturaleza y alcance. Pero uno de sus temas parece haber sido definir claramente, o redefinir, las fronteras entre Hatti y Kizzuwadna, como en el tratado de Telepinu e Ispuhtasu, y controlar la población y movimientos del ganado de la región fronteriza.

El sucesor de Hantili, Zidanta, fue, también, otro rey que mantuvo estrechas relaciones diplomáticas con Kizzuwadna. Tenemos algunos fragmentos del tratado que estableció con Pilliya (Pelīya), que ocupaba, entonces, el trono de Kizzuwadna⁷³. El tratado indica que había habido conflictos entre Hatti y Kizzuwadna que implicaron la captura o destrucción de un cierto número de ciudades por cada lado. Muy probablemente, esas ciudades estuvieran situadas en la turbulenta región fronteriza entre los dos países. En el mejor de los casos debió de ser difícil para cada bando controlar esa región o patrullarla con efectividad. El antiguo tratado con Paddatissu se refería a problemas causados por el cruce de fronteras de los grupos seminómadas en sus desplazamientos con sus ganados. Posteriormente, esos problemas pueden haberse intensificado, exacerbando las tensiones entre ambos reinos.

Un rey desconocido hasta ahora

Los documentos de concesión de tierras descubiertos durante la excavación del templo 8 en Hattusa, en 1984, incluían uno que llevaba la impresión del sello del rey Zidanta y otro de un rey llamado NIR.GÁL —en hitita Muwatalli⁷⁴. El último documento es de particular interés

⁷³ KUB XXXVI 108 (CTH 25). Para el texto del tratado, véase Otten (1951a). A pesar de las dudas expresadas en cuanto a si el signatario hitita fue Zidanta I o II (véase Hoffner [1980, 309]; Košak [1980a, 166-167]), actualmente parece seguro que el personaje en cuestión fue el segundo de ese nombre; véase Gurney (1973a, 661, 670-671); Beal (1986, 428); Freu (1995, 135); contra, Astour (1989, 21).

⁷⁴ KBo XXXIV 184 y KBo XXXII 185 respectivamente. Véase Carruba (1990, 539-540).

para los estudiosos de los hititas porque ha sacado a la luz a un hasta ahora desconocido ocupante del trono hitita. La tipología, el lenguaje y el lugar del hallazgo del documento y la inscripción del sello deja claro que Muwatalli fue contemporáneo de Zidanta y también del sucesor de Zidanta, Huzziya⁷⁵.

El nombre de Muwatalli está atestiguado en un número de textos⁷⁶ que habían sido asignados anteriormente a uno o a varios miembros de las familias de los últimos reyes, y más señaladamente al bien conocido rey de este nombre del siglo XIII. Ahora está claro que algunos de esos textos deberán asignarse al rey citado en el recientemente descubierto documento de concesión de tierras. De especial interés es un texto que se refiere al asesinato de Huzziya por Muwatalli⁷⁷. Ahora podemos llegar a la conclusión de que el hombre asesinado fue Huzziya II, sucesor de Zidanta, y que su asesino Muwatalli subió al trono en su lugar.

En su séquito el nuevo rey incluía a dos hombres, Kantuzzili e Himuili quienes *pueden* haber sido hijos de su víctima. Si es así, parece que buscaba la reconciliación con el resto de la familia de Huzziya, no solamente perdonando la vida a sus hijos y a su mujer Summiri, sino también otorgando altos cargos a los hijos⁷⁸. Desgraciadamente para Muwatalli, este generoso, aunque políticamente interesado gesto, no consiguió, finalmente, alcanzar la reconciliación en la que estaba esperando. Su reino acabó como había empezado. Con un asesinato —esta vez el suyo propio, a manos de Kantuzzili y de Himuili⁷⁹. Cual-

⁷⁵ Carruba (1990, 547). Muwatalli parece haber subido al cargo de GAL MEŠEDI con Huzziya; véase Freu (1995, 136) con referencia a KUB XXXII 187. Carruba también llama la atención sobre un fragmento del texto acadio KUB XXX 20 (CTH 275) que cita a Mu(wa)talli dos líneas después de un Zitanza. Obsérvese el sello de Huzziya —SBo I 51, núm. 85 (= Beran [1967, 32, núm. 147]). En contra Astour (1989, 24) que lo asigna a Huzziya I, es casi seguro que debe asignarse a Huzziya II; véase Easton (1981, 29); Freu (1995, 136).

⁷⁶ Véase la tabla I de Carruba (1990, 555).

⁷⁷ KBo XVI 24 + 25 (CTH 251) v. 15'. Véase Carruba (1990, 541-542).

⁷⁸ Himuili quizás deba ser identificado con el funcionario de alto rango que ocupaba el cargo de GAL GESTIN (Jefe de los sumilleres) con Muwatalli (véase más recientemente Freu [1995, 137]; Klinger [1995, 86-87]; sobre el término, véase Beal [1992b, 342-357]); y Kantuzzili con el poseedor del cargo de «Supervisor de los combatientes de carro de oro» (para el término hitita, véase Beal [1992b, 410, n. 1542, y 410-411]).

⁷⁹ Se sigue la reconstrucción de los hechos propuesta por Freu (1995, 137), sobre la base de KUB XXXIV 40 (CTH 271) 8'-15' (ed. Otten [1987, 29-30]; véase, también, Carruba [1990, 541-542]). El texto hace referencia tanto «a la reina, su madre» (líneas 8', 12') como a Kantuzzili y Himuili como los asesinos de Muwatalli (líneas 9'-10'). La recons-

quiera que fuese su motivo o provocación la acción de los asesinos llevó a otra crisis política en Hatti. De nuevo surgieron facciones rivales, nuevamente el reino se sumergió en conflictos, mortales para todas las partes, por la sucesión real.

Pero antes de volver a los sucesos que siguieron a la muerte de Muwatalli revisaremos algunos de los acontecimientos que estaban ocurriendo en otros puntos del Oriente Próximo, especialmente aquellos que tendrían una influencia directa en el futuro de la historia hitita.

LA ESCENA GENERAL EN EL ORIENTE PRÓXIMO

En el período entre Telepinu y Muwatalli, la posición de los hititas respecto a las potencias independientes contemporáneas parece haber permanecido relativamente estable. No hay indicaciones de que los sucesores de Telepinu tuvieran mayores pérdidas en los territorios que ya habían recobrado —un punto digno de señalar puesto que los conflictos sucesorios que en el pasado habían debilitado seriamente al reino continuaron, al menos esporádicamente, en las décadas que siguieron a la muerte de Telepinu. Es posible que esos conflictos fueran menos frecuentes e intensos que en el pasado. Pero no tenemos crónicas de los acontecimientos del período como las del preámbulo al *Rescripto* y, por lo tanto, estamos razonando básicamente desde el silencio.

Desde luego, el grado de influencia de los hititas en el Oriente Próximo había disminuido significativamente desde la que habían tenido en los tiempos de Hattusili y de Mursili. Ni Telepinu ni sus sucesores tuvieron la ambición, o sintieron la necesidad, de dirigir campañas a la escala que lo hicieron sus grandes predecesores. Sin el enorme empeño de recursos que esas empresas implicaban, debe de haber sido más fácil para los sucesores de Telepinu mantener el control de los territorios sometidos que caían más próximos al propio país —a pesar de las distracciones que suponían las disputas de política interior. Y en regiones que eran estratégicamente importantes para Hatti, pero fuera de su control, la diplomacia, más que la fuerza militar, era la que se había usado para garantizar que sus intereses quedasen protegidos.

Kizzuwadna era una de esas regiones, probablemente la más importante de esa época. Como hemos visto, la alianza que Telepinu había establecido con Kizzuwadna, por medio de su tratado con Ispuhta-

trucción de Freu puede, muy bien, ser correcta, aunque no está claro por el propio texto que la reina en cuestión fuese la esposa de Huzziya o que los asesinos fuesen sus hijos.

su, fue renovada por varios de sus sucesores. Uno de los ostensibles propósitos de los tratados era resolver los problemas de la región fronteriza entre los dos reinos. Pero deben de haber tenido, además, un significado más amplio —que se verá dentro del contexto del creciente poder de Mitanni por el sudeste.

La expansión del reino de Mitanni

Mientras que el reino de Alepo tuvo influencia en gran parte del norte de Siria, Mitanni parece haberse contentado con reconocer su soberanía en la región y establecer relaciones diplomáticas con él. Sin duda, un fuerte incentivo para el acuerdo de paz entre Mitanni y Alepo era la amenaza planteada a los intereses territoriales de ambos reinos por las campañas hititas en Siria. Hattusili y su sucesor Mursili habían entrado ambos en conflicto con los hurritas y con Alepo durante esas campañas. Pero la conquista final de Alepo, comenzada por Hattusili y concluida por Mursili, creó un vacío de poder en el norte de Siria. Afortunadamente para Siria, las revueltas políticas en Hatti que siguieron al asesinato de Mursili impidieron a los hititas explotar sus éxitos militares en Siria, proporcionando a Mitanni la oportunidad de llenar el vacío que se había creado. Las perspectivas de hacerlo habían aumentado, sin duda, puesto que los hurritas estaban ya asentados en número sustancial en muchas partes de la región⁸⁰.

Pero la iniciativa mitannia en Siria se estaba encontrando con los intereses egipcios en la misma región. Esto se manifestó por primera vez en las campañas del faraón Tutmosis I (subió al trono c. 1493), el tercer gobernante de la dinastía XVIII. Muy poco después de su investidura, Tutmosis dirigió una expedición a Siria que le llevó a la conquista de Palestina. Posteriormente, llevó los ejércitos egipcios hasta el Éufrates, donde erigió una estela de victoria⁸¹.

Pero sus sucesores inmediatos hicieron poco, o no intentaron consolidar sus éxitos militares. De hecho, hubo una notable disminución de la influencia egipcia en Siria durante el reinado de la reina Hatshepsut (c. 1479-1457). Hatshepsut abandonó la mayor parte de las conquistas de Tutmosis en Siria, reteniendo solamente la parte meridional de

⁸⁰ Nótese que, por esta época, los egipcios utilizaban el término *hurru* para referirse a las regiones de Asia en las que ellos hacían campaña; Singer (1991b, 73).

⁸¹ Sobre las campañas sirias de Tutmosis, véase Breasted (1906, ii §§ 81, 85) y sobre la estela de la victoria vista por su nieto Tutmosis III, Breasted (1906, ii § 478).

Palestina⁸². Esto, sin duda, incitó la primera gran expansión de la potencia mitannia hacia el oeste durante el reinado del rey Parattarna (primera mitad del siglo xv).

El primer objetivo de Parattarna en Siria fue establecer su soberanía sobre los territorios controlados por el reino de Alepo. Tras su captura y destrucción por Mursili, la propia Alepo se había reedificado y había vuelto a obtener, una vez más, su independencia. Había mantenido ésta con una serie de reyes —Sarra-el, Abba-el e Ilim-ilimma— y, en realidad, extendió su territorio hasta incluir un cierto número de estados próximos, concretamente Niya (Nii), Ama'u (Amae) y Mukis. Pero después de la muerte de Ilim-ilimma estalló una rebelión dentro del reino. Esto acarreó la huida del hijo de Ilim-ilimma, Idrimi, al pequeño reino de Emar, en el Éufrates.

La huida está recogida en la inscripción de su famosa estatua, descubierta por Sir Leonard Woolley en 1939⁸³. Idrimi, obviamente, se consideraba a sí mismo como el legítimo sucesor de su padre, y la rebelión que exigió su huida puede haber estado relacionada con disputas dinásticas dentro de su misma familia, quizás no muy distintas a las que ocurrieron en Hattí durante el reinado de Hattusili. En cualquier caso, el rey de Mitanni, Parattarna, se aprovechó de la situación —y pudo, además, haber impulsado la rebelión⁸⁴— para establecer su señorío sobre todo el antiguo reino de Alepo⁸⁵. Siete años de exilio llevaron a Idrimi a darse cuenta de que, si alguna vez quería reclamar su trono, debería aceptar la soberanía mitannia sobre el reino del que él había huido. Por esto buscó la reconciliación con Parattarna. Se alcanzó el acuerdo, se firmó un tratado e Idrimi fue instalado como uno de los gobernantes vasallos de Parattarna⁸⁶. Pero su reino estaba reducido, exclusivamente, a la parte occidental del antiguo reino de Alepo (Niya, Ama'u y Mukis) con su sede real en Alalah⁸⁷. Los demás territorios que conformaban el anterior fueron cedidos con estatutos de virtual autonomía por el rey de Mitanni⁸⁸.

Una vez establecido en su trono como vasallo, Idrimi demostró su valía como agente de los intereses de Mitanni al atacar y conquistar sie-

⁸² Véase Astour (1989, 20), y las referencias citadas en él.

⁸³ La inscripción fue publicada por Smith (1949). Para una reciente y sustancialmente revisada traducción, véase Dietrich y Loretz (1985).

⁸⁴ Cf. Klengel (1965b, 228).

⁸⁵ Véase Na'aman (1974, 268).

⁸⁶ Inscripción de Idrimi 50-58.

⁸⁷ Véase Na'aman (1974, 268; 1980, 41-42).

⁸⁸ Véase Na'aman (1974, 268, con las referencias citadas en n. 17).

te ciudades situadas dentro de la periferia sudoriental de los territorios sometidos a los hititas⁸⁹. Sus conquistas le llevaron cerca de las fronteras de Kizzuwadna —y puede haber influido en el tratado que firmó con el rey Pilliya de Kizzuwadna⁹⁰. Puesto que el tratado estaba firmado bajo la autoridad de Parattarna, tanto Pilliya como Idrimi eran tributarios del rey mitannio en esa época⁹¹.

Sin embargo, Pilliya había establecido un tratado con el rey hitita Zidanta. Una alianza simultánea con Hatti y con Mitanni estaría fuera de norma. Por lo tanto, Kizzuwadna debió de cambiar de bando seguramente en algún momento posterior al acuerdo de Pilliya con los hititas⁹². El cambio posiblemente estuviera dictado por la realidad política. Con un agresivo vasallo de Mitanni haciendo campaña cerca de las fronteras de su reino, Pilliya pudo no haber tenido otra elección que mudar su alianza con los hititas por otra con el rey de Mitanni y su vasallo. Fue cuestión de sopesar quién planteaba la mayor y más inmediata amenaza a su reino —un Mitanni hostil, o un Hatti distanciado.

Su dilema fue el mismo que después afrontaron varios gobernantes locales, particularmente en Siria, que se encontraron afectados por las contiendas de las dos principales potencias de la región. ¿Con cuál de esas dos potencias deberían alinearse? ¿Cuál ofrecía las mejores perspectivas para la seguridad de su propia posición y de su reino? Tarde o temprano, el dominio de una de las dos potencias principales caería sobre él. En lo referente a Kizzuwadna ésta no fue la primera ni la última vez que su rey decidió o se vio forzado a cambiar de bando. Si en esta ocasión lo hizo mientras que Zidanta estaba todavía ocupando el trono hitita o algún tiempo después, se desconoce⁹³. En cualquier

⁸⁹ Inscripción de Idrimi, 64-77. Una de las ciudades, Zaruna, era una de las conquistadas anteriormente por Hattusili. Smith la identifica con Seleucia, al norte de Antioquía. Para un repaso a las cuestiones de su localización, junto con la de otros topónimos mencionados en relación con ella, véase Gurney (1992, 216-217).

⁹⁰ AT 3.

⁹¹ En ésta, y en la cuestión de los tratados entre imperios, véase Beal (1986, 429, n. 26), en contra Wilhelm (1989, 26).

⁹² Deberá observarse que la datación del tratado Idrimi-Piliya ha sido materia de alguna controversia. Una escuela le asigna a él y a sus signatarios a una época temprana, haciéndolos a ellos y al rey Parattarna de Mitanni contemporáneos del rey hitita Anmuna; véase, por ejemplo, Gurney (1973b, 661-662). En este caso habría que postular un anterior rey Pilliya de Kizzuwadna. Sin embargo, una datación posterior, que elimine la necesidad de dos reyes Pilliya y asigne a Idrimi y a Parattarna a la primera mitad del siglo xv, parece mucho más probable; cfr. Beal (1986, 429-430) con referencias.

⁹³ Para una posible indicación de lo que ocurrió tras su reinado, véase cap. 6, n. 53. Beal (1986, 430-431) observa que en la siguiente generación en Alalah, el hijo más joven

caso, el tratado de Idrimi con Pilliya y su destrucción de las ciudades fronterizas hititas tenían siniestras implicaciones para Hatti. Mitanni no se quedaría contento con los territorios que había ganado en Siria. Sus miras debían estar puestas, ahora, en una nueva expansión hacia el oeste. Inevitablemente, esto planteaba una mayor amenaza para Hatti y sus territorios sometidos en el este de Anatolia.

Nuevas campañas egipcias en Siria

Las imperialistas ambiciones mitannias sufrieron por entonces un fuerte contratiempo con el resurgimiento de las iniciativas militares egipcias con el faraón Tutmosis III (c. 1479-1425)⁹⁴. La clara intención de Tutmosis era establecer una presencia permanente de Egipto en Siria, a través de la colocación de administradores locales proegipcios en la región⁹⁵. En esta primera campaña (c. 1458), el faraón derrotó a una coalición de fuerzas sirias, dirigida por el rey de Kadesh, en Megiddo⁹⁶. Entonces puso sus miras para las posteriores campañas en la conquista de territorios sometidos a Mitanni en Siria. En el proceso alcanzó y cruzó el Éufrates, emulando así las glorias de Hattusili (y de Sargón antes que él).

Varios reinos reconocieron al nuevo señor egipcio de Siria estableciendo relaciones diplomáticas con él y enviándole regalos y tributos —notablemente Asiria, Babilonia y, quizás más significativamente, Hatti. Sus aperturas hacia Tutmosis estaban diseñadas, quizás, para prevenir cualquier ambición que hubiera podido tener en contra de su propio territorio. Pero, más probablemente, reaccionaban con no escaso entusiasmo a la empresa militar egipcia que daba, efectivamente, el alto, al menos temporalmente, a las militaristas ambiciones de un poderoso vecino, Mitanni —ambiciones que suponían amenazas mucho más serias para sus propios reinos que la egipcia.

de Idrimi, Niqmepa disputó con Sunassura, el rey de Kizzuwadna, disputa que fue dirimida por el rey de Mitanni Saustatar —una clara indicación de que Kizzuwadna era todavía, en esa etapa, un tributario de Mitanni.

⁹⁴ Esto incluye un período de coregencia con Hatshepsut. El gobierno exclusivo de Tutmosis comenzó en 1458, aproximadamente.

⁹⁵ Así, Astour (1989, 57), quien observa que su interés nuevamente adquirido en la región encontró expresión en la colección de topónimos metecos para su gran «Lista de Naharina» de Karnak (citando a J. Simons *Handbook for the study of Egyptian Topographical Lists relating Western Asia*; Leiden, 1937, Lista núm. 1, 120-259).

⁹⁶ El relato de Tutmosis de la campaña está traducido por Wilson en Pritchard (1969, 234-238).

Zidanta puede haber sido el rey hitita que envió regalos como tributo a Tutmosis a la vuelta de su campaña en Siria en su trigésimo tercer año⁹⁷. Ocho años después, el gesto fue repetido por el mismo rey o por su sucesor⁹⁸. Muy posiblemente las relaciones egipcio-hititas se reforzaron mediante un pacto formal entre los dos reinos, lo que incluía un acuerdo para transferir habitantes desde la ciudad hitita de Kurustama, en el nordeste de Anatolia, a territorios súbditos de Egipto en Siria. Esta posibilidad surge de un documento comúnmente conocido como el Tratado de Kurustama⁹⁹ y está citado en dos textos posteriores¹⁰⁰. Aunque la fecha no es segura —podía pertenecer a una época posterior¹⁰¹— alguna forma de pacto o de alianza egipcio-hitita puede muy bien haberse realizado en estos momentos.

Hubo ventajas obvias para los hititas al formalizar las relaciones diplomáticas con Egipto. Desde luego, es improbable que Egipto supusiera alguna vez una amenaza seria para el territorio hitita en Anatolia, excepto en las partes más periféricas. Las campañas militares del faraón le habían llevado ya lejos de su patria. Tendría suficientes dificultades para mantener el control en los territorios que ya había conquistado sin abrigar ninguna perspectiva de extender esas conquistas aún más lejos. Y existía siempre la amenaza de que un renacido Mitanni pudiera intentar recuperar al menos alguno de sus estados perdidos. Por otro lado, el principal interés hitita era garantizar la seguridad de sus actuales territorios en Anatolia, particularmente contra la amenaza de una agresión mitannia. En ausencia de cualquier conflicto de envergadura por intereses territoriales entre Hatti y Egipto, una alianza contra la tercera parte, Mitanni, pudo ser, perfectamente, ventajosa para los dos.

Pero el éxito de las campañas de Tutmosis en la medida en que fue puramente militar no condujo a un significativo control egipcio permanente en las regiones donde se había logrado. En realidad, su decimoséptima y última campaña fue, esencialmente, un intento de abortar la rebelión de las ciudades de Tunip y de Kadesh en la Siria

⁹⁷ Aunque sin que sea posible determinar con precisión, ni siquiera aproximadamente, fechas para el reinado de Zidanta no podemos asegurar quién fue el rey hitita. Podría haber sido el sucesor de Zidanta, Huzziya II.

⁹⁸ Breasted (1906, ii §§ 485 y 525).

⁹⁹ Los fragmentos supervivientes están agrupados en *CTH* 134.

¹⁰⁰ El primero de la biografía de Suppiluliuma I, *DS* 98, frag. 28, E IV 26-32, el segundo de las Oraciones por la peste de Mursili II, 2.ª versión, KUB XIV 8 (+) (*CTH* 378) r. 13'-17'. Véase Sørensen (1985, 22-26).

¹⁰¹ Para una discusión sobre la fecha, véase Houwink ten Cate (1963, 274-275); Sørensen (1985, 26-38).

central¹⁰². Esta rebelión, casi con toda seguridad, tenía el apoyo de Mitanni, el cual, bajo el gobierno de su vigoroso y emprendedor rey Sausatar I alcanzaría rápidamente el cenit de su poder e influencia en el Oriente Próximo. Como el rey Hattusili había descubierto antes que Tutmosis, y muchos conquistadores militares lo harían después que él, es mucho más fácil obtener victorias militares que mantener un dominio permanente sobre los territorios conquistados, especialmente si se está lejos de las bases del conquistador. Como los posteriores acontecimientos vendrían a demostrar, los éxitos militares egipcios contra Mitanni no fueron más que un contratiempo temporal para un reino cuya estrella estaba todavía en ascenso.

¹⁰² Breasted (1906, II §§ 528-540).

CAPÍTULO 6

Comienza una nueva era: de Tudhaliya I/II a Tudhaliya III (c. 1400-1344)

EL PRIMER TUDHALIYA

El asesinato de Muwatalli fue el episodio final en la historia del período que hemos llamado el Reino Antiguo. El reinado de su sucesor, un hombre llamado Tudhaliya, marcó lo que, efectivamente, fue el comienzo de una nueva era en la historia hitita. Fue una era en la que los hititas se embarcaron, una vez más, en una serie de empresas militares lejos de su país, tanto en Siria como en Anatolia occidental —empresas que les llevaron a conflictos directos con otros reinos del Bronce Tardío y, finalmente, al establecimiento de un «imperio» hitita. A este segundo período de su historia le hemos dado el nombre de Reino Nuevo¹.

Fue un comienzo inesperado. Como el primer acontecimiento registrado del Reino Antiguo, empezó con una rebelión —por razones de sucesión. Hubo gente que buscaba venganza por la sangre del último rey. Muwatalli había caído víctima de una conspiración palaciega que implicaba, por lo menos, a dos altos funcionarios de la corte, Kantuzzili y Himuili, que pudieran ser los hijos del predecesor de Muwatalli, Huzziya². La intención última de los conspiradores era, casi con toda

¹ Para cambios en el carácter de la monarquía después del Reino Antiguo, véase Goetze (1957c, 88-92; 1964, 29-30).

² Sobre la distinción entre éstos y otros príncipes de igual nombre, véase Freu (1995, 138).

seguridad, colocar a Tudhaliya en el trono. Pero su actuación no encontró un apoyo total. Las fuerzas leales al antiguo rey se reunieron bajo el mando de Muwa, Jefe de la Guardia de Muwatalli (GAL MEŠEDI)³, probablemente el funcionario de máximo rango de Muwatalli y, quizás, su hijo. Respalado por un ejército de infantería y de carros y con el apoyo de los hurritas, Muwa salió a batallar contra las fuerzas de Kantuzzili y Tudhaliya. Otra vez vemos un reino dividido luchar contra sí mismo. Pero sólo brevemente. Muwa y sus aliados hurritas fueron derrotados de modo decisivo y la ocupación del trono hitita por Tudhaliya quedó asegurada:

La infantería y los carros de Muwa y la infantería y los carros de los hurritas salieron al campo contra Kantuzzili... Kantuzzili y yo, el rey, derrotamos al ejército de Muwa y de los hurritas. El ejército enemigo murió *en masse* (KUB X XIII 16 [CTH 211.6] III 4-9)⁴.

No poseemos información clara de la posición que ocupaba este nuevo rey antes de su subida al trono. Ni sabemos qué parte tuvo, si tuvo alguna, en los acontecimientos que condujeron a la muerte de Muwatalli, excepto que fue el principal beneficiario de ellos. Quizás fuera hijo de Himuili, uno de los asesinos⁵. Si es así, e Himuili era hijo

³ KBo XXXII 185, v. 12; véase Beal (1992b, 333). Sobre la importancia del cargo de GAL MEŠEDI, véase Beal (1992b, 372-374), especialmente el resumen en pág. 342. Muwa también aparece junto a Himuili como uno de los funcionarios jefes en la lista de testigos en un documento de concesión de tierras que lleva el sello de Muwatalli (KBo XXXII 185); véase Otten (1996, 346).

⁴ El texto ha sido editado por Carruba (1977a, 162-163).

⁵ Las fragmentarias primeras tres líneas de KUB XXIII 16 hacen referencia a «mi (de Tudhaliya) padre» como uno de los protagonistas del conflicto con Muwa. Desgraciadamente el nombre del padre se ha perdido. Sin embargo, puesto que Himuili había colaborado con Kantuzzili en el asesinato de Muwatalli, se esperaría de él que fuese un participante principal en el conflicto que siguió. Y sabemos por KUB XXIII 16 que hubo tres participantes solamente, dos de los cuales, Kantuzzili y Tudhaliya, son citados. De ahí la posibilidad de que el tercero, el innominado padre de Tudhaliya, fuera Himuili. Le agradezco al profesor Gurney esta sugerencia. Freu (1955, 137) asume que Tudhaliya venía de una familia diferente. Si fuera así es difícil comprender por qué Kantuzzili e Himuili, después de asesinar a Muwatalli, habrían apoyado el acceso al trono de un extraño, particularmente si ellos mismos eran hijos del anterior rey «legítimo». Para obtener su apoyo Tudhaliya habría tenido que ser, casi con toda certeza, un miembro de la legítima familia real. Por esa época, Kantuzzili e Himuili probablemente fueran de avanzada edad y podrían haber llegado a un acuerdo para elevar al hijo de uno de ellos a la realeza. Un hombre más joven sería visto con mayores perspectivas de llevar un renovado vigor a la vieja línea dinástica y a las demandas de la monarquía en período tan inestable. También estaba libre de la mancha de asesino, aparentemente, y así obtendría seguramente mejor aceptación de los partidarios de Muwatalli.

del antiguo rey Huzziya, entonces la subida al trono de Tudhaliya marcaba la devolución de la monarquía a la familia en cuyas manos estaba antes de que fuera tomada por Muwatalli. El reinado de Muwatalli no habría sido más que un breve interludio en la historia de una dinastía real, cuya posesión del poder contaba con pocas interrupciones a través de los tiempos, tanto del Antiguo como del Nuevo Reino⁶.

¿CUÁNTOS GOBERNANTES EN LOS PRINCIPIOS DEL REINO NUEVO?

Antes de embarcarnos con Tudhaliya en su carrera como rey de los hititas debemos tocar brevemente uno de los más complejos y controvertidos problemas de la historia hitita. ¿Cuál fue la línea sucesoria de los gobernantes de principios del Reino Nuevo? Comenzando por Tudhaliya, ¿cuántos reyes hubo antes de la subida al trono de Suppiluliuma I? Éste es un caso particular en el que los investigadores se sienten intensamente por la ausencia de una lista de reyes fiable. Hay un amplio rango de incertidumbres y de posibilidades y se ha generado mucha literatura erudita sobre este punto. Pero, en el momento de escribir esto, el asunto permanece sin resolver. Todo lo que podemos decir con certeza es que el primer Tudhaliya precedió a Suppiluliuma en tres generaciones. Pero las opiniones difieren marcadamente en el número de reyes que ocuparon el trono en ese período. Por ejemplo, los acontecimientos de principios del Reino Nuevo que están asociados con el nombre de Tudhaliya ¿se asignarían a uno o a dos reyes llamados así?⁷ El asunto aún se complica más por la posibilidad de varias coregencias durante el mismo período.

Deberán conseguirse pruebas adicionales antes de que se pueda alcanzar una solución al problema que satisfaga a todos los especialistas. Por el momento, y para los fines de este libro, parece lo mejor asumir un número mínimo de reyes —aquellos cuya existencia está fuera de duda— y asignar todos los acontecimientos registrados de este período a sus reinados. Así, asumiremos que solamente hubo un gobernante en los principios del Reino Nuevo llamado Tudhaliya, en el entendimiento de que tal presupuesto puede ser invalidado perfectamente por nuevas pruebas. Para tener en cuenta esta posibilidad y con-

⁶ Así, Klinger (1995, 95-96, n. 81).

⁷ Véase Beal (1986, 442, n. 87) para la discusión de varias propuestas para separar a Tudhaliya en dos reyes con ese nombre.

servar la convencional numeración de los últimos reyes llamados Tudhaliya, nos referiremos al primero así llamado como Tudhaliya I/II.

TUDHALIYA MARCHA HACIA OCCIDENTE

Tan pronto como su situación en el trono fue segura, Tudhaliya se aplicó enérgicamente a la tarea de reafirmar la posición de Hatti como una de las principales potencias del Oriente Próximo. La labor era formidable. Hatti había dejado de tener una influencia efectiva en Siria desde las campañas de Mursili I en la región. Y, por el momento, el norte de Siria se encontraba bajo el firme control del rey de Mitanni, Saustatar I. Por lo menos, una de las rutas principales de los hititas hacia Siria había sido cortada por la alianza de Kizzuwadna con Mitanni y la pérdida de ciudades súbditas en las regiones fronterizas.

Pero antes de considerar la recuperación de los territorios hititas perdidos en el sudeste, o una nueva expedición a Siria, Tudhaliya tenía que dirigir su atención en la dirección opuesta. En el oeste de Anatolia se estaba desarrollando una peligrosa situación que, en último término, amenazaba a los territorios sometidos a los hititas que limitaban el reino por el sur. No podría proyectarse ninguna empresa militar considerable en Siria hasta que no se hubiera hecho frente, definitivamente, de los peligros de occidente.

Durante el Reino Antiguo, los hititas habían limitado su implicación en los asuntos de la Anatolia occidental. En realidad, su única actividad atestiguada en el oeste sucedió en el reinado de Hattusili I. Con Tudhaliya, sin embargo, los ejércitos hititas emprendieron una serie de grandes campañas en la región. Hubo importantes razones estratégicas para hacerlo así. Individualmente, los países del oeste carecían de recursos para cualquier incursión significativa en el territorio hitita. Pero eran proclives a la formación de confederaciones militares. Y cuando los países de Arzawa llegaron a implicarse, el oeste, más tarde, plantearía tan serias amenazas para Hatti como los hurritas en el sudeste y los kaskas en el norte⁸. Dentro de este contexto, las campañas de Tudhaliya en el oeste fueron, quizás, de naturaleza preventiva, diseñadas para romper las federaciones recientemente formadas o para pacificar o intimidar a los estados de la región antes de que cualquier amenaza a Hatti alcanzase proporciones peligrosas⁹.

⁸ Cfr. Yakar (1993, 6-7).

⁹ Para más información sobre esto, véase Bryce (1986b, 3-4).

En la época de la subida al trono de Tudhaliya, las fuerzas del oeste podían haber estado ya efectuando razias para preparar un ataque mayor a los territorios meridionales pertenecientes al reino hitita¹⁰. Arzawa figuraba ostensiblemente entre las fuerzas occidentales que, probablemente, se habrían reunido bajo su caudillaje. Pero se encontraron en Tudhaliya un oponente formidable. El rey condujo sus tropas en una serie de devastadoras campañas militares dentro de los territorios de sus enemigos. Los países que pertenecían a las Tierras de Arzawa estuvieron entre los primeros objetivos de esas campañas —Arzawa Menor, el País del Río Seha, Hapalla. Pero junto a ellos había otros países y ciudades occidentales —Sariyanda, Uliwanda, Parsuhalda en la primera campaña, y posteriormente, el País del Río Limiya, Apkuisa, Pariyana, Arinna, Wallarima, Halatarsa. Todos sucumbieron ante la embestida hitita.

Como una consecuencia de la conquista, Tudhaliya trató de eliminar, o siquiera de minimizar, el riesgo de nuevas hostilidades en la región llevando hasta Hattusa desde las tierras conquistadas gran número de soldados y de carros, incluyendo quinientos tiros de caballos. Éste es uno de los primeros ejemplos conocidos en la historia hitita de una práctica que fue adoptada con regularidad por los reyes posteriores.

Mucha de nuestra información acerca de ésa y de otras campañas en Anatolia en las que se ocupó Tudhaliya procede de los restos de los *Anales* del rey¹¹. Se refieren a las cuatro campañas sucesivas dirigidas por Tudhaliya, comenzando por la conquista del País de Arzawa. Esta conquista, lejos de pacificar el oeste, simplemente sirvió para provocar nuevas actuaciones. En efecto, apenas se había asentado el polvo de la campaña de Arzawa cuando Tudhaliya tuvo que enfrentarse a una nueva y mayor amenaza en el oeste. En esta ocasión, veintidós países se aunaron para formar una alianza militar antihitita:

Pero cuando yo volví a Hattusa, entonces esos países declararon la guerra contra mí: [...]jugga, Kispuwa, Unaliya, [...], Dura, Halliwa, Huwallusiya, Karakisa, Dunda, Adadura, Parista, [...]; [...]waa, War-siya, Kuruppiya, [...]luissa (o Lusa), Alatra (?), Monte Paturina, Pa-

¹⁰ Noticias de las revueltas en el país hitita podían haber proporcionado el detonante de esta acción.

¹¹ Éstos incluyen los textos paralelos KUB XXIII 11//12 (CTH 142.2), ed. Carruba (1977a, 158-163), también trad. por Garstang y Gurney (1959, 121-123). El texto fragmentario KUB XXIII 27 es asignado también, habitualmente, a esos *Anales*, pero probablemente pertenezcan a una época posterior, quizás al reinado de Tudhaliya III; cfr. Košak (1980a, 164).

suhalta, [...], Wilusiya, Taruisa. [Esos países] con sus guerreros se reunieron... y dirigieron su ejército contra mí (*Anales*, v. 13^o-21^o, adaptado de la trad. de Garstang y Gurney [1959, 121-122]).

Tudhaliya atacó a las fuerzas reunidas en un asalto nocturno:

Yo, Tudhaliya, llevé mis fuerzas por la noche y rodeé al ejército enemigo. Los dioses me entregaron su ejército, la diosa Sol de Arinna, el dios Tormenta del Cielo, el Genio Protector de Hatti, Zababa, Istar, Sin, Lelwani. Yo derroté al ejército del enemigo y entré en su país. Y desde cualquier país que hubiera llegado un ejército a la batalla, los dioses fueron delante de mí, y los países que yo había mencionado, que declararon la guerra, los dioses me los entregaron. A todos esos países yo los vencí. La población conquistada, bueyes, ovejas, las posesiones del país yo me las llevé a Hattusa. Entonces, cuando hube destruido el País de Assuwa, me volví a casa, a Hattusa. Y un botín de 10.000 soldados de a pie y 600 tiros de caballos para carros, junto con los «señores de la brida» lo llevé a Hattusa y los asenté en Hattusa (*Anales*, r. 22^o-36^o, adaptado de la trad. de Garstang y Gurney [1959, 122]).

Por la referencia a la destrucción del País de Assuwa, aparentemente un término colectivo que abarcaba todos los países mencionados más arriba, la coalición enemiga es conocida habitualmente como la Confederación de Assuwa¹². El grupo de estados que formaba la confederación se encontraba, probablemente, en el extremo occidental de Anatolia, abarcando parte, al menos, de la costa egea. Algunos especialistas creen que Assuwa es el origen del nombre grecorromano de Asia, llamando la atención sobre el hecho de que la provincia romana de Asia estaba centrada, originalmente, en esa región¹³. Si el primer nombre de la lista [...]ugga puede restaurarse como [L]ugga (=Lukka)¹⁴, entonces, la confederación podía muy bien haberse extendido por el sur hasta la clásica región de Licia, parte del país del pueblo de Lukka en la Edad del Bronce. Se ha hecho hincapié, fre-

¹² Jewell (1974, 286) observa que solamente cuatro textos mencionan al País de Assuwa KUB XXIII 11 + 12 (CTH 142), KUB XXIII 14 (CTH 211.5) y KUB XIII 9 + KUB XL 62 (CTH 258).

¹³ Jewell (1974, 288, n. 3) cita a especialistas que prefieren esa procedencia y otros más cautos al respecto. Véase, también, Güterbock (1986, 40, n. 20), Ünal, Ertekin y Ediz (1991, 52).

¹⁴ Así Garstang y Gurney (1959, 106), pero véase Huxley (1960, 33) que prefiere la recomposición como [Ard]ugga.

cuentemente, en los dos últimos nombres de la lista —Wilusiya y Taruisa— con la sugerencia de que eran la forma hitita de los nombres griegos (W)ilios (Ilíon) y Tiroia (Troya)¹⁵. Volveremos a esto posteriormente, en el capítulo 14.

La victoria hitita fue tan decisiva que la confederación nunca volvió a formarse. Y para asegurarse de que los países que la habían constituido no plantearían futuras amenazas para los intereses hititas, Tudhaliya trasladó diez mil soldados y seiscientos tiros de caballos junto con la elite del contingente de carros hasta Hattusa, para su reasentamiento en el país.

El botín de la batalla de la campaña de Assuwa puede haber incluido la larga espada de bronce descubierta en 1991 cerca de la Puerta del León en Hattusa¹⁶. La inscripción de la espada, datada por motivos de estilo en torno al período en que reinaba Tudhaliya, indica que el arma fue dedicada por Tudhaliya al dios Tormenta tras una victoria sobre Assuwa¹⁷. Esta referencia a Assuwa en la inscripción y la probabilidad de que la espada fuese fabricada en algún taller del oeste de Anatolia/Egeo¹⁸, podría indicar, perfectamente, que fue parte del botín de la campaña de Assuwa¹⁹.

AMENAZAS DESDE EL ESTE Y EL NORTE

Los triunfos de Tudhaliya en el oeste tuvieron corta duración y, de hecho, se lograron a un considerable coste. La concentración de las fuerzas hititas en el oeste dejó al país peligrosamente expuesto a los enemigos que habitaban las regiones cercanas a las fronteras norte y este. Las tribus kaskas de la región del Ponto estaban prontas a sacar

¹⁵ Detalles del cuenco de plata, el cual es de origen o procedencia desconocido, han sido publicados por J. D. Hawkins, «A Hieroglyphic Luwian Inscription on a Silver Bowl in the Museum of Anatolian Civilizations, Ankara», *Anatololu Medeniyetleri Musezi*, 1996 Yilligi, Ankara, 1997. Lleva dos inscripciones jeroglíficas, una de las cuales se refiere a la conquista de un lugar llamado Tarwiza por un rey Tudhaliya. Es tentador unir esto con la conquista de Taruisa (y otros países occidentales) de los *Anales* de Tudhaliya. Esto, sin embargo, haría la inscripción, con mucho, la más temprana conocida de las jeroglíficas, aparte de las que aparecen en los sellos —si los *Anales* han sido correctamente asignados al primer rey llamado Tudhaliya.

¹⁶ Sobre el punto de hallazgo y su contexto arqueológico, véase Neve (1993, 648-652).

¹⁷ La inscripción ha sido publicada por Ünal en Ünal, Ertekin y Ediz (1991, 51).

¹⁸ Neve (1993a, 651).

¹⁹ Véase Ertekin y Ediz (1993) que se refieren, también, a otra espada inscrita que ha sido encontrada en la región de Diyarbakir y posiblemente pertenezca al período de las colonias asirias, tratado por Güterbock (1965).

provecho de la situación. «Entonces, mientras que yo, Tudhaliya, el Gran Rey, estaba peleando en el País de Assuwa, a mi espalda, las tropas de los kaskas tomaron las armas y entraron en el País de Hatti y devastaron la comarca» (*Anales* v. 9^o-12^o, trad. Garstang y Gurney [1959, 122]).

En esta ocasión la crisis fue rápidamente atajada por Tudhaliya a su regreso a Hattusa. En primer lugar expulsó a los enemigos de su país, luego los persiguió en su propio territorio, donde derrotó a sus fuerzas combinadas, desembocando así en la siguiente campaña con nuevas conquistas en la tierra de los kaskas. El problema kaska se mantendría presente a lo largo del reinado de Tudhaliya y del de su sucesor Arnuwanda, como se refleja en la extensa correspondencia dedicada a asuntos kaskas en el archivo de Mašat²⁰.

De momento, un año de respiro entre batallas permitió a Tudhaliya y a sus tropas recuperar fuerzas para atender todavía a otra gran amenaza a Hatti —esta vez en la frontera oriental. Ahí se sitúa el reino de Isuwa, entre el extremo oriental de los territorios de Hatti y el reino de Mitanni, en la región de la moderna provincia turca de Elazığ²¹. Ocupaba una posición de considerable valor estratégico en el contexto de la lucha por el poder entre Hatti y Mitanni y su lealtad fluctuaba entre ambos.

Anteriormente, aún en el reinado de Tudhaliya, había tomado las armas, según parece, contra Hatti con el apoyo de Mitanni²². Tudhaliya había conseguido aplastar la rebelión y presumiblemente restableció el control hitita sobre Isuwa. Pero algunos de los rebeldes escaparon a su autoridad buscando refugio en Mitanni. Envío a pedir al rey de Mitanni su extradición. La demanda fue rechazada:

La gente de Isuwa huyó ante Mi Sol y bajó al País de Hurri. Yo, Mi Sol, mandé aviso al hurrita: «Extradita a mis súbditos.» Pero el hurrita envió su recado a Mi Sol como sigue: «¡No! Esas ciudades, anteriormente, en los días de mi abuelo, habían venido al País de Hurri y se habían asentado aquí. Es cierto que después volvieron al País de Hatti como refugiados. Pero ahora, finalmente, el ganado ha

²⁰ Cfr. Klinger (1995, 103) quien observa que las cartas de Mašat (que como el resto del archivo puede datarse en su mayor parte, si no en la totalidad, en los reinados de Tudhaliya I/II y de Arnuwanda I) atañen, principalmente, al problema kaska. El archivo ha sido publicado por Alp (1991). Véase, también, Beckman (1995a, 23-26).

²¹ Véase Del Monte y Tischler (1978, 155).

²² A juzgar por la referencia en los *Anales* de Tudhaliya al rey de Hurri en asociación con la acción militar de Isuwa contra Hatti, KUB XXIII 11/12 v. 27^o-34^o.

elegido su establo, ellos, definitivamente, han venido a mi país.» Así que el hurrita no extraditó a mis súbditos a mí, Mi Sol (KBo 15 [CTH 41] 10-20, adaptado de la trad. de Goetze [1940, 37]).

Posteriormente, las tropas hurritas invadieron, saquearon y se dieron al pillaje en Isuwa²³, sin duda eligiendo como blanco a ciudades y comarcas que habían permanecido fieles a Hatti. Tudhaliya habría sido incapaz de prevenirles, ya que tenía empeñadas sus fuerzas en una campaña militar en otra parte, probablemente en el norte o en el oeste. Fue solamente entonces, quizás después de sus conquistas en el norte de Anatolia y en las tierras de los kaskas, cuando pudo dirigir su atención hacia Isuwa. Por cuanto podemos juzgar a partir del fragmentario pasaje de los *Anales* que recoge su campaña en Isuwa, consiguió restablecer el control hitita sobre la región. Pero sólo temporalmente. Isuwa continuó siendo uno de los territorios sometidos más díscolos y permaneció firmemente promitannio en sus lealtades. Fue más tarde, al unirse al ataque sobre territorio hitita cuando el reino estuvo cerca de su total destrucción²⁴.

Las campañas de Tudhaliya en Isuwa habían fracasado en cuanto a proporcionar cualquier seguridad duradera en la región. Las fronteras orientales del país permanecieron peligrosamente vulnerables a la invasión de Mitanni y de sus aliados.

EL CORREGENTE DE TUDHALIYA

Por lo menos algunas de las campañas de Tudhaliya en Anatolia fueron dirigidas conjuntamente con el hombre que había de sucederle en el trono, Arnuwanda, el primero de los tres reyes de su nombre. Ya en el reinado de Tudhaliya, Arnuwanda era nombrado como «Gran Rey»²⁵, lo que debe entenderse como que Tudhaliya le hizo corregente²⁶. Tanto las pruebas textuales como las improntas de sellos representan a Arnuwanda como el hijo de Tudhaliya²⁷. Fue también el marido

²³ KBo 15 20-23.

²⁴ Más sobre las relaciones entre los hititas e Isuwa en Klengel (1968).

²⁵ KUB XXIII 25 (CTH 143) II 12, 14, 27, III 20.

²⁶ Cfr. Houwink ten Cate (1970, 58), Carruba (1977b, 177, n. 7).

²⁷ Para improntas de sellos que asocian a Arnuwanda con Tudhaliya, véase SBo 1, 44, núm. 76 (= Beram [1967, 33, núm. 153]); véase, también, Boehmer y Güterbock (1987, 81-82, núm. 253), *Seal of Arnuwanda, the Great King, Son of Tudhaliya, the Great King*.

de Asmunikal, de la que sabemos por otra impronta de sello que era hija de Tudhaliya y de su mujer Nikkalmati²⁸. Esto ha hecho arquear las cejas a algunos estudiosos, puesto que los matrimonios entre hermanos estaban estrictamente prohibidos en el mundo hitita. La explicación más lógica es que Tudhaliya adoptase al marido de su hija como hijo suyo antes de hacerle su corregente y posterior sucesor al trono²⁹. La provisión de que un yerno sucediese al rey en el trono estaba claramente expresada en el *Rescripto de Telepinu*.

Arnuwanda se mostró como un leal y efectivo compañero de armas del anciano rey y, sin duda, representó un papel principal en los posteriores triunfos militares. Sabemos algo de su papel por los fragmentos que quedan de sus propios *Anales*³⁰. Muy probablemente tratan en buena parte de los mismos acontecimientos que los *Anales* de Tudhaliya, y proporcionan una información algo más detallada sobre las campañas contra Arzawa³¹. Por ejemplo, sabemos por los *Anales* de Arnuwanda de acciones emprendidas contra el rey de Arzawa Kupanta-Kurunta, su derrota por los hititas y su evasión de sus aprehensores³². Los hititas tendrían buenas razones para lamentarlo. Esto sale a la luz dentro del contexto de las actividades de Madduwatta —uno de los más astutos y, según parece, más carente de escrúpulos de los vasallos hititas.

LAS HAZAÑAS DE MADDUWATTA

Nuestra principal fuente de información sobre las andanzas de Madduwatta es un documento al que se cita habitualmente como la *Acusación de Madduwatta*³³. Datado originalmente en el reinado de Tudhaliya IV y de su hijo Arnuwanda III, en los finales del Reino Nuevo, éste es uno de los varios documentos que han sido reasignados a los dos primeros reyes de esos nombres (véase el Apéndice I). Así, las

²⁸ SBo 1, 31-32, núm. 60; 44, núm. 77 (= Beran [1967, 34, núm. 162; 33, núm. 152 respectivamente]).

²⁹ La solución ha sido propuesta por Beal (1983, 117) y apoyada por Beckman (1986, 23).

³⁰ Supervivientes en una copia tardía, KUB XXXIII 21 (CTH 143); véase Carruba (1977a, 166-171); Freu (1987, 135-143).

³¹ Véase Houwink ten Cate (1970, 57-59); Easton (1984, 23); Freu (1987, 138). Sin embargo, Jewell (1974, 273-275) adopta el punto de vista de que los dos conjuntos de *Anales* tratan de acontecimientos distintos cronológicamente.

³² KUB XXXIII 21 II 1'-32'.

³³ KUB XIV 1 + KBo XIX 38 (CTH 147), ed. Goetze (1927).

actividades de Madduwatta, que antaño se creyó que reflejaban la debilidad e ineficacia del reino hitita no mucho antes de su hundimiento total, podría considerarse ahora que reflejan las dificultades experimentadas por los dos primeros reyes del Reino Nuevo.

La *Acusación* está en forma de carta escrita por el corregente y sucesor de Tudhaliya, Arnuwanda. Madduwatta, el destinatario de la carta, había huido de su propio país con su familia y un séquito de tropas y carros, aparentemente por una disputa con Attarsiya (Attarissiya), identificado en la carta como el «Hombre de Ahhiya». Ésta es la más antigua referencia que se tiene de Ahhiya(wa) en los textos hititas³⁴. La posición de este Hombre de Ahhiya es incierta, pero la designación sugiere que era un individuo de Ahhiyawa que había establecido una base en el oeste de Anatolia, más que un rey (LUGAL) del País de Ahhiyawa reconocido oficialmente. Tenía a su disposición un pequeño ejército de infantería y cien carros, posiblemente de origen anatólico.

El país de origen del propio Madduwatta no está claro, aunque casi con toda seguridad estaría en la Anatolia occidental³⁵. Cualquiera que fuese su ubicación, Madduwatta era, obviamente, un hombre de cierta importancia a juzgar por el sustancial séquito que le acompañó al exilio (se mencionan mujeres, hijos, tropas y carros) y, también, por los esfuerzos que hizo Attarsiya por ir en su busca y vengarse de él. Escapó a la captura de Attarsiya y buscó, y le fue concedido, refugio con Tudhaliya.

Tudhaliya propuso primero instalarle como gobernante vasallo en el montañoso País de Hariyatī, que parece que estaba cercano a la frontera hitita del oeste o sudoeste. Pero Madduwatta declinó la oferta y se asentó, en cambio, en el montuoso País de Zippasla. Cabe poca duda de que la elección la realizó Tudhaliya con un determinado objeto, seguramente de tipo estratégico. La buena disposición con la que Tudhaliya se comprometió con una ubicación alternativa indicaría que ambas debían de encontrarse en la misma zona general³⁶. Con todo, es una interesante indicación del poder negociador que poseía Madduwatta. De hecho, se nos dice después en el texto que Tudhaliya también cedió a su nuevo vasallo un territorio adicional, conocido como País del Río Siyanti, que, probablemente, se convirtió en una exten-

³⁴ La forma corta (la más antigua) Ahhiya aparece solamente aquí y en el texto oracular KBo XVI 97 (CTH 571.2). Véase Güterbock (1983a, 184); Gurney (1990, 38).

³⁵ Su nombre recuerda el de los reyes lidios del I milenio, Alyattes y Sadyattes; cfr. Freu (1987, 123; 1990, 7).

³⁶ Para un punto de vista contrario, véase Houwink ten Cate (1970, 63, n. 37).

sión de su feudo original³⁷. El territorio adicional puede haber sido una concesión posterior hecha a Madduwatta en un intento de refrenar sus ambiciones territoriales sobre otros lugares.

Inicialmente, la instalación de Madduwatta como vasallo hitita debió parecer una jugada prudente. Prestaba a Tudhaliya la oportunidad de establecer un nuevo estado vasallo en la periferia del territorio sometido a los hititas y en la proximidad de Arzawa, con un núcleo de población hecho a la medida, que incluía tropas y carros. El nuevo vasallo no tenía lazos políticos o personales con los países de la región. Podía esperarse, razonablemente, que mantendría su lealtad para con su señor hitita, quien le había protegido y concedido sustanciales favores. Además, Tudhaliya probablemente aumentó las fuerzas militares bajo su mando para asegurar la adecuada defensa del nuevo territorio vasallo.

A cambio, la situación de vasallaje de Madduwatta le imponía ciertas obligaciones respecto a su señor, particularmente obligaciones militares:

Cualquiera que sea un enemigo para el padre de Mi Sol³⁸ y para el País de Hatti debe ser un enemigo también para ti, Madduwatta. Y como yo, el padre de Mi Sol, lucharé resueltamente contra él, tú también le combatirás resueltamente, Madduwatta, y tus hijos igual (*Acusación* § 6, r. 28-30).

Madduwatta también estaba obligado a entregar a cualquier culpable de actuación o conducta sediciosa:

Cualquiera que diga una mala palabra ante ti, sea que alguien diga una palabra inamistosa o sea que alguien abuse del rey o del hijo del rey, a esa persona no la debes ocultar. Envía un mensaje a Mi Sol y coge al hombre y envíalo al padre de Mi Sol (*Acusación* § 7, r. 37-39).

Obligaciones similares fueron estipuladas regularmente por los reyes hititas posteriores en los tratados que firmaban con los gobernantes vasallos.

Pero pronto quedó claro que Madduwatta tenía ambiciones propias que no se conformaban con los términos de su nombramiento y

³⁷ Aunque Garstang y Gurney (1959, 92) sugieren que el País del Río Siyanti era otro nombre de Zippasla, probablemente deberían diferenciarse; cfr. Houwink ten Cate (1970, 64).

³⁸ Esto es, Tudhaliya, el padre o padre adoptivo de Arnuwanda, autor del texto.

que le llevaron una y otra vez a violar el juramento de lealtad a su señor. Parecía atento a labrarse para sí mismo un pequeño reino con los estados del oeste de Anatolia, algunos de los cuales, al menos, parecen haber sido, nominalmente, súbditos de Hatti. La carta de Arnuwanda protesta enérgicamente de la conducta caprichosa de su vasallo —sus traiciones, su abuso del poder, su flagrante desafío a los términos de su acuerdo— tanto en el reinado de Tudhaliya como posteriormente en el propio reinado del autor.

Posiblemente no mucho después de su instalación como gobernante vasallo, Madduwatta realizó su primera «ofensa» con la invasión del territorio de Kupanta-Kurunta, rey de Arzawa. Él pretendía que su actuación estaba justificada ya que Kupanta-Kurunta era, después de todo, un declarado enemigo de los hititas. Pero su acción era una violación directa de los acuerdos con Tudhaliya, como señalaba Arnuwanda:

Tú, Madduwatta, violaste el juramento al padre de Mi Sol. El padre de Mi Sol te había dado el montañoso País de Zippasla como morada, y te puso bajo el siguiente juramento: «¡Mira! Yo te doy el montañoso País de Zippasla. Ahora tú debes vivir allí. Además, tú no debes ocupar otras tierras.» Y Madduwatta tomó todo el país y junto a sus propias tropas levantó fuerzas en gran número y marchó contra Kupanta-Kurunta a dar batalla (*Acusación* § 8, r. 42-45).

Al realizar esta acción, contra las órdenes expresas de su señor, Madduwatta se equivocó gravemente al calcular la fuerza de la oposición. La expedición contra Arzawa terminó en desastre. Su ejército fue destruido, su territorio invadido y ocupado por Kupanta-Kurunta y él se vio obligado a huir para salvar la vida. Esto pudo llevar su carrera a un final ignominioso y merecido. Pero entonces, Tudhaliya desplegó la notable indulgencia que caracterizaría las relaciones, tanto de él como de su hijo, con Madduwatta. Las tropas hititas acudieron al rescate, obligaron a Kupanta-Kurunta a retirarse a sus propias tierras y obtuvieron de él un sustancioso botín³⁹. Tudhaliya repuso a Madduwatta en su trono vasallo y le hizo un regalo del botín de la batalla. Así, salía del asunto con su posición intacta y, en realidad, considerablemente mejor de lo que tenía derecho a esperar. Al menos, ésa es la interpretación que hace

³⁹ Forrer (1937, 175) sugirió la posible identificación de los acontecimientos descritos aquí con la derrota de Kupanta-Kurunta narrada en los *Anales* de Arnuwanda (véase más arriba). Véase, también, Houwink ten Cate (1970, 59); Freu (1987, 124).

Arnuwanda del desarrollo de los acontecimientos. Desde luego, los reyes hititas se hicieron notar por, y en realidad se enorgullecían de, su aparente lenidad para con sus descarriados vasallos. Pero premiar a un vasallo por desafiar las instrucciones explícitas de su señor no tiene paralelo.

Aquí, en este episodio, parece que hay más de lo que resulta inmediatamente evidente. Deberíamos recordar que la carta a Madduwatta fue escrita retrospectivamente, cuando Arnuwanda, con el conocimiento del pasado, veía el ataque inicial del vasallo sobre Arzawa como el preludio de acontecimientos posteriores, y cuando él ya tenía claro que la intención de Madduwatta era la de hacerse con su propio reino en el oeste de Anatolia. Así, la actuación, que Tudhaliya habría considerado la primera vez como un exceso de celo por parte de un vasallo recientemente instalado, tomaba un tinte más ominoso a la luz de la conducta posterior del vasallo.

Además, en aquel momento, el ataque de Madduwatta a Arzawa planteaba una continua amenaza para la seguridad del territorio controlado por los hititas. El contraataque de Kupanta-Kurunta proporcionó a Tudhaliya la oportunidad y la excusa para infligir una resonante derrota a las fuerzas de Arzawa —supuestamente por la violación de territorios súbditos. Lo cierto es que, realmente, la consolidación de la posición de Madduwatta después del rechazo de las fuerzas de Arzawa sugiere la tácita aprobación de la actuación que su vasallo había emprendido, aunque sin su consentimiento. Pero observaremos que, a pesar de la derrota infligida a Kupanta-Kurunta, Tudhaliya no hizo intención de ocupar o de anexionarse su país. Efectivamente, queda claro por los hechos posteriormente narrados en la carta que Arzawa mantuvo su independencia.

Tudhaliya tuvo una posterior causa de queja. Madduwatta había sido muy impetuoso al llevar sus fuerzas contra el rey de Arzawa. Pero no emprendió ninguna acción, en absoluto, en ayuda de las fuerzas hititas cuando su viejo enemigo Attarsiya invadió el territorio hitita con el principal objetivo de capturarlo y matarlo:

Posteriormente, Attarsiya, el Hombre de Ahhiya, vino e intentó matarte, Madduwatta. Pero cuando el padre de Mí Sol oyó esto envió a Kishnapi, tropas y carros para dar batalla contra Attarsiya. Y tú, Madduwatta, no ofreciste resistencia a Attarsiya y huiste ante él (*Acusación* § 12, r. 60-62).

Las tropas de Attarsiya fueron rechazadas por el jefe hitita Kishnapi, aunque un oficial hitita, Zidanta, fue muerto en el choque. Una vez

más Madduwatta fue repuesto en su trono vasallo a pesar de su falta de intención de defender su propio territorio.

Tudhaliya debió percatarse entonces de que su vasallo no sería fiable en cuanto a hacer honor a sus obligaciones para con la región en la que había sido instalado. Por eso parece que Kisnapili y sus tropas recibieron la orden de permanecer allí, probablemente con la intención de que ejercieran algún tipo de vigilancia y control en la región y observaran de cerca a Madduwatta. El vasallo estuvo molesto, evidentemente, con la presencia hitita. Así que tramó su desalojo.

Se le presentó la oportunidad cuando dos ciudades, Dalawa y Hinduwa, que eran, al menos nominalmente, súbditas del rey hitita decidieron rebelarse⁴⁰. Madduwatta escribió a Kisnapili sugiriendo que él y el comandante hitita realizaran un doble ataque a las ciudades rebeldes; el propio Madduwatta atacaría a Dadawa y Kisnapili a Hinduwa y así impedirían que los rebeldes unieran sus fuerzas⁴¹. La felonía del vasallo pronto se hizo evidente. Marchó con sus tropas a Dalawa, pero en lugar de atacar la ciudad, persuadió a los habitantes para unir sus fuerzas a él y luego juntarse con las gentes de Hinduwa para efectuar un ataque combinado contra el ejército de Kisnapili. Inconsciente de esto, Kisnapili condujo sus tropas contra Hinduwa. Su ejército sufrió la emboscada de Madduwatta junto con tropas de Dalawa y el comandante hitita y su asistente, Partahulla, murieron.

Sorprendentemente, Tudhaliya parece no haber tomado represalias, lo que animó a Madduwatta a dar otro paso más en violación de la lealtad a su señor. Firmó entonces una paz con su en otro tiempo enemigo, el rey de Arzawa Kupanta-Kurunta. La paz fue reafirmada mediante la alianza matrimonial con la hija del rey⁴². Todavía una vez más rompió el juramento prestado a Tudhaliya. Una vez más, aún, protestó Tudhaliya. Madduwatta replicó que cuanto había hecho formaba parte de una aña-gaza para ganarse la confianza del rey de Arzawa y luego matarlo. ¿Confiaría el rey hitita, otra vez, en él? Desgraciadamente no conocemos su respuesta a causa del fragmentario estado del texto en este punto. El final del anverso de la tablilla y el comienzo del reverso se han perdido.

⁴⁰ Probablemente pertenecían al País de Lukka. En cuanto que los hititas apenas ejercían una autoridad directa en el oeste en este período, parece ser que Tudhaliya reclamó un cierto grado de control sobre algunas de las más pequeñas comunidades de la región, quizás como consecuencia de sus campañas en el oeste. Pero éste puede no haber requerido más que algún pago o tributo anual al rey como indica el § 24 de la *Acusación*.

⁴¹ *Acusación* § 13.

⁴² *Acusación* § 16.

Luego, cuando se reanuda el texto, encontramos a Tudhaliya haciendo, según parece, nuevas concesiones a su vasallo y redactando un nuevo contrato con él. Quizás aceptó la contestación de que la alianza con Arzawa era puramente el medio para un fin —un medio de ganar la confianza de Kupanta-Kurunta y luego disponer de él. Si es así, pudiera haber tolerado esta nueva violación de Madduwatta de los términos de su vasallaje, con la esperanza de que podría tener como resultado la remoción de uno de los más formidables enemigos de los hititas en el oeste, sin una directa implicación de Hattusa. Debemos ser precavidos y no dejamos engañar demasiado fácilmente por el tono ostensiblemente lastimero y ético que caracteriza a gran parte de la correspondencia diplomática hitita. Muchos de los reyes hititas fueron muy hábiles en el arte de la *Realpolitik* —una cualidad que puede quedar oscurecida por el suave, moralizante tono de sus comunicaciones escritas.

Por otro lado, los hititas encontraban en Madduwatta un experto en el arte de la manipulación política. En tanto que el gobernante vasallo había dado claramente la impresión de que su negociación con Kupanta-Kurunta estaba destinada a servir a los intereses hititas, su ulterior motivación se hizo patente cuando se adueñó de Arzawa, probablemente mediante una combinación de fuerza y diplomacia, y se lo anexionó para agrandar su propio reino. Todavía contaría con eludir la acción militar del rey hitita contra él. Aunque Tudhaliya se alarmaba cada vez más a la vista del giro que los acontecimientos estaban tomando cerca de las fronteras sudoccidentales de su reino, Madduwatta todavía mantenía la imagen estereotipada de un gobernante vasallo que reconocía el señorío hitita.

Incluso así, con cada nuevo paso que daba, corría el riesgo de empujar al rey hitita más allá de los límites de su tolerancia. Estuvo muy próximo a alcanzarlo con su acción sobre Hapalla. El reino de Hapalla, uno de los países pertenecientes al complejo de Arzawa, llegó a ser abiertamente hostil a Hatti, y Madduwatta, cuyo reino estaba próximo, fue llamado a pacificarlo en nombre del rey hitita, por entonces Arnuwanda. Tras algún retraso inicial, Madduwatta lanzó un ataque sobre Hapalla. La conquistó y la añadió a su propio reino⁴³, continuando sus hazañas con conquistas militares en las tierras de Lukka⁴⁴. A su vuelta de esos territorios puso sus miras en el País de Pitassa, donde consiguió de los ancianos que se apartaran de la obediencia hitita⁴⁵.

⁴³ Acusación § 22.

⁴⁴ Acusación § 24.

⁴⁵ Acusación § 26.

Con esas actuaciones Madduwatta estaba realizando graves incursiones dentro de los territorios sudoccidentales del reino hitita. El enfrentamiento militar parecía inminente. Amuwanda despachó un emisario hacia Madduwatta pidiendo la devolución de las tierras conquistadas: «El País de Hapalla es una tierra que pertenece a Mi Sol. ¿Por qué la has tomado? ¡Devuélvemela ya! (*Acusación* § 29, v. 56). Madduwatta aceptó devolver Hapalla, pero rehusó abandonar sus otras conquistas, o devolver los refugiados políticos a la autoridad hitita.

Finalmente, con gran parte del sudoeste de Anatolia bajo su control, fijó su atención en Alasiya, la isla de Chipre (o parte de ella). Mandó una expedición contra la isla, seguramente utilizando barcos proporcionados por las comunidades de Lukka que habían caído recientemente bajo su dominio. La gente de Lukka tenía una considerable capacidad marinera y, en tiempos posteriores, sabemos de razias de barcos de Lukka, tanto en las costas de Alasiya como en las de Egipto. La campaña de Alasiya parece haber sido llevada en colaboración con Attarsiya, el antaño enemigo de Madduwatta. Debió de haber una reconciliación —probablemente después de que Madduwatta hubiese adquirido el estatuto de un importante y casi independiente gobernante en el sudoeste de Anatolia. Attarsiya debió decidir que un hombre así merecía la pena ser cultivado. Con la aparente ayuda de Attarsiya, Madduwatta conquistó Alasiya. Hubo la predecible tormenta de protestas de Hattusa —y una moderada contestación de Madduwatta:

«El País de Alasiya es un país de Mi Sol y le paga tributo. ¿Por qué lo has tomado?» Pero Madduwatta le habló así: «El País de Alasiya fue devastado por Attarsiya y el hombre de Piggaya. Pero el padre de Mi Sol no me escribió a mí posteriormente, el padre de Mi Sol jamás me dio a entender: “El País de Alasiya es mío. ¡Déjalo así!” Si ahora Mi Sol pide que devuelva los prisioneros tomados en Alasiya, yo se los devolveré» (*Acusación* § 36, v. 85-89).

POLÍTICA HITITA RESPECTO AL OESTE

Aunque tengamos que hacer alguna concesión a prejuicios y distorsiones, la llamada *Acusación de Madduwatta* nos proporciona algunos atisbos importantes en los asuntos de estado en el oeste de Anatolia durante los reinados de Tudhaliya y Amuwanda. Entre las consecuencias de sus conquistas militares en el oeste, Tudhaliya hizo escasos intentos de establecer un control político sobre la región. La mayoría de los países de la Anatolia occidental mantuvieron su independencia,

con la aparente excepción de Hapalla, situada cerca de las Tierras Bajas hititas, y un cierto número de comunidades que parecen haber tenido el carácter de súbditos hititas. Más que comprometer fuerzas expedicionarias hititas en las continuas y finalmente inciertas campañas en el oeste, a expensas de la adecuada defensa de las fronteras del norte y del este del país, la política de Tudhaliya fue la de reforzar y extender la región fronteriza situada entre los países de la Anatolia occidental y la frontera sudoccidental del reino. La instalación de Madduwatta en el recientemente creado reino vasallo de Zippasla-País del Río Siyanti fue, probablemente, un elemento importante en esa política.

Debemos tratar de no confundir la desgana de los hititas para tomar parte más directamente en los asuntos del oeste de Anatolia, como ilustraba repetidamente la carta a Madduwatta, con debilidad e ineficacia. Su interés en el oeste estaba limitado casi totalmente a la protección de la frontera sudoccidental con la menor implicación y consumo de recursos posible. En este entendimiento podrían, perfectamente, haber encontrado políticamente oportuno ser conniventes con, y en algunos casos aprobar tácitamente, las actividades en la zona fronteriza de un vasallo emprendedor, incluso concediéndole territorios que podían tener una mínima relación, pero no gran importancia estratégica o material para Hatti.

Al evaluar los acontecimientos recogidos en la *Acusación*, deberemos recordar que el documento está totalmente escrito desde el punto de vista hitita. Una de sus más claras intenciones era representar al autor y a su padre como empeñados en el mantenimiento de la paz y la estabilidad, del orden y de la recta conducta en las regiones a las que llegaba su influencia. Además, al contraponer su propia conducta con la de Madduwatta, el documento intencionadamente y, en algún punto engañosamente, los hace aparecer en semipenumbra —dos, aparentemente, débiles y crédulos reyes que eran constantemente engañados y manejados por un vasallo hábil y carente de escrúpulos. Es eso lo que ha llevado a un estudioso a decir que bajo Arnuwanda, el poder hitita en el oeste no contaba para nada⁴⁶. Sin embargo, probablemente Madduwatta no fuese tan felón como lo presenta la carta, ni sus señores tan indulgentes e ineptos. Hay innumerables ejemplos en la historia en los que un gobernante protesta oficialmente por violaciones en los acuerdos y agresiones sin provo-

⁴⁶ Mellaart (1974, 503).

cación previa de una segunda parte contra otra tercera, en tanto que, silenciosamente, se condona e incluso se apoya esa acción si así interesa hacerlo.

Razonablemente, Madduwatta creyó, a pesar de las afirmaciones de Arnuwanda en contrario, que el acuerdo que había realizado con su señor hitita le otorgaba cierta libertad para perseguir sus propias ambiciones territoriales en el oeste, visto que él no violaba territorios reclamados por los hititas⁴⁷. En los casos en que esto se encontraba en discusión, él parecía presto a devolver los territorios que había conquistado si el rey hitita declaraba su soberanía sobre ellos, como en el caso de Hapalla y, probablemente, también de Alasiya. Sin embargo, mantuvo su posesión en territorios sobre los que los hititas no podían hacer una reclamación justificada. Así, Madduwatta parece haber sido menos traidor y maquiavélico que lo que pretendían inducirnos a pensar sus señores hititas. Sus actos pueden reflejar, en parte al menos, ciertas ambigüedades del acuerdo que suscribió con ellos, como qué iniciativas podía tomar sin dar cuenta a Hattusa. Quizás a la luz de estas experiencias, los reyes posteriores se cuidaron de que los derechos y poderes de los gobernantes vasallos estuviesen muy claramente establecidos y muy claramente limitados en los tratados que suscribían con ellos.

Los primeros reyes del Nuevo Reino tuvieron una opinión pragmática de la implicación hitita en el oeste de Anatolia. La región consistía en un gran y heterogéneo complejo de estados y comunidades que diferían notablemente en su tamaño, carácter general y organización política. Aunque los hititas tuvieran los suficientes recursos humanos para establecer un control efectivo, al menos sobre los estados más importantes de la región, sin arriesgar su país frente a los enemigos situados al norte y sudeste de sus fronteras, carecían de la necesaria capacidad administrativa para la organización de tan grande e incómodo complejo dentro de una coherente y manejable estructura administrativa. En vista de esto, y del grado de implicación hitita en las regiones situadas al norte, este y sudeste de su país, es muy probable que en los comienzos del Reino Nuevo los hititas, intencionadamente, limitaran su intervención en los asuntos de Anatolia occidental a ocasionales operaciones militares en la región. Se emprendieron solamente en respuesta a amenazas al territorio hitita. Lo más que podía esperar Tudhaliya de su conquista en el oeste era que se mantuviese la región en un

⁴⁷ Cfr. Liverani (1990, 76-77).

estado de sometimiento durante el tiempo suficiente para permitirle concentrar sus recursos militares en otras regiones más importantes para los intereses de su reino.

ACONTECIMIENTOS EN SIRIA

El final de las campañas de Tutmosis III en Siria y la preocupación hitita por los asuntos de Anatolia proporcionaron una clara oportunidad al reino de Mitanni, ahora regido por Saustatar I, para reafirmar su control sobre los países del norte de Siria. Pero antes de aventurarse en esa tarea tenía que encargarse de Asiria. Temerosa de las crecientes ambiciones territoriales de su vecino, Asiria había establecido relaciones diplomáticas con Egipto⁴⁸.

Al hacerlo así se convertía en enemiga de Mitanni. Con la amenaza de una ofensiva directa de las fuerzas egipcias contra territorio mitannio ahora virtualmente eliminada, Saustatar se sintió lo suficientemente fuerte para acometer una invasión sobre Asiria. Atacó su capital, Assur, saqueándola y desvalijándola. Entre el botín había una puerta de oro y plata que llevó como trofeo a su población de Wassuganni, la capital de su reino⁴⁹. Con el dominio mitannio firmemente establecido sobre Asiria, Saustatar cruzó el Éufrates y barrió todo conforme avanzaba hacia la costa mediterránea. El señorío de Mitanni fue nuevamente establecido sobre los estados del norte de Siria, donde el predecesor de Saustatar, Parattarna, ya había mantenido su influencia. En esa época, Alalah (Alalah IV) estaba gobernada por Niqmepa, hijo de Idrimi, e incorporaba la antigua capital real Alepo.

Una vez que esos territorios estuvieron firmemente bajo control de Mitanni, Saustatar pudo dirigir su atención a las regiones situadas al sur. Puede ser que en ese momento estableciera una alianza con el rey de Kadesh, formando una especie de eje Mitanni-Kadesh, con esta última controlando el territorio sirio al sur de Alalah⁵⁰. Se estaba montando ya la escena de un conflicto hitito-mitannio en un teatro de guerra sirio.

⁴⁸ Véase Wilhelm (1989, 26).

⁴⁹ Como se indicaba en el tratado concluido años más tarde entre el rey hitita Suppiluliuma I y Sattiwaza de Mitanni, ésta fue posteriormente devuelta a los asirios por el rey mitannio Suttatara (Suttarna III), hijo de Artatama, durante el reinado de Suppiluliuma; KBo 13 (CTH 52) = PD, núm. 2, 38-39 r. 8-10.

⁵⁰ Véase Na'aman (1974, 270-272).

EL TRATADO DE SUNASSURA

Si cualquier desafío hitita al dominio de Mitanni en Siria quería tener posibilidades de éxito, Tudhaliya tenía que alcanzar primero un acuerdo con Kizzuwadna. Esto era esencial para el éxito de futuras campañas hititas en Siria, como lo fue en el pasado el dominio sobre Kizzuwadna o, al menos, la garantía de una benevolente neutralidad de su rey⁵¹ —para asegurar el paso sin impedimentos de una fuerza expedicionaria hitita a través del territorio de Kizzuwadna hacia Siria y que, tras haber llegado allí, no existiera riesgo de ser acuciado por la espalda por un estado promitannio del sudeste de Anatolia. Esto, muy probablemente, proporcionó el contexto del tratado que ha sobrevivido en fragmentarias versiones acadia e hitita que Tudhaliya estableció con el rey de Kizzuwadna, Sunassura⁵².

Por la introducción a la versión acadia del tratado sabemos que en los tiempos del abuelo del rey hitita⁵³, Kizzuwadna estaba al lado de Hatti⁵⁴, pero posteriormente se perdió para los hititas y volvió a su

⁵¹ Cfr. Wilhelm (1988, 367-368); Freu (1992, 47).

⁵² CTH 41. Para la versión acadia véase PD, núm. 7 88-111, Goetze (1940, 36-39 [introducción solamente]). Yo sigo a Beal (1986, 432-435) al asignar todos los fragmentos del tratado asociado al nombre de Sunassura a un único tratado y haciendo de Tudhaliya y no de Suppiluliuma I, como hasta ahora se hacía habitualmente, el otro signante del tratado; cfr. Wilhelm (1989, 368). Para un reciente punto de vista contrario, véase Freu (1992, 49).

⁵³ Esto es, Huzziya II si, como sugería más arriba, Tudhaliya era el hijo de Himuili y éste el hijo de Huzziya. La afirmación en la primera línea del tratado de Sunassura de que en tiempos del abuelo del autor, Kizzuwadna estaba alineado con Hatti sugiere que no se alió con Mitanni hasta al menos haber pasado parte del reinado de Huzziya. Véase también la nota siguiente.

⁵⁴ No está claro por las palabras del texto (KBo 15 r. 5-6) si Kizzuwadna había llegado a ser parte de Hatti o su aliado. Goetze (1940, 37) adopta la primera interpretación. La traducción de Beal «*Kizzuwadna was (on the side) of Hatti*» (1986, 433) implica la segunda. Wilhelm (1988, 368) simplemente traduce «Kizzuwadna das des Landes Hatti geworden (*sic*)». La alianza constatada en el tratado entre el predecesor de Huzziya, Zidanta II, y el rey de Kizzuwadna, Pilliya, pudo haber estado vigente, también, durante al menos la primera parte del reinado de Huzziya. [El posible error de interpretación estriba en la no diferenciación entre ser y estar, que por lo demás también ocurre en la traducción de Beal, pudiéndose interpretar «Kizzuwadna era de Hatti» o «Kizzuwadna estaba (del lado) de Hatti», en tanto que la expresión de Wilhelm puede traducirse como «Kizzuwadna pertenece ahora al estado de Hatti» (*N. del T.*)]

alianza con Mitanni⁵⁵. Ahora, nuevamente, había vuelto al redil hitita a pesar de las protestas del rey de Mitanni. Tudhaliya pregonó este hecho en el tratado, describiéndose a sí mismo como liberador de Kizzuwadna del despotismo de Mitanni:

Ahora el pueblo del País de Kizzuwadna es ganado hitita y eligió su establo. Se apartaron de los hurritas y mudaron su lealtad hacia Mi Sol. Los hurritas pecaron contra el País de Hatti, pero contra el País de Kizzuwadna pecaron particularmente. El País de Kizzuwadna se alegró muchísimo, realmente, con su liberación. Ahora, el País de Hatti y el País de Kizzuwadna están liberados de sus obligaciones. Ahora, yo, Mi Sol, he devuelto al País de Kizzuwadna su independencia (KBo 1 51 30-37 adaptado de la trad. de Goetze [1940, 39]).

De ahí en adelante, el País de Kizzuwadna permaneció firmemente ligado a Hatti. En realidad, en algún indeterminado momento posterior al tratado, fue anexionado al reino hitita y puesto bajo el directo gobierno hitita. Esto, de hecho, puede haber ocurrido con Tudhaliya todavía en el trono⁵⁶. En cualquier caso, con la conclusión de un tratado de alianza por parte de Tudhaliya y Sunassura, el camino hacia Siria quedaba abierto⁵⁷.

VUELTA A SIRIA

Los detalles de las nuevas iniciativas de los hititas en Siria son imprecisos. Pero parece que Tudhaliya intentó seguir los pasos de Hattusili y de Mursili I haciendo de Alepo su primer objetivo. Esta información procede del preámbulo histórico de un tratado firmado más de un siglo después por el rey hitita Muwatalli II con Talmi-Sarruma, rey vasallo de Alepo⁵⁸:

⁵⁵ Reflejada en el tratado de Pilliya con el vasallo mitannio Idrimi (véase el cap. 5).

⁵⁶ Así, Beal (1986, 439-440) quien, de forma provisional, sugiere que un pasaje fragmentario de los *Anales* de Arnuwanda (KUB XXIII, 21 r. 2-11) puede describir la anexión; cfr. Freu (1992, 47).

⁵⁷ En la lista de los reyes de Kizzuwadna se realiza una provisión para un rey llamado Talzu, conocido por un documento de concesión de tierras KUB LX 2 (CTH 641); véase Goetze (1940, 60-61). No es segura su posición en la lista, aunque probablemente sería el predecesor o un predecesor de Sunassura. Véase Beal (1986, 445); Freu (1992, 51).

⁵⁸ KBo 16 (CTH 75) = PD, núm. 6, 82-85; Goetze (1928-1929). Véase, también, Klengel (1964a, 1965b, 177-178, 183-185); Beal (1986, 441). Para una versión revisada del anverso 19-32, véase Na'aman (1980). El tratado, originalmente redactado por Mursili II se perdió y fue posteriormente rehecho por su hijo Muwatalli; véase Beckman (1996, 88).

Antiguamente, los reyes de Alepo poseían la Gran Realeza. Pero Hattusili (I), el Gran Rey, el rey del País de Hatti, completó (los días de) su reino⁵⁹. Después de Hattusili, el rey del País de Hatti, Mursili, el Gran Rey, nieto de Hattusili, el Gran Rey, destruyó la monarquía del País de Alepo y el País de Alepo. Cuando Tudhaliya, el Gran Rey, ocupó el trono real, el rey del País de Alepo hizo las paces con él (KBo 16 r. 11-16).

Esta última afirmación aclara que bajo Tudhaliya los hititas, una vez más, habían llegado a ser una fuerza principal en los asuntos del Oriente Próximo, y una seria amenaza para el dominio mitanni en Siria. La posición del hombre llamado rey de Alepo⁶⁰ era poco envidiable. Cogido en la contienda por la dominación de Siria entre dos grandes potencias, su lealtad hacia una significaría con certeza represalias de la otra. En su caso, primero hizo la paz con Hatti, pero luego, sin duda por presiones del rey de Mitanni, Saustatar, devolvió su lealtad a este reino (llamado Hanigalbat en el texto). Las represalias de Hatti llegaron inmediatamente:

El rey del País de Alepo se tornó e hizo las paces con el rey de Hanigalbat. Por esto, él (Tudhaliya) destruyó al rey de Hanigalbat y al rey de Alepo junto con sus tierras y saqueó la ciudad de Alepo (KBo I 6 r. 16-18).

Si aceptamos esta afirmación en su valor literal, el éxito militar de Tudhaliya fue de largo alcance en realidad, ya que incluía no solamente la conquista de Alepo, sino que se extendió también a la conquista de Mitanni. Pero, casi con seguridad, la amplitud del éxito hitita, particularmente contra Mitanni, se exageró. A pesar de su pretendida destrucción, el reino de Mitanni continuó ejerciendo su señorío sobre Siria durante muchos años aún⁶¹.

Aquí sigue un pasaje más bien confuso y reiterativo que se refiere al traspaso, en dos ocasiones, de ciudades y distritos del reino de Alepo a los reinos próximos de Nuhasse y Astata. Presumiblemente, esas ciudades y distritos caían dentro de las regiones fronterizas que el reino de Alepo compartía con Nuhasse hacia el sur, y con Astata, que es-

⁵⁹ Como se sugería en el cap. 4, esta extraña expresión probablemente signifique que Hattusili debilitó sustancialmente (más que llevarlo hasta su final) al reino de Alepo.

⁶⁰ Seguramente Niqmepa, hijo de Idrimi, cuyo reino de Alalah incluía la antigua sede real de Alepo.

⁶¹ Cfr. Klengel (1992, 347).

taba en la ribera occidental del Éufrates. Nuhasse y Astata apelaron primero, según parece, al rey de Mitanni para que les reasignaran los territorios que solicitaban. Así lo hizo mediante una acción punitiva contra Alepo por una «ofensa» que había cometido contra él⁶². Posteriormente se nos dice que el pueblo de Alepo, igualmente, cometió una ofensa contra un hombre llamado Hattusili, identificado como rey de Hatti. Diremos algo más sobre él más adelante. De nuevo las gentes de Nuhasse y de Astata apelaron, esta vez a Hattusili, requiriéndole que sus ciudades y distritos que pertenecían a Alepo debían serles transferidos. Nuevamente, su reclamación fue atendida⁶³. Si los territorios en disputa fueran los mismos en ambas ocasiones, entonces, presumiblemente, Alepo los habría recuperado sólo para perderlos otra vez cuando se hizo la segunda llamada a Hattusili.

No intentaremos aquí reordenar todos los detalles de lo que realmente ocurrió. Pero podemos referirnos brevemente al rey llamado Hattusili a quien dirigieron sus requerimientos Nuhasse y Astata. Los especialistas han descubierto suficientemente la identidad e historicidad de este rey, que ha sido descrito como el más «fantasmagórico de todos los dudosos reyes hititas», «un carácter extraordinariamente esquivo»⁶⁴. Aparentemente no se encuentra en las listas de ofensas reales, ni su existencia está firmemente atestiguada por otras fuentes. Se han hecho varios intentos para explicar la referencia a él en el «tratado de Alepo». La mayoría de ellos deben ser rechazados⁶⁵. Tenemos referencias a un Hattusili que era miembro de la corte real en esa

⁶² La naturaleza de esta ofensa y, consecuentemente, la ofensa cometida por Alepo contra el rey hitita no está clara. No hay una explicación que satisfaga a los investigadores modernos.

⁶³ KBo 16 r. 19-33. La interpretación del pasaje del texto que se sigue aquí es la de Na'aman (1980). Debería observarse, sin embargo, que tanto la lectura como la interpretación de este pasaje son problemáticas. Una traducción diferente en Astour (1989, 39).

⁶⁴ Astour (1989, 39, 41).

⁶⁵ Obsérvese la completa lista de propuestas citadas por Astour (1989, 40-41). A ellas podemos añadir la sugerencia de Carruba (1990, 552-553) de que Hattusili puede identificarse con Kantuzzili, uno de los asesinos de Muwatalli I. La propuesta de Otten (1968, 17-18) de que el documento se refiere aquí, retrospectivamente, a Hattusili I fue refutada por Güterbock (1970, 74) pero todavía la apoya Astour. Las principales razones para rechazar la propuesta de Otten son que las referencias a Astata y a Nuhasse durante el reinado de Hattusili I serían anacrónicas. Pero como Astour ha señalado (1972, 103-107; 1989, 45) ambos existían en esa época. El punto en cuestión es si su papel era suficientemente significativo ya en el babilónico antiguo (contemporáneo del reinado de Hattusili I), para ser compatible con la referencia a ellos en el tratado de Alepo (así Na'aman [1980, 39]).

época⁶⁶, y que puede haber sido el mismo hombre que el Hattusili que poseía el prestigioso cargo de GAL GĒŠTIN (jefe de los coperos) y sirvió como comandante militar en la región de los kaskas⁶⁷. Pero aún carecemos de pruebas definitivas de que alguna de esas referencias lo sea de algún rey de ese nombre. Incluso si hubo tal rey, puede que reinara muy brevemente, quizás solamente como corregente de Arnuwanda, después de la entronización de este último como único gobernante? Si es así, entonces los acontecimientos asociados con él en el tratado de Alepo deben de haber ocurrido algún tiempo después de la muerte de Tudhaliya.

Pero todo esto es especulación. Se necesitarán pruebas adicionales para que se haga nueva luz sobre este problema.

ARNUWANDA COMO ÚNICO GOBERNANTE

A su muerte, Tudhaliya dejó en manos de su corregente, Arnuwanda, una gran extensión de territorio sometido que abarcaba desde el sudoeste de Anatolia hasta la Alta Mesopotamia. Sin embargo, la estructura de poder que Tudhaliya había erigido seguía siendo frágil. En el sudoeste, Madduwatta había demostrado la relativa facilidad con la que un vasallo ambicioso podía desafiar a sus señores hititas, exponiendo una y otra vez la débil naturaleza de la autoridad hitita en la región. En el sudeste, los éxitos militares de Tudhaliya contra Mitanni y Alepo suponían poco más que un movimiento de apertura en la larga lucha entre Mitanni y Hatti por el dominio de Siria. Y en el norte, los acuerdos adoptados con los kaskas eran, en el mejor de los casos, convenientes a corto plazo, pero de ellos no se podía esperar que dieran una seguridad duradera a la parte norte del reino.

En efecto, varias oraciones, pronunciadas en nombre de Arnuwanda y de su reina Asmunikal, ilustran vívidamente la deteriorada situa-

⁶⁶ KBo XXXII 145, KBo XXXII 224, citados y discutidos por Klinger (1995, 89-90), quien comenta que ambos textos indican la existencia de un Hattusili en la corte real en esos tiempos, pero no aportan pruebas claras de quién fue el rey. Véase, también, la discusión de Klinger a KUB XXXVI 109 (CTH 275), ed. Carruba (1977b, 190-191), que también data de ese período y menciona a Hattusili, otra vez sin ninguna clara indicación de su precisa posición.

⁶⁷ Esto aparece en una «*Sammeltafel*», KUB XXVI 71 (CTH 1) IV v. 10' que también contiene la inscripción de Anitta y fragmentos de los *Anales* de Ammuna (?). Véase Beal (1992b, 347); Klinger (1995, 90).

ción del norte, donde algunos centros de culto hitita eran destruidos por los kaskas.

En el País de Nerik, en Hursama, en el País de Kastama, en el País de Serisa, en el País de Himuwa, en el País de Taggasta, en el País de Kammama (etc.) —los templos, que vosotros, los dioses, poseáis en esos países, los kaskas los han saqueado. Hicieron pedazos vuestras imágenes, dioses. Robaron la plata y el oro, ritones y copas de plata y de oro y de cobre, vuestros utensilios de bronce y vuestros vestidos; se repartieron esas cosas entre ellos. Dispersaron a los sacerdotes y a los sacerdotes sagrados, a las madres del dios, a los ungidos, a los cantores, a los cocineros, a los horneros, a los del arado y a los hortelanos y los hicieron sus esclavos [...] Así ha sucedido que en esas tierras nadie invoca vuestros nombres, dioses, nunca más; nadie os presenta los sacrificios que se os deben diariamente, mensualmente y anualmente; nadie celebra vuestras fiestas y procesiones. (Extracto de CTH 375, adaptado de la trad. de Goetze en Pritchard [1969, 369]).

Arnuwanda realizó todos los esfuerzos que pudo para estabilizar la parte más vulnerable de su reino, incluyendo una serie de tratados o acuerdos con los kaskas en el norte⁶⁸, y pactos con jefes militares estacionados en las regiones de Kinnara, Kalsma, Kissiya y Sappa, quienes juraron mantener la seguridad de sus regiones⁶⁹. En el sur se estableció un tratado con la ciudad de Ura, en la costa de Cilicia⁷⁰. Todos esos textos apuntan a un clima de creciente intranquilidad y desorden en los territorios que rodeaban al país y la necesidad de fuertes y completas medidas para combatirlo⁷¹.

Enfrentado a esos problemas, Arnuwanda parece que hizo numerosos intentos para reafirmar una imagen de gobernante fuerte que no toleraría desafíos a su autoridad. Un ejemplo específico lo constituye la actuación emprendida contra Mita, un vasallo hitita de la ciudad de Pahhuwa, situada cerca del Éufrates superior⁷². Mita se había casado con la hija de un declarado enemigo de Arnuwanda, un hombre llamado Usapa: «Y él volvió a Pahhuwa y violó los juramentos... y hasta contra Mi Sol y contra el País de Hatti pecó... y tomó a la hija del enemi-

⁶⁸ CTH 137-140.

⁶⁹ CTH 260, ed. von Schuler (1956, 223-233).

⁷⁰ KUB XXVI 29 + XXXI 55 (CTH 144). Véase Klengel (1965a, 226-228) para el texto; J. Houwink ten Cate (1970, 68); Gurney (1973b, 679).

⁷¹ Cfr. Houwink ten Cate (1970, 68).

⁷² Sobre su ubicación, véase Gurney (1992, 214).

go Usapa como su mujer» (KUB XXIII 72 (+) [CTH 146] r. 14-16, trad. Gurney [1984, 34]).

Siguieron nuevos actos de deslealtad. Probablemente no podían ser ignorados. Se exigía una actuación ejemplar. Arnuwanda, rápidamente, convocó una asamblea de delegados de Pahhuwa, Suhmá, el País de H[urri], Maltiya, Pittiyarik. Él resumió los delitos de Mita a los delegados y luego les informó de que había enviado un ultimátum a la ciudad de Pahhuwa pidiendo la extradición de Mita y su familia y sus bienes, y haciendo a esa ciudad responsable de la futura buena conducta de sus ciudadanos. Si Pahhuwa no se atenía a este ultimátum, las ciudades representadas en la asamblea fueron instruidas a través de sus delegados para iniciar inmediatamente una acción de castigo hasta tanto llegase el ejército hitita.

Y el día que yo oiga una palabra de deslealtad entre la gente de Pahhuwa, en ese día debéis marchar [a Pahhuwa (?)] y golpear duramente a Pahhuwa, castigarla a toda ella, hasta que el ejército de Mi Sol llegue. ¡Teñíos vuestras manos inmediatamente con la sangre de la gente de Pahhuwa! Quien no se manche sus manos con la sangre de Pahhuwa —yo, Mi Sol, no marcharé directamente contra Pahhuwa (?), sino contra ese hombre procederé inmediatamente (e) inmediatamente le mataré y así marcharé en batalla contra Pahhuwa (KUB XXIII 72 (+) r. 27-31, trad. Gurney [1948, 27]).

El documento que recoge los delitos de Mita tiene cierta similitud con la *Acusación de Madduwatta*. En ausencia de cualquier resultado conocido habría que preguntarse si la actuación de Arnuwanda en esta ocasión tuvo éxito. Pudo muy bien ocurrir que la deslealtad de Mita estuviese impulsada por Mitanni, ahora determinado a afirmar vigorosamente su reivindicación de ser la suprema potencia política y militar del Oriente Próximo.

MITANNI Y EGIPTO PACTAN

No sabemos lo que llegó a ser del rey de Mitanni, Saustatar, después de las conquistas de Tudhaliya en Siria. Pero, desde luego, siguió existiendo un reino de Mitanni independiente, incluso aunque parte de su territorio estuviera por algún tiempo sometido al gobierno hitita. Con Arnuwanda ocupado en la ingente tarea de intentar mantener su autoridad en sus propios territorios, este momento fue oportuno para que Mitanni emergiera, una vez más, como el ave fénix de las cenizas

de su derrota. Un nuevo rey mitannio, Artatama, había ocupado por entonces el trono, sucesor y probablemente hijo de Saustatar. Bajo su caudillaje Mitanni intentó retomar lo que había perdido ignominiosamente a manos de los hititas y se aventuró nuevamente a reclamar el señorío de sus antiguos estados súbditos de Siria.

Pero era peligroso moverse con demasiada rapidez. Hatti estaba lejos de ser una fuerza agotada en la región, particularmente mientras Kizzuwadna estuviera bajo su control. Egipto también podría resultar problemático. Aunque su influencia en Siria había decaído sustancialmente desde las campañas de Tutmosis III, mantenía un activo interés por la región, como lo constata una campaña en Siria durante el reinado de Tutmosis IV⁷³. Y Mitanni y Egipto todavía eran enemigos. Artatama no se arriesgaría ante la perspectiva de una guerra en dos frentes —con los hititas en el oeste y Egipto en el sur. Pero era posible una alianza con Egipto si podía negociarse un acuerdo con el faraón respecto a una división de los territorios en Siria. Esto podía satisfacer las ambiciones territoriales de ambas potencias, así como proporcionar las bases de una alianza contra una futura amenaza a cualquiera de ellos desde Hatti.

Artatama hizo intentos en esa dirección, inicialmente con el padre y predecesor de Tutmosis, Amenofis II⁷⁴. Comenzó un período de contactos diplomáticos, con mucho ir y venir de enviados de ambas partes. Siguió sin resolverse durante los primeros años del reinado de Tutmosis. Los egipcios, aparentemente, discutían los términos de una paz formal y venían con condiciones alternativas a las propuestas de Artatama. Sin duda sospechaban de las intenciones últimas del rey de Mitanni. Quizás, como prueba de fe, pedían que, como parte del acuerdo final, enviara su hija a Egipto para convertirse en esposa del nuevo faraón. Por razones desconocidas para nosotros, Artatama era reacio a aceptar la petición. Solamente después de que se la hicieran siete veces accedió a ello:

Quando [...] ⁷⁵, el padre de Nimmureya⁷⁶ escribió a Artatama, mi abuelo, preguntó por la hija de mi abuelo, la hermana de mi padre. Escribió cinco, seis veces, pero Artatama no la dio. Cuando escribió a mi abuelo siete veces, solamente entonces, bajo esa presión se la dio (Carta de Tusratta a Ajenatón, *EA* 29, 16 ss., trad. Moran [1992, 93]).

⁷³ Helck (1961, 147).

⁷⁴ Véase Helck (1971, 163).

⁷⁵ Seguramente aparecería aquí el nombre de Tutmosis IV.

⁷⁶ Esto es, Amenofis III.

La alianza matrimonial allanó el camino para un tratado formal. Se estableció una frontera común en Siria, que cedió a Egipto el control por el norte hasta Kadesh y hasta Amurru y Ugarit a lo largo de la costa. Todo el territorio más allá de ahí se concedió a Mitanni. De momento, este tratado terminaba con cualquier proyecto de una nueva intervención hitita en Siria.

CRISIS EN EL PAÍS DE HATTI

Ésta era la situación a la que se enfrentaba el nuevo rey, Tudhaliya III, hijo de Arnuwanda y de Asmunikal⁷⁷, y designado *tukanti* durante el reinado de su padre⁷⁸. Pero como demostrarían los acontecimientos, la alianza egipcio-mitannia en Siria, que bloqueaba la reafirmación del dominio hitita en la región, era el menor de los problemas del nuevo rey. Mucho más serios eran los problemas en Anatolia, que últimamente colocaban al reino en la mayor crisis que habría de encarar antes de su hundimiento final unos siglos más tarde.

En algún indeterminado momento del reinado de Tudhaliya, los enemigos barrieron todos los territorios de la periferia del reino sometidos a los hititas e invadieron y saquearon el país. La propia Hattusa fue tomada y quemada hasta los cimientos. Sabemos de esta crisis por el preámbulo histórico de un decreto del rey Hattusili III, del siglo XIII:

En los viejos días, los países de Hatti fueron saqueados por sus enemigos. El enemigo kaska vino y saqueó la tierra de Hatti e hizo de Nenassa su frontera. Desde las Tierras Bajas⁷⁹ vino el enemigo ar-zawano y también él saqueó las tierras de Hatti e hizo de Tuwanuwa y Uda su frontera. Desde lejos, el enemigo de Arawanna vino y saqueó todas las tierras de Gassiya. Desde lejos, el enemigo de Azzi vino y saqueó las Tierras Altas e hizo de Samuha su frontera. El enemigo de Isuwa vino y saqueó el país de Tegarama. Desde lejos, el enemigo de Armatana vino y también él saqueó la tierra de Hatti. Y él hizo de Kizzuwadna, la ciudad, su frontera. Y Hattusa, la ciudad, fue quemada. (KBo VI 28 [CTH 88] r. 6-15, adaptado de la trad. de Goetze [1940, 21-22]).

⁷⁷ Su nombre hitita era Tasmissarri; véase Haas (1984, 7-8, 1985, 272).

⁷⁸ Véase Gurney (1979b); Alp (1980, 53-59); Beal (1983, 116). El término *tukanti* se discute más abajo. Sobre el acceso de Tudhaliya como sucesor de Arnuwanda, véase el colofón del ritual *šarāšši*, CTH 700, citado por Gurney (1976, 215).

⁷⁹ En lugar del «hacia las Tierras Bajas» de Goetze; véase Heinhold-Krahmer (1977, 48-50).

La impresión que da este texto es la de una sistemática y total destrucción de la patria hitita y de sus territorios súbditos vecinos. Esto parecería indicar un alto grado de coordinación entre las fuerzas invasoras. Pero es difícil imaginar, entonces, cómo se podía haber organizado tal coordinación, dada las distancias que separaban a las fuerzas implicadas y su carácter tan diferente. Más probablemente, una invasión masiva desde una dirección, quizás inicialmente de las tribus kaskas, llevó a una apresurada concentración de fuerzas hititas en esa región, lo que expuso al resto del país a nuevas invasiones desde otros ángulos diferentes. Los kaskas barrieron todo el país por el norte hasta Nenasas, en la curva meridional del río Marrassantiya y, sin duda, fueron los responsables de la destrucción de Hattusa. En el suroeste, fuerzas de Arzawa que, casi con certeza, se habría rehecho incluso antes del final del reinado de Arnuwanda, se limitaron a invadir las fronteras meridionales del territorio hitita, eligiendo el momento en que la defensa de esta zona era más débil. Pasaron a través de las Tierras Bajas hititas y establecieron su frontera en Tuwanuwa (la clásica Tyana) y Uda (I Iyde).

A juzgar por nuestro texto, el territorio hitita fue completamente devastado por los invasores enemigos y convertido totalmente en una ruina. Pero si esto hubiese sido literalmente cierto, prácticamente no habría quedado nada en absoluto del reino. Sabemos que no pudo ser así ya que el rey y la corte sobrevivieron junto con las suficientes fuerzas de combate como para comenzar la tarea de retomar los territorios perdidos en unos pocos años de la época más oscura del reino. Muy probablemente, nuestro texto ha exagerado los acontecimientos recogidos, dando la impresión de que una serie de incursiones que pudieron tener lugar en un lapso de años fueron, de hecho, un masivo y simultáneo ataque sobre el país desde todas las direcciones. Conforme las fuerzas invasoras se reunían, hubo tiempo suficiente para que Tudhaliya hiciera planes para el abandono de la capital y el establecimiento de su corte en una ubicación que proporcionara, al menos, un refugio temporal seguro. Desafortunadamente no ha sobrevivido ningún registro de esto. Pero debe de haber supuesto una operación logística de gran envergadura, realizada en condiciones de gran dureza y peligro.

¿A dónde fueron el rey y su séquito? La ciudad de Samuha, un importante centro de culto, situado posiblemente en el curso inferior del Marrassantiya⁸⁰, fue posteriormente utilizada como base de operacio-

⁸⁰ Así, Forlanini (1979, 181), contra Güterbock (1961, 96), que prefiere una ubicación sobre el Éufrates.

nes en la reconquista de Anatolia ¿Fue aquí donde Tudhaliya constituyó su sede real, después de abandonar Hattusa? Samuha cae fuera de la principal ruta de invasión de los kaskas en su avance por el país, aunque también parece que fue capturada por fuerzas enemigas desde el País de Azzi. Sin embargo, puede haber sido la primera gran ciudad reconquistada por los hititas, proporcionando, de este modo, un hogar temporal a la corte regia y una base para el reagrupamiento del ejército hitita⁸¹.

Pero por aquel tiempo, con el reino hitita próximo a su debacle total, Arzawa parecía que iba a llegar a ser la potencia dominante en Anatolia. En realidad, ésta fue la sensación del faraón Amenofis III, hijo y sucesor de Tutmosis IV, quien estableció contactos diplomáticos con el rey de Arzawa, Tarhundaradu. Por dos cartas del archivo de Amarna sabemos que Amenofis se había acercado a Tarhundaradu pidiendo una hija de éste en matrimonio como base para una alianza entre Arzawa y Egipto⁸². Claramente, él pensaba que los hititas eran una fuerza agotada, señalando a Tarhundaradu: «He oído que todo ha acabado y que el país de Hattusa está paralizado» ([EA 31, 26-27] adaptado de la trad. de Haas en Moran [1992, 101])⁸³. El momento parecía oportuno para que Amenofis estableciese la paz con el rey de Arzawa, sin duda con la esperanza de que esto reforzaría más la posición de Egipto como potencia principal en el Oriente Próximo.

Pero el acercamiento a Tarhundaradu fue prematuro. El rey de Arzawa fracasó o no intentó aprovecharse de su éxito militar imponiendo sus reivindicaciones sobre los antiguos territorios del reino hitita. No hubiera sido tarea fácil. Había establecido su control sobre la frontera norte de las Tierras Bajas, lo que le situaba a una sorprendente

⁸¹ Cfr. Haas (1985, 271); Wilhelm (1989, 32).

⁸² EA 31, 32. Esas cartas estaban escritas en nesita (esto es «hitita»), lo que puede indicar que el lenguaje internacional diplomático, el acadio, no era conocido por los reyes de Arzawa.

⁸³ Sobre esta afirmación véase, también, Güterbock (1976b, 145). Starke (1981b) ha propuesto una lectura diametralmente diferente basada en una anterior sugerencia de Cavaignac: «He oído todo lo que dices. Y también el país de Hattusa está en paz.» Sobre esta última, Moran (1992, 102-103, n. 8) comenta: «Esta ingeniosa interpretación está basada en un paralelo (?) egipcio, pero si se tienen en consideración las implicaciones históricas carece de convicción.» Véase también Hagenbuchner (1989, 362-363). Freu (1992, 46-47), sin embargo, arguye que la interpretación de Starke sería compatible con la situación política de Anatolia si la correspondencia entre Egipto y Arzawa hubiera tenido lugar después de que Suppiluliuma hubiese accedido al trono y establecido la situación con respecto a Arzawa. Este argumento es válido solamente si el acceso al trono de Suppiluliuma hubiera ocurrido mientras Amenofis III era todavía el faraón.

distancia de Hatti. Pero el país había sido ocupado ya por los invasores kaska. Sin duda, éstos se habrían opuesto a cualquier intento del rey de Arzawa de reivindicar los terrenos ocupados al norte del Marrasantiya.

Quizás, también, la velocidad y determinación con las que Tudhaliya se puso a recuperar sus territorios cogió a todas las fuerzas enemigas por sorpresa.

TUDHALIYA CONTRAAIACA

Se han conservado episodios fragmentarios de la reconquista hitita en Anatolia en un documento normalmente conocido como los *Hechos de Suppiluliuma*⁸⁴. Es un registro de las hazañas militares del hijo y sucesor de Tudhaliya, Suppiluliuma I, compuesto por el propio hijo y sucesor segundo de Suppiluliuma, Mursili II. El relato comienza antes del acceso al trono de Suppiluliuma con detalles de la campaña de su padre en las regiones norte y nordeste de Anatolia⁸⁵. Samuha proporcionó la base para las operaciones militares hititas, que comenzaron con ataques contra los enemigos kaska y de Azzi-Hayasa.

Desde Samuha, Tudhaliya se embarcó en la monumental tarea de recuperar su reino de las fuerzas enemigas que habían ocupado el país, destruido su capital y, prácticamente, le habían enviado a él al exilio. Lo que finalmente consiguió fue un éxito militar que debe colocarse junto a los de sus más grandes predecesores, Hattusili, Mursili y su homónimo Tudhaliya. No solamente sus victorias restablecieron el dominio hitita sobre el país y sobre los territorios súbditos perdidos, también ayudaron a establecer las bases para los profundos cambios que habían de ocurrir en el paisaje político del Oriente Próximo en el reinado de su hijo y sucesor Suppiluliuma. En realidad, sabemos por los

⁸⁴ *CTH* 40, ed. Güterbock (1956a).

⁸⁵ Podríamos anotar, de pasada, que en ninguna de las referencias supervivientes al padre de Suppiluliuma en los *Hechos* se da, realmente, el nombre del padre. (Un fragmento, en principio asignado a los *Hechos* que menciona a «mi abue[lo T]urhaliya» [pág. 61, frag. 2] ha sido ahora eliminado; véase Dinçol *et al.* [1993, 100, con referencias].) Su identidad ha sido muy debatida, pero ahora está sólidamente identificado con Tudhaliya III, sobre la base de una tablilla descubierta en Maşat que lleva la siguiente impronta de sello: «[Sello de Suppilul]iuma, [el Gran] Rey, Rey [del País de Hatti, hijo de Tudhaliy]a el Gran rey, el H[éroe]» (Mst 76/15 publicada por Alp [1980, tabla 4 y fig. 3] y descrita en págs. 56-57; sin embargo, Hoffman [1984b, 45-48] ha propuesto una solución diferente). Véase, también, Otten (1993a, 10-13), en referencia a la impronta de sello sobre la *bullā* Bo 491/1314.

Hechos que durante muchos años antes de su subida al trono, Suppiluliuma fue el principal asesor, colega y compañero de armas de su padre en las campañas de reconquista. Y, en tanto que no quitamos nada de los propios logros de Tudhaliya, fue indudablemente la asociación con su hijo, que se destacaría como el más brillante jefe militar de todos los hititas, lo que le ayudó a conseguir sus éxitos finales.

Pasajes fragmentarios de los *Hechos* proporcionan atisbos de las campañas de reconquista. Desde Samuha, los hititas lanzaron repetidos ataques sobre las tribus kaskas, causándoles numerosas víctimas y llevándose muchos prisioneros a su base. Esto no fue más que el comienzo de la recuperación hitita. La potencia militar kaska había sido ya suficientemente debilitada, o eso pensaba Tudhaliya, ya que los hititas dirigieron sus operaciones contra enemigos de otras regiones. Al oeste del país estaban Kassiya y el País del Río Hulana. Esos territorios, antiguos súbditos del reino hitita, habían sido ocupados por tropas de Arawanna durante el ataque general y posteriormente sufrieron repetidos ataques de los países de Masa y Kammala. La acción de castigo fue rápida y eficaz. Bajo el mando conjunto de Tudhaliya y Suppiluliuma, el ejército hitita «liberó» las regiones asediadas y luego invadió y agostó el territorio de sus opresores⁸⁶. Pero Tudhaliya dispuso de poco tiempo para saborear su victoria, ya que otra vez había cantidad de tropas kaskas en el norte y nuevamente los hititas tuvieron que recuperar por la fuerza de las armas territorios que habían conseguido recientemente.

También había que ajustar las cuentas con otro enemigo de la región. Hacia el nordeste del país estaba situado el reino de Azzi-Hayasa, cuyas fuerzas habían participado en los ataques sobre territorio hitita, destruyendo las Tierras Altas (que como hemos visto eran una prolongación del País de Hatti hacia el este, entre el curso superior del Marrassantiya y el Éufrates) y llegando hasta Samuha. Cuando soplaron vientos favorables para los hititas, Suppiluliuma envió una fuerza expedicionaria contra el enemigo. Huyeron ante él y durante algún tiempo eludieron la batalla⁸⁷. Pero, finalmente, un ejército hitita, bajo el mando conjunto de Tudhaliya y Suppiluliuma, invadió Azzi-Hayasa y forzó un enfrentamiento con su rey Karanni (o Lanni), cerca de la ciudad de Kummaha⁸⁸. El pasaje que recoge el resultado de esta batalla se ha perdido. Pero, casi con certeza, la campaña tuvo como resultado la conquista de Azzi-Hayasa, ya que posteriormente Suppiluliu-

⁸⁶ DS, pág. 65, frag. 13 E i 7 ss.

⁸⁷ DS, págs. 62-63, frag. 10.

⁸⁸ DS, pág. 66, frag. 13 D 40-44.

ma lo estableció como un estado vasallo hitita, firmando un tratado con Hukkana, su actual gobernante⁸⁹. De acuerdo con los términos de este tratado, los ciudadanos de Hayasa estaban obligados a devolver a Suppiluliuma todos los súbditos hititas que habían ido a su territorio y también a devolver el territorio fronterizo que Suppiluliuma reivindicaba como perteneciente al País de Hatti.

Quedaba un enemigo principal, el más peligroso de todos los oponentes a los hititas en Anatolia. Había llegado el momento de tratar con este enemigo. Suppiluliuma se procuró el privilegio de hacerlo así: «Así (habla) mi padre a mi abuelo: "¡Oh mi señor! (?) Envíame contra el enemigo de Arzawa"» (*DS*, pág. 68, frag. 14., 38'-40', adaptado de la trad. de Güterbock).

Antes de esto ya había sido lanzado un triunfante ataque hitita contra la ciudad de Sallapa, situada en el cruce de las principales rutas que van desde Hatti a Siria por territorio de Arzawa⁹⁰. Su destrucción pudo haber servido, perfectamente, a un importante fin estratégico —privar a las fuerzas enemigas de una base para dirigir nuevas tropas desde las tierras de Arzawa ante las amenazas de un contragolpe hitita. El principal objetivo de Suppiluliuma era desalojar, ahora, al enemigo de las Tierras Bajas cuya frontera está próxima al límite meridional del País de Hatti. Antaño territorio súbdito hitita, estaba ahora bajo ocupación arzawana. La inseguridad del reino hitita duraría mientras esta ocupación se mantuviera indiscutible.

En lo que puede haber sido el primer gran choque de Suppiluliuma con Arzawa en las Tierras Bajas «los dioses ayudaron a mi padre: la diosa Sol de Arinna, el dios Tormenta de Hatti, el dios Tormenta del ejército e Istar de los campos de batalla; (así que) mi padre mató al enemigo arzawano... y las tropas enemigas murieron en multitudes» (*DS*, pág. 68, frag. 14, 43'-45'; trad. Güterbock). Seguramente, la retórica del pasaje disfraza la resistencia enemiga encontrada por Suppiluliuma, pues éste no fue sino un episodio de una serie de choques entre las fuerzas de Hatti y de Arzawa en la región⁹¹. El enemigo estaba firmemente atrincherado allí y las operaciones militares en su contra pueden haber continuado, muy bien, dentro del propio reinado de Suppiluliuma⁹². Cuando era derrotado un grupo surgía otro y unía sus fuerzas contra la ofensiva hiti-

⁸⁹ *CTH* 42; Friedrich (1930, 103-163).

⁹⁰ *DS*, pág. 60, frag. 4. Para las diversas ubicaciones propuestas para Sallapa, véase Gurney (1992, 220) quien se inclina a favor de la propuesta de Forlanini que la sitúa en la clásica Selma (la moderna Gözören) o Selme en Licaonia.

⁹¹ Como indica *DS*, págs. 75-77, frag. 15.

⁹² Sabemos que prosiguió haciendo campañas por Anatolia durante todo su reinado, incluso durante sus campañas en Siria; véase Bryce (1989b, 20).

ta. Sabemos por los *Hechos* de choques con el enemigo en torno a la ciudad de Tuwanuwa, en la parte más septentrional de la región. La reconquista de la ciudad proporcionó a Suppiluliuma una base para el mando de sus tropas y carros. Esto allanó, quizás, el camino para nuevos ataques contra las fuerzas de ocupación y su expulsión final de toda la región.

Incluso así, Arzawa continuó amenazando los intereses hititas en las zonas periféricas del reino. Esto está ilustrado por las actividades de un jefe arzawano llamado Anzapahhaddu que rechazó un requerimiento de Suppiluliuma para la devolución de los súbditos hititas que habían buscado refugio con él. Suppiluliuma respondió enviando a territorio arzawano un ejército, mandado por Himuili, para zanjar la cuestión por la fuerza de las armas. Himuili sufrió una humillante derrota y Suppiluliuma se vio obligado a salir en persona al campo para hacer valer su demanda⁹³.

Para prevenir futuras agresiones de Arzawa contra territorios sometidos a los hititas, Suppiluliuma (quizás en una última etapa de su reinado) instaló a uno de sus más capaces comandantes militares, Hannutti, como gobernador de las Tierras Bajas.

Mi padre envió allí a Hannutti, el general, a las Tierras Bajas, dándole tropas y carros. Cuando Hannutti hubo llegado a las Tierras Bajas y los habitantes de Lalanda le vieron, se asustaron e hicieron las paces. Y vinieron a ser, otra vez, súbditos del País de Hatti (KUB XIX 22 [CTH 40 VI.52B] 4-8, adaptado de la trad. de Houwink ten Cate [1966, 28-29])⁹⁴.

Cuando Hannutti hubo reafirmado con fuerza la autoridad hitita sobre la región, la utilizó como base para dirigir las operaciones militares contra tierras vecinas hostiles, sobre todo, contra el estado arzawano de Hapalla:

⁹³ Véase Cancik (1976, 161-162) para un análisis estilístico de este pasaje de los *Hechos*. La situación real de Anzapahhaddu en las tierras de Arzawa no está clara. ¿Era uno de los jefes de Arzawa, o era un reyezuelo? ¿O era, quizás, el sucesor del Tarhundaradu (no citado en las secciones que quedan de los *Hechos*) que había estado involucrado en las negociaciones con Amenofis III? Si es así, puede haber sido, en cierta manera, la cabeza de la confederación arzawana. Freu (1992, 46-47) sugiere que podría haber sido uno de los hijos o vasallos de Tarhundaradu.

⁹⁴ Esta y las líneas del pasaje siguiente son un duplicado de KBo XIV 42 (CTH 40 VI 52A) y contienen restauraciones de ese texto propuestas por Houwink ten Cate. Ambos pasajes constituyen un fragmento adicional de los *Hechos*. Houwink ten Cate sugiere que el fragmento pertenece al final de los *Hechos*, pero comenta que es posible una ubicación anterior.

Sin embargo, Hanutti, el general, se dirigió al País de Hapalla y atacó al País de Hapalla. Incendió el País de Hapalla y, junto con el pueblo, sacó las vacas y las ovejas y las llevó a Hartusa (KUB XIX 22, 8-11, adaptado de la trad. de Houwink ten Cate [1996, 28-29]).

A pesar de los éxitos hititas, Arzawa aún disponía de considerables recursos militares y del apoyo de otros estados occidentales, hostiles a los hititas. De esa manera seguiría siendo una constante amenaza para la seguridad de Hatti hasta que fuera totalmente dominado por la fuerza de las armas. Hemos dicho que Suppiluliuma tardó veinte años en restablecer el control hitita en Anatolia⁹⁵. Una significativa parte de este período estuvo dedicado, casi con seguridad, a campañas en el oeste contra los países de Arzawa —campañas que empezaron en el reinado de su padre y continuaron esporádicamente durante gran parte del suyo propio.

UN REINO RECONQUISTADO

Por lo que queda de los *Hechos* es difícil determinar si algún plan o estrategia global estructuraba las operaciones que llevaron a la reconquista hitita de los territorios perdidos. ¿Estaban las campañas dirigidas esencialmente por un plan *ad hoc* conforme se presentaban las oportunidades? ¿O era un programa sistemático de reconquista diseñado para la recuperación del reino? Quizás podamos detectar algún elemento de una estrategia básica entre los inconexos fragmentos. Parece haberse puesto la atención, inicialmente, en la recuperación de los territorios perdidos en las regiones lejanas del reino y en perseguir y atacar en su propio suelo a los enemigos que habían ocupado esas regiones. Cuanto más tiempo permanecieran intactas las fuerzas enemigas, un ataque hitita a gran escala para liberar el país conllevaría graves riesgos. Con su capital en ruinas y con grupos hostiles ocupando todavía la región, los intentos para recuperar la patria habrían sido muy vulnerables a una nueva ola de ataques enemigos procedente de diversas direcciones. La alternativa era echar al enemigo de los estados periféricos antiguamente sujetos al reino

⁹⁵ La información procede de dos documentos de su nieto Hattusili III, KBo VI 28 (CTH 88) citado más arriba y KUB XIX 9 (CTII 83.1). El número 20 que aparece a menudo en los textos de este período, seguramente no debería tomarse literalmente. Puede ser, esencialmente, un término relativo, que indica que un suceso, o una serie de sucesos, ocuparon un largo período de tiempo en comparación con otros; cfr. Wilhelm y Boese (1987-1989, 90-91); Bryce (1989b, 20); Freu (1992, 45).

hitita, darles la batalla en su propio territorio, destruir su ejército y devastar sus tierras. De este modo, su capacidad para contraatacar y renovar sus agresiones quedaría esencialmente reducida si no eliminada. Y ése sería el momento para un ataque concertado hitita para recuperar el país, para desalojar y expulsar a los grupos enemigos que todavía lo ocupaban, como preludio de la labor de reasentamiento y reconstrucción del corazón del territorio del mundo hitita.

¿En qué etapa comenzó la reocupación y reconstrucción del país? Presumiblemente, fue algún tiempo después de que las regiones situadas al norte, nordeste y oeste hubieran sido conducidas a un adecuado estado de paz. Las posteriores campañas de Suppiluliuma contra las fuerzas que ocupaban las Tierras Bajas difícilmente podrían haber sido emprendidas si gran parte del territorio situado entre esa región y la base hitita de Samuha todavía estuviese en manos enemigas. Es probable, entonces, que el proceso de reocupación se iniciase ya en el momento en que Suppiluliuma comenzó las campañas del sur. Con la expulsión del enemigo de las Tierras Bajas, la reconstrucción del reino hitita podía efectuarse con relativamente escasa amenaza de interferencia exterior —al menos a corto plazo.

Si hubo un plan maestro detrás del programa de recuperación del reino hitita, cabe poca duda de que Suppiluliuma fue uno de sus principales arquitectos. En realidad, su padre, en los años finales de su reinado debió confiar plenamente en su consejo tanto como en sus aptitudes en el campo de batalla. Los largos años de casi incesantes campañas debieron cobrar su peaje al añoso rey. Todavía, casi en el final de su vida y, a pesar de los repetidos ataques de la enfermedad que le confió en su lecho de Samuha, Tudhaliya en persona condujo sus fuerzas contra el enemigo.

Es desafortunado que no sepamos más de este rey. En realidad, el bisnieto de Tudhaliya, Hattusili III, al recordar la devastación del reino hitita en los días oscuros del reinado de Tudhaliya III, atribuye las campañas de reconquista que restauraron la supremacía del reino en Anatolia solamente a su hijo Suppiluliuma⁹⁶. Pero, aunque gran parte de los éxitos hititas en la recuperación del reino se debió al hijo, su supervivencia, después de que podría fácilmente haber desaparecido por completo de las páginas de la historia, debe haberse debido en gran medida al padre —quizás uno de los más valerosos y más determinados, si bien de los menos conocidos, reyes hititas.

⁹⁶ En el documento citado en la nota anterior.

CAPÍTULO 7

La supremacía de Hatti: el reinado de Suppiluliuma I (c. 1344-1322)

SUPPILULIUMA SUBE AL TRONO

A pesar de la intensa asociación con su padre, y a pesar del papel que había desempeñado en la restauración del reino, Suppiluliuma no fue destinado para el manto de la realeza a la muerte de su padre. El heredero era otro, presumiblemente el hijo mayor, llamado Tudhaliya el Joven. Inicialmente, Suppiluliuma prometió su apoyo al nuevo rey y los principales dignatarios del país le siguieron. El hijo de Suppiluliuma, Mursili, narra el juramento de lealtad prestado:

Como Tudhaliya el Joven era el señor del País de Hatti, los príncipes de Hattusa, los señores, los jefes militares, los nobles, toda la infantería, la caballería, le juró lealtad, y mi padre también le juró lealtad (Primera oración de la Peste de Mursili II, KUB XIV 14 (+) [CTH 378.1] r. 13-15)¹.

Pero en secreto, Suppiluliuma pudo, perfectamente, sentirse agraviado después de todo lo que había hecho por el trono al ser relegado a una posición de subordinación hacia su hermano. Él tenía ambiciones propias que eran incompatibles con esto. Y tenía sus partidarios.

¹ Para el texto completo y la traducción de esta oración, véase Lebrun (1980, 193-203).

Saltó la pelea entre los dos hermanos, quizás maquinada por Suppiluliuma, y la sangre fue derramada:

Quando mi padre se revolvió contra Tudhaliya, a la salida de Hattusa los príncipes, los señores, los jefes militares y los nobles, se alinearon todos junto a mi padre y los conspiradores alcanzaron a Tudhaliya y mataron a Tudhaliya (Primera Oración de la Peste, r. 16-19).

Mediante esta acción fratricida Suppiluliuma alcanzó el trono hitita. Como veremos, fue una acción que muchos años después iba a tener consecuencias desastrosas para todo el reino. Ése, al menos, fue el aviso enviado por los dioses a su hijo Mursili.

MOVIMIENTOS DE APERTURA EN EL CONFLICTO DE MITANNI

Al ocupar el trono, Suppiluliuma se aplicó enérgicamente a las dos principales tareas que debían emprenderse antes de que la reconquista de los territorios perdidos pudiera ser considerada como completa². En el extremo oriental de las Tierras Bajas está el reino de Kizzuwadna, que había sido saqueado y ocupado por los enemigos del País de Armatana. Más al norte, Tegarama, en algún lugar entre Kummanni y las Tierras Altas y en la ruta principal entre Hattusa y Carkemish³, había caído ante el enemigo de Isuwa. Pasajes fragmentarios de los *Hechos* pueden referirse a los ataques hititas sobre Armatana e Isuwa en represalia por su invasión y ocupación de territorios hititas⁴. Desafortunadamente, el mutilado estado del texto nos priva de los detalles de esos ataques o de sus consecuencias. Pero ambos países fueron súbditos y aliados de Mitanni.

Una invasión de Isuwa supone una expedición al otro lado del Éufrates y cerca del corazón del reino de Mitanni. Durante el periodo de las reconquistas de sus territorios en Anatolia, los hititas habían elu-

² No tenemos recogido el acceso de Suppiluliuma al trono, puesto que el pasaje de los *Hechos* en el que se refería se ha perdido. El informe de la subida al trono debe asignarse, lo más pronto, a la corta laguna de unas once líneas (así, Güterbock) en el comienzo de la col. IV de la segunda tablilla, puesto que las referencias existentes al padre de Suppiluliuma continúan al final de la col. III de esta tablilla; véase, además, Bryce (1989, 20).

³ Probablemente deba identificarse con la moderna Gürün, sobre un afluente del Éufrates; véase Garstang y Gurney (1959, 47), Gurney (1979a, 156).

⁴ *DS*, págs. 82-84, frag. 23-25.

dido las hostilidades con Mitanni. Ahora, al marchar contra Isuwa, Suppiluliuma difícilmente dejaría de llevar a ambos reinos a un conflicto directo. Lejos de achicarse ante ese conflicto, Suppiluliuma lo pudo haber deseado. Casi con certeza había alimentado durante mucho tiempo, la ambición de enfrentarse y destruir de una vez por todas a los principales rivales de los hititas por la dominación del Oriente Próximo. Ahora que la supremacía había sido casi restablecida en toda Anatolia, el momento para un choque con Mitanni estaba listo.

La situación política en Mitanni también pudo haber impulsado a Suppiluliuma a realizar su movimiento en este momento. Artatama I había sido sucedido en el trono mitannio por su hijo Suttarna II, quizás el rey responsable del restablecimiento del dominio mitannio sobre Isuwa⁵. También pudo incitarle el ataque de Isuwa sobre territorio hitita durante el reinado de Tudhaliya III. Pero a la muerte de Suttarna, las rivalidades dinásticas estallaron en el reino. El hijo y sucesor del rey, Artasumara, fue asesinado por un oficial militar, Utqi, y reemplazado en el trono por su hermano más joven Tusratta⁶.

La elevación de Tusratta a la realeza no ocurrió sin contestación. Había otro pretendiente al trono, un segundo Artatama cuyo nombre sugiere que también era miembro de la familia real mitannia (hubo un pleito pendiente entre ellos ante los dioses). Desde entonces, según parece, Artatama tuvo a su disposición la lealtad de una significativa porción de la población de Mitanni y, efectivamente, era titulado «rey», lo que planteaba una seria amenaza para el joven Tusratta y para la estabilidad de su reino⁷. Los propios hititas sabían, por su amarga experiencia, la vulnerabilidad ante fuerzas exteriores de un reino dividido por disensiones internas. ¿Qué mejor momento que éste para que el rey hitita rentabilizase la situación política dentro de Mitanni? ¿Qué mejor momento para conducir sus fuerzas contra un aliado de Mitanni situado en la mismísima frontera del corazón del reino de Mitanni?

Sin embargo, inicialmente, Suppiluliuma pudo haber infravalorado la oposición que podía encontrar. En una carta escrita al faraón Amenofis III, Tusratta pretendía haber obtenido una victoria sobre el

⁵ Cfr. Cornelius (1979, 163) y Wilhelm (1989, 30).

⁶ EA 17 indica las circunstancias de su acceso al trono.

⁷ Wilhelm (1989, 31) observa que las opiniones difieren en cuanto a si Artatama gobernó realmente en alguna región del nordeste del país (Goetze [1957a, 67-68]) o si no fue rey más que de nombre, una gracia y un estatuto de favor acordado por los hititas (Kühne [1973, 19, n. 82]).

enemigo de Hatti, y afirmaba que había enviado parte del botín de la victoria al faraón.

Cuando el enemigo llegó a mi país, Tesub, mi señor, lo entregó a mi poder, y yo lo conquisté. No hubo ninguno que volviese a su país. Te estoy enviando con la presente carta un carro, dos caballos, unos servidores hombre y mujer, como parte del botín del País de Hatti (*EA* 17, 30-38).

La victoria reivindicada por Tusratta pudo ocurrir durante una expedición hitita al otro lado del Éufrates en un abortado intento de Suppiluliuma por retomar Isuwa⁸. De ser así habría dado a Suppiluliuma un claro aviso de que estaba tratando con un todavía poderoso y peligroso enemigo. Pero por humillante que fuera la derrota no fue más que un contratiempo pasajero —y Tusratta pudo muy bien haber exagerado la importancia de su victoria. En cualquier caso, Suppiluliuma había aprendido una sana lección: no habría nuevas aventuras en territorio enemigo hasta que hubiese preparado cuidadosamente su avance —tanto diplomática, como militarmente. Y se comprometió a hacerlo. Como comenta acertadamente un especialista: «todas las fuentes disponibles sobre las tácticas de Suppiluliuma concurren para ofrecernos un claro dibujo de un jefe militar muy capaz, que planeaba cuidadosamente sus ataques de antemano con intrincados movimientos y tratos diplomáticos»⁹.

Como parte de su preparación para un ataque a gran escala sobre el reino de Tusratta y sus territorios vasallos y aliados, Suppiluliuma trató de aislar a su oponente de todas las principales fuentes de apoyo mediante una serie de alianzas diplomáticas. Así, negoció un tratado con Artatama. Aunque el tratado en sí mismo no ha sobrevivido¹⁰, casi con toda certeza se estableció como un pacto entre iguales, en el cual, Suppiluliuma reconocía a Artatama como «Gran Rey» y su derecho a reclamar el trono de Mitanni. El tratado posiblemente exigía la benevolente neutralidad de Artatama en los venideros conflictos de los hititas con Tusratta, a cambio del empeño de Suppiluliuma en apoyar la

⁸ Cfr. Houwink ten Cate (1963, 272) y Gurney (1979a, 157).

⁹ Houwink ten Cate (1963, 271).

¹⁰ Se hace referencia a él en el tratado posterior concluido entre Suppiluliuma y el hijo de Tusratta, Sattiwaza; *PD*, núm. 1 (*CTH* 51) 2-3, r. 1-3. El tratado se discute más adelante.

entronización de Artatama en Mitanni cuando Tusratta hubiese sido destronado y expulsado de allí.

Suppiluliuma se dedicó, también, a desarrollar las relaciones amistosas con Egipto, cuyo trono estaba entonces ocupado por el faraón Ajenatón¹¹. Aunque la influencia egipcia en Siria parece haber disminuido significativamente durante el reinado de Ajenatón, sin embargo, todavía mantenía al menos un control simbólico sobre algunos reinos del sur de Siria y toda Palestina. Y todavía estaba en vigor una alianza egipcio-mitannia¹². Además, por varias cartas de la correspondencia de Amarna, está claro que Ajenatón permanecía puntualmente informado de los acontecimientos políticos y militares de la región. Suppiluliuma, por lo tanto, se encargó de minimizar cualquier riesgo de una intervención egipcia en su conflicto con Mitanni, cultivando las relaciones diplomáticas con el faraón, sin duda garantizándole que no tenía planes para sus territorios súbditos en el sur de Siria y en Palestina. Una carta que escribió, probablemente al inmediato sucesor de Ajenatón, Semenjare, refuerza el pacto de amistad que había sido establecido entre ambos reyes.

Ni mis mensajeros que envié a tu padre, ni la petición que tu padre hizo en estos términos: «Permitasenos establecer entre nosotros solamente relaciones de amistad», las he rechazado, ¡oh rey! Cuanto tu padre me dijo, ¡oh rey!, lo hice absolutamente todo. Y mi propia petición, ¡oh rey!, que yo hice a tu padre, nunca la rechazó; él me dio absolutamente todo (*EA* 41, 7-13).

Las relaciones con Ajenatón puede que no fueran tan estrechas o tan cordiales como se sugiere. Pero su política hacia Egipto fue coherente con una estrategia global de establecer lazos diplomáticos con las potencias extranjeras cuyo apoyo podía recabar Tusratta en un futuro conflicto con Hatti. Éste fue el principal motivo de Suppiluliuma para la alianza matrimonial que contrajo con la familia casita gobernante en Babilonia.

¹¹ De acuerdo con la más reciente revisión de la cronología egipcio-hitita; véase Wilhelm y Boese (1987-1989, 94) y Bryce (1990, 100-101). Es posible que su subida al trono ocurriera durante el período de la coregencia de Ajenatón con Amenofis III. Esto sería ciertamente así, si la derrota de las fuerzas hititas por Tusratta registrada en la carta *EA* 17 hubiera ocurrido después de la subida al trono de Suppiluliuma, puesto que la carta está dirigida a Amenofis.

¹² Había sido cimentada mediante una alianza matrimonial cuando Tusratta, igual que su padre Suttarna y su abuelo Artatama, envió a su hija Taduhepa como novia del faraón (*EA* 19, 17 ss., *EA* 22. IV 43-49).

LA FAMILIA DE SUPPILULIUMA

Los sellos e inscripciones asocian tres reinas a Suppiluliuma durante su reinado —Daduhepa, Henti y Tawananna, en ese orden¹³. La primera de ellas, Daduhepa, era la madre de Suppiluliuma, esposa de su padre Tudhaliya¹⁴. Por lo tanto, debió de sobrevivir a su marido y mantuvo su posición tras la muerte de éste, según la norma de la tradición de la Tawananna.

A su muerte, su lugar como reina reinante fue tomada por la primera (conocida) mujer de Suppiluliuma, Henti. La posición de Henti está indicada en un decreto que nombra al hijo de Suppiluliuma, Telepinu, sacerdote en Kizzuwadna¹⁵. Pero el disfrute de su posición duró poco porque a los pocos años de la subida al trono de su marido desaparece de la escena y Suppiluliuma toma una nueva mujer, la hija del rey de Babilonia. La nueva reina, según parece, adoptó el nombre de Tawananna como nombre personal tras su matrimonio, junto a su nombre original Malnigal¹⁶.

Tawananna se encuentra asociada a su marido en un cierto número de impresiones de sellos. Se incluyen varias que pertenecen al contexto de la alianza de Suppiluliuma con el rey de Ugarit, Niqmaddu II¹⁷, una alianza que puede fecharse en el «primer año» de Suppiluliuma o en el «año uno» de la guerra siria (se tratará más adelante)¹⁸. En

¹³ Véase SBo I 4-9, núm. 5-11. A éstos podemos añadir, ahora, las improntas de sellos de Niantepe que asocian a Suppiluliuma con Henti y Tawananna. El archivo ha proporcionado tres impresiones de sellos más en las que Henti está emparejada con Suppiluliuma y más de cincuenta en las que Suppiluliuma y Tawananna (= Malnigal; sobre el nombre véase más abajo) aparecen juntos; véase Otten (1994; 1995, 13-16) para una descripción de los sellos Suppiluliuma-Henti. Las tres reinas están también enumeradas (después de Walanni, Nikkalmati y Asmunikal) en el texto de la fiesta *nuntarrigassu*, KUB XXV 14 (+) (CTH 626.IV) I 28' ss., 46' ss., III 10' ss. Para la transliteración y traducción de parte de este texto, véase Bin-Nun (1975, 199-200).

¹⁴ Véase Gurney (1979b, 218-221).

¹⁵ KUB XIV 25+26 (CTH 44) tratado más abajo.

¹⁶ Sobre el último nombre, véase SBo I 46-47, núm. 84; Laroche (1956, 100); Beran (1967, 33, 74); Bin-Nun (1975, 17-72).

¹⁷ SBo I, 6-7, núm. 9-11, Véase RS 17.227, 17.373, 17.340 (Schaeffer [1856, 2-6]). La leyenda en cuneiforme acadio dice: «Sello de Suppiluliuma, el Gran Rey, Rey del País de Hatti, amado del dios Tormenta; sello de Tawananna, la Gran Reina, hija del rey de Babilonia.»

¹⁸ Véase PRUV, 32-34, con Dossier II A 1-3.

esa época Burnaburias II era el gobernante de Babilonia y, por lo tanto, el padre de Tawananna. Muy bien pudo ocurrir que esa alianza matrimonial con la familia casita gobernante tuviera una motivación estratégica —asegurar, al menos, la benevolente neutralidad, si no el apoyo activo de Babilonia en tanto que Suppiluliuma hacía campaña contra Mitanni¹⁹.

¿Qué fue de la reina Henti? Su sino sigue siendo un misterio. Pero es posible que haya una referencia a ella en un texto fragmentario del reinado del hijo de Suppiluliuma, Mursili II, que menciona, en líneas consecutivas, al padre del rey, a su madre y a un destierro en el País de Ahhiyawa²⁰. Puesto que gran parte del lado derecho de la tablilla sobre la que se encuentra el texto se ha perdido, no podemos sacar ninguna conclusión firme sobre el conjunto del contenido. Pero si una interpretación del texto, comúnmente aceptada, es correcta, nos da una explicación de lo que ocurrió a Henti: había sido desterrada por su marido²¹. La perspectiva de una importante alianza matrimonial estratégica puede haber proporcionado el suficiente motivo como para sacarla de escena. Como había demostrado Suppiluliuma con la consecución del trono de su hermano, estaba bastante preparado para tratar despiadadamente a los miembros de su propia familia que se interpusieran en la consecución de sus objetivos.

Cualesquiera que fuesen las razones para la repentina desaparición de Henti de nuestros registros, ella había dejado a Suppiluliuma con uno de los más importantes fundamentos de su reinado —puesto que era, casi con toda seguridad, la madre de todos sus hijos. Sabemos de cinco de ellos —Arnuwanda, Telepinu, Piyassili (más tarde Sarri-Kusuh), Zannanza y Mursili. Con la posible excepción de Mursili, habían alcanzado todos la virilidad durante el reinado de su padre y todos le habían dado inequívocamente leal y capaz apoyo.

Arnuwanda, probablemente el mayor, fue el príncipe heredero. Desde luego, en el reinado de su padre había sido designado heredero del trono. Su situación está indicada, en primer lugar, en el decreto que formalizaba el nombramiento de su hermano Telepinu, segundo hijo de Suppiluliuma, sacerdote en Kizzuwadna. El decreto estaba emitido en nombre de Suppiluliuma, la reina Henti, Arnuwanda como prínci-

¹⁹ Cfr. Goetze (1975a, 13). Hemos sugerido que una alianza hitito-casita pudo tener una finalidad similar en el reinado de Mursili I; véase el cap. 5.

²⁰ KBo XIV 2, ed. Sommer (1932, 298-306).

²¹ Cfr. Freu (1990, 23). Steiner (1964, 375, n. 78); Jewell (1974, 326), Kořak (1980c, 41) han expresado sus dudas respecto a esta interpretación.

pe heredero y Zida, el hermano de Suppiluliuma, jefe de la guardia²². Por ese tiempo, Kizzuwadna había perdido su independencia y se encontraba bajo gobierno hitita. Telepinu es citado también en otros documentos como «el sacerdote» o el «gran sacerdote»²³. Pero su papel en el reino no se limitaba a deberes religiosos. Asimismo tenía importantes responsabilidades militares y políticas. Los términos de su nombramiento en Kizzuwadna eran similares, en muchos aspectos, a los impuestos por tratado a los gobernantes vasallos del reino. Como ellos, estaba obligado a tener los mismos amigos y enemigos que el rey hitita y a denunciar a los culpables de hablar o de actuar contra él. Dado que el nombramiento de Telepinu fue hecho solamente un poco antes de que Suppiluliuma llevara sus fuerzas a Siria, estaba, casi con certeza, relacionado con la política del rey y la preparación militar para esta importante campaña contra Mitanni.

LA GRAN GUERRA SIRIA

A los pocos años, quizás no más de cuatro o cinco, de su subida al trono hitita, los preparativos de Suppiluliuma estaban completos. Entonces, se embarcó en lo que se constataría como la empresa más trascendental de su carrera. La magnitud de su tarea difícilmente puede exagerarse. No solamente tenía en preparación desafiar la potencia militar del rey de Mitanni en su propio territorio, sino que a fin de establecer su supremacía en Siria tenía también que enfrentarse a una formidable coalición de fuerzas enemigas reunidas en todos los reinos de la región. Hasta que esos reinos pudieran pedir el apoyo de su señor de Mitanni, una campaña hitita en su contra podía muy bien acabar en fracaso. Un ataque directo, sin cuartel, en el corazón del reino mitaniano debía tener la máxima prioridad.

Desgraciadamente, la sección de los Hechos que recoge esta empresa se nos ha perdido completamente, con la posible excepción de un pequeño fragmento²⁴. Pero un relato razonablemente detallado se ha conservado en otros documentos²⁵. La campaña hitita fue desencade-

²² KUB XIX 25 + 26 (CTH 44), ed. Goetze (1940, 12-16). La relación de Zida con Suppiluliuma está expresada en los *Anales* de Mursili II *AM* 152-153.

²³ Referencias citadas en Bryce (1992b, 9, n. 15).

²⁴ *DS*, págs. 84-85, frag. 29; véase Wilhelm y Boese (1987-1989; 89).

²⁵ El relato aparece en el preámbulo histórico a los tratados que Suppiluliuma hizo con Sattiwaza, *PD*, núm. 1 (CTH 51) y Tette, rey de Nuhasse, *PD*, núm. 3 (CTH 53).

nada por dos sucesos en particular: el ataque de Tusratta sobre el país sirio de Nuhasse, cuyo rey, Sarrupsi, había establecido una alianza con Suppiluliuma²⁶ y, además, una sublevación antihitita en el País de Isuwa²⁷.

Tras enviar una fuerza expedicionaria a Nuhasse para apoyar a Sarrupsi (véase más abajo), Suppiluliuma llevó el principal ejército hitita hasta cruzar el Éufrates y conquistó el País de Isuwa, en la frontera del reino de Alse²⁸ y luego atacó hacia el sur, en el territorio de Mitanni, ocupando y saqueando su capital Wassuganni. Sorprendido por la velocidad y la ferocidad del avance hitita, Tusratta no pudo presentar una resistencia efectiva. No tenía otra opción sino huir de la capital con las tropas que pudo reunir antes de que cayera bajo los hititas²⁹.

Luego, Suppiluliuma giró hacia el oeste, volviendo a cruzar el Éufrates. En una serie de fulgurantes conquistas redujo a todos los reinos locales sometidos a Mitanni desde el Éufrates hasta la costa mediterránea —Alepo, Mukis, Niya, Arahtu, Qatna y Nuhasse— y en el sur hasta Aba (Apina, Upi; la posterior Damasco) que caía en la región fronteriza con el territorio egipcio³⁰. Solamente el bastión mitannio de Carkemish, sobre el Éufrates, permanecía indómito. Los gobernantes de los estados conquistados fueron depuestos y trasladados, junto con sus familias, a Hattusa.

Entre los estados que cayeron víctimas de los ataques hititas estaba uno, al que Suppiluliuma se había propuesto dejar tranquilo —Kadesh, sobre el río Orontes. Antaño aliado de Mitanni, el País de Kadesh había sido forzado a aceptar la soberanía egipcia durante las campañas de Tutmosis III; una coalición de fuerzas sirias, dirigida por los reyes de Kadesh y Megiddo había sido derrotada decisivamente por Tutmosis en su primera campaña³¹, y en una campaña posterior, la propia Kadesh había caído ante los egipcios³². Esto se había convertido en una fuente de tensiones entre Mitanni y Egipto. Pero por los términos del acuerdo alcanzado entre los dos reinos durante el reinado de Tutmosis IV, Kadesh fue oficialmente reconocida como súbdita de la mo-

²⁶ *PD*, núm. 3, 58-59, I r. 1-13.

²⁷ *PD*, núm. 3, 58-59, I r. 14 ss.

²⁸ Que pasó, aparentemente, con el consentimiento de su rey Antaradi, *PD*, núm. 1, 8-9, r. 26, *PD*, núm. 3, 58-59, I 19-20.

²⁹ *PD*, núm. 1, 6-9, r. 17-29; cfr. *DS*, págs. 84-85, frag. 26.

³⁰ *PD*, núm. 1, 10-15, r. 30-41.

³¹ Para los textos concernientes, véase Pritchard (1969, 234-237).

³² Breasted (1906, ii 465, 585).

narquía egipcia, mientras que todavía, según parece, constituía un posible foco de influencia y de apoyo a Mitanni en la región.

No obstante, fiel a su política de evitar conflictos con Egipto, Suppiluliuma había tenido la intención de sortear a Kadesh. Pero fue provocado a actuar por su rey Suttarna (Sutatarra) que dirigió sus tropas contra él. Suppiluliuma rápidamente tomó represalias. La fuerza de Kadesh fue derrotada y su rey y ciudadanos destacados, junto con el hijo del rey, Aitakkama, fueron llevados en cautividad³³. Aunque debió suponer alguna tirantez en las relaciones entre hititas y egipcios, no hubo ninguna reacción inmediata de Egipto. Suppiluliuma, más tarde, permitió a Aitakkama volver a Kadesh, donde ocupó el trono de su padre y, posiblemente, formalizó su situación como vasallo hitita firmando un tratado con él (aunque no ha perdurado ningún registro de ello). Aitakkama utilizó el respaldo hitita tanto para establecer alianzas regionales con otros gobernantes, especialmente con Aziru, rey de Amurru, como para extender su propio territorio³⁴. Mientras que fue conveniente a sus fines permaneció fiel a su lealtad hitita³⁵. Pero la pérdida de Kadesh exasperaba a los egipcios, y algunos años después, en el reinado del faraón Tutanj-Amón, los egipcios intentaron retomarla (véase más abajo).

Con no escasa satisfacción, Suppiluliuma recordaba todo lo que había conseguido en el lapso de una sola campaña.

Por la hostilidad de Tusratta, el rey, yo saqué esas tierras, todo en un solo año, y lo llevé al País de Hatti. Los incorporé a mi territorio del monte Niblani y de la orilla opuesta del Éufrates (Suppiluliuma: Tratado de Sattiwaza, *PD*, núm. 1 [*CTH* 51], 14-15 r. 45-47).

EL REINO DE UGARIT

Los éxitos de Suppiluliuma no se lograron simplemente por la fuerza de las armas. Incluso en medio de su campaña en Siria intentó reforzar su posición con alianzas diplomáticas. Así, quizás mientras estaba en el País de Alepo, realizó ofertas a Niqmaddu II, el rey de Ugarit, para unirse a él en alianza contra los reyes de Mukis y de Nuhasse³⁶.

³³ *PD*, núm. 1, 14-15, r. 40-43.

³⁴ *EA* 140, 25-32.

³⁵ Finalmente rompió sus lazos con Hatti en el noveno año del reinado de Mursili II, hijo de Suppiluliuma, cuando participó en una rebelión de príncipes sirios contra el go-bierno hitita (véase el cap. 8).

³⁶ *PRU* IV, 32-52, Dossier II A.

Una alianza con Ugarit tenía mucho que ofrecer. Ugarit poseía numerosas ventajas naturales. Con sus montañas densamente arboladas era una valiosa región productora de madera y sus ricas y fértiles estepas y llanuras eran excelentes para pastos y para la producción de un amplio abanico de productos, entre ellos, grano, vino, aceite y cera. Era, también, centro de prósperas industrias manufactureras donde las artes de bronceistas y orífices florecían, y donde se producía un amplio cúmulo de artículos de lino y de lana para la exportación. Sus cincuenta kilómetros de costa contenían por lo menos cuatro puertos que hacían de él un importante lazo de comunicación entre el mundo mediterráneo y las tierras que llegaban al Éufrates y más allá. Y, a través de su territorio, pasaba alguna de las principales rutas terrestres de Siria, hacia el norte, a través de Mukis hasta Anatolia, y hacia el oeste, a través de Alepo hasta Mesopotamia. Con sus ricos recursos naturales, su prosperidad comercial y, por encima de todo, su importante ubicación estratégica, inevitablemente atraía el vivo interés de la mayor parte de las potencias del Próximo Oriente. El sustancial tributo pagadero por Ugarit, como se recogía en sus tratados con Hatti, indica que llegó a ser el más rico de los estados vasallos hititas en el norte de Siria. Su posesión, muy probablemente, proporcionó al reino hitita una importante fuente de rentas³⁷.

Sabemos poco de la historia de Ugarit antes del comienzo de los archivos de Amarna. Por las cartas de estos archivos vemos que las presiones ejercidas sobre el rey de Ugarit le llevaron a aliarse con una u otra de las potencias principales. En una de esas alianzas Ammistamru, padre y predecesor de Niqmaddu, declaró su lealtad al faraón Ajentón³⁸, a pesar del intento hecho por Suppiluliuma para ganarle para el bando hitita. Ammistamru debió de morir poco después de esto, y Suppiluliuma renovó sus intentos de establecer una alianza con Ugarit con sus ofertas al nuevo rey Niqmaddu. No hay duda de que tenía en mente las ventajas a largo plazo de tal alianza. Pero de momento, su principal interés era cercar a los enemigos de Mukis y de Nuhasse entre sus propias fuerzas, quizás ahora con base en Alepo, y las fuerzas de Ugarit que flanqueaban los estados enemigos por el oeste.

En prevención de una alianza con Ugarit, Suppiluliuma escribió a Niqmaddu en los más corteses y persuasivos términos. Su carta es un excelente ejemplo de las habilidades diplomáticas que el hitita utilizaba para convencer a un potencial aliado de unirse a su lado.

³⁷ Véase Korošec (1960, 72-73).

³⁸ EA 45.

Aunque el País de Nuhasse y el País de Mukis son mis enemigos, tú, Niqmaddu, no les temas, íten confianza en ti mismo! Exactamente como tus antepasados fueron amigos, y no enemigos, del País de Hatti, ahora tú, Niqmaddu, sé el enemigo de mi enemigo y el amigo de mi amigo... Sé fiel, ioh Niqmaddu!, a la alianza de amistad con el País de Hatti y tú verás, luego, cómo trata el Gran Rey a los reyes de Nuhasse y al rey de Mukis que abandonaron la alianza de amistad con el País de Hatti y se convirtieron en enemigos del Gran Rey, su amo. Si entonces, todos esos reyes lanzan un ataque sobre tu país, no temas, Niqmaddu, sino que inmediatamente envíame uno de tus mensajeros. Pero si tú, Niqmaddu, atacas primero con tus ejércitos a las tropas de Nuhasse o de Mukis, no dejes que nadie te los arranque de tus manos. Y si ocurre que por necesidad de las tropas de Nuhasse, de las tropas de Mukis, vienen a tu tierra como fugitivos no permitas que nadie los arranque de tus manos. Y si ocurre que algunas ciudades, dentro de tus fronteras se te vuelven hostiles y tú te empeñas en combate con ellas y las derrotas, en el futuro no permitas que nadie las arranque de tus manos (*RS 17.132 = PRU IV 35-37, Dossier II A1*).

La oferta era tentadora. A Niqmaddu se le ofrecía el doble aliciente de la protección garantizada por el rey hitita en el caso de un ataque sobre su territorio y la perspectiva de retener cualquier territorio que conquistase en el curso de un conflicto con los reinos enemigos. Pero la carta también contenía una sutil amenaza respecto a las consecuencias de rehusar una alianza con el rey hitita. Niqmaddu se enfrentaba a un dilema. Al rechazar las propuestas de los otros reinos sirios de unirse a su alianza³⁹, también estaba aceptando riesgos. Tuvo que sopesar cuidadosamente las consecuencias de ambas opciones antes de decidir, finalmente, ir con Suppiluliuma⁴⁰.

Como suponía, su decisión trajo pronto represalias de la coalición de reinos locales cuyas propuestas había rechazado. Su reino fue invadido y saqueado⁴¹. Pero cuando apeló a su señor hitita, éste hizo honor a los términos de la alianza, envió una fuerza expedicionaria para arrojar al enemigo fuera de su reino y devolverle el botín que le habían tomado⁴². Se debieron otorgar a Niqmaddu otros beneficios adicionales por la alianza con aparente escaso esfuerzo por su parte. Después de

³⁹ *RS 17.227, 7-11 (PRU IV, 40-41)*.

⁴⁰ Para referencias al pacto que hizo con Suppiluliuma, véase *RS 17.227, 16-53 (PRU IV, 41-43)* y los textos siguientes en *PRU IV, 44-52*.

⁴¹ *RS 17.340, 2-8 (PRU IV, 49)*.

⁴² *RS 17.140, 9-21 (PRU IV, 49-50)*.

su conquista de Mukis y Niya, Suppiluliuma transfirió sustanciales porciones de su territorio al reino de Ugarit —lo que pudo llevarle a casi cuadruplicar su propio territorio⁴³.

LOS PAÍSES DE NUHASSE

Los países de Nuhasse ocupaban una región que alcanzaba desde el oeste del Éufrates hasta el río Orontes, entre Hamat y Alepo, y limitaba con los reinos de Mukis y de Kadesh⁴⁴. El nombre de Nuhasse figura en los archivos de Mari y de Alalah VII, pero no parece que designara una entidad política coherente con anterioridad a la época de las campañas de Suppiluliuma en Siria⁴⁵. En la época de la guerra siria, Nuhasse estaba, al menos nominalmente, sometido al señorío de Mitanni⁴⁶. Los textos se refieren a los «reyes de Nuhasse», lo que apunta a que la región de Nuhasse estaba formada por varios reinos, cada uno de ellos con su propio gobernante, de los cuales uno de ellos puede haber sido una especie de *primus inter pares*⁴⁷.

Hemos anotado que, con anterioridad a la guerra siria, y, sin duda, como parte de la preparación de esta guerra, Suppiluliuma había tratado de establecer una alianza con un rey de Nuhasse llamado Sarrupsi. Esto era claramente contrario a cualquier reivindicación de fidelidad que el rey de Mitanni hubiera podido tener sobre él, y Tusratta fue rápidamente a tomar venganza. Pero parece ser que Suppiluliuma fue igualmente rápido en responder cuando recibió una llamada de ayuda de Sarrupsi:

Quando el rey del País de Mitanni se conjuró para matar a Sarrupsi, inmediatamente el rey de Mitanni junto con sus tropas de élite y sus carros invadió el País de Nuhasse. Y cuando le hubo ataca-

⁴³ Drower (1975, 138). Véase PRU IV, 67-70, Dossier IVA. Astour (1969, 404) calcula que la superficie del territorio dada por Suppiluliuma a Niqmaddu era de 4.000-4.500 km².

⁴⁴ Véase Klengel (1969, 18).

⁴⁵ Como señala Klengel (1969, 33), en la época de los archivos de Mari, la parte norte de Nuhasse pertenecía al territorio de Iamhad y la parte sur al territorio de Qatna. Cfr. Na'aman (1980, 38). Sobre la historia de Nuhasse antes de la conquista hitita, véase Klengel (1969, 33-37).

⁴⁶ Para la hostilidad de Nuhasse hacia los hititas en la época de su invasión de Siria, véase KBo X 12 (CTH 49.11), la versión hitita del tratado entre Suppiluliuma y Aziru, rey de Amurru, ed. Freidank (1959-1960) 15^o; cfr. Klengel (1969, 38).

⁴⁷ Cfr. Astour (1969, 387).

do, inmediatamente Sarrupsi envió a sus mensajeros al rey del País de Hatti: «Yo soy el siervo del rey del País de Hatti. ¡Rescátame ya!» Y yo, Mi Sol, envié guerreros y caballos en su ayuda y echaron al rey del País de Mitanni junto con sus tropas y sus carros del País de Nuhasse (Suppiluliuma: Tratado de Tette, *PD*, núm. 3 [*CTH* 53], 58-59, I 2-11).

Sin embargo, la respuesta hitita no consiguió salvar a Sarrupsi. Mientras que las tropas mitannias eran expulsadas del país, Sarrupsi fue asesinado por miembros de su propia familia⁴⁸, muy probablemente porque había unido su suerte a Hatti⁴⁹. Cuando Suppiluliuma volvió a cruzar el Éufrates tras su saqueo de Wassuganni, Nuhasse estaba otra vez en el lado enemigo, y Sarrupsi había sido reemplazado por un nuevo rey, Addu-Nirari. Presumiblemente era otro miembro de la familia de Sarrupsi, uno de los que estaba dispuesto a declarar su lealtad hacia Mitanni.

Pero su reinado fue corto. A continuación de su reconquista de Nuhasse, Suppiluliuma trasladó a Hattusa a todos los miembros de la familia real. Sin duda los tuvo por responsables de la muerte de Sarrupsi y del cambio de lealtad hacia Mitanni. Entonces nombró a un hombre llamado Takibsarri, aparentemente leal seguidor de Sarrupsi, para el trono de Ukulzat, una ciudad de Nuhasse⁵⁰.

EL REINO DE AMURRU

En los tiempos de las campañas sirias de Suppiluliuma, Amurru era uno de los reinos locales más señalados. También se destacó como uno de los más problemáticos, tanto para sus vecinos como para las grandes potencias que intentaban establecer su dominio en la región.

El nombre, *Amurru*, aparece por primera vez en los textos del tercer milenio y principios del segundo como un término geográfico, referente a una amplia extensión de territorio que abarcaba gran parte de la moderna Siria y se extendía hacia el oeste desde Mesopotamia hasta el Mediterráneo. Sin embargo, por la época de los archivos

⁴⁸ *PD*, núm. 1, 12-15, r. 38.

⁴⁹ No parece buena para ello la presunción de Klengel (1969, 40) de que Sarrupsi se realineó con Mitanni. Parece más probable que no sobreviviera, o no sobreviviera mucho tiempo, al ataque mitannio sobre Nuhasse.

⁵⁰ *PD*, núm. 1, 12-13, r. 39-40. No fue, sin embargo, la capital; véase Klengel (1969, 48, n. 15).

de Mari y de Alalah, el término vino a usarse para una región más restringida de la Siria central y meridional⁵¹. Posteriormente, con la expansión del poder militar egipcio con Tutmosis III fue incorporado al territorio sometido a Egipto como una unidad geopolítica claramente definida que se extendía entre el río Orontes y la costa central del Levante⁵².

El seminomadismo parece haber sido un rasgo tradicional de los grupos de población asociados con Amurru. Se distinguían entre esos grupos los *habiru*⁵³, que vagaban por las montañas y bosques de la región. Con un número creciente de criminales, fugitivos, refugiados, merodeadores mercenarios y desclasados sociales, suponían una constante amenaza no solamente para los mercaderes y otros viajeros, sino también para las comunidades más asentadas de la región. Abandonados a sus propios recursos, eran totalmente perturbadores del orden político y social. Pero un caudillo que tuviera la habilidad y la iniciativa para organizarlos y unirlos tendría una fuerza muy formidable a su disposición.

Por la correspondencia de Amarna sabemos que en el siglo XIV surgió tal caudillo, un hombre de desconocido, aunque probable origen real, llamado 'Abdi-Asirta⁵⁴. Coaligando grupos de las tierras altas en una poderosa fuerza de combate bajo su mando, 'Abdi-Asirta se enfrascó en una serie de conquistas que pusieron a todo Amurru bajo su influencia. Esto causó no poca consternación entre los vecinos de Amurru.

Al sur de Amurru se sitúa el reino de Gubla (Biblos), cuyo rey Rib-Addi veía los progresos de los amorritas con creciente alarma. Se despacharon cartas urgentes al faraón Ajenatón informando de la conquista de una ciudad amorrita tras otra por 'Abdi-Asirta y los *habiru* y la matanza de sus jefes.

Quiera el rey poner atención a las palabras de su siervo: «Los *habiru* mataron a Aduna, el rey de Irqata, pero no hubo nadie que dijera nada a 'Abdi-Asirta, y así fue apoderándose del territorio para sí mismo. Miya, el gobernante de Arasni tomó Ardata y justo entonces

⁵¹ Así, Singer (1991a, 137; 1991b, 69) quien anota que el sentido lato del término nunca desapareció totalmente.

⁵² Véase Singer (1991a, 138; 1991b, 69).

⁵³ *'apiru* o *SA.GAZ* en los textos. Para un repaso general, más reciente, sobre los *habiru*, véase Loretz (1984).

⁵⁴ Singer (1991a, 141) sugiere que probablemente era de una de las familias reales de las ciudades costeras de Amurru.

ces, ¡los hombres de Ammiya mataron a su señor! ¡Yo estoy espantado!» (EA 75, 24-30, trad. Moran [1992, 145])⁵⁵.

Tras tomar Sigarta para sí, 'Abdi-Asirta dijo a los hombres de Ammiya: «Matad a vuestro jefe y entonces seréis como nosotros y estaréis en paz.» Ellos se convencieron siguiendo su mensaje y ahora son como los habiru (EA 74, 23-30, trad. Moran [1992, 143]).

Al norte, la ciudad de Sumur, una de las tres principales fortalezas de los egipcios en la región, también cayó ante 'Abdi-Asirta⁵⁶. Las otras dos eran Ullaza (Ullassa) y Tunip. Las tres habían sucumbido a Egipto durante las campañas de Tutmosis III en Siria⁵⁷. 'Abdi-Asirta quizás se animó por la retirada del comisionado egipcio al ocupar Sumur⁵⁸.

Esas ciudades caen dentro del territorio sometido a Egipto, ya que Amurru era la más septentrional de las posesiones egipcias en Siria. Seguramente el faraón no toleraría esos descarados actos de agresión contra su propio territorio. Pero las protestas y apelaciones de Rib-Addi cayeron en oídos sordos. Fue políticamente superado por su rival amorrita. Éste también escribió al faraón presentándose a sí mismo como el protector de los intereses egipcios en Amurru y buscando ser reconocido como delegado del gobierno egipcio en la región:

Mira, aquí está Pahannate, mi comisionado. Acepte el rey, el Sol, preguntarle si no guardo yo a Sumur y a Ullassa. Cuando mi comisionado está en una misión del rey, el Sol, entonces yo soy el único que guarda las cosechas de grano de Sumur y de todas las tierras para el rey, mi Sol, mi señor. Quiera el rey, mi señor, conocerme y confiarme el cargo de Pahannate, mi comisionado (EA 60, 19-32, trad. Moran [1992, 132]).

'Abdi-Asirta había calculado correctamente que Ajenatón no quería enredar a las tropas egipcias en más conflictos en Siria si podían ser evitados y que estaría muy receptivo a sus protestas de lealtad. El apoyo que 'Abdi-Asirta solicitaba de Egipto estaba también asegurado, indudablemente, por la amenaza de una intervención hitita en Amurru. Si el faraón rechazaba complacerle 'Abdi-Asirta podía, perfectamente,

⁵⁵ Sobre Irqata y Ardata, véase Klengel (1969, 252). Para más sobre EA 75, véase Bryce (1989b, 22-23).

⁵⁶ EA 84, 11 ss.; EA 91, 6.

⁵⁷ Véase Singer (1991b, 69).

⁵⁸ EA 62; cfr. EA 67.

poner su suerte en manos de los hititas. Ante tales consideraciones, la promesa de Rib-Addi de inquebrantable lealtad a su señor egipcio tenía poco peso si requería una actuación en contra de 'Abdi-Asirta.

Sus peores temores pronto se realizaron. Envalentonado por sus éxitos militares y políticos y seguro de que había poco riesgo de una intervención egipcia, 'Abdi-Asirta dirigió ahora su atención a Gubla. Con desesperación e, indudablemente con sensación de total frustración, Rib-Addi escribió, una vez más, al faraón:

Así, ahora, 'Abdi-Asirta ha escrito a la tropa: «Reuníos en el templo de Ninurta y luego dejémonos caer sobre Gubla. Ved, no hay nadie que le salve de nosotros. Entonces, dejadnos echar a los alcaldes del país, que todo el país esté unido a los habiru. Incluso si el rey apareciera, todo el país estaría contra él, y ¿qué nos hará?» Consecuentemente han hecho una alianza entre sí y, consecuentemente, estoy muy, muy asustado, porque, en verdad, no habrá nadie que me salve de ellos. Como un pájaro en una trampa así estoy yo en Gubla. ¿Por qué has olvidado a tu país? He escrito esto mismo al palacio, pero tú no tienes en cuenta mis palabras (*EA* 74, 30-50, trad. Moran [1992, 143]).

De nuevo, según parece, no hubo respuesta del faraón. Las llamadas de Rib-Addi a sus vecinos del sur, Beirut, Sidón, Tiro, tampoco fueron respondidas. Una tras otra, las ciudades de las tierras altas y las de la costa cayeron ante 'Abdi-Asirta y los habiru. Pronto, solamente dos ciudades y la capital real permanecían con el rey⁵⁹. Pero, justamente cuando la caída de la capital parecía inmediata fue perdonada —por la muerte de 'Abdi-Asirta⁶⁰.

El misterio todavía rodea las circunstancias de su muerte. ¿Fue envenenado por disidentes entre sus propios paisanos⁶¹, o actuaron oficiales del faraón por propia iniciativa?⁶² ¿Acaso murió de causas naturales tras una grave enfermedad?⁶³ ¿O fue capturado y llevado a Egipto por las tropas egipcias que volvieron a ocupar Sumur?⁶⁴ Lo más probable es que 'Abdi-Asirta sobrepasara, realmente, los límites de la

⁵⁹ *EA* 74, 19-22; 78, 7-16; 79, 7-12.

⁶⁰ Se relata en *EA* 101, 27-31; véase Moran (1969, 94).

⁶¹ Así, Moran (1969).

⁶² Mumane (1985, 14).

⁶³ Klengel (1969, 257-258), siguiendo a *EA* 95, 41 s.

⁶⁴ Basado en *EA* 95, 41-42, Altman (1977) argumenta que 'Abdi-Asirta fue, en realidad, arrestado y trasladado a Egipto, donde acabó sus días.

paciencia egipcia y que Ajenatón respondiera, finalmente, a las llamadas de Rib-Addi y ordenase la restauración del dominio egipcio sobre los territorios ocupados por él —y la permanente expulsión de 'Abdi-Asirta de la escena⁶⁵.

Pero cualquiera que fuese la causa de su remoción, la muerte de 'Abdi-Asirta no proporcionó más que un respiro muy transitorio para los problemas que Amurru causaba, tanto a Egipto como a sus propios vecinos, en especial a Gubla. Muy poco después de su muerte le fue sucedido por su hijo Aziru —quien se mostró a sus vecinos como una amenaza no menor que la que había sido su padre, e incluso, más astuto políticamente que éste en el palenque de la política internacional.

Aziru es uno de los personajes mejor documentados e indudablemente de mayor colorido del período del Bronce Tardío en Siria. Han sobrevivido quince de sus cartas en los archivos de Amarna y algunos otros documentos. Pero, aun siendo, como es, abundante este material nos deja muchos problemas sin resolver, particularmente relativos a la cronología de importantes acontecimientos de la carrera de Aziru⁶⁶.

Aziru debió de llegar al poder alrededor del momento en que Suppiluliuma se estaba preparando para su primer gran asalto a Siria. Dada la proximidad de Amurru a la expansiva esfera de influencia hitita, la situación podría, muy bien, ser explotada por un astuto gobernante local que ve cómo se juega el desempate de una de las mayores potencias contra la otra.

El respiro dado a Rib-Addi por la muerte de 'Abdi-Asirta se constató como extremadamente corto. Si acaso, el desafortunado rey de Gubla encontró en su sucesor un oponente incluso más formidable y despiadado. Ciudades como Irqata, Ambi, Sigata y Ardata, anteriormente capturadas por 'Abdi-Asirta, apenas habían sido «liberadas» cuando fueron ocupadas otra vez por las fuerzas del nuevo caudillo amorreo y sus hermanos⁶⁷. Por un tiempo, Sumur, reforzada por tropas egipcias,

⁶⁵ Véase, también, Singer (1991a, 146). Nótese sus argumentos, 146-147, contra el punto de vista de que la causa de la desaparición de 'Abdi-Asirta fuese su pretendida colaboración con Mitanni, o con Hatti, o con ambos.

⁶⁶ Para un tratamiento más detallado de este astuto gobernante y del papel que representó en el juego de las potencias internacionales, el lector debe acudir a publicaciones como Klengel (1964b; 1969, 264-293); Helck (1971, 174-179); Krauss (1978, 56-62); Singer (1991a, 148-158). Obsérvese la cronología revisada de la carrera de Aziru presentada por Izre'el y Singer (1990, 128-169) y Singer (1991a). Aunque yo he seguido aquí una línea más tradicional, las nuevas propuestas autorizan serias consideraciones y pueden muy bien ser correctas.

⁶⁷ EA 98; 104; 140.

resistió a Aziru. Una vez más Rib-Addi envió un río de cartas al faraón⁶⁸, insistiendo en lo desesperado de la situación e implorando refuerzos. Si el faraón dejaba de actuar, entonces Sumur caería con certeza. Una vez más, parece que no hubo respuesta del faraón. En el combate para defender la ciudad, el comisionado egipcio cayó muerto, y a la vista del asedio amorrita hubo una evacuación en masa de los habitantes de la ciudad⁶⁹.

Aziru siguió expresando sus quejas al faraón. Lejos de ser un enemigo de Egipto, él era el leal súbdito del faraón, insistía. Su voluntad no era sino la de servir al faraón y proteger sus territorios contra sus enemigos. Y sus intentos de hacerlo así estaban siendo frustrados por los oficiales egipcios de Sumur que impedían su entrada en la ciudad:

Mi señor, por primerísima vez he intentado (entrar) al servicio del rey, mi señor, pero los magnates de Sumur no me lo permiten. Ahora, de dejación de deberes o de la más ligera cosa contra el rey, soy inocente. El rey, mi señor, sabe (quiénes son los verdaderos) rebeldes. Y cualquier petición del rey, mi señor, yo la concederé (*EA* 157, 9-19, trad. Moran [1992, 243]).

Aziru continuó refiriendo la agresión hitita contra él y demandaba tropas y carros egipcios en apoyo de sus esfuerzos para defender el territorio egipcio contra los hititas. Pero, a pesar de todas sus declaraciones de lealtad, sus quejas contra los oficiales locales egipcios y su petición de ayuda contra los hititas conllevaban un aviso muy explícito: si el faraón no se mostraba colaborador, él no tendría otra alternativa que la de unirse al rey hitita y entregarle a él los territorios que hubiera conquistado⁷⁰.

Indudablemente, Ajenatón se enfrentaba a un dilema de grandes dimensiones. Suppiluliuma, aparentemente, había tratado de asegurarle su voluntad de mantener relaciones amistosas con Egipto y su intención de respetar los territorios de Siria sometidos a Egipto. Y Ajenatón difícilmente quería provocar un conflicto con él. Pero la balanza estaba en un equilibrio delicado. Responder a los requerimientos de Rib-Addi con una actuación contra Aziru sería casi con seguridad dirigir a éste hacia el campo hitita. Sin embargo, el rechazo a ayudar a Rib-Addi

⁶⁸ Por ejemplo, *EA* 107.

⁶⁹ *EA* 106, 23 ss.

⁷⁰ Goetze (1975a, 12) sugiere que pudo haber cierto entendimiento entre Suppiluliuma y Aziru, citando un pasaje del tratado de Mursili II con el nieto de Aziru, Duppi-Tesub, *CTH* 62; Friedrich (1926, núm.1, 4-5, r. 2-3).

significaba, prácticamente, someter a Aziru cualquier territorio cuya adquisición intentase él mismo por la fuerza de las armas. Ir, incluso, más lejos y reforzar el lado de Aziru con el envío de tropas sería exacerbar la crisis en los territorios sometidos; además, el uso de esas fuerzas contra el rey hitita podría, muy bien, ser interpretado como una abierta declaración de guerra.

Parecía no haber una forma inmediata de solucionar el problema. Pero sí había una víctima inmediata: Rib-Addi. La vacilación del faraón, por comprensible que fuera, dejaba al rey de Gubla en una posición desesperada. Tercamente, rechazando los deseos de su familia de que se aviniera a un acuerdo con Aziru, Rib-Addi fue a Beirut donde permaneció cuatro meses o más, y concluyó una alianza con su rey (?) Ammunira. Pero al volver a su ciudad se encontró con que había habido un golpe de estado. Había sido desplazado del trono por su hermano más joven Ilirabih. Entonces buscó refugio con Ammunira, mientras tanteaba la ayuda de Egipto para su reposición en el trono⁷¹. A pesar de las promesas de Egipto, la requerida ayuda nunca se materializó, y Rib-Addi tuvo que recurrir a la ignominiosa alternativa de apelar a su enemigo, Aziru, para que le ayudase a recuperar su trono. Ésta fue una apuesta desesperada y la perdió. Una vez que tuvo a Rib-Addi en su poder, Aziru rápidamente lo entregó a los gobernantes de Sidón⁷² y casi con certeza fue en sus manos donde encontró la muerte.

Tardíamente respondió Ajenatón enojado ante las noticias de la actuación de Aziru⁷³. Había convocado con anterioridad a Aziru en Egipto, pero éste, tanto en cartas al faraón⁷⁴ como a sus funcionarios⁷⁵, había aplazado la visita con la excusa de que el rey hitita estaba en Nuhasse y era de temer una invasión de Amurru. Pronto quedó claro que esto era meramente un pretexto por parte de Aziru —para ganar tiempo y reforzar su posición en la región, eludiendo mientras el desafío patente a la orden de su señor. Pudo muy bien sopesar cómo podría cambiar la tan inestable escena política en favor propio, y si sus intereses estarían mejor servidos tomando su lealtad hacia el rey hitita.

Ajenatón, sin embargo, sospechó esto. Llegó a estar más y más interesado en los informes referentes al asunto que le llegaban de sus

⁷¹ Una serie de cartas de Rib-Addi al faraón relata esos acontecimientos, EA 136-138; 141; 142.

⁷² EA 162.

⁷³ EA 162, 7-21.

⁷⁴ EA 165.

⁷⁵ EA 164; 166-167.

otros vasallos en la región —el ataque de Aziru a ciudades de Qatna, su captura de Sumur en asociación con Zimrida de Sidón⁷⁶, y su alianza con Aitakkama, rey de Kadesh⁷⁷. Esta alianza, en particular, debió de alarmar al faraón, ya que había sido puesto en el trono de Kadesh como vasallo hitita.

Con una apenas velada acusación de traición patente, Ajenatón emitió, entonces, un requerimiento perentorio para que Aziru, o su hijo, se personasen ante él:

Ahora el rey ha oído lo siguiente: «Tú estás en paz con el gobernante de Qidsa (Kadesh). Ambos a dos habéis comido y bebido juntos.» Y eso es cierto. ¿Por qué actúas así? ¿Por qué estás en paz con un gobernante con el cual el rey está en lucha?... Pero si tú realizas tu servicio para el rey, tu señor, ¿qué es lo que el rey no hará por ti? Pero si por alguna razón, cualquiera que sea, prefieres hacer el mal, y tramabas el mal, asuntos traicioneros, entonces tú, junto con toda tu familia, morirás por el hacha del rey... Y cuando tú escribiste diciendo: «Quiera el rey, mi señor, darme permiso este año, y entonces yo iré al año siguiente hasta el rey mi señor. Si esto no fuera posible enviaré a mi hijo en mi lugar» —el rey, tu señor, te dejó ese año según lo que tú decías. ¡Ven tú mismo, o envíame a tu hijo, y tú verás al rey por cuya vista viven todas las tierras! (EA 162, 22 ss., trad. Moran [1992, 249]).

No estamos seguros de cuáles eran exactamente las intenciones de Ajenatón, o de lo que esperaba conseguir con la convocatoria de Aziru a Egipto. Su primer interés puede haber sido eliminar, al menos temporalmente, del territorio egipcio en Siria al hombre que se había mostrado tan activo en desestabilizarlo. Pero también podría haber mantenido la esperanza de que Aziru aún pudiese ser utilizado como un instrumento efectivo de la autoridad egipcia en la región, vistos los satisfactorios términos que podían negociarse con él.

A pesar de las amenazas del faraón es difícil comprender por qué Aziru se habría preparado para cumplir con su convocatoria si no hubiera un adecuado interés para él al hacerlo así. Dada la labilidad de la escena siria, especialmente con la invasión de los hititas en la región y la debilidad de la autoridad egipcia sobre sus territorios sometidos, un intento de Ajenatón de forzar su petición, simplemente habría enviado a Aziru al campo hitita. Como un astuto estratega político, Aziru

⁷⁶ EA 149, 37-40, 67-70.

⁷⁷ EA 151, 69-73.

debió sopesar cuidadosamente las consecuencias, tanto de cumplir como de desafiar el ultimátum del faraón. Su conclusión fue que, en ese momento, él tenía más que ganar acatándolo. Y así lo hizo, en tanto que, indudablemente, en su propia mente quedaba abierta la cuestión de dónde se encontraría su futura lealtad⁷⁸.

Sin embargo, Aziru no había considerado el tiempo que el faraón le mantendría en Egipto —fue al menos un año. Además, hubo rumores de que Aziru nunca abandonaría Egipto, de que su hijo Duppi-Te-sub lo había vendido al faraón por oro. Esta información se nos da en una carta escrita a Ajenatón probablemente por Duppi-Te-sub, apremiándole para que permitiera a su padre volver a casa inmediatamente⁷⁹; su prolongada ausencia estaba poniendo al reino de Amurru en grave riesgo frente a sus hostiles vecinos. Esto fue reforzado por una carta a Aziru de sus hermanos (?) Ba'aluya y Batti'ilu⁸⁰ con las alarmantes nuevas de que tropas hititas, bajo el mando de Lypakku, habían capturado unas ciudades en territorio de Amka (Amki)⁸¹. Hubo otro informe, incluso más alarmante, aunque debía ser confirmado, de que una fuerza adicional de 90.000 (??) soldados hititas, bajo el mando de Zitana, había llegado al País de Nuhasse⁸². La noticia era grave y parecía señalar una inminente ofensiva hitita contra Amurru, simultáneamente desde el norte (Nuhasse) y desde el sur (Amka).

Esas circunstancias pudieron convencer al faraón para que permitiera a Aziru volver a casa inmediatamente para reunir a sus fuerzas en la defensa de su reino. No era solamente Amurru lo que estaba en juego. Al invadir Amka, los hititas habían violado territorio súbdito egipcio y podían, muy bien, sentar las bases de un reto más completo a las posesiones territoriales egipcias en Siria si sus depredaciones seguían sin control.

No sabemos qué acuerdos se alcanzaron entre Ajenatón y Aziru mientras éste estaba en Egipto. Pero la vuelta de Aziru a Siria, supuestamente para proteger los intereses egipcios, tiene que reflejar claras garantías del rey amorrita de que permanecería firme en su lealtad al faraón. Las opciones de Ajenatón eran muy escasas. Al retener a Aziru

⁷⁸ Para su conformidad, véase EA 168.

⁷⁹ EA 169.

⁸⁰ EA 170.

⁸¹ El valle de la Beqa' entre el Líbano y el Antilíbano; Gurney (1990, 49). Para una discusión de las fuentes de información sobre el ataque hitita, véase Sørensen (1985, 40-51).

⁸² Sobre el número, véase Murnane (1990, 19, n. 101).

en Egipto se enfrentaba con la pérdida casi segura de Amurru y de otros territorios egipcios en Siria en favor de los hititas. Si lo liberaba, podía hacer poco más que esperar que éste respetase cualquier promesa que hubiera formulado de defender los intereses egipcios en Siria. Los riesgos eran grandes —pero, realmente, no había alternativa viable.

Durante algún tiempo después de su vuelta, Aziru, aparentemente, demostró su lealtad a su señor egipcio manteniendo una disputa con Niqmaddu II, rey de Ugarit y ahora vasallo hitita, comenzada durante su ausencia por su hermano (?) Ba'aluya. Pero se llegó a un acuerdo entre ambos gobernantes⁸³. Posiblemente fue seguido, con un cierto intervalo, por un tratado con Suppiluliuma⁸⁴. Aquí puede que hubiera nuevas protestas, amenazas, y demandas del faraón para que Aziru volviese a Egipto⁸⁵. Pero seguro de la protección del rey hitita y de su posición a través de alianzas regionales (por ejemplo con Niqmaddu y Aitakkama), Aziru ignoraría, seguramente, a su antiguo señor. Permaneció fiel a su nuevo señor hitita hasta su muerte.

SUPPILULIUMA CONSOLIDA SUS CONQUISTAS EN SIRIA

Las conquistas hititas en un único año de campaña, y los acontecimientos que siguieron como consecuencia de esa campaña, tuvieron como resultado el establecimiento de una red de estados vasallos hititas que se extendía a lo largo de casi toda la región de Aba (Apina) en el norte de Siria. Niqmaddu II había empeñado su lealtad hacia Suppiluliuma en Alalah y había sido instalado como gobernante vasallo en el trono del reino de Ugarit. Tette lo había sido en Nuhasse. Kadesh había sido sacado de la órbita egipcia y vino a ser un estado vasallo hitita donde Suppiluliuma puso a Aitakkama en el trono. Aziru, posteriormente, había puesto su suerte en manos de Suppiluliuma y había llevado al reino de Amurru al redil hitita. Y, tanto Aitakkama como Aziru, utilizaban su posición como vasallos hititas para extender su propio territorio a expensas de los estados vecinos que permanecían fieles a Egipto. Protestas y llamadas de esos estados al faraón quedaron, aparentemente, sin respuesta, como en el caso de Abi-Milki de Tiro,

⁸³ *PRU* IV, 281-286, Dossier II C (para el orden de acontecimientos sugerido, véase pág. 283).

⁸⁴ *PD*, núm. 4 (*CTH* 49), 70-75. Véase Singer (1991a, 154).

⁸⁵ Véase Singer (1991a, 153-154).

Akizzi de Qatna y, más especialmente, como hemos visto, Rib-Addi de Gubla. Así, Qatna, cuyo gobernante Akizzi mantuvo firmemente su lealtad a Egipto, cayó víctima de Aitakkama⁸⁶, quien tenía el apoyo hitita y el apoyo de Aziru.

Pero Suppiluliuma todavía no podía presumir de una victoria total. Tusratta todavía le esquivaba. Y aún había una fortaleza mitannia por conquistar —Carkemish, en el Éufrates. Mientras el rey mitannio y su centro principal de poder permanecieran fuera de sus garras, las conquistas de Suppiluliuma serían incompletas. En lo que se conoce habitualmente como la Segunda Guerra Siria, o la Guerra Hurrita, Suppiluliuma lanzó una serie de operaciones militares en un lapso de unos seis años⁸⁷, que concluyeron con la sumisión total de Mitanni y la consolidación del dominio hitita sobre el territorio sirio de Aba.

Ajenatón había muerto diez años antes de esta guerra y, con el abandono de su capital Amarna tres o cuatro años después de su muerte, los archivos de Amarna llegan a su fin. Así, nosotros perdemos una de nuestras principales fuentes de información sobre los acontecimientos en Siria. Desafortunadamente, la sección de los *Hechos* que abarca el período posterior a la muerte de Ajenatón es demasiado fragmentaria como para que se obtenga de ella cualquier información significativa. Sabemos, sin embargo, que por el año inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Siria, Suppiluliuma volvió a Anatolia implicado en unas nuevas operaciones en la región de los kaskas⁸⁸. Las operaciones militares en Siria fueron dejadas en manos de terceros, especialmente de su hijo Telepinu.

Hemos visto que Telepinu fue nombrado por Suppiluliuma, en principio, «sacerdote» en Kizzuwadna —aunque sus poderes y responsabilidades iban mucho más allá de su papel sacerdotal. Posteriormente, su padre le nombró rey (LUGAL) del País de Alepo⁸⁹. A diferencia de los otros reinos de Siria, el trono de Alepo no fue reocupado por un gobernante local tras la conquista hitita. Suppiluliuma había decidido establecer un gobierno directo sobre él, mediante el nombramiento de

⁸⁶ EA 55.

⁸⁷ Véase KUB XIX 9 (CTH 83.1).

⁸⁸ DS, pág. 92, frag. 28 A ii 1-14.

⁸⁹ La referencia al nombramiento se encuentra en dos documentos, ya citados, del reinado de Hattusili III —KUB XIX 9 I 17 ss. y KBo VI 28 r. 19 ss. No podemos asegurar cuándo se le confirió ese nombramiento, pero puede que ocurriera poco después de la conquista de Alepo por Suppiluliuma en la Primera Guerra Siria; véase Bryce (1992b, 12-14) y cfr. Cornelius (1979, 156).

su hijo como virrey —un nombramiento que posiblemente significó que Telepinu abandonara su cargo en Kizzuwadna⁹⁰.

La partida del rey hitita de Siria incitó a un intento final de las fuerzas de Tusratta por reafirmar el poderío de Mitanni al oeste del Éufrates. Las hostilidades prendieron en la región del Éufrates, alrededor del territorio de la fortaleza mitannia de Carkemish. Pero el príncipe hitita Telepinu, que ya había sido instalado como virrey en Alepo, estaba bien situado para recibir cualquier nuevo reto salido del otro lado del Éufrates —lo que, por lo demás, pudo haber sido una de las principales razones de su nombramiento. Ahora se movió rápidamente para tratar la situación. Conduciendo una expedición contra las fuerzas enemigas sometió a los países de Arziya y Carkemish —aunque no la propia ciudad de Carkemish— y estableció un campamento de invierno en la ciudad de Murmuriga⁹¹.

Pero en este punto fue convocado fuera de la región para una reunión con su padre, dejando detrás una guarnición hitita de seiscientos hombres⁹² y carros bajo el mando de Lupakki. La situación en Siria era inestable. La ciudad de Carkemish aún debía ser tomada y las fuerzas de Mitanni invadieron la región del Éufrates y pusieron sitio a la guarnición hitita de Murmuriga.

La reunión entre Suppiluliuma y su hijo tuvo lugar en Uda, en las Tierras Bajas, donde el rey estaba ocupado en la celebración de fiestas religiosas. El fin principal de la reunión fue, probablemente, proporcionar al rey información de primera mano sobre la actual situación militar en Siria, particularmente en la región de Carkemish, para evaluar si su propia vuelta estaba garantizada⁹³. Con la simultánea ausencia de Siria del rey y de su hijo, el dominio hitita en la región se encontró bajo una creciente presión. La guarnición hitita de Murmuriga estaba en peligro de caer bajo las fuerzas sitiadoras de Mitanni. Al mismo tiempo, el faraón egipcio, ahora Tutanj-Amón, sintiendo debilitarse la garra hitita sobre los territorios sometidos que había tomado a Egipto, y tratando de recuperar algo del prestigio y de la influencia de Egipto en la región, se lanzó a un ataque sobre Kadesh⁹⁴.

⁹⁰ Es improbable que mantuviera simultáneamente ambos puestos, como Goetze (1940, 12, n. 51) sugiere.

⁹¹ *DS*, pág. 92, frag. 28 A ii 1-14.

⁹² ¿O setecientos? Véase *DS*, pág. 92, n. 27.

⁹³ En contra Goetze (1975a, 17) quien dice que la finalidad de la vuelta de Telepinu era atender urgentes deberes religiosos. La referencia a las actividades religiosas de Suppiluliuma en Uda parece bastante fortuita.

⁹⁴ *DS*, pág. 93, frag. 28 A ii 21-23.

El peligro de una reforzada y renovada alianza entre el debilitado, aunque todavía inconquistado, reino mitannio y el faraón que intentaba restaurar el perdido poder de Egipto en Siria habría podido tomar, perfectamente, mayores proporciones. La actuación decisiva, emprendida por el rey en persona, fue esencial. Tan pronto como pasó el invierno, Suppiluliuma comenzó su marcha por Siria. Se detuvo en Tegarama, donde después de revisar su infantería y sus carros, envió por delante de él un ejército mandado por su hijo, el príncipe heredero Arnuwanda, y su hermano Zida, el Jefe de la Guardia. Los éxitos militares allanaron el camino para la llegada del propio Suppiluliuma a la región, para emprender la restante labor que completaría la total destrucción del imperio de Mitanni —la conquista de la ciudad de Carkemish.

Conforme se preparaba para poner sitio a la ciudad, él también quería ajustar las cuentas con Egipto. A pesar de sus aparentes intentos de querer mantener pacíficas relaciones con el faraón, los egipcios habían atacado Kadesh, que los hititas reivindicaban como territorio propio⁹⁵. Esta supuesta agresión, no provocada, había enfurecido a Suppiluliuma. Ahora que el aliado de Egipto, Mitanni, estaba cercano a su total hundimiento, podía iniciarse esa acción vindicatoria. Se despachó un destacamento de tropas bajo el mando de Lupakki y Tarhuntal-zama para un ataque *quid pro quo* contra el estado de Amka, sometido a Egipto. Como Suppiluliuma iba a decir luego al enviado egipcio Hani:

Yo mismo era [...] amistosamente, pero tú, tú repentinamente, me hiciste el mal. Tú viniste (?) y atacaste al hombre de Kadesh, que yo había tomado (?) del rey y del País de Hurri. Cuando oí esto me entristecí y envié hacia allá mis propias tropas y carros y señores. Así, ellos llegaron y atacaron tu territorio, el País de Amka (DS, pág. 97, frag. 28, E 3 iv 1-8, adaptado de la trad. de Güterbock)⁹⁶.

Pero, ¿era esto suficiente para satisfacer la cólera del rey hitita? Los egipcios temerían, quizás, que una vez concluida la destrucción de Mitanni, toda la fuerza militar hitita podría volverse en su contra. Para empeorar las cosas, la monarquía egipcia se había sumergido repenti-

⁹⁵ Aunque, como hemos mencionado, perteneció anteriormente a Egipto, antes de que fuera conquistada por Suppiluliuma.

⁹⁶ El ataque hitita al que se refiere fue el segundo de dos de tales ataques a Amka, ambos quizás por el mismo comandante. Para tratar la relación entre los ataques, véase Houwink ten Cate (1963, 275); Bryce (1990, 103, n. 28).

namente en una crisis. Esto fue lo que dio origen a uno de los más extraños episodios de la historia del antiguo Oriente Próximo.

«¡TAL COSA NO ME HABÍA OCURRIDO EN LA VIDA!»⁹⁷

Cuando Suppiluliuma se preparaba para su asalto final a Carquemish recibió nuevas de que había llegado un mensajero de Egipto con una carta urgente de la reina de Egipto. Con cierta sorpresa escuchaba conforme se le leía la carta. Comenzaba con una sencilla aseveración: «Mi marido ha muerto.» Luego, seguía una extraordinaria petición. La sorpresa se volvió rápidamente asombro conforme el rey hitita se daba cuenta de todas las implicaciones de lo que la reina le estaba pidiendo: «¡Cosa tal nunca había ocurrido en toda mi vida!» exclamó. Apresuradamente convocó una asamblea de sus nobles, pidiendo su atención y consejo. ¿Se podía confiar en la reina? ¿Estaba intentando engañarle? Se tomó la decisión de enviar al copero real Hattusa-ziti a Egipto. Las instrucciones del rey para él eran claras: «¡Ve y tráeme la verdad!»

La petición, conforme está recogida en los *Hechos* estaba llanamente expuesta: «No tengo un hijo. Pero dicen que tú tienes varios. Si tú quisieras darme uno de tus hijos, él se convertiría en mi marido. ¡Nunca tomaré un servidor mío y le haré mi marido!» (DS, pág. 94, frag. 28 A ii 11-15).

El faraón, cuya repentina muerte había ocasionado esta petición, es llamado Niphururiya (Nibhururiya) en los *Hechos*. Esta es una precisa representación en cuneiforme del nombre de Tutanj-Amón, Nebjperure. Aunque algunos especialistas han intentado identificar al faraón en cuestión con Ajenatón⁹⁸, parece virtualmente irrefutable⁹⁹ que era Tutanj-Amón.

La viuda del faraón es llamada Dahamuzu en los *Hechos*. El nombre, sencillamente, significa «la esposa del rey»¹⁰⁰. Pero sabemos por los registros egipcios que era la reina Anjesenpaatón (tras la restauración

⁹⁷ Para un análisis estilístico del siguiente episodio, véase Cancik (1976, 163-167). Las traducciones de los extractos del relato están adaptadas de las de Güterbock.

⁹⁸ Por ejemplo, Krauss (1978, esp. 9-19). Más argumentos en favor de Ajenatón han sido reiterados recientemente por Helck (1994, 16-22) en apoyo de su posición anteriormente establecida. También se ha sugerido a Semenjare; véase Wilhelm y Boese (1987-1989, 101-102).

⁹⁹ Véase Edel (1948, 149); la reseña de Kutchen de Krauss (1985, 44) y más recientemente Bryce (1990), apoyado por van den Hout (1994, 85).

¹⁰⁰ Véase Federn (1960).

de los dioses tebanos fue llamada Anjesenamón)¹⁰¹. Ella era la tercera de las seis hijas de Ajenatón y Nefertiti. En el momento de la muerte de su marido ella tendría, probablemente, veintiuno o veintidós años, aproximadamente tres años mayor que el faraón. Ésta era la mujer cuya petición a Suppiluliuma había causado tal sorpresa y suspicacia. Las hostilidades habían estallado recientemente entre ambos reinos. Estaban, prácticamente, en pie de guerra. ¡Y sin embargo, en cosa de unas semanas, la reina egipcia le proponía una alianza matrimonial! Dejando aparte el contexto en que se hacía la petición, ciertamente no era inusual que se organizaran tales alianzas entre los gobernantes del Oriente Próximo. La diferencia estribaba, aquí, en que la viuda de Tutanj-Amón no estaba ofreciendo simplemente una alianza matrimonial: estaba ofreciendo a un príncipe extranjero el trono de su reino. No es de extrañar que Suppiluliuma decidiera enviar al copero real Hattusa-ziti a Egipto para determinar la sinceridad de la petición de la reina antes de acceder a ella¹⁰².

Entre tanto, Suppiluliuma había dirigido su atención al asedio de Carkemish:

Él la había sitiado durante siete días y en el octavo libró una batalla contra ella durante todo un día y la tomó (?) en una batalla terrible. Cuando hubo conquistado la ciudad —puesto que mi padre temía a los dioses— en la ciudadela alta no permitió a nadie en la presencia (?) de (la deidad de) [Kubaba (?)] y de la deidad de LAMMA, y no atacó cerca de ninguno de los templos... Pero de la ciudad baja tomó a sus habitantes, plata, oro y utensilios de bronce y los llevó a Hattusa (*DS*, pág. 95, frag. 28 A iii 28-41).

Cuando finalmente cayó la ciudad, Suppiluliuma instaló a su hijo Piyassili, que entonces adoptó el nombre de trono hurrita de Sarri-Kusuh, como virrey en el País de Carkemish¹⁰³.

Fue por este tiempo cuando Tusratta, finalmente, encontró su final. Había eludido la captura por los hititas y su paradero permanecía desconocido. Pero se recibieron informes de que había caído víctima

¹⁰¹ Esta identificación depende, desde luego de la idea de que Niphururiya equivale a Tutanj-Amón. Si el faraón en cuestión fuese Ajenatón, entonces «Dahamuzu» sería una de sus mujeres. Helck (1994, 20) sugiere a Kiye (como en sus publicaciones anteriores).

¹⁰² Cfr. los comentarios de Liverani (1990, 278-279) sobre este episodio.

¹⁰³ *DS*, págs. 95-96, frag. 28 E 3 17-20. El nombramiento está también relatado en KUB XIX 9 1 i 17 ss. y KBo VI 28 r. 19 ss. Ambos documentos se refieren al nombramiento de Telepinu como rey (esto es, virrey) de Alepo en el mismo contexto.

de un grupo de asesinos, entre ellos su propio hijo Sattiwaza¹⁰⁴. Suppiluliuma podía ya comenzar su vuelta a casa, a Hattusa, seguro de que todos sus principales objetivos en relación con el conflicto de Mitanni se habían logrado.

Con el nombramiento de sus hijos como virreyes en Siria —Telepinu en Alepo y Sarri-Kusuh en Carkemish— había dado un paso sin precedentes al imponer un gobierno directo sobre territorios sometidos situados más allá del propio país. Tenía buenas razones para actuar así. La destrucción del imperio de Mitanni se había logrado; pero Egipto permanecía como una constante amenaza para los intereses hititas en Siria y podría, perfectamente, tratar de recuperar los territorios perdidos. Asiria, ahora liberada de las ligaduras mitannias, estaba también comenzando a asomar amenazadoramente por el horizonte. Si añadimos a esto las fluctuantes lealtades y las intrínsecamente volátiles relaciones entre los reinos locales sirios, debió quedar muy claro para Suppiluliuma que su dominio en la región seguiría siendo frágil sin la permanente fuerte presencia hitita para reforzarlo. Solamente después de organizar los gobiernos virreinales de Alepo y de Carkemish, fue cuando sintió que podía dejar Siria con razonables esperanzas de una duradera *pax hethitica* en la región.

Una vez que hubo regresado a Hattusa, esperó la vuelta de su emisario Hattusa-ziti de Egipto.

UNA ALIANZA MATRIMONIAL ABORTADA

La primavera siguiente, tan pronto como las nieves del invierno se derrieron, Hattusa-ziti volvió a la corte hitita. Iba acompañado por un emisario especial de la reina, un hombre llamado Hani. La reunión con Suppiluliuma tuvo lugar en la hipóstila sala de audiencias del palacio hitita. Allí, Hattusa-ziti presentó a su rey una furiosa carta de la reina egipcia:

¿Por qué dices «ellos me engañan» de esa manera? Si yo tuviera un hijo, ¿hubiera escrito sobre mi propia vergüenza y la de mi país a un país extranjero? ¡Tú dices que no me crees y hasta me hablas así! El que fue mi marido ha muerto. ¡No tengo un hijo! ¡Nunca tomaré a un servidor mío y le haré mi marido! No he escrito a otro país. Solamente te he escrito a ti. Dicen que tienes varios hijos, así

¹⁰⁴ *PD*, núm. 1, 14-15, r. 48.

que dame un hijo tuyo. Para mí, él será mi marido. ¡En Egipto él será el rey! (*DS*, págs. 96-97, frag. 28 A iii 50-A iv 12)¹⁰⁵.

Conforme Suppiluliuma escuchaba la carta que se le estaba leyendo, crecía su propia cólera. ¿Qué derecho tenían los egipcios para quejarse? ¿No tenía él buenas razones para sospechar de sus intenciones? ¿No habían realizado recientemente un acto traicionero, el ataque no provocado a Kadesh, y sufrido las consecuencias cuando, en represalia, se atacó Amka? El miedo y nuevas traiciones eran los motivos subyacentes en el acercamiento de la reina de Egipto. Ésa, al menos, era la conclusión de Suppiluliuma: «Cuando ellos (la fuerza expedicionaria hitita) atacaron Amka, que es tu país, tú, probablemente, te asustaste; y (por lo tanto) te guardas pidiéndome un hijo mío (como si fuera mi) deber. De alguna manera se convertirá en tu rehén. ¡Tú no lo harás rey! (*DS*, pág. 97, frag. 28 E 3 iv 8-12).

Las señales de fructífero resultado de la misión de la reina eran decididamente desfavorables. Pero, entonces, le llegó el turno de hablar al emisario egipcio Hani. El nombre de Hani aparece unas cuantas veces en el contexto de misiones diplomáticas egipcias. Era bien conocido como un experto y muy hábil representante de la corte egipcia. Su acercamiento a Suppiluliuma fue conciliador —y congraciador:

¡Oh mi señor! ¡Esta es la vergüenza de nuestro país! Si tuviéramos un hijo del rey, ¿en modo alguno habríamos venido a un país extranjero para pedir un señor para nosotros mismos? Niphururiya, que fue nuestro señor, ha muerto. No tiene hijos. La mujer de nuestro señor está sola. Nosotros estamos buscando un hijo de nuestro señor (esto es, Suppiluliuma) para la realeza de Egipto. Y respecto a la mujer, nuestra señora, lo buscamos como marido. Además, no vamos a ningún otro país, solamente venimos aquí. ¡Ahora, oh señor nuestro, danos uno de tus hijos! (*DS*, págs. 97-98, frag. 28 E 3 iv 13-25).

El rey, finalmente, fue convencido.: «Porque mi padre era bondadoso, él accedió a las palabras de la mujer y se interesó él mismo en el asunto de (proporcionarle) un hijo» (*DS*, pág. 97, frag. 28 A iv 13-15).

Suppiluliuma ya había hecho planes para tres de sus cinco hijos. Su hijo mayor, Anuwanda, era el príncipe heredero. Sus dos hijos siguientes, Telepinu y Sarri-Kusuh, habían sido nombrados virreyes en

¹⁰⁵ La carta real que envió la reina a Suppiluliuma, KBo XXVIII 51, subsiste de forma fragmentaria y ha sido editada por Edel, *AHK* I, núm. 1, 14-15. El texto está escrito en acadio.

Siria. Su hijo más pequeño, Mursili, todavía era solamente un niño o un adolescente. Eso dejaba solamente al cuarto hijo —un joven llamado Zannanza. Fue Zannanza quien, entonces, partió hacia Egipto para desposar a la reina egipcia.

Si la razón que da Mursili para la decisión que finalmente tomó su padre es cierta —una concesión hecha a la joven viuda por la bondad de su corazón— entonces, fue un extraordinario acto de galantería por parte de Suppiluliuma. Nosotros podemos ser razonablemente escépticos. A lo largo de su carrera, Suppiluliuma se había mostrado como un político astuto a la par que un capaz jefe militar. La diplomacia experta podía lograr a menudo importantes objetivos políticos —con menor coste que la fuerza de las armas. Indudablemente, Suppiluliuma encontró un gran atractivo a la perspectiva de que uno de sus hijos llegara a ser rey de Egipto. De este modo podría extender el poderío y la influencia hitita a mucha mayor distancia de lo que pudiera haber soñado hasta entonces —sin el derramamiento de una sola gota de sangre hitita. Y con un solo golpe de diplomacia podía acabar con cualquier futura amenaza que Egipto pudiera suponer para el territorio hitita en Siria. Pero la seguridad de su hijo era el asunto fundamental. Fue solamente después de haberse convencido de que Zannanza no sufriría daño cuando lo mandó a Egipto.

Zannanza comenzó el viaje. De regreso a Hattusa, Suppiluliuma esperaba ansiosamente la noticia de la llegada de su hijo a Egipto sin novedad. Pasaron varias semanas. Entonces llegó un mensajero a la corte hitita. Zannanza había muerto. Le habían matado durante el viaje a Egipto.

¿Quién era el responsable? Su padre no tenía ninguna duda sobre ello. Cuando la noticia de la muerte de Zannanza le fue comunicada, la pena y la furia de Suppiluliuma no tuvieron límites. Tuvo a los egipcios como directos responsables del crimen. «Cuando mi padre oyó de la muerte de Zannanza, comenzó a lamentarse por Zannanza y habló a los dioses así: "¡Oh dioses! Yo no hice mal; sin embargo, el pueblo de Egipto me hizo esto a mí. También atacaron la frontera de mi país"» (*DS*, pág. 108, frag. 31, 7^o-11^o).

La venganza era inevitable. Para los egipcios, la crisis causada por la muerte de Tutanj-Amón, el último rey de la dinastía XVIII, era bastante grave por sí misma. Ahora se enfrentaban, también, a la amenaza de una guerra total con Hatti. Era imprescindible que se instalase un nuevo rey en el trono sin más retraso.

El hombre que se convirtió entonces en el faraón está pintado sobre una de las paredes de la tumba de Tutanj-Amón, realizando las ce-

remonias finales antes de que la tumba fuera sellada. Su nombre era Ay. Inevitablemente, recaen sobre él las sospechas de ser la persona con mayores probabilidades para haber ordenado el asesinato del príncipe hitita. Aunque él mismo no era de sangre real, es posible que estuviese relacionado con la familia real por matrimonio. Él había sido uno de los consejeros más cercanos y más fiables de Ajenatón, y continuó ejerciendo una fuerte influencia en la corte egipcia durante el reinado de Tutanj-Amón. A la muerte de éste, podría muy bien haberse visto a sí mismo como el sucesor legítimo en el trono egipcio. Apenas si sorprende que Suppiluliuma —y la posteridad— culpe a Ay de la muerte del príncipe hitita. Pero probablemente fue inocente de ese crimen.

Por los fragmentarios restos de una carta escrita por Suppiluliuma al nuevo faraón, está claro que Ay negó cualquier responsabilidad en la muerte de Zannanza¹⁰⁶. Anticipándose a una posible represalia militar por la muerte del príncipe, Ay advirtió a Suppiluliuma del poder de las fuerzas egipcias. Él, no obstante, esperaba que Suppiluliuma aceptaría su declaración de inocencia y trataría, seriamente, de establecer relaciones amistosas con él. En vano. Suppiluliuma rechazó el intento de reconciliación del faraón y exigió venganza. A sus órdenes, un ejército hitita bajo el mando de su hijo Arnuwanda cruzó las fronteras egipcias en Siria y lanzó un vigoroso ataque sobre las ciudades de la región¹⁰⁷. Se cogieron varios miles de prisioneros de guerra que fueron transportados hasta Hatti.

Las secuelas de esto tienen un giro irónico. Los prisioneros llevaban consigo una epidemia, la cual, durante los siguientes veinte años, hizo estragos en el reino y diezmó su población (véase el cap. 8).

El asesinato del príncipe hitita todavía sigue siendo un misterio. Se nos presenta como uno de los intrigantes ¿qué hubiera pasado si...? de la historia. ¿Qué habría ocurrido si Zannanza hubiese alcanzado, real-

¹⁰⁶ KUB XIX 20 (CTH 154), ed. Hagenbuchner (1989), núm. 208, 304-309. Para una sugerencia de reconstrucción del contenido de la carta, véase Murnane (1990, 25-27). Van den Hout (1994) ha establecido la unión con el pequeño fragmento KBo XII 23 (CTH 832) y ha elaborado una reciente edición de los textos combinados. Sobre la base de esta unión, van den Hout argumenta que KUB XIX 20 (+) es el borrador de una carta escrita en respuesta a una tablilla llevada por el mismo egipcio Hani con la noticia oficial de la muerte de Zannanza, y un rechazo del nuevo faraón a cualquier implicación en su muerte.

¹⁰⁷ DS, pág. 111, frag. 36. Van den Hout (1994, 85) sugiere que Suppiluliuma pudo nombrar a su hijo para llevar la campaña, en lugar de hacerlo él mismo, a causa de su continua dedicación a nuevas campañas en los territorios kaska y hurrita.

mente, Egipto, y ascendido al trono egipcio? ¿Habría sido esto el comienzo de una poderosa alianza egipcio-hitita que hubiese cambiado el curso de la historia? Lo que el asesinato conllevó, por el contrario, fue una intensificación de la enemistad entre hititas y egipcios que culminaría, unos cincuenta años después, con una batalla en Kadesh.

PROBLEMAS EN EL FLANCO ORIENTAL

Durante el resto de los años de su reinado Suppiluliuma estuvo presionado por problemas relacionados con el flanco oriental de su imperio. La conquista del reino de Mitanni había dejado un vacío político al este del Éufrates, que el nuevamente liberado reino de Asiria, entonces bajo el gobierno de Assur-uballit, estaba apresurándose a llenar. El reino de Mitanni estaba siendo expoliado, tanto por tropas de Asiria como por tropas del reino de Alse. Sus tesoros estaban siendo llevados a Asiria, sus conductores de carros a Alse, donde morían por empalamiento. La parte norte del antiguo Mitanni estaba ahora dividida entre Asiria y Alse¹⁰⁸.

El trono de lo que aún quedaba del antiguo reino estaba ocupado por el hijo de Tusratta, Sattiwaza. Esto fue causa de nuevas disputas interdinásticas. Suppiluliuma, casi con certeza, habría prometido apoyar a Artatama como rey legítimo de Mitanni cuando suscribió su tratado con él, antes de la Primera Guerra Siria. De ser así, aparentemente renegó de su promesa después de la caída de Tusratta. El trono había pasado al hijo de éste. Esto provocó una amarga reacción en el hijo de Artatama, Suttarna III. Si Tusratta era un usurpador, su hijo, entonces, no tenía derecho al trono. Se siguió de ahí una lucha que terminó obligando a Sattiwaza a abandonar el trono y a huir para salvar su vida, primero a Babilonia y luego a Hatti, donde buscó la ayuda de Suppiluliuma para su restauración.

Contrariamente a cualquier acuerdo previo al que hubiese llegado con Artatama, Suppiluliuma pudo haber prometido, posteriormente, respaldar a Sattiwaza en el juego de la sucesión. El asesinato de su padre Tusratta, junto con el entendimiento de que Sattiwaza gobernaría lo que quedaba del reino de su padre como un aliado del rey hitita fue, probablemente, el precio que el príncipe mitannio debió de pagar por su respaldo.

¹⁰⁸ Véase *PD*, núm. 2, 36-39, r. 1 ss.

Pero Sattiwaza había sido derrocado y el nuevo régimen que le reemplazó debía de ser abiertamente hostil al régimen de Hattusa. Para Suppiluliuma la situación era intolerable, particularmente con la conminación asiria que amenazaba, incluso más fuertemente, a la región. En efecto, el nuevo rey de Mitanni, Suttarna, se había alineado con Asiria, e intentaba ganarse los favores de su rey enviándole ricos regalos que incluían el botín que el antiguo rey de Mitanni, Saustatar I, había conseguido en Asur¹⁰⁹. Si el resto del reino de Mitanni se establecía firmemente en la órbita asiria, los territorios sometidos a los hititas al oeste del Éufrates, y particularmente el virreinato de Carkemish, estarían en grave riesgo.

Suppiluliuma decidió actuar. Tras consolidar una alianza con Sattiwaza mediante el matrimonio de una de sus hijas con él, envió al príncipe de Mitanni a Carkemish para una campaña conjunta al otro lado del Éufrates, con el virrey Sarri-Kusuh —con el objetivo de restaurar a Sattiwaza en el trono de Mitanni:

Habiendo apoyado con mi mano a Sattiwaza, hijo de Tusratta el rey, yo lo haré sentar en el trono de su padre. Y a fin de que el País de Mitanni —que es un gran país— no sea destruido, yo, el Gran Rey, Rey de Hatti, dejaré vivir al País de Mitanni (Suppiluliuma: Tratado de Sattiwaza, *PD*, núm. 1 [*CTH* 51], 18-19, r. 56-58, trad. Liverani [1990, 74]).

Irite y Harran cayeron ante el ejército de los príncipes hitita y mitannio, quienes, finalmente, llevaron sus tropas triunfantes a la capital de Mitanni con gran regocijo de la población local¹¹⁰. La resistencia enemiga parece haber sido mínima. Aparte de algunas escaramuzas con los invasores, el rey asirio Assur-uballit, decidió eludir enredarse con los hititas en un conflicto mayor —por el momento.

SE REFORMAN LAS FRONTERAS

A continuación de los éxitos obtenidos por Sarri-Kusuh y Sattiwaza, Suppiluliuma estableció un tratado con éste, ahora restablecido en el trono de Mitanni, que le ligaba en una estrecha alianza a su socio militar, el virrey de Carkemish¹¹¹. Pero el reino gobernado por Sattiwa-

¹⁰⁹ *PD*, núm. 2, 36-39, r. 4-7.

¹¹⁰ Véase *PD*, núm. 2, 44-47, r. 37 ss., *DS*, págs. 110-111, frag. 35.

¹¹¹ El tratado subsiste en dos formatos —uno, preparado por Suppiluliuma (*CTH* 51), y el otro, por Sattiwaza (*CTH* 52). Las versiones acadias del tratado aparecen en *PD*, núm. 1 y 2, respectivamente. También existen versiones fragmentarias en hitita.

za no era más que una pálida sombra del que su padre había tenido bajo su mando. Ahora era mucho más pequeño de tamaño y era poco más que un estado títere del rey hitita. En cambio, la lista de países detallados en las nuevas provisiones del tratado sobre fronteras muestra una significativa expansión del virreinato de Carkemish tanto al este como al oeste del Éufrates.

Yo, el Gran Rey, el Rey de Hatti, yo conquisté la tierra de Mitanni. En los tiempos del hijo del rey, Sattiwaza, yo las conquisté, en los tiempos de Tusratta, yo las conquisté. Establecí el río Éufrates a mi espalda y el monte Niblani como mis fronteras. Todas las ciudades del País de Astata en esta margen: Murruriga, Sipri, Mazuwati, Surun, esas ciudades en el distrito de [...] las asigné a mi hijo Piyassili. Todas las ciudades del País de Astata en la otra margen, que están situadas en el País de Mitanni: Igal [...], Ahuna y Tirqa, esas ciudades del País de Astata, puesto que el hijo del rey, Piyassili, junto con el hijo del rey, Sattiwaza, cruzaron el Éufrates y entraron en Irrite, todas esas ciudades sobre la otra margen, que Piyassili tomó, se las dejo que las guarde; pertenecen a Piyassili (Suppiluliuma: Tratado de Sattiwaza, *PD*, núm. 1, 22-25 v. 14-21, trad. Liverani [1990, 82]).

El territorio del este servía como zona fronteriza de defensa contra las invasiones asirias a través del Éufrates. Al oeste del río el reino se extendía hasta las fronteras de Mukis. Casi con certeza, esto quiere decir que absorbía parte del territorio que antiguamente pertenecía a las tierras de Nuhasse¹¹²; hacia el sur, a lo largo del Éufrates, el reino incorporaba territorios que originalmente pertenecieron al reino de Astata¹¹³. A Sarri-Kusuh le tocó la desalentadora tarea de gobernar este grande e intrínsecamente inestable conglomerado de territorios sometidos.

Dentro de la región de Astata se estaba construyendo una ciudad nueva bajo la dirección hitita, inaugurada por el hijo de Suppiluliuma, Mursili II¹¹⁴. Ésta fue la ciudad de Emar, descubierta por los franceses en las excavaciones durante el período de 1972 a 1976 en el lugar de Tell

¹¹² Cf. Na'aman (1980, 39-40). Para la extensión hacia el oeste del reino, véase *PD*, núm. 1, 22-25, v. 16-21, y también los fragmentarios restos del tratado de Suppiluliuma con Sarri-Kusuh, KUB XIX 27 (*CTH* 50) 4' ss., trad. Forrer (1926b, 48-49). Cfr. Klengel (1965b, 51, 73), que trata de los límites del reino posterior. Para la sugerencia de que el País de Mukis estaba realmente incorporado al reino de Carkemish, véase Klengel (1965b, 78); cfr. *PRU* IV, 63, n. 1.

¹¹³ *PD*, núm. 1, 22-25, v. 18-21. Sobre la ubicación de Astata, véase Del Monte y Tischler (1978, 49).

¹¹⁴ Véase Arnaud (1987b, 9).

Meskene Jadime, en la margen derecha del Éufrates medio, en lo que habitualmente es conocido ahora como la «gran curva» del Éufrates¹¹⁵. El nombre de Emar era ya bien conocido por anteriores referencias en los archivos de Mari y en otros documentos contemporáneos¹¹⁶. En los comienzos del segundo milenio era, por lo visto, un próspero centro integrado en las actividades económicas y comerciales de Mesopotamia y del norte de Siria. Sin embargo, la «ciudad hitita» era una nueva fundación que no ha desvelado huellas de anteriores asentamientos. Seguramente, el lugar de la antigua Emar está en algún sitio próximo, donde espera todavía su descubrimiento¹¹⁷. El nuevo reino de Emar se extendía a lo largo del Éufrates hasta la frontera de Carkemish por el norte y la de Alepo por el oeste¹¹⁸.

Los textos de la ciudad nueva dejan claro que Emar estuvo sujeta al dominio hitita desde el siglo XIV hasta los comienzos del XII, bajo la inmediata jurisdicción del virrey de Carkemish¹¹⁹. Pero aunque los hititas estuvieran activamente implicados en los asuntos cotidianos del reino, la responsabilidad administrativa estaba repartida entre el virrey hitita y un rey local. Éste estaba ayudado por un consejo de ancianos. Este cuerpo, basado aparentemente en un sistema de clanes, parece haber ejercido un importante papel consultivo que, efectivamente, limitaba considerablemente los poderes del rey local. Por lo tanto, en Emar, las negociaciones políticas entre el virrey hitita y las autoridades locales eran, probablemente, más complejas que en el caso de otros estados vasallos en los que el rey o el virrey hitita, trataban directamente, y en la mayoría de los casos exclusivamente, con el gobernante vasallo local¹²⁰.

¹¹⁵ Para las excavaciones, plano del yacimiento y descubrimientos realizados allí, véanse los artículos reunidos por Beyer (1982). Publicaciones anteriores sobre la excavación se encuentran citadas en Beyer, págs. 141-142. Véase, también, Margueron (1995).

¹¹⁶ Por ejemplo, está citado en la inscripción de Idrimi (véase el cap. 5) que indica que era la ciudad de donde provenía la madre de Idrimi, y a la que huyó como lugar de refugio (Inscripción de Idrimi, 3-8).

¹¹⁷ Margueron (1982a, 11-13).

¹¹⁸ Véase Arnaud (1987, 11).

¹¹⁹ Como revelaron los textos acadios del lugar, ed. Arnaud (1986; 1987a). Para más referencias a las publicaciones de los textos, véase Arnaud (1987b); van der Toorn (1994, 39-40, n. 4); Yamada (1995, 297-298). Obsérvense también los sellos de Ini-Tesub, virrey de Carkemish durante el reinado de Tudhaliya IV, encontrados aquí (MsK 73.58 y MsK 73.1025); véase Laroche (1982, 55, núm. 3 y 56, núm. 4, respectivamente). Ya con anterioridad a las excavaciones francesas, Astour (1969, 407) llegó a la conclusión, a partir de documentos ugáriticos, RS 17.143 (PRU IV 217-218), que Emar era parte del reino de Carkemish durante este período.

¹²⁰ Véase Arnaud (1987b, 10-11). Más sobre la administración de Emar en Beckman (1995a, 26-32).

En tanto que los hititas no parecen haber tomado parte en las actividades económicas de Emar, sí que se implicaron directamente en la administración de justicia, incluso en el nivel más mínimo y rutinario¹²¹. Así, el rey hitita recibió la apelación de un sacerdote local interesado en una disputa con el comandante de la guarnición sobre propiedades e impuestos, y falló a favor del sacerdote:

Así (habla) Mi Sol: Di a Alziyamuwa: «Mira, este Zu-Ba'al, un sacerdote, hombre de Astata, se ha postrado ante mí (en estos términos): "La casa de mi progenitor, AN-damali y el viñedo, Alziyamuwa me los quita y los da a Paluwa. En lo que respecta a los impuestos, anteriormente yo no los pagaba en absoluto. Pero ahora han recaído sobre mí." Así, ahora, que nadie tome nada de él, y que nadie le tome ni su hacienda ni su viña. En cuanto a cargos que él nunca ha pagado ¿por qué se le han impuesto ahora? Lo que hacía antes, que haga ahora» (MsK 73.1097 = Laroche [1982, núm. 1] basado en la trad. de Laroche [1982, 54]).

LAS FUNCIONES DE LOS VIRREYES

Pudo, muy bien, haber señaladas diferencias entre los papeles y funciones de los virreyes Sarri-Kusuh y Telepinu nombrados por Suppiluliuma para Siria. En virtud de su nombramiento para Carkemish y de las responsabilidades que este nombramiento entrañaba, Sarri Kusuh parece haber representado el papel más influyente y más activo en los asuntos sirios y fue, quizás, considerado como el principal representante de los intereses hititas en la región. Los territorios que se le asignaron en su nombramiento deben haber supuesto que su reino alcanzaba los mismos límites de Alepo, lo que, aparentemente, hacía que el nombramiento de Telepinu no se extendiera más allá de los límites del antiguo estado vasallo¹²².

Telepinu, por otro lado, está perceptiblemente ausente de las actividades políticas y militares en Siria después del nombramiento de su hermano para Carkemish. En tanto que, notoriamente, había tenido un papel militar en Siria con anterioridad a la Segunda Guerra, este papel, parece, fue asumido o se reasignó a Sarri-Kusuh al final del primer

¹²¹ Cfr. Arnaud (1987b, 13).

¹²² Algunos de los territorios tomados al reino por el rey de Mitanni pueden haberle sido devueltos por Suppiluliuma en el momento del nombramiento de Telepinu; véase Na'aman (1980, 38-40).

año de la guerra. A partir de entonces, Telepinu no tomó parte ya, en cuanto nosotros podemos determinar, en los asuntos políticos o militares de la región en conjunto. Puede, no obstante, haber ejercido importantes funciones religiosas y judiciales en toda la región siria, sustituyendo a su padre en las responsabilidades religiosas en su calidad de «sumo sacerdote» y asumiendo funciones judiciales virreinales que incluían el arbitraje en las disputas entre gobernantes locales vasallos.

Así, en el amplio contexto de la autoridad hitita en Siria, el papel de Telepinu como sumo sacerdote en el principal centro religioso de la región y como árbitro de las disputas entre estados vasallos vecinos, complementaba el predominantemente papel militar de Sarri-Kusuh. Con las funciones religiosa, judicial y militar asignadas a ellos, los virreyes de Carkemish y de Alepo ejercían en Siria las tres más importantes funciones del propio rey hitita dentro del ámbito hitita como conjunto¹²³.

LA HERENCIA DE SUPPILULIUMA

Unos seis años después de la toma de Carkemish moría Suppiluliuma, probablemente víctima de la epidemia llevada por los prisioneros de guerra egipcios a Hatti. Está considerado, generalmente, como el más grande de todos los reyes hititas y su reputación, en muchos aspectos, está bien merecida. Él llevó al reino de Hatti desde el borde del aniquilamiento hasta convertirlo en el reino más poderoso del Oriente Próximo. Él consiguió la destrucción del imperio de Mitanni, que durante mucho tiempo había sido la gran amenaza para la expansión hitita en Siria y una de las principales amenazas para la seguridad del territorio hitita dentro de Anatolia, entre ellos la propia patria.

Sin embargo, sus éxitos necesitan de cierta clarificación. En los últimos años de su reinado, Asiria reemplazaba rápidamente a Mitanni como la principal amenaza contra el territorio hitita al oeste del Éufrates —una amenaza que iba a plantear crecientes problemas a los sucesores del rey. Las tensiones entre Hatti y Egipto permanecieron fir-

¹²³ No puedo encontrar justificación a la sugerencia de Klengel (1965b, 73) de que Alepo estaba, realmente, bajo el control de Sarri-Kusuh, o de que Telepinu estuviese, de algún modo, subordinado a su hermano. Según la documentación del reinado de Hatusili III, el título LUGAL le era conferido tanto a Telepinu como a Sarri-Kusuh, sin distinción. No encuentro razones para esta afirmación (en contra Klengel [1965b, 73, 196-197]), o para asumir que hubo, de hecho, cierta diferenciación en el *formal status* conferido a los hermanos.

mes y con el surgimiento de una nueva dinastía egipcia era solamente cuestión de tiempo el que estallase un serio conflicto sobre los territorios sometidos en Siria. En el norte, el País de Arzawa había sido pacificado sólo temporalmente, y la lluvia de sublevaciones por toda Anatolia que surgió al poco tiempo de su muerte, demostró cuán débil había sido el control de Suppiluliuma sobre los territorios sometidos a vasallaje. El problema al que se enfrentaba el reino hitita estaba agudizado por la epidemia que se había llevado al rey y que continuó asolando el país durante muchos años. Además, el rey dejó a sus sucesores inmediatos un grave problema en la propia casa real: su mujer, la princesa de Babilonia, Tawananna.

CAPÍTULO 8

Un joven rey demuestra su valía: el reinado de Mursili II (c. 1321-1295)

EL BREVE REINADO DE ARNUWANDA II

A pesar de las crecientes presiones externas a las que se enfrentaba el reino de Hatti a la muerte de Suppiluliuma, las perspectivas de mantener el control de los territorios conquistados o reconquistados durante su reinado parecían razonablemente prometedoras. La responsabilidad del gobierno del reino recae, en principio, en manos de los tres hijos mayores del rey, a cada uno de los cuales Suppiluliuma había asignado un papel y un ámbito de autoridad específicos. Todos eran expertos en administrar los asuntos del reino y todos se habían mostrado capaces y victoriosos jefes militares. A este respecto, al menos, Suppiluliuma había tomado buenas medidas para la seguridad del reino tras su muerte.

En Hattusa, la sucesión pasó al príncipe heredero Arnuwanda. Aunque sabemos poco de su carrera¹, está claro que llegó al trono como un experimentado jefe militar muy respetado por los súbditos de su reino y también por los enemigos. En Siria, la permanente pre-

¹ No tenemos información sobre él más allá de su expedición a Siria que allanó el camino al asedio de su padre a Carkemish, y una posterior expedición a territorio egipcio, *DS*, pág. 111, frag. 36. En una impronta de sello del archivo de Nişantepe está asociado a su madrastra Tawananna; véase Otten (1995, 17-19).

sencia de los virreyes Sarri-Kusuh y Telepinu fue un importante argumento disuasorio contra las invasiones egipcias y asias sobre los territorios súbditos de la región, y también hacía que se mantuviesen los estados vasallos sirios bajo control.

En las regiones más cercanas al núcleo de Hatti, la situación era más lábil. Al oeste y sudoeste, los países de Arzawa seguían siendo hostiles y una constante amenaza para los territorios súbditos hititas adyacentes a ellos. Sin embargo, el nombramiento del veterano militar Hannutti como gobernador de las Tierras Bajas² había garantizado que, de momento, no habría nuevas olas de agresiones desde esta región. De más inmediato interés eran las amenazas que se planteaban a los hititas desde las zonas de los kaskas y los territorios vecinos. Ya antes del final del reinado de Suppiluliuma, la agresión de los kaskas contra territorio hitita, que había continuado esporádicamente durante todo el reinado, estaba alcanzando un ímpetu nuevo³ debido a las preocupaciones del rey por los asuntos de Siria:

Lo que es más, desde que mi padre estaba en territorio hurrita, tanto tiempo como luchó con los hurritas y permaneció allí, muchos enemigos se levantaron desde la retaguardia, desde los kaskas, y oprimieron al País de Hatti y parte de él lo destruyeron y parte lo ocuparon y mantuvieron en su poder (*Anales extensos*, AM 152-153, trad. Houwink ten Cate [1967, 49-50]).

Aunque la situación era grave no estaba todavía fuera de control. Pero entonces, un inesperado giro de los acontecimientos precipitó una crisis que, una vez más, puso en peligro la propia existencia del reino hitita. No mucho después de su acceso al trono, Arnuwanda cayó enfermo, probablemente otra víctima de la epidemia que se había llevado a su padre. Las noticias de que el nuevo rey estaba en mal estado, quizás enfermo de muerte, se expandieron rápidamente, impulsando por todos lados los ataques enemigos sobre territorio hitita. A Hannutti, el gobernador de las Tierras Bajas, se le ordenó que dejase su puesto y que fuese hacia el norte sin dilación. Obedeció con presteza y se encaminó hacia Ishupitta en la zona kaska —pero murió poco después de su llegada. Su muerte debió de cons-

² El nombramiento de esos gobernadores era excepcional y se limitaba a unos pocos territorios claves próximos a Hatti —particularmente, Pala-Tummana y las Tierras Altas y Bajas; véase Goetze (1964, 32).

³ Véase Houwink ten Cate (1967, 59-61).

tituir un trágico golpe para las esperanzas de Arnuwanda de recuperar el control de las regiones septentrionales. La crisis se intensificó. Con la pérdida de uno de sus más capaces comandantes, Hatti se enfrentaba ahora a la rápida escalada de las acciones y revueltas del enemigo⁴.

Ésta era la situación a la que se enfrentaba Mursili, el hijo más joven de Suppiluliuma, cuando a la muerte de su hermano Arnuwanda, quizás no más de dieciocho meses después de su subida al trono, el manto de la realeza cayó repentinamente sobre sus hombros⁵.

EL «NIÑO» EN EL TRONO

La reacción de los enemigos de Hatti ante las noticias de la entronización de Mursili fue de indisimulado contento:

Quando mi hermano Arnuwanda se convirtió en dios, los países enemigos que todavía no habían entrado en guerra, esos países enemigos también hicieron guerra. Y los vecinos países enemigos hablaban así: «Su padre, que fue rey del País de Hatti y un rey-héroe, mantuvo el dominio sobre los países enemigos. Y él se convirtió en dios. Pero el hijo que se sentó en el trono de su padre y previamente fue un gran guerrero, cayó enfermo, y también él se convirtió en dios. Sin embargo, el que recientemente se ha sentado en el trono de su hermano es un niño. Él no conservará el País de Hatti ni los territorios de los países de Hatti» (*Anales de diez años*, AM 16-21).

Tú eres un niño; tú no sabes nada y no me inspiras temor. Tu país está ahora en ruinas y tu infantería y tus carros son pocos. Contra tu infantería yo tengo mucha infantería; contra tus carros yo tengo muchos carros. Tu padre tenía mucha infantería y muchos carros. Pero tú eres un muchacho, ¿cómo quieres compararte a él? (*Anales extensos*, AM 18-21).

⁴ AM 18-19.

⁵ La sucesión habría pasado, normalmente, a un hijo de Arnuwanda. Sabemos de uno de sus hijos Tulpi-LUGAL-ma, que aparece en una fragmentaria lista sacrificial, KBo XIII, 42 (CTH 661.9) que cita Bin-Nun (1975, 279-280). Pero no hay más citas de este hijo, que puede haber muerto antes que su padre, o haber sido muy niño en el momento de la muerte de su padre.

Un joven e inexperto rey, quizás; pero casi con seguridad, no era un niño cuando subió al trono. Debía de haber alcanzado ya una cierta edad si pudo gobernar por sí mismo⁶. No hubiera habido caso si, indudablemente, hubiera podido acudir a otros arreglos, aunque solamente fueran temporales, para asegurar la estabilidad de la monarquía. Había, después de todo, dos hermanos mayores que Mursili supervivientes, los virreyes de Carkemish y de Alepo, quienes habrían visto que el reino no se hundiría por carecer de un sucesor fidedigno para el trono.

El joven rey estaría probablemente en sus veinte y pocos años a su llegada al trono. Pero las exageradas afirmaciones en cuanto a su juventud e inexperiencia son dignas de recogerse, porque retrospectivamente harán que sus éxitos de los primeros años parezcan mayores aún. Desde luego que sus primeros años en el trono fueron muy críticos. Evidentemente, necesitaba el consejo y el apoyo de sus hermanos mayores, particularmente de Sarri-Kusuh, con quien parece haber colaborado estrechamente hasta la muerte de éste, nueve años después⁷.

Pero el mérito de la recuperación de la autoridad hitita por toda Anatolia se debe, básicamente, al joven rey por sí mismo. Como respuesta a la crisis a la que se enfrentaba cuando accedió al trono, actuó con ejemplar prontitud y vigor en una serie de intensas campañas de pacificación y reconquista.

LOS CRÍTICOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE MURSILI

Los Anales de Mursili nos proporcionan un registro de las campañas militares del rey realizadas durante todo su reinado. Aparecen en dos series: (1) un relato resumido de los éxitos personales militares durante los diez primeros años del reinado y (2) un relato detallado de las campañas que incluye los diez primeros años de su reinado pero que abarca un período de unos veintisiete años y contiene el registro de los éxitos de los jefes militares del rey⁸. Nos referiremos a cada serie como los *Anales de diez años* y los *Anales extensos*, respectivamente.

⁶ Véase Bryce (1989b, 28-29).

⁷ Bin-Nun (1975, 283-285; 288-289), ha sugerido que Mursili se vio obligado a hacer concesiones a Sarri-Kusuh con respecto a la sucesión de Hattusa, a fin de disuadirle de plantear reclamaciones al mismo al trono hitita. Su sugerencia se basa, fundamentalmente, en una interpretación de KBo I, 28 (CTH 57), el también llamado tratado miniatura que Mursili estableció con Sarri-Kusuh, probablemente poco después de su subida al trono. Pero tanto la lectura como la interpretación de este texto han sido refutadas por Gurney (1983, 100-101).

⁸ Ambos están catalogados como CTH 61 y ed. por Goetze (1933) (citados como AM). Los *Anales de diez años* han sido editados también por Grégoire (1988).

Unas campañas de castigo contra las tribus kaskas ocuparon los dos primeros años del reinado de Mursili. Cuando el joven rey se sintió seguro de que efectivamente había aliviado, aunque fuese temporalmente, las presiones sobre las fronteras septentrionales del país, dirigió su atención hacia el oeste. Aquí, los intereses hititas estaban siendo seriamente amenazados por las agresivas actuaciones de Uhhaziti, rey de Arzawa Menor, el núcleo del complejo de Arzawa. Uhhaziti estaba intentando forzar, o ganarse, la lealtad de los estados súbditos hititas de la región, aparentemente, en colaboración con el rey de Ahhiyawa. Éste seguramente controlaba un grupo de islas en el Egeo oriental, cerca del continente, que podían servir como refugio a los fugitivos de la autoridad hitita, así como de base para la expansión de la influencia de Ahhiyawa en el continente⁹. Uhhaziti había formado, también, una alianza con otros reyes de la región de Arzawa —una alianza que, dejada sin contestación, podría finalmente plantear tan seria amenaza a Hatti como lo fue la de Arzawa antes de la subida al trono de Suppiluliuma.

En el comienzo del tercer año del reinado de Mursili, Millawata (Millawanda), un estado súbdito hitita de la costa del Egeo, se alió con Ahhiyawa. La alianza, muy probablemente maquinada o facilitada por Uhhaziti, desencadenaría la actuación directa hitita en el oeste:

Pero cuando era primavera, a causa de que Uhhaziti se había puesto del lado del rey del País de Ahhiyawa y el País de Millawanda se había situado con el País de Ahhiyawa... Yo envié allí a Gulla y a Malaziti y tropas y carros; y destruyeron el País de Millawanda (*Anales extensos, AM 36-37*)¹⁰.

Aunque con éxito en esta particular misión, la fuerza expedicionaria hitita parece haber fracasado en disuadir a Uhhaziti respecto a nuevas provocaciones a Mursili concediendo asilo a los evadidos de la autoridad hitita. Una petición de Mursili para que se los entregara fue rechazada. Esto, en sí mismo, equivalía a una declaración de guerra a Hatti. Había llegado el momento de un enfrentamiento decisivo:

Envié un mensajero a Uhhaziti y le escribí así: «Cuando yo pregunté por la vuelta de mis súbditos que se habían ido contigo, tú no me los devolviste. Me trataste como a un niño, me despreciaste.

⁹ Véase Easton (1985, 192); Bryce (1989a, 299-300); Freu (1990, 10 ss.).

¹⁰ Sigo la lectura de Goetze, que es apoyada por Güterbock (1983a, 135).

¡Ahora, vamos a la batalla y el dios Tormenta, mi señor, juzgará nuestra disputa! (*Anales de diez años, AM 46-47*).

Bajo el mando personal de Mursili se dispuso desde el país un ejército para una gran campaña en el oeste, con el fin principal de resolver el problema de Arzawa de una vez por todas. En Sallapa se unió a Mursili su hermano Sarri-Kusuh con un contingente de Siria¹¹. Entonces, las fuerzas hititas combinadas se adentraron en el territorio de Arzawa.

Tenían el apoyo divino de su lado —o así lo pregona Mursili:

Cuando marché hacia allá y cuando alcancé el monte Lawasa, mi señor, el poderoso dios Tormenta, me reveló su divino poder. Él desató un rayo, y mi ejército vio el rayo y el País de Arzawa lo vio. El rayo actuó y golpeó al País de Arzawa, y golpeó a Apasa, la ciudad de Uhhaziti, y Uhhaziti cayó de rodillas y enfermó. Ya que Uhhaziti cayó enfermo, por supuesto no vino contra mí en batalla. Envió a su hijo Piyama-Kurunta con infantería y carros contra mí. Piyama-Kurunta se me enfrentó en batalla en el río Astarpa en Walma¹², y yo, Mi Sol, entablé batalla con él. Y mi señora, la diosa Sol de Arinna, y mi señor, el poderoso dios Tormenta y Mezzulla y todos los dioses me apoyaron. Derroté a Piyama-Kurunta, hijo de Uhhaziti; junto con su infantería y sus carros y yo lo abetí. Le perseguí nuevamente y se fue a través del País de Arzawa y se fue a Aspasa, la ciudad de Uhhaziti. Uhhaziti no me presentó resistencia, pero huyó ante mí y se fue a través del mar hasta las islas¹³, y allí permaneció. Sin embargo, todo el País de Arzawa huyó (*Anales de diez años, AM, 46-53*).

Quedaron dos fortalezas de Arzawa por capturar antes de que la conquista del reino de Uhhaziti fuera completa —Monte Arinnanda y la ciudad de Puranda, donde algunos de los refugiados que habían buscado asilo contra la autoridad hitita se habían reunido. Otros habían huido con Uhhaziti «a las islas», probablemente al grupo de islas en el Egeo que estaban entonces bajo la autoridad de Ahhiyawa. Arinnanda fue bloqueada por las tropas de Mursili y sus habitantes obligados a pasar hambre hasta rendirse:

¹¹ *AM 48-49*.

¹² Este río, posteriormente, formó parte de la frontera del estado de Arzawa, Mira-Kuvaliya.

¹³ Para esta interpretación de *gursawanza* (a las islas), anteriormente traducida por Goetze como «zu Schiffe (???)», véase Starke (1981a).

Yo, Mi Sol, vine al Monte Arinnanda. Esta montaña es muy empinada y se introduce dentro del mar. También es muy alta, de difícil acceso y rocosa, y es imposible que los caballos suban por ella. Los evacuados¹⁴ la sostenían *en masse* y la infantería estaba arriba *en masse*. Puesto que era imposible para los caballos subir la montaña, yo, Mi Sol, fui delante del ejército a pie y subí el Monte Arinnanda a pie. Yo abrumé a los evacuados con hambre y sed. Y bajo la presión del hambre y la sed, ellos bajaron y cayeron a mis pies: «Señor nuestro, no nos destruyas. Señor nuestro, tómanos contigo y llévanos a Hattusa» (*Anales extensos*, AM 54-57).

La otra fortaleza, Puranda, permanecía inconquistada al final de la época de campañas. Después de retirarse al río Astarpa, donde estableció un campamento de invierno, Mursili volvió a Arzawa al año siguiente, puso asedio a Puranda y la tomó¹⁵. Su conquista del reino de Uhhaziti fue completada ahora rápidamente. Uhhaziti había muerto en el exilio y solamente uno de sus hijos, Tapalazunawali volvió al reino de su padre para intentar defenderlo. Pero con la caída de Puranda, la resistencia de Arzawa llegó a su término. Tapalazunawali, solo, intentó escapar. Su suerte permanece desconocida, aunque pudo haber buscado refugio con el rey de Ahhiyawa, quien lo entregó a Mursili¹⁶.

Mursili tenía otra cuenta que saldar. Antes de volver a Hattusa realizó una expedición de castigo contra otro de los estados del complejo de Arzawa, el País del Río Seha¹⁷, cuyo rey, Manapa-Tarhunda había formado alianza con Uhhaziti. Manapa-Tarhunda se aterrorizó cuando recibió la noticia de la aproximación del rey hitita, reciente la victoria sobre el reino de Uhhaziti y empeñado en una nueva venganza. No tenía más alternativa que ponerse a sí mismo a merced del rey: «Manapa-Tarhunda me envió un mensajero y escribió lo siguiente: “¡Mi señor, no me mates! Tóname bajo tu dominio y la gente que huyó a mí yo la entregaré a mi señor”» (*Anales extensos*, AM 68-69).

Mursili no se conmovió. Manapa-Tarhunda había perdido todo derecho a un trato clemente. Hijo del anterior rey, Muwawalwi¹⁸, había

¹⁴ Esto es, aquellos que estaban destinados para ser llevados al país como parte del botín de conquista.

¹⁵ AM 62-65.

¹⁶ Esto depende de la restauración de una sección fragmentaria de los *Anales*, AM 66-67 § 25; cfr. Goetze (1975b, 122).

¹⁷ Generalmente situado sobre uno de los valles fluviales del este de Anatolia. El propio río es identificado habitualmente con el río Meandro, pero podría ser el Caicos (los nombres clásicos de los ríos); véase Gurney (1992, 221).

¹⁸ Véase Laroche (1966), núm. 839.1; Heinhold-Krahmer (1977, 75, n. 50, 381-382).

sido obligado a huir de su país por una disputa con dos de sus hermanos que habían intentado matarle, y había buscado refugio en el País de Karkisa. Mursili había intervenido en nombre del refugiado, pidiéndole a la gente de Karkisa que lo protegiera. Posteriormente, cuando uno de los hermanos, Ura-Tarhunda, violó su juramento, Manapa-Tarhunda fue repuesto en su país con la ayuda de los hititas y situado en el trono. Pero se había mostrado desleal y Mursili se lo recordó:

Una vez, cuando tus hermanos te expulsaron de tu tierra, yo te encomendé al pueblo de Karkisa y también recompensé al pueblo de Karkisa en tu nombre. A pesar de ello, tú no te pusiste de mi lado y te uniste al bando de mi enemigo Uhaziti. ¿Voy ahora a tomarte como súbdito? (*Anales extensos*, AM 68-71).

Resuelto a vengarse, Mursili estaba a punto de atacar el reino de su traidor vasallo cuando ocurrió algo que hizo que cambiaran sus sentimientos:

Con toda certeza yo habría marchado sobre él y le habría destruido completamente, pero envió a su madre a reunirse conmigo. Ella vino y abrazó mis rodillas y me habló así: «Mi señor, no nos destruyas. Tómanos, mi señor, cautivos.» Y puesto que una mujer vino a reunirse conmigo y cayó a mis pies, yo cedí ante la mujer y seguidamente no marché al País del Río Seha. Y yo tomé a Manapa-Tarhunda y al País del Río Seha en sumisión» (*Anales extensos*, AM 70-73).

El episodio parece representar un notable cambio de última hora en los sentimientos de Mursili¹⁹. ¿Un signo ejemplar de la caballerosidad y la galantería hitita? Ésa puede haber sido, muy bien, la impresión que Mursili quería crear —un despliegue de generosidad en respuesta a la llamada de la anciana mujer, un acto de magnanimidad hacia su renegado hijo. Así fue, en gran parte, la naturaleza de la diplomacia hitita —hacer muestra de una conducta compasiva y generosa en situaciones en las que era poco merecida²⁰. Pero, para el exterior, el gesto puede haber tenido un fuerte motivo práctico subyacente. Los reyes hititas estaban frecuentemente prestos a aceptar rendicio-

¹⁹ Está también recogido en el tratado de Mursili con Manapa-Tarhunda, *CTH* 69; Friedrich (1930, 6-9 § 4).

²⁰ Cfr. la razón dada en los *Hechos* para la posterior aceptación de Suppiluliuma de la petición de la reina egipcia, *DS*, pág. 97, frag. 28 A iv 13-15.

nes de última hora de los recalcitrantes vasallos gobernantes y de otros protegidos, a fin de eludir innecesarios compromisos de tropas en una campaña militar o en un prolongado asedio. Mursili y sus tropas ya llevaban dos años fuera de casa haciendo campaña en Arzawa. Mejor que comprometerse en una nueva campaña en la región, el rey decidió explotar los beneficios diplomáticos que la ocasión ofrecía. Su buena voluntad de aceptar una rendición de última hora, cuando el ejército estaba, aparentemente, abocado a la conquista, podría ser presentada como un noble y magnífico gesto. Los reyes hititas, por lo regular, tenían el punto de vista de que era más probable que un estado vasallo permaneciera sumiso bajo un gobernante contrito que si hubiera sido doblegado a la sumisión y necesitara de una continua presencia hitita para asegurar la continuidad de esa situación²¹.

Manapa-Tarhunda fue aceptado en el vasallaje hitita y se estableció un tratado con él. Así, también los otros estados de Arzawa, Hapalla y Mira, reconocieron rápidamente el señorío hitita. Targasnalli fue reinstalado como gobernante vasallo de Hapalla²², y un hombre, llamado Mashuiliwa, fue nombrado gobernante de Mira. Volveremos a ello más abajo. Así, a los cuatro años de su subida al trono, Mursili concluía una hazaña que no había conseguido su padre Suppiluliuma tras muchos años de campaña en Anatolia —la conquista final y la dominación de todos los países que formaban el complejo de Arzawa.

¿Qué fue del reino de Uhhaziti, el núcleo del complejo de Arzawa? Nada más se vuelve a decir de su reino. Largo tiempo había supuesto una seria amenaza para los intereses hititas en Anatolia: se había aliado con potencias extranjeras hostiles a Hatti y, casi con certeza, había conducido las fuerzas que habían llevado al reino hitita hasta cerca de su extinción durante el reinado del abuelo de Mursili. Hay grandes posibilidades de que Mursili resolviera eliminar cualquier nueva amenaza que pudiera plantear a los intereses hititas en la región destruyéndolo totalmente, exiliando su población y repartiendo su territorio entre los otros estados vasallos de la zona²³. Él afirma que después de haber conquistado el reino envió no menos de 65.000 (o 66.000) de sus habitantes a Hatti²⁴. Si esta cifra es correcta, entonces el reino debió de quedar

²¹ Compárese, o más bien, contrástese el punto de vista expresado en Liverani (1990, 148) de que la aceptación final por Mursili de la rendición fue «solamente por razones éticas/sociales, no por (y realmente contra) razones políticas».

²² CTH 67.

²³ Véase Heinhold-Krahmer (1977, 136-147).

²⁴ AM 76-77.

casi completamente despoblado²⁵. En realidad, en los textos que siguen a la conquista de Arzawa por Mursili, no hay más referencias claramente identificables al reino que antaño gobernó Uhhaziti²⁶. Mursili trató de mantener el control sobre los otros estados de la región que había conquistado o que se habían sometido a su señorío mediante una red de tratados con vasallos²⁷.

CAMPAÑAS EN EL NORTE

Con la autoridad hitita firmemente establecida en el oeste y suroeste, Mursili se vio obligado, nuevamente, a dirigir su atención a las regiones del norte y del nordeste del país. Una vez más, las fronteras septentrionales y los territorios súbditos aledaños estaban en peligro ante nuevas oleadas de agresiones de los kaskas. La prolongada ausencia del rey en Arzawa fue, sin duda, el disparadero para ello. Mursili respondió con prontitud. Al año siguiente a su vuelta de Arzawa, el quinto de su reinado, atacó a las fuerzas kaskas en las montañosas tierras de Asharpaya, donde habían cortado la ruta a Pala y habían devastado su territorio. En el mismo año invadió y conquistó el País de Arzawanna²⁸.

Al año siguiente emprendió feroces represalias contra los kaskas del País de Zihariya quienes, según reclamaba el rey, habían atacado Hattusa. Si ese ataque tuvo lugar realmente, subraya la crónica vulnerabilidad de la capital hitita ante la actuación de los enemigos del nor-

²⁵ Košak (1981, 15) comenta que el número total de evacuados podría haber sido no inferior a 50.000 y que podría haber llegado hasta 100.000. Como señala más adelante, el impacto de tal cantidad de personas desplazadas es difícil de imaginar. ¿A dónde fueron llevados, a Hatti o fueron asentados en otras regiones?

²⁶ Véase Jewell (1974, 319); Mellaart (1986b, 218-219). Hay, sin embargo, referencias al País de Arzawa en textos del reinado del hijo de Mursili, Hattusili, concretamente KUB XXXI 69 (CTH 590), un voto de la reina Puduhepa, en el cual se pide la ayuda divina para el rey en una campaña contra el País de Arzawa (r. 7), y KBo VIII 23 (CTH 209.7) = Hagenbuchner (1989, 80-81, núm. 48), un fragmento de una carta, escrita probablemente a Puduhepa, que también cita al País de Arzawa. En ambos casos, sin embargo, puede razonarse que el nombre de Arzawa se está utilizando en sentido lato. Sin información más específica, yo me inclino a pensar, en concordancia con Heinhold-Krahmer (1977, 243), que esos textos no proporcionan pruebas de que el reino de Uhhaziti continuara existiendo después de las campañas de Mursili en la región.

²⁷ Sobre la naturaleza y los fines de los tratados con vasallos, véase el cap. 3.

²⁸ AM 78-81.

te, incluso en épocas en las que la seguridad del país estaba en apariencia firmemente establecida. Pero Mursili puede haber exagerado el peligro de Hattusa a fin de justificar las despiadadas medidas de represalia que tomó. La tierra kaska fue atacada y conquistada, su población masacrada y su ciudad incendiada.

La seguridad de los territorios hititas que limitan con el País de Hatti por el nordeste, en especial la región conocida como Tierras Altas, era un constante problema. Con anterioridad a las campañas de Mursili contra los kaskas, un jefe de tribu kaska, llamado Pihhuniya, del Río Tipiya, había tomado las Tierras Altas y las había incorporado al territorio kaska²⁹. El conflicto de Pihhuniya con los hititas está recogido con alguna amplitud en los *Anales*. Mursili nos dice que era diferente a los otros jefes kaskas: «Pihhuniya no gobierna a la manera kaska. Sino que, de pronto, cuando en las ciudades kaskas el gobierno de una sola persona no es (costumbre), Pihhuniya gobernó a la manera de un rey» (*Anales de diez años*, AM 88-89). Esto hacía de él un formidable y muy peligroso oponente. Los kaskas causaban bastantes problemas como grupos desunidos. Pero si surgiera de entre ellos un caudillo con aspiraciones al estatuto real y con la capacidad para soldar los fragmentados grupos en una única fuerza de combate, podrían, muy bien, mostrarse invencibles. Era esencial que Pihhuniya recibiera un golpe decisivo antes de que eso ocurriese.

Mursili estaba determinado a forzar la cuestión. Exigió que Pihhuniya devolviese los súbditos hititas que habían quedado bajo su control. La exigencia fue rechazada con desprecio: «Yo no te devolveré nada. Incluso si vienes a combatirme, yo, de ningún modo combatiré en mi tierra. Nos encontraremos en tu tierra y entablaremos batalla en tu tierra» (*Anales de diez años*, AM 90-91). Si esto era una bravata, o era verdadera creencia en su capacidad de medir su fuerza militar con la del rey hitita, al final Pihhuniya pagó caro su desafío. Fue derrotado en la batalla, su tierra fue arrasada y fue obligado a una humillante rendición y llevado a Hattusa en cautividad.

La devolución de la autoridad hitita a las Tierras Altas duró poco. Dos años después, en el noveno del reinado de Mursili, fueron nuevamente invadidas, esta vez por tropas de Hayasa. Pero de momento, el principal teatro de operaciones se trasladó al sudeste. Aquí había crecientes problemas que requerían atención urgente.

²⁹ AM 88-89.

REBELIÓN EN SIRIA

En los comienzos del séptimo año de Mursili, el desasosiego cundió nuevamente en Siria. Desgraciadamente, hay grandes lagunas en los *Anales* en la primera parte de este año. Sabemos de una rebelión en las tierras de Nuhasse, pero solamente tenemos información fragmentaria sobre los acontecimientos que condujeron a ello. Se puede, no obstante, rellenar alguna de las lagunas con otro documento que trata de una comunicación entre Mursili y un gobernante local, Abiradda, rey de Barga, sobre una ciudad llamada Yaruwatta en la región fronteriza entre las tierras de Nuhasse y el reino de Barga³⁰. A partir de esto podemos intentar reconstruir algunos de los acontecimientos que llevaron a la rebelión de Nuhasse:

Mursili recibió noticias de que Tette, a quien Suppiluliuma había instalado como rey en las tierras de Nuhasse, se había rebelado junto con otro rey menor de la región llamado EN-urta. Según parece, Kadesh también estaba implicada en la rebelión³¹. Las revueltas de Siria suponían para Mursili un serio dilema. Era esencial que fueran atendidas con prontitud, pero el rey estaba ocupado todavía con asuntos de Anatolia. En interés de la seguridad del país, él no podía permitirse cortar de pronto sus campañas en el norte y desviar sus fuerzas a Siria para atender esta rebelión.

Pero quizás la rebelión pudiera ser tratada de otro modo. Las fuentes de inteligencia de Mursili desvelaron que el apoyo a la actuación de Tette dentro de su propia familia estaba lejos de ser firme. Y esto podía explotarse. Además, la rebelión había llevado a EN-urta a chocar con Abiradda, quien gobernaba el país vecino de Barga como vasallo hitita. Abiradda había perdido Yaruwatta, una de sus ciudades fronterizas, ante Sarrupsi, el abuelo de Tette, seguramente con la intervención del rey de Mitanni, Sutarna II, y ahora estaba en tratos con Mursili para su devolución. Las negociaciones estaban siendo llevadas en secreto con el hermano de Tette,

³⁰ KBo III 3 (CTH 63). Véase Klengel (1963), Bryce (1988a). Barga, probablemente deba ser localizada al sur de Alepo y al este del río Orontes; véase Del Monte y Tischler (1978, 304), bajo Parla.

³¹ Si podemos asignar a esta época la rebelión de Kadesh y Nuhasse recogida en el tratado de Mursili con el rey amorrita Duppi-Tesub (CTH 62), Friedrich (1926, 6-7 § 3) más que al noveno año de Mursili, cuando los *Anales de Mursili* recogen la rebelión de Nuhasse y Kadesh (AM 110-115). Véase Bryce (1988a, 26).

Summittara, (quizás por el virrey Sarri-Kusuh, en nombre de Mursili) con objeto de deponer a Tette y o bien matarlo, o bien mantenerlo prisionero hasta que pudiera ser entregado a los hititas. El interés de Summittara era que él podría asumir el trono vasallo y ser reconocido por Mursili como gobernante legítimo, supuesto que le declarase su lealtad³². Se le permitiría, también, conservar la ciudad fronteriza de Yaruwatta.

Summittara fue convencido y el golpe se llevó a efecto. Tette fue depuesto y mantenido bajo custodia por su hermano. Esto dejaba solamente a EN-urta para ser tenido en cuenta. Con el tamaño de la crisis ahora considerablemente reducido, Mursili sacó tiempo de sus campañas del norte para hacer una breve expedición a Siria, probablemente la primera campaña siria en la que se implicó personalmente. EN-urta fue derrotado y su reino entregado a Abiradda, quien, sin duda, todavía estaba dolido por su fracaso en la recuperación de Yaruwatta. La entrega del reino de EN-urta habría sido una compensación más que adecuada. Mursili también aprovechó la oportunidad para redactar un pacto entre Abiradda y el nuevo régimen de Nuhasse para garantizar que no habría ulteriores hostilidades entre ambos reinos. Mientras que en Siria podía también haber restablecido el control sobre Kadesh³³.

Sorprendentemente, Mursili no tomó la custodia del rebelde rey de Nuhasse, Tette, durante sus operaciones en Siria. Su fallo pronto tuvo desafortunadas consecuencias. Seguramente al poco tiempo de la salida de Siria del rey organizó un contragolpe y recuperó el trono³⁴.

Desgraciadamente para los hititas el contragolpe fue organizado antes de que Mursili tuviera tropas disponibles para impedirlo. Y cuando de nuevo estalló la rebelión bajo la jefatura de Tette, la crisis se intensificó con la llegada de una fuerza expedicionaria egipcia en apoyo de los rebeldes.

La responsabilidad de aplastar la rebelión recayó en el virrey Sarri-Kusuh. Mursili estaba demasiado ocupado en sus campañas del norte para realizar una segunda expedición a Siria, y no pudo sino enviar una fuerza expedicionaria bajo el mando de Kantuzzili para apoyar a su hermano. Incluso con este apoyo, y particularmente a la vista de los refuerzos que el rey rebelde había recibido de Egipto, Sarri-Kusuh tuvo serias dudas en

³² Véase Bryce (1988a, 23-24).

³³ Como se recogía en el tratado entre Mursili y Duppi-Iesub (CTI 62), Friedrich (1926, 18 §13).

³⁴ No nos quedan pruebas de un golpe, pero un acontecimiento así debió de ocupar la primera columna de KUB XIV 17 de los *Anales* que trata de acontecimientos del séptimo año del reinado de Mursili; véase Bryce (1988a, 28).

cuanto a lo adecuado de sus recursos para enfrentarse a la rebelión. Fue probablemente en este contexto en el que intentó establecer una alianza militar con Niqmaddu II, el rey de Ugarit, contra Tette.

Estando el rey de Nuhasse en guerra contra mí, yo instruí así a Niqmaddu: «Si tú, Niqmaddu, vas a la guerra contra Tette, y antes de que yo llegue a Nuhasse, tú tomas la iniciativa y atacas el país de Tette —cualquier cosa que Niqmaddu tome de Nuhasse por la fuerza de las armas, o quienquiera que venga a su país como fugitivo, nada tendrá que devolver a Tette si reclamara Tette a sus súbditos en los días venideros. Pero si Niqmaddu no hace la guerra a Tette y no realiza las cosas que he dicho, la propuesta de esta tablilla será rescindida» (RS 17.344 [PRU IV 54-55] 1-19)³⁵.

Es posible que Niqmaddu, que parece que se mantuvo constantemente leal a su alianza con los hititas después del tratado establecido con Suppiluliuma en los tiempos de la Primera Guerra Siria, muriese antes de que el acuerdo pudiese ser consolidado, o que fuese sustituido por su hijo Arhalba, quien acometió una política independiente y emprendió contactos diplomáticos con el faraón Horemheb³⁶. Con independencia de esto, las fuerzas hititas combinadas lograron echar a los egipcios de la región. El mismo Mursili había indicado su disposición de avanzar hasta reunirse con las fuerzas egipcias. Pero al alcanzar Ziluna recibió noticias de que los egipcios habían sido derrotados y volvió a su país³⁷. Nuevamente Mursili dirigió su atención hacia el norte, a las Tierras Altas y a las zonas de los kaskas.

A pesar del éxito de las fuerzas combinadas hititas en su operación contra las tropas egipcias no hay indicios de que Sarri-Kusuh y Kantuzili consiguieran aplastar la rebelión en Nuhasse. Incluso si lo hicieron, dos años después la rebelión había estallado nuevamente.

GUERRA EN TRES FRENTEROS

En el nordeste del país, Mursili se enfrentó en su séptimo año a nuevos problemas con el reino de Azzi-Hayasa, anteriormente reducido a estado vasallo por su abuelo Tudhaliya III. Estaba ahora bajo el

³⁵ Véase, además, Kitchen (1962, 37); Klengel (1965b, 75-76; 1969, 51); Spalinger (1979, 66).

³⁶ Véase Kitchen (1962, 37).

³⁷ *AM* 86-87.

gobierno de Anniya, quien había avanzado y atacado el País de Dan-kuwa y trasladado su población a su reino³⁸. Mursili marchó a las fronteras del reino y escribió a Anniya exigiéndole la vuelta de sus súbditos. Cuando Anniya rehusó, Mursili, inmediatamente, atacó la fortaleza fronteriza de Ura³⁹. Su campaña contra Azzi-Hayasa puede muy bien haber tenido lugar en el octavo año de su reinado, del que se ha perdido el registro por completo. Está claro, sin embargo, que antes de que pudiera completar la reconquista y pacificación del país, ocurrieron otros sucesos, algunos de grave trascendencia.

Al comienzo del noveno año de Mursili, Anniya todavía estaba sin someter y continuaba desafiando las exigencias del rey hitita respecto a la devolución de sus súbditos. Y surgieron problemas en el País de Pala cuando la ciudad de Wasumana se escindió de él. Nuwanza fue enviado en ayuda del gobernador de Pala, Hudupiyanza. (Hutupiyanza), en su reconquista⁴⁰.

El propio Mursili sacó tiempo en campaña para ir a Kummanni, en Kizzuwadna, y atender como cosa de urgencia a la fiesta de la diosa Hepat, una tarea olvidada por su padre:

Entonces yo fui al País de Kummanni —mi padre prometió la fiesta de adoración a (la diosa) Hepat de Kummanni, pero no la llegó a realizar. Así, esto se hizo urgente para mí. Por lo tanto, fui a Kizzuwadna y hablé así: «Yo he venido a hacer la restitución por la falta (?) de mi padre. Sé amable conmigo, con mi mujer, con mi hijos, mi casa, mi país y para el [], Hepat de Kummanni, mi señora» (KUB XIV 4 [CTH 70] III 23 ss., trad., Goetze [1940, 10])⁴¹.

También tuvo ocasión de arreglar una reunión con su hermano Sarri-Kusuh, que había sido convocado desde Carkemish. Generalmente considerado como uno de los más piadosos monarcas, Mursili había pospuesto el presionar en asuntos militares, según parece, a fin de celebrar la festividad de Hepat. Pero la reunión con Sarri-Kusuh era, probablemente, una razón por lo menos igual de importante para su viaje a Kummanni⁴², que estaba situada, aproximadamente, a mitad de camino entre Hatti y el virreinato de Carkemish.

³⁸ AM 94-95.

³⁹ AM 96-99.

⁴⁰ AM 106-107.

⁴¹ AM 108-109.

⁴² Recuerda la reunión mantenida entre Suppiluliuma y su hijo Telepinu en Uda, en las Tierras Bajas, donde Suppiluliuma estaba celebrando una fiesta religiosa.

Aunque no tenemos información sobre los propósitos de la reunión, había cosas urgentes que tratar entre los dos hermanos, particularmente respecto a los acontecimientos de Siria. El problema de Nuhasse estaba todavía por resolver, Asiria estaba empezando a ser una creciente amenaza y Egipto, con Horemheb, parecía querer renovar sus ambiciones territoriales en la región. Además, es probable que el otro hermano superviviente de Mursili, Telepinu, hubiese muerto recientemente dejando vacante la sede virreinal de Alepo. Estaba disponible como sucesor un hijo de Telepinu, Talmi-Sarruma. Pero, sin duda, Mursili quería tratar este nombramiento con Sarri-Kusuh y requerirle para que prestase apoyo al novato virrey durante los primeros días de su reinado. Dada la evanescente situación en el cercano Nuhasse era imperativo demostrar que la muerte del viejo virrey no era causa para debilitar la continuidad del dominio hitita en la región. Había también un importante asunto de familia sobre el que Mursili podría haber buscado el consejo del hermano (véase más adelante el apartado «La madrastra del rey»).

Pero entonces ocurrió un trágico y presumiblemente bastante inesperado golpe para el rey. Entre tanto, en Kummanni, Sarri-Kusuh cayó repentinamente enfermo y murió⁴³. Mursili tenía otra crisis entre manos. La muerte de ambos virreyes sirios, probablemente con no más de unos pocos meses entre una y otra, colocaba el dominio hitita en Siria en un serio peligro. Una vez más, el País de Nuhasse inició una revuelta. Pero los problemas no se limitaban a Nuhasse. En Kadesh, Aitakkama, que había sido establecido como gobernante vasallo por Suppiluliuma, también aprovechó la oportunidad para romper sus lazos con Hatti. Más grave aún, las noticias de la muerte de Sarri-Kusuh empujaron a los asirios a invadir y ocupar el virreinato de Carkemish⁴⁴. Al mismo tiempo, en el nordeste de Hatti, el rey de Azzi-Hayasa lanzó una contraofensiva invadiendo una vez más las Tierras Altas, destruyendo el País de Istitina y poniendo la ciudad de Kannuware bajo asedio⁴⁵.

Enfrentado a llevar campañas en tres regiones simultáneamente, Mursili nuevamente desplegó la decisiva actuación que caracterizó los primeros años de su reinado. Despachó a su general Kurunta para que se encargase de la rebelión de los vasallos sirios. Envío a otro de sus generales, el experimentado y capaz Nuwanza, a expulsar al enemigo de Azzi-Hayasa fuera de las Tierras Altas, y el propio rey se dirigió a Asta-

⁴³ *AM* 108-109. No hay pruebas de asuntos turbios, como sugiere Bin-Nun (1975, 289).

⁴⁴ *AM* 116-119.

⁴⁵ *AM* 110-111.

ta, sobre el Éufrates, para realizar los preparativos para echar a los asirios de Carkemish.

Nuwanza ya había figurado en campañas durante el segundo año de Mursili, cuando fue enviado con un ejército a Kadesh para proporcionar refuerzos a Sarri-Kusuh contra la amenaza de una invasión asiria⁴⁶. La campaña en las Tierras Altas podía dejarse con confianza en sus manos. Pero se retrasó algún tiempo antes de emprender cualquier acción, insistiendo en que los augures y adivinos tenían que ser consultados antes. Sin duda irritado por las noticias de la demora y su causa, Mursili realizó los augurios él mismo y envió un aviso a Nuwanza asegurándole que podía actuar⁴⁷. Cuando finalmente lo hizo, infligió una resonante derrota a las fuerzas ocupantes y devolvió las Tierras Altas al control hitita. Hasta donde podemos determinar, las Tierras Altas permanecieron firmemente en manos hititas por el resto del reinado de Mursili, bajo la autoridad inmediata de un gobernador nombrado por el rey.

Pero la estación de campañas había llegado a su fin antes de que los hititas pudieran continuar con éxito e invadir y reconquistar el propio Azzi-Hayasa. Esto, efectivamente, fue una tarea que Mursili completó durante su décimo año⁴⁸, aunque su rendición formal no se completó hasta el año siguiente. El fracaso a la hora de concluir la reconquista en el noveno año pudo deberse, en parte, a la demora de Nuwanza en emprender una acción contra las fuerzas de ocupación en las Tierras Altas. Pero también pudo deberse a una gran crisis familiar que requirió la urgente atención del rey (véase más adelante el apartado «La madrastra del rey»).

Las campañas en Siria fueron más decisivas. Kurunta aplastó la rebelión de Nuhasse y arrasó su territorio⁴⁹, y restableció el dominio hitita sobre Kadesh. Esto fue favorecido por el asesinato de Aitakkama por su hijo Niqmaddu⁵⁰.

Aitakkama era el rey de Kadesh y Niqmaddu era su hijo mayor. Conforme vio que eran asediados y que estaban escasos de grano, Niqmaddu mató a su padre Aitakkama. Después, Niqmaddu y el País de Kadesh se volvieron hacia mi bando y nuevamente se me sometieron (*Anales extensos*, AM 112-113, trad. Liverani [1990, 136-137]).

⁴⁶ AM 26-29.

⁴⁷ AM 116-119.

⁴⁸ AM 130-133.

⁴⁹ AM 110-113.

⁵⁰ Anteriormente leído NIG.BA-Tesub (así AM 112). Para la revisión de la lectura, véase Albright (1944, 31-32).

Kurunta, posteriormente, llevó al asesino a Carkemish ante Mursili. Mursili se encontró en un dilema. Al eliminar al vasallo traidor, Aitakkama, Niqmaddu le había hecho un favor, aunque al actuar así era culpable de un acto de parricidio, un crimen que la atormentada conciencia de Mursili consideraba abominable. Difícilmente podía recomendar al príncipe por este crimen y, en principio, enojado, lo rechazó: «Bajo esas circunstancias no acepto a Niqmaddu en vasallaje. Puesto que habían violado el juramento, yo les dije: "¡Que los dioses del juramento realicen la maldición. Permitan que el hijo mate al padre, que el hermano mate al hermano, que todos extingan su propia carne!"» (referencia *ut supra*). No obstante, finalmente, prevalecieron las razones políticas sobre los escrúpulos morales y, al cabo, Niqmaddu fue instalado formalmente en el trono de su padre.

El propio Mursili triunfó al conseguir retomar de los asirios el control del virreinato de Carkemish. Antes de dejar Siria dejó al hijo de Sarri-Kusuh, Sahurunuwa, en el trono de Carkemish y luego procedió a la investidura del hijo de Telepinu, Talmi-Sarruma, como rey de Alepo⁵¹. Además, consolidó el dominio hitita sobre Siria reemplazando a Arhalba en el trono de Ugarit después de un reinado de, probablemente, no más de dos años⁵², por su hermano más joven Niqmepa y estableció un tratado con él⁵³. Por los términos de este tratado, el territorio de Ugarit, que se había expandido considerablemente bajo los términos del tratado de Suppiluliuma con Niqmaddu, fue reducido ahora quizás a sólo una tercera parte de su tamaño anterior⁵⁴, con una considerable porción suya, que incluía el reino de Siyannu, que ahora se asignaba al territorio del virrey de Carkemish⁵⁵. Pero la frontera fijada por Suppiluliuma entre Ugarit y Mukis fue confirmada⁵⁶.

Los *Anales* personales de Mursili terminan al final del décimo año de su reinado. El rey podía estar muy satisfecho de lo que había conseguido en estos años. Se había tenido que enfrentar y se había tenido que ocupar, con éxito, de dos grandes crisis en esos años. La primera ocurrió en los primerísimos comienzos de su reinado, a continuación de la repentina muerte de Arnuwanda, cuando hubo una generalizada

⁵¹ AM 124-125. Para el tratado que Mursili estableció con Talmi-Sarruma, KBo I 6 (CTH 75), véase PD 80-89, núm. 6.

⁵² Véase Klengel (1969, 359-360).

⁵³ Véase PRU IV, 84-101, Dossier IV D. El tratado ha sido editado posteriormente por Del Monte (1986).

⁵⁴ Véase RS 17.382 + 380, 22-23 (PRU IV, 81), Korošek (1960, 68).

⁵⁵ Véase PRU IV, 71-83, Dossier IV B-IV C. Sobre Siyannu, véase Astour (1979).

⁵⁶ Véase PRU IV, 63-70, Dossier IV A.

rebelión entre los estados sometidos y una amenaza de invasión del país por los reinos enemigos. La segunda fue en su noveno año, cuando sus dos hermanos supervivientes, Telepinu y Satti-Kusuh, murieron, lo que condujo a una oleada de rebeliones en los países de Nuhasse y de Kadesh, apoyados por una fuerza expedicionaria egipcia, e impulsó la invasión asiria y la ocupación del virreinato de Carkemish. En ambos casos, Mursili, apoyado por capaces comandantes, respondió pronta y decisivamente. Las campañas del norte y del noreste respondieron victoriosamente a la creciente agresión de las tribus kaskas, ya evidente en los últimos años del reinado de Suppiluliuma, y posteriormente redujo, una vez más, a la situación de vasallo, al hostil y agresivo reino de Azzi-Hayasa. Las campañas del oeste y sudoeste dieron como resultado la conquista y reducción al vasallaje de los países de Arzawa. Y las campañas de Siria restablecieron firmemente el dominio de los vasallos rebeldes de la región y, de momento, mantuvieron bajo control el rápido crecimiento del poder de Asiria.

LA EPIDEMIA

Los logros de Mursili son más notables cuando consideramos otros grandes problemas que tuvo que encarar durante sus primeros diez años en el trono. Uno de ellos fue una virulenta epidemia, que se desencadenó en los últimos años del reinado de Suppiluliuma y barrió el país hitita diezmando su población y continuando hasta bien entrado el reinado de Mursili. Un relato gráfico de la epidemia y de sus efectos aparece en una serie de oraciones de Mursili⁵⁷, en las cuales Mursili censura a los dioses por castigar a su país tan duramente, les advierte de que el reino estaba empezando a ser víctima de las fuerzas enemigas que le rodeaban, y busca desesperadamente la causa de la ira de los dioses.

¿Qué es esto, oh dioses, qué estáis haciendo? Habéis permitido una epidemia en el país. El País de Hatti, todo él, está muriendo: así nadie prepara los panes del sacrificio ni las libaciones para vosotros.

⁵⁷ Concretamente, *CTH* 376, Oración de Mursili a la diosa Sol de Arinna y *CTH* 378, la llamada Oración de la Peste que aparece en cuatro versiones. Las oraciones han sido editadas por Lebrun (1980, 155-179; 192-239). Para una traducción al inglés de algunos pasajes, véase Goetze en Pritchard (1969, 394-396). La epidemia fue llevada a Hatti por los prisioneros egipcios tomados por Suppiluliuma en su ataque a territorio egipcio en Siria como represalia por el asesinato de su hijo Zannanza; véase la Segunda Oración de la Peste, r. 25'-31'.

Los hombres que se utilizaban para arar los campos del dios han muerto [...] El hombre ha perdido su ingenio y no hay nada que hagan a derechas. ¡Oh dioses, cualquier pecado que contempléis, o bien permitid que surja un profeta y lo declare, o permitid que las síbilas y los sacerdotes sepan de él por incubación*, o permitid que algún hombre lo vea en un sueño! ¡Oh dioses, tened piedad otra vez del País de Hatti! Por un lado está afligido por la epidemia, por el otro está afligido por las hostilidades. Los protectorados de allende las fronteras, (concretamente) el País de Mitanni y el País de Arzawa, cada uno de ellos se ha rebelado [...] Además, aquellas otras tierras que pertenecen al País de Hatti, (concretamente) el País de Kaska, también el País de Arawanna, el País de Kalasma, el País de Lukka, el País de Pitassa —esas tierras también han renunciado a la diosa Sol de Arinna [...] Ahora todas las comarcas de los alrededores han comenzado a atacar al País de Hatti. ¡Permitid que nuevamente vuelva a ser algo de interés para la diosa Sol de Arinna! ¡Oh dios, no lleses tu nombre al desprestigio! (Oración de Mursili a la diosa Sol, KUB XXIV 3 (+) [CTH 376] II 3'-53', adaptado de la trad. de Goetze en Pritchard [1969, 396]).

La determinación de la causa de la ira divina era esencial, antes de que se pudiera realizar una propiciación adecuada. En este caso, mediante un larguísimo proceso de consultas oraculares, Mursili identificó las ofensas cometidas por su padre como la fuente de la ira del dios —el olvido de un sacrificio para el Río Mala (Éufrates)⁵⁸, y en dos ocasiones, la violación de un juramento. La primera de ellas ocurrió cuando Suppiluliuma rompió su juramento de lealtad a su hermano Tudhaliya el Joven, tomando su trono y matándole⁵⁹. En la segunda ocasión, Suppiluliuma, pretendidamente, había violado un tratado con Egipto, el llamado tratado de Kurustama (citado en el cap. 5), por dos veces, atacando el País de Amka en la frontera del territorio sometido a Egipto en Siria⁶⁰. Suppiluliuma había cuestionado, al menos, la segunda de esas ofensas, sobre la base de que él simplemente estaba tomando represalias por una agresión egipcia no provocada. Pero ahora la responsabilidad de acabar con la epidemia recae sobre su hijo. Cuando todos los demás medios habían fallado, Mursili no estaba dispuesto a debatir la legalidad de las actuaciones de su padre con vistas a apaciguar a

* Adivinación por la interpretación de sueños inducidos. (*N. del T.*)

⁵⁸ Segunda Oración de la Peste, r. 9'-12'.

⁵⁹ Primera Oración de la Peste, r. 10-12.

⁶⁰ Segunda Oración de la Peste r. 13'-20', 33'-46'.

los divinos señores. Él mismo no había tenido parte en esas actuaciones. Pero aceptaba plenamente que los hijos deben soportar las responsabilidades de los delitos cometidos por los padres.

En cualquier caso, él no tenía duda de que la epidemia era el instrumento de la ira divina y que una vez que las causas de esa ira hubieran sido determinadas, los adecuados ritos propiciatorios se realizarían. Si en ese momento la epidemia llegó rápidamente a su fin o si por esa época ya había recorrido prácticamente su camino permanece desconocido. No fue, no obstante, sino uno de los desafortunados legados que Mursili heredó de su padre.

LA MADRASTRA DEL REY

Nos hemos referido más arriba al matrimonio de Suppiluliuma, alrededor de la época de la Primera Guerra Siria, con una princesa de Babilonia que asumió el nombre de Tawananna como nombre propio. Conforme pasan los años, esta segunda esposa de Suppiluliuma, madrastra de sus hijos, parece haber tenido un papel de creciente importancia en los asuntos políticos del reino. Hemos mencionado que su nombre aparece junto al de su marido en sellos impresos en documentos que implican negociaciones diplomáticas con Niqmaddu II, rey de Ugarit. También parece haber llegado a ser una poderosa figura en la familia real, especialmente durante los últimos años de Suppiluliuma. Su conducta dominante, sus extravagancias y su introducción de indecibles costumbres extranjeras en el reino, parece ser que no fueron refrenadas por su marido. Su conducta fue causa de profundas preocupaciones para sus hijastros. Pero no se tomó ninguna medida, o bien las quejas al rey cayeron en oídos sordos.

Incluso después de la muerte de Suppiluliuma continuó dominando en la casa real y conduciéndose de manera que ultrajaba al nuevo rey Arnuwanda. Pero tampoco entonces se emprendió acción alguna en su contra. Ella era, después de todo, la reina, con todos los poderes y privilegios que su cargo conllevaba, un cargo que en la tradición de la Tawananna, duraría toda su vida, estuviera o no vivo su marido.

Mursili se refiere a la notable magnanimidad de la que él y su hermano hicieron gala con ella:

Pero cuando su padre se convirtió en dios, Arnuwanda, mi hermano, y yo, no perjudicamos a la Tawananna ni la humillamos de ninguna manera. Como ella gobernaba la casa del rey y el País de

Hatti en vida de mi padre, así en vida de mi hermano lo gobernó ella. Y cuando mi hermano se convirtió en dios, yo no dañé a la Tawananna ni la humillé en forma alguna. Como ella gobernó la casa del rey y el País de Hatti en vida de mi padre y de mi hermano, así luego lo gobernó ella. Y las costumbres que en vida de su marido [eran queridas por su corazón (?)] y a las cosas que en vida de su marido no le estaban permitidas de ningún modo, [se aferró ??] (KBo XIV 4 [CTH 70] I 5-13)⁶¹.

Ella, supuestamente, había despojado al palacio de sus tesoros para prodigarlos a sus favoritos o a aquellos cuyo apoyo buscaba. Y su posición como sacerdotisa *šiwanzani*⁶², con su potestad de asignar sacrificios, ofrendas votivas, quizás hasta tierras del templo, le permitía un considerable control de los bienes del culto del estado⁶³.

Vosotros, dioses, ¿no veis cómo ella ha convertido toda la casa de mi padre en la «casa de piedra» (mausoleo) del dios tutelar (el dios LAMMA) y la «casa de piedra» del dios? Algunas cosas las implantó del País de Sanhara (es decir, Babilonia). Otras en Hatti entregaba para el populacho (?). No dejaba nada... La casa de mi padre la destruyó (KUB XIV 4, II 3-12, adaptado de la trad. de Hoffner [1983, 191])⁶⁴.

Inicialmente, Mursili se reprimió de emprender cualquier acción contra su madrastra. En realidad, la asociación de su nombre al de ella en algunas improntas de sellos⁶⁵ indica que durante algún tiempo él reconoció plenamente su estatuto formal como reina. Pero las tensiones dentro de la casa real subieron de tono. Según parece, había poco que Mursili pudiera hacer. Sus largas ausencias de la capital en campañas

⁶¹ En la mayor parte de esta traducción se sigue la restauración propuesta por Laroche (1956, 102).

⁶² *šiwanzani* = «madre del dios», véase Bin-Nun (1975, 190-191).

⁶³ Así, Hoffner (1983, 191). Para una discusión de los cargos contra Tawananna, véase Bin-Nun (1975, 186-189).

⁶⁴ Para el texto completo, véase Forrer (1926, II 1, 1-3). Bin-Nun (1975, 187-188) señala que el texto oracular KUB XXII 70 (CTH 566) «da una veraz descripción de la tiranía que la anciana mujer ejercía sobre el rey y su familia mediante sus continuas amenazas de la colera divina y mediante sus exigencias de castigar a los hijos de la casa real. Su cargo sacerdotal le permitía gobernar al pueblo con el terror de los oráculos divinos».

⁶⁵ La tabla de Neve (1992a, 313) indica dieciséis improntas de sellos que llevan los nombres de Mursili y Malmigal (el nombre original de la Tawananna). Véase ahora Otten (1995, 19-21).

militares redujeron sustancialmente su capacidad de contener la conducta de la Tawananna. Esto le acarrió trágicas consecuencias.

Se casó con la princesa Gassulawiya⁶⁶. Su nombre está asociado al suyo en una impresión de sello convencional⁶⁷ y en las recientemente descubiertas impresiones de sellos cruciformes que citan a Mursili y Gassulawiya como propietarios del sello y enumeran un cierto número de antepasados del rey⁶⁸. Mursili estaba consagrado a su mujer y se alarmó profundamente cuando ella fue alcanzada por una misteriosa enfermedad. Al principio se atribuyó la enfermedad a la diosa Lelwani (una diosa del infierno), como castigo a la princesa por el supuesto olvido de su culto. En una antigua oración, adaptada para la ocasión presente, se hacía un llamamiento a la diosa, declarando la inocencia de Gassulawiya y suplicando que se le devolviera la salud⁶⁹.

Pero las oraciones fueron en vano y Gassulawiya murió en el noveno año del reinado de su marido⁷⁰. En su congoja, ahora Mursili se volvió contra su madrastra, convencido de que era la culpable de la muer-

⁶⁶ El nombre aparece también como Gassuliyawiya; véase Laroche (1966, 89, núm. 539). La forma corta es la que se usará en lo sucesivo en este libro.

⁶⁷ SBo 1, núm. 37 = Beran (1967, núm. 220).

⁶⁸ Para un tratamiento detallado del sello, véase Dincöl *et al.* (1993) que señala que ahora está fuera de toda duda la relación marido-mujer de Mursili y Gassulawiya (en contra Tischler (1981, 67-68) quien argumentaba que ésta era hija del rey).

⁶⁹ KBo IV 6 (C771 380), ed. Lebrun (1980, 248-255); Tischler (1981, 11-45). Para la atribución del texto al reinado de Mursili II, véase también Kammenhuber (1976, 29-30). En otra oración, KUB XXXVI 81, ed. Tischler (1981, 46-54), Mursili, otra vez, hace un llamamiento para la recuperación de su mujer, esta vez a la diosa Sol. De Roos (1985-1986, 77-79) duda de que el tema de KBo IV 6 se refiera a la mujer de Mursili y sugiere su atribución a una posterior Gassulawiya, hija de Hattusili III y Puduhepa; véanse también sus comentarios (1985, 133). Winkler (1985, 185) ha afirmado que el texto no pertenece estilísticamente al contexto de otras oraciones del reinado de Hattusili. Más recientemente, Singer (1991c, 329) ha apoyado la atribución a la posterior Gassulawiya basado en el *ductus* del texto que dice que debe fecharse en el siglo xiii. Desde su punto de vista, KUB XXXVI 81 es la única de las dos oraciones que puede atribuirse al reinado de Mursili. Sin embargo, debe tenerse en cuenta el fragmentario texto 335/e que es uno de los pequeños fragmentos adicionales que deben añadirse a KBo IV 6. Véase Otten (1984, 298-300) para el significado de este fragmento en relación con la identificación de Gassulawiya en KBo IV 6 (concretamente, en vista a la referencia a SA]z ta-wa-an-na[- en la línea 3), y también Neu (1995, 121, n. 21). En resumen, yo prefiero atribuir el texto al reinado de Mursili II.

⁷⁰ Sabemos esto por KUB XIV 4, uno de los textos en que Mursili se refiere a su muerte y mantiene la responsabilidad de su madrastra. El otro texto se trata más adelante. Ella murió en el año en que Mursili fue a Kizzuwadna a celebrar la fiesta de Hepat en Kummanni. Los *Anales* de Mursili indican que esto fue en el noveno año de su reinado (AM 108-109).

te de su esposa, y de que la había conseguido mediante nigromancia. Irónicamente, parece ser que la madrastra fue la persona que había pronunciado la oración por la salud de Gassulawiya⁷¹. Aunque parezca sorprendente, por el modo en que Tawananna es descrita por su hijastro, ella puede haber realizado, simplemente, su propio deber como reina. En realidad, si ella era verdaderamente culpable de maquinar la muerte de la princesa, difícilmente habría atraído sospechas sobre sí denegando sus servicios sacerdotales⁷².

Mursili no tenía dudas de que su madrastra había causado la muerte de su mujer. Su sentimiento de pérdida devastadora, así como su amargura contra la mujer que, supuestamente, había sido la responsable, se revela claramente en sus oraciones:

Mi castigo es la muerte de mi esposa. ¿Ha mejorado esto algo? Porque ella la mató, los días de mi vida vagará mi alma en el oscuro Más Allá por su causa. Para mí ha sido insoportable (??). Ella me ha desolado (?). Vosotros, dioses, ¿no reconocéis de quién es el castigo? (KBo IV 8 [CTH 71] II 24-26, III 1-4 adaptado de la trad. de Hoffner [1983, 188]).

La consulta al oráculo confirmó la culpabilidad de la reina e indicó al rey cuál era la actuación adecuada que debía llevar a cabo. Los dioses determinaron que ella había cometido un delito capital. El oráculo sancionó su remoción del cargo y la ejecución por parte de su hijastro⁷³. Pero a pesar del largo catálogo de ofensas de su madrastra, a pesar del pretendido asesinato de su esposa, Mursili no se atrevió a aplicarle la pena máxima. Pudiera ser que uno de los fines de la reunión con su hermano Sarri-Kusuh en Kummanni fuera tratar sobre qué actuación debería emprenderse con la reina⁷⁴. Dadas las circunstancias, fue más blando de lo que ella podía temerse. Fue procesada, desposeída del cargo y desterrada de palacio. Pero su vida fue perdonada:

No la ejecuté, pero la desposeí del cargo de sacerdotisa *Sivan-zanni*. Y porque estaba determinado por el oráculo que debía quitar

⁷¹ Sobre la asunción de que el fragmento duplicado 335/c que identifica a *Tawananna* como el autor (línea 3), representa la misma oración que KBo IV 6, véase Dinçol *et al.* (1993, 98).

⁷² Cf. Dinçol *et al.* (1993, 98).

⁷³ KBo IV 8 II 1-8.

⁷⁴ Kitchen (1962, 5, n. 1) observa que su visita a Kizzuwadna está también recogida en KUB XIV 4 y que fue después de esta visita cuando Mursili decidió el castigo de la reina.

le el cargo, yo la quité del cargo y le di un lugar de residencia. Nada le falta a su deseo. Tiene comida y bebida. Todo está a su disposición. Nada le falta. Ella está viva. Ella contempla el sol del cielo con sus ojos. Y ella come el pan como el de vida⁷⁵. Solamente éste es mi castigo: la castigué con esta única cosa, que yo la eché del palacio, la desposeí de los dioses en el cargo de sacerdotisa *šivanzanni*. Mío es solamente este único castigo (KBo IV 8 II 9-20, adaptado de la trad. de Hoffner [1983, 188]).

Sobre la culpabilidad de la reina cabe poca duda. Ella tenía suficientes motivos para maquinarse la muerte de Gassulawiya. El nombre de Gassulawiya estaba ya unido al de su marido en los sellos reales en los que llevaba el título de «Gran Reina»⁷⁶. Parece extraordinario que esos sellos fueran hechos mientras todavía vivía Tawananna y mantenía el cargo de reina. Un acto así podía hacerle sospechar que sus días en el cargo estaban contados, que pronto sería sustituida por la esposa de su hijastro⁷⁷. No permitiría que ocurriera eso. Pero al matar a Gassulawiya precipitó su ruina al provocar que el rey emprendiera una actuación que, según él, era muy tardía.

La decisión de no ejecutarla debió de tomarse solamente tras larga y cuidadosa consideración. Mientras viviera era una constante amenaza para la seguridad de la casa real, particularmente si contaba con el apoyo de aquellos a quienes ella había prodigado sus favores. A pesar de eso, Mursili no pudo determinarse a matar a un miembro de su propia familia, aunque los oráculos lo hubiesen anunciado y autorizado. Había visto las consecuencias del hecho de la muerte de su tío a manos de su padre. Este acto había sido identificado como una de las causas de la epidemia dirigida por la ira de los dioses sobre el reino. Podía, muy bien, estar poco dispuesto a cargar otra vez sobre su país el divino castigo por una nueva ejecución real, cualquiera que fuese la justificación para ella. Realmente, el hijo de Mursili, Hattusili, cuestionó posteriormente hasta la legalidad de la deposición de la reina y señaló que él no estaba implicado de ninguna forma:

⁷⁵ O «come el pan de vida».

⁷⁶ SBo I, núm. 37 y el sello cruciforme; en ambos Dinçol *et al.* (1993, 97) lee ahora el título de Gassulawiya como MAGNA REGINA (según la convención utilizada para la transliteración de los textos jeroglíficos).

⁷⁷ Alternativamente, Dinçol *et al.* (1993, 98) sugiere que Tawananna ya había sido sustituida de su cargo, quizás a causa de su extravagancia como menciona Mursili, y sustituida por la ya enferma Gassulawiya.

Pero cuando tuvo lugar en el palacio el juicio de Tawananna, tu sierva, cuando mi padre humilló a Tawananna, la reina... tú (eras el único que) sabías perfectamente si la humillación de la reina era acorde con tu voluntad o si no lo era... En cuanto a mí, yo no estuve implicado en modo alguno en aquel asunto⁷⁸ (Oración de Hattusili III y Puduhepa a la diosa Sol de Arinna, KUB XIV 7 + KUB XXI 19 [CTH 383] I, 20-29)⁷⁹.

LA SEGUNDA ESPOSA DE MURSILI

Algún tiempo después de la muerte de Gassulawiya, Mursili se casó otra vez, en esta ocasión con una mujer, quizás de origen hurrita, llamada Tanuhepa. Los textos que han quedado del reinado de Mursili guardan total silencio sobre ella. Esto es tanto más extraordinario, cuanto que por sus *Anales* y oraciones tenemos más información respecto a la familia y a las circunstancias personales de este rey que de cualquier otro rey hitita —aparte de su hijo menor, Hattusili. Sabemos de la unión de Mursili y Tanuhepa solamente por unas cuantas improntas de sellos⁸⁰. Esto podría indicar que Mursili se casó con ella solamente un poco antes del final de su reinado. Sin embargo, la anterior oración a la diosa Sol se refiere a los hijos de Tanuhepa⁸¹, que, presumiblemente, ella había tenido con Mursili. Debe de haberse casado con él varios años antes de su muerte para haber podido tener esos hijos.

Unas impresiones de sellos también la ligan a los dos primeros sucesores de Mursili en el trono, su hijo Muwatalli y su nieto Urhi-Tesub⁸². A no ser que hubiera otra reina llamada Tanuhepa⁸³, parece haber poseído el título de reina durante unos treinta años, abarcando los reinados de tres reyes⁸⁴. Pero su carrera, como la de la madrastra de su marido, se vio envuelta en el escándalo. Volveremos sobre esto más adelante.

⁷⁸ Porque por entonces era solamente un niño.

⁷⁹ El texto de la oración ha sido editado por Lebrun (1980, 309-328); Sørensen (1981, 88-108).

⁸⁰ SBo I, núm. 24-29 = Beran (1967, núm. 1, 221-225, 228 abc); Gonnet (1979, núm. 192f).

⁸¹ KUB XIV 7 r. I 18' + KUB XXI 19 r. II 4.

⁸² SBo I, núm. 42-44. A éstas se pueden añadir ahora las improntas que ligan a Tanuhepa con Muwatalli y con Urhi-Tesub en el archivo de sellos de Niğantepe; véase la tabla de Neve (1992a, 313).

⁸³ Véase la discusión en Laroche (1956, 105).

⁸⁴ Cfr. Houwink ten Cate (1974a, 124).

UNA NUEVA REBELIÓN EN EL OESTE

En el duodécimo año de su reinado, Mursili recibió noticias del reciente estallido de una rebelión en Arzawa. El cabecilla, en esta ocasión, se llamaba É.GAL.PAP⁸⁵. Su posición y origen son desconocidos para nosotros, aunque puede haber sido una persona de cierta consideración en el País de Masa⁸⁶.

Especulando con la preocupación del rey por las regiones noreste y sudeste del reino, É.GAL.PAP vio una oportunidad de asentarse él mismo como jefe de un movimiento antihitita en el oeste. Mursili fue informado de la rebelión por Mashuiluwa, el gobernante vasallo del reino de Arzawa, Mira-Kuwaliya, quien hasta este momento había permanecido fiel a su lealtad hitita. Pero más tarde, Mashuiluwa se peleó con su señor, dejó de ser leal a los hititas, e incitó al País de Pitassa a la rebelión contra el rey y unió sus fuerzas a las de É.GAL.PAP⁸⁷. Mursili supo por un desconocido de las actividades de esos dos hombres⁸⁸. La respuesta de Mursili fue adecuada. Con la situación en Siria potencialmente inestable y con las tribus kaskas en el norte, todavía lejos de estar sometidas, Mursili no tenía ganas de enredarse en una nueva serie de campañas en el oeste. La creciente crisis aún podía resolverse sin necesidad de conflictos militares si se presionaba hasta traer de nuevo a Mashuiluwa a la lealtad hitita. Mursili tomó personalmente el mando de una expedición hitita a la región con la esperanza de que al aproximarse sus fuerzas al reino de Mashuiluwa, el vasallo rebelde, intimidado, volvería a la sumisión. Pero la táctica falló: «Cuando alcancé Sallapa, escribí a Mashuiluwa: «¡Ven conmigo!» Pero como Mashuiluwa era consciente de su ofensa, rechazó a Mi Sol y huyó ante mí y pasó al País de Masa» (Mursili, Tratado de Kupanta-Kurunta § 5).

Había habido otras ocasiones en las que Masa había proporcionado refugio a vasallos hititas rebeldes. No podía permitirse que se actua-

⁸⁵ Mursili II: Tratado de Kupanta-Kurunta (*CTH* 68); Friedrich (1926, 128-129 § 18). La lectura hitita del nombre se desconoce.

⁸⁶ Véase Del Monte (1974, 364, n. 38, 367-368), apoyado por Houwink ten Cate (1979b, 28).

⁸⁷ Esos acontecimientos están recogidos en el tratado de Kupanta-Kurunta §§ 4 y 18. Véase, también, *AM* 142-143.

⁸⁸ KBo XIX 76 (+) I 1'-8' = KUB XIX 34 (+) P-13'; véase Houwink ten Cate (1979b, 284).

ra así impunemente. Mursili persiguió a su incorregible vasallo dentro del territorio de Masa, donde llevó a cabo una campaña de represalia. Ésta fue seguida de un ultimátum a la gente de Masa:

Mashuiliwa fue mi vasallo; y riñó conmigo y revolvó a mis súbditos contra mí y empezó el conflicto conmigo. Ahora ha huido delante de mí, y ved, ha llegado hasta vosotros. ¡Ahora, coged y entregádmelo! Si no lo cogéis y me lo entregáis, yo iré y os destruiré junto con vuestro país (Mursili, Tratado de Kupanta-Kurunta § 6).

El pueblo de Masa se inclinó ante el ultimátum. Eran conscientes de que los dignatarios del País de Mira ya se habían desentendido de la acción de Mashuiliwa, y se habían presentado en persona ante Mursili para declarar su inocencia, reafirmar su lealtad y requerir que Mashuiliwa fuese sustituido en el trono vasallo por su hijo adoptivo⁸⁹. Mashuiliwa se había convertido ahora en un peligroso estorbo. Los nobles de Masa le retiraron su protección y le pidieron que se entregara él mismo a su señor hitita. Cuando lo rechazó, lo cogieron y lo entregaron a Mursili quien lo llevó a Hattusa⁹⁰. Aquí se le asignó un lugar de residencia y se mantuvo como un virtual rehén para asegurar la lealtad del hombre nombrado ahora gobernante vasallo en su lugar.

El hombre en cuestión era Kupanta-Kurunta, sobrino de Mashuiliwa e hijo de su hermano. Suppiluliuma había dado a su hija Muwatti en matrimonio a Mashuiliwa. Pero la unión era estéril y Mashuiliwa, al acceder al trono, había pedido permiso a Mursili para adoptar a su sobrino como hijo y heredero del trono vasallo. La petición fue concedida: «Y yo te doy, Kupanta-Kurunta, a Mashuiliwa como hijo suyo. Luego, yo pondré al País de Mira y al País de Kuwaliya bajo juramento para Mashuiliwa, para Muwatti, y también para ti, Kupanta-Kurunta» (Mursili, Tratado de Kupanta-Kurunta § 4).

Pero la rebelión de Mashuiliwa había planteado graves cuestiones sobre la sucesión. Según la costumbre, si no la ley, hitita un hijo podía ser tenido como responsable de los pecados del padre y pagar la pena por ello:

⁸⁹ AM 144-145.

⁹⁰ Tratado de Kupanta-Kurunta § 6; AM 146-147 = KUB XIX 24, 17'-24' a lo que se añade KUB XIX 39 III; para la unión del último a KUB XIX 24 sobre la base de que KBo IX 77 1'-8' duplica a KUB XIV 24 19'-24' y KBo IX 77 8'-14' duplica a KUB XIX 39 III 1'-6', véase Houwink ten Cate (1979b, 267).

¿No sabes, Kupanta-Kurunta, que en Hattusa, cualquiera que cometa un delito de insurrección, y que aunque el hijo cuyo padre es culpable no sea también culpable, la casa y las tierras de su padre le serán quitadas y dadas, o bien a algún otro, o bien al palacio? Y porque tu padre Mashuiliwa fue culpable, y tú, Kupanta-Kurunta, eres el hijo de Mashuiliwa, incluso aunque no hayas sido culpable también, yo, Mi Sol, podría haberte echado al mismo tiempo, si alguna vez se le hubiese ocurrido a Mi Sol hacerte daño. Incluso ahora, yo podría tomar la casa y la tierra de tu padre. Yo podría dársela a cualquiera y nombrar otro gobernante del país (Mursili: Tratado de Kupanta-Kurunta § 7)⁹¹.

Pero Mursili era consciente del apoyo del que gozaba Kupanta-Kurunta entre los nobles de Mira, quienes desligándose de la traición de Mashuiliwa habían pedido que Kupanta-Kurunta fuera nombrado rey en su lugar. En cuanto a su implicación, esto parecía liberar a Kupanta-Kurunta de cualquier participación en las actividades rebeldes de su padre adoptivo. El propio Mursili estaba convencido de la inocencia del joven⁹². En cualquier caso, parece que no había alternativa posible a su designación. Así, Kupanta-Kurunta se convirtió en el siguiente rey de Mira. La decisión de Mursili de nombrarle estuvo, sin duda, dictada por sólidas consideraciones políticas. Pero en el tratado que estableció con su nuevo vasallo lo presentó como un acto de gracia y del favor real:

Porque Mashuiliwa, tu padre, delinquiró contra Mi Sol, y tú, Kupanta-Kurunta, eres el hijo de Mashuiliwa, aunque no seas culpable de ninguna manera, yo, Mi Sol, podía, no obstante, haberte rechazado, si Mi Sol estuviera dispuesto a hacerte mal y podía haberte cogido la casa de tu padre y la tierra, y darlas a otro, y podía haber nombrado a otro gobernante en el país. Pero ahora, porque Mi Sol no está dispuesto a hacerte mal, yo no te he rechazado ni quitado la casa y la tierra de tu padre, ni nombrado a otro gobernante del país (Mursili, Tratado de Kupanta-Kurunta §§ 21-22).

También unió a Kupanta-Kurunta por juramento con otros dos gobernantes de Arzawa —Manapa-Tarhunda, rey del País del Río Seha, y Targasnalli, rey de Hapalla⁹³.

⁹¹ La traducción de las líneas que comienzan: «Y porque tu padre» está adaptada de la dada en *CHD* 3-2, 142.

⁹² Véase, por ejemplo, §§ 11 y 21 del tratado.

⁹³ Tratado de Kupanta-Kurunta § 27.

No sabemos de más rebeliones ni desórdenes entre los estados vasallos del oeste de Anatolia durante el resto del reinado de Mursili, que abarcó unos quince años aproximadamente. Esto puede ser indicativo del éxito conseguido por el rey en cuanto a imponer un firme control sobre la región. Debe situarse como la más significativa de las contribuciones de Mursili al desarrollo y consolidación del reino que había heredado de su padre. Esto resulta aún más extraordinario si pensamos que se consiguió dentro de los primeros doce años de reinado de Mursili, en un momento en que el rey también tenía que atender algunas crisis en Siria que amenazaban gravemente con la pérdida de muchos, si no de todos, los territorios asegurados por las intensas campañas militares y diplomáticas de su padre.

HACIA EL NORTE UNA VEZ MÁS

Pero por el norte, los problemas del reino hitita seguían sin resolverse. Gran parte de la segunda mitad del reinado de Mursili estuvo dedicada a nuevas campañas en la región, dirigidas principalmente contra los enemigos kaskas. Esas campañas, por lo general, tuvieron como resultado éxitos militares a corto plazo. En realidad, en su decimonoventa año, Mursili reivindica haber llegado más lejos que cualquier otro rey hitita en su conquista del País de Takkuwahina y Tahantatti-pa⁹⁴, y en su vigésimo segundo año haber sido el primer rey, desde Telepinu, en alcanzar el País de Hatenzuwa, que conquistó⁹⁵.

Además, él podía reivindicar, con cierta satisfacción, un decisivo resultado de la campaña que emprendió en su vigésimo primer año al País de Tummanna. Aquí, su principal oponente era Pitagatalli, que había salido a la luz por primera vez hacia el final del reinado de Suppiluliuma durante las campañas de este último por la región⁹⁶. A pesar del modo positivo con que Mursili lo relata en los *Hechos*, la campaña de Suppiluliuma en Tummanna no tuvo un impacto duradero. No fue hasta el choque con Mursili, unos veinte años después, que Pitagatalli fue final y decisivamente derrotado. Su base, Sapidduwa, fue tomada junto con sus fuerzas militares. Parece que Pitagatalli, solo, eludió al rey hitita guareciéndose en las colinas.

⁹⁴ AM 150-151.

⁹⁵ AM 164-165.

⁹⁶ Véase DS, pág. 109, frag. 34.

Pero los éxitos de algunas zonas fueron contrarrestados por retrocesos en otras. Así, en su vigésimo segundo año, Mursili se enfrentó con una rebelión en el País de Kalasma, que se negó a proveerle de tropas. Esto parece haberle causado una especial aflicción, ya que el país tenía un historial de ininterrumpida lealtad a la corona hitita desde los tiempos de su abuelo Tudhaliya, y la había mantenido hasta este momento en el reinado de Mursili. Mursili no pudo atender personalmente la rebelión, como hubiera deseado, puesto que estaba sobrecargado con el botín de la campaña de Tummanna, y envió a su general Nuwanza a terminarla por la fuerza de las armas⁹⁷. A pesar del éxito inicial de Nuwanza, la rebelión continuó latente, y varios años después estalló nuevamente, cuando el ciudadano de Kalasma, Aparru, atacó el (presumiblemente vecino) estado súbdito hitita de Sappa⁹⁸. Aunque Aparru fue derrotado y huyó para salvar su vida, emprendió una nueva campaña junto a Hutupiyanza (a quien encontramos anteriormente como gobernador de Pala) al año siguiente, antes de que Kalasma estuviera totalmente devuelta al control hitita.

A pesar de este catálogo de victoriosas campañas y conquistas al norte del país, es dudoso que el conjunto de logros de Mursili en esta región fueran algo más sustanciales o duraderos que los de su padre. Ciertamente no consiguió imponer el grado de autoridad que había conseguido en los territorios del oeste de Anatolia. Pero tal logro rayaba en lo imposible. La continua agresión kaska, en tanto que constitutiva de la mayor amenaza a la seguridad del reino hitita por derecho propio, debió haber tenido igualmente un efecto destabilizador sobre los estados septentrionales súbditos de los hititas. Había poco que éstos pudieran hacer a largo plazo. La reducción de las tribus kaska, de modo global, a la situación de súbditos hititas no era un proyecto que pudiera ser emprendido seriamente. En ausencia de cualquier clase de estructura política coherente entre los pueblos kaska, del tipo que caracterizaba, por ejemplo, a los países de Arzawa, los hititas no tenían una base firme sobre la que intentar construir un sistema de estados vasallos en la región kaska como secuela de su conquista. Para garantizar la seguridad de sus territorios más septentrionales parece que no había otra alternativa factible sino constantes campañas, aceptando que esas campañas darían como resultado, en el mejor de los casos, tan sólo muy limitados períodos de paz.

⁹⁷ AM 160-163.

⁹⁸ AM 188-189.

Pudiera, quizás, conseguirse un mayor grado de seguridad repoblando con gentes hititas algunos de los territorios periféricos que habían estado muy abandonados desde las invasiones de los kaskas en los tiempos de Hattusili II. Esas repoblaciones podrían, al menos, crear una zona tampón contra los abusos enemigos sobre el país. Mursili hizo algunos esfuerzos preliminares en esa línea de actuación, por ejemplo, recolonizando parcialmente la ciudad de Tiliura, en la frontera del territorio kaska. Tiliura había estado abandonada desde el reinado de Hattusili II. Pero no fue sino hasta el reinado del hijo de Mursili, Muwatalli, cuando se logró la plena recolonización (véase el cap. 10).

Mursili fue, también, el primer rey que intentó recuperar la posesión de la ciudad santa de Nerik, que había sido tomada por los kaskas durante el Reino Antiguo⁹⁹. Un viaje que hizo a Nerik, para celebrar la fiesta del dios Tormenta y liberar a la comarca de los enemigos kaskas, fue, sin duda, pregonado como un acontecimiento de gran importancia simbólica. Por primera vez en casi trescientos años, un rey hitita había reivindicado, y celebrado culto, en una de las más sagradas ciudades hititas. Todavía el acontecimiento tenía poco más que un carácter simbólico. Mursili no consiguió recolonizar la ciudad con sus propios súbditos y no fue sino hasta el reinado de su nieto Urhi-Tesub cuando los hititas pudieron decir que Nerik había sido totalmente recuperada para ellos.

DEPORTACIONES

Como corolario de las conquistas, Mursili seguía regularmente una práctica que había sido instituida, por lo menos, en el reinado del primer Tudhaliya —el traslado de grandes contingentes de personas desde los territorios conquistados para su reasentamiento en Hatti, o en otras regiones del reino¹⁰⁰. Fue una práctica adoptada también por los asirios del Nuevo Imperio. Paralelos más o menos exactos pueden encontrarse en otras civilizaciones posteriores. Pero en ninguna otra parte se actuó de forma tan completa como en el mundo hitita. Bajo Mursili, en particular, el traslado seguía casi invariablemente como

⁹⁹ Haas (1978, 8-10) trata algunos textos de los reinados de Hattusili III y Tudhaliya IV que hablan de campañas en la región de Nerik realizadas por Mursili II y también por Muwatalli II. Véase, también, Houwink ten Cate (1973, 78).

¹⁰⁰ El logograma sumerio NAM.RA^{MES} o NAM.RA^{ELA} (acadio *šallatu*) es utilizado en los textos hititas para referirse a los deportados.

consecuencia de una victoriosa operación militar. Dado el número de campañas en las que se comprometió, a lo largo de su reinado de casi treinta años, y el número de deportados involucrados, desde centenares en las comunidades más pequeñas hasta miles en los estados más grandes, los problemas logísticos asociados al sistema de evacuación y reasentamiento de los deportados en el país, debieron de ser ingentes.

La deportación servía a importantes fines prácticos. Por un lado, ayudaba a reforzar la efectividad de un tratado establecido con el gobernante de un territorio conquistado o reconquistado; servía para disminuir la amenaza de futuras actividades antihititas en la región mediante la evacuación de una gran parte de la población y colocando al resto bajo un leal vasallo. Casi con toda certeza, un componente significativo de los evacuados eran los hombres más sanos del territorio conquistado. Por otro lado, el reasentamiento en Hatti ayudaba a restablecer tanto el personal militar como el agrícola del país —una consideración importante, dada la sustancial sangría en la mano de obra causada por años y años de campañas militares, y la aparentemente grave pérdida de población hitita causada por los estragos de la epidemia.

Deberíamos maravillarnos de cómo los hititas pudieron con este constante flujo de nuevos colonos en su país —grandes, desiguales, hostiles grupos de pueblos conquistados, forzados a dejar sus países contra su voluntad. Todavía no tenemos pruebas de que los deportados causaran mayores problemas, sociales o políticos, una vez reasentados en Hatti, aparte de un ejemplo recogido en los *Anales* de Tudhaliya I¹⁰¹. Parece que los recién llegados eran asimilados en el sistema hitita con la suficiente rapidez como para evitar esos problemas. El hecho de que raramente sean mencionados fuera de los contextos militares, podría, por sí mismo, ser un indicador de su rápida y pacífica integración dentro de la población de conquistadores¹⁰².

¿Cómo se conseguía esta integración? Después de ser elegidos para el traslado, los deportados, habitualmente, se dividían en dos categorías —aquellos a quienes el rey llamaba para su propio servicio y los repartidos entre sus oficiales. Los de la segunda categoría fundamentalmente iban acompañados de ganado del estado conquistado. En este

¹⁰¹ En este caso, los 10.000 soldados y los 600 carros tomados como botín del País de Asuwa se alzaron en rebelión bajo el caudillaje de un hombre llamado Kukkulli (KUB XXIII 11/12 v. 1-6).

¹⁰² Hay, por ejemplo, una referencia de pasada en la ley 40 de las leyes que prevén que el rey asigne evacuados con el fin de trabajar la tierra.

caso, al menos, abarcaban un amplio sector de la población local —hombres, mujeres y niños y en su mayor parte eran asentados en las haciendas poseídas por los aristócratas a los que habían sido asignados como botín de guerra¹⁰³.

Los evacuados asignados al servicio del rey se convertían, realmente, en su propiedad y podía disponer de ellos como considerara adecuado. Muy probablemente, un gran número de los hombres en edad militar llegaban a formar parte de la propia milicia del rey, cuyos deberes incluían la guarnición de los puestos fronterizos. Otros deportados eran asignados a trabajos del templo en diversos centros de culto dentro de Hatti¹⁰⁴. Otros servían como mano de obra, por ejemplo en granjas que habían sido abandonadas por sus propietarios, o en diversos proyectos de obras del estado. Los deportados también habrían sido utilizados para poblar o repoblar asentamientos escasamente habitados o abandonados, situados en las zonas periféricas del país¹⁰⁵ —particularmente en los reinados de los sucesores de Mursili (véase el cap. 10). También podían utilizarse como medio de intercambio para recuperar súbditos hititas retenidos en países enemigos como rehenes o prisioneros de guerra¹⁰⁶.

El traslado real de los deportados, junto con mujeres, niños y ganado, debe haber consistido casi siempre en una operación difícil y laboriosa, especialmente cuando el país de origen estaba a centenares de kilómetros de su lugar de realojamiento. Y, a veces, los deportados se escapaban de sus conquistadores durante el viaje y buscaban refugio en las regiones vecinas. Los reyes hititas tomaban rígidas medidas para disuadirlos de tal práctica. Se incluían en los tratados cláusulas explícitas de extradición, exigiendo que los gobernantes locales devolviesen puntualmente a cualquier fugitivo de la autoridad hitita que hubiese buscado refugio con ellos. La negativa a hacerlo así era probable que se encontrase con represalias militares, como ocurrió cuando Uhhaziti rehusó entregar a Mursili a los deportados hititas que habían escapado a

¹⁰³ Goetze (1964, 28) comenta que no se les permitía trasladarse libremente de una ciudad a otra, pero eran intercambiados por las autoridades, seguramente conforme a lo que requerían las necesidades del estado.

¹⁰⁴ Para el abastecimiento de deportados al servicio de las deidades, véase KUB XV 21 (CTH 590) 4-6, citado por Alp (1950, 117).

¹⁰⁵ Bryce (1986b, 8) sugiere que NAM.RA^{LA} de Madduwatta (que se cita en la *Acusación de Madduwatta* § 9) eran, originalmente, deportados al país hitita y luego reasignados a Madduwatta por el rey.

¹⁰⁶ Véase, por ejemplo, AM 106-107.

su país y buscado en él protección¹⁰⁷. Un vasallo rebelde, o un gobernante independiente hostil que, repentinamente, encontrase su población aumentada por un gran número de hombres capaces, desafectos al régimen hitita, podía convertirse, incluso, en una gran amenaza para la estabilidad del territorio controlado por los hititas en la región.

EL DAÑO EN EL HABLA DEL REY¹⁰⁸

En el transcurso de un viaje a Til-Kunnu¹⁰⁹, Muṣili sufrió los primeros síntomas de una afección, supuestamente producida por el sobresalto de una tormenta, que le dañó el habla. Inicialmente se alarmó, pero gradualmente llegó a aceptar el mal. O así lo pensaba: siguió alimentando su subconsciente, y más tarde afloró en sus sueños. ¿Qué había hecho para merecerlo? ¿Qué dios se lo había infligido? Durante uno de sus sueños, la enfermedad, súbitamente, aumentó su rigor:

Así habla Mi Sol, Mursili, el Gran Rey: «Yo viajaba a Til-Kunnu... Estalló por allí una tormenta y el dios Tormenta tronó terroríficamente. Quedé espantado. El habla se marchitó en mi boca y salía a borbotones. Olvidé esta situación totalmente. Pero conforme un año seguía a otro, la causa de mi situación comenzó a aparecerse en mis sueños. Y dormido, la mano del dios cayó sobre mí y mi boca se torció. Consulté a los oráculos y el dios Tormenta de Manuzziya fue señalado (como responsable de mi situación)» (CTH 486 r. 1-10).

Hasta donde podemos determinar por la expresión «mi boca se torció», parece que el rey sufrió una apoplejía menor que causó una parálisis parcial en el habla. No sabemos cuándo ocurrió este mal. Es posible que estuviera inducido por el estrés acumulado, asociado a otros factores —no solamente el estrés por los años de guerra constante, a veces en varios frentes simultáneamente, sino además, la desesperación y la frustración por la epidemia que diezmaba la población hitita y, quizás, encima de todo eso, la tensión emocional causada por la crisis en su propia familia. Todo eso, muy bien pudo haber tenido graves

¹⁰⁷ Véase AM 40-41.

¹⁰⁸ El texto que recoge esta afección, CTH 486, fue editado por Goetze y Pedersen (1934).

¹⁰⁹ Sobre este nombre, véase Goetze y Pedersen (1934).

consecuencias sobre su salud, llevándole a una situación clínica que él, como de costumbre, atribuía a un origen divino¹¹⁰.

A fin de apaciguar al dios identificado como la causa de la aflicción, el rey buscó el consejo de los oráculos y fue instruido sobre el ritual apropiado que debía realizar. El ritual implicaba el envío de un «buey sustituto» junto a otra parafernalia (como la ropa que llevaba el día en que por primera aparecieron los síntomas de la enfermedad) al templo del dios Tormenta de Kummanni. Allí, el buey y la parafernalia deberían ser quemados en ofrenda al dios.

No sabemos si al ritual le siguió alguna mejoría en la situación del rey. Pero cualquiera que fuese la causa real del mal, el tratamiento prescrito, que estaba en consonancia con la creencia del rey en el origen divino de tales males y la eficacia del adecuado apaciguador divino, pudo llevarle, al menos, a una cura parcial. Ningún otro texto que nos haya quedado hace referencia al mal. Todo el episodio es curioso, y la afección no parece haber dañado, al menos de alguna manera reconocida, la capacidad del rey para proporcionar una segura jefatura militar y política en los años siguientes al primer síntoma de la enfermedad. Pero añade otra interesante dimensión personal al registro del reinado de Mursili.

Hacia el final de su reinado, Mursili había respondido con efectividad a los críticos que, cuando accedió al trono, tan desdeñosamente le habían rechazado como un simple muchacho sin ninguna de las cualidades de su ilustre padre. Pero los años en el trono se cobraron su deuda personal, tanto física como emocionalmente. En el campo de batalla no fue menos despiadado que lo había sido su padre. Pero hay muchos textos que le señalan como un hombre herido —o afligido— con un fuerte sentido de la conciencia. Los «pecados de su padre» pesaban gravemente sobre él y él intentaba hacer cuanto podía por obtener la absolución por ellos, cuando vio que la epidemia que, indudablemente se debía a la ira divina, cobraba a sus súbditos un precio cada vez más alto. Y debió de luchar durante mucho tiempo con el problema de lo que debía hacer con su madrastra, antes de tomar finalmente una determinación. A pesar de sus delitos, ella era la legítima reina. Sin duda continuó sufriendo por la decisión que tomó de despojarla de todo poder. Los registros militares le muestran como a un decidido y a veces despiadado señor de la guerra, según el tradicional molde del

¹¹⁰ Cfr. la explicación de Oppenheim (1956, 230-231). Para una traducción del texto, véase Kümmel (1987, 289-292).

guerrero real. Pero sus oraciones y requerimientos a los dioses le presentan como una persona humana y sensible, que trataba siempre de actuar de acuerdo con los dictados de su conciencia y de lo que él percibía que era la voluntad divina.

A través de los traumas de su vida personal y de los íntimos atisbos que se nos proporcionan de sus sentimientos y emociones, podemos comprender y relacionarnos más fácilmente con este rey que con cualquiera de sus predecesores o sucesores que tuvieron poder en el mundo de los hititas.

CAPÍTULO 9

Enfrentamiento con Egipto: el reinado de Muwatalli II (c. 1295-1272)

EL RESURGIR DE EGIPTO

A su muerte, Mursili dejó a su hijo y sucesor Muwatalli un reino relativamente estable. En el oeste, la red de vasallos que Mursili había establecido parece haber permanecido sometida al señorío hitita durante la última mitad de su reinado. En el norte, las repetidas campañas en la región de los kaskas habían proporcionado un respiro temporal a la constante amenaza de sus incursiones, y los vasallos rebeldes habían sido firmemente devueltos a la lealtad hitita. En el sudeste, el control sobre los reinos vasallos establecido por Suppiluliuma se había mantenido, a pesar de la creciente amenaza de Asiria. Y después de la crisis del noveno año de Mursili, precipitada por la muerte de los virreyes Telepinu y Sarri-Kusuh, los virreinos de Carkemish y de Alepo permanecían seguros bajo el dominio hitita.

Pero más hacia el sur una nueva y grave amenaza se estaba formando en el país del Nilo. Como corolario del período de Amarna y el final de la dinastía XVIII, no había habido serios retos egipcios respecto al señorío hitita en Siria. Aunque todavía poseía algunos territorios en Palestina (por ejemplo, Beth-Shan), Egipto sólo podía reivindicar una influencia simbólica en la región como conjunto. Pero las tensiones entre Egipto y Hatti se mantenían. Había llegado ahora el momento de lo peor. Tras unos cuatro años en el trono, el sucesor de

Tutanj-Amón, Ay, murió y fue sustituido por Horemheb¹, cuyo reinado preparó el camino para el comienzo de la dinastía XIX. Una poderosa era estaba amaneciendo en la historia egipcia.

Bajo Horemheb, la actividad militar egipcia había comenzado nuevamente al enviar una fuerza expedicionaria a la región, en apoyo de la rebelión contra el gobierno hitita en los países de Nuhasse, durante el noveno año de Mursili. En esta ocasión, la fuerza invasora fue rechazada. Pero el mismo hecho de la invasión egipcia sobre territorio reivindicado por los hititas dejaba claro que Egipto en absoluto había abandonado sus intereses políticos y militares en Siria. Era sólo cuestión de tiempo el que otra vez se persiguieran esos intereses con determinación y energía.

Contrariamente a la opinión popular, el propio Horemheb parece haber dejado escasa huella en la escena internacional². Más bien se dedicó a su programa de reunificación y reconstrucción dentro de su propio reino, al proceso de erradicación de la corrupción administrativa y del abuso del poder burocrático que, aparentemente, había llegado a ser muy común durante el reinado de Ajenatón³. Al obrar así, preparaba el terreno para los primeros gobernantes de la dinastía XIX, cuando Egipto emergió como el más serio contendiente de los hititas por la primacía política y militar en Siria.

PROGRAMAS DE REPOBLACIÓN EN EL NORTE

Probablemente desde el mismo comienzo de su reinado, Muwatalli se percató de que pronto se vería forzado a una gran contienda con Egipto, particularmente en los reinos sirios que fueron anteriormente súbditos del faraón. El éxito de la defensa contra un determinado reto de Egipto requeriría de una sustancial concentración de recursos militares hititas en Siria. Los virreyes sirios no podían, por sí mismos, conseguir reunir suficientes medios para responder con efectividad al desafío.

Sin embargo, Muwatalli conocía perfectamente por la experiencia de sus predecesores los peligros de desviar tropas hititas a Siria que, de

¹ Pudo ocupar el trono unos treinta años (c. 1329-1291 máx.). Pero la duración de su reinado es incierta. Véase Aldrid (1975, 72).

² Sobre una posible, aunque dudosa, prueba de una mayor ofensiva egipcia contra los hititas en el reinado de Horemheb, véase Murnane (1990, 30).

³ Véase el Edicto de Horemheb, Breasted (1906, iii, 22-33 §§ 45-67).

otro modo, podrían emplearse en la defensa del país, particularmente contra las amenazas del norte. La serie de campañas que su padre había dirigido a lo largo de su reinado y, especialmente, al final del mismo, quizás hubieran proporcionado cierta relajación temporal de las presiones sobre las fronteras norte y este del país, pero a largo plazo, probablemente se constatarían como no más concluyentes que las campañas de Suppiluliuma o, en realidad, que cualquiera de las que sus predecesores hubiesen realizado en la región. La sencilla lección que había que extraer de esta experiencia estribaba en que, con independencia de lo frecuente y de lo intensamente que se guerrease contra las tribus kaskas, nunca conseguirían sojuzgar permanentemente esas tierras ni establecer alguna forma de control duradero sobre ellas. La única alternativa era reforzar las zonas remotas del país que eran más proclives al ataque y a la ocupación por el enemigo y a proporcionar una vía de entrada al mismo corazón del reino hitita. Como hemos observado, el asentamiento de la capital hitita, próximo al territorio enemigo por el norte y el nordeste, la hacía crónicamente vulnerable al ataque desde esas regiones.

Las principales incursiones al interior del territorio hitita, anteriores a Suppiluliuma, habían dado como resultado la pérdida de casi toda la región que se extiende a través de la cuenca del Marrasantiya al norte y nordeste de Hattusa, desde el curso inferior del Marrasantiya en el oeste hacia el Éufrates en el sudeste (aunque buena parte de esta región podía haber estado en manos enemigas incluso antes). Las invasiones o las incursiones extranjeras habían llevado a gran cantidad de súbditos hititas a dispersarse o reasentarse en zonas aún bajo la protección del rey hitita. Sin embargo, las campañas de Suppiluliuma contra los kaskas habían conseguido reducir la presencia enemiga en esta región y forzar su evacuación de algunos asentamientos que habían ocupado. Al socaire de esta retirada, Suppiluliuma instituyó una política de repoblación de los asentamientos con sus habitantes de origen, tras fortificarlos contra futuros ataques enemigos⁴.

Como su padre, Mursili continuó sus éxitos militares con algunos intentos de repoblar asentamientos abandonados o parcialmente abandonados como resultado de las incursiones kaskas⁵. Pero las conquistas militares y los esporádicos programas de repoblación realizados

⁴ Véase *DS*, pág. 65, frag. 13 D iv 12-16.

⁵ Como se indicaba en el preámbulo de un decreto que Hattusili III dictó para la ciudad de Tiliura (*CTH* 89), ed. Von Schuler (1965, 145-151), selecciones traducidas por Garstang y Gurney (1959, 119-120).

por Suppiluliuma y Mursili fracasaron a la hora de proporcionar una solución duradera al problema kaska, y Muwatalli, nuevamente, se enfrentó con sus invasiones de los territorios al norte y nordeste de Hattusa. Antes de que pudiera comprometer en Siria las fuerzas necesarias para contrarrestar el resurgimiento del poder militar egipcio, primero tenía que arbitrar arreglos más efectivos para la protección del país y, sobre todo, de la capital real.

Lo que hizo fue formular y ejecutar un plan de audacia asombrosa —totalmente sin precedentes en la historia del reino hitita. Volveremos a ello más adelante. Pero, por el momento, tenemos, una vez más, que dirigir nuestra atención hacia el oeste.

LA PRESENTACIÓN DE PIYAMARADU

Tras casi dos décadas de relativa paz, otra vez se estaba empezando a engendrar una peligrosa situación en el oeste. Ésta se debía, básicamente, a un hombre que habría de mostrarse como uno de los más provocadores, y uno de los más escurridizos enemigos de los hititas —un renegado hitita de alta cuna llamado Piyamaradu⁶. Piyamaradu, según parece, había caído en desgracia con el rey, seguramente por alimentar ambiciones más allá de las razonables expectativas de un súbdito hitita, aunque de alto rango, y había huido al oeste. Aquí comenzó a construir su propia base de poder entre los territorios occidentales sometidos a los hititas —probablemente con el apoyo de, o quizás aliado con, el rey de Ahhiyawa. Confirmó sus lazos con Ahhiyawa desposando a su hija con Atpa, el gobernante vasallo de Ahhiyawa en el País de Milawata (Millawanda).

Hemos anotado que Milawata perteneció, en otro tiempo, a Hatti, y que en el tercer año del reinado de Mursili II se restableció el dominio hitita sobre él cuando intentó formar una alianza con Ahhiyawa.

Pero posteriormente, quizás durante el reinado de Muwatalli, Milawata se había convertido en súbdito de Ahhiyawa. Es posible que Muwatalli hubiese acordado abandonar el reino vasallo, que había adquirido por entonces un eminente carácter micénico, con la esperanza de que esto pudiese satisfacer las ambiciones territoriales de Ah-

⁶ Para un tratamiento detallado de la carrera de Piyamaradu, véase Heinhold-Krahmer (1983).

hiyawa en el continente anatólico, y a cambio quizás, de una garantía del rey de Ahhiyawa de cooperar para mantener la estabilidad general en la región. Esto era particularmente importante, ahora que los hititas necesitaban enfocar su atención cada vez más sobre los acontecimientos en Siria.

La cesión de Milawata a Ahhiyawa pudo ocurrir en el contexto de un acuerdo más general reflejado en un fragmentario texto que enumera alguno de los estados de Anatolia y sus fronteras⁷. La porción que nos ha quedado del texto se refiere a Tarhuntassa, Mira y Ahhiyawa. Puesto que el texto indica fronteras, probablemente definía los límites del territorio que controlaba Ahhiyawa en Anatolia. Esto sugiere algún tipo de pacto o de entendimiento, si no un tratado formal, entre el rey hitita y su homólogo de Ahhiyawa⁸. En cualquier caso, las relaciones entre Ahhiyawa y Hatti parecen haber sido pacíficas durante algún tiempo, incluso amistosas⁹.

Desgraciadamente sabemos poco de la carrera de Piyamaradu, uno de los más notorios «villanos» de la historia hitita, puesto que la mayoría de los textos que se refieren a él son fragmentarios y están abiertos a diferentes interpretaciones. Pero de lo que se puede reconstruir, parece que intentaba crearse un nuevo reino para sí mismo, fuera de los estados vasallos de los hititas en el oeste. En los primeros años del reinado de Muwatalli consiguió controlar el País de Wilusa, que está al noroeste de Anatolia, en la región conocida más tarde como la Tróade (véase el cap. 14). Si fue aceptado voluntariamente por la gente de Wilusa, o si ocupó el país por la fuerza, se desconoce; el hecho de que Muwatalli posteriormente se refiriese a Wilusa como uno de los estados más firmemente leales entre los vasallos de los hititas en el oeste, sugiere lo segundo. En cualquier caso, antes de que los hititas pudieran emprender cualquier acción contra él, se había arraigado firmemente en el territorio de Wilusa¹⁰. En realidad, la única oposición que encontró fue la del veterano Manapa-Tarhunda, gobernante vasallo del cercano País del Río Seha desde el comienzo del reinado de Mursili.

⁷ KUB XXXI 29 (CTH 214.16), ed. Sommer (1932, 328).

⁸ La referencia a Tarhuntassa sugiere (pero no prueba) que el texto pertenece al reinado de Muwatalli, puesto que el reino de Tarhuntassa fue, según parece, creado por Muwatalli (véase más adelante). Para la posibilidad de un tratado anterior con Ahhiyawa durante el reinado de Mursili II, véase Kořak (1980c, 41).

⁹ Cfr. Jewell (1974, 326); Bryce (1989c, 8, n. 36).

¹⁰ El relato de las actividades de Piyamaradu en esa época y la respuesta a sus actividades los proporciona la llamada carta de Manapa-Tarhunda, KUB XIX 5 (CTH 191), aumentada con la pieza unida KBo XIX 79, sobre lo cual, véase Houwink ten Cate (1983-1984, 33-64).

Recordemos que el propio Manapa-Tarhunda había caído en desgracia no mucho después de su nombramiento, al romper su lealtad hacia Mursili II y formar una alianza con el rey de Ahhiyawa. Pero Mursili le había obligado a rendirse, aceptando sus promesas de futura lealtad, y confirmado su designación. Desde ese momento, según parece, Manapa-Tarhunda permaneció fiel a su lealtad hitita¹¹. En consonancia con su lealtad, y quizás por la preocupación de las amenazas que Piyamaradu pudiera plantear a su propio reino, parece que realizó un intento para expulsarle de Wilusa. Pero sin éxito. Piyamaradu le infligió una humillante derrota y prosiguió con el ataque a uno de sus territorios dependientes, la isla de Lazpa (Lesbos).

Muwatalli debió de recibir las noticias de esos acontecimientos con considerable alarma. Con su compromiso de incrementar la seguridad de las fronteras septentrionales de su reino y sus preocupaciones con respecto a la creciente amenaza planteada por Egipto sobre los territorios sirios, mal podía permitirse el lujo de comprometer recursos en una campaña militar en el remoto oeste. Sin embargo, la falta de respuesta a las provocadoras actuaciones de Piyamaradu podía llevar a una escalada de las actividades antihititas en la región. Dado el obvio interés de Ahhiyawa en extender su propia influencia por el oeste de Anatolia, era imprescindible una ejemplar demostración de fuerza. Esta tarea la asignó Muwatalli a una fuerza expedicionaria hitita bajo el mando de Gassu, con el objetivo primordial de desalojar a Piyamaradu de Wilusa y, presumiblemente, de traerle prisionero a Hattusa¹².

Reforzado con un contingente de Mira-Kuwaliya, mandado por Kupanta-Kurunta, que había sido el gobernante del estado vasallo desde el duodécimo año del reinado de Mursili, Gassu avanzó al País del Río Seha en su camino hacia Wilusa. Sin duda contaba con el apoyo adicional de Manapa-Tarhunda. Pero éste, que ya había experimentado una derrota de Piyamaradu, cayó enfermo repentinamente —o así lo declaró en una carta a Muwatalli lamentándose por su imposibilidad de unirse a la fuerza expedicionaria hitita: «Yo, sin embargo, he caído enfermo. ¡Estoy gravemente enfermo; la enfermedad me tiene postra-

¹¹ Participó en una campaña a finales del reinado de Mursili que parece haber comenzado en Mira-Kuwaliya (*AM* 186-187); véase Heinhold-Krahmer (1977, 221); Houwink ten Cate (1983-1984, 59). Aunque el texto está roto, es probable que actuase en apoyo del rey hitita (en contra Jewell [1974, 331]).

¹² Ésta puede ser la campaña a la que se refiere el § 6 del Tratado de Alaksandu (discutido más adelante). Véase Heinhold-Krahmer (1977, 157, 160-163, 175-176); Bryce (1979b, 63); Singer (1983a, 206).

dol» (KUB XIX 5 [CTH 191] + KBo XIX 79, 5-6, trad. Houwink ten Cate [1983-4, 40]).

El resultado de la expedición hitita contra Piyamaradu no está recogido en nuestros documentos supervivientes. Pero por la posterior renovación del dominio hitita sobre Wilusa, está claro que consiguieron, temporalmente, restringir las actividades rebeldes en la zona. Desafortunadamente para ellos, el propio Piyamaradu eludió su captura, probablemente retirándose bajo la protección del rey de Ahhiyawa, como hizo en ocasiones posteriores —y pudo, de este modo, proseguir con sus actuaciones antihittitas una vez que el ejército hitita hubo partido.

Algún tiempo después de esto, Muwatalli suscribió un tratado con Alaksandu¹³, el debidamente reconocido ocupante del trono de Wilusa¹⁴. Muwatalli reafirmaba en el tratado la destacada lealtad demostrada por Wilusa en el pasado, particularmente por su rey Kukkunni¹⁵, y las obligaciones de su actual gobernante en cuanto a actuar como cancerbero de los intereses hititas en el oeste, como en cuanto a proporcionar refuerzos en el caso de que un ejército hitita hiciera campaña nuevamente en la región:

Si tú oyes algunas palabras malvadas sobre rebelión, (que impliquen) ya sea a un hombre del País del Río Seha o a un hombre de Arzawa, y tú conoces el rumor a tiempo... escribe de ello inmediatamente a Mi Sol... Si yo, Mi Sol, soy requerido al campo de batalla en el país, ya sea desde Karkisa o Masa o Lukka o Warsiyalla, entonces tú deberás marchar a mi lado, con soldados y carros. O si yo envío algún comandante desde este país para hacer guerra, entonces tú debes presentarte al campo regularmente a su lado (Muwatalli: Tratado de Alaksandu §§ 11, 14, adaptado de la trad. de Garstang y Gurney [1959, 102]).

¹³ CTH 76, ed. Friedrich (1930, 42-102). Para extractos traducidos, véase Garstang y Gurney (1959, 102-103). El orden cronológico de la carta de Manapa-Tarhunda, el tratado de Alaksandu y la llamada carta de Tawagalawa (tratada en el cap. 11), ha sido debatido por un cierto número de especialistas. En esta línea, yo he seguido la secuencia adoptada por Houwink ten Cate (1983-1984, 62-64).

¹⁴ Presumiblemente había sido instalado o reinstalado como gobernante vasallo hitita después de la expulsión de Piyamaradu del territorio.

¹⁵ Tratado de Alaksandu §§ 3-4. Kukunni fue, seguramente, el inmediato predecesor y quizás el padre adoptivo de Alaksandu, según la reconstrucción propuesta por Friedrich (1930, 54-55) al § 5 del texto (seguida por Garstang y Gurney [1959, 102]). Cfr. Freu (1990, 18).

En la época en que se concluyó el tratado, Muwatalli sabía que pronto sería requerido con todos sus recursos militares disponibles para defender sus territorios en Siria. Las diversas provisiones y ordenamientos contenidos en el tratado reflejaban, seguramente, sus esfuerzos para asegurar la estabilidad de sus territorios occidentales en ese momento, con la menor implicación directa hitita que fuese posible. Wilusa podía representar un importante papel a ese respecto. Además, el rey esperaba de su vasallo que proporcionase tropas para una campaña en Siria. Egipto pudiera no ser el único enemigo con quien contender en esa zona:

También las siguientes campañas de Hattusa son obligatorias para ti: los reyes que son de igual rango que Mi Sol, el rey de Egipto, el rey de Sanhara¹⁶, el rey de Asiria: si, consiguientemente, alguno marchase contra mí o si de entre ellos se promoviese rebelión contra Mi Sol, y yo escribiese pidiendo infantería y carros tuyos, deja a la infantería y a los carros venir inmediatamente en mi ayuda (Muwatalli: Tratado de Alaksandu § 14, trad. Garstang y Gurney [1959, 102]).

Manapa-Tarhunda todavía ocupaba el trono del País del Río Seha cuando se estableció el tratado con Alaksandu¹⁷. Pero estaba empezando a ser una creciente rémora para su señor, particularmente en un momento en el que era esencial asegurar una jefatura fuerte y estable entre los gobernantes vasallos del oeste, conforme los hititas preparaban su campaña en Siria. Probablemente, esto impulsó la decisión de Muwatalli de deponer al viejo vasallo y desterrarle de su reino¹⁸, nombrando a su hijo Masturi en su lugar¹⁹. Quizás éste había prometido ser un agente más eficaz y fiable de la influencia hitita en el oeste que su anciano y achacoso padre.

¹⁶ Es decir, Babilonia. Véase Laroche (1956, 103, n. 3).

¹⁷ Es casi seguro que esté citado en el § 17 del tratado como uno de los reyes de los países de Arzawa; véase Heinhold-Krahmer (1977, 146-147); Houwink ten Cate (1983-1984, 62, 66).

¹⁸ Houwink ten Cate (1994, 241) comenta que su destierro puede explicarse fácilmente por su retirada militar y diplomática conocida por la carta de Manapa-Tarhunda, IV 8'-11'.

¹⁹ El nombramiento está citado en un tratado posterior, entre Tudhaliya IV y Sausgamuwa, rey de Amuru, KUB XXIII 1 (CTH 105) II 15-19. Véase la discusión de Stefanini (1964, 25-28); Houwink ten Cate (1974a, 127-128); Heinhold-Krahmer (1977, 228-231). Según parece, Manapa-Tarhunda fue devuelto más tarde a su país, pero seguramente no al trono, por el hijo y sucesor de Muwatalli, Urhi-Tesub (véase el cap. 10).

Cuando se sintió seguro de que su influencia había sido firmemente restablecida, Murwatalli comenzó los preparativos finales para su confrontación con Egipto.

EL NACIMIENTO DE LA DINASTÍA XIX EN EGIPTO

Durante el reinado de Horemheb, un joven llamado Pramesse, de una indeterminada familia noble del nordeste del delta, emergió del anonimato a través de una sucesión de cargos militares de creciente importancia y fue, posteriormente, nombrado visir del faraón. Sus ascensos se debieron, casi con seguridad, al patronazgo directo de Horemheb. Sin descendencia propia, el faraón había reconocido lo promotor del joven Pramesse y había dedicado, probablemente, algunos años en prepararlo como su sucesor. A su muerte, c. 1295, Pramesse subió al trono de Egipto como Ramesses I. Su acceso al trono marcó el comienzo de la dinastía XIX en Egipto, una de las más famosas de la historia del Egipto faraónico.

Su fundador tuvo poco tiempo para cumplir las expectativas creadas sobre él, ya que su reinado duró poco más de un año. Pero antes de morir nombró a su hijo Seti I corregente. Este segundo faraón de la nueva dinastía fue responsable del lanzamiento de Egipto a un agresivo nuevo programa de expansión militar. Desde el mismo comienzo de su reinado, Seti I se aplicó a la labor de recuperar la posición que su reino había tenido antaño como principal potencia internacional política y militar. (Al hacerlo así quería emular los logros de sus más ilustres predecesores, tomando a Tutmosis III, en particular, como fuente de inspiración.) La restauración del prestigio y autoridad egipcios en Siria era esencial para la consecución de esa tarea.

Un gráfico, aunque ahora fragmentario registro de cómo se preparó para ello, nos lo dan las escenas de batalla de su reinado, grabadas en dos grupos al este y al oeste de la puerta central de la sala hipóstila en Karnak²⁰. Para empezar, trata de los grupos rebeldes en la región siria, todavía sometidos, aunque fuera nominalmente, a la autoridad egipcia. Una triunfante campaña en su primer año de reinado contra los beduinos Shosu en Canaán²¹ fue seguida de una campaña en Palestina

²⁰ Véase Murnane (1990, 39-40).

²¹ Registro inferior del grupo oriental. Sobre la campaña de los Shosu, véase Murnane (1990, 40-42).

que condujo a la derrota y sumisión de una coalición de gobernantes locales²². Una vez que la autoridad egipcia había sido sólidamente repuesta en esas regiones, Seti se preparó para empresas más ambiciosas —la reconquista de los reinos de Kadesh y de Amurru.

Como hemos visto, esos reinos habían fluctuado en el pasado entre su lealtad a Egipto y a Hatti. Aunque habían sido vasallos hititas desde la última parte del reinado de Suppiluliuma, Egipto nunca había aceptado la legitimidad del dominio hitita sobre ellos. Pero había sido poco lo hecho para reafirmar sus propias reivindicaciones —hasta ahora. Había surgido un faraón que tenía la determinación, la capacidad y los recursos para ello.

Como recoge el monumento de la guerra de Seti en Karnak, tanto Kadesh como Amurru cayeron bajo el faraón²³. Su éxito tuvo implicaciones mayores. El ataque a territorio súbdito hitita suponía una declaración de guerra contra los propios hititas y planteaba, evidentemente, un serio reto a la continuidad de la supremacía hitita en el conjunto de Siria. Muwatalli no podía permitirse el lujo de dejar ese reto sin respuesta. El choque directo entre los dos reinos parecía ya inevitable.

Pero pasó un año o más antes de que comenzara el conflicto, probablemente a causa de la preocupación de Muwatalli por los asuntos de Anatolia. De ser así, Seti había elegido bien su momento, restableciendo su posesión sobre los reinos del sur de Siria y privando al rey hitita de dos de sus estados vasallos antes de que él pudiera reunir suficientes tropas en Siria para una contraofensiva. Fue una suerte para Seti que los hititas no tomaran represalias rápidamente, puesto que tuvo que posponer nuevas operaciones militares en Siria durante un año aproximadamente, a fin de emprender una campaña más cerca de casa, contra los libios²⁴.

Con la finalización venturosa de esta campaña, volvió a Siria —preparado para un encuentro directo con los hititas en defensa de los estados vasallos que había tomado. Incluso aunque hubiese habido voluntad de concederle esos estados, su ambición territorial en Siria no se habría satisfecho. Siguiendo la tradición de Tutmosis III pensaba, indudablemente, en extender sus conquistas más lejos. Tendría que ser detenido.

La confrontación entre el ejército de Egipto y el de Hatti tuvo lugar, probablemente, en la región de Kadesh, una región que unos cuantos años después sería la palestra del más famoso de todos los cho-

²² Segundo registro, grupo oriental; véase Murnane (1990, 42-45).

²³ Véase Murnane (1990, 52-58).

²⁴ Véase Breasted (1906, iii, 58-70 §§ 120-139).

del Reino Antiguo. Los predecesores de Muwatalli habían luchado enérgicamente para protegerla y para reconquistarla cuando cayó en manos enemigas. Fue el símbolo, tanto espiritual como material, del poderío del reino hitita, la ubicación del gran templo del dios Tormçanta y de los templos de muchas otras divinidades. Era, indudablemente, la mayor ciudad del mundo hitita y había llegado a ser sinónimo, prácticamente, del poder hitita —no solamente para los propios hititas, sino para sus reyes vasallos, muchos de los cuales venían anualmente a la ciudad a rendir homenaje a su señor hitita.

Sin embargo, esta ciudad real estaba siendo abandonada ahora por su rey, a cambio de una nueva ubicación a varios centenares de kilómetros al sur y, por entonces, aparentemente insignificante y desconocida. En realidad, no tenemos referencias de Tarhuntassa antes de establecerse allí la sede real³³. La razón práctica de la mudanza debió de ser, en realidad, muy fuerte, para contrarrestar los argumentos en pro de mantener la sede real en Hattusa. Incluso así, los hubo que no quedaron convencidos. Muchos años después, Hattusili todavía se cuestionaba la prudencia de la actuación de su hermano. En una oración a la diosa Sol él señalaba que no había tenido parte en ello:

Si [el traslado de los dioses] fue acorde con tus deseos o si no estuvo acorde con tus deseos, tú, mi señora, eres la única que sabe lo que hay en tu divina alma. Pero yo no estuve implicado en la orden de traslado de los dioses. Puesto que para mí era cosa obligatoria (en tanto) que él era mi señor. Pero el traslado de los dioses no estuvo acorde con mis deseos y yo tuve miedo de esa orden. Y la plata y el oro de todos los dioses, a qué dios dio el oro y la plata de cada uno de ellos, en esa decisión tampoco yo estuve implicado en forma alguna (KUB XIV 7 [CTH 383] I 3'-15', adaptado de la trad. de Houwink ten Cate [1974a, 125-126]).

Los acontecimientos militares y políticos en Siria pueden haber sido, perfectamente, un factor importante en la decisión de Muwatalli. Y una vez tomada, se mantuvo firmemente en ella. Tarhuntassa le proporcionaba una base geográficamente más conveniente que la vieja capital hitita para lanzar su campaña hacia Siria. Además, la masiva derivación de los recursos militares hacia Siria para la confrontación con

³³ Sin embargo, véase Houwink ten Cate (1992a, 250) quien sugiere que puede haber existido desde mucho antes una noción geográfica de Tarhuntassa. Se refiere a la posibilidad de que la impresión de sello que lleva el nombre del rey de Kizzuwadna, Išpultasu, del siglo XVI, puede contener la designación de «Rey de Tarhuntassa».

ques entre ambas fuerzas. Un relato de la presente confrontación, y de sus pretendidos resultados, aparece en el monumento de la guerra de Seti en Karnak:

... poderoso toro, [preparado de] cuernos, [de poderosa] cabeza, que machaca a los asiáticos, que golpea a los hititas, que mata a sus jefes, que derroca a su sangre, cargando entre ellos como una lengua de fuego, los hizo como lo que no existe... Jefes de los países que no conocían Egipto, a quien su Majestad llevó como cautivos de por vida... El vencedor volvió cuando hubo devastado la comarca. Él había machacado el País de Hatti, haciendo que parasen cobardemente los rebeldes (Extracto del monumento de las guerras de Seti, trad. Breasted [1906, iii, 72-73 §§ 144,148])²⁵.

En la medida en que podemos distinguir los hechos entre toda la rimbombancia, parece que los honores de la batalla fueron decididamente para Seti, quien tomó un sustancial número de prisioneros hititas que llevó a Egipto²⁶. Kadesh y Amurru seguramente siguieron bajo su dominio durante el resto de su reinado. Esto, efectivamente, le hizo el señor de todo el sur de Siria.

De momento, Muwatalli podía hacer poco más que aceptar las conquistas territoriales hechas por Seti y reconocer que la supremacía militar y política en Siria tenía que compartirse con Egipto. Es posible que esto fuera ratificado en un tratado entre ambos reyes²⁷. Si efectivamente se firmó un tratado en esta época, no hay duda de que especificaba una delimitación entre los territorios y la obligación de cada rey de respetar los límites así definidos; la zona comprendida desde Kadesh hacia el sur y la franja costera hasta los límites septentrionales de Amurru eran reconocidos, seguramente, como de soberanía egipcia, con los territorios al norte de Kadesh confirmados como hititas.

Cualquiera que fuese el acuerdo alcanzado entre ambos reyes, si lo hubo, Muwatalli no tuvo escrúpulos en romperlo una vez que hubo reunido suficientes tropas en Siria para hacerlo. Pero durante los pocos

²⁵ El conflicto con los hititas está recogido en el registro inferior del ala occidental del monumento. Las campañas de Kadesh y Amurru aparecen en el registro superior. Ha habido algún debate en cuanto a la secuencia cronológica que debe seguirse al leer esos registros; véase Murnane (1990, 51-52).

²⁶ Los descritos en el registro gráfico son, claramente, hititas. Véase Murnane (1990, 58).

²⁷ Se puede sacar esa conclusión de una referencia en el tratado entre Ramesses II y Hattusili III (véase el cap. 11) a un tratado que existía en la época de Muwatalli (*KRI* II 228, 1-3). Más sobre esto en Murnane (1990, 37-38).

años restantes del reinado de Seti, parece haber prevalecido una incómoda paz entre Hatti y Egipto. Esto dio a Muwatalli el necesario respiro que precisaba para acometer algunos cambios radicales en su reino.

EL TRASLADO DE LA SEDE REAL A TARHUNTASSA

Probablemente a mediados de su reinado, Muwatalli trasladó la sede del poder desde Hattusa a la ciudad llamada Tarhuntassa, situada en la región conocida posteriormente como Cilicia²⁸. Un registro de este fundamental cambio nos lo dejó el hermano de Muwatalli, el hombre que más tarde subiría al trono como Hattusili III:

Cuando, no obstante, mi hermano Muwatalli por orden de su dios (patrón) vino a las Tierras Bajas, dejando la ciudad de Hattusa, cogió los dioses y los *Manes*²⁹ de Hatti... y se los llevó a la ciudad de Tarhuntassa y constituyó allí su lugar de residencia (*Apología de Hattusili* [CTH 81]³⁰, § 6, I 75-II 1-2, § 8, II 52-53)³¹.

Que esto no fue una simple reubicación temporal, por causas militares o de otra índole, queda indicado por el sistemático traslado de los dioses del estado al nuevo lugar. Muwatalli entendió el traslado como permanente. Entonces, posiblemente, asumió el título de «Gran Rey de Tarhuntassa»³².

El cambio de la capital pudiera haberse encontrado con la fuerte oposición de muchos de los súbditos del rey. Porque, a pesar de la debilidad de su ubicación, Hattusa había sido el corazón, si no la casa original de los antepasados, del poder hitita desde los tempranos días

²⁸ Sobre la localización de Tarhuntassa, véase, por ejemplo, Bryce (1992a, 122-123). Parece haber sido una entidad nueva, creada por Muwatalli e incorporada al país conocido como del Río Hulaya; véase Otten (1988a, 46); Hoffner (1989b, 47); Beckman (1989-1990, 290, n. 3). Gurney (1993, 26-28) argumenta que Tarhuntassa y el País del Río Hulaya eran dos nombres distintos de la misma región, pero por otro lado (1992, 221) que eran nombres que se referían a diferentes países. Más recientemente, Hawkins (1995c, 50) ha argumentado que el País del Río Hulaya era, de hecho, la zona fronteriza del País de Tarhuntassa —esto es, era una parte de Tarhuntassa y no un sinónimo de él.

²⁹ Los espíritus de los antepasados.

³⁰ El texto, cd. Otten (1981) se cita y trata *in extenso* en el cap. 10.

³¹ Sobre la cuestión de si el cambio se hizo en dos etapas, véase Houwink ten Cate (1983-1984, 69, n. 100).

³² Véase Houwink ten Cate (1994, 234).

Egipto podría dejar a la antigua capital peligrosamente expuesta a los enemigos de las regiones del norte —el enemigo kaska, sobre todo.

Tendría total sentido, así habría razonado Muwatalli, establecer el centro permanente, administrativo y espiritual del reino en una nueva ubicación muy alejada de los enemigos del norte.

¿Qué ocurrió con Hattusa? Aunque debió de sufrir una grave decadencia en su posición, seguramente el rey no tuvo intenciones de abandonarla por completo. A su salida de la ciudad la puso bajo el inmediato mando de un hombre llamado Mittannamuwa³⁴. Éste había sido un distinguido funcionario durante el reinado de Mursili II, ascendido al rango de «Gran Escriba» (GAL DUB.SAR), un cargo entonces conferido a su hijo Purandamuwa. Pero en tanto que Mittannamuwa se convirtió en el administrador de la propia Hattusa, la ciudad, probablemente, se incluyó en la región que Muwatalli asignó para su gobierno a su hermano Hattusili³⁵ y, de este modo, caía dentro de la total jurisdicción de Hattusili.

Desde muy pronto, dentro del reinado de Muwatalli, Hattusili ejerció un considerable poder en el reino. Poco después de su entronización Muwatalli confirió a su hermano la muy prestigiosa posición de GAL MEŠEDI, Jefe de la Guardia Real. También le asignó una gran cantidad de jefaturas militares y le nombró gobernador de las Tierras Altas. Su designación supuso el desplazamiento del actual gobernador Armatarhunda, quien protestó vivamente por su remoción en el cargo (véase el cap. 10). Pero se constató de crucial importancia para el mantenimiento de la autoridad hitita en el norte, mientras que Muwatalli se preparaba para su encuentro con Egipto.

Se necesitaban otras medidas para garantizar que la región permaneciera segura. Muchos de los antiguos asentamientos hititas situados en ella solamente tenían ahora una población diseminada, o estaban habitados por pobladores kaskas, o eran abandonadas ciudades fantasma. Muwatalli asignó toda la región a Hattusili con el particular encargo de repoblar los asentamientos abandonados o escasamente poblados y establecer una población hitita en zonas donde hubiera ya una sustancial presencia kaska. Hattusili se convirtió, efectivamente, en el gobernante de un reino amortiguador que comprendía las comarcas de Ishupitta, Marista, Hissashapa, Katepa, Hanhana, Darahna, Hattena,

³⁴ KBo IV 12 (CTH 87), v. 17.

³⁵ Como lo sugieren dos oraciones reales del reinado del propio Hattusili (CTH 383 y 384). Cfr. Houwink ten Cate (1994, 233-234).

Durmitta, Pala, Tummanna, Gassiya, Salpa y el País del Río Hulana³⁶. A grandes rasgos, la región que incorporaba a esos países debió de extenderse a través de la mitad septentrional de la cuenca del Marrasantiya, posiblemente desde la actual región de Merzifon, en el noroeste, hasta Sivas o más allá, en el sudeste.

Muwatalli también confirmó a su hermano el estatuto de rey (LUGAL) en el País de Hakpissa (Hakmissa)³⁷. La ubicación de la ciudad de Hakpissa era estratégicamente importante, ya que está sobre la ruta de Hattusa a la ciudad santa de Nerik, y desde allí, al territorio kaska. También servía como un importante centro administrativo, en realidad, una capital real, desde donde Hattusili gobernaba el conjunto de la región septentrional³⁸. Consideraremos más adelante alguna de las medidas adoptadas por Hattusili para repoblar los «países vacíos» (KUR.KUR^{ME5} *dannatta*) en el norte y reafirmar el dominio hitita por toda esta región.

Lo que está claro es que la decisión de Muwatalli de cambiar su capital a Tarhuntassa tenía el efecto de partir, virtualmente, el reino hitita, con su parte septentrional, incluyendo gran parte del viejo núcleo, gobernada ahora directamente por Hattusili. Esto había de tener algunas repercusiones políticas notables, que no se hicieron patentes por completo hasta después de la muerte de Muwatalli. De momento, permitía a Muwatalli concentrar sus esfuerzos en una inminente confrontación con Egipto. Después de la muerte de su viejo adversario, Seti I, un ambicioso y emprendedor nuevo faraón había ascendido al trono —el hijo de Seti, Ramesses II.

PREPARACIÓN PARA EL CONFLICTO

Desde sus primeros años Ramesses había sido preparado por su padre para la sucesión, y, probablemente en plena adolescencia, fue designado oficialmente príncipe regente. A la muerte de Seti en 1279³⁹,

³⁶ *Apol.* § 8, II 56-60.

³⁷ Generalmente localizado en Amasya; véase Del Monte y Tischler (1978, 66). Sin embargo, Kempiski y Kořak (1982, 109) sugieren que la ciudad cae en la zona de la moderna Çorum en las Tierras Altas. Sobre la variación, véase Cornil y Lebrun (1972, 21).

³⁸ Véase, además, sobre Hakpissa/Hakmissa, Haas (1970, 7, 11, 13-15; 1972-1975, 49-50).

³⁹ Bolger (1991, 426) en su reseña de Åström (1987-89) anota que cuatro artículos del coloquio de Gotemburgo de 1987 (de Homung, Helck, Kitchen y Bietak) tratan la cronología existente del Imperio Medio y Nuevo. Con la excepción de Kitchen, inequívocamente apoyan la cronología baja del Imperio Nuevo que hace comenzar el reinado de

Ramesses subió al trono como Ramesses II. Los tres primeros años de su reinado los ocupó, en su mayor parte, en asuntos internos. Pero hacia el verano del cuarto estaba listo para continuar los éxitos de su padre en Siria con una nueva afirmación de la autoridad egipcia sobre la región.

La campaña egipcia que dirigió en 1275 preparó el camino para otra mayor al año siguiente. Gran parte del territorio a través del cual pasó en su primera campaña estaba ya, sólidamente, bajo control egipcio, incluyendo Canaán y las ciudades de Biblos y Tiro. Es posible que el reino de Amurru, que Seti I había arrebatado a los hititas, hubiera sido recuperado por éstos en esa época, y Ramesses pudo verse obligado a reconquistarlo. Pero lo más probable es que permaneciera con Egipto desde la conquista de Seti⁴⁰. Si es así, la expedición de Ramesses en este cuarto año fue, posiblemente, poco más que unas maniobras que le dieron la oportunidad de confirmar la lealtad de los vasallos egipcios en la región, asegurando su apoyo en la venidera confrontación con Hatti y adquiriendo un conocimiento directo del terreno donde tendría lugar la contienda.

Por el verano del quinto año de Ramesses, la preparación egipcia estaba completada para su vuelta a Siria y para una decisiva prueba de fuerza entre las dos grandes potencias militares del momento. El primer objetivo de Ramesses era destruir el poder hitita en Siria y reponer a Egipto totalmente en su posición de preeminencia que había gozado en los días de Tutmosis III.

En el momento de su campaña, la línea divisoria entre los territorios controlados por Hatti y Egipto en Siria era una frontera vagamente definida por la región de Kadesh, que caía en la orilla izquierda del río Orontes. Hemos mencionado que la lealtad de este reino fluctuó durante varios siglos, conforme cambiaba de bando de una a otra potencia principal. Recientemente, había caído bajo Seti, junto con Amurru. Sin embargo, debió volver al dominio hitita, quizás en el primer año de Ramesses, ya que estaba claramente del lado hitita en la época de la segunda campaña siria de este rey⁴¹.

Ramesses II en 1274. Lo más importante en el enfoque de Hornung y Bietak es el hecho de que la nueva cronología ha sido determinada sin la utilización de datación *sotíaca*. Yo, no obstante, siguiendo a Kitchen (y otros), he adoptado la fecha de subida al trono de 1279.

⁴⁰ Cfr. Murnane (1990, 55-56); Klengel (1995, 164).

⁴¹ Cfr. Murnane (1990, 58).

LA BATALLA DE KADESH (1274)

El choque, que finalmente tuvo lugar entre los ejércitos de Hatti y de Egipto en las proximidades de la ciudad de Kadesh, está recogido en los muros de cinco templos egipcios —el Ramesseum (el templo de Ramesses, cerca del Valle de los Reyes), y los templos de Karnak, Luxor, Abydos y Abu Simbel. El registro, habitualmente, aparece en dos versiones en los muros del templo —el largo «Poema» o «Registro literario» y otra versión más corta, el llamado «Informe» o «Boletín», que está estrechamente relacionado con uno de los relieves que describe episodios de la campaña. Ambas versiones tratan, no solamente de la propia campaña, sino también de acontecimientos que condujeron a ella, entre ellos el recorrido de las fuerzas egipcias desde el momento de su salida de Egipto. Desafortunadamente, no tenemos un relato hitita de la batalla y, evidentemente, hay que contar con la tendenciosidad, la distorsión y la exageración de lo que se nos dice en la versión egipcia. No obstante, este relato nos proporciona uno de los más detallados registros de todas las batallas antiguas, y nos permite reconstruir un cuadro, razonablemente completo, de lo que realmente ocurrió en los días anteriores a la batalla, así como en el mismo momento de ella⁴².

Por el lado hitita, Muwatalli, determinado a aplastar de una vez por todas la agresión militar egipcia contra los territorios sirios, había acumulado un vasto ejército en Siria. Estaba constituido por un sustancial cuerpo de tropas regulares hititas, contingentes de una amplia gama de estados vasallos y gran cantidad de mercenarios. El registro egipcio proporciona una valiosa fuente de información sobre la composición de estas fuerzas⁴³.

Y ahora, el miserable derrotado de Kadesh había venido y había reunido a todos los países extranjeros hasta el fin del mar; todo el País de Hatti había venido, el de Nahrin (esto es, Mitanni) igual, el de Arzawa, Dardany⁴⁴, el de Keshkesh (esto es, los kaskas), los de Masa,

⁴² Véase Liverani (1990, 178-179) para una interpretación bastante diferente de la que se sigue, del encuentro de Kadesh.

⁴³ Véase la discusión de la lista de aliados hititas en Goetze (1975c, 253).

⁴⁴ La asumida identificación de los «Dardany» (*dādan*) con los «troyanos» dárdanos es dudosa para Mellaart (1986a, 82) pero la mantiene Gurney (1990, 47).

los de Pitassa, el de Arawanna, el de Karkisa, Lukka, Kizzuwadna, Carkemish. Ugarit, Kedy, todo el país de Nuhasse, Musanet, Kadesh... Cubrían montañas y valles y eran como la langosta por su muchedumbre. No dejó plata en el país, los despojó de todas sus posesiones y las dio a todos los países extranjeros para llevarlos con él a luchar (Inscripción de Kadesh P 40-53, adaptada de la traducción de Gardiner [1965, 8])⁴⁵.

El número total dado por Ramesses para las fuerzas enemigas es de 47.500, incluyendo unos 3.500 carros y 37.000 soldados⁴⁶. En tanto que Ramesses *puede* haber exagerado las cifras, es concebible que los hititas reunieran realmente una fuerza así entre todas sus fuentes disponibles⁴⁷.

Ramesses había reunido sus fuerzas en la ciudad de Pi-Ramesses en el este del delta. Su ejército estaba formado por cuatro divisiones, reclutadas en cuatro ciudades egipcias —de Tebas, el ejército del dios Amón; de Heliópolis, el ejército de Re; de Menfis, el ejército de Ptah y, probablemente, de Tanis, en el delta, el ejército de Sutej. A finales de mayo de 1274, este gran cuerpo militar abandonó Egipto y comenzó su marcha hacia Siria, avanzando hacia el norte por la costa de Palestina hacia el territorio del rey de Hatti.

Ramesses encabezó la marcha con su séquito imperial y la división de Amón, avanzando a toda prisa hacia la ciudad de Kadesh. Su avance fue veloz, sin los estorbos de ninguna resistencia que valga la pena mencionar a lo largo de su camino, y en un mes estaba a una distancia asombrosa de su objetivo. Pero las normales precauciones militares habían sido desechadas y todo el avance del faraón se caracterizó por la pobreza de planificación y la carencia de reconocimientos. El riesgo que corría era sustancial. Estaba ya en territorio enemigo y si era atacado podría llamar solamente a la división de Amón, puesto que las otras divisiones estaban diseminadas a considerable distancia en la retaguardia. Antes de realizar algo más necesitaba consolidar sus fuerzas esperando la llegada de las tres divisiones retrasadas y llevar a cabo, como mínimo, algún reconocimiento básico para determinar el paradero del enemigo. Ese debió de ser el consejo que le dieron sus asesores. Si fue así, lo ignoró.

En realidad, en el momento en que se preparaba para cruzar el Orontes sólo con la división de Amón, por un vado cercano a Shabtu-

⁴⁵ P (= Poema) designa al registro literario. Sobre la posibilidad de que tropas de Masa y Lukka participaran en la batalla como mercenarios, véase Bryce (1979b, 63). Cfr. Singer (1983a, 206).

⁴⁶ Véase Beal (1992b, 291-296).

⁴⁷ *Ibid.*, 296.

na, su seguridad se vio reforzada cuando dos beduinos Shosu llegaron a él, diciendo que ellos y los hombres de sus tribus querían dejar el servicio del rey hitita y unirse a las fuerzas egipcias. Interrogados, afirmaron que sus jefes de tribu estaban todavía con el ejército hitita, el cual estaba lejos hacia el norte, en el País de Alepo:

«Nuestros hermanos, que son jefes de tribu con el derrotado de Hatti nos han enviado a Su Majestad para decir que seremos servidores del faraón y que nos apartaremos del gobernante de Hatti.» Entonces les dijo Su Majestad: «¿Dónde están ellos, vuestros hermanos que os envían para decir esto a Su Majestad?» Y ellos dijeron a Su Majestad: «Están donde está el miserable gobernante de Hatti, porque el derrotado de Hatti está en el País de Alepo, hacia el norte de Tunip, y temía (demasiado) al faraón para venir hacia el sur cuando oyó que el faraón venía hacia el norte» (Inscripción de Kadesh B 8-18, adaptada de la trad. de Gardiner [1965, 28])⁴⁸.

El relato era una fabulación. Los beduinos habían sido enviados por Muwatalli para espiar la posición de Ramesses. Increíblemente, Ramesses aceptó lo que le decían sin ninguna investigación ulterior. Omitiendo hasta hacer un reconocimiento simbólico, cruzó el vado con la división de Amón y ocupó una posición al noroeste de Kadesh. La división de Amón estaba así aislada de la división de Re que aún estaba cruzando el vado. Las divisiones de Ptah y Sutej estaban aún a muchos kilómetros hacia el sur. Conforme sus tropas establecían un campamento como preparación al asedio de Kadesh al día siguiente, y mientras esperaba el levantamiento del pabellón real, Ramesses recibió un duro golpe. Dos exploradores hititas, enviados por Muwatalli para asegurar la exacta posición de los egipcios, fueron capturados y mediante golpes revelaron la verdadera posición del ejército hitita:

Entonces dijo Su Majestad: «¿Quiénes sois?» Ellos respondieron: «Perteneceemos al gobernante de Hatti. Nos envía para ver dónde estaba Su Majestad.» Su Majestad les dijo: «¿Dónde está él, el gobernante de Hatti? Mirad, he oído decir que estaba en el País de Alepo, al norte de Tunip.» Ellos respondieron: «Mira, el gobernante de Hatti ha venido (ya) con los muchos países extranjeros que ha traído como aliados... ¡Mira, ellos están preparados, armados y listos para luchar detrás de la vieja Kadesh!» (Inscripción de Kadesh B 35-51, trad. Kitchen [1982, 54-56]).

⁴⁸ B (= Boletín) designa las inscripciones asociadas al registro pictórico.

¡El ejército hitita al completo estaba en una posición oculta, justo al otro lado del Orontes, presto para atacar!

Tras convocar a sus oficiales y desahogar su furia con ellos por este desastroso fallo del servicio de inteligencia egipcio (de lo que él mismo era en gran parte culpable), Ramesses rápidamente despachó a dos de sus oficiales personales para apresurar a las divisiones de Ptah y de Re, ésta todavía a varios kilómetros de distancia; la división de Sutej estaba demasiado lejos para poder utilizarla de alguna manera. Pero entonces, el ejército hitita pasó al sur de Kadesh, cruzó el río y cargó en medio de la división de Re. Cogida completamente desprevenida, se rompió ante el ataque. Las tropas huyeron llenas de pánico y confusión al campamento que aún estaba preparando Ramesses y la división de Amón, con los carros hititas tras ellos en inmediata persecución.

La total derrota de las fuerzas egipcias y la captura o muerte del faraón parecía inevitable. Pero Ramesses, recuperando su anterior temeridad y confianza, permaneció firme con una ejemplar muestra de coraje y de mando —al menos, de acuerdo con su propia versión de los hechos. Cuando los carros hititas rodeaban a sus fuerzas en un círculo cada vez más estrecho, el faraón lanzó un desesperado contraataque:

Entonces Su Majestad se lanzó al galope y entró entre la multitud de los derrotados de Hatti, encontrándose solo y sin ningún otro con él [...] Y se encontró con 2.500 carros cercándole por la parte exterior, que eran todos los pertenecientes a Hatti con los muchos países extranjeros que estaban con él [...] Yo te invoqué, mi padre Amón, cuando yo estaba en medio de las multitudes que no conocía. Todos los países extranjeros se habían aliado contra mí, estando yo solo, sin nadie conmigo, habiéndome abandonado mi numerosa infantería, nadie de mis carros miraba hacia mí. No dejé de gritarles, pero nadie me prestaba atención cuando yo llamaba [...] Me encontré con que Amón vino cuando le llamé; me dio su mano y me regocijé [...] todo lo pasé. Yo era como Mont. Golpeaba con mi derecha y capturaba con mi izquierda [...] Me encontré con los 2.500 carros, en medio de los cuales estaba, esparciéndose ante mi caballo. Ninguno de ellos encontraba su mano para luchar [...] les hice sumergirse en el agua como se sumergen los cocodrilos, caídos entre sus carros, uno tras otro. Maté de ellos cuantos quise... (Inscripción de Kadesh, extracto de P 80-140, adaptado de la trad. de Gardiner [1965, 9-10]).

El resultado, según el registro egipcio, fue una decisiva victoria de Ramesses:

Entonces, mi ejército vino a alabarme,... mis altos oficiales vinieron a ensalzar mi fuerte brazo, y mis carros, como envaneciéndose

de mi nombre y mis dichos, «...tú eres grande en victoria, en presencia de tus ejércitos, en la casa de todo el país [...] Tú has hecho caer lo peor sobre Hatti para siempre!» (Inscripción de Kadesh, extracto de P 235-250, adaptado de la trad. de Gardiner (1965, 12)

Muwatalli, supuestamente, reconoció la victoria egipcia, rindiendo homenaje al faraón y pidiendo gracia para sus súbditos:

Acto seguido, el miserable gobernante de Hatti envió y rindió homenaje a mi nombre como al de Rc, diciendo: «¡Tú eres Sutej, Baal en persona. El pavor a ti es la marca de Hatti [...] En cuanto a Egipto y a Hatti son tuyos, tus siervos, están bajo tus pies; no seas duro en tu trato, rey victorioso. La paz es mejor que luchar. Danos un respiro!» (Inscripción de Kadesh, extracto de P 295-321 adaptado de la trad. de Gardiner [1965, 13-14]).

¿Qué hay de verdad en todo esto? Para empezar, Ramesses debió tener un apoyo militar considerablemente mayor que el que declaraba haber tenido al contar la historia. Aunque no dudamos demasiado del liderazgo personal que demostró en momentos de crisis, el ataque hitita pudo, perfectamente, haberse convertido en una total derrota de las fuerzas egipcias, excepto por lo que parece haber sido la muy oportuna llegada de refuerzos de Amurru. Si bien esos refuerzos no son citados en el registro literario, los relieves de la batalla muestran una gran cadena de ordenadas tropas acercándose al campamento egipcio. Para sus propios fines, Ramesses habría quitado importancia a su papel. Pero su llegada pudo, muy bien, haber distraído a las fuerzas atacantes hititas lo suficiente como para impedir la total destrucción de las primeras divisiones, dando tiempo a la llegada de la tercera y de la cuarta.

Ramesses también pudo encontrar ayuda en otro factor. Como hemos dicho, el ejército hitita estaba formado por una abigarrada colección de tropas de vasallos y de mercenarios, además de las tropas regulares hititas. Tras el éxito del choque inicial con los egipcios es bastante posible que la disciplina de las filas hititas se rompiera al alcanzar el campamento egipcio con sus atrayentes perspectivas de saqueo y pillaje.

Incluso si tenemos en cuenta las exageraciones del relato egipcio, cabe poca duda de que los hititas sufrieron pérdidas considerables. En los muros del Ramesseum aparecen listas de oficiales hititas muertos en la batalla, y algunos de los nombres también aparecen en los templos de Ramesses en Abydos y Abu Simbel. No hay motivos para dudar de la veracidad de esos detalles.

Pero, ¿a qué lado se le deben los honores del conjunto de la batalla? Ambos bandos reclamaban la victoria. Los registros egipcios describen, claramente, la batalla como un aplastante triunfo del faraón. Por otro lado, nuestros registros hititas, aunque no conservan relatos supervivientes de la batalla en sí misma, la representan como una victoria de Muwatalli. Lo probable es que después de una desesperada recuperación de Ramesses y de las fuerzas a su inmediata disposición, el ejército egipcio se salvara a la última hora de una derrota devastadora y la batalla, en sí misma, terminara en tablas; ambos lados tuvieron considerables pérdidas y ninguno salió como un vencedor decidido.

A largo plazo, sin embargo, Muwatalli fue el vencedor final. Después de defenderse de la acometida hitita, Ramesses rápidamente retiró sus fuerzas hacia el sur. No solamente había fracasado en reconquistar para Egipto los territorios sometidos a los hititas al norte de Kadesh, sino que sus fuerzas en retirada fueron perseguidas por Muwatalli hasta el territorio dominado por Egipto tan al sur como el País de Aba. Aba cayó ante los hititas y antes de volver a Hatti, Muwatalli lo puso bajo el mando de su hermano Hattusili, como nos dice éste:

Porque Muwatalli, mi hermano, hizo campaña contra el rey de Egipto y el rey de Amurru, cuando derrotó a los reyes de Egipto y de Amurru, volvió a Aba. Cuando Muwatalli, mi hermano, derrotó a Aba, él [...] volvió a Hatti, pero me dejó en Aba (KUB XXI 17 [CTH 86] 114-121, con duplicado en KUB XXXI 27 2-7⁴⁹, trad. Beal [1992b, 307]).

Para Muwatalli, la secuela más importante de la batalla de Kadesh fue la reconquista del reino de Amurru. El control de ese reino era de importancia crítica para la seguridad del gobierno hitita en Siria, particularmente desde el punto de vista de su estratégica posición en el flanco sudoccidental del territorio vasallo hitita. Mientras Amurru estuviera en manos enemigas, los reinos vasallos hititas del norte de Siria estarían en peligro. La toma de Amurru por Seti I había sido un duro golpe para Hatti y, desde ese momento, Muwatalli estaba decidido a recuperarlo. En realidad, fue esa determinación la que dio al bando hitita el motivo inmediato para la confrontación con Ramesses. El propio Amurru había sido parcialmente responsable por sucumbir ante Egipto, siendo representada su «defección» como una traición:

⁴⁹ Ed. Eldel (1950, 12).

Quando Muwatalli, el hermano del padre de Mi Sol, llegó a rey, la gente de Amurru rompió su fidelidad con él e hicieron decirle: «¡De individuos libres nos hemos convertido en vasallos. Pero ya no seremos tus vasallos por más tiempo!» Y entraron en el séquito del rey de Egipto. Inmediatamente, Muwatalli, el hermano del padre de Mi Sol, y el rey de Egipto batallaron uno contra otro por el pueblo de Amurru. Muwatalli derrotó al rey de Egipto y obligó al País de Amurru a postrarse con sus armas y someterse a él (Tudhaliya IV, Tratado de Sausgamuwa [CTH 105]⁵⁰, I 28-38).

En particular, la ira de Muwatalli se dirigió contra el rey amorreo Bentesina (c. 1290/80-1235) quien fue culpado por la desertión de su reino. Una vez que el reino fue devuelto al dominio hitita, Bentesina fue depuesto y tomado prisionero: «En cualquier campaña que Mi Sol vaya, si entonces vosotros, dioses, me apoyáis y conquisto el País de Amurru —sea que lo conquiste por las armas o sea que haga las paces conmigo— y yo coja al rey de Amurru... yo otorgaré dones a los dioses» (KBo IX 96 [CTH 590] 7-9, 14)⁵¹.

La acusación de traición que se había dirigido al rey amorreo Bentesina probablemente era injustificada. El vasallo no tenía otra elección que someterse al señorío egipcio, con las fuerzas de Seti a las mismas puertas de su reino y sin perspectivas de un inmediato apoyo militar de Muwatalli. Amurru fue reconquistado y Bentesina hecho prisionero y llevado a Hatti. Fue sustituido en el trono vasallo por un hombre llamado Sapili, del que ninguna otra cosa se sabe⁵². Pero la carrera de Bentesina estaba lejos de su final. Encontró el favor del hermano de Muwatalli, Hattusili, quien, según parece, aceptó su declaración de que había sido compelido a someterse al señorío egipcio, y ahora solicitaba que Bentesina fuese repuesto en su cargo. Muwatalli aceptó. Bentesina fue asentado en la propia capital septentrional de Hattusili, Hakkissa⁵³. Pero sólo temporalmente; algún día volvería a su trono de Amurru (véase el cap. 10). A pesar de la reivindicación por Ramesses de la victoria de la batalla de Kadesh, la sustancial pérdida de territorio, así como la pérdida de prestigio que sufrió a consecuencia de la batalla, debió de ser un golpe para la posición y la autoridad de Egipto en Siria, tanto a los ojos de sus súbditos como a los de sus ene-

⁵⁰ Ed. Kühne y Otten (1971).

⁵¹ Extracto de un texto votivo, trad. y discusión de Klengel (1969, 213).

⁵² Detalles de lo anterior lo proporciona el tratado de Hattusili con Bentesina PD, núm. 9 (CTH 92) 126-127, r. 11-13 y el Tratado de Tudhaliya IV con Sausgamuwa, I, 39.

⁵³ Tratado de Bentesina I, 13-15.

migos. Y en los dos años siguientes a la batalla de Kadesh, gobernantes locales de Canaán y Palestina desafiaron abiertamente la autoridad egipcia. Ramesses respondió con la conquista de los centros de resistencia en una rápida y decisiva serie de operaciones militares.

Esas operaciones fueron el preludio de campañas más intensas en el norte durante los años octavo y noveno de su reinado, una vez más, muy dentro del territorio hitita.

Avanzando por el valle del Orontes, Ramesses tomó las ciudades de Tunip y Dapur. Una vez firmemente atrincherado en la región, Egipto suponía de nuevo una seria amenaza, no solamente para los reinos de Amurru y Kadesh, sino para todos los territorios sometidos que Muwatalli acababa de adquirir, desde el sur de Amurru hasta Aba. Durante el resto del reinado de Muwatalli y, en realidad, durante los siguientes dieciséis años, la tensión entre Hatti y Egipto fue grande. La perspectiva de una nueva confrontación estaba omnipresente.

Sin embargo, era un enfrentamiento que ninguna de las dos potencias podía permitirse. El conflicto de Kadesh había agotado los recursos de ambos reinos. Desde entonces, ninguno se recuperó totalmente. Y Asiria continuaba amenazante, al acecho, al otro lado.

REVISIÓN DEL REINADO DE MUWATALLI

Muwatalli se había comportado como un digno sucesor de su padre Mursili. Sin duda, es más recordado como el oponente de Ramesses sobre el campo de Kadesh y, en términos de resultados, el éxito total de la confrontación egipcio-hitita fue, indudablemente, suyo. Si hubiera habido un ocupante del trono de Hattusa menos capaz, o menos determinado, Ramesses muy bien pudiera haber conseguido emular los éxitos de su gran predecesor Tutmosis III, y tomar el control de gran parte de la región en la que Tutmosis había tenido el dominio.

Sin embargo, antes de aceptar el reto por el resurgimiento de Egipto, Muwatalli tuvo que reafirmar la autoridad hitita sólida y totalmente entre los territorios y reinos de Anatolia. Esto significó nuevas campañas en el oeste, particularmente para contrarrestar las amenazas planteadas a los territorios hititas de la región por súbditos desafectos como Piyamaradu, probablemente con el respaldo de Ahhiyawa. Había supuesto, también, buscar soluciones más duraderas para la vulnerabilidad del reino frente a los enemigos más próximos. Repetidas campañas militares contra los enemigos más septentrionales de los hititas, concretamente el pueblo kaska, no habían proporcionado más que un alivio temporal a los ataques de

esos enemigos. Con la necesidad actual de una mayor concentración de los recursos hititas en Siria, era ineludible para Muwatalli garantizar, antes que nada, la seguridad de sus territorios en Anatolia. La práctica división del reino, con la sede real transferida a Tarhuntassa y el hermano del rey, Hattusili, nombrado gobernador de la región más septentrional del reino, era el radical intento de Muwatalli para alcanzar esta seguridad.

Durante un tiempo parece que tuvo éxito, al menos el tiempo suficiente para conseguir sus objetivos en Siria, mientras se aseguraba de que el territorio hitita en Anatolia estaba razonablemente seguro ante ataques enemigos. Pero los arreglos que realizó en Anatolia apenas sobrevivieron a su muerte.

EL JUICIO DE TANUHEPA

En los últimos años de su reinado, Muwatalli se enfrentó a una grave crisis dentro de la corte real. Implicaba a su madrastra Tanuhepa, segunda esposa de su padre y predecesor, Mursili. De acuerdo con la tradición consagrada, Tanuhepa continuó ejerciendo como reina hitita después de la muerte de su marido y estuvo unida a Muwatalli por la aparición de su nombre junto al de él en sellos reales. Pero las relaciones con su hijastro parecen haber estado cargadas de tensiones. Las cosas alcanzaron su punto culminante cuando él la sometió a juicio, según parece por actos de profanación durante el servicio a los dioses. En este aspecto, su carrera parece haber tenido un siniestro parecido con la de su predecesora, la célebre babilonia Tawananna, esposa de Suppiluliuma.

Sabemos del juicio por las oraciones del hermano de Muwatalli, Hattusili —quien intentó apartarse de toda responsabilidad por la acción llevada a cabo contra ambas reinas. Al referirse al juicio de Tanuhepa, afirma:

Yo quisiera que mi padre* y la reina no fuesen adversarios en un pleito. ¡Y ojalá que ningún mal me amenace! ¿Por qué tendría yo

* Hay confusión respecto al autor del escrito. Posiblemente inducido por la semejanza con el texto correspondiente a la oración de Hattusili y Puduhepa citada más arriba (KUB XIV 7 + KUB XXI 19 [CTH 383] I 20-9) en la que Hattusili afirma no tener nada que ver con el juicio a Tawananna (era muy joven), Bryce adjudica, también, el texto aquí citado (KUB XXXI 66 + IBoT III 122 [CTH 297.7] A III) a este personaje, cuando en realidad es de Urhi-Tesub. Dice al respecto Houwink ten Cate en el artículo citado —tras una cita de Güterbock sobre el texto, que él había estudiado, y en la que afirma que la semejanza de los textos puede conducir a Hattusili, pero que, entonces, Mursili habría estado implicado no sólo en el asunto de Tawananna (la mujer de Suppi-

que dictar sentencia en esos juicios? ¡Es un pleito que atañe al dios! Y si mi padre, confrontado con la reina, no (pareciera) tener la razón en el pleito, ¿estaría yo obligado entonces a convertirle en la parte perdedora del pleito con respecto a Tanuhepa, la reina? Por el bien de mi vida (o el de mi alma), repetidamente hice la siguiente observación: «¡Ojalá que ningún mal me amenace!» (KUB XXXI 66 + IBoT III 122 [CTH 297.7] A III, trad. Houwink ten Cate [1974a, 132])⁵⁴.

Tanuhepa fue encontrada culpable de los cargos dirigidos contra ella. Fue despojada de su cargo y seguramente desterrada de la corte y de la ciudad⁵⁵. Sus hijos y su séquito también fueron víctimas de su caída⁵⁶. Al recordar el juicio Hattusili se planteaba serias cuestiones sobre su justificación y si las acciones emprendidas contra la reina tenían la sanción divina. Se sospecha que sus actuaciones estaban impulsadas, al menos en parte, por motivos políticos.

En realidad, hay muchas probabilidades de que la causa principal de la discordia entre Tanuhepa y Muwatalli fuera la cuestión de la sucesión. ¿Estaba intentando Tanuhepa promover las reivindicaciones al trono de uno de sus propios hijos sobre la del hijo de Muwatalli, Urhi-Tesub?⁵⁷ Como veremos, éste no era hijo de una primera esposa, sino de una simple concubina o mujer secundaria. Y su posterior nombramiento como rey iba a causar grandes revueltas en el reino. El archivo de sellos de Nişantepe nos ha presentado un enigma intrigante. Entre las *bullae*

luliuma) sino también con la tawananna Tanuhepa (su propia mujer), aunque por la juventud de Hattusili durante el reinado de su padre no le cuadra el papel de juez que el autor del texto se otorga—: «El lector comprenderá por qué yo elegiría a Urhi-Tesub puesto que no puede haber duda alguna de que el incidente de Tanuhepa tuvo lugar durante el reinado de Muwatallis: la oración de Hattusili XXI 19 + las referencias al cambio de residencia real por Muwatallis en I, 43'-55', su intervención en favor de Urhi-Tesub se describe en II, 25-29; mientras que el asunto de Tanuhepa se trata con otras cosas en I, 56'-II, 22, así, obviamente, pertenecientes a la descripción de acontecimientos que ocurrieron durante el reinado de Muwatallis. La posibilidad de que otro hijo de Muwatallis hubiera compuesto este texto debe desecharse...» (N. del T.)

⁵⁴ Cfr. KUB XIV 71, 17'-21' + KUB XXI 19 II r. 1-22 (de la oración de Hattusili y Puduhepa a la diosa Sol). Archi (1971, 212) observa que en KUB XVI 32 (CTH 582) (una oración del hijo de Hattusili, Tudhaliya IV), se hace otra referencia al caso de Tanuhepa que, por otro lado, pudiera ser que se considerase no resuelto hasta en el reinado de Tudhaliya. Véase, también, KUB XVI 16 (CTH 570) r. 1 y 23, citado por Archi, que se refiere a una investigación relativa a Tanuhepa y Urhi-Tesub.

⁵⁵ Cfr. Houwink ten Cate (1994, 243).

⁵⁶ KUB XIV 7 r. i 16'-21'.

⁵⁷ Houwink ten Cate (1994, 240) sugiere que esto es lo que se insinúa en las líneas rotas KUB XXI 19 II 3-6 de la oración de Hattusili y Puduhepa.

encontradas en el archivo hay dos que llevan la impronta del sello de Tanuhepa junto con el de un «rey desconocido». ¿Era éste otro rey más con el cual se asoció Tanuhepa? Y de ser así, ¿podría haber sido uno de sus propios hijos, lanzado con su apoyo a desafiar los propios planes de Muwatalli en cuanto a su sucesión? Sin duda esas preguntas proporcionarán a los investigadores un fructífero campo para la especulación.

En cualquier caso, a diferencia de la madrastra de su marido, a Tanuhepa se le devolvió, posteriormente, el favor real. Las pruebas aportadas por los sellos indican que en el reinado del sucesor de Muwatalli, Urhi-Tesub ella poseía nuevamente el estatuto de reina hitita⁵⁸, muy posiblemente con el concurso de Hattusili. La carrera de esta notable mujer abarcó, así, los reinados de tres reyes hititas —Mursili II, Muwatalli y Urhi-Tesub.

Seguramente se casó con Mursili siendo joven, pero no tan joven, parece, como para no haberle dado descendencia antes de su muerte. Es frustrante que sepamos tan poco de ella, o su participación en las intrigas palaciegas que pueden, muy bien, haber plagado el reinado de su hijastro y que continuaron al menos durante el reinado de sus dos primeros sucesores.

No sabemos si el juicio y la caída de Tanuhepa ocurrió antes o después de la campaña de Muwatalli en Kadesh. Pero lo primero parece más probable. Toda campaña militar en la que participaba personalmente el rey implicaba el riesgo de que fuese capturado o muerto en acción. Y el riesgo crecía considerablemente para un rey que desafiaba a todo el poderío del ejército egipcio. Muwatalli debió de estar ansioso por garantizar que los planes para la sucesión de su hijo se llevarían a cabo sin discusión en caso de su propia muerte. Esto, sin duda, era uno de los aspectos de la cuidadosa y detallada preparación que realizó en su reino antes de lanzarse al enfrentamiento con Ramesses.

En cualquier caso, la historia de la monarquía hitita deja muy clara la vulnerabilidad del rey a las conspiraciones cortesanas, en tanto que él estaba en campaña. Las tensiones entre Muwatalli y su madrastra pudieron seguir creciendo durante algunos años. Si ella, realmente, mantenía la ambición de situar a uno de sus propios hijos en el

⁵⁸ Véase Beran (1967), núm. 226-227 (Urhi-Tesub + Tanuhepa), núm. 228 (Mursili (III) + Tanuhepa), núm. 180-182 (Mursili III); (Urhi-Tesub asumió el nombre de trono de Mursili). Además de éstas, numerosas impresiones del archivo de Nišantepe llevan juntos los nombres de Tanuhepa y Urhi-Tesub o Mursili (III); véase Neve (1992a, 313). Esas improntas muestran que, por lo menos, parte del tiempo en el que ocupó el trono Urhi-Tesub, reinó con Tanuhepa.

trono, planteaba una grave amenaza a la vez para su hijastro y para sus hijos. Este fue un asunto que, muy probablemente, Muwatalli trató de resolver antes de partir para Siria. Todo llegó a su culmen cuando llevó a la reina a juicio y posteriormente la desterró de la capital, adelantándose a cualquier intento por su parte de conspirar contra él o de dar un golpe de estado en su ausencia.

También es posible, en este contexto, que él decidiera entregar a su hermano Hattusili la salvaguardia y educación de su segundo hijo Kurunta⁵⁹. Esto puede haber ocurrido varios años antes de su campaña en Kadesh. Seguramente, Kurunta fue enviado a Halkissa, donde Hattusili había sido instalado como rey. Al menos, mientras estuviera bajo la protección de Hattusili estaría a salvo de la reina y de sus partidarios. En último extremo, si el sucesor nombrado por Muwatalli, Urhi-Tesub, caía víctima de las maquinaciones de Tanuhepa, aún quedaría un hijo vivo de Muwatalli para reclamar el trono.

El escenario del «peor caso» fue evitado por esta vez. Pero al eludirlo, Muwatalli había implantado las bases para futuras disputas dentro de su propia familia, las cuales, a largo plazo, contribuirían al hundimiento final del reino.

⁵⁹ Bo 86/299 (tablilla de bronce), § 2, I 12-13.

CAPÍTULO 10

El malhadado reinado del hijo de segundo rango: el reinado de Urhi-Tesub (c. 1272-1267)

UN NIÑO ENFERMIZO

Mientras que era todavía un niño... mi señora Istar envió a mi hermano Muwatalli a mi padre Mursili en un sueño (con el mensaje): «Para Hattusili, los años (son) cortos. Morirá pronto. Por lo tanto, déjalo a mi servicio y déjale ser mi sacerdote. (Si así lo haces) continuará vivo» (*Apología de Hattusili* § 3, I 13-17).

Había grandes temores por la salud del príncipe Hattusili, el más joven de los cuatro hijos de Mursili¹. Había muchas probabilidades de que no sobreviviese a la niñez. Ciertamente, nadie que viera las condiciones de ese niño enfermizo habría podido prever la larga e

¹ Mursili tuvo tres hijos (los otros dos eran Muwatalli y Halpasulupi) y una hija DINGIR^{MEŠ}-IR-i (= Massan(ajuzzi); véase Laroche (1966, 155, núm. 775). Para la lectura fonética del nombre de la hija y su identificación con Matanazi, que figura en la correspondencia hitita con Ramses II (véase el cap. 11), véase Imparati (1992, 307, n. 8) y las referencias citadas allí. Imparati (1992, 307) sugería que la afirmación de Hattusili de ser el hijo más joven (*Apol.* § 1, I 12) pudiera no ser más que un *topos* literario frecuente en documentos de esa clase, aunque ella ha comentado posteriormente (1995, 144, n. 8) que debemos tener en cuenta que éste es un caso reciente, fácilmente verificable por la audiencia de Hattusili.

ilustre carrera que tenía por delante. Pero su padre tuvo fe en el consejo de la diosa. Obediente a su orden le dio el niño a su servicio. «Bajo la protección de mi señora Istar conocí la prosperidad. Me tomó de la mano y me condujo por el recto camino» (*Apología de Hattusili* § 3, I 20-21). Bajo el cuidado de Istar, en efecto, Hattusili sobrevivió y prosperó. En el reinado de su hermano Muwatalli llegó a ser, después del rey, la figura más poderosa del reino de Hatti, incluso aunque la enfermedad parece haberle perseguido durante gran parte de su vida².

Mucha de nuestra información sobre los comienzos de la carrera de Hattusili proviene de un documento normalmente conocido como la *Apología*³, un autolaudatorio y autojustificativo relato del progreso de Hattusili a través de una sucesión de nombramientos administrativos y militares, hasta llegar a alcanzar el trono hitita. Nos referiremos frecuentemente a este documento —pero siempre con la convicción de que presenta un enfoque unilateral de las actuaciones y consecuencias de Hattusili y de las de sus enemigos. Esto está más marcado que en la mayoría de los registros personales de los reyes hititas, debido, sin duda, al hecho de que un cierto número de las actuaciones de Hattusili, particularmente contra el legítimo ocupante del trono hitita, fueran, a la vez, ilegales e impopulares para muchos de sus súbditos. El interés de Hattusili por justificar lo que había hecho le condujo, indefectiblemente, a un tratamiento sesgado de los acontecimientos en los que se vio implicado. Por encima de todo, intenta retratar sus éxitos como debidos no a la mayor fuerza bruta, sino más bien «a la prevalencia de la razón y de la justicia sobre los poderes militares y políticos»⁴. Al utilizar la *Apología* como fuente de información sobre la carrera de Hattusili, así como sobre la del hombre al que desplazó del trono, debemos tener en cuenta el fuerte tufillo propagandista del documento.

² Como queda claro por las numerosas oraciones votivas de su mujer Puduhepa, tratadas más adelante. Véase, también, Ünal (1974, I, 45-46).

³ Ed. Sturtevant y Bechtel (1935, 64-99) y más recientemente por Otten (1981). Una versión más corta de este relato, con algunas variaciones en los detalles, aparece en KBo VI 29 (+) (*CTH* 85.1), ed. Goetze (1925, 47 ss.). Como la principal finalidad del documento, Imparati (1995) propone y razona con cierto detalle un punto de vista diferente. Ella considera el documento como un intento de crear un clima favorable respecto a la decisión del rey de nombrar a su hijo Tudhaliya como sucesor, en lugar de su hijo mayor, que habría sido designado por su posición. Para quizás el mejor análisis del documento, véase Cancik (1976, 41-45).

⁴ Liverani (1990, 155).

EL GOBERNANTE DEL REINO DEL NOROCCIDENTE

Quizás poco después de su subida al trono, Muwatalli asignó a su hermano Hattusili la responsabilidad de gobernar las regiones septentrionales del reino, comenzando con su nombramiento de *GAL MEŠEDI* como gobernador de las Tierras Altas⁵. El nombramiento no contó con una unánime aprobación. De hecho, causó profundo resentimiento en algunos sectores, ya que significaba el desplazamiento del actual gobernador, Arma-Tarhunda, hijo de Zida⁶. Arma-Tarhunda reaccionó amargamente ante su remoción del cargo:

Mi Sol y Arma-Tarhunda entraron en conflicto y se apartaron por esa razón, porque las Tierras Altas se habían dado en gobierno a Arma-Tarhunda. Pero cuando Muwatalli, mi hermano, me dio las Tierras Altas para gobernarlas, Arma-Tarhunda comenzó a traicionar a mi hermano y me mantuvo acosado, además (KUB XXI 17 [CTH 86.1] I 3-9, adaptado de la trad. de Archi [1971, 198])⁷.

No fue el único en protestar por la actuación del rey. Otros le dieron su apoyo. Se lanzaban cargos contra el recién nombrado en un intento de desacreditarlo. Aunque no sabemos la naturaleza de esos cargos, la hostilidad que el nombramiento de Hattusili generó, sugiere que eran graves, y quizás, no sin fundamento. No obstante, Hattusili se defendió a sí mismo con éxito contra sus enemigos, reclamando el apoyo y la guía de su patrona, la diosa Istar. Pero el balance final está todavía por hacer.

Con el paso del tiempo, sin embargo, Hattusili superó la oposición a su nombramiento y se le dieron algunas tareas militares en la región del norte. A juzgar por su propio relato, las realizó con éxitos incalificables: «A cualquier país del enemigo que volví mis ojos, nadie del enemigo pudo hacer que apartara mi mirada. Conquisté las tierras del enemigo, una tras otra. El favor de mi señora Istar estaba siempre conmigo. Los arrojé de las tierras de Hatti cada vez que el enemigo las ocupó» (*Apol.* § 5, I 67-72).

⁵ *Apol.* § 4, I 25-26.

⁶ Posiblemente familiar de Hattusili a juzgar por *Apol.* § 10a, III 25. Cfr. Hoffner (1975, 55).

⁷ Cfr. *Apol.* § 4, I 32-34.

Pero la prueba más dura de su capacidad llegó cuando Muwatalli dejó Hattusa por su nueva capital en Tarhuntassa. La salida del rey impulsó una extendida rebelión y ataques al territorio hitita.

A su espalda, todos los países kaskas, el de Pishuru, el País de Daistipassa se levantaron. Destruyeron el País de Ishupitta, el País de Marista, y las ciudades fortificadas. Luego, el enemigo cruzó el Marassantiya y comenzó a atacar el País de Kanes y la ciudad de [...]. Ha[...], Kurustama y Gazziura, inmediatamente declararon su enemistad y atacaron las ciudades de Hatti... (*Apol.* § 6, II 2-10).

El texto continúa con ese tenor. A Hattusili se le dejó que atendiera la situación —aparentemente, con escasa ayuda de su hermano que le proporcionó (afirma Hattusili) unas ridículas fuerzas para la defensa de los atosigados territorios: «El enemigo tenía 800 tiros de caballos e innumerable infantería. Pero mi hermano Muwatalli me envió (contra el enemigo) solamente 120 tiros de caballos e incluso nada de infantería» (*Apol.* § 7, II 34-37).

Aunque esta afirmación se haya considerado directamente crítica respecto a Muwatalli⁸, probablemente no fue ésta la intención de Hattusili. Más bien, simplemente trataba de realzar la magnitud de su labor y, consiguientemente, sus logros, exagerando probablemente en cuanto a la disparidad entre sus propias fuerzas y las del enemigo. Es, desde luego, un *topos* habitual, característico de muchas memorias militares, tanto antiguas como modernas. Pero en el caso de Hattusili no era, simplemente, ni siquiera principalmente, un caso de autocomplacencia. Hattusili atribuía su éxito a la intervención divina. Por encima de cualquier otra cosa, era el favor y el apoyo divinos lo que validaba sus actuaciones (según sus propios argumentos), llevándole e incluyéndolo su consecución del trono. El derecho y la justicia estaban de su lado. Era esto, más que la cantidad de sus tropas, o incluso, de sus propias proezas militares, lo que garantizaba su éxito.

Con Istar marchando delante de él, restauró firmemente el control hitita en las regiones que quedaron a su cargo y así preparó el establecimiento, bajo su autoridad, de lo que era efectivamente un virreinato del norte, abarcando desde Pala y Tummanna hasta las Tierras Altas. Como hemos anotado, Muwatalli confirió a su hermano el título de rey, situando la sede de su autoridad en el importante centro septen-

⁸ Así, Liverani (1990, 122): «En el caso de Hattusili... el alarde por las victorias obtenidas en condiciones de inferioridad numérica se une a una polémica hacia Muwatalli.»

trional de Hakkissa. Esto fue una clara señal para las poblaciones de la región y para los enemigos que las amenazaban de que no habría disminución del control hitita en el norte, a pesar del cambio de la capital real hacia el sur. La región del norte sería gobernada, prácticamente, como un reino por derecho propio, por el hermano del rey y su más capaz partidario.

Una de las tareas más acuciantes de Hattusili fue la repoblación de las arruinadas, abandonadas o escasamente pobladas ciudades y comarcas de su reino⁹. Esto suponía llegar a acuerdos con la población kaska que vivía en las zonas, o cerca de ellas, donde intentaba aplicar su programa de repoblación. La política hacia la población kaska en esas zonas queda ilustrada por los términos de un tratado que suscribió con la ciudad de Tiliura, situada en la frontera kaska-hitita. Originalmente abandonada en el reinado de Hantili II, Tiliura fue posteriormente reconstruida por Mursili. Pero solamente la recolonizó en parte, utilizando a los evacuados de los territorios conquistados con esa finalidad. Hattusili reivindicó el mérito de una recolonización a escala global, transfiriendo a la ciudad los restos de su población original. Fue crítico con su padre por haber fracasado en esto:

La ciudad de Tiliura estaba desierta desde los tiempos de Hantili. Mi padre Mursili la reconstruyó de nuevo, pero no la recolonizó adecuadamente, sino que lo hizo con su mano de obra (esto es, los exiliados) que había conquistado con la espada. Pero yo, Mi Sol, he trasladado a los de la antigua población de Tiliura que quedaban y los devolví y los reasenté en Tiliura (KUB XXI 29 (+) [CTH 89] I 11-19, trad. Garstang y Gurney [1959, 119]).

Lo más importante es que Hattusili quería asegurarse de que la ciudad se repoblase con sus habitantes primitivos, a diferencia de los evacuados que Mursili había reasentado en la ciudad y, también, más particularmente, de la gente kaska, que tenía explícitamente prohibido asentarse dentro de la ciudad e incluso entrar en ella. El tratado parece ser el reflejo de una política hitita, más general, de permitir, o al menos de aceptar, cierto grado de pacífica interrelación entre los súbditos hititas y los kaskas en la zona fronteriza entre ambos, mientras que estrictamente se excluía a los kaskas de habitar las ciudades fronterizas hititas nuevamente colonizadas o recolonizadas. Pero esta política aparente-

⁹ Véase Bryce (1986-1987, 88-90).

había que hacer todavía para garantizar la seguridad de la región en su conjunto y para reconciliar a la población con su gobierno.

El alzamiento en Hakkissa quizás hubiera sido desencadenado, al menos en parte, por Arma-Tarhunda, el hombre que había sido desposeído del gobierno de las Tierras Altas para dejar el sitio a Hattusili. Aún profundamente resentido por haber sido apartado, también se aprovechó de la presencia de Hattusili en Siria para conspirar contra él, incluso recurriendo a la hechicería¹⁶. Intentó, además, desacreditar a Hattusili lanzando otras acusaciones contra él. Hattusili respondió con otra contraacusación. Arma-Tarhunda perdió el caso y Muwatalli se lo entregó (presumiblemente como parte agraviada) para su castigo. Ahora era la ocasión de librarse de su principal enemigo de una vez para siempre. Pero Hattusili estaba en disposición de ser generoso:

No respondí contra él con malicia. Más bien, ya que Arma-Tarhunda era pariente y era, además, un anciano, me apiadé de él y lo dejé libre. Y permití (a su hijo) Sippaziti ser libre y no emprendí (nuevas) actuaciones contra ellos. Envié a la esposa de Arma-Tarhunda y a su (otro) hijo a Alasiya y yo tomé la mitad de la hacienda de Arma-Tarhunda y se la devolví¹⁷ (*Apol.* § 10a, III 24-30).

Esperaba que este gesto allanaría el camino de una posterior reconciliación con la familia de Arma-Tarhunda. Si lo pensó así, parece que fracasó. Como veremos, el hijo de Arma-Tarhunda, Sippaziti, permaneció implacablemente hostil a él.

UN HIJO DE SEGUNDO RANGO OCUPA EL TRONO

Hasta la muerte de Muwatalli, quizás poco después de esos acontecimientos, la posición e influencia de Hattusili y los poderes que le fueron otorgados debieron de situarle muy por encima de todos los demás súbditos del rey. No sin buenas razones. Él había realizado un gran papel en Siria. Había confundido los intentos de sus enemigos personales para desacreditarle y, lo más importante, había llevado cierta medida de paz y estabilidad a las regiones septentrionales del reino. Así, cuando el rey murió sin dejar un heredero varón de primer rango, podría haber estado muy tentado a reclamar el trono para sí mismo.

¹⁶ *Apol.* § 10a, III 17-18.

¹⁷ La otra mitad se dedicó al servicio de Istar; *Apol.* § 12b, IV 66-73.

mente sólo se aplicó a los grupos kaskas que estaban formalmente reconocidos como «aliados» hititas, a diferencia de otros grupos kaskas que pertenecían a la categoría de «enemigos». El grupo «aliado» estaba limitado por una cantidad de reglamentaciones que le daban un acceso controlado al territorio hitita y, a veces, derechos de pastos en este territorio pero, generalmente, se les impedía el asentamiento en él u otra forma de ocupación de los asentamientos hititas¹⁰.

El programa de recolonización de la región septentrional tuvo una parada temporal cuando se hicieron los preparativos finales para el choque de los hititas con Egipto. Como no estaba dispuesto a enfrentarse al faraón sin el apoyo de su más experimentado y capaz comandante militar, Muwatalli, entonces, convocó a su hermano para unir sus fuerzas a él en Siria, como jefe de la infantería y de los carros reclutados en las regiones del norte del reino¹¹.

EL MATRIMONIO DE HATTUSILI CON PUDUHEPA

Una de las consecuencias de la batalla de Kadesh fue que Hattusili se quedó al mando del País de Aba, tras la derrota de las fuerzas egipcias allí. No sabemos cuánto tiempo estuvo en ese puesto. Pero la prolongada ausencia de su reino debió de causarle una creciente ansiedad. El reino todavía estaba lejos de ser seguro. Los enemigos de dentro, como los enemigos de fuera, buscarían, ciertamente, cualquier oportunidad para aprovechar su ausencia.

Cuando, por fin, Muwatalli le permitió abandonar su mando en Siria, inmediatamente inició el viaje a casa. Pero tenía una importante obligación que cumplir en su viaje. *En route* a su destino del norte, visitó la ciudad de Lawazantiya, en Kizzuwadna, que ahora asumía una importancia creciente como centro religioso. El propósito de su visita era realizar los rituales en honor de Istar, la diosa que le había vigilado y protegido desde sus primeros años. Su continuo apoyo sería esencial para él en la resolución de los problemas que debería afrontar a su vuelta al reino.

¹⁰ Esta información se encuentra en dos tratados en particular, concretamente CTH 137 (Von Schulen [1965, 130-134]) y CTH 138 (*op. cit.*, 17-30). Esos tratados datan del primer período del Nuevo Reino (véase Neu y Klinger [1990, 114]) y son indicativos, probablemente, de la política hitita hacia los grupos «aliados» kaskas desde esta época en adelante.

¹¹ *Apol.* § 9, II 60-74.

La visita tuvo otro importante resultado. En Lawazantiya conoció y desposó a Puduhepa, la hija de Pentipsarri, sacerdote de la diosa Istar, y ella misma sacerdotisa al servicio de la diosa¹². Según Hattusili no fue un matrimonio por propia elección. Más bien fue uno que, muy literalmente, se hizo en el cielo. Él desposó a Puduhepa por orden de Istar, cuyos deseos se le revelaron en un sueño¹³. La diosa había elegido bien. A nivel personal se desarrolló una estrecha y duradera unión entre la pareja real; la diosa les regaló «el amor de marido y mujer»¹⁴.

El papel de Puduhepa no se limitó al de una leal y entregada esposa. Estaba destinada a intervenir de forma relevante en los asuntos del reino, particularmente después de la subida al trono de su marido. Aparte de ser su principal fuente de apoyo y bienestar, llegó a ser una astuta diplomática en el ruedo internacional. Volveremos sobre ello más adelante.

Completadas las nupcias, Hattusili no consideró oportuno demorarse más en Lawazantiya ya que había noticias de alarmantes sucesos en el norte. Como debió temer, los kaskas se habían apresurado a aprovechar su estancia en Siria para renovar sus ataques en la frontera septentrional de Hatti. Aún peor: Hakpissa, la sede virreinal, se había alzado en rebelión¹⁵. A su vuelta, Hattusili atendió rápidamente la situación. Echó a los kaskas al otro lado de la frontera y retomó el control de Hakpissa, donde volvió al trono virreinal e instaló a su novia como reina. Fue un emocionante comienzo para su vida como consorte de Hattusili.

MÁS TRATOS CON ARMA-TARHUNDA

Las revueltas habían dejado a Hattusili un claro mensaje. A pesar de todos sus esfuerzos por imponer seguridad y estabilidad duradera en el norte, la autoridad hitita en la región seguía siendo frágil. Y la revuelta en Hakpissa evidenciaba que, hasta en su sede del poder, había significativos elementos de la población que le eran hostiles. Mucho

¹² Darga (1974, 950) comenta que la diosa que los hititas representaban con el símbolo de Istar era muy diferente a la Istar mesopotámica, diosa del amor; los textos indican que la Istar de Lawazantiya no era una diosa del amor sino una diosa guerrera.

¹³ Según KBo VI 29 (+) (CTH 85.1) I 18-21, un pasaje de la versión más corta de la *Apología*. Cualquiera que fuese el valor propagandístico de esta afirmación, puede muy bien haber habido intereses políticos y estratégicos para el matrimonio; cfr. Klengel (1991, 225).

¹⁴ *Apol.* § 9, III 3.

¹⁵ *Apol.* § 9, III 10.

Muwatalli, realmente, sí que tenía un hijo al que había designado como su heredero. Pero el hijo, Urhi-Tesub, era hijo de una concubina (DUMU EŠERTI)¹⁸. Sin embargo, tenía derecho al trono dentro de los principios sucesorios de Telepinu. Pero no era hijo de una primera esposa, y al menos, un gobernante vasallo, Masturi, sucesor de Manapa-Tarhunda en el País del Río Seha, le rehusaría su apoyo más tarde. «¿Protegeré yo a un hijo de segundo rango?», protestó¹⁹. Pero Muwatalli tenía, claramente, la intención de que su hijo le sucediera. Por el momento, Hattusili hizo honor a las intenciones de su hermano, en tanto que daba la impresión de que el otorgamiento de la realeza caía totalmente dentro de su propia autoridad: «Por la estima a mi hermano, yo no hice mal contra él. Y puesto que no dejó un hijo de primer rango, yo tomé a Urhi-Tesub, el hijo de una concubina (por él) y lo coloqué en el trono de Hatti. Yo puse a toda Hattusa en sus manos y él fue Gran Rey en las tierras de Hatti» (*Apol.* § 10b, III 38'44')²⁰.

Al subir al trono Urhi-Tesub, tomó el nombre de Mursili (III)²¹. Éste, el nombre de su abuelo, era, quizás por sí mismo, la afirmación implícita de su derecho a sentarse en el trono de sus predecesores, y podría ayudar a realzar su posición a los ojos de sus súbditos. A lo largo de todo su reinado lo utilizó junto con su nombre original²². Pero, has-

¹⁸ *Apol.* § 10b, III 41. Sobre el término ¹¹⁰ *pabburzi* utilizado en referencia a tal hijo, véase *CHD* vol. P, fasc. I, 17. La traducción usual de ese término es «bastardo» aunque en una sociedad donde el concubinato se practicaba regularmente, el término hitita no tiene el fuerte estigma de ilegitimidad que implica la palabra en nuestra cultura. No obstante, era claramente utilizado como una expresión de desprecio para una persona cuya posición era inferior a la de un «hijo de primer rango».

¹⁹ Como recogió Tudhaliya IV, hijo de Hattusili, en su tratado con el rey amorrita Sausgamuwa, KUB XXIII 1 (+) (*CTH* 105) II 29. Esta afirmación, probablemente entre dentro del contexto del conflicto entre Hattusili y Urhi-Tesub que condujo al derrocamiento de éste (véase más adelante).

²⁰ También relativo a esto: KUB XXI 19 (*CTH* 383) II 23-31 (oración de Hattusili y Puduhepa a la diosa Sol de Arinna) y KUB XXI 27 (*CTH* 384) I 33-48, especialmente 38-40 (oración de Puduhepa).

²¹ Como sabemos por las improntas de sellos que llevan el nombre de Mursili y son claramente atribuibles a Urhi-Tesub. La primera de ellas se encontró en Boğazköy en 1953. Véase Güterbock (1956c), y cfr. Otten (1995, 19-23). El número se ha incrementado ahora sustancialmente por el reciente descubrimiento del archivo de sellos de Nişantepe. Unas seiscientas de las *bullae* encontradas en este archivo han sido atribuidas a Urhi-Tesub/Mursili (III), solamente superado en número por las setecientas *bullae* de Tudhaliya IV; véase Neve (1992a, especialmente 313 y 315).

²² Güterbock (1956a, 121) comenta que la prueba de que Urhi-Tesub utilizó ambos nombres cuando rey, está dada por los sellos SBo I, núm. 13, por un lado, y núm. 43 y 44, por otro. Esto se confirma nuevamente con las pruebas aportadas por el archivo de sellos de Nişantepe.

ta donde nosotros sabemos, Hattusili nunca llamó Mursili a su sobrino²³. A pesar de todas sus declaraciones externas de lealtad, tuvo que encontrar muy duro aceptar la sumisión ante el hijo de una concubina y, particularmente, pudo haberse resentido por la adopción de tan ilustre nombre.

Si fueron esos, efectivamente, sus sentimientos respecto a su sobrino, los guardó bien ocultos durante algún tiempo, y permaneció fiel a los deseos de su hermano. En los primeros días del reinado de Urhi-Tesub, tío y sobrino trabajaron muy unidos. A la vista de la experiencia y de la posición de Hattusili en el reino y de su declarado pleno apoyo al nuevo rey, tendría total sentido que Urhi-Tesub lo cultivase y lo utilizase como constante mentor. En realidad, detrás de un cierto número de actuaciones llevadas a cabo por Urhi-Tesub, se puede ver la influencia de Hattusili.

HATTUSA VUELVE A SER LA CAPITAL

«Él tomó los dioses de Tarhuntassa y los devolvió a Hattusa» (KUB XXI 15 [CTH 85 IB] I 11-12, trad. Houwink ten Cate [1974a, 125])²⁴. Esta breve afirmación recoge la iniciativa más importante tomada por Urhi-Tesub durante su breve reinado —la reinstalación de Hattusa como capital real. Su pérdida de posición no duró, quizás, más de veinte años, tiempo durante el cual había sido confiada al gobierno del antiguo escriba principal de Mursili, Mittannamuwa. El cargo de escriba jefe había sido asignado al hijo de Mittannamuwa, Purandamuwa²⁵. Aunque la vuelta a Hattusa fue, casi con seguridad, contraria a los deseos de Muwatalli, parece haber encontrado escasa o nula oposición por parte de sus súbditos. En realidad, Urhi-Tesub pudo haber llegado, bajo presión de algunos sectores, a reinstalar a Hattusa como capital —y lo hizo así, en parte, para fortificar su posición en el trono. Hattusili parece no haber discutido la acción de su sobrino y, en realidad,

²³ Aunque todas las referencias que hace Hattusili a Urhi-Tesub datan del período posterior al derrocamiento de éste. Quizás fue solamente entonces cuando Hattusili rehusó utilizar el nombre adoptado por su sobrino. Cfr. Goetze (1975c, 256). Obsérvese, también, que el hijo de Hattusili, Tudhaliya IV, en el tratado con Sausgamuwa, también se refiere a Urhi-Tesub por ese nombre y no por el nombre de trono, Mursili.

²⁴ Sobre las fuentes relativas a la devolución de la capital a Hattusa por Urhi-Tesub, véase Houwink ten Cate (1994, 234, n. 5) y las referencias citadas allí.

²⁵ Como registró en KBo IV 12 (CTH 87), el decreto de Hattusili III en favor de los miembros de la familia de Mittannamuwa.

quizás la impulsara. El hecho de que él niegue, más tarde, haber tenido parte alguna en la decisión de su hermano para reubicar la capital en Tarhuntassa (véase más adelante), sugiere que no estaba molesto por ver trastocada esta decisión.

De este modo, Tarhuntassa perdió su poco duradera condición de capital real hitita. Continuaría, no obstante, como uno de los más importantes centros regionales del reino, bajo un gobernador cuyo estatuto lo situaba en posición similar a la del virrey de Siria.

Hubo otros casos en los que Urhi-Tesub revocó las decisiones tomadas por su padre. Algunas de ellas aparecen en un curioso texto que ha originado un gran debate entre los especialistas. El texto en cuestión²⁶ recoge actuaciones realizadas por Urhi-Tesub²⁷ que, claramente, van en contra de los deseos de su padre. La vuelta de Manapa-Tarhunda, el antiguo rey del País del Río Seha, enviado al destierro por Muwatalli fue una de esas actuaciones. El trono vasallo estaba ocupado, entonces, por su hijo Masturi. Contrariamente a la voluntad de Muwatalli, Urhi-Tesub permitió a Manapa-Tarhunda volver del exilio²⁸, aunque, según parece, Masturi retuvo el trono. Su achacoso padre, presumiblemente, vivió hasta el final de sus días en pacífica oscuridad.

Los lazos entre Masturi y el trono hitita se estrecharon con el matrimonio del vasallo con la hermana de Muwatalli, Massanauzzi. No se puede asegurar con certeza cuándo ocurrió esto. Mientras que el mérito del matrimonio se le dio, más tarde, a Muwatalli²⁹, se nos dice en KUB XXI 33 que fue Urhi-Tesub quien lo arregló: «Mi señor no dio (?) a Massannazi a Manapa-Tarhunda como nuera (?)³⁰ [...] sino Mursili (esto es, Urhi-Tesub) se la dio a él» (KUB XXI 33, IV? 12-13).

²⁶ KUB XXI 33 (CTH 387).

²⁷ El rey es llamado Mursili en el texto, y es casi con toda seguridad Mursili III, esto es, Urhi-Tesub; véase Meriggi (1962, 70-76); Archi (1971, 201); Houwink ten Cate (1974a, 128) (en contra Stefanini (1964); Heinhold-Krahmer [1977, 228-229] que asignan el texto al reinado de Mursili II). El texto ha sido reconsiderado recientemente por Houwink ten Cate (1994, 240-242), quien subraya la estrecha relación entre éste y el texto de consulta al oráculo KUB XXXI 66 (+) (CTH 297.7). También, en una reciente consideración de KUB XXI 33, Mora (1992) propuso que el Mursili de este texto, en tanto que probablemente debía identificarse con Mursili III, era una persona diferente a Urhi-Tesub. Esta hipótesis está fuera de lugar por las pruebas aportadas por el archivo de sellos de Nişantepe, que confirman que Urhi-Tesub y Mursili III eran una y misma persona; véase Otten (1993a, 25).

²⁸ KUB XXI 33, IV? 8-11, trad. Heinhold-Krahmer (1977, 299).

²⁹ Tudhaliya IV: tratado de Sausgamuwa, II 16-18.

³⁰ Para el término del parentesco en cuestión, véase Heinhold-Krahmer (1977, 229-230).

Otra actuación de Urhi-Tesub que anulaba una decisión de su padre fue la restauración de Bentesina en el trono de Amurru. Este antiguo rey vasallo había sido depuesto por Muwatalli por su pretendida deslealtad al unir sus fuerzas a las de Egipto, y fue reemplazado por un hombre llamado Sapili. Posteriormente, había sido puesto bajo la custodia de Hattusili, a requerimiento del propio Hattusili, en la ciudad de Hakkissa. Aquí residió durante algunos años como su protegido, en condiciones de considerable comodidad³¹. Algunos especialistas creen que su restauración no tuvo lugar hasta que el propio Hattusili fue rey³². En realidad, Hattusili, más tarde, reclamó el crédito de reponer al rey en su trono, sin mención alguna de Urhi-Tesub³³. Pero, es más probable que recuperase el trono durante el reinado de Urhi-Tesub³⁴, aunque casi con toda seguridad, por influencia de Hattusili. Éste tenía en Bentesina un leal partidario —y una vez que volvió al estratégicamente importante reino de Amurru, un valioso aliado. Si el texto que hemos estado considerando pertenece realmente al reinado de Urhi-Tesub, entonces parece ser una notable franca admisión del desafío a un cierto número de decisiones de su padre. Desde otro punto de vista, es probable que deba atribuirse a un alto funcionario de Urhi-Tesub que lo compuso a petición de éste —un texto «penitencial» hecho en un momento en que el rey se vio obligado a excusarse por su conducta³⁵. Alternativamente, el texto podía haber sido compuesto después del reinado de Urhi-Tesub, a instancias de Hattusili III, a fin de realzar algunos de los «delitos» cometidos por Urhi-Tesub con el fin de justificar su expulsión del trono³⁶.

³¹ Singer (1991a, 168) especula sobre las razones del cálido tratamiento de I Hattusili a Bentesina y se pregunta si en esa época preveía ya su propia usurpación del trono hitita y la reinstalación de Bentesina en Amurru. ¿O acaso estuvo simplemente motivada por amistad personal?

³² Así, por ejemplo, Singer (1991a, 168 con n. 50), quien observa en KUB XXI 33 que el nombre del rey que reinstaló a Bentesina se ha perdido (pero véase n. 34) y que en el tratado de Sausgamuwa, Tudhaliya informa de que el responsable fue su padre.

³³ Hattusili: tratado de Bentesina (CTH 92) r. I 16-17. El hijo de I Hattusili, Tudhaliya, también atribuía la restauración de Bentesina a su padre en el tratado de Sausgamuwa, I 40-45.

³⁴ Véase Houwink ten Cate (1994, 247, n. 42), quien aduce pruebas que, prácticamente, confirman la reconstitución del nombre de Mursili (III) en el pasaje en cuestión. Para la supresión de información por parte de Hattusili (por razones políticas), véase Houwink ten Cate (1994, 247).

³⁵ Así, Houwink ten Cate (1974a, 128) que acepta la categorización de Stefanini del texto, así como la propuesta de Meriggi respecto a la autoría del texto. Véase, también, Houwink ten Cate (1994, 240-243) para más detalles y algunas revisiones de los puntos de vista expresados en su artículo (1974).

³⁶ Cfr. Meriggi (1962, 73, 76); Bin-Nun (1975, 281, n. 228).

Hay una cuestión más: ¿llevó a cabo Urhi-Tesub las actuaciones recogidas en nuestro documento mientras que su padre estaba aún en el trono, o después de su muerte? Algunos especialistas se han decantado por lo primero³⁷. Pero es difícil creer que durante el reinado del propio Muwatalli hubiera asignado a su hijo tanta autoridad, incluyendo la de poder reponer a vasallos en desgracia en sus tronos, tanto en el oeste como en el este del reino hitita —especialmente, cuando su restauración estaba expresamente prohibida. Incluso si hubiera cedido a su hijo esa potestad, su padre, seguramente, habría anulado cualquier decisión que hubiera sido contraria a las suyas propias.

Otra, indudablemente muy controvertida, actuación emprendida por Urhi-Tesub fue la rehabilitación de la reina Tanuhepa después de la remoción de su cargo por Muwatalli. Además, el rey hizo volver al hijo del más implacable enemigo de su tío, Arma-Tarhunda³⁸. Esta actuación, casi con toda seguridad, no tuvo el apoyo de Hattusili, y fue llevada a cabo, probablemente, en un momento en el que la tirantez entre tío y sobrino iba en aumento, hacia el final del reinado del último. Muy posiblemente había un motivo ulterior tras ello (véase más adelante).

Pero con anterioridad a esto, Hattusili parece haber ejercido una considerable influencia sobre su sobrino en asuntos relativos a la restauración de una particular persona o familia a su posición anterior. Otro ejemplo de esto es la acción emprendida en nombre de la familia de Mittannamuwa. El antiguo escriba jefe, Mittannamuwa, estaba ahora viejo y enfermo. Al nombrarle administrador de Hattusa, Muwatalli había conferido el cargo de escriba jefe a su hijo Purandamuwa. Posteriormente, por razones desconocidas para nosotros, el cargo había sido apartado de su familia. Sin embargo, Hattusili intercedió ante su sobrino en nombre de la familia, a la que le unían estrechos y antiguos lazos personales. En esta ocasión prevaleció la pretensión de Hat-

³⁷ Por ejemplo, Houwink ten Cate (1974a, 128). Una razón particular adelantada por Houwink ten Cate es que la hermana de Muwatalli, Massannauzzi, no habría sido una adecuada candidata para el matrimonio en la época del reinado de Urhi-Tesub a causa de su propia edad. Sin embargo, si aceptamos que ella estuviera en torno a los cincuenta años poco después de la firma del tratado de paz egipcio-hitita (sobre la base de la afirmación de Hattusili a este respecto en una carta a Ramesses), entonces probablemente tendría mediados los treinta durante el reinado de Urhi-Tesub —quizás una edad inusualmente avanzada, pero no incompatible con el matrimonio.

³⁸ *Apol.* § 10c, IV 3-6.

tusili y otro de los hijos de Mittannamuwa, Walwaziti (UR.MAH-ziti) fue nombrado «Gran Escriba»³⁹.

Hay pocas dudas de que los registros del reinado de Urhi-Tesub fueron sometidos a una buena revisión por parte de su inmediato sucesor. Por un lado, fue criticado por actuar contra las decisiones de su padre. Por otro, cualquier actuación «positiva» emprendida por él, o al menos bajo su autoridad, fue atribuida a su sucesor, como la restauración de Bentesina en el trono de Amurru. En un cierto número de actuaciones y de decisiones tomadas por Urhi-Tesub podemos ver la mano de Hattusili. Pero otras actuaciones, como la restitución de Sippaziti, deben de haber sido tomadas totalmente por propia iniciativa del rey y por sus propias razones personales —que más tarde se harán patentes.

PROBLEMAS AL OTRO LADO DEL ÉUFRAATES

Probablemente durante el reinado de Urhi-Tesub, llegaron nuevas a Hattusa de alarmantes acontecimientos al este del Éufrates. Aquí, Sattuara I, rey de Hanigalbat (lo que quedaba del antiguo reino de Mitanni)⁴⁰, había lanzado un ataque sobre Asiria, entonces gobernada por el rey Adad-Nirari (c. 1295-1264)⁴¹. Las razones para este ataque son desconocidas. Pero puede que no carecieran de provocación. En el pasado, los hititas habían conseguido controlar las agresivas iniciativas asirias en la región del Éufrates. Pero eran incapaces de disuadir a los asirios de proseguir con sus ambiciones territoriales en esa región, cada vez que surgía una ocasión adecuada. Inevitablemente, los restos del reino mitannio serían engullidos en algún gran avance de los asirios hacia el oeste.

El ataque de Sattuara puede tomarse como preventivo ante tal amenaza. Fue llevado a cabo totalmente por propia incitativa. Los hititas, según parece, no fueron consultados de antemano ni se les solicitó

³⁹ En KBo IV 12 (CTH 87) 15-30 se encuentra información sobre la fortuna de la familia de Mittannamuwa; véase Goetze (1925, 42-43).

⁴⁰ Singer (1985, 102) observa que la «extensión geográfica de Hanigalbat, en el borde septentrional de la llanura mesopotámica, la proporciona la descripción del territorio conquistado por Adad-Nirari y Salmanasar —desde el Tur 'Abdin hacia el oeste, a través de los cursos superiores del Jābur y del Balij hasta el Éufrates».

⁴¹ Las fechas concuerdan con la cronología corta propuesta por Wilhelm y Boese (1979).

apoyo. Bajo otras circunstancias éste podría haberse supuesto. Aunque nominalmente independiente de Hatti, con un gobernante con un estatuto parejo al del rey hitita⁴², Hanigalbat había proporcionado tropas a Muwatalli en la batalla de Kadesh y, al menos en teoría, gozaba de la protección hitita. Pero si su reino se hallaba ahora bajo una grave amenaza asiria, Sattuara podía tener poca seguridad en que un nuevo e inexperto rey hitita, preocupado por los asuntos de su propio reino, le suministraría un apoyo efectivo. Fue este razonamiento, quizás, lo que le llevó a tratar el asunto por cuenta propia. Presumiblemente, su quijotesca empresa terminó en fracaso.

Entonces Sattuara, rey del País de Hanigalbat, se rebeló contra mí y realizó actos hostiles: por orden de Assur, mi señor y aliado, ... lo cogí y lo llevé a mi ciudad, Assur. Le hice pronunciar un juramento y luego le permití volver a su país. Anualmente, mientras viviera, yo recibiría su tributo en mi ciudad, Assur (Inscripción real asiria, adaptada de la trad. de Grayson [1972, 60-61 § 392]).

Sattuara fue repuesto en su trono, pero perdió su independencia. Su reino ahora se había convertido en un territorio vasallo de Asiria. Los hititas, según parece, no hicieron intención de intervenir en el conflicto. Pero la conquista de Hanigalbat por Adad-Nirari debió de exacerbar las tensiones entre Hatti y Asiria. Las relaciones diplomáticas entre los dos reinos se mantuvieron, pero las relaciones eran tensas, según se dice posteriormente, si bien de forma algo contenida, en una carta de Hattusili a Adad-Nirari: «Los embajadores que tú enviabas aquí regularmente, en tiempos de Urhi-Tesub, habitualmente tenían tristes experiencias» (KBo I 14 [CTH 173] v. 15-16, trad. Goetze [1940, 31]).

Esto puede haber animado a Wasasatta, hijo y sucesor de Sattuara, a intentar desligarse del dominio asirio. Evidentemente, contaba con el apoyo de Hatti al actuar así⁴³. El esperado apoyo no se verificó y la rebelión fue aplastada.

Tras la muerte de Sattuara, su hijo Wasasatta, sublevado, se rebeló contra mí y realizó actos hostiles. Fue al País de Hatti por ayuda. Los hititas le sobornaron pero no le dieron ayuda. Con las fuerzas armas del dios Assur, mi señor, [...] tomé por conquista la ciudad de Taidi, su gran ciudad real, las ciudades de Amasaku, Kahat, Suru,

⁴² Muwatalli en su tratado con Alaksandu de Wilusa (CTH 76) enumera a sus reyes entre sus iguales; véase Friedrich (1930, 68-69 § 14, III 11).

⁴³ Véase Weidner (1930-1931).

Nabula, Hurra, Sudubu y Wassuganni. Cogí y llevé a mi ciudad, Assur, las posesiones de esas ciudades, la riqueza acumulada de los padres de Wasasatta y el tesoro de su palacio. Conquisté, quemé y destruí la ciudad de Taidi y sembré *kudimmas* en ella. Los grandes dioses me dieron el gobierno desde la ciudad de Taidi hasta la ciudad de Iridu, la ciudad de Eluhát y el Monte Kasiyari en su totalidad, la fortaleza de la ciudad de Sudu, la fortaleza de la ciudad de Harranu, hasta la ribera del Éufrates. En cuanto al resto de la gente de Wasasatta les obligué a trabajar a mi servicio. Pero respecto a él, saqué de la ciudad de Iridu a su «esposa de palacio», sus hijos, sus hijas y su gente. Atados los llevé con sus posesiones a mi ciudad, Assur. Conquisté, quemé y destruí la ciudad de Iridu y las ciudades que había en la provincia de Iridu (Inscripción real asiria, adaptada de la trad. de Grayson [1972, 60-61 § 393]).

Exasperado por este nuevo comienzo de las hostilidades contra su reino, Adad-Nirari probablemente retiró el estatuto de vasallo a Hanigalbat y lo anexionó al territorio asirio, estableciendo una residencia real en la ciudad de Taidi⁴⁴.

Un acontecimiento tal debió de ser visto con considerable alarma en la capital hitita, lo mismo que en el virreinato de Carkemish. Era bastante grave que Hanigalbat, que había constituido un importante amortiguador contra las invasiones asirias del territorio hitita, hubiera sido reducido al estado de vasallo hitita. Pero mucho peores eran las noticias de que Hanigalbat había sido completamente absorbido ahora por el reino de Adad-Nirari. El territorio asirio se extendía, entonces, hasta las mismísimas fronteras de Carkemish. En realidad, una carta escrita por Hattusili poco después de su subida al trono a Adad-Nirari reconocía, prácticamente, la total soberanía asiria sobre el antiguo reino de Hanigalbat⁴⁵.

No podemos estar plenamente seguros de cuándo tuvo lugar la abortada rebelión de Wasasatta. Pero muy bien pudo haber sucedido antes del final del reinado de Urhi-Tesub. De ser así debió de constituir un rudo golpe para la credibilidad del joven rey. ¿Qué confianza podía haber en su capacidad para defender los territorios sirios del reino contra las invasiones del otro lado del Éufrates, si era incapaz de prestar apoyo a un antiguo aliado de Hatti en la región? Sin embargo, aparentemente, Adad-Nirari no tenía planes inmediatos para proseguir sus éxitos con una campaña en tierras hititas. De hecho, parece haber inten-

⁴⁴ Véase Rowton (1959, 1). Según Rowton, esta conquista data de no más de seis años antes de la muerte de Adad-Nirari.

⁴⁵ KBo I, 14, tratado más adelante.

tado conservar lo que, en el mejor de los casos, era una incómoda paz con Hatti.

Escribió al rey hitita reclamando para sí mismo el título de «Gran Rey» y requiriendo el reconocimiento de «hermano». A esta petición recibió una desabrida respuesta. Después de reconocer de mala gana su victoria sobre Wasasatta y de aceptar que había llegado a ser un «Gran Rey», la carta hitita continúa:

Respecto a la hermandad... de la que hablas, ¿qué significa hermandad?... ¿Con qué justificación escribes sobre hermandad? ¿No son amigos los que escriben el uno al otro sobre hermandad? ¿Y por qué razón podría yo escribirte sobre hermandad? ¿Hemos nacido tú y yo, quizás, de la misma madre? ¡Como mi padre y mi abuelo no escribieron al rey de Assur sobre hermandad, igual no debes tú escribirme sobre hermandad, ni sobre grandes realzas! (KUB XXIII 102 [CTH 171] [= Hagenbuchner [1989, 260-264, núm. 192] 15-18, trad. Goetze [1975c, 258])⁴⁶.

Muy probablemente, el autor de la carta fue Urhi-Tesub⁴⁷. El joven rey se vio obligado a reconocer al asirio como el permanente señor del territorio de Mitanni. Pero rechazó aceptar que Adad-Nirari hubiese alcanzado con sus actos una posición que le valiese dirigirse al rey hitita como «hermano». Esta forma de tratamiento no era simplemente una cuestión de cortesía. Implicaba una relación de completa igualdad diplomática entre dos gobernantes de igual posición, casi siempre unidos por lazos familiares y, al menos de puertas afuera, destinados a la amistad y cooperación. Y esto, Urhi-Tesub, cuyo régimen ya era inseguro y que había sido humillado ahora por los éxitos militares del rey asirio, no estaba dispuesto a concederlo⁴⁸. De ahí su desabrida y algo petulante respuesta.

⁴⁶ Algunos especialistas han identificado al destinatario de esta carta como Salmansar, el sucesor de Adad-Nirari. Para una breve discusión de esta posibilidad alternativa, véase Harrak (1987, 75-77). El enfoque tradicional de que el destinatario es Adad-Nirari es el único que acepta Harrak y es el que yo adopto aquí.

⁴⁷ Aunque habitualmente se atribuye a su padre, o mejor aún, a su tío (después de su subida al trono) o incluso al hijo de su tío, Tudhaliya IV. Para la atribución a Urhi-Tesub, véase Hagenbuchner (1989, 263), apoyado por Beckman (1996, 138).

⁴⁸ Aunque, anteriormente, Muwatalli había citado al rey de Asiria entre aquellos a los que reconocía igual rango que a sí mismo (tratado de Alaksandu, Friedrich [1930, 68 § 14, III 12]). Respecto a la carta de arriba, Liverani (1990, 200) comenta: «El rey hitita es reacio a aceptar al rey asirio como un “Gran Rey”; ésta es una definición formal, basada en pruebas factuales que no pueden negarse. Pero rechaza la terminología de hermandad, que es una opción voluntaria y una metáfora social, que implica un acuerdo personal y que, por lo demás, es muy fácil de desmontar y de hacer ridícula.»

En interés de la *Realpolitik* podía haber considerado los beneficios de establecer unas relaciones diplomáticas más estrechas, en términos de total igualdad con Adad-Nirari, particularmente desde el punto de vista de la amenaza que todavía suponía Egipto para los territorios hititas en Siria. Si mediante un acuerdo con Asiria se podía conseguir mayor estabilidad en la región del Éufrates, los hititas estarían en una posición más fuerte para atender alguna nueva agresión egipcia por el sur, sabiendo que su flanco oriental estaba seguro. Habrían podido obtenerse diversas ventajas de responder positivamente a los contactos del rey de Asiria, incluso aunque Urhi-Tesub sospechase de sus intenciones últimas.

Quizás fue el fallo de Urhi-Tesub al hacerlo así, lo que ayudó a llevar hasta un punto crítico los asuntos de su propio reino.

EL DERROCAMIENTO DE URHI-TESUB

Lo que comenzó como una razonablemente armoniosa relación entre Urhi-Tesub y su tío se agrió más tarde. Desgraciadamente, sólo tenemos la versión de Hattusili de las causas de ello, una versión que, predeciblemente, asigna toda la responsabilidad a Urhi-Tesub. Según Hattusili, los celos de su sobrino fueron la causa principal de la creciente hostilidad entre ambos: «Cuando Urhi-Tesub vio la buena voluntad de los dioses hacia mí, me tuvo envidia y trató de dañarme. Alejó de mí a todos mis súbditos. Además, me quitó todas las tierras deshabitadas que yo había recolonizado y me debilitó» (*Apol.* § 10c, III 54-59).

El hecho real es que Urhi-Tesub tenía buenas razones para desconfiar de su tío, hasta el punto de verse forzado a despojarle de gran parte de sus poderes. No se negaron las sustanciales contribuciones hechas por Hattusili al reino, particularmente el refuerzo de las regiones septentrionales contra ataques enemigos y la reconquista y recolonización de zonas que habían estado durante mucho tiempo bajo control y ocupación del enemigo. Además, en los primeros tiempos del reinado de Urhi-Tesub, uno de los supremos logros de Hattusili fue la reocupación y reconstrucción de la ciudad santa de Nerik⁴⁹, que había sido

⁴⁹ *Apol.* §10 b, III 46'-48'. El propio Hattusili lo consideró como uno de los hitos de su carrera. Cfr. Von Schuler (1965, 57); Archi (1971, 194). *CTH* 90 contiene más fragmentos relativos a la restauración de Nerik; véase, también, Cornil y Lebrun (1972).

tomada y saqueada por los kaskas durante el reinado de Hantili II unos doscientos años antes⁵⁰, y permaneció en ruínas desde entonces:

Mi señora, diosa Sol de Arinna, tú sabes cómo antaño los reyes descuidaron a Nerik. A aquellos reyes del pasado, tú les diste armas, mi señora, diosa Sol de Arinna, y ellos subyugaron a los países enemigos de alrededor. Pero ninguno hizo intención de reconquistar la ciudad de Nerik. Sin embargo, tu servidor Hattusili —aun cuando él no era rey, sino solamente un príncipe— fue quien tomó la ciudad de Nerik (de la oración de Puduhepa a la diosa Sol de Arinna, KUB XXI 27 [CTH 384], r. 16-25).

Convencido de que el derecho divino estaba de su lado, consciente del apoyo personal que tenía en el reino, y consciente, también, de todo lo que él había conseguido para el reino, Hattusili podría haber puesto sus miras, ahora, en mayores recompensas. Al hacerlo así plantearía, indudablemente, una grave amenaza al hombre a quien le era debida su primera lealtad. Había estado contento al apoyar al joven rey durante el tiempo que mantuvo una fuerte influencia sobre él y éste confió ciegamente en su consejo y apoyo. Pero conforme Urhi-Tesub comenzó a actuar con independencia de su tío y contra su consejo —su respuesta a Adad-Nirari puede ser un caso puntual— la tirantez entre ambos debió crecer. Su propia posición tenía que permanecer segura, Urhi-Tesub no podía permitir por más tiempo que su tío ejerciera las considerables facultades que le habían sido asignadas.

Comenzó por despojarle de los territorios en los que ejercía su autoridad directa, aunque dejándole todavía el control de Hakkissa, su sede del poder, y Nerik, donde era sacerdote del dios Tormenta. Puede que hubiera, además, otras causas para arrebatarle a su tío las regiones en las que antaño tuvo dominio. Su designación como rey de las regiones septentrionales había estado estrechamente ligada al cambio que hizo Muwatalli de la capital hitita a Tarhuntassa y su próximo enfrentamiento con Egipto. Pero con la vuelta de la capital hitita a Hattusa y conseguidos los objetivos principales del nombramiento de Hattusili en el norte, no había tanta justificación para mantener el ordenamiento hecho por Muwatalli.

Inicialmente, Hattusili aceptó la reducción de su posición y permaneció sumiso a la autoridad de su sobrino —a causa, afirmaba él, de su

⁵⁰ La destrucción está narrada en KUB XXV 21 (CTH 524.1) III 2-5, donde se afirma que permaneció deshabitada durante quinientos años. Eso, evidentemente, es un «número redondo» e hinchado, además.

propio sentido de la rectitud de conducta y por lealtad y respeto a la memoria de su hermano. Pero mientras que controlase Hakkissa y Nerik todavía seguía siendo una amenaza para el rey⁵¹. Posteriormente, Urhi-Tesub intentó privarle también de ellas. Ésa fue la última gota:

Durante siete años me sometí. Pero a una orden divina y con humana urgencia, Urhi-Tesub buscó destruirme. Me quitó Hakkissa y Nerik. Entonces ya no me sometí a él por más tiempo. Hice guerra contra él. Pero no cometí crimen al hacerlo así, alzándome contra él con carros o en el palacio. De manera civilizada me comuniqué con él: «Tú has iniciado las hostilidades contra mí. Ahora, tú eres Gran Rey, pero yo solamente soy rey de una fortaleza. Eso es cuanto me has dejado. ¡Vamos! ¡Istar de Samuha y el dios Tormenta de Nerik decidirán nuestro caso!» Puesto que yo escribí a Urhi-Tesub de esa manera, si alguno dice ahora: «¿Por qué después de haberle rey, tú le escribes ahora sobre guerra?» (mi respuesta sería): «Si él no hubiera empezado a luchar contra mí, ¿le habrían sometido, ahora, la diosa Istar y el dios Tormenta, a un pequeño rey?» Porque él comenzó la lucha contra mí, los dioses lo han sometido a mí para su juicio (*Apol.* § 10c, III 63-79).

La suerte estaba echada. Hattusili intentaba presentar el conflicto no como una rebelión, sino como una «respuesta legal, basada en la corrección de conducta y en la legitimidad de las funciones»⁵². El resultado se decidiría, no por la fuerza de las armas, sino por el juicio divino: «Tú eres un Gran Rey, en tanto que yo soy un pequeño rey. Deja que vayamos a juicio ante el dios Tormenta, mi señor, y Sausga de Samuha, mi señora. Si tú ganas en el juicio, ellos te levantarán; pero si gano yo en el juicio, ellos me levantarán» (KBo VI 29 [*CTH* 85.1] II 1-8, trad. Liverani [1990, 156]).

Tuviera o no seguridad de poseer las fuerzas para derribar a su tío, Urhi-Tesub no podía esperar más tiempo. Reuniendo precipitadamente sus tropas en Hattusa, tomó la iniciativa al marchar hacia las Tierras Altas para enfrentarse con él. Al hacerlo así evitaría, al menos, sangrientos combates entre sus fuerzas y las de su tío en el interior de la propia Hattusa. Pero había mayores riesgos. No podía estar seguro del apoyo que recibiría de sus propios súbditos ni cuántos de ellos se unirían en torno a Hattusili. Además, él estaba forzando un choque en lo

⁵¹ Véase KUB XXI 19 (+), v. III 26'-35' (de la oración de Hattusili y Puduhepa a la diosa Sol de Arinna).

⁵² Liverani (1990, 155-156).

que había sido el territorio lar de su tío. Desde luego, Hattusili se había encontrado con oposición en la región. Pero habían sido muchos más los que se habían identificado estrechamente con el hombre que había llevado la paz y la estabilidad, el que durante muchos años había sido su rey. Seguramente las lealtades de la región se hallarían mejor con un hombre así, que con el mediocre y muy poco probado ocupante del trono de Hattusa.

Consciente de esto, Urhi-Tesub designó a Sippaziti, hijo de Arma-Tarhunda, a quien había traído del exilio, para unir sus tropas a él en la Tierras Altas. El precio del apoyo de Sippaziti pudiera haber sido una promesa de rehabilitación de su familia en la región y el nombramiento de Sippaziti en el antiguo puesto de su padre como gobernador de las Tierras Altas. Presumiblemente, la familia de Arma-Tarhunda todavía tendría sus partidarios allí, incluyendo a aquellos que habían protestado contra la remoción de Arma-Tarhunda del cargo. De ser así, esto pudiera haber dado ventaja a Urhi-Tesub⁵³.

Pero fue una estrategia desesperada. Sippaziti fracasó en reunir el apoyo de las Tierras Altas que era esencial para el triunfo de Urhi-Tesub. Hattusili, por su parte, fue capaz de juntar una considerable fuerza en la región que incluía elementos de las tribus kaskas a los que había permitido asentarse dentro del territorio hitita. Pero quizás más importante, un significativo número de la nobleza hitita parece haberse apiñado al lado de Hattusili. Por lo menos, algunos de ellos eran súbditos desafectos que habían sido desterrados por Urhi-Tesub⁵⁴. Otros pueden haber actuado así por desprecio a la «ilegitimidad» del rey⁵⁵. Pero la mayoría puede haber querido asegurarse de que estaban del lado del vencedor —y juzgaban que las probabilidades, con o sin intervención divina, favorecían claramente a Hattusili.

El conflicto terminó con una decisiva derrota de Urhi-Tesub. Había conseguido alcanzar Samuha, donde estableció su base. Pero Hat-

⁵³ Los estados vasallos del oeste también pueden haber tomado partido en el conflicto. Masturi, rey del País del Río Seha, había rechazado el reconocimiento de la legitimidad de la sucesión de Urhi-Tesub y había apoyado a Hattusili (Tudhaliya IV: tratado de Sausgamuwa (CTH 105) II 24-29, que se verá en el cap. 12), mientras que los reyes de otros países de Arzawa permanecían leales a Urhi-Tesub. Entre éstos estaban el rey de Mira, como lo indica su correspondencia con el faraón Rameses II (CTH 166, tratado en el cap. 11) y otro innominado rey de Arzawa (KUB XXXI 69 r. 7 = KUB XV 6 II 12 [CTH 590]). Sin embargo, posiblemente el conflicto había llegado a su fin antes de que los vasallos del oeste se implicasen activamente en él.

⁵⁴ *Apol.* § 12, IV 19-20.

⁵⁵ Como Goetze (1975c, 257) sugiere.

tusili puso la ciudad bajo asedio, encerrando a Urhi-Tesub en ella «como a un cerdo en su pocilga»⁵⁶, y forzándole posteriormente a rendirse. Urhi-Tesub había dejado Hattusa como rey del reino hitita: sufriría ahora la ignominia de retomar a la ciudad como prisionero de su tío, probablemente unos pocos años después de que asumiera el poder real⁵⁷. Fue finalmente depuesto y su tío subió al trono.

HATTUSILI SE CONVIERTE EN REY

En una fórmula, única entre los gobernantes del Reino Nuevo, Hattusili proclamó su genealogía:

«Así (habla) el Tabarna Hattusili, el Gran Rey, Rey de Hatti, el Héroe, amado de la diosa Sol de Arinna, del dios Tormenta de Nerik, e Istar de Samuha; hijo de Mursili el Gran Rey, Rey de Hatti, el Héroe; nieto de Suppiluliuma el Gran Rey, Rey de Hatti, el Héroe; bisnieto (= descendiente?) de Hattusili, el Gran Rey, (el) de la semilla de Kussara (que fue) elegido de los dioses» (KBo VI 28 [CTH 88] adaptado de la trad. de Güterbock [1973, 101]).

Al trazar su ascendencia hasta su más antiguo homónimo y reivindicar que los dioses estaban de su lado, Hattusili intentaba eliminar toda duda de que él era, en realidad, el legítimo sucesor en el trono de su hermano⁵⁸.

Pero su golpe no tuvo el apoyo unánime de sus súbditos. En una proclama al pueblo de Hattusa reconoce la división en la población entre sus partidarios y los de Urhi-Tesub⁵⁹. En realidad, puede que hubiera conflictos en la propia Hattusa que llevaron al saqueo y destruc-

⁵⁶ *Apol.* § 11, IV 25-26.

⁵⁷ La duración de su reinado es incierta. Hattusili afirma que «se sometió a él durante siete años» (*Apol.* § 10c, III 62). Esto puede indicar el período de tensión declarada entre tío y sobrino, que quizás fuera precedido de varios años de relativa armonía a continuación de la subida al trono de Urhi-Tesub. Sin embargo, se ha afirmado que el reinado de Urhi-Tesub pudo ser mucho más corto, exagerando Hattusili su duración para enfatizar cuánto tiempo había soportado la injusticia de su sobrino hacia él. Este enfoque puede requerir una nueva evaluación a la luz del sustancial número de *bullae* atribuidas a Urhi-Tesub en el archivo de sellos de Nişantepe.

⁵⁸ Cfr. Archi (1971, 196). Éste asume que en la expresión «bisnieto de Hattusili» el término de relación está utilizado en el sentido amplio de «descendiente» (cfr. Gurney [1979b, 223, n. 35]), en referencia al más antiguo homónimo de Hattusili, Hattusili I.

⁵⁹ KUB XXI 37 (CTH 85), ed. Archi (1971, 203-208).

ción de lo que era, quizás, el tesoro real⁶⁰. La primera tarea de Hattusili era reunir a la gente y reconciliarla con el golpe. Intentó proyectar la imagen de la parte agraviada que había sido resueltamente leal a Muwatalli e, inicialmente, a su sucesor Urhi-Tesub; fue la ingratitud de éste al despojarlo de todo su poder lo que había forzado la actuación que le llevó al trono. Ahora era el momento de la reconciliación. No habría recriminación para aquellos que habían tomado parte por Urhi-Tesub en el conflicto. Pero, en adelante, la sucesión permanecería dentro del linaje de Hattusili. En lo sucesivo, los hijos de Urhi-Tesub y de este modo, los descendientes directos de Muwatalli, estaban explícitamente excluidos del derecho a ocupar el trono:

En el futuro debéis apoyar a los hijos de Mi Sol. Si algo ocurriera a un hijo mío, vosotros, pueblo, debéis apoyar en la realeza a aquellos hijos que yo, Mi Sol, tenga con la reina. No cojáis a ningún otro descendiente. Nadie buscará a un hijo de Urhi-Tesub (KUB XXI 37 10-14, adaptado de la trad. de Van den Hout [1995, 1114]).

EL EXILIO

¿Qué se hizo de Urhi-Tesub? La prisión indefinida en Hattusa, evidentemente, no era una opción. El destierro de la capital era el castigo tradicional para los miembros de la familia real que habían caído en desgracia o habían sido apartados del poder. Y, tradicionalmente, el rey que imponía este castigo había intentado asegurar que la persona desterrada continuara viviendo en un razonable bienestar. Pero si el rey destronado hubiese sido exiliado a un lugar cercano a la capital, la posibilidad de un intento de contragolpe no debería excluirse. El exilio a una ciudad lejana a la sede del poder, pero todavía bajo control hitita, era la mejor elección. Hattusili escogió las tierras de Nuhasse, en Siria, como lugar del destierro⁶¹.

Esto se ha visto como un «honorable exilio»⁶², y suponía el ejercicio de alguna responsabilidad —ya que Urhi-Tesub fue nombrado gobernador de algunas ciudades fortificadas de la región. Quizás Hattusili esperaba que, al mantener a su sobrino ocupado con algunas funciones administrativas, podría apartar sus pensamientos de intentar

⁶⁰ Esto se indica posteriormente en una carta escrita por Puduhepa al faraón Rameses, tratada en el cap. 11.

⁶¹ *Apol.* § 11, IV 32-33.

⁶² Así, Gurney (1990, 28).

reconquistar su trono. El nuevo rey también podría haber confiado en su protegido Bentesina, ahora repuesto en el trono vasallo de Amurru, para vigilar la conducta de Urhi-Tesub y alertarle de cualquier actividad sospechosa en la que éste pudiera embarcarse.

Pero cualesquiera que fuesen las consideraciones que llevaron al exilio de Urhi-Tesub en esta región, la decisión se constató como una gran equivocación cuyas consecuencias obsesionaron a Hattusili durante el resto de su reinado. Había infravalorado gravemente la determinación de Urhi-Tesub de recuperar el trono. Al poco tiempo de su llegada a Nuhasse parece que comenzó subrepticiosos tratos con Babilonia⁶³. El propósito específico se desconoce, pero casi con certeza, Urhi-Tesub lo consideraba como un primer paso para aumentar los apoyos extranjeros dentro de la región del Éufrates y para reforzar su posición, hasta el momento en que pudiera cimentar su reivindicación al trono hitita. Su comunicación con el rey asirio Salmanasar, que llegó al poder no mucho después de la subida al trono de Hattusili, puede también haber tenido el mismo propósito final⁶⁴.

El golpe de Hattusa debió de crear cierta perplejidad en las cortes extranjeras⁶⁵. ¿Quién era el legítimo ocupante del trono de Hatti? ¿Con quién —Hattusili o Urhi-Tesub— deberían negociar los gobernantes extranjeros al establecer o mantener relaciones diplomáticas con Hatti? Mientras que Urhi-Tesub permaneciera en libertad, las dudas sobre el legítimo rey de Hatti persistirían. Se requería una actuación rápida.

Al recibir las noticias de los tratos de su sobrino con los babilonios, e intentando prevenir cualquier movimiento que hubiera hecho para evadirse de su autoridad, Hattusili ordenó su traslado a un nuevo lugar de exilio, bien en algún lugar de la costa, o en el mar en el País de Alasiya (Chipre)⁶⁶. Urhi-Tesub permaneció desafiante. Estaba decidido a

⁶³ *Apol.* § 11, IV 34-35. La *Apología* afirma que habría actuado para el País de Karduniya (es decir, Babilonia) si Hattusili no hubiera abortado su plan. Urhi-Tesub podía haber preparado ya el camino para una visita a Babilonia con, al menos, algunas negociaciones preliminares con funcionarios babilonios, si no con el propio rey de Babilonia Kadasman-Turgu.

⁶⁴ Este puede haber sido el tema de una carta que escribió a Salmanasar, que el hijo de éste, Tukulti-Ninurta, posteriormente devolvió a Tudhaliya IV, como se indica en la carta de Tudhaliya a Tukulti-Ninurta, KUB XXVI 70 (*CTH* 209.21); véase Otten (1959, 67-68); Hagenbuchner (1989, 266-267, núm. 194).

⁶⁵ Así, Archi (1971, 208).

⁶⁶ El nuevo lugar de exilio era A.AB.BA *ta-pu-ša*. Esta frase significa, o bien «al otro lado del mar», o bien «a lo largo del mar» —esto es, en la costa. Si es esto último, Houtwink ten Cate (1974a, 139) sugiere Mira, una comarca de Arzawa, como una posibilidad.

escapar de las garras de su tío y encontrar los medios de recuperar su trono.

Tan pronto como se presentó la oportunidad, eludió a sus custodios hititas, huyó de su lugar de exilio y posteriormente reapareció en la corte del hombre que había sido el más encarnizado enemigo de su padre —Ramesses, faraón de Egipto⁶⁷. Hattusili escribió rápidamente a Ramesses pidiéndole la extradición de su sobrino. Ramesses rehusó secamente, como lo indica en una carta que Hattusili escribió al rey babilonio Kardasman-Enlil II:

Mi enemigo, que huyó a otro país, llegó al rey de Egipto. Cuando le escribí: «Tráeme a mi enemigo», él no me llevó a mi enemigo. Entonces yo y el rey de Egipto nos convertimos en enemigos uno del otro y escribí a tu padre: «El rey de Egipto vino en ayuda de mi enemigo.» Así que tu padre mantuvo a raya al mensajero de Egipto (KBo I 10 + KUB III 72 [CTH 172] r. 67-69, trad. Wouters [1989, 230])⁶⁸.

La negativa de Ramesses a entregar a Urhi-Tesub debió de ser un duro golpe a la credibilidad de Hattusili como legítimo soberano del mundo hitita, al menos a los ojos de aquellos reyes con quienes Hattusili intentaba establecer relaciones diplomáticas. Ahora, más que nunca, era ineludible para Hattusili eliminar toda duda en las cortes extranjeras de que las riendas del poder en Hatti estaban firmemente en sus manos.

⁶⁷ Houwink ten Cate (1994, 246) sugiere que su huida a Egipto puede estar mencionada en una carta de Hattusili a Bentesina, KUB III 56 (CTH 208.4) = Hagenbuchner (1989, 379-382, núm. 267).

⁶⁸ El enemigo del rey que huyó a Egipto permanece innominado en este pasaje, pero su identificación con Urhi-Tesub es prácticamente segura; cfr. Helck (1963, 96); Houwink ten Cate (1974a, 139); Wouters (1989, 230).

CAPÍTULO 11

Hatti y el mundo de la diplomacia internacional: el reinado de Hattusili III (c. 1267-1237)

HATTUSILI COMO DIPLOMÁTICO INTERNACIONAL

Vigoroso estratega militar como lo fue antes de ocupar el trono, la imagen predominante de Hattusili en su propio reinado es la de diplomático y conciliador. Esto, en parte, puede ser un reflejo del paso de los años. Estaba en los cincuenta en la época de su subida al trono y quizás estuviese sufriendo, cada vez con más rigor, los ataques de su mala salud. No parece que tuviera ambiciones de aumentar el territorio hitita más allá de las fronteras establecidas por sus grandes antecesores y, efectivamente, emprendió personales campañas militares en Anatolia y más allá con notable desgana. El énfasis se ponía ahora en asegurar la inviolabilidad del territorio del reino, estableciendo alianzas diplomáticas formales con los reyes extranjeros cuyos reinos lindaban con los territorios propios. Esto fue lo más importante a la vista del estigma de ilegalidad asociado a su ocupación del trono hitita y los persistentes intentos del depuesto rey Urhi-Tesub por reconquistar el trono —aunque necesitara recurrir al apoyo extranjero. Por encima de todo, Hattusili necesitaba convencer a sus regios colegas —particularmente a los reyes de Asiria, Babilonia y Egipto— de que él, y no Urhi-Tesub, era el legítimo rey de Hatti y que era con él con quien habían de emprenderse todas las negociaciones diplomáticas.

Poco después de su subida al trono estableció una alianza con el rey de Babilonia, Kadasman-Turgu, suscribiendo un tratado con él y convenciéndole para que rompiera sus relaciones con Egipto. Pero, al

año más o menos del tratado, murió Kadasman-Turgu y le sucedió su hijo Kadasman-Enlil II¹, quien rápidamente restableció las relaciones diplomáticas con Egipto. Hattusili se enojó y quedó frustrado con las nuevas. No obstante, las protestas desconsideradas y las amenazas sólo valdrían para reforzar los lazos entre Babilonia y Egipto y para poner en peligro cualquier esperanza de convencerle para renovar la alianza de su padre con Hatti. Hattusili también era consciente de que la política del joven rey estaba muy influida por su poderoso visir Itti-Marduk-balatu, jefe de una facción antihitita y proasiria en la corte babilónica. A la vista de las potenciales amenazas planteadas, tanto por Egipto como por Asiria, respecto a los territorios de Siria súbditos de los hititas, Hattusili tuvo que poner gran esmero en cultivar las buenas relaciones con Kadasman-Enlil.

Así, le escribió en términos muy mesurados, recordándole el acuerdo de su padre con el nuevo régimen de Hattusa y reprendiéndole suavemente por su fallo en renovar y mantener el acuerdo.

Quando tu padre y yo establecimos relaciones diplomáticas² y cuando nos convertimos en amantes hermanos, no nos hicimos hermanos por un único día; ¿no establecimos permanentes relaciones de fraternidad basadas en la comprensión entre iguales? Entonces hicimos el siguiente acuerdo: Nosotros solamente somos seres humanos; el superviviente protegerá los intereses de los hijos del otro, que ha marchado hacia su destino. Mientras que los dioses guardaron mi vida y conservaron mi gobierno, tu padre falleció y yo le lloré como corresponde a nuestra relación de fraternidad. Cuando yo hice lo que es adecuado (?), después de la muerte de tu padre, sequé mis lágrimas y despaché un mensajero al País de Babilonia y envié el siguiente mensaje a los altos funcionarios de Babilonia: «Si vosotros no mantenéis al hijo de mi hermano como gobernante, yo me convertiré en vuestro enemigo e iré a invadir Babilonia; pero (si lo hacéis, entonces) enviadme recado si algún enemigo se alza contra vosotros o si alguna dificultad os amenaza y yo iré en vuestra ayuda.» Mi hermano era joven en aquellos días y así, yo pienso que nadie le leyó nunca esa tablilla; ahora, esos viejos escribas no viven ya y ninguna de las tablillas se guardó nunca en los archivos, de forma que

¹ Según la reconstrucción estándar de la cronología babilónica, Kadasman-Turgu reinó desde 1281 hasta 1264 y Kadasman-Enlil desde 1263 hasta 1255; véase Brinkman (1976, 31). Esas fechas necesitarán alguna revisión conforme salga a la luz nueva información; véase Brinkman (1983).

² Houwink ten Cate (1974a, 145) fecha el tratado entre Kadasman-Turgu y Hattusili en el período posterior a los anteriores tratos de Urhi-Tesub con Babilonia y su salida de Nuhasse.

pudieran ser leídas ahora por ti (Extracto de KBo I 10 + KUB III 72 [CTH 172], trad. Oppenheim [1967, 139-140]).

Desgraciadamente, el resultado de la larga y cuidadosamente redactada carta de Hattusili al joven Kadasman-Enlil permanece desconocido.

Fue probablemente por la misma época en la que Hattusili formalizó su relación con el rey amorreo Bentesina, suscribiendo un tratado con él —un tratado que, aparentemente, el propio Bentesina gestionó a fin de confirmar la legitimidad de su régimen y asegurar la sucesión para sus descendientes³. Hattusili, sin duda, respondió al requerimiento con presteza. Todo acuerdo formal que él concluyera, bien fuera con vasallos o con gobernantes extranjeros, servía para reforzar su posición en el trono hitita y ampliar las bases de apoyo a las que podría recurrir si esa posición llegase a peligrar. Al vasallo se le recordaba que debía agradecer a Hattusili su restauración en el trono de Amurru (aunque la decisión formal de su reincorporación hubiese sido tomada por Urhi-Tesub). Y su relación con Hattusili se reforzó con una doble alianza matrimonial entre las dos familias reales.

Mi hijo Nerikkaili tomará a la hija de Bentesina del País de Amurru en matrimonio⁴. Y yo he dado a la hija del rey, Gassuliya-wiya⁵, al País de Amurru en la casa real de Bentesina en matrimonio⁶. En el País de Amurru ella tendrá el estatuto de reina, el hijo y los nietos de mi hija tendrán por siempre la realeza en el País de Amurru (Hattusili: Tratado de Bentesina, *PD*, núm. 9 [CTH 92], 128-129 r. 18-21).

³ Tratado de Hattusili con Bentesina, *PD*, núm. 9 [CTH 92], 128-129 r. 24-26. Según Houwink ten Cate (1994, 244) existirían referencias indirectas al tratado en las cartas enviadas por Bentesina a Hattusili (KBo VIII 16 [CTH 193] = Hagenbuchner [1989, núm. 260, 370-372]) y a Puduhepa (KBo XXVIII 54 = Hagenbuchner [1989, núm. 263, 375-377]).

⁴ Para la interpretación de este aserto como referente al futuro, mejor que (como se hizo en un principio) al pasado, véase Hagenbuchner (1992, 112, n. 6); Houwink ten Cate (1992a, 259-260, n. 41 [referente a la lectura propuesta por Del Monte]; 1994, 248). Esto supone que el tratado fue concluido antes de que tuviera lugar el matrimonio de Nerikkaili.

⁵ Tenía el mismo nombre que su abuela, la malhadada primera esposa de Mursili. En cuanto a la incertidumbre respecto a la asignación de los textos que contienen el nombre de Gassul(iy)awiya entre abuela y nieta, véase el trabajo de Roos (1985-1986, 77-79); Singer (1991c, 328-329) y en este libro el cap. 8, n. 69 (con referencia a la oración KBo IV 6).

⁶ El matrimonio está citado también en una carta de Puduhepa, KUB XXI 38 [CTH 176].

Aunque no destinado para ser rey, estuvo, indudablemente, señalado para altos cargos y para una distinguida carrera en el reino. Muwatalli vio en su hermano Hattusili un adecuado guardián y tutor del joven príncipe, a fin de prepararle para su futuro papel. Hemos sugerido (cap. 9) que la decisión de Muwatalli de enviar a Kurunta a su hermano en Hapissa pudo estar influida por disputas familiares dentro de la corte real, y por su deseo de garantizar que al menos uno de sus hijos estaría protegido de las posibles consecuencias de esas disputas.

Hattusili desempeñó esas responsabilidades de tutela concienzudamente. Crió a su sobrino como a uno de sus propios hijos y se desarrolló una amistad particularmente estrecha entre Kurunta y su primo Tudhaliya. Si podemos tomar literalmente lo que la tablilla de bronce nos dice, esto estrechó muchísimo los lazos entre Kurunta y la familia de Hattusili. En las revueltas que acompañaron a la subida al trono de Hattusili, Kurunta, según parece, permaneció leal a su tío. Por esto fue recompensado con el prestigioso nombramiento de rey en el País de Tarhuntassa: «Pero cuando mi padre quitó a Urhi-Tesub de la realeza, seguidamente, mi padre tomó a Kurunta y le hizo rey en el País de Tarhuntassa» (Tablilla de bronce § 3, I 14-15).

Según parece, el nombramiento de Kurunta siguió muy de cerca a la subida al trono de Hattusili. El ritmo seguramente fue deliberado. Dado que el golpe había conducido a una guerra civil y a una grave división dentro de la propia Hattusa, Urhi-Tesub debía tener significativos seguidores entre sus súbditos, al menos en la capital. Había perdido su trono y había sido desterrado —pero aún había otro hijo de Muwatalli. Los partidarios de Urhi-Tesub podrían, perfectamente, haber dirigido su apoyo a este segundo hijo si él hubiera permanecido en Hattusa. Como mínimo, su continua presencia en la capital habría sido una constante molestia para el nuevo rey. Fue comprensible, quizás obligado, que Hattusili apartara a ambos hijos de la ciudad en la primera oportunidad posible. Por tanto, tan pronto como Hattusili alcanzó el trono, Kurunta fue enviado a Tarhuntassa¹⁵.

Aunque no fuera ya la capital hitita, Tarhuntassa seguía teniendo un papel importante en los asuntos de Hatti. Sin duda esto se debía, en buena parte, a su situación estratégica al extenderse hasta la costa sur de Anatolia y bordear Kizzuwadna. Como veremos, esta región asumió una creciente importancia en las últimas décadas del reino. Así, el nombramiento de Kurunta para la antigua sede real de su padre

¹⁵ Cfr. Van den Hout (1995a, 86).

Hattusili tenía una multitud de hijos e hijas, disponibles para matrimonios políticos con gobernantes vasallos o reyes extranjeros. Además del doble matrimonio con la casa real de Amurru, sabemos de otro doble matrimonio con la casa real de Babilonia, la provisión de dos de las hijas de Hattusili para el faraón Ramesses, la provisión de una hija (?) Kilushepa para el rey vasallo de Isuwa⁷, y, durante el reinado de Tudhaliya, otra hija de Hattusili fue casada con el rey amorrita Sausgamuwa. Los matrimonios políticos eran un viejo medio de consolidación de alianzas entre las familias reales⁸. Los comprometidos por Hattusili también ayudaban a proporcionarle el reconocimiento que tan vivamente buscaba entre los gobernantes extranjeros como el verdadero rey de Hatti.

Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos diplomáticos, tanto en los escenarios internacionales como entre sus gobernantes vasallos, Hattusili nunca se sintió seguro en el trono que había tomado por la fuerza, en tanto que su predecesor anduviera libre y bajo la protección del más poderoso de sus colegas, Ramesses, faraón de Egipto. Esto, indudablemente, exacerbaba la tirantez entre Hatti y Egipto y acabaría teniendo la mayor importancia en las relaciones hitito-egipcias en los años venideros⁹.

Antes de considerar esto nuevamente, volveremos un poco sobre nuestros pasos a fin de recoger varios hilos sueltos, tanto domésticos como exteriores, que se entretrecen en el cañamazo de los acontecimientos influyentes en el reinado de Hattusili.

OTRO POTENCIAL ASPIRANTE AL TRONO

El domingo 20 de julio de 1986, en el transcurso de las excavaciones alemanas de Hattusa se descubrió una tablilla de bronce en perfecto estado de conservación, con más de 350 líneas de texto cuneiforme

⁷ Véase KUB XV 1 (CTH 584.1) III 54-55, KUB XV 3 (CTH 584.2) IV 10-12, ambas trad. y estudio de Güterbock (1973b, 139-140), y KUB LVI 14 IV 1. Para estudios recientes de la identificación de Kilushepa, véase de Roos (1985-1986, 76) quien argumenta que era, o bien una hija, o bien una hermana de Puduhepa, y Singer (1991c, 327-328).

⁸ Sobre matrimonios políticos en Oriente Próximo, véase Röllig (1972-1975; 1974).

⁹ Hay cierta controversia en cuanto a si la huida de Urhi-Tesub a Egipto tuvo lugar antes o después del tratado que, finalmente, Hattusili firmó con Ramesses, estudiado más adelante. Houwink ten Cate (1974a, 140, 145, etc.; 1994, 243) asigna la huida al período posterior al tratado, contra Edel (1958); Helck (1963, 96; 1971, 214); cfr. Rowton (1959, 6, n. 31; 1966, 244-249).

hitita. Salió a la luz bajo una zona pavimentada, justo en el interior de la muralla sur de la ciudad, cerca de la Puerta de la Esfinge¹⁰. La trascendencia de este hallazgo fortuito apenas si se puede estimar. Es la única tablilla de bronce que conocemos en el mundo hitita y lanza un importante y nuevo rayo de luz sobre la geografía política de Anatolia durante el Bronce Tardío y proporciona importante, y hasta ahora desconocida, información sobre los acontecimientos políticos en el reino hitita en el siglo final de su existencia.

El texto de la tablilla es el de un tratado redactado entre el hijo y sucesor de Hattusili, Tudhaliya IV, y un hombre llamado Kurunta. Antes del descubrimiento de la tablilla, Kurunta ya era conocido por nosotros como sobrino de Hattusili¹¹, un «poderoso rey» durante el reinado de Hattusili¹², y el hombre nombrado por Hattusili como gobernante de Tarhuntassa¹³. La tablilla de bronce confirma que Kurunta era un príncipe hitita, un segundo hijo del rey Muwatalli¹⁴ y, por tanto, hermano de Urhi-Tesub. También proporciona muy valiosa y nueva información sobre el papel representado por Kurunta en el reino hitita después de que su hermano subiera al trono.

En la época de la muerte de Muwatalli, Urhi-Tesub tenía evidente prioridad sobre Kurunta en la sucesión real. Éste seguramente tenía la misma posición que su hermano (esto es, hijo de una concubina) pero era más joven que él. Mientras se preparaba a Urhi-Tesub para la sucesión, Muwatalli había confiado a Kurunta al cuidado de su tío Hattusili: «Ya, Muwatalli, el rey, había confiado a Kurunta a mi padre Hattusili para criarlo, y así, mi padre le crió» (Tablilla de bronce § 2, I 12-13).

¹⁰ El texto Bo 86/299 ha sido publicado por Otten (1988a). Véase, también, Otten (1989a).

¹¹ *Apol.* § 12b, IV 62.

¹² Es citado así en la llamada carta de Tawagalawa, KUB XIV 3 (*CTH* 181) I 73-74, tratada más adelante; para la lectura, aquí, del nombre ^DLAMMA-a (^PKAL-a) como Kurunta, véase Houwink ten Cate (1965, 130); Laroche (1966, 101, núm. 652); Gordon (1967, 71, n. 6).

¹³ *Apol.* § 12b, IV 63-64. Otros dos textos se refieren a este nombramiento; concretamente (a) KUB III 67 (*CTH* 163) r. 12 ss. (carta de Ramesses II a Hattusili, tratada en el cap. 12), (b) *CTH* 90 r. 3'-12': «Hattusili, el Gran Rey, era mi señor, y yo, en realidad, estaba en su corazón...[] Y yo era un príncipe. Entonces, Hattusili, el Gran Rey, y Puduhepa, la reina, me tomaron bajo su protección, poniéndome en el lugar de su hermano (esto es Muwatalli) me hicieron señor del país de Tarhuntassa y me instalaron en la realeza del País de Tarhuntassa. E hizo tabllillas de tratado conmigo» (trad. Beckman [1989-1990, 291]).

¹⁴ Véase Otten (1988a, 3-4 C y D); Güterbock (1990, 162).

era algo más que una recompensa a su lealtad. Al colocar a Tarhuntassa bajo el mando directo de un príncipe del linaje real, Hattusili dejaba claro que, desde entonces, funcionaría como un territorio de los de más elevado rango y de los más importantes dependientes del reino. Como reconocimiento a su estatuto, las concesiones y favores se acumulaban sobre el príncipe, tanto por parte de Hattusili como de su sucesor Tudhaliya.

Tenemos que citar aquí la controversia que rodea a un rey de Tarhuntassa, llamado Ulmi-Tesub y a un tratado que nos ha quedado, que firmó con un rey hitita (cuyo nombre está roto en el texto) —el llamado tratado de Ulmi-Tesub¹⁶. ¿Quién fue Ulmi-Tesub y quién fue el otro firmante del tratado?

Algunos investigadores han razonado, o asumido, que Ulmi-Tesub era un tercer hijo de Muwatalli y, por tanto, hermano, y también sucesor, de Kurunta y que el tratado en cuestión fue suscrito por él y Tudhaliya¹⁷. Pero un argumento contrario es que Kurunta y Ulmi-Tesub son una única y misma persona: Kurunta sería el nombre *luvita* adoptado por el príncipe Ulmi-Tesub cuando fue nombrado por Hattusili gobernante de Tarhuntassa, que se encuentra en zona *luvita*; el tratado de Ulmi-Tesub fue redactado, no por Tudhaliya, sino por su padre Hattusili como el cuarto tratado de una serie de ellos con Ulmi-Tesub/Kurunta¹⁸. Si se asume que Ulmi-Tesub era Kurunta, el tratado, además, ilustra las concesiones y favores que se otorgaron al joven príncipe.

Hattusili otorgó una de esas concesiones durante una visita a Tarhuntassa, cuando consideró que las obligaciones *šabhan* (una forma de pago, impuesto o tasa en especie, casi siempre de naturaleza religiosa)¹⁹ suponía una excesiva carga para el país. Así, abolió las obligaciones de la guarnición con respecto al reino, de modo que las tropas de guarnición podían reorganizarse para cumplir los compromisos del *šabhan*.

¹⁶ KBo IV 10 + KUB XI.69 + 1548/u (CTH 106) ed. Van den Hout (1995a). Extractos de este tratado han sido traducidos por Garstang y Gurney (1959, 66-69).

¹⁷ Así, Otten (1988a, 6); Hoffner (1989a, 47); Van den Hout (1989b); Houwink ten Cate (1994, 233). Van den Hout reiteró este punto de vista con nuevos argumentos en su edición del tratado de Ulmi-Tesub (1995a, 11-19).

¹⁸ Véase Gurney (1993, 14-21). La identidad ya fue sugerida anteriormente por Güterbock (1961, 86, n. 3). Nuevo apoyo para ello y para asignar el tratado a Hattusili lo proporciona Klengel (1991, 231-232); Sörenhagen (1992); Beal (1993, 31-32, n. 10). Van den Hout, aparentemente, no tuvo oportunidad de contar con el estudio de Gurney sobre el tema antes de que su edición del tratado de Ulmi-Tesub llegase a la imprenta. Las cuestiones suscitadas por Gurney tienen que estudiarse y contrastarse, efectivamente, antes de poder alcanzar, por fin, la identificación de Ulmi-Tesub y la fecha del tratado.

¹⁹ Véase Giorgadze (1991, 280); Gurney (1990, 84; 1993, 15-16).

Cuando, yo, Mi Sol, fui a Tarhuntassa, vi que el *šapšan* del dios (como impuesto por) el tratado era oneroso y no podía cumplirse. Antiguamente, Muwatalli hizo de Tarhuntassa su lugar de residencia y celebró a los dioses de Tarhuntassa y todos los hititas los honraron²⁰. Pero ahora, el rey y la reina han hecho a Kurunta rey de Tarhuntassa. No puede cumplir con el *šapšan* del dios con (los recursos de) su propio país. Así que el rey y la reina te han hecho esta (revisión) del tratado: Mi Sol ha suspendido el antiguo requerimiento en carros y tropas del País del Río Hulaya. En lo sucesivo, sólo 200 hombres serán requeridos para una campaña hitita. No se solicitarán más tropas de él (Hattusili, Tratado de Ulmi-Tesub, KUB IV 10 [CTH 106] r. § 7, 40'-44')²¹.

Este acto de generosidad puede haber sido una de las medidas encaminadas a mantener la buena voluntad de Kurunta hacia su señor y conservarlo leal. Era importante asegurar que sus deberes y obligaciones en Tarhuntassa no le daban razones de queja o reto que pudieran animarle, con el apoyo de los antiguos súbditos de su padre en la región, a romper su lealtad y quizás a cambiar su trono de Tarhuntassa por el de Hattusa. Como hijo de Muwatalli, Kurunta tenía derecho al trono hitita. Pero, a menos que forzaran su reivindicación, nunca esperaría llegar a ser Gran Rey. Hattusili dejó bien claro que, después de su muerte, la sucesión permanecería dentro de su propia familia.

Pero, ¿quién, dentro de su familia, le sucedería?

EL HEREDERO DE HATTUSILI

Tudhaliya no fue la primera elección de su padre como sucesor al trono. Por la tablilla de bronce sabemos que un hermano mayor de Tudhaliya fue designado originalmente como el *tukḫanti*, el príncipe heredero²². Pero Hattusili, posteriormente, retiró el título al hermano mayor y nombró a Tudhaliya en su lugar²³. Desgraciadamente, el her-

²⁰ Esto es, el *šapšan* era sacado de los recursos de todo el reino.

²¹ Esto corresponde a las cinco primeras líneas de las ocho de ABoT 57 (CTH 97) que, como Laroche ha observado (1947-1948, 48) es un protocolo particular para insertarlo en un tratado general.

²² Tablilla de bronce § 14, II 43. El significado preciso del término *tukḫanti* ha sido muy debatido. Para su interpretación como «príncipe heredero», véase Gurney (1983). Alternativamente ha sido interpretado como «presunto heredero»; véase Houwink ten Cate (1992a, 262-263).

²³ Tablilla de bronce § 14, II 43-44.

mano no es nombrado en nuestro texto. ¿Quién era y por qué se le sustituyó?

El candidato más probable es el príncipe Nerikkaili, al que Hattusili casó con la hija del rey amorrita Bentesina²⁴. Ya en el reinado de Hattusili, Nerikkaili había sido nombrado *tuhkanti*. Es citado por su título a la cabeza de una lista de testigos en el tratado de Ulmi-Tesub²⁵, y pudo, también, haber sido el *tuhkanti* enviado al este por Hattusili para negociar con Piyamaradu²⁶. Pero si, efectivamente, fue él el hermano mayor que fue destituido de su cargo²⁷, la razón de esa destitución permanece desconocida. No es probable que fuera destituido por haber caído en desgracia, ya que, según parece, siguió teniendo un papel preponderante en el reino. Fue la primera persona requerida como DUMU.LUGAL (hijo del rey), para actuar como testigo en el tratado de su hermano con Kurunta²⁸. Y más tarde, en el reinado de Tudhaliya, aparece una vez más con el título de *tuhkanti*²⁹. Pudiera ocurrir, perfectamente, que en el momento en que Tudhaliya suscribió el tratado con Kurunta, probablemente uno de los primeros actos oficiales de su reinado, todavía no hubiera nombrado príncipe heredero³⁰; consiguientemente, renombró a Nerikkaili para el cargo, pero quizás como una medida provisional y entendiendo que posteriormente lo asumiría uno de sus propios hijos.

²⁴ Cfr. Klengel (1991, 230-231).

²⁵ § 16, v. 28.

²⁶ En el contexto de los acontecimientos recogidos en la carta de Tawagalawa, trata-da más abajo.

²⁷ Se ha argumentado que era el hijo de una primera mujer de Hattusili, anterior al matrimonio con Puduhepa; véase Klengel (1989, 186-187, n. 8); Hagenbuchner (1992, 118). Este argumento depende, al menos parcialmente, de la asunción de que ya estaba casado con la hija de Bentesina en el momento del tratado de Bentesina con Hattusili, probablemente al principio del reinado de éste; si estaba en edad casadera en ese tiempo, debe haber nacido antes de que Puduhepa apareciera en escena. El argumento se debilita, aunque no quede invalidado necesariamente, si el matrimonio de Nerikkaili fue simplemente previsto cuando se redactó el tratado y no algo que ya hubiera ocurrido. Véase, también, Houwink ten Cate (1994, 246-247).

²⁸ Tablilla de bronce § 27, IV 30.

²⁹ A la cabeza de una lista de personas llamadas para atestiguar un documento que realizaba una concesión de tierras a Sahurunuwa, rey de Carkemish, KUB XXVI 43//50 (CTH 225) r. 28, en el que se le cita como DUMU.LUGAL y como *tuhkanti*. Sin embargo, Hagenbuchner (1992, 121) duda de la identificación de este Nerikkaili con el hijo de Hattusili.

³⁰ Quizás porque en ese momento no tenía herederos. Cfr. Imparati (1992, 318; 1995, 152).

Si Nerikkaili fue, efectivamente, el hermano mayor de Tudhaliya, repuesto en el cargo de *tuhkanti*³¹ seguimos sin saber por qué Hattusili tomó esa determinación. ¿Se ve la mano de Puduhepa tras de ello? Si Nerikkaili era hijo de Hattusili por un matrimonio anterior, ella podía haber convencido a su marido para que le apartara, a fin de avanzar en las reivindicaciones de su propio hijo Tudhaliya³². Pero esto es pura especulación. Puede haber habido otras causas para el nombramiento.

Muy posiblemente, la relación personal entre Tudhaliya y Kurunta fuera un factor importante en la decisión de Hattusili. Kurunta había jurado dar lealtad y apoyo incondicional a Tudhaliya, cualquiera que fuese la posición que a éste le fuera asignada en el reino:

Però en aquel tiempo, cuando mi padre nombró a mi hermano mayor *tuhkanti*, todavía no estaba yo señalado para la realeza. Però Kurunta (ya) me mostró su lealtad e hizo a mi persona el siguiente juramento: «Si tu padre no te nombra para la realeza, en cualquier posición que tu padre te sitúe, yo seré leal solamente a ti y (seré) tu leal servidor (Tablilla de bronce § 13, II 35-41).

Hattusili era muy consciente de los estrechos lazos entre su hijo y Kurunta³³. Esto, a largo plazo, podía proporcionar la garantía más sólida para la seguridad de la sucesión en la línea de su propia familia. Si, a pesar de su propia elegibilidad al trono, Kurunta permanecía fiel a su juramento, debería apoyar la subida al trono de Tudhaliya. Però su lealtad hacia cualquier otro miembro de la familia de Hattusili, incluso hacia Nerikkaili, quien desde hace tiempo había hecho una anterior recla-

³¹ Debemos anotar aquí la sugerencia alternativa de que Kurunta era el «hermano» que fue destituido del cargo; véase Houwink ten Cate (1992a, 239-240, 265-268); Van den Hout (1995a, 94). Esto implicaría que Hattusili adoptó, realmente, a Kurunta como hijo y le nombró *tuhkanti*, lo que significaría que Kurunta poseyó los títulos de *tuhkanti* y de rey de Tarhuntassa simultáneamente. Para Van den Hout (1995a, 89), esto parece improbable. De hecho, sobre las bases de los antiguos precedentes con los virreyes de Carkemish y de Alepo, el nombramiento como virrey, a lo que equivalía la posición de Kurunta, prácticamente excluía al interesado de cualquier expectativa en la sucesión al trono.

³² Sugerido por Otten (1989a, 11); Klengel (1991, 228); Hagenbuchner (1992, 122); Imparati (1995, 154). La sugerencia de que Tudhaliya fuera también un hijo habido de un matrimonio anterior (así, Van den Hout [1995a, 86] es negada por una impronta de sello de Ugarit que dice «Sello de Tudhaliya, Gran Rey, Rey de Hatti, el Héroe, hijo de Hattusili, Gran Rey, el Héroe; y de Puduhepa, Gran Reina de Hatti; Nieto de Mursili, Gran Rey, el Héroe» (RS 17.159, Laroche [1956, 111]). Cfr. Klengel (1991, 225).

³³ Véase, por ejemplo, la tablilla de bronce § 14, II 45-48.

mación del trono, podía ser cuestionada. Quizás esto influyó en la decisión de Hattusili de nombrar a Tudhaliya como el nuevo *uḫḫanti*: la última cosa que desearía sería otro conflicto en torno a la sucesión. Para evitar esto confiaba mucho en la larga amistad de Kurunta y Tudhaliya, en sus muchas promesas de lealtad y apoyo del uno para con el otro, y en la sustancial compensación recibida en la forma del trono de Tarhuntassa.

Era esencial que, tanto Hattusili como su hijo y sucesor Tudhaliya, se aseguraran la lealtad de Kurunta —recompensándole con el prestigioso reino de Tarhuntassa y garantizándole una serie de privilegios y honores. Durante algún tiempo, Kurunta pareció satisfecho. Pero, ¿estaba, sencillamente, esperando su ocasión?

LA PREPARACIÓN DEL TRATADO CON RAMESSES

Desde el comienzo de su reinado, Hattusili trató de mejorar las relaciones con Asiria y con Egipto, los dos principales adversarios de Hatti en el sudeste. Poco después de su llegada al trono, escribió al rey de Asiria, Adad-Nirari, en términos conciliatorios. Las relaciones entre Hatti y Asiria habían llegado a estar gravemente tensas durante el reinado de Urhi-Tesub, particularmente con la conquista asiria de Hanigalbat y la expansión del territorio asirio hasta las fronteras de Carkemish. Pero Adad-Nirari había parado en seco una invasión del territorio hitita y había intentado, aparentemente, reforzar los lazos diplomáticos con Hatti. Con escaso éxito. Las misiones que había enviado a Hatti, simplemente habían servido para incrementar las tensiones entre ambos reinos y fue seriamente reprendido cuando le escribió como un «hermano» a otro.

Hattusili buscaba desligarse del régimen anterior. Tenía más de un motivo para hacerlo así. En primer lugar, no tenía ganas de verse embrollado en nuevos conflictos en el sudeste. Pero con la misma intensidad, él estaba ansioso por obtener un amplio reconocimiento de la legitimidad de su propio régimen. Esto se hizo muy patente en el texto de su carta a Adad-Nirari, que no había enviado los habituales símbolos de reconocimiento cuando Hattusili subió al trono.

¿No te envié mi hermano finos regalos? Cuando yo asumí la realeza no me enviaste un embajador. Es costumbre que a los reyes que asumen la realeza, (los otros) reyes y sus nobles le envíen elegantes regalos, un manto real y aceite para ungirse. Pero (hasta)

ahora, no has hecho eso (KBo I 14 [CTH 173] v. 4-10 trad. Archi [1971, 208])³⁴.

La principal finalidad de esta carta era proporcionar una base para unas relaciones más positivas entre ambos reinos. En realidad, existía ya una oportunidad para demostrar una mutua buena voluntad. En la frontera hitito-asiria, la gente de la ciudad de Turira, antiguamente parte del reino de Hanigalbat, había dado recientemente en realizar razias por el vecino territorio de Carkemish. Esto, potencialmente, podía incrementar la tensión entre las fuerzas hititas y asirias, lo que Hattusili, claramente, quería evitar. Si Adad-Nirari reclamaba la soberanía del territorio (escribió), entonces, él mismo podía decidir parar las razias. Si no, entonces el propio Hattusili emprendería la acción contra los ofensores:

La gente de Turira continúa asaltando mi territorio. Por aquí, invaden el País de Carkemish, por allí invaden el País de... El rey de Hanigalbat solía escribir: «Turira es mía, o Turira es vuestra, y algo que afecte a Turira no es (ya) asunto del rey de Hanigalbat.» Pero, ¿no debes reconocer que (los hombres de) Turira están asaltando el país y tomando botín para Turira? Mis súbditos que huyen, tienen, igualmente, la costumbre de subir hasta Turira. Ahora, si Turira es tuya, ¡aplástala! Pero en cuanto a mis súbditos que están en la ciudad, no se tocarán sus pertenencias. Si Turira no es tuya, escríbeme lo así y yo la aplastaré. Pero en cuanto a tus soldados que estén en la ciudad, no se tocarán sus pertenencias. ¿Por qué el pueblo de Turira desdén un regalo mío, el león? (KBo I 14 6-19, trad. Liverani [1990, 104-105]).

Queda claro por esta llamada que Hattusili había aceptado la soberanía asiria sobre los territorios que pertenecieron al antiguo reino de Hanigalbat como un *fait accompli*. Pero en el propio Hanigalbat, el espíritu de resistencia permanecía vivo. A la muerte de Adad-Nirari, después de un reinado de unos treinta y tres años³⁵, Sattuara II, el sobrino y sucesor de Wasasatta, se sublevó contra Asiria e intentó realinear su reino con Hatti, contando con el apoyo hitita y el de unas cuantas tribus locales arameas. Fue una valiente aventura, pero condenada al fracaso. Sattuara se situó él solo contra el formidable nuevo rey

³⁴ Más sobre esta carta en Goetze (1940, 27-33); Rowton (1959, 2-4); Hartrak (1987, 68-75); Hagenbuchner (1989, 267, núm. 195); Liverani (1990, 104-105).

³⁵ Véase Rowton (1959, 1).

asirio Salmanasar I (c. 1263-1234)³⁶. Era poco probable que Hattusili quisiera ir en ayuda del rebelde. Ya había abandonado a Hanigalbat. Y estaba demasiado preocupado por otros asuntos, incluyendo la cuestión con Egipto, como para plantearse un cambio de voluntad. Además, había escrito a Salmanasar, probablemente poco después de la subida al trono de éste, en términos muy amistosos reconociéndole como Gran Rey y, probablemente, sugiriendo acuerdos sobre las reclamaciones territoriales en la frontera del Éufrates³⁷. En un contexto así, la rebeldía de Sattuara contra el rey asirio pudo suponer un claro contratiempo para Hattusili, y así, posiblemente, eligió ignorar cualquier llamamiento que Sattuara pudiera haberle hecho, o en el mejor de los casos, proveerle solamente con una ayuda simbólica.

Salmanasar se atribuyó una aplastante y decisiva victoria sobre el reino rebelde, capturando y saqueando numerosas ciudades y poblados por todo el reino y tomando muchos miles de prisioneros. Aunque la fiabilidad de su relato pueda cuestionarse en aspectos de detalle³⁸, cabe poca duda de que fue el responsable de asestar el final golpe mortal al reino de Hanigalbat³⁹:

Cuando por orden de los grandes dioses y con la exaltada fuerza de Assur, mi señor, yo marché al País de Hanigalbat, abrí los caminos y pasos más difíciles. Sattuara, rey del País de Hanigalbat, con la ayuda del ejército hitita⁴⁰ y de Ahlamu, tomó los pasos y aguadas en mi camino. Cuando mi ejército estaba sediento y fatigado, su ejército, en gran número, realizó un feroz ataque. Pero yo devolví el golpe y los llevé a la derrota. Maté a un sin número de su gran ejército. En cuanto a Sattuara, yo lo eché al oeste a punta de flecha. Masacré sus hordas, pero 14.400 de ellos seguían vivos, los cegué y me los llevé. Conquisté nueve de sus fortificados centros de culto (así como) la ciudad en la que gobernaba y convertí 180 de sus ciudades

³⁶ Sobre la base de la cronología baja de Wilhelm y Boese (1979).

³⁷ KBo XVIII 24 = Hagenbuchner (1989, 242-245, núm. 188). La autoría de esta carta ha sido atribuida a Hattusili o bien a Tudhaliya; lo último es asumido por Harrak (1987, 187). Pero en mi opinión I Hattusili es el candidato más probable; cfr. Hagenbuchner (1989, 243).

³⁸ Véase Wilhelm (1989, 40).

³⁹ Véase Astour (1994, 228) que se refiere a tablillas del reinado de Salmanasar que demuestran que se instaló entonces una Administración regular asiria en las ciudades del reino conquistado, trasladando esa parte de la población hacia el este y distribuyendo las haciendas y personas esclavizadas entre notables asirios.

⁴⁰ Esto, casi con toda certeza, exagera el grado de implicación hitita en el conflicto, que probablemente fue sólo mínima.

en colinas de escombros. Maté como a ovejas los ejércitos de los hititas y de Ahlamu, sus aliados (Inscripción real asiria, trad. Grayson [1972, 82 § 530]).

EL TRATADO CON EGIPTO

Al mismo tiempo, Hattusili estaba empeñado en llevar a cabo un acuerdo de paz final con Egipto. La omnipresente amenaza de Asiria había sido vista como uno de los principales acicates de Hattusili para concluir una paz con Ramesses; una alianza entre Hatti y Egipto ayudaría a salvaguardar los intereses de ambos en Siria contra el crecientemente ambicioso y beligerante poder advenedizo del otro lado del Éufrates⁴¹. Pero el «factor asirio» probablemente ha sido sobrestimado. Hattusili estaba mucho más motivado por consideraciones personales para iniciar los pasos que condujeran a la conclusión de un tratado con Ramesses. El tratado le proporcionaría, en efecto, un reconocimiento formal por parte del faraón de la legitimidad de su gobierno⁴². Tal reconocimiento serviría para reforzar su credibilidad ante los demás gobernantes extranjeros, así como entre sus propios súbditos.

Sabemos por su correspondencia con gobernantes extranjeros lo sensible que era en este asunto. Quizás con buenas razones. Los contactos diplomáticos que había realizado con el rey asirio, probablemente Adad-Nirari, habían encontrado una respuesta gratuitamente ofensiva: «Tú no eres más que un remedo de Gran Rey.» Ramesses se regocijó al recordarle esto a Hattusili⁴³. Prestamente se percató de lo importante que era el tratado con Egipto para ayudarlo a obtener el reconocimiento internacional que con tanto ahínco buscaba. En realidad, Hattusili había escrito a Ramesses algún tiempo antes del tratado quejándose de la falta del faraón en cuanto a tratarle con el respe-

⁴¹ Así lo razona Rowton (1959).

⁴² Cfr. Spalinger (1981, 357).

⁴³ La afirmación del rey asirio está recogida por Ramesses en una de sus cartas a Hattusili, KBo VIII 14 (CTH 216) (= *AHK* I, núm. 5), 24-25, r. 10'. Puede haber sido una réplica a la queja de Hattusili de que Adad-Nirari no le había enviado los habituales símbolos de reconocimiento en su subida al trono. Si es así, esto debe de haber ocurrido poco después de que Hattusili alcanzara el trono hitita. Aunque de eso hiciera ya unos años, Ramesses no resistiría la tentación de recordarle a su socio en el tratado lo que el rey asirio había dicho de él. Sin embargo, Edel, *AHK* II, 41 sugiere que el aserto en cuestión se hizo mucho después, en el contexto de los intentos de Ramesses para convencer a Hattusili de que visitase Egipto (véase más adelante). Si fuera así, el rey asirio sería Salmanasar.

to que su posición merecía. Le recordaba que él, y no Urhi-Tesub, era ahora el rey de Hatti. Todo esto es evidente en la réplica de Ramesses:

Acabo de oír esas duras palabras que mi hermano me ha escrito (diciendo): «¿Por qué me escribes esas palabras como si pensaras que yo soy un sirviente?» Simplemente, no es verdad que yo te escriba como si tú fueras uno de mis siervos. ¿No has logrado la realeza? ¿No lo sé yo? ¿No estás firmemente instalado en mi corazón? ¡Cumple con tu papel de rey! Además, yo he oído de estos asuntos de Urhi-Tesub sobre los que tú me has escrito. Me has escrito respecto a él diciendo: «¡Yo me he convertido en el rey en su lugar!» (KUB III 22 [CTH 155] + KBo XXVIII 3 [= AHKI, núm. 20] r. 5-9).

Los intentos para convencer a Ramesses de extraditar a Urhi-Tesub a Hatti habían fracasado hasta ahora. Pero un tratado con el faraón tendría, al menos, el efecto de obtener de él un acuerdo de que no apoyaría ningún intento que Urhi-Tesub pudiera hacer por recuperar el trono de Hatti. En realidad, podría inducir a Ramesses, finalmente, a someter a Urhi-Tesub a la autoridad de Hattusili. El tratado también respaldaría el derecho de sucesión en la propia línea de Hattusili. Esta era una consideración importante, particularmente considerando la existencia de un segundo hijo de Muwatalli y la posibilidad de que se pudieran realizar intentos de restaurar en el trono a los descendientes directos de éste. Por los términos del tratado, Ramesses estaría forzado a oponerse a esos intentos⁴⁴.

¿Qué esperaba obtener Ramesses del tratado? Otra vez, solamente puede especularse. En tanto que en los años que siguieron inmediatamente a la batalla de Kadesh había seguido manteniendo una activa presencia militar en la región siria, sus campañas habían ido disminuyendo considerablemente en los últimos años. Y cualquier ambición, que originalmente hubiese mantenido por emular los éxitos de Tutmosis III, era ahora, había que reconocerlo, completamente irrealizable. No había sido capaz, ni siquiera, de recuperar los antiguos territorios perdidos ante los hititas como consecuencia de la batalla de Kadesh. Ni tampoco conseguía ninguna ganancia territorial con el tratado, que no hacía referencia a asuntos territoriales y de este modo, indirectamente, se confirmaba el *statu quo*⁴⁵.

⁴⁴ Véase la versión hitita del tratado, Pritchard (1969, 203), bajo *Succession to the Throne*.

⁴⁵ Cfr. Goetze (1975c, 259).

Es posible que el creciente poder de Asiria fuera un factor en la decisión de Ramesses —aunque hasta entonces, Asiria no había supuesto ninguna amenaza directa al territorio egipcio en Siria. Pero Ramesses llevaba dos décadas de reinado y pudo sentir la necesidad de algún éxito significativo en el ruedo internacional para fortalecer su imagen ante sus súbditos. A falta de algún triunfo militar significativo en el extranjero en los últimos años, quizás la segunda mejor cosa fuera un éxito diplomático —una alianza con el antiguo enemigo de Egipto. Ramesses podía presentar el tratado como un acuerdo solicitado por el rey hitita, humildemente anhelante de la paz con Egipto —en sí mismo un reconocimiento de que bajo el gobierno del faraón, Egipto todavía era considerado como una gran potencia en la escena internacional. Supondría una buena propaganda para el faraón.

El tratado fue concluido en el vigésimo primer año del reinado de Ramesses (noviembre/diciembre de 1259) en la ciudad de Pi-Ramesses:

Año 21 1^{er} mes del invierno, día 21, bajo la Majestad de [...] Ramesses II. Ese día, mirad, Su Majestad estaba en la ciudad de Pi-Ramesses, haciendo el placer (de los dioses...). Vinieron los (tres emisarios reales de Egipto...) junto con el primer y segundo enviados reales de Hatti, Tili-Tesub y Ramose y el enviado de Carkemish, Yapusili, que llevaban la tablilla de plata que el Gran Rey de Hatti, Hattusili, enviaba al faraón para pedir la paz de la Majestad de Ramesses (Introducción a la versión egipcia, trad. Kitchen [1982, 75])⁴⁶.

Se compusieron dos versiones independiente, una en Hattusa y la otra en Pi-Ramesses. Cada una de las versiones presentaba los términos del tratado desde el respectivo punto de vista de cada signatario. La versión hitita se escribió originalmente en acadio, a partir de un primer borrador en hitita, inscrita en una tablilla de plata y luego enviada a Egipto donde fue traducida al egipcio. Copias de esta versión fueron inscritas en los muros del templo de Amón en Karnak y en el Ramesseum. Correspondientemente, la versión egipcia del tratado fue compuesta, en primer lugar en egipcio y luego traducida al acadio sobre una tablilla de plata antes de ser enviada a la corte de Hattusili⁴⁷ (de

⁴⁶ Una traducción completa de las versiones egipcia e hitita del texto se encuentra en Pritchard (1969, 199-201, versión egipcia trad. por Wilson y 201-203, versión hitita trad. por Goetze.).

⁴⁷ La producción y envío de esas tablillas están citados en varias cartas de Ramesses a Hattusili en torno a la época en que concluyó el tratado; véase KUB III 52 (CTH 165.7) (= AHK I, núm. 3) 20-21, KBo XXVIII 1 (= AHK I, núm. 4) 22-23. De paso, es

este modo, la versión del tratado, escrita en egipcio representa la versión original hitita y la versión en acadio la versión original egipcia). Tenemos aquí una clásica ilustración de la importancia del acadio en el mundo del Bronce Tardío como lengua internacional de la diplomacia.

Aunque las dos versiones del tratado estaban preparadas independientemente, es evidente, por el hecho de que no hay discrepancias significativas entre ellas, que los asuntos críticos habían sido plenamente discutidos y negociados antes de su formalización. Así, ambas versiones, esencialmente, formalizaban acuerdos que ya habían sido alcanzados tras intensa comunicación diplomática. Importantes cláusulas del tratado incluían las mutuas garantías de que ninguno de sus signatarios invadiría el territorio del otro; que cada uno de ellos acudiría en ayuda del otro, si fuese requerido, en caso de agresión por una tercera potencia o de rebelión en su propio país; que cada uno de ellos devolvería a los fugitivos del otro país que buscasen asilo con él, en el entendimiento de que se otorgaría una amnistía en su propio país a las personas así extraditadas.

Aunque el tratado daba un paso de gigante respecto a las relaciones hitito-egipcias, no tuvo como resultado una total relajación de las tensiones entre los dos firmantes. El recuerdo de las pasadas hostilidades persistía. Sabemos, por ejemplo, que Hattusili escribió a Ramesses protestando por la descripción del faraón de la batalla de Kadesh —de una manera que era profundamente humillante para su nuevo aliado. En su réplica, Ramesses no se disculpó en absoluto por lo que había dicho sobre Kadesh. Después de todo, ¿no estaba él diciendo sino la verdad? Y repetía su versión de una «victoria» en Kadesh y los acontecimientos que condujeron a ello, para enfatizar la cuestión⁴⁸. Pero luego prosigue asegurando a su hermano hitita su total compromiso personal con el tratado y su adhesión a sus términos.

Mira, los grandes dioses de nuestros países son los testigos de la palabra de juramento que hemos hecho. Además, yo no me he apartado del juramento. Yo obedezco al juramento. Y lo observaré estrechamente, la paz y la hermandad... (KBo I 15 (+) [CTH 156] [= *AHK* I, núm. 24] v. 6-8)⁴⁹.

interesante anotar que una copia de la versión acadia está montada en la entrada del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en Nueva York.

⁴⁸ KBo I 15 (+) [CTH 156] (= *AHK* I, núm. 24), 58-61, r. 15'-33'.

⁴⁹ Este fragmento está basado en la traducción alemana y en la restauración propuesta por Edel en *AHK*. Para un estudio detallado de la carta, véase Edel (1950). Véase, también, Fecht (1984, 41-45).

Más importante desde el punto de vista de Hattusili era el hecho de que el tratado le proporcionaba un explícito reconocimiento de la legitimidad de su régimen. Hattusili quería que esto quedase bien claro. El faraón le complacía:

Ciertamente, tú eres el Gran Rey de las tierras de Hatti. El dios Sol te ha otorgado y el dios Tormenta te ha otorgado sentarte en el País de Hatti en el lugar del padre de tu padre (NBC 3934 [CTH 155] [= *AHK* I, núm. 22], r. 13'-15', adaptado de la trad. de Archi [1971, 209])⁵⁰.

Indirectamente, Ramesses estaba admitiendo, así, la legitimidad de la actuación de Hattusili al deponer a su sobrino Urhi-Tesub del trono, como dejó patente en su respuesta al rey de Mira, quien le preguntaba sobre ese asunto. Aunque el pasaje que contiene esa respuesta está incompleto, no hay duda de que el faraón prestaba entonces su pleno apoyo a Hattusili en el asunto de Urhi-Tesub⁵¹.

Toma nota de la valiosa alianza que el Gran Rey, el rey del País de Egipto, hizo con el Gran Rey, el rey del País de Hatti, mi hermano, en buena hermandad, en buena paz. El dios Sol y el dios Tormenta han reconocido esto para siempre. Observa, además, (respecto) al asunto de Urhi-Tesub sobre el que me has escrito, el Gran Rey, el rey del País de Hatti lo manejó como yo habría deseado (KBo I 24 + KUB III 84 [CTH 166.1] [= *AHK* I, núm. 2], r. 9-13).

Igualmente importante, el tratado proporcionaba a Hattusili una garantía de apoyo militar del faraón si hubiera una revuelta contra él de miembros de su propia nobleza. Esto, por sí mismo, parece un reflejo de lo que Hattusili veía como la continua inseguridad de la monarquía hitita, particularmente en la cuestión de la sucesión. Mientras vivieran los hijos de Muwatalli, su determinación de colocar a su propio hijo en el trono podía estar expuesta a un cierto peligro por parte de sus propios súbditos. Era esta posibilidad lo que debió de tener fundamentalmente en la cabeza Hattusili cuando incluyó la siguiente provisión en su tratado con Ramesses —una provisión que no tiene su correspondiente obligación exigida por Ramesses:

⁵⁰ Texto también ed. por Goetze (1947b).

⁵¹ Cfr. Archi (1971, 209).

El hijo de Hattusili... será rey de Hatti en el lugar de su padre Hattusili, después de los muchos años de Hattusili, rey de Hatti. Si la nobleza del País de Hatti peca contra él, entonces Rameses, rey del País de Egipto, enviará infantería y carros a fin de tomar venganza de ellos (Versión acadia, 40-43, trad. Spalinger [1981, 338-339]).

RELACIONES ENTRE HATTI Y EGIPTO DESPUÉS DEL TRATADO

A pesar de la posición expuesta por Rameses respecto a Urhi-Tesub y a los persistentes requerimientos de Hattusili para que su sobrino le fuese enviado, Urhi-Tesub desafió todos los intentos de su tío por traerlo. Podría haber puesto en peligro el acuerdo de paz desde el principio. Las tensiones causadas por la huida de Urhi-Tesub a Egipto, fuera antes o después del tratado, se evidencian en la carta de Hattusili a Kadasman-Enlil, citada más arriba⁵². Según parece, Urhi-Tesub seguía gozando de la protección del faraón o, por lo menos, nunca volvió a caer en las manos del usurpador⁵³.

Las razones de la testarudez de Rameses sobre este asunto son difíciles de comprender, visto que en otros aspectos su compromiso de mantener la alianza y unas pacíficas relaciones con Hatti parece haber sido bastante sincero. Uno se pregunta si la retención de Urhi-Tesub fue una forma de asegurarse de que su socio de tratado acataría, también estrictamente, sus términos, en particular respecto a los intereses egipcios en Siria. Sabiendo que su sobrino de ninguna manera abandonaría sus esperanzas de recuperar el trono, y que podía perfectamente realizar un serio intento para ello si Egipto le respaldaba, Hattusili pondría cuidado en evitar cualquier posible actuación que hiciera peligrar su acuerdo de paz con el faraón.

Por otro lado, es posible que Rameses no entregase a Urhi-Tesub porque ya no estaba bajo su protección; que Urhi-Tesub, temiendo las posibles consecuencias para él del tratado hitito-egipcio, hubiera aprovechado la primera oportunidad para huir de Egipto y que su actual paradero fuese desconocido. Esto, por lo menos, es lo que Rameses dijo a su socio, al sugerirle que debía buscar en otra parte. Hattusi-

⁵² Véase, en particular, KBo I 10 r. 67 ss. y su estudio en Edell (1958, 131). Véase, también, Singer (1988a, 330).

⁵³ Singer (1988a, 330) comenta que parece que todavía estaba en Egipto cuando se negoció el posterior matrimonio entre Rameses y la hija de Hattusili, citando KUB XXI 38 r. 12 y en referencia a Helck (1963, 88). Pero véase más abajo.

Finalmente, Ramesses recibió noticias de Puduhepa de que se habían finalizado todos los preparativos en Hatti. La princesa estaba en camino. El faraón estaba complacido y escribió en exagerados términos a Puduhepa:

He visto la tablilla que me envía mi hermana y he observado todos los asuntos sobre los cuales la Gran Reina de Hatti, mi hermana, con tantísima gentileza me ha escrito... El Gran Rey, el Rey de Hatti, mi hermano, me ha escrito diciendo: «Permite al pueblo ir a derramar fino aceite sobre la cabeza de mi hija y que sea introducida en la casa del Gran Rey, el rey de Egipto» [...] ¡Excelente, excelente es la decisión sobre la que ha escrito mi hermana... (nuestros) dos grandes países serán como uno solo para siempre! (KUB III 63 [CTH 159.2] [= AHK I, núm. 51] r. 12-20, trad. Kitchen [1982, 85]).

Las inscripciones egipcias proporcionan detalles de la pompa y ceremonial de la boda⁶¹. No se sabe el nombre de la princesa hitita, pero su nombre egipcio era Mahurnefrue o Manefrue, que significa «La que Horus contempla, la belleza de Re»⁶². Por la correspondencia de Puduhepa con Ramesses, parece muy probable que la reina hitita hubiese pedido que su hija fuese reconocida como la esposa principal de Ramesses⁶³. Este requisito pudo haber sido acordado inicialmente, aunque después parece ser que la princesa hitita fue enviada a vivir al harén del faraón cerca de El Fayum⁶⁴.

En cualquier caso, la paz acordada entre Hatti y Egipto se consolidó y permaneció firme durante los restantes años del reino hitita.

Nuevas comunicaciones entre las cortes reales

La correspondencia proporciona más pruebas de una regular comunicación personal entre las dos casas reales, particularmente, entre Puduhepa y los miembros de la familia real egipcia. Hay también un bien conocido ejemplo, en el cual, Hattusili escribió a Ramesses pi-

⁶¹ Se encuentran copias en el templo de Karnak en el noveno pilono, en Elefantina y en la entrada al templo de Ramesses en Abu Simbel. Véase Edel (1976, 27-30); Kitchen (1982, 85-87). Las inscripciones están reunidas en *KRI* II 233-281. Para la traducción, véase Kitchen (1995, 768).

⁶² Sobre la lectura de este nombre, véase Gardiner (1965, 294, 484, núm. 56).

⁶³ Véase Singer (1991c, 333).

⁶⁴ Véase Kitchen (1982, 88-89, 110).

li había rechazado airadamente la sugerencia. En cuanto a él le concernía, Urhi-Tesub estaba todavía en Egipto. De nuevo, Ramesses le escribió declarando que no tenía idea de dónde estaba. El pájaro había escapado de la jaula:

En cuanto a lo que me has escrito respecto al asunto de Urhi-Tesub: «¡No es cuestión de que él acuda al País de Kadesh o al de Alepo o al de Kizzuwadna!» —así has escrito. Mira, no entiendo las palabras que has escrito sobre este asunto de Urhi-Tesub, como que: «¡Devuélvelo del País de Egipto!» No sé dónde se encuentra. [Ha volado como un pájaro] (KBo I 15 (+) [CTH 156] [= *ÄHK* I, núm. 24], v. 22-25)⁵⁴.

La declaración de Ramesses de que el paradero de Urhi-Tesub le era desconocido no convenció a Hattusili. Pero éste, finalmente, puede que se hubiera resignado al hecho de que, a pesar de sus esfuerzos, Urhi-Tesub permanecería para siempre fuera de su control.

Una boda real

En otros aspectos, la conclusión del tratado marcó el comienzo de una significativa mejora en las relaciones hitito-egipcias⁵⁵. Ramesses y Hattusili intercambiaron una serie de cordiales cartas respecto al tratado⁵⁶, y las relaciones entre las familias reales se consolidaron trece años después, con el matrimonio de Ramesses con una hija de Hattusili (trigésimo tercer año del reinado de Ramesses, otoño de 1246). El matrimonio fue precedido por una intensa correspondencia entre las dos casas reales, relativa a los términos del acuerdo matrimonial, la dote proporcionada, las disposiciones para el viaje de la princesa hitita a Egipto y la garantía de que a los mensajeros reales de Hatti y a los miembros de la familia real hitita se les permitiría, a partir de entonces, visitar a la princesa después del matrimonio. La correspondencia no carece de cierta acritud. Hubo, por ejemplo, quejas de Ramesses por los retrasos por parte hitita en la finalización de los arreglos para el matrimonio. Gran parte de la responsabilidad de esos arreglos recayeron en la

⁵⁴ Para un estudio del texto compuesto del que procede este pasaje, véase Edel, *ÄHK* II, 95-121. Véase, también, Wouters (1989).

⁵⁵ Reflejada en el regular intercambio diplomático entre los dos reinos a continuación del tratado. Singer (1995, 92) anota que Meggido (Makkitta), en el valle de Jezrael, era un importante lugar en la ruta diplomática entre las dos cortes reales.

⁵⁶ Véase *ÄHK* I, núm. 2-6.

reina Puduhepa. Fue a ella a quien escribió Ramesses quejándose de las evasivas hititas —pero su queja recibió una brusca respuesta de Puduhepa, quien aprovechó la oportunidad para traerle a la memoria nuevamente la pretendida continuidad de la estancia de Urhi-Tesub en su reino. ¿Quién era Ramesses para quejarse por la falta de su «hermano» en acceder a sus deseos?

Ahora, tú, mi hermano, me escribes lo siguiente: «Mi hermana me ha escrito: “Yo te enviaré una hija.” Pero tú vacilas y estás mal dispuesta (hacia mí). ¿Por qué faltas en dárme-la?» Tú no desconfiarás de mí. Tú debes tener fe en mí. Yo te habría enviado ya a la hija. ¿No conozco la «Casa del País de Hatti» tan bien como tú, mi hermano, la conoces? [] La Casa fue destruida por el fuego⁵⁷. Lo que quedó, Urhi-Tesub lo dio al gran dios. ¡Como Urhi-Tesub está allí, pregúntale si es cierto o no!⁵⁸. ¿Qué hija, en el cielo o en la tierra daría yo, entonces, a mi hermano?... ¿Lo casaría yo, entonces, con una hija de Babilonia, o de Zulabi, o de Asiria? (KUB XXI 38 [CTH 176] [= ÄHK I, núm. 105] r. 7'-13')⁵⁹.

Puduhepa ocupó gran parte de la carta en explicar a Ramesses que el retraso en enviar a la novia se debía al tiempo tomado para juntar una dote adecuada. Un incendio en Hattusa, que destruyó la «Casa del País de Hatti» habría sido, al menos parcialmente, responsable de ello. Qué fuera esta «Casa» sigue estando oscuro. Puede haber sido un tesoro real de algún tipo, del que habitualmente se hubieran tomado algunos objetos propios para una dote regia⁶⁰.

⁵⁷ El pasaje «¿No conozco... destruida por el fuego» (r. 10-12) es trad. de Houwink ten Cate (1994, 237).

⁵⁸ La referencia a Urhi-Tesub es generalmente asumida para indicar que todavía estaba en Egipto en aquel momento (por ejemplo, Singer [1988a, 330]). Pero, ¿no podría ser, simplemente, una ironía de la reina hitita, como respuesta, a la sin duda frecuentemente repetida afirmación de Ramesses de que Urhi-Tesub había dejado Egipto y que su paradero actual le era desconocido? Tal ironía no indicaría necesariamente la verdad real del asunto.

⁵⁹ Para el texto completo de este borrador de carta a Ramesses, véase Houwink ten Cate (1994, 237-238).

⁶⁰ «Casa del País de Hatti» es la traducción dada por Houwink ten Cate (1994, 238) al término É.KUR^{URU} *Hatti*, contraria a la primera suposición de que era una referencia al palacio real. Como señala Houwink ten Cate no hay ninguna prueba arqueológica constatada de un gran incendio en Hattusa durante el reinado de Hattusili. Él cree que el término puede usarse en referencia a «una institución económica o administrativa, presumiblemente situada en la capital, pero no formando parte, necesariamente, del palacio de la ciudadela».

diéndole los servicios de un médico egipcio para que asistiese a su hermana Massanauzzi (esposa de Masturi, rey del País del Río Seha), para que tuviese hijos. En los textos egipcios el nombre de la hermana aparece como Matanazi⁶⁵. La misión era difícil, ya que, afirmaba Hattusili, Matanazi tenía cincuenta años por entonces. La nada diplomática respuesta de Ramesses a la petición difícilmente pudo complacer a su hermano hitita:

Así a mi hermano: (Relativo) a lo que mi hermano me ha escrito respecto a su hermana Matanazi: «Quiera mi hermano enviarme un hombre que prepare medicinas, de modo que ella pueda parir hijos.» Así ha escrito mi hermano. Y así (digo yo) a mi hermano: «Mira, Matanazi, la hermana de mi hermano, el rey tu hermano la conoce. ¡Una de 50 años! ¡En absoluto! ¡Tiene 60 años! Mira, una mujer de 50 años es vieja, así que no digamos una de 60. ¡No se pueden hacer medicinas que la permitan parir hijos! Bien, el dios Sol y el dios Tormenta pueden dar una orden y la orden que ellos den se realizará siempre en la hermana de mi hermano. Y yo, el rey tu hermano, enviaré a un sacerdote experto en encantamientos y a un médico para asistirla para tener hijos» (KBo XXVIII 30 [= *ÄHK* I, núm. 75] r. 8-v.8)⁶⁶.

El arrogante tono paternalista de esta carta flota continuamente en las comunicaciones de Ramesses con la corte hitita. En el ámbito personal, Ramesses a veces adoptaba una altanera, condescendiente actitud hacia su aliado del norte. No obstante, tenía curiosidad por encontrarse con el Gran Rey, hermano de su oponente en Kadesh y usurpador del trono hitita. Realmente, expidió a Hattusili una invitación para que le visitara, poco antes de la conclusión del tratado.

⁶⁵ Así aparece su nombre en la respuesta de Ramesses. Como hemos visto, su nombre se escribía Massan(a)uzzi/Massana-IR-i en hitita. Edel, *ÄHK* II, 271, sugiere que como la hermana de Hattusili estaba casada en Arzawa, *matanna* sería una forma dialectal de la lengua regional de Arzawa por *maššana*.

⁶⁶ La carta fue editada originalmente por Edel (1976, 67-75; véase, también, 1976, 31 ss., 53 ss.); Beckman (1983a, 254) comenta: «Es la actitud hitita la interesante aquí. Si hubiera personas en la corte hitita expertas en el uso de medicinas para el tratamiento de problemas ginecológicos, con certeza habrían informado a Hattusili de que su esperanza respecto a la posible fertilidad de su hermana estaba fuera de lugar.» Hoffner (1977, 78) cita a Güterbock que demostró en su artículo «Hittite Medicine» en el *Bulletin of the History of Medicine*, 36 (1962), que los hititas no alcanzaron una práctica médica merecedora del nombre de «medicina» y que eran más primitivos que sus contemporáneos de Egipto y de Mesopotamia.

Hattusili se sorprendió con la invitación y se preguntó cuál sería la finalidad de esa visita. Disimulando toda la irritación que había sentido por esa contestación nada entusiasta, Ramesses renovó la invitación y ofreció reunirse con el rey hitita en Canaán⁶⁷, desde donde le escoltaría personalmente hasta su residencia en el este del delta.

El dios Sol (de Egipto) y el dios Tormenta (de Hatti) y mis dioses y los dioses de mi hermano harán que mi hermano vea a su hermano —y ojalá que mi hermano realice esta buena sugerencia de venir a verme. Y entonces nos veremos el uno al otro, frente a frente en el lugar donde el rey (Ramesses) se sienta en el trono. ¡Así, yo iré (por delante) a Canaán para reunirme con mi hermano y verle cara (a cara) y recibirle en medio de mi país! (KBo XXVIII 1 [= *AHK* I, núm. 4] r. 19'-24', trad. Kitchen [1982, 90])⁶⁸.

Ramesses probablemente presentaba la propuesta de visita como una misión de buena voluntad que consolidaría aún más las buenas relaciones entre los dos reinos. Pero, sin duda, su curiosidad por encontrarse con su homólogo hitita y su deseo de impresionarle con el esplendor de Egipto eran, también, importantes motivos. Además, una visita de Hattusili ofrecía un considerable campo para realzar la imagen de Ramesses entre sus propios súbditos. Podría ser descrita como un gran acto de homenaje rendido al faraón en su propia corte por el gobernante del País de Hatti.

Por lo que nosotros sabemos, Hattusili nunca aceptó la invitación del faraón. Inicialmente pospuso su aceptación, quizás con la excusa de una indisposición personal. Sabemos que padecía inflamación de los pies⁶⁹, y tal vez utilizase esto como una razón para no responder con más entusiasmo. Pero seguramente no tenía grandes deseos de visitar Egipto y muy bien puede haber sospechado de las intenciones de Ramesses al hacer la invitación. En cualquier caso, los problemas dentro de su propio reino, en particular en el oeste (véase más adelante), suponían que mal podría valer la pena una larga ausencia del país —en una misión diplomática de muy dudoso provecho de por sí.

⁶⁷ Donde probablemente el faraón tenía una residencia real; véase Edel (1960, 18).

⁶⁸ Véase, también, Edel (1960, 17-18). Una referencia más a la visita propuesta se encuentra en KBo VIII 14 (*CTH* 216) (= *AHK* I, núm. 5) r. 3'-5'.

⁶⁹ El texto que se refiere a este mal se traduce más abajo. Parece que se enviaron noticias a Egipto de la indisposición del rey, muy posiblemente en el contexto de una respuesta al faraón, véase Edel (1960, 20).

No obstante, los estrechos lazos entre las dos casas reales se mantuvieron y se reforzaron aún más unos años después, cuando otra princesa hitita fue enviada a Egipto para casarse con el faraón. Los detalles los da una estela descubierta por Petrie en 1896 en el gran templo de Coptos⁷⁰:

El gran jefe de Hatti hizo que fuera llevado el más que rico botín de Hatti; el más que rico botín de Keshkesh (kaska), el más que rico botín de Arzawa y el más que rico botín de Qode —no podrían ser descritos— a Ramesses (e) igualmente, muchas manadas de caballos, muchos rebaños de vacas, multitud de cabras y muchos rebaños de ganado menor, por delante de su otra hija a la que hizo llevar a Egipto para Ramesses, dotado de vida*, puesto que era la segunda vez (Estela de Coptos 7-11, trad. Kitchen y Gaballa [1969-1970, 17]).

Es posible que este segundo matrimonio ocurriera después de la muerte de Hattusili. En cualquier caso, cabe poca duda de que la principal negociadora, por el lado hitita, fue la reina Puduhepa.

PUDUHEPA

La correspondencia matrimonial entre Puduhepa y la corte egipcia (tenemos quince cartas escritas por Ramesses a Puduhepa o a miembros de su familia) ilustra bien el respeto que la reina hitita había alcanzado entre los gobernantes extranjeros. Era tenida en alta estima por Ramesses en particular, cuyas cuatro cartas dirigidas a ella que nos han quedado están formuladas en términos virtualmente idénticos a los utilizados en su correspondencia con el propio rey hitita.

Esto no es sino un ejemplo más del grande e intenso papel, sin paralelo, que representó Puduhepa en los asuntos internacionales como queda ilustrado por sus frecuentes comunicaciones, tanto con los gobernantes extranjeros como con los vasallos⁷¹. Fue un papel que prosi-

* Es una frase hecha, una frase encomiástica utilizada en egipcio *di(w)nh* (N. del T.)

⁷⁰ Fue encontrada en estado fragmentario, pero años después se descubrió otro fragmento que casi la completaba. Para la publicación de la inscripción completa, véase Kitchen y Gaballa (1969-1970, 14-17).

⁷¹ Un ejemplo de esto es la carta del rey amorrita Bentesina a ella, KUB III 56 (CTH 208.4) (= Hagenbuchner [1989, 379-382, núm. 267]), que puede referirse a la huida de Urhi-Tesub a Egipto (véase Houwink ten Cate [1994, 244]).

guió representando después de la muerte de su marido, en el reinado de su hijo Tudhaliya⁷². No cabe duda de que su perfil internacional tenía la bendición y, en realidad, el impulso de su marido. Estaba incluida con él en el juramento de lealtad en el tratado de Ulmi-Tesub⁷³ e importantes documentos de Estado, entre ellos el tratado con Rameses, llevan el nombre del rey y de la reina como cosignatarios⁷⁴. Puduhepa también inscribió sellos por derecho propio⁷⁵.

Entre sus muchas actividades representó el papel de casamentera real, reivindicando el mérito de arreglar el doble matrimonio entre las familias reales hitita y amorrita y recabando la responsabilidad de elegir esposa para el hermano de Urhi-Tesub, Kurunta. También arregló las alianzas matrimoniales con la familia del rey de Babilonia. Probablemente fue una princesa babilonia la que se convirtió en la esposa de su hijo Tudhaliya (véase el cap. 12).

Tras la muerte de su marido, Puduhepa se introdujo cada vez más en la esfera judicial interviniendo a veces en disputas legales⁷⁶ y realizando pronunciamientos sobre casos traídos a su jurisdicción en los estados vasallos. Sabemos de un caso, probablemente en los comienzos del reinado de Tudhaliya, en el que declaró culpable a un acusado de dañar deliberadamente un barco y ordenó que pagase una indemnización al demandante, un propietario de barcos de Ugarit:

Así (habla) Mi Sol: di a Ammistamru: «Cuando ese hombre de Ugarit vino con Sukku a juicio ante Mi Sol, Sukku dijo: "Su barco se rompió solo contra el muelle." Pero el hombre de Ugarit dijo: "(¡No!) Sukku deliberadamente rompió mi barco." Mi Sol ha pro-

⁷² Véase Singer (1985a, 116; 1987, 415).

⁷³ KBo IV 10 v. 5,8,9.

⁷⁴ SBo I, núm. 49-51 = Beran (1967, 42-43, núm. 231-233; 42, núm. 229-230); Boehmer y Güterbock (1987, 82, núm. 257). Véase, también, Gonnet (1979, 20, 71-73, núm. 182-187; 83, núm. 220) y los estudios de Darga (1974, 946-949) y Otten (1975, 24-25). La tablilla de plata de la versión egipcia del tratado con Rameses fue impresa con «El sello de Re de la ciudad de Arinna, el Señor del País, el sello de Puduhepa, la princesa del País de Hatti, la hija del País de Kizzuwadna, la [sacerdotisa] de [la ciudad de] Arinna, la señora del País, la servidora de la diosa» (trad. Wilson en Pritchard [1969, 201]). Los sellos de Hattusili y de Puduhepa aparecen en el anverso y reverso de la tablilla respectivamente.

⁷⁵ Neve (1992a, 313) identifica catorce impresiones de sellos del archivo de Nišantepe con el nombre de Puduhepa solamente.

⁷⁶ Ya muy al principio de su matrimonio con Hattusili, Puduhepa parece haber actuado en cuestiones judiciales, a juzgar por su aparición, junto a su marido, en el preámbulo de KUB XXI 17 (CTH 86.1) l 1-2, que contiene el llamado «caso contra Arma-Tarhunda». Cfr. Imparati (1995, 146, n. 21).

nunciado el siguiente fallo: “Que el jefe de los barqueros de Ugarit jure: Sukku debe reembolsar (a la parte agraviada) por su barco y los bienes que había en él”» (RS 17.133 [CTH 195] = PRU IV 118-119).

Este documento tiene forma de carta escrita a Ammistamru II, rey de Ugarit, informándole de la decisión de la reina. Está firmada con su sello personal. El uso del título real «Mi Sol» indica que estaba actuando en nombre del rey hitita y, desde luego, con total autoridad para tomar tal decisión en su nombre. Tal vez esa autoridad le hubiera sido delegada originalmente por Hattusili, y luego la mantuvo después de su muerte, al menos en la primera parte del reinado de su hijo Tudhaliya⁷⁷.

Puduhepa había sido una sacerdotisa antes de su matrimonio con Hattusili y durante el resto de su vida parece haber dedicado gran parte de su tiempo y atención a los asuntos religiosos del reino. Su papel como suma sacerdotisa del reino hitita está ilustrado justamente en el bien conocido relieve escultórico sobre el frente rocoso de Firaktin, aproximadamente a cien kilómetros al sur de Kayseri. Aquí la vemos ocupada en una ceremonia religiosa dirigida conjuntamente con su marido. Él está realizando una libación a un dios y ella a la diosa Hepat⁷⁸. La participación en la ceremonia, en pie de igualdad con su marido, es otro ejemplo más de la estrecha asociación en el trabajo entre rey y reina, que caracterizó el reinado de Hattusili.

En su potestad de suma sacerdotisa, Puduhepa parece haber organizado una considerable racionalización de la gran panoplia de deidades que se habían acumulado en el panteón hitita, estableciendo algunos sincretismos entre deidades hititas y hurritas, en particular. El más importante de esos sincretismos se refleja en las líneas iniciales de la oración a la diosa Sol de Arinna:

A la diosa Sol de Arinna, mi señora, la dueña de las tierras de Hattú, la reina del cielo y de la tierra. ¡Diosa Sol de Arinna, tú eres la reina de todos los países! En el País de Hatti tú llevas el nombre de la diosa Sol de Arinna, pero en el país que tú hiciste el país del cedro, tú llevas el nombre de Hepat (KUB XXI 27 [CTH 384] I, 1-6, trad. Goetze en Pritchard [1969, 393]).

⁷⁷ Para la intervención de la reina en otras cuestiones que eran de naturaleza judicial, véase Darga (1974, 944-945).

⁷⁸ Véase Bittel (1976a, 187-188) y fig. 198 (176-177). Para la inscripción jeroglífica del monumento, véase Güterbock (1978).

De todas las oraciones pronunciadas por Puduhepa, las más conmovedoras son aquellas en las que busca la divina protección para la vida y la salud de su marido⁷⁹. Parece que la mala salud había perseguido a Hattusili en sus últimos años, igual que en su juventud. Puduhepa intentaba que su salud le fuera devuelta, que se le concediera larga vida:

Hattusili, ese siervo tuyo que está enfermo... Si Hattusili está maldito y Hattusili, mi marido, ha llegado a ser odioso a vuestros ojos, dioses; o si alguno de los dioses de arriba o de abajo se ha sentido ofendido por él; o si alguien ha elevado una ofrenda a los dioses para atraer el mal sobre Hattusili —no aceptes esas palabras, ¡oh diosa, mi señora! ¡Haz que el mal no toque a Hattusili, tu siervo! ¡Oh dioses, no prefiráis a nuestros adversarios, a nuestros envidiosos, (y a nuestros) [] a nosotros! Si tú, diosa, señora mía, debes conceder la vida y transmitir a los dioses, tus pajes, las buenas noticias, y si tú debes pisotear las malas noticias y plegarles el paso —oh Lelwani, mi señora, que la vida de Hattusili, tu siervo, y la de Puduhepa, tu criada, salga desde tu boca en la presencia de los dioses! ¡A Hattusili, tu siervo, y a Puduhepa, tu criada, da largos años, meses y días! (KUB XXI 27 [+]) [CTH 384] III 14'35', adaptado de la trad. de Goetze en Pritchard [1969, 393-394]).

Junto a sus oraciones, la reina hacía numerosos llamamientos cordiales a Lelwani, diosa de los Infiernos, con ofrendas votivas si sus llamamientos eran respondidos y el rey recuperaba la salud y se le concedía larga vida⁸⁰. Sus peticiones eran casi siempre muy específicas. Una de ellas buscaba que el rey fuera curado de una inflamación en los pies:

Un sueño de la reina: Alguien me decía una y otra vez en un sueño: «Haz una promesa a la diosa Ningal como sigue: “Si esa (enfermedad) Fuego-del-pie de Su Majestad, pasa rápidamente, yo haré para Ningal diez (?) *talla* (frascos de aceite) de oro y lapislázuli”» (KUB XV 3 [CTH 584.2] I 17 ss., trad. Güterbock en Oppenheim [1956, 255]).

Otra oración votiva se refiere a una enfermedad que padecía el rey en los ojos⁸¹. Él ya padecía esta aflicción en la época de su tratado con

⁷⁹ Para votos hititas y textos de sueños, véase CTH 583-590. Añádanse los textos publicados por Klengel en KUB LVI (1986).

⁸⁰ CTH 585. Para los textos, véase Otten y Soucek (1965).

⁸¹ Por ejemplo, KUB LVI 13 r. 11. Klengel, en su resumen de esta oración, (KUB LVI, Inhaltsübersicht) compara KBo VIII 61, KUB XXII 61, KUB XLVIII 119, KUB XLVIII 121.

Ramesses. Entre los regalos que el faraón le envía para conmemorar la firma del tratado están algunas medicinas que le proporcionen alivio⁸². En todas las oraciones votivas de Puduhepa vemos expresiones de «el amor y la lealtad de su reina, que siempre vivió bajo la amenaza de la pérdida de su amado marido»⁸³.

La muerte de Hattusili puso término a una de las más estrechas y una de las más duraderas y constructivas asociaciones reales del mundo antiguo. De esto, gran parte del mérito se debe a Puduhepa. Al contrario que alguna de las anteriores reinas hititas que habían desempeñado un papel relevante en el reino, es digno de anotar que la historia nos ha dejado una impresión muy positiva de Puduhepa. Nuestros registros dan pocos indicios de que usara sus sustanciales poderes para fines puramente personales, o que ella diese alguna vez a su marido algo distinto que un total y devoto apoyo. Esto debió de ser de inestimable valor para el rey para ayudarle a tratar las crisis sobre la sucesión real y para establecer la credibilidad del régimen a los ojos de los gobernantes extranjeros.

Al formarnos una imagen así de Puduhepa, nosotros, desde luego, dependemos de la fortuna en los documentos supervivientes —que en este caso dan una descripción muy favorable de la antigua sacerdotisa de Lawazantiya. Si hubo o no una dimensión más siniestra en su papel como reina hitita, como en el caso de la esposa de Suppiluliuma, Tawananna, es cosa sobre la que sólo cabe la especulación. Sin duda fue una figura extremadamente poderosa en la corte real, y fue, casi con toda seguridad, influyente en muchas de las decisiones que tomó su marido. En realidad, conforme la enfermedad y la vejez se iban cobrando su deuda en los últimos años del rey, Puduhepa pudo llegar a ser, perfectamente, más y más «el poder detrás del trono». En tal papel no habría dejado de crearse enemigos.

Continuó representando un activo papel en los asuntos hititas durante muchos años después de la muerte de su marido y todavía podría estar viva en el reinado del rey de Ugarit Niqmaddu III, al final del siglo XIII⁸⁴. De ser así, debió de haber vivido, por lo menos, hasta la edad de

⁸² KUB III 51 (CTH 170) (= *AHK* I, núm. 2, 16-19) v. (?) 2'-3', 10'. La carta fue enviada a Hattusili antes de que la tablilla de plata en la que se inscribió el tratado fuese hecha; véase Edel, *AHK* II, 27.

⁸³ Darga (1974, 953-954).

⁸⁴ Esta conclusión se basa en una carta de los archivos de Ugarit, RS 17.434, supuestamente escrita por Puduhepa a Niqmaddu III (así, Nougayrol *PRU* IV 199; cfr. Van den Hout [1995b, 1112]). Pero véase Klengel (1969, 367) y las reservas expresadas por Otten (1975, 31). Si la conclusión es correcta, entonces, Puduhepa estuvo viva aún y activa políticamente hasta el final del siglo XIII.

noventa años, aunque ella sólo tuviera quince cuando se casó con Hattusili después de la batalla de Kadesh.

CAMPAÑAS EN ANATOLIA

La paz acordada entre Hattusili y Ramesses hizo una bienvenida y significativa contribución, al menos a corto plazo, a la estabilidad política en Siria. En efecto, confirmó las fronteras territoriales existentes entre Hatti y Egipto y la autoridad de cada uno sobre los respectivos reinos locales dentro de esos límites. En el pasado, gran parte de la inestabilidad de la región se había debido a vasallos que habían querido incrementar su propio territorio y mejorar su posición, a expensas de sus vecinos, explotando la rivalidad por la supremacía total de las principales potencias. El tratado eliminaba prácticamente las oportunidades de que los vasallos locales intentaran aprovechar la rivalidad entre ambas. Además, la nueva alianza entre Hatti y Egipto podía, también, ayudar a mantener a Asiria fuera de la región.

Había otras razones por las cuales era necesario dar, tan rápidamente como fuera posible, una solución definitiva a los asuntos sirios. Conforme Hattusili negociaba su andadura a través de las complejidades de su tratado con Ramesses, se mostraba cada vez más consciente de los nuevos desasosiegos en sus territorios de Anatolia. En el norte, los kaskas continuaban amenazando la frontera hitita y se necesitaban campañas regulares para mantenerlos a raya⁸⁵. Pero era en el oeste y en el sur donde iban surgiendo los problemas más graves. Sabemos, por los pequeños fragmentos supervivientes de los *Anales* del rey⁸⁶, de una gran revuelta en las tierras de Lukka que se extendió por toda la región de la posterior Licaonia⁸⁷, Pisidia y Licia. Los grupos rebeldes de esas tierras habían realizado, según parece, extensas conquistas en los territorios vecinos sometidos a Hatti del sur de Anatolia⁸⁸.

⁸⁵ El hijo de Hattusili, Tudhaliya, parece haber tenido un importante papel en ello cuando ostentaba el cargo de *GAL MEŠEDI*, y posiblemente, desde una temprana edad. Véase el cap. 12.

⁸⁶ KUB XXI 6 + 6a (CTH 82).

⁸⁷ Laroche (1976, 17) comenta que el nombre de Licaonia es una derivación helenizada del luwita **lukawani-*, «habitante de Lukka».

⁸⁸ Obsérvese Gurney (1992, 218) en referencia al hecho de que los países listados en CTH 82 son, o bien parte de, o bien adyacentes a Lukka. Forlanini (1988, 157-159) traza un paralelo entre la carta de Tawagalawa (véase más adelante) y CTH 82, e identifica el ataque de Piyamaradu contra Lukka, al que se cita en la carta de Tawagalawa, con la invasión referida en CTH 82; cfr. Freu (1990, 49).

Más pruebas de los problemas que implicaban al pueblo de Lukka las proporciona una carta, habitualmente citada como la carta de Tawagalawa, escrita por Hattusili a un rey de Ahhiyawa⁸⁹. La carta se refiere, principalmente, a las actividades del renegado hitita Piyamaradu, al que nos encontramos ya en el cap. 9⁹⁰. Piyamaradu ya había estado molestando en los estados vasallos hititas del oeste durante el reinado de Muwatalli y todavía actuaba en la región, aparentemente con el apoyo, o al menos con la connivencia, del rey de Ahhiyawa.

El levantamiento en Lukka estaba listo para su explotación. Conforme los hititas se preparaban para una operación de represalia, un gran grupo de rebeldes buscó asilo con Tawagalawa, el hermano del rey de Ahhiyawa⁹¹, quien según parece había ido al oeste de Anatolia para recibir a los fugitivos. Piyamaradu los había llevado a Tawagalawa, posiblemente para tratar su reubicación en territorio de Ahhiyawa. Pero las lealtades entre la gente de Lukka parecen haberse dividido. Porque otro grupo de ellos, que habían permanecido leales a los hititas, habían sido expulsados a la fuerza de su patria por Piyamaradu y ahora apelaban a Hattusili para que los rescatase⁹².

En respuesta, Hattusili partió hacia el oeste a fin de reafirmar la autoridad hitita sobre la región ocupada por Piyamaradu y para llevar a cabo la liberación de sus súbditos. Fue una campaña que emprendió con gran desgana e incluso, mientras estaba en marcha, intentó alcanzar un acuerdo con Piyamaradu. Por un momento, éste pareció estar dispuesto a negociar, pero las negociaciones se rompieron:

Entonces, cuando fui a Sallapa, envié un hombre a mi encuentro (diciendo): «Tómame en vasallaje y envíame al *tuhkanti*⁹³ y él me conducirá hasta Mi Sol». Y yo le envié al *tartem*⁹⁴ (diciendo): «Ve,

⁸⁹ KUB XIV 3 (CTH 181), ed. Sommer (1932, 2-194), y trad. en parte por Garstang y Gurney (1959, 111-114). Aunque el autor no está identificado en la porción que nos ha quedado del texto, su atribución a Hattusili es prácticamente segura; véase Güterbock (1983a, 135); Heinhold-Krahmer (1983, 95-97); Houwink ten Cate (1983-1984, 34) y otras referencias citadas por Singer (1983a, 209, n. 18). Contra esta atribución, véase Freu (1990, 22). Para más sobre el texto, véase Heinhold-Krahmer (1986).

⁹⁰ «Carta de Tawagalawa» es, pues, un nombre algo equivoco; véase Singer (1983a, 210-213).

⁹¹ Sobre la filiación, véase Güterbock (1983a, 136).

⁹² Carta de Tawagalawa I, 4-5.

⁹³ Como se sugería más arriba, la persona en cuestión podía ser el hijo de Hattusili, Nerikkailli.

⁹⁴ Sobre la aparente equivalencia de los términos *tuhkanti* y *tartem*, véase Gurney (1983, 97-98).

ponle detrás de ti en el carro y tráemelo aquí.» Pero él, él desairó al *urienu* y dijo «no». Pero, ¿no es el *urienu* el propio representante (?) del rey? Él tenía mi mano. Pero respondió «no» y le humilló ante los países y, además, dijo: «¡Dame un reino, aquí, en este lugar! Si no, no iré» (Carta de Tawagalawa, I 6-15, trad. Garstang y Gurney [1959, 111]).

Esta beligerante petición de un antiguo súbdito no podía tolerarse. Hattusili continuó su marcha hacia el oeste, determinado a dar una ejemplar demostración de la fuerza hitita a propios y extraños y poner fin, de una vez para siempre, a las actividades de Piyamaradu. Le llegaron noticias de que Iyalanda, cerca de la costa egea⁹⁵, había sido ocupada por fuerzas de Piyamaradu. Con la esperanza de que, incluso ahora, Piyamaradu pudiera ser intimidado y conducido a la sumisión, le envió un ultimátum. Sin ningún provecho:

Cuando alcancé Waliwanda le escribí: «Si quieres ser mi vasallo, mira ahora. Cuando yo llegue a Iyalanda que no encuentre a ninguno de tus hombres en Iyalanda; y no dejes que nadie vuelva aquí, ni tú violarás mis dominios...» Pero cuando llegué a Iyalanda, el enemigo me atacó por tres lugares (Carta de Tawagalawa, I 16-23, trad. Garstang y Gurney [1959, 111]).

Hattusili conquistó el país, pero no con la suficiente rapidez para poner sus manos sobre Piyamaradu, que huyó al País de Millawanda (Milawata), aún por aquel tiempo sometido a Ahhiyawa. Hattusili no quería provocar un conflicto con el rey de Ahhiyawa, y más tarde le aseguró que no tenía planes para los territorios de Millawanda. No obstante, más determinado que nunca a llevar a Piyamaradu ante la justicia, entró en Millawanda y demandó a su gobernante local, Atpa (yerno de Piyamaradu), que le entregase al renegado. Nuevamente le eludió Piyamaradu, realizando una precipitada partida de Millawanda en barco y, presumiblemente, buscando refugio en territorio de Ahhiyawa —fuera del continente, pero lo suficientemente próximo a él como para continuar haciendo razias en territorio sujeto a los hititas, una vez que las fuerzas hititas dejaron la zona.

La mayor parte de esto lo sabemos por la carta de Hattusili, que es, en parte, una carta de queja al rey de Ahhiyawa por su aparente apoyo a las actividades de Piyamaradu. Pero la carta fue escrita en un tono

⁹⁵ ¿La clásica Alinda? Véase Garstang y Gurney (1959, 78); Bryce (1974b, 398, 402); Freu (1990, 31).

muy conciliador, ya que la principal intención de Hattusili era buscar la cooperación del destinatario para poner fin a las actividades de Piyamaradu.

Según este rumor, durante el tiempo que él dejó a su mujer, hijos y casa en el país de mi hermano, tu país le está brindando protección. Pero él está continuamente atacando mis tierras; dondequiera que yo he impedido eso, él ha retrocedido a tu territorio. ¿Estás tú, entonces, mi hermano, favorablemente dispuesto a esa conducta? (Si no,) entonces, mi hermano, escríbele por lo menos esto: «Álzate, vuelve al País de Hatti; tu señor ha ajustado sus cuentas contigo. Si no, ven al País de Ahhiyawa y en cualquier lugar que te asientes [debes permanecer]. Sal con tus prisioneros, tus mujeres e hijos y asíéntate en otro lugar. Mientras que estés enemistado con el rey de Hatti, ejerce tu hostilidad desde algún otro país. ¡Desde mi país no dirigirás las hostilidades!» (Carta de Tawagalawa, III 55-IV 5, adaptada de la trad. de Garstang y Gurney [1959, 113]).

Con franqueza total, Hattusili admitía que su expedición al oeste no había tenido éxito. Había fracasado en cuanto a asegurar la vuelta de sus súbditos y también había fracasado en la captura de Piyamaradu o en detener sus continuas razias sobre territorio hitita. Pero no tenía intención de comprometer sus fuerzas en nuevas campañas en el oeste, si podía evitarlo. Esos recursos se necesitaban en otros lugares. Su carta debería ser considerada en ese sentido. Ha sido descrita como humilde, dulce, disculpatoria y, verdaderamente, está escrita en términos muy comedidos y muy cuidadosamente elegidos. Pero el subyacente sentido de frustración y de humillación es evidente —por encima de todo, la humillación de tener que acudir a la ayuda de Ahhiyawa donde él mismo había fracasado, con el conocimiento de que Piyamaradu había estado actuando con el apoyo de Ahhiyawa. Hattusili no podía hacer mucho más que esperar que el rey de Ahhiyawa no intentara explotar la frágil autoridad hitita en el oeste para nuevas expansiones de su influencia en la zona.

No sabemos el resultado del llamamiento de Hattusili. Lo más probable es que fuese ignorado. Y aunque no volveremos a saber nada de Piyamaradu no hay razones para creer que sus actividades en la Anatolia occidental se restringieran de algún modo. La necesidad de una firme solución a la deteriorada situación en el oeste no fue sino uno de los problemas que Hattusili legó a su hijo Tudhaliya. Por encima de todo, debe de haber estado claro para Hattusili y para su sucesor que mientras que el rey de Ahhiyawa mantuviera un firme punto de apoyo so-

bre suelo de Anatolia, ninguna seguridad sería duradera en los territorios súbditos lititas de la región.

El LEGADO DE HATTUSILI

Hattusili corrió el riesgo de un rey que reinó demasiado tiempo. Estaba ya en los cincuenta cuando subió al trono de Urhi-Tesub y luego lo ocupó, al menos, los siguientes veinticinco años. Estaba como mínimo en sus setenta cuando murió⁹⁶. En sus años finales, su capacidad para llevar a cabo de forma efectiva las responsabilidades de su cargo debe de haber estado muy mermada. Hubo muchos problemas, de los que algunos se fueron agravando más y más, que requerían la atención directa de un monarca apto y capaz. Las exigencias físicas de los viajes, bien fuera en misiones de buena voluntad, en peregrinaje religioso o en campañas militares, debieron irse haciendo más difíciles de acometer en sus últimos años, particularmente si padecía una mala salud crónica. Pero las disensiones entre las distintas ramas de su propia familia y el potencial que contenían de estallar en un conflicto abierto estaban entre sus preocupaciones más inmediatas.

Cuanto más tiempo viviera y más débil llegara a ser, mayores eran las probabilidades de que las disputas intrafamiliares echaran por tierra sus planes para la sucesión. Los desafíos podían venir desde diversos frentes. Estaba el hijo de su hermano, Kurunta. Hasta ahora había sido leal, pero ¿podía confiar en que permanecería así, si la situación política en Hattusa se hacía más inestable, conforme se acercase la muerte del rey? Estaba Urhi-Tesub, según parece todavía vivo⁹⁷ y en libertad. Por entonces debía de ser un hombre de avanzada edad. Pero no podía eliminarse la posibilidad de que hiciera un nuevo conato de recla-

⁹⁶ Wilhelm y Boese (1979, 36, n. 65) asume que vivió, por lo menos, hasta el año cuarenta y dos del reinado de Ramesses —esto es, hasta el año 1237, lo que le haría tener setenta y cinco años, al menos, a su muerte, dado que fue el hijo más joven de la esposa de Mursili, Gassulawiya, quien murió en 1312. Sin embargo, Van den Hout (1984, 90) cree que esta asunción no es imperativa y comenta que el *terminus post quem* para su muerte sigue siendo el año 34 del reinado de Ramesses (1245), ya que estaba vivo, al menos, cuando tuvo lugar el matrimonio de su primera hija con el faraón. Incluso si hubiera muerto muy poco después de esto, casi con toda certeza habría vivido hasta los setenta.

⁹⁷ Esto debe inferirse del texto oracular KUB XVI 32 (+) (CTH 582) que hace referencia a Urhi-Tesub e implica que aún estaba vivo en los años finales del reinado de Hattusili; véase Van den Hout (1991, 295-296); Houwink ten Cate (1994, 250). Más sobre esto en el cap. 12.

mar su trono tras la muerte de Hattusili. En cualquier caso, tenía hijos⁹⁸ que podían intentar restaurar la línea sucesoria entre los descendientes de Muwatalli. ¿Y qué se podía decir de los hijos de Tanuhepa, o de sus hijos? ¿Tenían aspiraciones a la realeza? ¿Y el hijo mayor de Hattusili, Nerikkaili? Aparentemente, se había sometido con buena voluntad a su padre cuando fue destituido del cargo de *tubkanti*. ¿Pero, no podrían reavivarse sus ambiciones conforme se acercara el final de su padre? Además de él, Hattusili tenía otros hijos de un matrimonio anterior, de los que en una carta a Ramesses, Puduhepa afirma que ella los había criado y colocado en cargos militares:

Cuando entré en el palacio, las princesas que encontré dentro parieron bajo mi cuidado, y yo los crié (esto es, a los hijos). Los que encontré nacidos también los crié y los hice comandantes del ejército (KUB XXI 38 [CTH 176] r. 59-62, adaptado de la trad. de Van den Hout [1995b, 1110])⁹⁹.

El número de potenciales pretendientes a la sucesión real probablemente pesaba con fuerza en la mente de Puduhepa. Sus súplicas a los dioses por la salud y longevidad de su marido puede que no fueran totalmente altruistas. A la muerte de su marido, su propia posición podía hacerse precaria si la sucesión no se realizaba de acuerdo con sus planes (y probablemente, con los de ella). La influencia que ejercía en la corte real y en el reino, en definitiva, tenía que haberle creado, casi con toda seguridad, numerosos enemigos dentro de la extensa familia real. Si alguno de ellos consiguiera alcanzar el poder, sus días como reina podían, muy bien, estar contados. Había, después de todo, prece-dentes para librar a la corte de una molesta y dominante reina.

⁹⁸ Citados en KUB XVI 32 (+) r. II 14'-15', II 28'-30' (en el último pasaje, en conexión con posibles compensaciones territoriales a los hijos de Urhi-Tesub), y v. III 32-33 (donde se hace referencia a sus hijos «eligiendo su lado»). Véase, también, Van den Hout (1991, 295-296).

⁹⁹ Obsérvese, también, el pasaje del decreto de Mittannamuwa, KBo IV 12 (CTH 87) v. 8-9 (Goetze [1925, 44-45]), donde Hattusili parece distinguir dos grupos entre sus descendientes lineales, los que, aparentemente, proceden de una unión anterior, y los de su unión con Puduhepa: «nuestros hijos, nuestro nieto, el hijo de Mi Sol, los hijos de Mi Sol, los descendientes de Puduhepa, la Gran Reina».

CAPÍTULO 12

Nuevas iniciativas, nuevas amenazas: el reinado de Tudhaliya IV (c. 1237-1209)

LA PREPARACIÓN DE TUDHALIYA PARA EL TRONO

En sus primeros años, el príncipe Tudhaliya no podía imaginar que algún día llegaría a ser rey. Su primo Urhi-Tesub, hijo de Muwatalli, había subido al trono con el refrendo y apoyo de su tío Hattusili, el padre de Tudhaliya. En el curso normal de los acontecimientos, la sucesión continuaría dentro del linaje de Muwatalli. Incluso después de que Hattusili hubiese depuesto a Urhi-Tesub y subido él mismo al trono, las perspectivas de Tudhaliya de seguir a su padre en el trono todavía parecían ser remotas, puesto que su hermano mayor, Nerikkaili, había sido nombrado *tuhkanti*, lo que conllevaba las expectativas, si no la certeza, de que algún día sería rey.

Pero, posteriormente, Hattusili desposeyó a Nerikkaili de su cargo y nombró a Tudhaliya «para la realeza» (*LUGAL-iz-na-ni*)¹. Consideraciones políticas, particularmente el reconocimiento de los estrechos lazos entre Tudhaliya y su primo Kurunta, pueden haber desempeñado un papel fundamental en la decisión que tomó Hattusili. Pero cualquiera que fue

¹ Tablilla de bronce § 14, II 44. En contra Van den Hout (1991, 275-276), quien utiliza este pasaje en apoyo de su argumentación para un período de coregencia entre Hattusili y Tudhaliya, *LUGAL-iznani titannu* debe de ser una expresión elíptica para el nombramiento a (una posición que será seguida por) la realeza, esto es, a la calidad de *tuhkanti*, igual que *LUGAL-iznani tapariya* en § 13, II 36 y debe traducirse como «nombrado para la realeza». Agradezco al profesor Gurney este comentario.

se el papel de estas consideraciones, la destitución de Nerikkaili del cargo y la elevación de Tudhaliya no fue, seguramente, una decisión repentina. Más bien, Hattusili habría decidido nombrar a Tudhaliya como su heredero algún tiempo antes de su anuncio formal y estaría esperando hasta un momento adecuado para realizar el anuncio. No puede haber sido una coincidencia que los primeros pasos de Tudhaliya siguieran un camino similar al de su padre. Probablemente, Hattusili planeó ese camino. Así, asignó a su hijo al servicio de su propia especial patrona, la diosa Ishtar (de Samuha)², exactamente como en su propia niñez él fue asignado por su padre Mursili al servicio de la diosa. Y le nombró sacerdote del dios Tormenta de Nerik³, otra vez un significativo nombramiento a la vista de su propia especial relación con la ciudad santa; su restauración había sido uno de los grandes logros de los inicios de su carrera y aquí había sido, también, sacerdote del dios. También le encomendó el gobierno de la ciudad de Hakpissa, antiguamente la sede de su propio poder⁴, y le nombró GAL MEŠEDI (Jefe de la Guardia real)⁵. Hattusili también había sido GAL MEŠEDI en los principios de su carrera.

Estaba en posesión de este cargo cuando Tudhaliya realizó intensas campañas en la zona de los kaskas, obteniendo experiencia en batallas que le ayudarían a equiparle para su posterior cargo de comandante en jefe de las fuerzas hititas. Además, Hattusili acreditó a su hijo con una victoria militar en la región, la conquista de Hatenzuwa, que él mismo no había sido capaz de lograr⁶. Qué parte del mérito por la victoria se deba a Tudhaliya en persona es una cuestión abierta. Puede que no tuviera más de doce años cuando tuvo lugar la campaña⁷.

² *Apol.* § 12b, IV 76-78.

³ KUB XXV 21 (*CTH* 524.1) III 13-16 (ed. Goetze [1951, 24-25]); Von Schuler (1965, 186-187), KUB XXXVI 90 (*CTH* 386.1) r. 15-17 (ed. Haas [1970, 175-179]).

⁴ KUB XXXVI 90 r. 15 17, véase Haas (1970, 7, 11, 13-15, 175).

⁵ Véase *Apol.* § 12a, IV 41-42 y KUB XIX 8/19 (*CTH* 83.1); sobre la identificación del GAL MEŠEDI Tudhaliya en los textos posteriores como el hijo de Hattusili, véase Riemschneider (1962, 118-119).

⁶ KUB XIX 8/19 III 25-31. Puede, muy bien, haber habido un motivo político para realizar este acontecimiento. Su propio aparente fracaso en la toma de Hatenzuwa pudo haberse debido al hecho de que estaba ocupado en operaciones militares en otro lugar cuando declaró su hostilidad, o enfermo. Pero su principal propósito pudo ser el de promocionar la imagen de su hijo Tudhaliya como jefe militar de probada capacidad; cfr. Riemschneider (1962, 120); Van den Hout (1991, 298). El texto pertenece al reinado de Hattusili III (véase Riemschneider [1962, 115-121]) y es uno de los fragmentos supervivientes de una reseña histórica de los reinados de Suppiluliuma I, Arnuwanda II, Mursili II, Muwatalli II, Urhi-Tesub y Hattusili III (*CTH* 83).

⁷ Si la línea 27 del texto ha sido correctamente interpretada; véase el estudio de Riemschneider (1962, 118-119).

La carrera que Hattusili había diseñado para Tudhaliya parece indicar que había estado preparando a su hijo para la sucesión durante algunos años. Además, su llamada *Apología* puede haber estado destinada tanto a justificar su elección de sucesor y allanar el camino de la sucesión, como a defender su propia actuación al obtener el trono⁸. Casi con seguridad, la *Apología* fue compuesta en los últimos años del reinado, después de la conclusión de su tratado con Ramesses⁹, y en el período en que la cuestión de la sucesión estaba adquiriendo una importancia crucial.

Quizás Hattusili llegó a algo más que a una simple proclamación de Tudhaliya como su sucesor y, realmente, compartiera con él el trono. A la vista de su edad y de su estado de salud en los últimos años de su reinado y, particularmente, a la vista de un potencial conflicto entre algunos de los posibles aspirantes al trono después de su muerte, podía haber sido un movimiento extremadamente prudente. Además, varios investigadores han llegado a la conclusión de que Tudhaliya fue durante algún tiempo coregente con su padre. La posibilidad de la coregencia ha descansado, básicamente, en una impronta de sello de Ugarit en la que figura el nombre de Tudhaliya en el anillo interior y, presuntamente, el de Hattusili, en el exterior¹⁰. Esto indicaría, claramente, una monarquía conjunta. Sin embargo, se ha demostrado ahora que el nombre de Tudhaliya podría leerse tanto en el anillo interior como en el exterior¹¹. Esto nos deja sólo una dudosa prueba en favor de la coregencia de Tudhaliya con su padre —un texto de oráculo que *puede* indicar que Tudhaliya portaba el título de «Mi Sol» en vida de su padre¹².

⁸ Cfr. Imparati (1995, 153-154).

⁹ A esto, probablemente, se alude de forma indirecta en la *Apol.* § 12b, IV 58-59. Véase Otten (1981, 27, n. sobre líneas 58 ss.) apoyado por Imparati (1995, 154, n. 59).

¹⁰ La impresión aparece en la tablilla RSL 2 de Ras Shamra (*PRU* VI, 129, núm. 179). Véase Mora (1987) y cfr. Van den Hout (1991, 278).

¹¹ Véase Otten (1993b, 107-110) quien sugiere que el nombre en el anillo exterior se refiere al antiguo homónimo de Tudhaliya de comienzos del reino Nuevo (páginas 109-110).

¹² KUB XVI 32 (*CTH* 582) II 14':22': «Como no se estableció (con oráculos) para Mí Sol realizar ofrendas según el ritual *mantalli* en favor de los hijos de Arma-Tarhunda, así yo no le perjudiqué; (pero) el hombre que los perjudicó, como (está) todavía vivo, como su alma no (se) ha aplacado, entonces es por su (falta) (por lo que) no se estableció el ofrecer el ritual *mantalli*» (adaptado de la trad. de Archi (1971, 212). Para la atribución de este texto a Tudhaliya, véase Ünal (1974, 1, 107, 172) y para la conclusión de que se trata de la época anterior a la muerte de Hattusili, véase Van den Hout (1991, 294-297); cfr. Houwink ten Cate (1994, 249). A la vista de los antiguos conflictos de Hattusili con

UNA ESPOSA PARA EL HEREDERO DEL TRONO

Para ayudar a garantizar la sucesión en la línea de Hattusili, el futuro rey necesitaba una esposa. Sorprendentemente, no encontramos ninguna referencia escrita a ninguna mujer de Tudhaliya, ya sea en textos o en improntas de sellos. Sin embargo, sería extraordinario que no se hubiera arreglado para él un adecuado matrimonio en la primera ocasión asequible en vista de la precaria situación de la sucesión y de todos los pasos andados en su preparación para la realeza. En realidad, Tudhaliya probablemente se casó algunos años antes de su acceso al trono. Su esposa puede que esté citada en el borrador de una de las cartas escritas por Puduhepa a Ramesses respecto al futuro matrimonio de su hija¹³. En el transcurso de su larga carta, la reina cita otros dos matrimonios hititas con extranjeras: «La hija de Babilonia y la hija de Amurru a quienes yo, la reina, tomé —¡no eran, por supuesto, una fuente de alabanzas para mí ante el pueblo de Hatti!»¹⁴. Esto hice yo, tomando como nuera a una extranjera, la hija de un Gran Rey» (KUB XXI 38 [CTH 176] r. 47-49).

La «hija de Amurru» estaba casada con el hermano mayor de Tudhaliya, Nerikkaili. La «hija de Babilonia» probablemente llegaría a ser la esposa de Tudhaliya¹⁵. Puduhepa parece ser la que tomó la iniciativa en el arreglo de esos dos matrimonios¹⁶. Esas uniones eran, desde luego, un rasgo habitual en las relaciones internacionales de la Edad del Bronce. En realidad, las casas hitita y babilónica estaban unidas enton-

Arna-Tarhunda y el castigo que infligió a su familia, se supone que Hattusili era el hombre todavía vivo que «les perjudicó»; por lo tanto, Mi Sol debe de ser Tudhaliya. Pero si, como es muy posible, el hombre en cuestión fuese algún otro, entonces el rey citado puede ser, perfectamente, Hattusili y no Tudhaliya.

¹³ KUB XXI 38 (CTH 176), ed. Heick (1963, 87-93).

¹⁴ Esta afirmación está tratada como una pregunta retórica, siguiendo a Heick (1963, 91) y Beckman (1983b, 109), contra Singer (1991c, 331) cuya traducción «no eran ellas para mí, por supuesto, una fuente de alabanzas» tendría el sentido contrario, precisamente. A la luz del contexto completo de este pasaje parece más convincente una pregunta retórica.

¹⁵ Véase Beckman (1983b, 109); Singer (1991c, 330-332).

¹⁶ Que Puduhepa tuvo un activo papel en el arreglo de los matrimonios reales está claro por la tablilla de bronce § 19, II 84-86, donde parece indicarse que la reina hitita asumió la responsabilidad de encontrar una esposa para Kurunta. Sin embargo, Tudhaliya parece haber dado a su primo la opción de elegir su propia esposa, independientemente de cualquier elección hecha por Puduhepa (tablilla de bronce § 19, II 88-89). Esto pudo causar cierta tirantez entre Puduhepa y su hijo al comienzo de su reinado.

ces por dos matrimonios, puesto que Hattusili había proporcionado una de sus hijas como esposa al rey de Babilonia¹⁷. Un doble matrimonio similar había ocurrido ya entre las familias reales hitita y amorrea en el reinado de Hattusili.

Ramesses reaccionó con cierto desdén a la noticia de los lazos matrimoniales con Babilonia, con la excusa de que el ocupante del trono de Babilonia no merecía por más tiempo el reconocimiento como «Gran Rey». Para esto, Puduhepa tuvo una lacónica respuesta: «Si tú dices que el rey de Babilonia no es un “Gran Rey”, entonces no conoces la posición de Babilonia» (KUB XXI 38 r. 55-56, trad. Singer [1991c, 331]). Puesto que su carta estaba escrita algún tiempo antes de 1246, esto es, antes del matrimonio de la primera princesa hitita con Ramesses, entonces el rey que había causado el desdén de Ramesses era Kudur-Enlil, que ocupó el trono de Babilonia c. 1254-1246, a continuación del reinado de Kadasman-Enlil II¹⁸. Si la princesa de Babilonia llegó a ser la esposa de Tudhaliya, entonces éste debe de haber sido el período en el que tuvo lugar su matrimonio —algunos años antes de que accediera al trono de su padre.

A pesar de la despreciativa afirmación de Ramesses sobre el rey de Babilonia, la corte hitita todavía lo reconocía como el gobernante de un Gran Reino, y continuó haciéndolo así hasta el momento en que, finalmente, el reino sucumbió ante las fuerzas del rey asirio Tukulti-Ninurta¹⁹. Por lo tanto, hubo dos importantes acicates para una alianza matrimonial hitito-babilónica. En primer lugar, la alianza estrechaba aún más los lazos entre Hatti y Babilonia que Hattusili, sin duda, veía como muy interesantes ante la amenaza plantada a ambas potencias por una Asiria con la espada en alto. En segundo lugar, también debió de ayudar a promover la posición personal de Tudhaliya por encima de la de su hermano Nerikkaili. La mujer de Nerikkaili era, sencillamente, la hija de un rey vasallo. En este aspecto, puede perfectamente haber actuado la influencia de Puduhepa, particularmente puesto que ella reivindicaba haber tomado la iniciativa en el arreglo del matrimonio.

Más tarde tendría razones para dolerse de esta iniciativa. Un extenso texto oracular que examina las causas de la enfermedad de un rey hitita

¹⁷ KUB XXI 38 r. 55.

¹⁸ Véase Brinkman (1980-1983). El rey no pudo ser Kadasman-Enlil, quien parece que era un menor cuando subió al trono y reinó solamente un corto tiempo (1263-1255 es lo reconocido habitualmente); véase Brinkman (1976, 31; 1976-1980, 285).

¹⁹ Como se indicó en el tratado de Tudhaliya con Sausgamuwa de Amurru, donde el rey de Babilonia está citado entre los reyes de igual rango que el rey de Hatti (véase más abajo).

señala facciones dentro de la corte real que implicaban a sus mujeres, quienes se habían dividido en dos grupos —partidarias y opositoras de la Gran Reina²⁰. El texto, casi con certeza, debe asignarse al reinado de Tudhaliya²¹. La reina en cuestión debe de ser Puduhepa, quien a la manera de las Tawanannas, seguía ejerciendo su poder oficial después de la muerte de Ilattusili, tanto en la esfera doméstica, como en la exterior. Todavía era una figura formidable en la corte real, tratando de mantener su papel como principal agente del poder en los círculos cortesanos. Fue esto, sin duda, lo que indujo a enemistades e intrigas en su contra —de aquellos que se habían indispuesto contra ella.

La dirigente de la facción en contra de Puduhepa era, parece, la DUMU.SAL GAL, la Gran Princesa, muy probablemente, la mujer de Tudhaliya²². Parece ser que Puduhepa hizo un intento de desacreditarla aportando cargos en contra de sus partidarias Ammatalla y Pattiya; ésta última, que había alcanzado una posición muy privilegiada en la corte, puede haber sido la suegra del rey²³. Cogido entre los dos bandos, con su poderosa y aún muy activa madre por un lado, y su mujer y sus partidarias por el otro, Tudhaliya debió pensar que le habían colocado en una situación insufrible. El resultado inmediato de esta riña regia se desconoce. Se ha sugerido que Puduhepa fue expulsada del palacio²⁴. Pero a largo plazo parece que triunfó sobre sus enemigas e incluso afianzó su posición. Efectivamente, continuó siendo una poderosa fuerza, tanto en los asuntos domésticos como en los exteriores del reino durante gran parte del reinado de su hijo, si no en todo.

OTROS PROBLEMAS DEL NUEVO REY

Tudhaliya heredó de su padre una formidable lista de problemas y crisis potenciales. Para empezar, muchos gobernantes vasallos parece que pospusieron su juramento de lealtad al nuevo régimen. Adoptaron una actitud de «verlas venir»²⁵. En el oeste, el control hitita sobre los es-

²⁰ KUB XXII 70 (CTH 566), ed. Ünal (1978).

²¹ Véase Ünal (1978, 22, 52); Singer (1991c, 330).

²² Así, Singer (1991c, 332).

²³ Sugerido por Ünal (1978, 52).

²⁴ Así, Singer (1991c, 332).

²⁵ Si el § 15, II 53-54 de la tablilla de bronce puede interpretarse así. Tudhaliya da la impresión de que el apoyo inmediato e incondicional de Kurunta estaba en agudo contraste con el de otros reyes locales.

tados vasallos se estaba haciendo más inestable, particularmente con la consolidación de la influencia de Ahhiyawa en la región. La capacidad de hombres como Piyamaradu para saquear el territorio y escapar impunes, incluso aunque un ejército hitita hubiera sido enviado a la región bajo el mando personal del rey, simplemente sirvió para subrayar la incapacidad hitita de garantizar la seguridad de sus territorios occidentales. Era un problema que Tudhaliya tenía que tratar como cuestión de urgencia. Por el sudeste, las pacíficas relaciones con Egipto habían proporcionado un excelente grado de estabilidad en la región siria. Incluso así, Tudhaliya no descartaba la posibilidad de nuevos conflictos con el faraón²⁶. Pero Asiria era su principal preocupación. La tensión en la frontera sudeste causada por un cada vez más ambicioso y agresivo reino asirio, daría pronto un peligroso giro.

Más cerca de casa, la gente de Lalanda, en las Tierras Bajas, «notorios agitadores»²⁷, estallaron en una rebelión. Tudhaliya escribió a su madre Puduhepa sobre la situación y expresaba también gran preocupación porque la rebelión pudiera extenderse por la Tierras Bajas²⁸. Éste era un síntoma de mal agüero de la apreciable debilidad de la autoridad hitita en regiones donde había habido paz y estabilidad durante muchos años.

En la misma Hattusa, Tudhaliya temía por su seguridad. Era muy consciente de las amenazas ocultas tras el amplio abanico de miembros de la familia que podrían apostar por sus propias reivindicaciones al trono, como indicaba en sus instrucciones a sus dignatarios y altos oficiales:

Mi Sol tiene muchos hermanos y hay muchos hijos de su padre. El país de Hatti está lleno del linaje real: en Hatti, los descendientes de Suppiluliuma, los descendientes de Mursili, los descendientes de Muwatalli, los descendientes de Hattusili son numerosos. Con respecto a la realeza no debéis reconocer a otra persona (sino a mí, Tudhaliya), y proteger solamente al nieto y bisnieto y descendientes de Tudhaliya. Y si en algún momento (?) se hace mal a Mi Sol —(puesto que) Mi Sol tiene muchos hermanos— y alguien se acerca a otra persona y le habla así: «Cualquiera que elijamos por nosotros mismos no necesita ser hijo de nuestro señor» —esas palabras no de-

²⁶ Esto es evidente por el tratado que suscribió con su vasallo Sausgamuwa, en el que todavía se veía a Egipto como una amenaza potencial para el territorio hitita de Siria (KUB XXIII 1 [CTH 105] v. IV 4-7).

²⁷ Así, Houwink ten Cate (1966, 30).

²⁸ KUB XIX 23 (CTH 192).

ben permitirse. Respecto a la realeza, debéis proteger solamente a Mi Sol y a los descendientes de Mi Sol. No debéis acercaros a otra persona (KUB XXVI 1 [CTH 255.2] I, 9-29)²⁹.

Ésas son las palabras de un rey que reconocía que su trono estaba en peligro constante, particularmente por parte de los posibles aspirantes rivales dentro de su propia familia³⁰.

En otro texto, un tratado o protocolo en el que el rey requiere la inmediata lealtad y apoyo de un aliado (innominado), el riesgo al que se enfrenta de encontrar oposición o de ser abandonado por sus súbditos está aún más dramáticamente realzado:

Del mismo modo, si el rey está preocupado porque ni un palacio oficial le ha quedado, y nadie ha dejado uncir los caballos (al carro del rey) y no tiene una sola casa donde entrar; en esa situación debes mostrar, incluso, mayor apoyo a tu rey... Igualmente, si la situación llega a ser tan grave para el rey que el conductor de su carro salta de él, que el ayuda de cámara huye de la cámara, que no le queda ni un perro y no encuentra ni una flecha que lanzar al enemigo, el apoyo a tu rey aún debe ser mayor (KBo IV 14 [CTH 123] III 42-49, adaptado de la trad. de Liverani [1990, 191])³¹.

Algunos años después, en el tratado que suscribió con Sausgamuwa, hijo y sucesor de Bentesina en el trono de Amurru, Tudhaliya aún mostraba una obsesiva, aunque probablemente realista, preocupación por su seguridad personal y la de su trono:

Porque sin embargo, Sausgamuwa, yo te hice mi cuñado: así, protege a Mi Sol en su realeza. Después, protege también a los hijos, nietos y descendientes de Mi Sol en la realeza. Sin embargo, aquellos que son hermanos legítimos de Mi Sol y aquellos que son hijos de esposas *esertu* del padre de Mi Sol, todos aquellos que son de descendencia real, incluso aquellos que son hijos de segundo rango

²⁹ Para una edición del texto completo de este documento, véase Von Schuler (1957, 8-21). Cfr. KUB XXVI 12 (CTH 255.1) II 2-11; Von Schuler (1957, 24).

³⁰ En este contexto Imperati (1992, 319) también dirige su atención al fragmento KUB XXVI 18 (CTH 275) II 9'-10', 16' que cita a Neikkaili, Huzziya (éste, probablemente también, hermano de Tudhaliya) y Kurunta, e indica la preocupación de Tudhaliya por proteger la sucesión contra posibles pretensiones de sus hermanos o de miembros de la familia de Muwatalli.

³¹ Para la atribución de este texto a Tudhaliya (en contra de Liverani que lo asigna a su sucesor, Arnuwanda III), véase Singer (1985a, 109-119), apoyado por Hawkins (1990, 313).

—a ninguno los quieras para la realeza. ¡No obres como Masturi! (Tudhaliya, Tratado de Sausgamuwa, II 8-15).

Esta última orden refleja una profunda, y probablemente largo tiempo mantenida, preocupación de Tudhaliya:

Este Masturi que fue rey del País del Río Seha —Muwatalli lo cogió, le hizo su cuñado dándole a su hermana en matrimonio y le instaló como rey en el País del Río Seha. Pero cuando Muwatalli se convirtió en dios, su hijo Urhi-Tesub llegó a rey. Pero mi padre (esto es, Hattusili) tomó la realeza de Urhi-Tesub. Masturi, no obstante, se unió a la conspiración y él, a quien Muwatalli había hecho su cuñado, no protegió al hijo de éste, Urhi-Tesub, sino que se puso del lado de mi padre (diciendo): «¿Protegeré yo a un bastardo?» ¿Actuarías alguna vez como Masturi? (Tudhaliya, Tratado de Sausgamuwa, II 16-30, trad. Güterbock [1983b, 29-30]).

Se han hecho muchos comentarios sobre este sorprendente despliegue de franqueza de Tudhaliya³². En realidad, su crítica a Masturi parecería hipócrita. Después de todo, Hattusili se tomó mucho trabajo por justificar su subida al trono y el establecimiento de la sucesión en su propio linaje. Masturi, según parece, le había proporcionado un bienvenido apoyo a su actuación, rehusando sostener al «bastardo» Urhi-Tesub. Ahora, aparentemente, estaba siendo reprochado por ello.

Pero la legitimidad de la reivindicación del trono por parte de Urhi-Tesub no era un problema en el conflicto entre su tío y él. Hattusili nunca había planteado ninguna duda sobre la elegibilidad de su sobrino para suceder a su padre y, abiertamente, había otorgado y apoyado su coronación. La justificación de su destitución del trono fue la supuesta injusticia de sus actuaciones, particularmente respecto a su tío, y más generalmente, su pretendida incompetencia para mantener el poder real. Así, la razón esgrimida por Masturi para oponerse a Urhi-Tesub era bastante espuria. Lo que era más alarmante es que un gobernante vasallo hubiera considerado adecuado decidir por sí mismo si apoyaba o no a un determinado sucesor al trono hitita. Esto era un incumplimiento de las normas del tratado por las cuales un gobernante vasallo estaba limitado a otorgar su fidelidad al debidamente nombrado heredero de su señor. Urhi-Tesub, evidentemente, cumplía con ese criterio³³.

³² Así, Güterbock (1983b, 30).

³³ A pesar de la crítica de Tudhaliya a la conducta de Masturi, éste parece haber ocupado un alto puesto con él, a juzgar por su posición, inmediatamente detrás del virrey de Carkemish, en la lista de testigos de la tablilla de bronce (§ 27, IV 31-32).

Tudhaliya quería dejar totalmente claro a Sausgamuwa que él estaba atado a los términos del tratado en cuanto a mantener su fidelidad al rey y a sus descendientes, y solamente a ellos. Dentro del contexto de esta preocupación respecto a tantos potenciales reclamantes del trono en su propia familia, su admonición a Sausgamuwa tenía un significado particular³⁴.

FAVORES OTORGADOS A LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Tudhaliya dio algunos pasos positivos en su esfuerzo por garantizar la unidad dentro de su entorno familiar y obtener el apoyo de sus miembros desafectos. La reinstalación de su hermano Nerikkaili como *tuhkanti* sería uno de esos pasos. Hay indicios de que consideró a su hermano como una amenaza a su posición³⁵, y quizás intentara contrarrestarla implicándole a alto nivel en los asuntos del reino. También otorgó favores a otras ramas de la familia real. Así, un decreto que emitió Tudhaliya probablemente en los comienzos de su reinado, en asociación con su madre Puduhepa, estaba destinado a garantizar que los descendientes de Sahurunuwa, hijo de Sarri-Kusuh y su sucesor en el trono de Carkemish, recibirían justas y apropiadas tierras de la sustancial hacienda del virrey³⁶. E incluso con anterioridad a su subida al trono, Tudhaliya parece que intentó buscar la paz con los descendientes de Muwatalli, hijos de Urhi-Tesub. En un oráculo indagatorio que data de esta época, Tudhaliya consideraba la cuestión de la compensación territorial para los hijos de Urhi-Tesub³⁷.

Esas acciones indudablemente estaban pensadas como gestos de buena voluntad destinados a conseguir el apoyo de la familia al nuevo rey, o al menos, la aceptación de su realeza. Pero Tudhaliya probablemente confiaba más en Kurunta como su máxima fuente de apoyo. Este segundo hijo de Muwatalli había sido uno de los pocos miembros de la familia que habían declarado ya su incondicional lealtad hacia él. Pero, justo para asegurarse su lealtad, Tudhaliya no perdió tiempo en concluir un tratado con él después de su subida al trono, otorgándole

³⁴ Cfr. el estudio de Imparati de este pasaje (1992, 308-309).

³⁵ Cfr. Imparati (1995, 152, n. 53).

³⁶ KUB XXXVI 43 (+) (CTH 225), ed. Imparati (1974). Cfr. Darga (1974, 944-945); Klengel (1991, 233).

³⁷ KUB XVI 32 (CTH 582), ed. Ünal (1974, II, 104-111, r. II 29°). Cfr. Houwink ten Cate (1994, 249).

nuevas concesiones y favores. Éstos iban significativamente más allá de las concesiones ya realizadas por anteriores tratados suscritos con su padre. Se le dieron a Kurunta nuevos territorios no incluidos en los anteriores acuerdos³⁸. Se le concedió libertad para la elección de su sucesor en Tarhuntassa³⁹, los impuestos y exacciones en trabajo personal que gravaban a su reino fueron reducidos nuevamente⁴⁰. Aún así, Tudhaliya reconoció formalmente su posición como equivalente a la de los virreyes sirios y detrás, solamente, del Gran Rey de Hattusa⁴¹.

Fue de este modo, con gran preocupación, como Tudhaliya recibió las nuevas de que su primo había sido castigado, inopinadamente, por una enfermedad que fue lo suficientemente grave y prolongada como para merecer una urgente búsqueda de un experto médico egipcio. Recibió el siguiente consejo del faraón:

Mira, yo he enviado ya al médico y escriba Pareamahu. Ha sido enviado para preparar medicinas para Kurunta, el rey de Tarhuntassa, y él asignará todas, todas las medicinas conforme tú has escrito. Tan pronto como llegue a ti, pon a Kurunta, el rey del País de Tarhuntassa, a su cargo, de modo que pueda prepararle las medicinas. Y manda a esos médicos que están allí con Kurunta y déjales venir a Egipto. Tan pronto como el médico y escriba Pareamahu les alcance esos dos doctores deberán ajustarse a su actividad. Mira, yo he comprendido lo que has dicho. En este momento, el médico y escriba Pareamahu está en camino y él debe distribuir todo, todo tipo de medicinas, como tú has escrito (KUB III 67 [CTH 163.3] r. 12' v. 1-12)⁴².

Evidentemente, Kurunta se recuperó gracias a la ciencia médica egipcia. Tudhaliya, posteriormente, tuvo razones para lamentarse de las habilidades del médico egipcio. Pero entre tanto, después de los pasos necesarios para consolidar su posición en el trono, el rey tenía asuntos urgentes que atender en otras partes del reino.

³⁸ Tablilla de bronce §§ 4, 6, 9, 16.

³⁹ *Id.* § 19.

⁴⁰ *Id.* §§ 12, 22, 24. Véase más sobre esto en Houwink ten Cate (1992a, 241-242).

⁴¹ *Id.* § 18.

⁴² Esta es una de las cartas paralelas que se refieren a la enfermedad de Kurunta; la otra es KUB III 66 (CTH 164.2). Véase Edel (1976, 46-50, 82-91), Van den Hout (1984, 90; 1995a, 91-94 con n. 113). Sobre la datación de esta correspondencia en el período entre los años 42 y 56 del reinado de Ramesses (esto es, 1237-1223), véase Edel (1976, 20, 29-30).

para el trono. Comprensiblemente, esto causaba gran preocupación en Hattusa, ya que el País del Río Seha era uno de los más importantes y, hasta entonces, uno de los reinos más estables del oeste. La estabilidad podría dañarse gravemente si no había un adecuado sucesor de Masturi.

Los peores temores hititas se realizaron. El reinado de Masturi terminó con una rebelión y el trono lo consiguió el advenedizo Tarhunaradu. Desconocido por lo demás para nosotros, Tarhunaradu no tendría relación familiar directa con los anteriores gobernantes. Lo que sí tenía era el respaldo, y quizás la ayuda directa del rey de Ahhiyawa⁴⁸. Así, llevaba al reino vasallo a la rebelión contra Hatti. Tudhaliya no perdió tiempo en responder. Si había que mantener alguna autoridad en el oeste la retención del País del Río Seha era vital. La rebelión fue aplastada y Tarhunaradu y su familia capturados y llevados a Hatti, a la ciudad de la diosa Sol de Arinna, junto a muchos prisioneros y quinientos tiros de caballos. También fue rápido Tudhaliya en restaurar en el trono a la familia de los anteriores gobernantes, colocando en él a un «descendiente de Muwawalwi» que era el padre de Manapa-Tarhunda⁴⁹.

Su éxito en el tratamiento de la rebelión del País del Río Seha sin duda otorgó un significativo empuje a la autoridad hitita en el oeste. Pero la situación política de los estados vasallos del oeste permanecería inestable en tanto que Ahhiyawa mantuviera su presencia activa y su interés en la región. Estaba claro que, a pesar de los llamamientos de Hattusili, el rey de Ahhiyawa todavía apoyaba, y probablemente animaba activamente, a los rebeldes y disidentes que se oponían al régimen de Hattusa. Y Milawata continuaba haciendo de base desde la cual se proporcionaba el apoyo. Éste era un problema que ahora había que resolver de una vez por todas. Tudhaliya se puso en disposición de hacerlo.

LA «CARTA DE MILAWATA»

Una de nuestras más importantes fuentes de información de los acontecimientos políticos en el oeste de Anatolia durante el reinado de Tudhaliya es un documento comúnmente denominado la carta de Mi-

⁴⁸ Sobre la base de la revisada interpretación de Güterbock de las palabras que se refieren a Ahhiyawa en el pasaje traducido más arriba, que trata de las «ofensas» del País del Río Seha. Véase, también, Güterbock (1983a, 138), Bryce (1989a, 303).

⁴⁹ El nuevo gobernante (cuyo nombre se ha perdido a causa de una fractura) es llamado «[inaje de Mu[...]»]. Güterbock anota que Sommer restauró este nombre como Mu[-wa-UR.MAH], el nombre del padre de Manapa-Tarhunda (AM 68-69), que ahora se lee Muwa-walwi.

En el oeste Tudhaliya se enfrentaba a una situación que se deterioraba rápidamente. La campaña de su padre, recogida en la carta de Ta-wagalawa, había concluido en casi un vergonzoso fracaso. De hecho, casi seguramente reforzó las voluntades de aquellos que ya habían socavado gravemente la influencia hitita en la región y estaban prestos para explotar cualquier oportunidad de desestabilizarla aún más. Nuevamente, el pueblo de Lukka vuelve a figurar de forma notable. Por una inscripción jeroglífica encontrada en 1971 en Yalburt, al noroeste de Konya, sabemos de operaciones militares dirigidas por Tudhaliya contra los países de Lukka y Wiyanawanda⁴³. Lukka también figura en otros textos del reinado de Tudhaliya como territorio enemigo, junto con el País de Azzi y las tierras kaskas⁴⁴.

Cabe poca duda de que uno de los factores clave de los problemas a los que se enfrentaban los hititas en el oeste era Ahhiyawa. Hattusili había reclamado la cooperación del rey de Ahhiyawa para mantener la paz y la estabilidad en el oeste de Anatolia. Cualquiera que fuese su respuesta, es muy improbable que consiguiese una reducción de la iniciativa de Ahhiyawa en la zona. Por el contrario, en el reinado de Tudhaliya, Ahhiyawa continuaba apoyando la actividad de los insurrectos en los estados occidentales de los hititas. Esto surge de un texto que se refiere a ofensas cometidas contra el régimen de Hattusa por el País del Río Seha:

Así habla el Tabarna Tudhaliya (?), el Gran Rey: «El País del Río Seha ha delinquido por segunda vez (?). Dijeron (?): “En el pasado (?) el bisabuelo (?) de Mi Sol no nos conquistó por la fuerza de las armas; y cuando el abuelo de Mi Sol conquistó los países de Arzawa, no nos conquistó por la fuerza de las armas. Nos habría conquis-

^{*} Se respeta la locución latina empleada por el autor, y que se traduciría por «adiós, Masturi». (*N. del T.*)

⁴³ La inscripción, primeramente conocida como inscripción Ilgin, fue publicada por Özgüç (1988, pl. 85-95) en forma de fotografías de los dieciocho bloques descubiertos; véase, también, Özgüç (1988, XXV-XXVII) para una descripción del lugar («un pilón de piedra rectangular... alineado con paredes por sus cuatro costados. Las paredes en tres de los lados tienen inscripciones jeroglíficas hititas sobre grandes bloques de caliza») y de las excavaciones, y 172-174 para planos del lugar. Wiyanawanda cae en la frontera del reino de Mira-Kuwaliya; véase Bryce (1974a, 105-106). Más sobre la inscripción, en Masson (1979); Hawkins (1992; 1995c, 66-85).

⁴⁴ KUB XXVI 12 (+) (*CTH* 255.1) II 15'.

tado, pero nosotros borramos (??) para él la transgresión." Después, Tarhunaradu hizo la guerra y dependía del rey de Ahhiyawa. Y buscó refugio en el Pico del Águila (es decir, el Monte Harana). Pero yo, el Gran Rey me dispuse [y] asolé el Pico del Águila. Llevé a casa 500 tiros de caballos y... tropas al País de Hatti (?) y a Tarhunaradu junto con sus mujeres y sus hijos, sus posesiones (? etc.). Yo lo transporté [a] y lo llevé a Arinna, la ciudad de la diosa Sol. Nunca desde los días de (?) Labarna⁴⁵ ningún Gran Rey vino al País. Yo hice a [antropónimo] un descendiente de Muwawalwi, rey en el País del Río Seha y ordené entregar xxx tiros de caballos y xxx tropas» (KUB XXII 13 [CTII 211.4] adaptado de la trad. de Güterbock [1992, 242])⁴⁶.

El texto comienza por referirse a las transgresiones de Manapa-Tarhunda contra el abuelo de Tudhaliya, Mursili II, en los primeros años de su reinado. Como hemos visto, Mursili estaba a punto de emprender una acción punitiva cuando Manapa-Tarhunda hizo una humillante súplica de gracia que Mursili, finalmente, concedió. Posteriormente, provocó la ira del sucesor de Mursili, Muwatalli, quien le reemplazó en el trono vasallo por su hijo Masturi. A partir de entonces, el País del Río Seha no parece haber proporcionado ninguna grave preocupación a sus señores hititas hasta el reinado de Tudhaliya.

Pero algún tiempo después del tratado de Tudhaliya con Kurunta hubo un nuevo conato de rebelión en el País del Río Seha. Estaba dirigido por un hombre llamado Tarhunaradu, que pudo haber derrocado a Masturi o haber alcanzado el poder en el reino vasallo tras la muerte de éste. Masturi aún vivía cuando Tudhaliya subió al trono, puesto que fue uno de los signatarios del tratado con Kurunta. Pero por entonces era un anciano. Había sido designado para el trono vasallo del País del Río Seha unos cuarenta años antes por Muwatalli y era ya, probablemente, un hombre de edad madura en la época de su nombramiento⁴⁷. Era el marido de la hermana de Hattusili, Massanauzzi. Recordemos que la pareja no había podido tener un heredero

⁴⁵ ¿El primer Labarna? Cfr. Güterbock (1992, 242).

⁴⁶ Anteriormente, este texto había sido atribuido de diversas maneras a los reinados de Muwatalli, Hattusili o Tudhaliya. Ahora puede ser asignado con seguridad al último, puesto que los acontecimientos a que se refiere ocurrieron después del reinado de Masturi en el País del Río Seha y sabemos por la tablilla de bronce que Masturi estaba todavía en el trono vasallo cuando Tudhaliya redactó su tratado con Kurunta (tablilla de bronce § 27, IV 32). Cfr. Güterbock (1992, 235).

⁴⁷ A juzgar por el hecho de que su padre había ocupado el trono durante treinta años o más cuando finalmente fue desplazado de él. Su avanzada edad en esos momentos sugiere que su hijo no era ya un joven cuando ocupó su lugar.

lawata. Originalmente, sólo el lado izquierdo de la tablilla en la que estaba inscrita salió a la luz⁵⁰ —suficiente para decirnos que en su forma completa contenía importante información histórica, pero demasiado poco como para poder usarse con el fin de realizar un detallado análisis histórico. Luego, en 1981, el Dr. Harry Hoffner del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago descubrió que un fragmento de la colección de tablillas hititas de Berlín se acomodaba, precisamente, a lo largo de uno de los bordes rotos del documento⁵¹.

Una vez hecha la unión fue posible comenzar a relacionar los incompletos pedazos de información y proporcionar un contexto para los nombres de personas y de lugares citados en la carta. Como resultado de esas correlaciones, los fragmentos combinados nos han dado una valiosa información sobre la historia del oeste de Anatolia hacia finales del Bronce Tardío. Tenemos el hasta ahora desconocido nombre de un rey de la región e información sobre un nuevo ordenamiento administrativo en la Anatolia occidental en las últimas décadas del reino hitita —un ordenamiento del que no había precedente en la historia hitita⁵².

Ni el autor de la carta ni el destinatario quedan identificados en las porciones supervivientes del texto. Mientras que cabe escasa duda de que el autor fue Tudhaliya⁵³, no tenemos una idea clara de a quién se dirigiera. Puede haber sido al hijo de Atpa, el gobernante títere de Ahhiyawa en Milawata durante el reinado de Hattusili y yerno de Piya-maradu⁵⁴. Pero hay otras posibilidades⁵⁵.

De particular interés es la información que proporciona el texto reunido sobre un rey de Wilusa, llamado Walmu, y los acontecimientos en los que se vio inmerso (recordemos que Wilusa era uno de los estados vasallos hititas). El siguiente extracto de la carta muestra cómo la reunión de los textos ha hecho avanzar nuestro conocimiento de esos acontecimientos. Los caracteres romanos indican el texto contenido en el primer fragmento identificado de la carta, los caracteres itálicos el material adicional proporcionado por el fragmento descubierto en Berlín:

⁵⁰ KUB XIX 55 (CTH 182), trad. Garstang y Gurney (1959, 114-115).

⁵¹ KUB XLVIII 90. Véase Hoffner (1982).

⁵² Para el estudio de los fragmentos combinados y de la información histórica que proporcionan, véase Singer (1983a, 214-216); Bryce (1985b).

⁵³ Véase Güterbock (1983a, 137); Bryce (1985b, 17).

⁵⁴ Véase Bryce (1985b, 21-22).

⁵⁵ Véase, por ejemplo, Singer (1983a, 216).

*Pero Kuwalanaziti*⁵⁶ guarda los documentos que [yo/ellos hice/hicieron] para Walmu. Ahora mira, *él* los está llevando para ti, hijo mío⁵⁷. ¡Examínalos! Ahora, hijo mío, mientras que tú protejas el bienestar de Mi Sol, yo, Mi Sol, confiaré en tu buena voluntad. Ahora, hijo mío, envíame a Walmu y lo instalaré como rey otra vez en Wilusa. E igual que anteriormente era el rey de Wilusa, permite que lo sea nuevamente (KUB XIX 55 + KUB XLVIII 90 v. 38^a-42^a basado en la trad. de Hoffner [1982, 131]).

Incluso con el texto unido, no somos capaces de reconstruir completamente los acontecimientos a los que se refiere la carta, y lo siguiente debe considerarse solamente como un esfuerzo por intentarlo.

Parece que, con apoyo hitita, el receptor de la carta se había constituido como gobernante en Milawata, cuyo trono había sido ocupado anteriormente por su padre. Éste había sido declaradamente hostil a los hititas y había utilizado a Milawata como base para dirigir ataques a territorio hitita y retener rehenes de las ciudades que se asaltaban. Útima y Atriyia se citan específicamente en la carta. Su rechazo a devolver los rehenes provocó un ataque de represalia por parte de los hititas unidos al hijo del gobernante de Milawata, quien habría decidido compartir su suerte con la de los hititas en oposición a su padre. El reino fue conquistado y el hijo del antiguo gobernante fue instalado en su lugar⁵⁸.

Durante esta época hubo nuevos problemas en el norte, en el reino de Wilusa. Su rey Walmu había sido depuesto y había huido de su país. Se encontraba ahora bajo la custodia del nuevo gobernante de Milawata. A partir del hecho de que Tudhaliya quería reponerle en el trono, parece claro que había permanecido fiel a su lealtad hitita y podría haber sido depuesto por esta causa. Ahora, con un aliado hitita en

⁵⁶ Sobre la lectura de este nombre en lugar de *Kuwatnaziti* como lo leía Hoffner, y la posible identificación con el enviado hitita Kulaziti que figura en la correspondencia egipcia con Hatti, véase Van den Hout (1995a, 91 con n. 112).

⁵⁷ Para una lectura alternativa de esta línea (v. 39^a) incluyendo una propuesta referencia a Kurunta, véase Van den Hout (1984, 91) y (1995a, 91).

⁵⁸ Esto se deduce de la lectura de Güterbock de las líneas 47-49 del texto: «Cuando nosotros, Mi Sol y tú, hijo mío, establecimos/fijamos la frontera de Milawata para nosotros mismos... yo no te di [tal y tal lugar] dentro de las fronteras de Milawata» (1986, 38, n. 17). La implicación inmediata es que el ataque sobre Milawata había sido un éxito, y que como consecuencia de la conquista, se había instalado al nuevo gobernante y se habían redefinido las fronteras con ciertas condiciones impuestas por el rey hitita. Un hecho, ligeramente diferente, propuesto por Gurney (1992, 220-221, n. 58) no alteraría materialmente el sentido de este pasaje.

el trono de Milawata, Tudhaliya estaba en mejor posición para reafirmar la autoridad hitita en el oeste. Uno de sus primeros objetivos fue reponer a Walmu en su trono. Pidió al nuevo gobernante de Milawata que le entregase a Walmu, como primer paso para su restauración, y había mandado a un mensajero, Kuwalanaziti, con los documentos para confirmar la legitimidad de la reivindicación de Walmu al trono.

Tudhaliya se dirige al rey de Milawata como «hijo mío». Esto, casi con certeza, significa que estaba unido a la familia real hitita por matrimonio, y quizás hubiera sido adoptado como hijo del rey. Pero su posición era, claramente, más elevada que la de un gobernante vasallo normal o la de un aliado sometido, y parece haber ejercido una función como una especie de señor regional para el oeste. El rey de Wilusa, Walmu, aparentemente era responsable ante él, así como ante Tudhaliya, quien afirmaba en su carta: «Como Walmu era anteriormente nuestro vasallo *kulawani*, déjale, pues, (nuevamente) ser un vasallo *kulawani*»⁵⁹. Esto sugiere un nuevo ordenamiento en el reparto de poderes en el oeste, con un gobernante local al que se le reconocía autoridad directa, al menos sobre algún otro reino vasallo de la región.

Tal ordenamiento habría marcado una divergencia notoria con la política hitita anterior que no daba preeminencia a ningún gobernante local sobre cualquier otro, e insistía en que cada uno tratara y fuera responsable directa y exclusivamente ante el rey hitita⁶⁰. Pero los tiempos habían cambiado. La campaña occidental de Hattusili había demostrado lo difícil que era ahora reafirmar y mantener, incluso por poco tiempo, la autoridad hitita en la región. Tudhaliya no tenía ganas de repetir las humillantes experiencias de su padre en el oeste. Al conceder una mayor autoridad a un gobernante local, podría conseguir alcanzar una mayor y más duradera estabilidad en la zona, conservándola dentro de la esfera de influencia hitita, pero con un mínimo de implicación. Hubo, además, asuntos urgentes que atender en otros lugares del reino, particularmente en el sudeste. Estos requerían una sustancial aportación de sus recursos militares y mal podía proporcionarlos al reducirlos utilizando parte de ellos en unas campañas en el oeste.

⁵⁹ v. 43'. El significado del término *kulawani* no está claro; véase Hoffner (1982, 135, n. 14) y las referencias allí citadas.

⁶⁰ Puede que el anterior gobernante de Milawata hubiese ejercido ya algún tipo de señorío regional en nombre de los intereses de Ahhiyawa que extendía sus actividades mucho más allá de las fronteras de Milawata. Quizás Tudhaliya adoptó la misma práctica cuando Milawata volvió una vez más a un régimen prohibita.

Incluso así, Tudhaliya cuidó no solamente de subrayar al gobernante de Milawata la necesidad de proteger su propio territorio, sino también de advertirle contra las tentaciones de extender los límites de su reino. Hay más de una indirecta en la carta que indica que Tudhaliya no confiaba plenamente en el destinatario⁶¹. Evidentemente, no tenía intención de abandonar los intereses hititas en el oeste e, indudablemente, se había preparado para acudir al campo otra vez en esta región si creía que esos intereses estaban en grave peligro.

¿EL FINAL DE LA INTERVENCIÓN DE AHHIYAWA EN EL ORIENTE PRÓXIMO?

¿Qué impacto tuvieron los nuevos acontecimientos del oeste de Anatolia sobre las iniciativas de Ahhiyawa en la región? Con el establecimiento de un régimen prohibita en Milawata, las actividades políticas y comerciales de Ahhiyawa debieron de quedar seriamente mermadas, cuando no totalmente acabadas. La vuelta de Milawata al dominio hitita habría privado al rey de Ahhiyawa de su base más importante en el continente —la base que los hititas habían concedido a Ahhiyawa durante varias generaciones y desde la cual los reyes de Ahhiyawa habían extendido su influencia, bien directamente o bien a través de agentes locales dentro de territorio vasallo de los hititas. Consiguieron hacerlo así sin provocar grandes conflictos. Las relaciones entre Hatti y Ahhiyawa habían sido frías pero relativamente pacíficas. Eso ya llegaba a su fin. El rey de Ahhiyawa había perdido el control de Milawata y Tudhaliya, ahora, intentaba acabar con cualquier nueva implicación de Ahhiyawa en las actividades políticas y comerciales del Oriente Próximo.

En el borrador que nos ha quedado del tratado que Tudhaliya suscribió con Sausgamuwa, gobernante del estado sirio de Amurru⁶², Tudhaliya impuso una prohibición sobre el tráfico entre Ahhiyawa y Asiria (con quien Hatti estaba, entonces, en guerra; véase más adelante) a través de los puertos de Amurru⁶³. En este borrador, el nombre del rey

⁶¹ Véase Bryce (1985b, 21).

⁶² KUB XXIII 1 (+) (CTH 105); ed. Kühne y Otten (1971).

⁶³ KUB XXIII 1 IV 23. Pero nótese Steiner (1989a) quien arguye que la restauración generalmente aceptada de *Aḫ-ḫi-ja-ua-aš-ši^{GIS} MA* (barcos de Ahhiyawa) en esta línea es incorrecta. Propone *[laḫ]hi-ja-ua-aš-ši^{GIS} MÁ* (barcos de guerra), una restauración que Singer (1991a, 171, n. 56) considera muy improbable.

de Ahhiyawa fue incluido, y luego borrado, de la lista de reyes de los que Tudhaliya consideraba que tenían el mismo rango que él:

Y los reyes que son de igual rango que el mío, el rey de Egipto, el rey de Kardunias (= Babilonia casita), el rey de Asiria, ~~el rey de Ahhiyawa~~, si el rey de Egipto es amigo de Mi Sol, permítele, también, ser amigo tuyo, si es un enemigo de Mi Sol, que sea también tu enemigo... (Tudhaliya, Tratado de Sausgamuwa, IV 1-7).

¿Por qué se quitó al rey de Ahhiyawa de la lista? El borrado de su nombre podría indicar que «no era, y pensaba que no lo sería más, un poderoso soberano del mismo rango que el de los otros mencionados»⁶⁴. Pero de ser así, ¿por qué estaba puesto su nombre la primera vez? ¿Fue, sencillamente, un error del escriba? ¿O había habido un repentino revés en la fortuna de Ahhiyawa de suficiente entidad como para autorizar la eliminación del nombre del rey del tratado mientras que estaba siendo redactado? Algunos años antes, Hattusili había reconocido explícitamente al rey de Ahhiyawa como su igual⁶⁵. Pero en aquel tiempo éste todavía era el señor de una parte del oeste de Anatolia.

Es posible que la tachadura estuviese relacionada con la pérdida del control de Ahhiyawa sobre Milawata. De nuevo con este reino bajo control hitita, o prohibita, y a falta de cualquier otra base conocida de Ahhiyawa para sus actividades políticas y militares en Anatolia, el rey de Ahhiyawa no podía reclamar ya, por más tiempo, ejercer cualquier significativa influencia sobre la región⁶⁶. En este tratado con Sausgamuwa, Tudhaliya estaba interesado, solamente, en los reyes que controlaban territorios dentro de las regiones del Oriente Próximo. Ésos eran los reyes a los que consideraba sus iguales y con quienes trataba, bien como aliados, o bien como enemigos. Una vez excluido de esas regiones, el rey de Ahhiyawa no fue considerado ya un Gran Rey, con independencia del poder que pudiera continuar teniendo en otro lado.

Razonablemente seguro de que el problema de Ahhiyawa había sido ya resuelto, por fin, y con la situación de la Anatolia occidental bajo control, al menos por el momento, Tudhaliya podía dirigir su

⁶⁴ Hooker (1976, 130).

⁶⁵ Véase Güterbock (1983a, 136), en referencia a la carta de Tawagalawa, KUB XIV 3 II 13-14.

⁶⁶ Cfr. Klengel (1995, 170).

atención hacia el sudeste. Aquí, la situación era causa de mucha mayor preocupación. En su tratado con Sausgamuwa, Tudhaliya encaraba la posibilidad de hostilidades con otras tres grandes potencias de la región —Egipto, Babilonia y Asiria⁶⁷. De ellos, Asiria planteaba la amenaza más inmediata y más grave. El apoyo de Amurru pudiera ser totalmente necesario para la defensa de los territorios súbditos de los hititas en Siria contra un ataque del otro lado del Éufrates. Hacía tiempo que Asiria ambicionaba aumentar su territorio por el oeste hasta la costa mediterránea.

UNA PROBLEMÁTICA ALIANZA MATRIMONIAL

Hattusili ya había sentado las bases para una futura alianza entre las casas reales de Hatti y de Amurru. Él había sido el instrumento para reponer a Bentesina en el trono y luego había consolidado los lazos de Bentesina con él arreglando un matrimonio doble entre su propia familia y la de su vasallo (véanse los caps. 10 y 11). Bentesina había permanecido fiel a su lealtad hitita hasta su muerte⁶⁸, probablemente en el reinado de Tudhaliya. El trono había pasado a su hijo Sausgamuwa⁶⁹, cuyo nombramiento fue confirmado por Tudhaliya⁷⁰. Los lazos entre las casas reales fueron reforzados nuevamente con el matrimonio de la hermana de Tudhaliya con el nuevo rey de Amurru⁷¹.

Como hemos observado, los matrimonios diplomáticos eran un antiguo modo de consolidar las alianzas políticas entre los reinos. Pero un matrimonio que se tornase mal avenido podía tener graves repercusiones políticas. Así se demostró en el caso de una alianza matrimonial contraída entre las familias reales de Ugarit y de Amurru.

A fin de insistir más en las pacíficas relaciones entre Ugarit y Amurru, que habían durado más de un siglo, una hija de Bentesina (innominada en los textos) y de su reina hitita Gassulawiya⁷², se casó con el joven rey Ammistamru II, que había sucedido a su padre Niqmepa en el trono de Ugarit. Desgraciadamente, la pareja real no fue feliz nunca.

⁶⁷ Tratado de Sausgamuwa, IV 4-13.

⁶⁸ Tratado de Sausgamuwa, I 145-148.

⁶⁹ Quizás el hijo de la princesa hitita Gassulawiya: véase Klengel (1969, 313).

⁷⁰ Tratado de Sausgamuwa, II 3.

⁷¹ Tratado de Sausgamuwa, II 1-3; tablilla de bronce § 27, IV 32.

⁷² Sobre la identificación de Gassulawiya como su madre, véase el trabajo de Singer (1991c, 334).

La princesa, según parece, cometió una grave ofensa contra su marido, quizás adulterio⁷³. Siguió el divorcio⁷⁴:

Ante Mí Sol, Tudhaliya, Gran Rey, Rey de Hatti: Ammistamru, rey de Ugarit había tomado como su esposa a la hija de Bentesina, rey de Amurru. Respecto a Ammistamru, ella solamente ha buscado hacerle daño. (Por lo tanto) Ammistamru, rey de Ugarit, ha repudiado a la hija de Bentesina para siempre (RS 17.159 [PRU IV, 126] 1-10).

La princesa amorrita volvió en desgracia a su país. De acuerdo con las normas del divorcio, todas las pertenencias que hubiese adquirido desde su matrimonio quedarían en Ugarit⁷⁵. Pero se llevó consigo a casa su dote original:

La hija de Bentesina deberá traerse todo lo que se llevó a la casa de Ammistamru. Si Ammistamru retiene algo, los hijos de Amurru testificarán bajo juramento y Ammistamru lo reembolsará (RS 17.159 12-21).

Pero éste no fue el final del asunto. Obsesionado cada vez más con la ofensa de su mujer, Ammistamru rechazó aceptar lo que la justicia había decidido. Exigió que la princesa fuese extraditada a Ugarit para su castigo⁷⁶, y se preparó para utilizar la fuerza en apoyo de su exigencia⁷⁷.

Parece que Sausgamuwa se resistió inicialmente a cualquier intento de extradición de su hermana, sabiendo que se enfrentaría a una ejecución segura. El asunto se fue agravando hasta constituir una crisis de grandes proporciones. La intervención hitita se hizo obligada. La última cosa que Tudhaliya hubiese querido era un gran conflicto entre dos

⁷³ La naturaleza real de la ofensa se desconoce; véase Kühne (1973a, 183-184).

⁷⁴ Recogido en los textos RS 17.159, 17.396, 17.348 (PRU IV, 125-128 Dossier Vc). Véase también Yaron (1963); Singer (1991a, 174-175). Brooke (1979, 83) apoya a Pardee (1977) en la opinión de que la carta ugarítica RS 34.124 está también relacionada con este divorcio.

⁷⁵ Los objetos que había adquirido por su matrimonio consistían en artículos de oro, plata, cobre, sirvientes y vestidos (RS 17.396, 5-9).

⁷⁶ RS 16.270 (PRU IV 134-136), RS 17.372 A + 360 A (PRU IV 139-141), RS 17.228 (PRU IV 141-143). Singer (1991c, 174) observa que, contrariamente a los anteriores puntos de vista, ahora se ha demostrado más allá de toda duda que solamente hubo una princesa amorrita casada con Ammistamru.

⁷⁷ RS 18.06 + 17.365 (PRU IV 137-138), 1'-6'.

de sus más leales vasallos. Había evidentes riesgos al inclinarse hacia uno u otro de sus vasallos en la disputa. Sin embargo, claramente Ammistamru era la parte agraviada —y pudiera muy bien estar actuando bajo la presión de sus propios consejeros, particularmente si su posición en el trono no era todavía totalmente firme. Había estado implicado ya en una anterior disputa, quizás por la sucesión, con sus hermanos Hismi-Sarruma y ARAD-Sarruma. Por instigación de la reina madre, Ahatmilku, quien parece que actuó durante un corto tiempo como regente a continuación de la muerte de su marido Niqmepa, los hermanos habían sido exiliados de Ugarit⁷⁸. Esta actuación tuvo el apoyo de Tudhaliya. Pero ahora, la conducta de la princesa amorrita había constituido una grave humillación para el rey y su posición a los ojos de sus súbditos y de sus enemigos podría, muy bien, socavarse si no conseguía una venganza ejemplar.

Siguiéronse prolongadas negociaciones en las que intervinieron tanto Tudhaliya como Ini-Tesub, el entonces virrey de Carkemish, con responsabilidad plena sobre los asuntos sirios⁷⁹. Sus señores hititas ejercieron una considerable presión sobre Sausgamuwa:

Si Sausgamuwa, hijo de Bentesina, rey de Amurru, actúa con violencia contra Ammistamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit, o actúa con violencia contra sus barcos o los soldados idos para recuperar a la hija de la Gran Señora, el Cielo y la Tierra lo sabrán... (sigue una lista de ciudades). ¡Que esos dioses actúen con violencia contra él; que le hagan desaparecer de la casa de su padre, del país de su padre y del trono de su padre! (RS 18.06 + 17.365 [PRU IV 137-138] 1'-15').

A Sausgamuwa no le quedó más elección que reenviar a su hermana a Ugarit, y a una muerte segura. Pero para suavizar el golpe al afligido hermano se redactó un acuerdo por el cual se le pagaría una determinada compensación a cargo del agraviado rey de Ugarit:

Ammistamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit, ha dado 1.400 (siclos de) oro a Sausgamuwa, hijo de Bentesina, rey de Amurru. Si Sausgamuwa, hijo de Bentesina, rey de Amurru, llega a decir a Ammistamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit: «Esto no es suficiente. Da(me) más oro», se le leerá la presente tablilla (RS 17.228 [PRU IV 142-143], 30-41).

⁷⁸ RS 17.352 4-28 (PRU IV 121-122).

⁷⁹ Véanse los textos en PRU IV 129-148, Dossier V d.

Una nota final a este episodio se relaciona con Utri-Sarruma, el hijo de la pareja divorciada. Tudhaliya le dio a elegir entre permanecer en Ugarit, donde heredaría el trono de su padre, o volverse a Amurru con su madre⁸⁰. Según parece, eligió la última opción, ya que a Ammistamru le sucedió en el trono Ibiranu, hijo de otra esposa.

RESURGE LA AMENAZA ASIRIA

El nombre de Ini-Tesub, que se vio implicado en el divorcio narrado más arriba, aparece varias veces en el contexto de los asuntos sirios. Hijo de Sahurunuwa y nieto de Sarri-Kusuh⁸¹, era primo de Tudhaliya y tercer virrey de Carkemish. El papel que tuvo en Siria, particularmente en el arbitraje de las disputas judiciales entre los gobernantes locales, era vital para el mantenimiento de la estabilidad regional y permitía a Tudhaliya dedicar su atención a mantener, lo mejor que podía, la paz y la estabilidad en otros lugares del reino. Sabemos, por ejemplo, de una disputa sobre compensaciones pedidas por el rey de Tarhuntassa por el asesinato de uno de sus súbditos mientras comerciaba en Ugarit. El caso fue llevado ante Ini-Tesub, quien lo resolvió dando una compensación de 180 siclos de plata a la parte agraviada⁸². Fue también el responsable directo de la administración de la ciudad de Emar, donde su autoridad está atestiguada por improntas de sellos. Sus comunicaciones con Hattusa proporcionan valiosa información sobre asuntos locales, particularmente sobre las relaciones entre los reinos vasallos.

Igualmente, Ini-Tesub debía tener informado al rey de los acontecimientos en la región del Éufrates. Era de importancia crucial para la seguridad del territorio hitita a la vista de la creciente amenaza que suponía Asiria. Después de la conquista asiria de Hanigalbat, ahora irremisiblemente perdido para los hititas, la tensión entre Hatti y Asiria había seguido siendo alta. Mientras que Salmanasar ocupó el trono asirio hubo pocas perspectivas de cualquier mejora en las relaciones entre

⁸⁰ RS 17.159 (*PRU* IV 126-127) 31-39; cfr. RS 17.348 (*PRU* IV 128).

⁸¹ Véase RS 17.128 (*PRU* IV 179) con las improntas de sellos, cuya leyenda cuneiforme dice: «Sello de Ini-Tesub, rey de Carkemish, siervo de Kubaba, hijo de Sahurunuwa, nieto de Sarri-Kusuh, bisnieto de Suppiluliuma, Gran Rey, Rey de Hatti, Héroe-Sarruma» (cfr. Laroche [1956, 121]). Otros sellos de Ini-Tesub se incluyen en RS 17.146, 17.59, 17.158. Véase también Schaeffer (1956, 20-29).

⁸² RS 17.158 (*PRU* IV 169-171).

ambos reinos. En realidad, con el poder asirio ahora firmemente establecido en la ribera oriental del Éufrates, parecía sólo cuestión de tiempo que los hititas se enfrentasen a un gran asalto asirio al oeste del río.

Pero entonces llegaron noticias de la muerte de Salmanasar y de su sustitución en el trono asirio por su hijo Tukulti-Ninurta (c. 1233)⁸³. Tudhaliya, sin duda, quedó aliviado y se alegró con la noticia. Quizás aún se pudiera evitar el conflicto con Asiria. Tudhaliya escribió al nuevo rey en términos muy conciliadores, congratulándose de su subida al trono, alabando los éxitos de su padre Salmanasar y urgiéndole a proteger las fronteras establecidas por su padre (y así, reconociendo que Hanigalbat era parte ya del territorio asirio), ofreciendo ayuda en caso de rebelión de algunos de sus súbditos y haciendo explícitos ofrecimientos de amistad⁸⁴.

Inicialmente, el nuevo rey asirio simuló responder positivamente a esos contactos, reconociendo la antigua enemistad entre Tudhaliya y su padre pero expresando su propia amistad con el rey hitita⁸⁵. Su carta estaba escrita, específicamente, como respuesta a una queja de Tudhaliya referente a repetidas razias de los asirios sobre territorios fronterizos hititas. Tukulti-Ninurta negó firmemente que tal queja tuviese la menor base.

Pero Tudhaliya no se convenció. Con razón. Incluso, mientras que Tukulti-Ninurta realizaba movimientos para establecer y mantener relaciones amistosas con su homólogo hitita, se estaba preparando para una gran ofensiva contra los estados hurritas que constituían el país de Subari, entre Tur 'Abdin y el Tigris superior. Los estados en cuestión eran Paphi (el asirio Papanhi), Katmuhi, Buse, Mumme, Alzi, (A)mandani, Nihani, Alaya, Tepurzi y Purukuzzi⁸⁶. Tudhaliya reaccionó alarmado cuando recibió las noticias de la ofensiva planeada. Con el sometimiento de los territorios de Subari, Tukulti-Ninurta habría obtenido el control sobre las rutas más importantes que conducían a través del Éufrates a Anatolia, así como a las estratégicas minas de cobre de Ergani-Maden⁸⁷. En medio de las continuas protestas de amistad del

⁸³ Sobre la base de la cronología más baja propuesta por Wilhelm y Boese (1979) que data el reinado de Tukulti-Ninurta en los años 1233-1197.

⁸⁴ KUB XXIII 92/XXIII 103/XL 77 (CTH 178), ed. Hagenbuchner (1989, 249-260, núm. 191). Véase también Otten (1959-1960).

⁸⁵ KUB III 73 (CTH 216) 10' ss. = Weidner (1959, 40, núm. 36); Hagenbuchner (1989, 275-278, n. 202).

⁸⁶ Grayson (1972, 106 § 701, 108 § 715, 118 § 773).

⁸⁷ Cfr. Munn-Rankin (1975, 285); Singer (1985a, 104-105). Machinist (1982, 266) comenta: «Mientras que las fuentes describen los contactos asirio-hititas en términos polí-

rey asirio, Tudhaliya avisó al canciller asirio Babu-ahu-iddina de los peligros a los que se enfrentaba un ejército asirio en las impenetrables montañas del País de Paphi/Papanhi⁸⁸. Tukulti-Ninurta no desconocía el verdadero motivo que había detrás de la admonición y, desdeñosamente, la ignoró. Deteniéndose solamente a calmar algunas rebeliones locales, condujo a sus fuerzas hacia el norte contra las tierras de Subari.

Con los intentos diplomáticos ahora definitivamente acabados, Tudhaliya hizo indisimulados preparativos para la inevitable confrontación con Asiria. Recuperó la obligación de Ugarit de suministrarle ayuda militar cuando así se le requiriera⁸⁹, después de que anteriormente se hubiera suspendido esta obligación, a cambio de un pago de 50 minas de oro⁹⁰. Fue quizás en este contexto cuando suscribió el tratado con el rey amorreo Sausgamuwa⁹¹. Las instrucciones de Sausgamuwa con respecto a Asiria son muy claras. El rey asirio era, ahora, el declarado enemigo del rey hitita:

Como el rey de Asiria es el enemigo de Mi Sol, así debe ser tu enemigo. Ningún mercader de los tuyos irá al País de Asiria y tú no debes permitir a ningún mercader asirio que entre en tu país o que pase a través de él. Si, no obstante, un mercader asirio llegase a tu país, cógele y envíale a Mi Sol. ¡Esta es tu obligación bajo juramento divino! Y porque yo, Mi Sol, estoy en guerra con el rey de Asiria, cuando yo haga leva de tropas y carros, tú debes hacer igual (Tudhaliya, Tratado de Sausgamuwa, IV 12-20).

El intento de imponer sanciones comerciales a Asiria puede que no fuera más efectivo que lo hayan sido similares sanciones en tiempos más recientes. En último término, las sanciones pueden haber ser-

tico-militares, principalmente, había, también, un lado decididamente económico. Esto queda especialmente claro en los documentos que abarcan el período de Tukulti-Ninurta, cuyo interés por el Tigris y el Eufrates superiores debe de haber incluido los ricos depósitos de mineral de la región, singularmente las minas de cobre de Ergani-Maden. Y el motivo económico se hace explícito en las sanciones impuestas por Tudhaliya a Tukulti-Ninurta intentando cortar el acceso de éste al comercio sirio y mediterráneo» (véase KUB XXIII 1 IV 14-26).

⁸⁸ KUB XXIII 92//XXIII 103//KUB XL 77, v. 20 s.

⁸⁹ RS 17.289 (PRU IV 192).

⁹⁰ RS 17.59 (PRU IV 150-151).

⁹¹ Singer (1991c, 172) comenta que el tratado se situaría mejor o muy al principio del reinado de Tukulti-Ninurta, o muy al final del reinado de Salmanasar.

vido, sencillamente, para fortalecer la resolución de los asirios por obtener el acceso sin restricciones que siempre habían deseado hasta los puertos del Mediterráneo —a la fuerza, si fuese necesario. La confrontación militar era el único medio efectivo posible de poner término a la agresión asiria. Una oración de Tudhaliya pidiendo la asistencia divina contra el rey asirio, con la promesa de tres estelas en acción de gracias si se le concedía el éxito⁹², probablemente presagiaba el choque inminente entre las dos potencias⁹³.

¿Dónde y cuándo tuvo lugar este choque?

A continuación de sus conquistas en el país de Subari, Tukulti-Ninurta podía haber girado hacia el oeste y atravesar el Éufrates. Pero su primer objetivo eran las tierras de Nairi. Estaban al otro lado de la frontera norte que él acababa de establecer y, probablemente, supondrían una amenaza constante para la seguridad de esa frontera. Nairi puede identificarse, casi con total seguridad, con Nihriya, conocido por fuentes mesopotámicas, hititas y urarteanas. Probablemente estaba situado en la región norte o nordeste de la moderna Diyarbakir⁹⁴. Una campaña en su contra presentaba formidables problemas, tanto a causa de la naturaleza montañosa del terreno, como por la feroz resistencia que probablemente encontrarían los asirios de las tribus locales y de los cuarenta reyes que las gobernaban.

Este puede ser el punto en que Tudhaliya entró en combate. Una carta escrita por Tukulti-Ninurta al rey de Ugarit proporciona pruebas del conflicto⁹⁵. La carta narra que las tropas hititas habían ocupado Nihriya. Tukulti-Ninurta presentaba a Tudhaliya un ultimátum exigiendo la retirada de sus tropas:

Yo envié este mensaje al rey de Hatti: «Nihriya está en guerra conmigo; ¿por qué están tus tropas en Nihriya? Legalmente tú estás en paz conmigo, no en guerra. ¿Por qué, entonces, tus tropas han fortificado Nihriya? Estoy asediando Nihriya; envía un mensaje ordenando la retirada de tus tropas de Nihriya» (RS 34.165 v. 6-13).

A pesar de esta perentoria exigencia, Tukulti-Ninurta aún quería mantener la paz con Hatti, evidentemente, pues no quería verse mezclado en un conflicto con el rey hitita al mismo tiempo que estaba en

⁹² KBo XXXIII 1 5'-8', trad. Otten (1962, 76), ed. de Roos (1989).

⁹³ Así, Singer (1985a, 109).

⁹⁴ Véase Singer (1985a, 105-106).

⁹⁵ RS 34.165, ed. Lackenbacher (1982). Para la atribución de esta carta a Tukulti-Ninurta, véase Singer (1985a, especialmente 107-108).

guerra con el rey de Nairi. Tudhaliya rechazó retirar sus tropas, pero Tukulti-Ninurta persistió en su intento de paz:

Quando oí esas palabras (esto es, el rechazo de Tudhaliya de retirar sus tropas de Nihriya) yo tenía una tablilla de tratado escrita y se la había enviado (con estas palabras): «Según vuestra costumbre, toca (?) esta tablilla ante el Sol.» Él rechazó tocar (?) la tablilla ante el Sol. Entonces, yo retiré mis tropas de Nihriya y las instalé (?) en Surra... (RS 34.165, v. 6-22, basado en la trad. francesa de Lackenbacher [1982, 148]).

Tudhaliya ordenó a sus tropas avanzar contra las fuerzas asirias. No habría mejor ocasión, debió de pensar, para intentar humillar al rey asirio que cuando éste se estaba enfrentando con los formidables obstáculos que la conquista de Nairi presentaba. Pero había un gran riesgo. En tanto que él había esperado algún apoyo de los acosados reyes de Nairi, sus tropas se alejaron de sus bases hasta cerca de los territorios controlados por su poderoso oponente y, casi con certeza, sin el apoyo de fuerzas auxiliares de los estados vasallos sirios.

Los ejércitos hitita y asirio chocaron en algún lugar entre Nihriya y la base asiria en Surra⁹⁶. Tukulti-Ninurta se preparaba apresuradamente para la batalla cuando un fugitivo le llevó la noticia de que los hititas estaban avanzando. Hizo un relato de la batalla y de su resultado al rey de Ugarit:

Quando oí las palabras del fugitivo, llamé al heraldo de mi campamento (y le dije): «Colocao vuestras corazas y montad en vuestros carros. El rey de Hatti viene en orden de batalla.» Yo enjaecé [...] mi carro y avisé [gritando (?) «el rey (?) de Ila]ti viene ya a la batalla!» [...] Ciertamente, obtuve una gran victoria (RS 34.165, v. 29-37, basado en la trad. francesa de Lackenbacher [1982, 148]).

Tukulti-Ninurta continuó esta victoria completando su conquista de los países de Nairi e imponiendo su soberanía a los cuarenta reyes locales que se habían resistido⁹⁷. Excitado con su éxito y con su oponente hitita humillado, al menos temporalmente, podría haber cum-

⁹⁶ Así, Singer (1985a, 108). Según Singer, Surra está situada, probablemente, en Savur, sobre las laderas septentrionales de Tur 'Abdin. La batalla puede estar recogida, también, en un texto hitita KBo IV 14 (CTH 123), que se refiere a un encuentro hitita-asirio en Nihriya, pero que, generalmente, se ha adscrito a uno de los últimos reyes hititas, Arnuwanda III o Suppiluliuma II, por ejemplo, Liverani (1990, 191).

⁹⁷ Grayson (1972, 108 § 715).

plido sus deseos de conquistar el territorio hitita al oeste del Éufrates. En realidad, su carta al rey de Ugarit podría haber estado pensada para apartar a este importante vasallo sirio de su fidelidad hitita, en preparación de una campaña por la región. Dos posteriores inscripciones de su reinado indican, de hecho, una gran ofensiva contra las posesiones sirias de los hititas. Se refieren a la captura de 28.800 (ocho *sar*) hititas del otro lado del Éufrates⁹⁸. Pero las cifras deben de estar muy exageradas y el conjunto del episodio indica no más que una escaramuza fronteriza⁹⁹.

No obstante, Tudhaliya había sido gravemente humillado por el asirio. Como consecuencia de su derrota en Nihriya, envió una iracunda carta a uno de sus vasallos, casi seguramente el rey de Isuwa¹⁰⁰, recriminándole su cobardía y la falta de apoyo a su señor hitita:

Quando (la situación) se volvió difícil para mí, tú continuaste en algún sitio lejos de mí. ¡Tú no estabas detrás de mí! ¿No he huido de Nihriya solo? Cuando ocurrió que el enemigo me quitó los países hurritas, ¿no fui abandonado a mí mismo en Alatarma?¹⁰¹ (KBo IV 14 II 7 ss., trad. Singer [1985a, 110]).

Sin embargo, a la vista de la grave situación en la que se encontró Tudhaliya tras su derrota, una acción de castigo contra un vasallo desleal habría sido impracticable o, al menos, políticamente torpe. No podía sino exigir lealtad y apoyo de sus vasallos cuando los llamase en el futuro¹⁰².

Con gran alivio de Tudhaliya esto no fue necesario. Tukulti-Ninurta no llevó su conflicto con los hititas más allá, sino que, en cambio, dirigió su atención a la conquista de Babilonia. El resultado fue la captura y derrota del rey de Babilonia Kastilia (IV) y el total sometimiento del reino:

Con la ayuda de los dioses Assur, Enlil y Samas, los grandes dioses, mis señores, y con la ayuda de la diosa Istar, señora del cielo y del infierno, (la que) marcha en la vanguardia de mi ejército, yo me acerqué a Kastilia, rey de Babilonia, para la batalla. Yo ocasioné la

⁹⁸ Grayson (1972, 118 § 773).

⁹⁹ Véase Munn-Rankin (1975, 291); Singer (1985a, 104).

¹⁰⁰ KBo IV 14 (CTH 123). La atribución de Singer de esta carta a Tudhaliya ha sido vista más arriba.

¹⁰¹ Una ciudad que está al este del Éufrates; véase Singer (1985a, 110, n. 61).

¹⁰² Cfr. Singer (1995, 110).

derrota de su ejército y derribé a sus guerreros. En medio de la batalla capturé a Kastilia, rey de los casitas, y pisé con mis pies su señorial cuello como si fuera un escabel. Atado, lo llevé cautivo a la presencia de Assur, mi señor. Así me convertí en señor de Sumer y de Akkad en su totalidad y fijé como límites de mis tierras el Mar Inferior en el este (Inscripción real asiria, trad. Grayson [1972, 108 § 715]).

Esto marcó el pináculo de los éxitos militares de Tukulti-Ninurta y se realizó hacia el final de la primera década de su reinado (c. 1223). También marcó el final de sus aventuras militares por tierras extranjeras. Durante el resto de su reinado parece haber dedicado su atención a los asuntos internos de su reino, lo que incluía programas de construcciones y la fundación de una nueva capital, Kar-Tukulti-Ninurta¹⁰³.

Retrospectivamente, es difícil ver qué provecho duradero esperaba sacar de su conquista de Babilonia. Babilonia no ofrecía ninguna recompensa material en cuanto a materias primas y a expansión de las oportunidades comerciales, que habían sido uno de los objetivos iniciales de las empresas imperialistas asirias. En realidad, los principales beneficiarios de la conquista de Babilonia fueron los hititas, ya que los enormes recursos necesarios para mantener el control sobre los territorios conquistados por Tukulti-Ninurta terminaron realmente con cualquier futura amenaza que pudiera haber supuesto para el territorio hitita. Además, se enfrentaba a una creciente oposición dentro de su propio reino, quizás en parte, o incluso principalmente, inspirada por el ruinoso coste de mantener el control sobre Babilonia con el escaso beneficio aparente, a costa de una peor protección de territorios asirios en otros lugares de su imperio. Sus mercedas fuerzas defensivas en otras regiones sufrieron varias derrotas militares y, a pesar de todos sus esfuerzos, perdió el dominio de Babilonia. Ésa fue la herencia que dejó a su sucesor, Assur-nadin-apli, cuando él, más tarde, cayó víctima de un complot asesino (c. 1197).

¿UN GOLPE DE ESTADO EN HATTUSA?

A pesar de los favores y concesiones conferidos a Kurunta, el tema candente no se enfriaba. ¿Cuánto tiempo podía seguir satisfecho con recompensas que le apartaban del premio mayor? ¿Por qué conformarse con la posesión de un reino, sin importar cuánto elevase Tudhaliya

¹⁰³ Grayson (1972, 121-122 § 785).

el prestigio de su nombramiento, si él creía que el trono hitita era legítimamente suyo y tenía los medios para forzar su reivindicación? ¿Intentó, en realidad, hacerlo?

La respuesta a esta pregunta puede proporcionarla un reciente descubrimiento hecho en Hattusa de improntas de sellos que llevan la inscripción *Kurunta, Gran Rey, Labarna, Mi Sol*¹⁰⁴. Parece que no haya más que una interpretación posible de esas palabras: que el Kurunta así identificado fuera el rey de Hattusa¹⁰⁵. Para conseguir esto, casi con toda seguridad, habría tenido que alcanzar el trono hitita por la fuerza, arrebatándoselo a su primo Tudhaliya¹⁰⁶.

Este golpe podría haber ocurrido algunos años después de la subida al trono de Tudhaliya, quizás dentro del contexto o de las consecuencias de la malograda campaña del rey contra Asiria. Kurunta pudo considerar éste como un momento adecuado para realizar su movimiento y alcanzar la capital¹⁰⁷. Durante el transcurso del reinado de Tudhaliya, partes de Hattusa fueron destruidas, particularmente las murallas y la parte del templo¹⁰⁸. Esto podría haber sido causado por un conflicto armado dentro de la ciudad entre las fuerzas de Kurunta y las fuerzas de Tudhaliya. Pero si hubo un golpe, el triunfo del usurpador duró poco. Si Tudhaliya perdió el trono por algún tiempo, consiguió recuperarlo y poco después comenzó un ambicioso proyecto de restauración y reconstrucción de la ciudad alta¹⁰⁹.

Las tablillas todavía deben proporcionar alguna prueba de un golpe de estado de Kurunta. Quizás eso refleje la escasez creciente de nuestros registros de las décadas finales del reino. Por otro lado, es factible que, después de la caída de Kurunta, se hiciera todo lo posible por borrar de los registros toda huella de su carrera, culminada con la subida al trono hitita. El insólito punto del hallazgo de la tablilla de bronce debajo del pavimento, cerca de la Puerta de Yerkapi, sería consecuente con esto. El profesor Neve ha propuesto la teoría de que después de que Tudhaliya recuperase el control de Hattusa, cogió la tablilla

¹⁰⁴ Véase Neve (1987, 401-408, fig. 20a.b; 1993b, figs. 40-42).

¹⁰⁵ Cfr. Otten (1988a, 4); Neve (1989-1990, 8); Beckman (1989-1990, 293); Freu (1990, 58-59); Hoffner (1989b, 50) provisionalmente plantean la cuestión de si pudiera ser un Kurunta posterior, quizás sucesor del último rey conocido, Suppiluliuma II. Esta posibilidad no puede excluirse totalmente, aunque a falta de cualquier otra prueba clara de un segundo Kurunta, parece improbable.

¹⁰⁶ Cfr. Hawkins (1990, 313); Neve (1993b, 19).

¹⁰⁷ Cfr. Neve (citando a Otten) (1987, 403).

¹⁰⁸ Neve (1987, 403-405 con cuadro 404; 1989-1990, 9-10).

¹⁰⁹ Véase Neve (1984, 377, 403 y cuadro 404).

le hizo un enterramiento desacralizante bajo el pavimento, donde permaneció oculta hasta que la desenterraron en 1986¹¹⁰.

Pero el golpe debe quedar como una teoría hasta que no se tengan pruebas más directas de él. Y del destino final de Kurunta no sabemos nada. Si se rebeló contra su señor, puede que, como su hermano Urhi-Tesub, hubiese terminado sus días en el exilio. Es muy improbable que fuese reinstalado en Tarhuntassa. En realidad, pende una gran incógnita sobre las posteriores relaciones entre Hatti y Tarhuntassa. Si Muwatalli tuvo, efectivamente, un tercer hijo llamado Ulmi-Tesub, entonces, casi con toda certeza, Tudhaliya le nombró rey de Tarhuntassa en lugar de Kurunta y suscribió con él el tratado que nosotros hemos llamado «tratado de Ulmi-Tesub» (véase el cap. 11). Pero si Ulmi-Tesub era, simplemente, otro nombre de Kurunta, entonces, no tenemos de momento más información de lo que fue del reino de Tarhuntassa después de Kurunta. Muy posiblemente Tudhaliya perdiera su dominio. Puede que haya pruebas indirectas de ello, alguna prueba reciente de que Tarhuntassa rompió su fidelidad hacia los hititas y se hizo abiertamente hostil al reino de Hatti.

Volveremos sobre esto en el capítulo siguiente.

LA CONQUISTA DE ALASIYA

Las amenazas militares con las que se enfrentaban los hititas en casi todas partes de su reino obligaron a Tudhaliya a asegurarse de que sus fuerzas mantenían su vigor al completo y se encontraban en constante estado de alerta, listas para ser desplegadas al menor aviso de defender el territorio contra un ataque enemigo, dondequiera que fuese, a todo lo largo de las fronteras del reino. Con cierta sorpresa, entonces, encontramos que Tudhaliya compromete sus fuerzas en una campaña en la isla de Alasiya.

La información sobre la campaña aparece en una tablilla del reinado de su hijo Suppiluliuma II¹¹¹. La tablilla contiene una copia en cuneiforme de dos inscripciones en jeroglífico luvi. La primera, que originariamente apareció sobre una estatua de Tudhaliya, conme-

¹¹⁰ Citado por Hoffner (1989b, 47-48). Cfr. Beckman (1989-1990, 293, n. 20); Beckman apunta que la tablilla fue encontrada bajo las obras de reconstrucción hechas bajo la égida de Tudhaliya.

¹¹¹ KBo XII 38 (CTH 121), ed. Güterbock (1967a) y también la trad. de Kümmel (1985).

mora la conquista de Alasiya por este rey y la imposición de tributo al país¹¹²:

Yo tomé al rey de Alasiya con sus mujeres, sus hijos [y sus (?)]. Todos los bienes, incluidos la plata y el oro, y toda la gente capturada la trasladé y la llevé a Hattusa. Esclavicé al País de Alasiya y lo hice tributario inmediatamente (KUB XII 38 I, 3-8, adaptado de la trad. de Güterbock [1967a, 77]).

Sigue una lista de los tributos impuestos, entre ellos, oro y cobre. ¿Cuál fue el objetivo de esta campaña? ¿Qué esperaba obtener de ella Tudhaliya —especialmente cuando tuvo que suponer una significativa redistribución de las fuerzas necesitadas para la defensa del núcleo del imperio? Ciertamente, los reyes hititas habían reivindicado en el pasado a Alasiya como una posesión hitita¹¹³. Pero este dominio no había sido más que nominal y, evidentemente, confiado al apoyo de estados vasallos marinos, como Ugarit. Importantes consideraciones de índole práctica proporcionaron, seguramente, el principal acicate a la campaña de Tudhaliya.

Algunos estudiosos han afirmado que el mundo hitita sufrió una severa y prolongada hambruna en las últimas décadas del reino¹¹⁴. Fuese o no la falta de alimentos tan grave o prolongada como se ha sugerido, parece obvio que los hititas se hicieron más dependientes cada vez de los envíos de grano del exterior, probablemente desde el reinado de Hattusili III en adelante¹¹⁵.

Las principales fuentes de ese grano parecen haber sido Egipto y Canaán¹¹⁶, desde donde era transportado a Ugarit, y desde allí, al puerto hitita de Ura en el oeste de Cilicia (el posterior nombre clásico de la región)¹¹⁷.

Durante el reinado de Hattusili III, un príncipe llamado Hismi/Hismi-Sarruma¹¹⁸ hizo un viaje para organizar un envío de grano a

¹¹² La segunda describe una nueva campaña contra Alasiya de Suppiluliuma II y se tratará en el cap. 13.

¹¹³ Por ejemplo, Amuwarda I, como indica en su carta a Madduwatta; véase el cap. 6.

¹¹⁴ Véase, por ejemplo, Klengel (1974) y para un nuevo tratamiento, cap. 13.

¹¹⁵ En una carta a Ramesses, KUB XXI 38 I 17-18, Puduhepa hace referencia a la escasez de grano en el país; véase Singer (1983b, 5).

¹¹⁶ Singer (1983b, 4-5).

¹¹⁷ Véase Klengel (1979b, 77-78); Singer (1983a, 217). El transporte terrestre se efectuaba luego en caravanas de asnos; véase Heltzer (1977).

¹¹⁸ Identificado como príncipe hitita en una carta de Ramesses II a Hattusili, KUB III 34 (CTH 165.1) v. 15.

su país¹¹⁹. En el pasado, algunos especialistas sugirieron que el príncipe en cuestión era Tudhaliya y que I Iemi-Sarruma era su nombre de nacimiento¹²⁰. Pero desde que sabemos por la tablilla de bronce que hubo otro príncipe llamado Hesmi-Sarruma¹²¹ ése fue, probablemente, el representante del rey que visitó Egipto¹²². Como consecuencia del tratado de Hattusili con Ramesses, el grano, probablemente, fue importado desde Egipto a Anatolia a través de los puertos de Levante sobre un planteamiento regular, y no uno ocasional en respuesta a una particular escasez de alimento.

Hatti puede haber llegado a depender fuertemente de la importación de grano durante el último siglo del reino. Pero que eso se debiera a una prolongada sequía o serie de sequías en el país, o bien a otros factores, tales como un considerable desplazamiento de la mano de obra hitita desde la agricultura a la actividad militar, sigue sin saberse. Volveremos sobre ello en el siguiente capítulo. En cualquier caso, la escasez de la producción local de grano no plantearía graves problemas en tanto que los hititas pudieran contar con envíos regulares de grano desde Egipto y Siria. Pero los problemas surgirían si las rutas del grano comenzaban a estar amenazadas por fuerzas hostiles.

Esto puede haber llevado a la campaña de Tudhaliya contra Alasiya. A causa de sus abundantes recursos de madera y cobre, así como por su estratégica ubicación en el ángulo nordeste del Mediterráneo oriental, Alasiya había adquirido una creciente importancia en el último siglo de la Edad del Bronce¹²³. Proporcionaba una muy atrayente perspectiva para su explotación por extranjeros, bien fuera mediante alianzas o por conquista. Bajo el dominio de un régimen hostil a los

¹¹⁹ Cfr. Klengel (1974, 167); Singer (1983b, 5).

¹²⁰ Por ejemplo, Kitchen (1982, 89) y (más provisionalmente) Güterbock (1956a, 121); Laroche (1956, 118-119; 1966, 69, núm. 371).

¹²¹ Listado en el § 27, IV 34, como uno de los testigos del tratado.

¹²² Imparati (1992, 311-312) señala que no podemos asegurar si tal príncipe fue, en efecto, un miembro de la familia real hitita; su lugar, alrededor de la mitad de la lista de testigos en la tablilla de bronce y varios nombres después de los gobernantes vasallos Masturi y Sausgamuwa, sugeriría que su procedencia era de otra parte, aunque Rameses le llame príncipe del País de Hatti. Van den Hout (1989a, 138 ss.) también argumenta que Hesmi-Sarruma no fue Tudhaliya, sino su hijo, o más probablemente, su hermano menor; más sobre esto en Mora (1992, 141). Klengel (1991, 229) todavía considera que la identificación con Tudhaliya es posible, aunque no forzosa. Para un estudio más completo y más reciente de la cuestión, incluyendo la posible identificación de los nombres Hesmi-Sarruma y BU-LUGAL(-ma), véase Van den Hout (1995a, 127-132).

¹²³ Como lo atestiguan los restos materiales de este período. Véase Knapp (1983, 43); Muhly (1992, 19).

intereses hititas, ya fuera nativo o extranjero, tenía suficiente potencial como para interrumpir el transporte de grano desde Egipto y Siria hasta algún puerto de la costa meridional de Anatolia. No sabemos lo que hizo el régimen de Alasiya para provocar el ataque hitita. Pero, evidentemente, Tudhaliya no podía tolerar una Alasiya hostil que pudiera amenazar los suministros de grano al reino o proporcionar bases navales a otras fuerzas enemigas que pudieran actuar así.

Esas otras fuerzas podrían haber incluido elementos de los llamados Pueblos del Mar, que pronto figurarán en los registros egipcios. Pero también es posible que Tarhuntassa, que se extendía a lo largo de la costa de Anatolia, directamente al norte de Alasiya, hubiera roto por entonces sus lazos con Hatti y se hubiera visto implicada en actividades antihititas en la región.

Tudhaliya, según parece, consiguió derrotar al rey de Alasiya y establecer un régimen prohibita en su lugar. Pero su victoria tuvo escaso efecto a largo plazo en lo que concierne a la reafirmación de la autoridad hitita en esta parte del Mediterráneo oriental. En el lapso de unos pocos años, las fuerzas enemigas estaban activas nuevamente en la región y el hijo de Tudhaliya, Suppiluliuma II, se vio obligado a emprender una campaña naval fuera de las costas de Alasiya para proteger las rutas de suministro que estaban empezando a ser cada día más vitales para el aprovisionamiento del mundo hitita.

LOS LOGROS DE TUDHALIYA

La mayoría de nuestros registros del reinado de Tudhaliya dan la impresión de un reino cuyas fronteras se encuentran bajo crecientes presiones, tanto externas como internas, y de un rey ocupado, mediante intentos militares o diplomáticos, en conservar su reino intacto y en mantener a raya a las fuerzas hostiles que amenazaban con devorarlo. Indudablemente, los problemas a los que se enfrentaba Tudhaliya eran complejos y transcendentales por sus posibles consecuencias. Por un lado, se enfrentaba con la posible desintegración de sus estados vasallos occidentales, y por otro, con la sempiterna amenaza de la pérdida de sus posesiones sirias en favor de los señores de la guerra asirios. Y la acción militar que emprendió contra Alasiya pudiera presagiar la creciente crisis del Mediterráneo oriental asociada a los últimos años del reino hitita.

Más cerca de casa encontramos pruebas de creciente desasosiego en los territorios súbditos hititas, con una rebelión en las Tierras Bajas,

probablemente en los principios del reinado de Tudhaliya, y más tarde, la posible pérdida del reino de Tarhuntassa. También tenemos atisbos de tensiones en la propia familia real hitita, derivadas de la usurpación del trono por Hattusili y de la situación a la que esto daría origen respecto a los actuales rivales aspirantes al trono pertenecientes a las distintas ramas de la familia real.

A pesar de lo graves que indudablemente serían esas presiones, el reinado de Tudhaliya se caracterizó por un cierto número de sustanciales logros, tanto en casa como en el exterior. En el oeste, el rey parece haber hecho considerablemente más que su padre, e incluso, que su tío Muwatalli. Aplastó una rebelión en el País del Río Seha, recuperó el señorío del País de Milawata en el proceso de eliminar cualquier futura amenaza de interferencia de Ahhiyawa en la región, y muy probablemente, restauró al depuesto rey de Wilusa en su trono vasallo. La inscripción de Yalburt proporciona más pruebas de victoriosas campañas que emprendió en el oeste. En el este de Siria, los estados vasallos permanecieron bajo control hitita. Y aunque las fuerzas de Tudhaliya pudieron sufrir una grave derrota a manos del rey asirio Tukulti-Ninurta, parece que éste no hizo ningún intento más de extender su reino por el oeste al otro lado del Éufrates. En realidad, aunque Tudhaliya tuvo poca participación directa en los asuntos sirios, está claro por la documentación, como el tratado de Sausgamuwa, que estaba totalmente comprometido en mantener un firme control de la región. Y al sur de Anatolia parece haber obtenido una significativa victoria sobre fuerzas enemigas en Alasiya que, al menos por el momento, restauró la soberanía hitita.

En la propia Hattusa, Tudhaliya pudo haber sido retirado del trono por algún tiempo por su primo Kurunta. Pero si fue así, pronto lo recuperó. Si el golpe causó o no un daño duradero a la monarquía es una cuestión que debe quedar pendiente. La destrucción mediante el fuego de parte de la capital por esa época puede indicar que el golpe y el contragolpe dejaron como consecuencia sustanciales daños. Sin embargo, esos contratiempos fueron más que cubiertos por una sustanciosa restauración y por nuevos proyectos de construcción durante el reinado de Tudhaliya. De hecho, este rey ha dejado unos perdurables monumentos de su reinado —más perdurables que los dejados por los reyes que reinaron en lo que podría considerarse el apogeo del poder hitita.

El santuario de la roca de Yazilikaya, a un kilómetro al noreste de la capital, probablemente asociado con la fiesta hitita del Año Nuevo, proporciona pruebas de una cultura material hitita floreciente. El santuario ha estado en uso durante un tiempo considerable, incluso antes

del período hitita, pero experimentó su más significativo desarrollo durante los reinados de Hattusili y de Tudhaliya. A éste se le deben la decoración escultórica y las inscripciones jeroglíficas que aparecen en las paredes de las dos cámaras naturales en la roca. El propio Tudhaliya está representado tres veces en los relieves, en una ocasión en estrecha asociación con su dios patrono Sarruma. Mientras que los conceptos artísticos que animan a los relieves pueden tener algo de influencia egipcia, la plasmación de la procesión de las deidades hurritas en la cámara principal representa la culminación de un programa de reformas religiosas, inicialmente emprendido por Hattusili y su reina hurrita Puduhepa y completado por Tudhaliya. El santuario, en su forma totalmente desarrollada, que representa claramente al panteón hurrita como el panteón nacional hitita, es el logro artístico superviviente más sofisticado del mundo hitita.

Por las recientes excavaciones realizadas en Hattusa, sabemos que Tudhaliya se comprometió con un gran programa de construcciones en su capital¹²⁴. De particular importancia fue el desarrollo de la ciudad alta, que incluía un extenso plan de construcción de templos y que abarcaba una zona superior al doble del tamaño de la ciudad original. En este período, la capital hitita alcanzó sus proporciones más impresionantes y pudo, justamente, ser considerada como una de las mayores ciudades del antiguo Oriente Próximo.

Cuando se revisa el reinado de Tudhaliya es muy difícil detectar en él claros signos de un reino en irreversible decadencia.

¹²⁴ Véase Bittel (1983a, 501-505); Neve (1984, 349-370, especialmente 369-370); Van den Hout (1995c).

CAPÍTULO 13

La caída del reino y sus consecuencias

A la muerte de Tudhaliya la sucesión pasó a su hijo Arnuwanda (III). Pero la muerte de éste, quizás sólo un año después aproximadamente de su subida al trono, le dejó sin más que una nota a pie de página en la historia de la monarquía hitita. Aparte de unas improntas de sellos que llevan su nombre¹ y de una referencia a él en un juramento de coronación de su sucesor, no tenemos más información sobre él en nuestros textos. No dejó descendencia y, a su muerte, la sucesión pasó a otro de los hijos de Tudhaliya, Suppiluliuma, cuyo nombre se escribe habitualmente *Suppiluliuma*². Dos textos contienen juramentos de fidelidad de súbditos de alto rango en su coronación³. Uno de ellos indica que el rey se enfrentaba a serios disturbios en Hatti que habían brotado durante el corto reinado de su hermano:

¹ A *SBo* I, 64 podemos añadir ahora las (como máximo) cuarenta y cinco impresiones de sellos encontradas en el «archivo de sellos» de Nisantepe (tabla de Neve [1992a, 313]). Es un número significativamente mayor que los atribuidos hasta ahora a alguno de los más ilustres predecesores de Arnuwanda. Desde luego, debemos tener cuidado en no poner excesivo énfasis en los números absolutos de las improntas de sellos cuando desconocemos las circunstancias que condujeron a su existencia.

² Para el descubrimiento de este rey, véase Laroche (1953). Su nombre también aparece en un cierto número de improntas. A Boehmer y Güterbock (1987, 83, núm. 261) añádanse las improntas sobre *bullae* de arcillas descubiertas durante la excavación de Hattusa en 1987 y 1990. Cinco se encontraron en el templo 2 (Neve [1988, 374-376, fig. 23a-c]) y seis en el archivo de Nisantepe (Neve [1991, 332; 1992a, 313, 315]). La atribución de los sellos al segundo y no al primer Suppiluliuma es prácticamente segura; véase Neve (1992b).

³ *CTH* 124 y 125.

Los habitantes de Hatti se rebelaron contra él (Amuwanda). Pero yo no le falté. Si él hubiera tenido descendientes yo no habría pasado sobre ellos; al contrario, yo habría reconocido a esos descendientes. (Porque) él no tuvo descendencia, yo pregunté sobre (si había) alguna esposa preñada; pero no había esposa preñada. Como ahora no había descendientes, ¿podía yo ofenderle pasando por encima de sus descendientes y tomar otro señor? (KUB XXVI 33 [CTH 125] II 3 ss.)⁴.

El malestar había sido provocado por intrigas en la corte surgidas de cuestiones aún sin resolver sobre qué rama de la familia real tenía legitimidad para reclamar el trono⁵. De hecho, un juramento tomado por uno de los escribas, puede implicar esto:

Yo reconoceré solamente a los descendientes de mi señor Suppiluliuma. No apareceré junto a otro hombre, (sea) un descendiente de Suppiluliuma el mayor (esto es Suppiluliuma I), un descendiente de Mursili, un descendiente de Muwatalli o de Tudhaliya (KUB XXVI 32 (+) [CTH 124] III 10'-14')⁶.

Cualquiera que fueran sus causas, el desasosiego y la desunión dentro del país podrían haber limitado gravemente la capacidad del nuevo rey para tratar con efectividad a las fuerzas exteriores que estaban amenazando su reino. Su primera tarea fue restaurar la estabilidad política interna del reino. La mayoría de los documentos que nos han quedado de este reinado indican su compromiso con esta labor⁷. También dedicó sus esfuerzos al santuario mortuario de su padre y a otros establecimientos religiosos. Un estudioso ve esto como una situación típica de una civilización en decadencia: «Más que reflejar autoconfianza y seguridad, es una plegaria muda a los dioses y espíritus para que concedan la salvación donde el cetro y la espada han fracasado»⁸.

Los territorios sometidos requerían atención urgente. Aquí también, el rey se enfrentaba a rotundos desafíos y desobediencias de sus vasallos, como lo ilustra una carta de reprimenda de su hijo Pihawalwi a

⁴ Véase también Otten (1963, 3-4).

⁵ Cfr. Otten (1976, 31).

⁶ El texto completo aparece en Laroche (1953). Véase también Otten (1963, 3).

⁷ Véase Singer (1985a, 120). Los documentos en cuestión, protocolos e instrucciones, están listados en CTH 121-126, 256. Véase Otten (1976) para un repaso completo de esa documentación.

⁸ Singer (1985a, 121).

Ibiranu, rey de Ugarit, quien había faltado a su obligación de presentar los habituales símbolos de lealtad tras su acceso al trono:

Así (habla) Pihawalwi, hijo del rey: A Ibiranu, mi hijo, dice: «...Puesto que tú has asumido el poder real en Ugarit, ¿por qué no has enviado regularmente mensajeros? Esto ha molestado mucho a Mi Sol. Por lo tanto, envía mensajeros a Mi Sol con toda urgencia, y mira qué regalos traen para el rey» (RS 17.247 = PRU IV 191)⁹.

Sabemos que no hubo una intervención directa de Suppiluliuma en los asuntos sirios. Esto puede haber sido dejado, con gran autonomía, en manos de otros, especialmente del vigente virrey de Carquemish, Talmi-Tesub, hijo de Ini-Tesub. Nos quedan fragmentos de un tratado entre Suppiluliuma y Talmi-Tesub¹⁰, pero no los suficientes para determinar qué responsabilidades concretas se asignaban al virrey. Muy posiblemente desempeñaba un papel casi independiente en Siria¹¹.

Sabemos que fue responsable de la supervisión de un divorcio acordado, según parece, entre una hija del rey hitita y Ammurapi, rey de Ugarit¹². Desgraciadamente no están registradas las circunstancias que condujeron a la disolución del matrimonio. Pero el divorcio de una princesa hitita de un gobernante vasallo local, o de un miembro de su familia, que nosotros sepamos no tenía precedentes en el mundo hitita. Puede darnos más pruebas todavía de la tenue naturaleza de las relaciones entre vasallo y señor en los últimos años del reino hitita y del escaso respeto de los estados vasallos a la autoridad del rey hitita.

ÚLTIMAS CAMPAÑAS EN EL OESTE

Por lo menos en alguna ocasión, el incumplimiento de la autoridad o las verdaderas actuaciones de desafío o de rebelión de los estados súbditos se pagaron con represalias, como indica una inscripción sobre un edificio descubierto en Hattusa en 1988. Habitualmente se cita como la «estructura Südburg», el edificio consta de una cámara de piedra, de 4 metros de longitud, embellecida con relieves de una dei-

⁹ Sobre el uso de la expresión «mi hijo» al dirigirse a Ibiranu, véase Nougayrol, PRU IV 191, n. 1.

¹⁰ KBo XII 41 (CTH 122.1); véase Otten (1963, 7).

¹¹ Cfr. Klengel (1992, 352).

¹² RS 17.226 (PRU IV 208-210, Dossier VIII A). Véase Astour (1980).

dad y un rey llamado Suppiluliuma¹³, e inscrita con un texto en escritura jeroglífica¹⁴. Aunque algunos especialistas han sugerido que el edificio era la tumba del rey, es más probable que fuera lo que los textos hititas llaman ^dKASKAL.KUR —una entrada a los Infiernos (en este caso una simbólica)¹⁵.

La inscripción recoge la conquista de Suppiluliuma y la anexión de las tierras de Wiyanawanda, Tamina, Masa, Lukka e Ikuna, todas ellas dentro o cerca del país de Lukka en el sudoeste de Anatolia¹⁶. Esas campañas indican la continuación del malestar entre los estados vasallos del oeste, a pesar de los esfuerzos de Tudhaliya por llevar una mayor estabilidad y una paz más duradera a la región. ¿Qué conclusiones pueden extraerse de las conquistas de su hijo? Podríamos adoptar el punto de vista de que, a pesar de los problemas con que se enfrentaba Suppiluliuma en otras partes de su reino, él estaba determinado, todavía, a mantener el control sobre los territorios occidentales¹⁷. Alternativamente, esas campañas occidentales podría haber sido, simplemente, actuaciones de salvaguardia destinadas a proteger o a taponar los territorios hititas del sur de los asaltos conjuntos dirigidos contra ellos desde el oeste. El peligro de tales asaltos podría haber aumentado significativamente si los hititas estaban enfrentados por entonces con un régimen hostil en el reino de Tarhuntassa en la costa meridional. De hecho, la inscripción pasa a relatar la conquista y anexión de Tarhuntassa.

¿ESCASEZ DE ALIMENTOS EN HATII?

Tarhuntassa probablemente se perdió para los hititas durante el reinado de Tudhaliya, como consecuencia de la presunta toma del trono hitita por Kurunta y su posterior expulsión de él. Cualquiera que fuese el destino de Kurunta, la posterior conquista por Suppiluliuma del reino dependiente sobre el que él había gobernado es una clara indi-

¹³ Su rango está confirmado por el cartucho real que lleva su nombre. Para argumentos en pro de la atribución del texto al segundo Suppiluliuma y no al primer rey de ese nombre, véase Otten (1989b, 336).

¹⁴ Véase Neve (1989, 316-332; 1989-1990, 12-14; 1990, 279-286); Otten (1989b); Hawkins (1990).

¹⁵ Véase Gordon (1967); Hawkins (1990, 314).

¹⁶ Ikuna, probablemente igual al hitita Ikkuwaniya, podría identificarse con bastante seguridad con Ikonion-Konya; véase Hawkins (1990, 312; 1995c, 51).

¹⁷ Cfr. Yakar (1993, 6-7).

cación de que había roto los lazos con Hattusa y había llegado a ser abiertamente hostil con su antiguo señor¹⁸.

Hay varias potentes razones para explicar por qué no podía tolerarse la existencia de un Tarhuntassa hostil. Una de las más importantes es la situación del puerto de Ura, en sus fronteras, o al menos muy próximo a ellas¹⁹. Recordemos que Ura era el puerto de Anatolia al que se enviaban las remesas de grano desde Egipto y Canaan, vía Ugarit, para su traslado a Hatti. Particularmente en tiempos de escasez de alimentos en el reino hitita, era vital que la ruta del grano se mantuviese abierta. La ubicación de Ura era, pues, de considerable importancia estratégica. Todo el tiempo que permaneciera bajo el control de un régimen independiente, y particularmente si era enemigo, las comunicaciones hititas con Siria y Egipto estarían en grave peligro²⁰.

Ya nos hemos referido al aparente crecimiento de la dependencia de los hititas de los suministros de grano del exterior (cap. 12). Esta dependencia puede haberse intensificado en los años finales del reino hitita. Varios textos, que datan del tiempo de Tudhaliya, parecen indicar la crucial importancia para el mundo hitita del grano importado. Así, el faraón Merneptah, en su inscripción de Karnak, que recoge su victoria sobre Meryre y los libios, se refiere a un envío de grano que había mandado para «mantener vivo al País de Hatti»²¹. Una nota de particular urgencia se dejaba oír en una carta enviada desde la corte hitita al rey de Ugarit, bien Niqmaddu III o Ammurapi (su nombre no se ha conservado en el texto), pidiendo un barco y tripulación para el transporte de 2.000 *kor* de grano (unas 450 toneladas) desde Mukis a Ura:

Y así, (la ciudad) de Ura [actuará (?)] de ese modo... y para Mi Sol el alimento que han guardado. Mi Sol les ha indicado que 2.000 *kor* de grano vienen de Mukis. Tú debes proporcionarles un gran barco y una tripulación y ellos deben transportar el grano a su país.

¹⁸ Pero obsérvense los contextos sugeridos por Hoffner (1989b, 50-51) para las operaciones descritas en la inscripción de Südburg.

¹⁹ Varios especialistas han identificado a Ura con la moderna Silifke (la clásica Seleucia); véase Davcsnc *et al.* (1987, 373-376) en apoyo de una propuesta hecha originalmente por Albright. Más recientemente ha sido identificada con la moderna Gölendere (la clásica Kelenderis); así, Beal (1992a, 68-69).

²⁰ Cfr. Hoffner (1989b, 49).

²¹ Breasted (1906, III § 580).

Lo llevarán en varios envíos. ¡No debes retrasar ese barco! (RS 20.212, 17'-26', adaptado de la trad. de Heltzer [1977, 209])²².

La carta subraya la necesidad de que el rey de Ugarit actúe sin tardanza²³. ¡Termina por afirmar que es cuestión de vida o muerte!²⁴.

LAS BATALLAS NAVALES DE SUPPILULIUMA

Seguramente, fue en un contexto de crecientes amenazas a las rutas de suministro en el Mediterráneo oriental cuando Suppiluliuma emprendió las únicas batallas navales registradas en las que se implicaron los hititas —batallas libradas en las costas de Alasiya. La información sobre esas batallas la proporciona el segundo de dos textos inscritos en cuneiforme en una tablilla de arcilla del reinado de Suppiluliuma. Nos hemos referido más arriba al primero de esos textos, que describe una campaña emprendida por Tudhaliya IV contra Alasiya, y el establecimiento, o restablecimiento, del dominio hitita sobre el reino. El segundo texto que, como el primero, probablemente esté copiado de una inscripción original en jeroglífico²⁵, recoge tres encuentros navales, y posteriormente otro en tierra, contra los «enemigos de Alasiya»:

Mi padre [...] yo me movilé y yo, Suppiluliuma, el Gran Rey, inmediatamente [crucé/llegué (?)] el mar. Los barcos de Alasiya se encontraron conmigo tres veces en batalla, y yo los machaqué; y cogí sus barcos y los incendié en el mar. Pero cuando llegué a tierra firme (?), los enemigos de Alasiya vinieron en tropel contra mí en batalla (KBo XII 38 [CTH 121] III 1'-13', trad. Güterbock [1967a, 98]).

²² Para el texto completo, véase Nougayrol *et al.* (1968 [Ugaritica VI]: 105-107, núm. 33). Cfr. RS 202.141 B (*op. cit.* 107-108, núm. 34), RS 26.158 (*op. cit.* 323-324, núm. 171). Véase, también, Astour (1965, 254-155).

²³ Cfr. el texto hitita Bo 2810, ed. y estudiado por Klengel (1974, 170-174). Se refiere a la urgente necesidad de un gran envío de grano para aliviar una hambruna «en los países». Desgraciadamente, la identidad del autor y del receptor de la carta son inseguras.

²⁴ Pero Hoffner (1989b, 49) comenta que el texto ugarítico no menciona una hambruna o catástrofe, y considera que el barco puede que no fuera un caso especial en respuesta a una emergencia, sino parte de un arreglo establecido entre los dos estados. Cfr. Klengel (1974, 168).

²⁵ Véase Güterbock (1967a, 81); Hoffner (1989b, 48).

Queda claro por este relato que la anterior campaña de Tudhaliya contra Alasiya no había conseguido establecer más que un control temporal hitita sobre la isla y que su hijo tuvo que emprender la tarea otra vez. Pero no está claro si las fuerzas enemigas encontradas por Suppiluliuma fueron: a) las mismas que habían luchado contra Tudhaliya; b) gente nativa de Alasiya; c) extranjeros que habían ocupado la isla o utilizado sus puertos como bases, o d) pertenecían al contexto de las gentes conocidas como Pueblos del Mar²⁶.

Cualquiera que fuese el enemigo, las fuerzas hititas, en esta ocasión, realizaron una victoriosa campaña contra él. Desde luego, los hititas no tenían recursos navales propios. Su éxito pudo lograrse, solamente, teniendo a su disposición una flota de guerra de un estado aliado, probablemente Ugarit. Bajo sus últimos reyes, Ugarit parece haber tenido un valioso papel para ayudar a apuntalar al abrumado reino hitita.

Cuando sobrevino el caos final, no fue sino uno más de los muchos desastres que devastaron gran parte del Oriente Próximo en los primeros años del siglo XII. De esto, habitualmente, se responsabiliza a los llamados Pueblos del Mar.

LOS PUEBLOS DEL MAR

El colapso final del reino hitita ha sido asociado, tradicionalmente, con masivos movimientos de gentes que barrieron Anatolia, Siria y Palestina y cruzaron el Mediterráneo oriental hasta las costas de Egipto en los primeros años del siglo XII. En los muros de su templo funerario en Medinet Habu, el faraón Ramesses III presentó una descripción gráfica de los estragos y devastaciones que causaron antes de alcanzar Egipto.

Los países extranjeros tramaron una conspiración en las islas²⁷. Todos los países a la vez fueron eliminados y dispersados en la refriega. Ningún país se mantuvo ante sus armas, desde Hatti, Qode, Car-

²⁶ Cfr. Astour (1965, 256, n. 23); Otten (1983); Singer (1983a, 217; 1985a, 122); Muhly (1984, 44).

²⁷ «Islas» es la traducción usual de la palabra egipcia *rw*. Pero Drews (1993, 52) comenta que la lengua egipcia no tenía un vocablo o un concepto equivalente a nuestra «isla» y que las dos palabras egipcias que a veces significan «isla» se usan frecuentemente para costas del continente; una traducción menos sesgada podría ser, por lo tanto: «En cuanto a los países, ellos tramaron una conspiración en sus tierras allende el mar.»

muro oriental del templo de Karnak, Merneptah recogió este conflicto con grandes grupos de invasores. Comprendían bandas de libios que anteriormente habían atacado el delta, sin duda atraídos por el rico y fértil suelo de la región, que se unieron a otros pueblos de allende los mares, bajo el mando del jefe libio Meryre:

El miserable derrotado jefe de Libia, Meryre, hijo de Ded, había caído sobre el país de Tehenu con sus arqueros... Sherden, Shekelesh, Ikweš, Lukka, Teresh³⁰, llevaron a los mejores de todos los guerreros y de todos los hombres de guerra de su región. Había llevado a su mujer y a sus hijos... jefe del campamento y él había alcanzado la frontera occidental de los campos de Perire (Inscripción de Merneptah, trad. Breasted (1906, III § 579).

De los grupos que se unieron a los libios para su asalto a Egipto ya nos hemos referido a los sherden, que estaban actuando en la región al menos desde los tiempos de Amenofis III y podrían haber ocupado, posteriormente, la isla de Cerdeña en el Mediterráneo occidental a finales de la Edad del Bronce. Los shekelesh eran otro grupo, posiblemente de origen anatolio, y seguramente, igual que los sherden, se trasladaron posteriormente hacia occidente, asentándose en Sicilia. El pueblo Lukka es bien conocido por los textos hititas y por sus razias sobre Alasiya y Egipto durante el reinado de Ajenatón. El grupo de los teresh puede ser identificado con los tirsenos, citados posteriormente en los textos griegos y que quizás fueran los antepasados del pueblo etrusco del sur de Italia. Los ikweš (Aikawasha) son identificados habitualmente con los Ahhiyawa de los textos hititas. La inscripción en Karnak de Merneptah indica que el faraón consiguió expulsar de Egipto a los invasores. Pero esa invasión fue poco más que un preludio de los principales movimientos de esos grupos en el reinado del sucesor de Merneptah, Ramesses III (c. 1185-1154), fundador de la dinastía XX, después que la precedente hubiera terminado con una sucesión de cortos reinados estorbados por intrigas dinásticas.

De acuerdo con los registros de su reinado, Ramesses se enfrentó a varios grandes asaltos en el norte de su reino, tanto por tierra como por mar. En el quinto año de su reinado guerreó con los invasores libios³¹, en el octavo con gentes de allende los mares³², en su undécimo año

³⁰ Vocalizaciones de *šrdn*, *škrš*, *ikwš*, *lk*, *trš*, respectivamente.

³¹ Medinet Habu I 27-28 = KRI V 20-27.

³² Medinet Habu I 46 = KRI V 37-43.

kemish, Arzawa y Alasiya en adelante, siendo cortados de una vez. Se estableció un campamento en un lugar de Amurru. Despoblaron sus gentes y sus tierras fueron como si nunca hubiesen existido. Avanzaron hacia Egipto en tanto que la llama estaba preparada delante de ellos. Su confederación la formaban los países Peleset, Tjeker, Shekelesh, Denyen y Weshesh unidos. Pusieron sus manos sobre países tan lejanos como el círculo de la tierra, sus corazones seguros y confiados: «¡Nuestros planes se lograrán!» (Medinet Habu, inscripción del octavo año de Ramesses, líneas 16-17, trad. Wilson en Pritchard [1969, 262]).

Una carta de Ammurapi, el último rey de Ugarit, aporta más pruebas de la crisis que abatió al mundo del Oriente Próximo. La carta es una dramática respuesta a una llamada de auxilio del rey de Alasiya y subraya la desesperada situación a la que se enfrentaba Ugarit:

Padre mío, mira, los barcos del enemigo vinieron (aquí); mis ciudades (?) están quemadas e hicieron el mal en mi país. ¿No sabe mi padre que todas mis tropas y carros están en el País de Hatti, y todos mis barcos están en el País de Lukka?... Así, el país está abandonado a sí mismo. Que mi padre lo sepa: los siete barcos del enemigo que vinieron aquí nos infligieron gran daño (RS 18.147 = Nougayrol *et al.* [1968 (Ugaritica V), 87-89, núm. 24], trad. Astour [1965, 255]).

Ammurapi apeló también al virrey de Carkemish. Pero todo lo que éste pudo fue darle ánimos y algunos consejos:

En cuanto a lo que me has escrito: «¡Barcos del enemigo han sido vistos en el mar!» Bien, debes permanecer firme. De hecho, por tu parte, ¿dónde están estacionados tus tropas y tus carros? ¿No están cerca de ti? ¿No? Detrás del enemigo, ¿quién te presiona? Rodea tus ciudades con murallas. ¡Haz que se presenten allí tus tropas y carros y espera al enemigo con gran resolución! (RS 1 = Nougayrol *et al.* [1968, 85-86, núm. 23])²⁸.

Caben pocas dudas de que el final del Bronce Tardío en el Oriente Próximo estuvo marcado por agitaciones catastróficas y por el hundimiento y desaparición de muchos de los antiguos centros de poder.

²⁸ Obsérvese, también, Astour (1965, 255-256) quien se refiere a una carta al rey de Ugarit de Eshuwara, Gran Supervisor de Alasiya, RS 20.18 (Nougayrol *et al.* [1968, 83-85, núm. 22]) que afirma que algunos de los súbditos del rey que paraban en Alasiya con sus barcos rindieron una flotilla al enemigo.

Pero, ¿estaba causado esto por grupos de invasores septentrionales identificados colectivamente como los Pueblos del Mar? ¿Quiénes *eran* los Pueblos del Mar? ¿De dónde venían? Las antiguas teorías los representaban como invasores bárbaros de algún lugar al norte de Anatolia que barrieron todo el Oriente Próximo, masacrando, saqueando, destruyendo todo a su paso —los hunos y los godos del mundo del Bronce Tardío— hasta que posteriormente fueron detenidos en las costas de Egipto.

Pero las teorías de dramáticas invasiones de bárbaros del norte sedientos de sangre contra las viejas y sofisticadas civilizaciones ya no están de moda entre los investigadores de la Edad del Bronce²⁹. Hay que reexaminar muy cuidadosamente la escasa información disponible antes de sacar unas conclusiones firmes en cuanto a quiénes fueran los Pueblos del Mar y cuál fue el papel que representaron en los días finales de la Edad del Bronce.

Los ataques por mar no eran, en absoluto, un fenómeno nuevo. Ya en el siglo XIV, el faraón Ajenatón se quejaba al rey de Alasiya por las razias de piratas dirigidas contra sus costas por gentes de las tierras de Lukka. Acusaba al pueblo de Alasiya de ayudarles y favorecer sus iniciativas. Pero el rey de Alasiya rechazaba la responsabilidad declarando que su país también estaba sufriendo razias de gentes del País de Lukka: «¿Por qué me habla mi hermano en esos términos? ¿No sabe mi hermano lo que está pasando?» ¡Por lo que me afecta, yo no sé nada de esto! ¡De hecho, cada año, las gentes de Lukka se apoderan de ciudades de mi propio país!» (EA 38, 7-12).

También sabemos de una razia sobre la costa egipcia durante el reinado de Ramesses II hecha por piratas sherden, quienes ya estaban asaltando las costas egipcias en los tiempos de Amenofis III y figuran más tarde en las listas de los Pueblos del Mar. Por la inscripción que recoge la razia, está claro que hacía tiempo que eran una amenaza para la región: «los indisciplinados sherden, a quienes nadie ha sabido nunca cómo combatir, vinieron descaradamente, navegando en sus barcos de guerra desde el medio del mar, no siendo nadie capaz de resistírseles» (Inscripción de una estela de Tanis, trad. Kitchen [1982, 40-41]).

En esta ocasión, Ramesses consiguió repeler a los invasores. Pero la presión continuó en aumento y el delta egipcio estuvo sometido a nuevos y más concentrados ataques durante el reinado de su hijo y sucesor Merneptah (c. 1213-1204). En una larga inscripción, grabada en el

²⁹ Cfr. Drews (1993, 53-54).

con los libios una vez más³³. Tenemos dos fuentes de información sobre esos conflictos: las inscripciones sobre los muros del templo de Rameses de Medinet Habu y un documento conocido ahora como el Gran Papiro Harris. Compilado por el hijo y sucesor de Ramesses III, Ramesses IV, es el papiro de Egipto más largo conocido, con unas 1.500 líneas de texto y abarca todo el período del reinado de Ramesses III³⁴.

La lista de los pueblos del otro lado del mar incluye a los peleset, tjekker, shekelesh, weshesh y denyen³⁵. Solamente uno de esos grupos, los shekelesh, había figurado entre los invasores de los tiempos de Merneptah. El grupo más notable, los peleset, pueden identificarse con seguridad con los filisteos que posteriormente se encuentran en Palestina³⁶. Los denyen (danuna) se asocian a Cilicia³⁷.

La inscripción de Ramesses en Medinet Habu ilustra vívidamente, tanto con palabras como con imágenes, los enérgicos preparativos que hizo el faraón para encontrarse con el enemigo, y la decisiva derrota que afirma haberles infligido:

Equipé a mi frontera de Zahi (Djahi) preparada ante ellos. A los jefes, los capitanes de infantería, los nobles, les hice equipar las bocas del puerto, como un fuerte muro, con barcos de guerra, galeras y barcasas [...] guarnecidos totalmente de proa a popa con valientes guerreros, soldados de lo más escogido de Egipto, como leones que rugen en la cima de la montaña. Los de los carros eran guerreros [...], y todos buenos oficiales, rápidos de manos. Los caballos se estremecían en todos sus miembros, listos para aplastar los campos bajo sus patas... Los que alcanzaron mi frontera, su linaje ya no existe; su corazón y su alma acabaron por los siglos de los siglos. En cuanto a aquellos que se habían reunido ante ellos en el mar, una pura llama se les enfrentaba ante las bocas del puerto, y un muro de metal, sobre las orillas, les rodeaba. Fueron arrastrados, volcados y tendidos sobre la playa; muertos y amontonados de popa a proa de sus galeras, mientras que todas sus cosas eran lanzadas al agua (Extractos de la Inscripción de Medinet Habu, trad. Breasted [1906, IV §§ 65-66]).

³³ Medinet Habu II 80-83 = *KRI V* 58-66.

³⁴ Para el texto, véase Breasted (1906, IV 110-206).

³⁵ Son las vocalizaciones habituales de los siguientes nombres: *plst/prst* (peleset, pule-sati, filisteos [pilistin]); *tjkr* (Tjekker, Tjekar, teker, teucrios?); *šklš* (shekelesh); *wšš* (weshesh), *dnjn* (danuna, denyen, pueblo de Adana, *adanawanan* hitita, *daniuna* egipcio, *danaoi* griegos?).

³⁶ Véase Barnett (1975a, 371-378).

³⁷ Cf. Barnett (1953, 87); Laroche (1958); Gurney (1990, 108).

Esto reforzaría la idea de que las invasiones no eran puramente operaciones militares, sino que suponían movimientos de grandes poblaciones por tierra y por mar a la busca de nuevas tierras donde asentarse³⁸. Sus fuerzas terrestres se trasladaban hacia el sur a lo largo de la costa de Levante y a través de Palestina³⁹ cuando se enfrentaron y fueron detenidos por las fuerzas de Ramesses en la frontera egipcia de Djehi (en la futura Fenicia). Sin embargo, su flota alcanzó la costa egipcia donde fue destruida por la de Egipto.

Debemos examinar, ahora, la identidad y procedencia de esos invasores y la parte que tuvieron en el colapso de las civilizaciones del Bronce Tardío. La expresión «Pueblos del Mar» se acuñó a finales del siglo XIX de nuestra era para referirse a las invasiones del otro lado del mar descritas en las fuentes egipcias y ha sido muy utilizada por historiadores y arqueólogos desde entonces. Sin embargo, es una expresión equívoca, ya que caben pocas dudas de que algunos grupos de gentes bajo esa denominación no tenían por origen ninguna isla ni costa y, en realidad, sus movimientos y actividades no estaban limitados al mar o a las regiones costeras, sino que abarcaban casi todo el Próximo Oriente.

Sus posibles orígenes han alimentado grandes debates y especulaciones. Podemos, no obstante, asignar un origen anatólico, al menos al elemento lukka, entre aquellos que atacaron Egipto durante el reinado de Merneptah y, muy posiblemente, a los denyen (danuna) que figuran en el registro de Ramesses III. Además, es muy posible que todos los grupos enumerados en los registros egipcios tuvieran su origen en Anatolia, particularmente en la Anatolia occidental. Los teresh, como hemos observado, podrían identificarse con los tirsenos, cuya patria original, según el historiador griego Herodoto estaba en Lidia⁴⁰. Los ikwesh, si el nombre puede identificarse con el hitita Ahhiyawa o con el Akhaia griego, quizás representen los restos de los asentamientos aqueos/micénicos en diversos puntos a lo largo de la costa occidental de Anatolia, después de que Ahhiyawa hubiera perdido la presencia significativa e influyente de la que había gozado en la región durante dos siglos. Los peleset pueden haberse originado también en el oeste de Anatolia⁴¹. Una sugerencia más es que el nombre tjekker está asociado con Teucro,

³⁸ Obsérvese, por ejemplo, que los peleset y los tjekker que luchaban en la batalla terrestre están acompañados en los relieves por mujeres y niños llevados sobre carretas de bueyes.

³⁹ Véase Albright (1975, 507-516).

⁴⁰ Heródoto I, 94.

⁴¹ Véase, en particular, Singer (1988c).

uno de los héroes de la guerra de Troya y epónimo, en la tradición literaria, de la gente de la Tróade conocida como teucros. Pero estamos entrando en el reino de la pura especulación.

No obstante, la Anatolia occidental puede haber proporcionado la génesis de los movimientos de los «Pueblos del Mar», ya que ésta parece haber sido la región en la que las estructuras políticas establecidas por las grandes potencias de la Edad del Bronce comenzaron a desmembrarse y desintegrarse. Hemos visto los problemas que tenían los hititas para controlar la región, muy agudos en el reinado de Hattusili III, y la posible pérdida de la influencia política y militar de Ahhiyawa en la misma región durante el reinado del hijo de Hattusili, Tudhaliya IV. Sin embargo, gran parte del dominio extranjero puede haber sido llevado mal por los estados súbditos sobre los que se imponía, pues el señorío de los reyes de Hatti y de Ahhiyawa probablemente ayudaba a garantizar cierta protección en las regiones en las que se habían establecido reinos vasallos, al menos por algún lapso de tiempo.

Por otro lado, los señores también contribuían a crear condiciones de inestabilidad para una población siempre en crecimiento. Así, adoptaron la práctica de trasladar y reubicar en el territorio de origen del señor a grandes grupos de evacuados de los estados vasallos rebeldes, una práctica que llevaba a los prisioneros o súbditos desafectos a intentar escapar de la autoridad, buscando refugio en otros reinos cercanos. La tensión y rivalidad entre Hatti y Ahhiyawa en la Anatolia occidental simplemente servía para exacerbar esas desequilibradas situaciones. Con el ocaso y la desaparición tanto de la influencia hitita como de la de Ahhiyawa en la región, los movimientos de los grupos de población, grandes y pequeños, tuvieron una trascendencia creciente. Los gobernantes locales no podían ya reclamar el apoyo de su señor ni garantizar protección para sus propios súbditos. En un ambiente de inseguridad y anarquía crecientes, los grupos comenzaron a abandonar sus viejas patrias en busca de nuevas tierras donde asentarse.

Esos grupos no fueron en sí mismos la causa del cataclismo que condujo al hundimiento de los reinos de la Edad del Bronce. Más bien estuvieron asociados a la gradual desintegración de los reinos y fueron, al menos en parte, las víctimas. En las generalizadas condiciones de inestabilidad del período, adquirieron el aspecto de bandas de merodeadores en su búsqueda de nuevas tierras. Al actuar así, pudieron acelerar el colapso final de los principales centros de poder.

Sin embargo, la verdadera naturaleza, extensión y duración de sus actividades dejan gran espacio para la duda. El punto de vista de que fueron partícipes de una operación militar cuidadosamente pla-

necada⁴² no es sostenible. Más bien, fueron un rosario de grupos que se unían de vez en cuando en su vagar y, a veces, juntaban sus fuerzas en razias y, en alguna ocasión, en operaciones militares de mayor envergadura. Pueden haber tenido mucho de las bandas de merodeadores ambulantes que frecuentemente describen los escritores de ciencia-ficción en ambientes posteriores a una guerra nuclear.

La percepción de ellos como un enemigo organizado depende en alto grado de sus descripciones en los registros egipcios, más concretamente, de los relatos de Ramesses III. Sin embargo, han surgido interrogantes en cuanto a la validez histórica de tales registros. El relato gráfico de Ramesses de la lucha con ellos y del triunfo sobre sus enemigos, ha sido visto como «una condensación narrativa de un proceso continuo de larga duración, consistente en pequeñas escaramuzas y rechazos a repetidos intentos de asaltos y penetraciones, en un único gran acontecimiento militar para servir a unos precisos propósitos propagandísticos»⁴³. Otros estudiosos expresan un punto de vista similar: «Es más probable que una serie de pequeños episodios fueran reunidos a fin de construir artísticamente una “batalla” que como tal no ocurrió nunca, pero que fue exigida por la tradición y la funcionalidad de la celebración propagandística —incluso por medio de una simetría con la real y decisiva batalla ganada a los libios»⁴⁴. Tal «deconstruccionismo» reduce marcadamente el impacto de la narración egipcia y rebaja considerablemente el grado del éxito militar egipcio. Pero también puede acercarnos algo más a la verdad.

También hay una decepcionante carencia de pruebas arqueológicas inequívocas respecto a los movimientos de los pueblos desplazados. La combinación de registros escritos y de pruebas arqueológicas revela una clara ruptura en la ocupación de muchos lugares a lo largo del litoral sirio-palestino y de algunos lugares del interior c. 1200⁴⁵. Sin embargo, es virtualmente imposible identificar a los autores de la destrucción de las ciudades del Levante —egipcios, israelitas, Pueblos del Mar— incluso aunque los últimos de ellos sigan siendo los más sospechosos en lo que respecta a los lugares a lo largo de la costa⁴⁶. En cuanto se refiere al Levante, hasta ahora el debate para asignar la responsabilidad de la destrucción de finales del siglo XIII a los Pueblos del Mar, a invasores

⁴² Así, Mellaart (1984, 77).

⁴³ Cifola (1988, 303).

⁴⁴ Liverani (1990, 121).

⁴⁵ Millard (1984, 8).

⁴⁶ *Ibid.*

hebreos, o a rebeldes cananeos desposeídos, en su camino hasta llegar a ser hebreos, realmente realza la carencia de cualquier prueba a partir de la cual se puedan extraer conclusiones significativas⁴⁷.

LA CAÍDA DEL REINO HITITA

Muchas teorías se han propuesto para referirse al hundimiento del reino hitita y de otras potencias contemporáneas en Grecia y en el Oriente Próximo a finales del Bronce Tardío⁴⁸. Entre esas teorías, varias han atribuido el desfallecimiento de los reinos del Bronce Tardío a causas naturales, tales como terremotos y sequías.

Un gran valedor de la teoría del terremoto fue C. F. A. Schaeffer, quien propuso que muchas de las ciudades, tanto de Anatolia como de Siria, incluyendo Hattusa y Alalah, cayeron víctimas de terremotos c. 1200⁴⁹.

La destrucción de Cnosos (en Creta) y Troya VI fueron explicadas de la misma manera por Sir Arthur Evans y el profesor Carl Blegen respectivamente. Tales teorías no tuvieron credibilidad por mucho tiempo. En la gran mayoría de los casos hay pocas o ninguna prueba arqueológica que demuestre actividad sísmica, al menos a una escala tal que pudiera causar la total destrucción y abandono del lugar⁵⁰. Incluso en los pocos casos en los que un terremoto puede haber desempeñado cierto papel (como en Troya; véase el cap. 14) la prueba es equívoca y poco concluyente.

La teoría de una prolongada sequía en Grecia y en el Próximo Oriente tuvo un amplio eco entre los especialistas⁵¹. Rhys Carpenter, el más influyente valedor de la teoría⁵², argumentaba que c. 1200 el mundo del Mediterráneo oriental sufrió una sequía de tal duración e intensidad que muchos de los pueblos del área se vieron forzados a abandonar sus hogares. Espoleados por el hambre atacaron y destruyeron los principales centros de la Edad del Bronce para tener acceso a sus almacenes de grano y de otros alimentos. Nos hemos referido a un cierto número de textos que indican escasez de alimentos, si no una

⁴⁷ Así, Muhly (1992, 14).

⁴⁸ Para una visión reciente, véase Drews (1993, caps. 3-8).

⁴⁹ En Nougayrol *et al.* (1968, 753-768).

⁵⁰ Véase Drews (1993, 47).

⁵¹ Tratado por Drews (1993, 77-84).

⁵² Véase, por ejemplo, Carpenter (1968, 9).

verdadera hambruna, en el mundo hitita durante el reinado de los últimos reyes. Pero esa escasez puede haberse debido, en gran medida también, a factores humanos, tales como la interrupción de las rutas de aprovisionamiento de grano, más que a unos cambios desastrosos en las pautas del clima. Sencillamente, no tenemos pruebas de una sequía de tal duración, intensidad y extensión que condujera o contribuyera sustancialmente al colapso de los centros de poder de la Edad del Bronce.

Esto, desde luego, no excluye la posibilidad de sequías periódicas, tanto en Grecia como en el Oriente Próximo, que en las últimas décadas de la Edad del Bronce exacerbaban las crecientes presiones y problemas a los que se enfrentaban los gobernantes próximo-orientales y del mundo micénico⁵³. Si el reino de Hatti, en particular, llegó a ser cada vez más dependiente de la importación de suministros de grano, incluso temporales caídas locales en la producción, causadas por la sequía, podrían haber creado una creciente urgencia en asegurar que los envíos regulares del exterior no se interrumpieran. Y si intervinieron otros factores que afectaron gravemente a la capacidad de los hititas para mantener la estabilidad política en todo el reino, entonces, la escasez de alimentos causada por la sequía o por el corte de las rutas de aprovisionamiento podría perfectamente haber llevado a una crisis de grandes proporciones.

Otra teoría más, según la cual la introducción de la metalurgia del hierro, que ponía armas de hierro en manos de los rebeldes de Anatolia, permitió derribar a los reinos de la Edad del Bronce⁵⁴, ha sido abandonada justamente⁵⁵.

Se ha aducido también un «colapso del sistema» como una primera razón para el declive y hundimiento de los principales centros de poder en el mundo del Bronce Tardío en Anatolia, en Siria y en la Grecia micénica⁵⁶. En el caso del mundo micénico se ha argumentado que complejas operaciones comerciales exigían absolutamente condiciones

⁵³ Drews (1993, 79) se refiere a pruebas físicas en Gordion, en forma de una serie de estrechos anillos en un tronco de junípero desenterrado en este lugar, señalando una sequía en Anatolia hacia el 1200.

⁵⁴ Como antiguamente razonaba Childe (1954, 182-183).

⁵⁵ Drews (1993, 73-76). Cfr. Sandars (1985, 174-177). Sobre el uso del hierro en el mundo hitita, véase Muhly *et al.* (1985). Los textos hititas que se refieren al hierro han sido reunidos en Košak (1986).

⁵⁶ Véase, por ejemplo, Sandars (1985, 47-49, 77-79, 197); Zaccagnini (1990) y los comentarios de Drews (1993, 85-90).

de razonable seguridad⁵⁷; que la prosperidad del Levante y del Egeo era comercial y dependía de la existencia de mercados para productos excedentarios; que los reinos micénicos estaban tan superespecializados, eran tan ultradependientes de la burocracia central, que la dependencia del palacio y de la economía llegó a ser un agudo peligro⁵⁸. Y que las condiciones cada vez más inestables de la región llevaron a una quiebra económica y, finalmente, a un colapso general. La progresiva ruptura de las redes comerciales y de las operaciones de intercambio pueden perfectamente haber sido un importante rasgo de las últimas décadas de los reinos de la Edad del Bronce, tanto en Grecia como en el Oriente Próximo. Pero todo eso era, en sí mismo, sintomático de un período de decadencia general y de desintegración, más que una de las causas radicales. Debemos mirar hacia otra parte en busca de esas causas.

Otra es que la «catástrofe» de finales del Bronce fue el resultado de una radical innovación en la forma de hacer la guerra que repentinamente dio a los «bárbaros» ventaja militar sobre los largamente establecidos y civilizados reinos del Mediterráneo oriental⁵⁹. El argumento se basa en que los «bárbaros» —de Libia, Palestina, Israel, Licia, el norte de Grecia, Italia, Sicilia, Cerdeña, etc.— con sus multitudinarias infanterías y armados con jabalinas, largas espadas y unas cuantas piezas esenciales de la armadura, fueron capaces de superar las estrategias basadas en los carros, en las que descansaban los grandes reinos, asaltando, saqueando y arrasando los más ricos palacios y ciudades. Pero, incluso si se admitiera la posibilidad de un escenario tal, o una versión modificada de él, todavía topáramos con una cuestión fundamental: ¿Qué había, a la postre, debilitado tanto a esos centros que durante tan largo tiempo se habían sostenido firmes contra las fuerzas que ahora, pretendidamente, los sobrepujaban de tal manera que sucumbieron? La teoría de los cambios en el estilo de guerrear, o de las armas utilizadas, no contesta por sí misma a la pregunta, ni aunque se comprobara como cierta.

¿Tendríamos que buscar señales de decadencia y de desintegración en los propios reinos como un factor principal de su caída final? Hemos visto que, en períodos muy anteriores de su historia, los hititas habían sufrido graves convulsiones en su política interior que facilitaron la agresión de fuerzas foráneas y llevaron a una sustancial reduc-

⁵⁷ Sandars (1985, 49).

⁵⁸ *Ibid.*, 79.

⁵⁹ Drews (1993, 97).

ción del territorio hitita. Entre las consecuencias del asesinato de Mursili I, las luchas de sucesión habían conducido al reino al borde de la extinción. Sin embargo, la situación había sido salvada cuando un fuerte jefe, Telepinu, tomó el control, y se comprometió a sí mismo en unificar el reino bajo su influencia. Como señaló Hattusili I, y Telepinu posteriormente, mientras el reino permaneciera unido podría resistir a todas las agresiones extranjeras. Pero si se debilitaba y se dividía en contra de sí mismo, caería fácilmente presa de sus enemigos.

Hasta hace poco se consideraba que el Reino Nuevo hitita había gozado de mucha mayor estabilidad interna que el Reino Antiguo. El golpe de Hattusili III contra su sobrino Urhi-Tesub se vio como la única excepción significativa a la, por otro lado, pacífica serie de sucesiones reales hasta el final del imperio hitita. Nuevos descubrimientos, más concretamente, la tablilla de bronce y las improntas de sellos de Kurunta, nos han obligado a reconsiderar este enfoque y mirar nuevamente otros textos que datan de los últimos años del reino. Incluso con anterioridad al descubrimiento de la tablilla de bronce, un especialista había comentado: «Sin olvidar el papel de los enemigos de fuera en la caída del imperio hitita, yo creo que habría que otorgar mayor peso a los síntomas de decadencia interna y de desintegración»⁶⁰.

Los textos, tanto del reinado de Tudhaliya IV como de Suppiluliuma II, indican que la monarquía estaba bajo la constante amenaza de elementos de los más altos escalones de la sociedad hitita, particularmente miembros de la extensa familia real. A pesar de los esfuerzos hechos por esos últimos reyes por apuntalar su autoridad, las amenazas continuaron produciendo aparentemente un efecto devastador sobre la estructura monárquica y, quizás también, socavando gravemente la autoridad del rey a los ojos de muchos de sus súbditos. Esto se refleja en la rebelión en Hatti, y quizás también en la insubordinación de gobernantes vasallos, ambas cosas registradas en el reinado de Suppiluliuma. Si el rey tenía dificultades en afianzar su propia posición, ¿qué seguridad podían tener sus vasallos de que les podría proteger a ellos y a sus reinos si caían bajo amenazas, ya de extranjeros o ya de elementos desafectos de entre sus propios súbditos? ¿Qué interés tendrían en mantener una inquebrantable lealtad respecto a su actual señor de Hattusa? Por ahora no se puede probar que hubiese una conexión directa entre un percibido debilitamiento en la estructura del poder central y el desmoronamiento de la autoridad hitita en los territorios sometidos. Esto, sin embargo, debe permanecer como una clara posibilidad, espe-

⁶⁰ Singer (1985a, 120).

cialmente si damos fe a las advertencias que se oyeron varias generaciones antes, con Hattusili I y Telepinu.

Pero al intentar buscar causas para la caída del reino hitita, debemos ser cuidadosos y no conceder una indebida importancia a algún específico conjunto de factores, bien sean internos o externos. Además, su caída no fue la única. El hecho de que un cierto número de centros del mundo micénico fueran destruidos aproximadamente por la misma época en que ocurrió la caída de Hatti y de otros reinos del Oriente Próximo da cierta credibilidad a la visión de una serie de extensas revueltas y desastres, al menos dentro del mundo griego y próximo-oriental, que llevaron, o ayudaron, a precipitar el hundimiento de los principales centros de ambas regiones. De ahí las teorías de duraderas y ruinosas sequías, o de simultáneos, o contemporáneamente relacionados, asaltos de los Pueblos del Mar sobre Grecia y el Oriente Próximo, o de un extendido «colapso del sistema». Mientras que seríamos conscientes de que hubo significativas diferencias en los modelos de decadencia y caída de los centros de poder micénicos y del Oriente Próximo⁶¹, es difícil creer que no hubo alguna relación en el curso de los acontecimientos en ambas regiones durante las últimas décadas del siglo XIII y las primeras del XII. Pero dada la aparente escasez de contactos entre el mundo micénico y el hitita, particularmente desde mediados del siglo XIII en adelante, debemos, por el momento, eludir la tentación de proyectar un conjunto de factores demasiado precisos para explicar las pautas de los acontecimientos de ambas regiones en este período.

Los registros históricos del reino hitita terminan bruscamente en el reinado de Suppiluliuma II con el relato de las batallas navales en las costas de Chipre y el registro de los acontecimientos militares recogidos en la inscripción de Südburg⁶². La final, violenta destrucción de Hattusa debió de ocurrir poco después, quizás mientras el trono egipcio estaba ocupado por Ramesses III, quien incluía a Hatti en la lista de países que cayeron ante el asalto de los «septentrionales en sus islas/costas»⁶³. Las pruebas arqueológicas de la destrucción indican que

⁶¹ En la Argólida griega, por ejemplo, las pruebas arqueológicas muestran un «horizonte de destrucción» que tuvo lugar en varias fases durante un siglo, o más, y no un único y devastador acontecimiento apocalíptico.

⁶² Hoffner (1989b, 48) comenta que si Suppiluliuma tuvo un sucesor, probablemente su reinado fue tan corto y caótico que no hubo oportunidad de acumular un archivo de tablillas.

⁶³ Véase, sin embargo, Güterbock (1989, 55), que plantea la cuestión de lo que realmente significa «Hatti» en el relato de Ramesses.

la capital fue consumida en una gran conflagración⁶⁴. Esto, probablemente, sucedió en los años iniciales del siglo XII. Satélites del reino hitita deben de haber caído por la misma época, quizás hasta antes en el caso de Ugarit⁶⁵. Las pruebas arqueológicas indican, además, que aparte del centro y del oeste de Anatolia, las provincias hititas orientales (principalmente las hurritas) y sudorientales (principalmente las luviitas) también fueron invadidas desde casi todas las direcciones⁶⁶.

¿Fueron los kaskas los responsables del saqueo final de Hattusa, como lo fueron de su destrucción en tiempos pasados?⁶⁷. Sin embargo, el debilitado estado que condujo a su destrucción —inestabilidad política interna, grave pérdida de la capacidad de defensa, redes de comunicación y líneas de aprovisionamiento cortadas— explica que la capital cayera final e irremediabilmente, víctima de un enemigo que había agujijoneado a los hititas casi desde los comienzos de su historia, un enemigo ante el cual siempre habían triunfado pero de cuya amenaza nunca estuvieron totalmente a salvo. ¿Fue este enemigo el que ahora propinó el *coup de grace* al mismo corazón de un reino ya al borde de la total desintegración?

REPERCUSIONES EN OTRAS GRANDES POTENCIAS

Egipto escapó relativamente incólume de la revuelta de finales de la Edad del Bronce. De hecho, Ramesses III afirmaba haber continuado su victoria sobre los Pueblos del Mar con unas campañas en Siria. Al menos, esto es lo que se dibujó en las escenas de los muros de su templo de Medinet Habu, aunque las escenas son consideradas como copias anacrónicas tomadas de un edificio de Ramesses II⁶⁸. En cualquier caso, aparte de una incursión reciente de Libia en el año 11, Egipto parece haber permanecido a salvo de cualquier grave amenaza militar externa en los últimos veinte años de reinado de Ramesses y sus inscripciones recogen un cierto número de pacíficas iniciativas, incluyendo

⁶⁴ Bittel (1976b; 1983b, 26-27).

⁶⁵ Véase Singer (1987, 416, 418), quien observa que la caída de Ugarit está fechada, habitualmente, antes de la supuesta batalla terrestre de Ramesses III contra los Pueblos del Mar en Amurru (pág. 416 con referencias citadas en nn. 22-24), pero que sería imaginable que hubiese ocurrido quince o veinte años antes (pág. 418).

⁶⁶ Yakar (1993, 22).

⁶⁷ Cf. Hoffner (1973, 206); Mellaart (1984, 79); Bittel y Otten citados por Güterbock (1989, 55).

⁶⁸ Véase Faulkner (1975, 243).

una expedición al País de Punt⁶⁹. Pero dentro de su propio reino, el faraón se enfrentó a graves problemas durante sus últimos años, debidos, según parece, a la incompetencia administrativa y a la deslealtad de parte de sus funcionarios.

La dinastía XX, a la que él pertenecía, perduró durante casi un siglo después de su muerte. Pero bajo sus sucesores, el reino de los faraones fue una pálida sombra de lo que había sido durante los años cumbres de las dos anteriores dinastías. Mientras sobrevivió su homólogo del norte, el reino hitita, nunca volvió a retomar las iniciativas que le condujeron hasta llegar a ser una de las potencias dominantes en Oriente Próximo. Finalmente, en el siglo VII, Egipto fue conquistado por los asirios (véase más adelante). El futuro curso de la historia del Oriente Próximo estuvo dictado por otras potencias que ahora estaban comenzando a emerger y que llegarían a su total plenitud en el transcurso del primer milenio.

En Asiria hemos visto que el reinado de Tukulti-Ninurta había quedado hasta un poco glorioso final que culminó con su asesinato. Aunque parece que en los años que siguieron a su muerte, Asiria no se vio directamente afectada por el caos y la devastación que tuvieron lugar en otros lugares del Oriente Próximo, experimentó, no obstante, un período de continuada decadencia política y militar bajo sus inmediatos sucesores.

En los comienzos del primer milenio no quedaban más que unos restos del gran reino que fue en los días de Adad-Nirari y de Salmanasar. Su territorio se había reducido a una estrecha faja de tierra que se extendía sobre unos 150 kilómetros a lo largo del Tigris; hacia el sur, sus perspectivas de expansión estaban limitadas por el reino de Babilonia y hacia el norte y el este estaba en continuo peligro por las belicosas tribus —particularmente los arameos— que se entrometían en sus fronteras y amenazaban sus ciudades.

Pero entonces, en los comienzos del primer milenio, Asiria entró en una nueva era de agresivo militarismo y de expansión territorial. Esto se inició con el rey Adad-Nirari II (c. 911-891). Después de echar a los arameos fuera del valle del Tigris, el nuevo señor de la guerra asirio realizó campañas en Babilonia, donde derrotó al rey Sama-Mudammiq, tomó una gran porción de su territorio y lo incorporó, inmediatamente, al reino de Asiria. Esas campañas forjaron las bases para nuevas expediciones de sus sucesores más allá de las fronteras de su reino.

⁶⁹ Información proporcionada por el Papiro Harris; Breasted (1906, IV § 407).

En el reinado del rey Sargón (c. 721-705), el dominio asirio se extendía por todo el Creciente Fértil, hacia el oeste por Anatolia, hacia el sur hasta el golfo Pérsico y por el este penetraba en Elam (parte del moderno Irán). En el reinado del nieto de Sargón, Asarhadón (c. 680-669), las empresas militares asirias se extendían hasta Egipto. El antiguo gran reino de los faraones fue conquistado tras una corta campaña y añadido a la larga lista de súbditos del imperio asirio.

Finalmente, entonces, Asiria se constató como el único superviviente de las potencias del Bronce Tardío. Pero su supervivencia fue corta, ya que a finales del siglo VII también cayó, recibiendo el golpe final de una coalición formada por los gobernantes caldeos de Babilonia y el recientemente surgido reino de los medos.

¿QUÉ OCURRIÓ CON LOS HITITAS?

Con la destrucción final de la capital hitita en la primera parte del siglo XII, el reino sobre el cual había mantenido su influencia llegó a su fin. En una pocas generaciones toda huella de él parece haberse perdido de la memoria humana. Pero, ¿fue completa la destrucción real de los centros hititas fuera de la capital? ¿O de los reinos vasallos sometidos a Hatti? ¿Cuál fue el sino de todos cuantos poblaban el mundo hitita? ¿Quién heredó lo que sobrevivió de la destrucción que lo condujo a su ruina total?

Mientras que centros como Ugarit y Hattusa sucumbían en una total destrucción, las pruebas de destrucción en otras partes de las regiones donde dominaron son mucho menos marcadas. Los lugares destruidos por el fuego parece que se limitaron a las regiones al este del Marrassantiya, con Karaoghlan (al sur de Ankara) como única excepción al oeste de él. No hay pruebas visibles de catástrofes similares más al oeste⁷⁰. Los indicios procedentes de las excavaciones arqueológicas señalan que solamente un pequeño número de lugares del mundo hitita fueron destruidos realmente: la mayoría, simplemente, fueron abandonados, como ha demostrado Bittel, por ejemplo en el caso del nivel del Bronce Tardío de Gordion. En resumen, «la conclusión que se puede extraer de los muy pocos casos de lugares de los que puede comprobarse que fueron incen-

⁷⁰ Véase el mapa de Bittel (1983b, 32, fig. 2), que indica los puntos destruidos. Esto va en contra de la afirmación de Goetze (1975c, 266) de que «cualquier excavación que se haya realizado indica que el país hitita fue asolado y sus ciudades incendiadas». Cfr. Mellaart (1984, 78-79).

diados c. 1176 a.C. y del gran número que parecen haberse quedado desiertos dentro del país hitita es que, aunque políticamente el ataque de sus vecinos fue desastroso para Hatti, las pérdidas de vidas no debieron ser exageradas»⁷¹.

Aunque lejos todavía de estar completo, el conjunto del cuadro que tenemos de los siglos inmediatos a la caída del reino hitita no es el de una destrucción y masacre generalizada, sino el de emigraciones de pueblos a gran escala —abandonando sus hogares, agrupándose y reagrupándose con otros pueblos en movimiento, y, finalmente, dispersándose, a veces hacia tierras lejanas de sus lugares de origen. Algunos grupos, como los sherden, shekelesh y teresh y un grupo de pelasgos, pueden haber marchado hacia el oeste, a Italia, a la región del Adriático y a las islas del Mediterráneo occidental. Otros, más concretamente los peleset o filisteos*, se asentaron en las costas de Canaán, donde lugares como Ashod, Ebron y Ashqelon están mostrando importantes aspectos de la cultura material de los filisteos⁷².

Otros grupos parecen haber permanecido o vuelto a sus lugares de origen. Notables entre éstos son los habitantes, luvita-hablantes, del país de Lukka, en el sudoeste de Anatolia. Llegaron a ser preeminentes en las comarcas que en el primer milenio a.C. los griegos llamaron Licaonia y Licia. Las comarcas en cuestión fueron, casi con certeza, parte de la original patria lukka. En Licia, la población nativa se unió a inmigrantes de otras regiones, que probablemente incluían a Creta⁷³. Pero los habitantes originales mantuvieron un cierto número de rasgos de la civilización y cultura de sus antepasados de la Edad del Bronce, más evidentes en los nombres de sus dioses⁷⁴ y en su lengua derivada del luvita⁷⁵.

Además, hay una notable persistencia de los topónimos hititas y luvitas en la región durante el primer milenio; así, Anhora (el nombre licio del Xanthos) procede del Awana-Arinna del Bronce Tardío; Pina-
ra de Pina-Pinalc; Tlawa (el nombre licio de Tlos) de Dalawa; Oenoanda de Wiyanawanda⁷⁶. La supervivencia de ese contingente de nom-

* De peleset derivó pilistin que dio nombre a la región de Palestina. (*N. del T.*)

⁷¹ Mellaart (1984, 78-79).

⁷² En general, sobre los asentamientos de los Pueblos del Mar en Canaán y Palestina, véase Singer (1988c, 240).

⁷³ Véase Bryce (1986c, 29-35).

⁷⁴ *Ibid.*, 175-178.

⁷⁵ Véase, por ejemplo, *ibid.*, 64-66 y las referencias allí citadas.

⁷⁶ Cfr. Mellink (1995, 189-190).

bres de la Edad del Bronce parece reflejar un grupo estable de población que permaneció relativamente ajeno a las revueltas que se asociaron a la muerte de los principales reinos de la Edad del Bronce⁷⁷.

En cualquier caso, los elementos luvitas de los pueblos del Bronce Tardío de Anatolia continuaron con cierto vigor más allá de la propia Edad del Bronce a través de la subsiguiente «Edad Oscura» y figuraron eminentemente en las civilizaciones de la Edad del Hierro del primer milenio⁷⁸.

El reino de Tarhuntaša, que se extendía a través de la región conocida posteriormente como Cilicia y Panfilia, y que tuvo un preponderante ingrediente luvita-parlante entre su población, pudo, muy bien, haber continuado existiendo como un reino independiente en los siglos que siguieron al colapso del reino hitita. Incluso en el imperio romano figuran señeramente nombres luvitas en las inscripciones de Cilicia Aspera, así como en Licia⁷⁹. También es significativo que la mayoría de inscripciones jeroglíficas, atribuibles a gobernantes de los reinos de principios de la Edad del Hierro en el sudoeste de Anatolia y norte de Siria, daten de los primeros dos siglos, aproximadamente, de este período.

Las comunidades de la costa egea de Anatolia estuvieron, sin duda, afectadas por las condiciones de inestabilidad de los siglos que siguieron al final de la Edad del Bronce. Y pudo ocurrir allí un deslizamiento hacia el sur de algunos de los pueblos de esta región⁸⁰. Pero los centros principales, como Millawanda/Milawata (la clásica Mileto), sobrevivieron, como lo hicieron otros asentamientos a lo largo de la costa. Debieron de seguir ocupados por los habitantes locales, en tanto que absorbían gran número de inmigrantes grecoparlantes del otro lado del Egeo⁸¹. En realidad, fue el influjo de los colonos eolios y jonios del mundo griego, alrededor de finales del segundo milenio, y su mezcla con los habitantes nativos anatolios, lo que contribuyó a dar a la región, que llegó a ser conocida como Jonia, su rico y distintivo carácter en el primer milenio.

A pesar de su inclusión por Ramesses III en la lista de los países devastados por los Pueblos del Mar, el reino de Carkemish, sobre el Éufrates, una de las dos sedes virreinales de Siria desde los tiempos

⁷⁷ *Ibid.*, 193.

⁷⁸ *Ibid.*, 188 con respecto a Tarso y Adama.

⁷⁹ Véase Houwink ten Cate (1965).

⁸⁰ Véase Košak (1980c, 43).

⁸¹ Véase Yakar (1993, 7-8).

de Suppiluliuma I, parece haber sobrevivido a las convulsiones de finales de la Edad del Bronce relativamente indemne⁸². En realidad, en Carkemish, una rama de la dinastía real hitita continuó, al menos durante cuatro generaciones, tras la caída de la dinastía central de Hattusa. Por improntas de sellos reales, descubiertos en 1985 en Lidar Hüyük, en la ribera oriental del Éufrates⁸³, sabemos que Talmi-Tesub, el tataranieto de Suppiluliuma I y virrey de Carkemish durante el reinado de Suppiluliuma II, fue sucedido por su hijo Ku(n)zi-Tesub⁸⁴. El hecho de que se titulase a sí mismo como «Gran Rey» sugiere que la dinastía central de Hattusa estaba ya extinta y que se veía a sí mismo como el único verdadero heredero del linaje del gran Suppiluliuma. Otras informaciones de inscripciones de Arslantepe establecieron los nombres de dos hermanos, reyes de Melid (la clásica Melitene y actual Malatya), que eran nietos de Kuzi-Tesub⁸⁵, permitiéndonos así extender más la genealogía de los reyes hititas de la Edad del Bronce.

La línea central de esta dinastía parece que no sobrevivió a la catástrofe que condujo al fin de Hattusa. Esto hizo a Kuzi-Tesub, de la línea colateral, el único heredero de la dinastía. Sin embargo, el reino de Anatolia se había desintegrado y los dominios de Kuzi-Tesub se extendían no más que a una parte del territorio oriental de este reino, a lo largo de la ribera occidental del Éufrates desde Malatya, a través de Carkemish, hasta Emar⁸⁶.

Esto habría proporcionado una nueva patria a un cierto número de grupos de la patria antigua, quizás a elementos de la más elevada elite de la sociedad hitita, incluidos miembros de la corte real. Aunque Carkemish retuvo, sin duda, un carácter predominantemente hurrita, el establecimiento de una sede virreinal hitita allí, con su acompañamiento social y estructura administrativa, debió de crear un ambiente no muy diferente al de la sociedad palaciega de Hattusa⁸⁷. Había obvios atractivos para quien tuviera los medios para reubicarse allí. No obstante, este reino no sobrevivió mucho tiempo en la forma en que lo heredó Kuzi-Tesub. Quizás, incluso durante su propia existencia, también comenzó a seguir el esquema de fragmentación en más pequeñas unida-

⁸² Aunque inmediatamente al sur, Emar parece haber caído víctima de «tropas extranjeras» en esa época; véase Arnaud (1987, 20, n. 3) en referencia al texto *ME* 73 que menciona el asedio de Emar.

⁸³ Véase Sührenhagen (1986).

⁸⁴ Véase Sührenhagen (1986); Hawkins (1988); Hoffner (1989b, 49).

⁸⁵ Hawkins (1988, 101).

⁸⁶ Hawkins (1995a, 1300-1301).

⁸⁷ Cfr. Liverani (1978, 153-155).

des que se había impuesto en otros lugares del Oriente Próximo. No se volvería a la coherencia política que en la Edad del Bronce había sido establecida, en mayor o menor grado, por una sucesión de señores mitannios, egipcios e hititas.

Mediante este proceso surgieron nuevos reinos en Siria, entre ellos el de Melid, donde gobernó un nieto de Kuzi-Tesub. Al sur estaba el reino de Kummukh, la Comagene de los grecorromanos, y aún más al sur, el reino de Hamath, en la Siria central. La fragmentación había sido causada, en parte, por el influjo de los nuevos colonizadores, más concretamente de los arameos, que se asentaron en gran número por todo el Creciente Fértil desde c. 1100 en adelante, y de los fenicios, que se asentaron a lo largo de la costa mediterránea. Esos nuevos grupos alteraron significativamente el clima político y cultural y la configuración de la región. Incluso así persistió el barniz hitita. Ejemplos tangibles de esto los proporcionan los monumentos y esculturas de tipo hitita y, por encima de todo, las inscripciones jeroglíficas «hititas» de la región⁸⁸. También, urarteos y hebreos continuaron refiriéndose a Siria y a la región de Tauro como el «País de Hatti» y la Biblia se refiere a los gobernantes sirios como a los «reyes de los hititas»⁸⁹. En realidad, en los registros de Asiria algunos de los reyes de la región continuaron teniendo nombres que recordaban fuertemente a los de los reyes hititas del Bronce Tardío —nombres como Mutallu (cfr. Muwatalli) y Lubarna (cfr. Labarna). Y aunque la escritura cuneiforme desapareció totalmente, tanto de Siria como de Anatolia, las inscripciones jeroglíficas de la zona ayudaron a perpetuar las tradiciones hititas⁹⁰. Por la persistencia de este matiz hitita, los reinos que surgieron en Siria tras las tinieblas de la Edad Oscura son conocidos, a veces, como neohititas o como sirohititas⁹¹.

LOS SUCESESORES DE LOS HITITAS EN ANATOLIA

¿Quiénes fueron los herederos de la patria hitita y de las regiones adyacentes? En el sur de Anatolia vemos una pauta de desarrollo similar a la de Siria, con la persistencia de elementos de la civilización hitita, por ejemplo en la Cilicia oriental, en el lugar ahora conocido como

⁸⁸ La lengua de las inscripciones era la luvita, como en la Edad del Bronce.

⁸⁹ II Reyes 7, 6; II Crónicas 1, 17, tratados nuevamente más abajo.

⁹⁰ Cfr. Hawkins (1974, 68); Gurney (1992, 32).

⁹¹ Liverani (1992, 143, n. 36) comenta: «Debe acentuarse que la extensión de los estados neohititas coincidía con la de las áreas (Carkemish, Tarhuntassa, Isuwa), que tenían ya un estatuto de autonomía en el final del imperio.»

Karatepe (la antigua Azatiwataya). Una importante inscripción bilingüe, en fenicio y en jeroglífico iuvita, fue descubierta allí en 1946. También es importante un grupo de inscripciones descubiertas en el santuario de la cima de la montaña de Karadağ y en la ciudad de Kizildag⁹², en la región de la llanura de Konya. Compuestas por un «Gran Rey» Hartapu, que también designaba a su padre Mursili como «Gran Rey», están muy estrechamente relacionadas estilísticamente con la «inscripción de Yalburt» de Tudhaliya IV⁹³. En 1971 salió a la luz otra nueva inscripción en la misma región, en la ladera oeste de una colina llamada Burunkaya, al nordeste de la moderna Aksaray. Aquí, nuevamente, el nombre de Hartapu, el Gran Rey, aparece junto con el nombre de su padre, el Gran Rey Mursili⁹⁴.

En el pasado, generalmente se consideró que este grupo de inscripciones databa de un período muy posterior a los últimos años de la época del reino hitita de la Edad del Bronce. Esto era así porque una figura en relieve que está a continuación de una de las inscripciones (Kizildag I) y que se supone una representación de Hartapu, había sido datada en el siglo VIII. Pero las inscripciones ahora pueden asignarse, casi con toda seguridad, al período inmediatamente siguiente a la caída de Hattusa⁹⁵.

¿Quiénes eran Hartapu y su padre Mursili? Es muy tentador verlos como genealógicamente ligados a la casa real de Hattusa. En realidad, hace más de veinte años se sugirió que el Mursili en cuestión, era Mursili III, esto es, Urhi-Tesub; de ser así, entonces Hartapu era hijo de Urhi-Tesub⁹⁶. La ligazón estilística de las inscripciones de Hartapu con las inscripciones de los últimos reyes hititas conocidos ha llevado a considerar nuevamente esta sugerencia⁹⁷. En cualquier caso, podemos ver ahora en Hartapu y en su padre, a los herederos de un reino de la Anatolia meridional que sobrevivió al colapso de Hattusa. Quizás su sede estaba en Tarhuntassa, cuya historia se oscurece después del tratado que Tudhaliya IV suscribió con su rey dependiente Kurunta. De hecho, es posible que los dos reyes postimperiales fueran descendientes de Kurunta⁹⁸.

⁹² Dos de la primera y cinco de la segunda publicadas por Alp (1974).

⁹³ Véase Hawkins (1988, 106-107; 1992).

⁹⁴ Alp (1974, 20).

⁹⁵ Se engloban en el «postimperio» sobre la base de que ningún gobernante de Anatolia se referiría a sí mismo como «Gran Rey» en tanto que el trono de Hattusa estuviese ocupado todavía; véase Hawkins (1992, 270).

⁹⁶ Mellaart (1974, 514-516).

⁹⁷ Véase Hawkins (1992, 270; 1995c, 64).

⁹⁸ Sugerido por Hawkins (1992, 270; 1995c, 64).

Eso deja sin explicar, aún, la escultura. Se ha sugerido que fue añadida a la inscripción unos cuatro siglos después, en el siglo VIII, por un rey del sur de Anatolia llamado Wasusarma, hijo de Tuwati, cuya sede real posiblemente fuera Kululu, cerca de Kayseri. «Una posible victoria militar en la llanura de Konya podría haber puesto la ciudad de Kizil-dağ y el santuario de la cima de la montaña Karadağ en manos de Wasusarma. ¿Podríamos suponer que se sintió movido a añadir a la inscripción del Gran Rey (un antepasado real o pretendido) una imitación anacrónica acompañada de una repetición de su “cartucho real”?»⁹⁹.

Las inscripciones jeroglíficas indican la existencia de un país llamado Tabal (el bíblico Tubal) en la región que en los tiempos hititas se llamaba las Tierras Bajas y que incluía las ciudades de la clásica Tyanitas —Tuwanuwa, Tunna y Hupisna. Tabal parece haber consistido, originalmente, en una serie de pequeños estados independientes o minúsculos reinos, cuyos gobernantes enviaban regalos al rey asirio Salmanasar III (c. 858-823). Durante el transcurso del siglo VIII, Tabal llegó a unirse en una confederación gobernada por la dinastía de Burutas.

Por la inscripción de Tabal sabemos de la preeminencia de la diosa Kubaba en el culto tabálico. Kubaba fue una versión tardía de la diosa hurrita Hepat, que había figurado señeramente en el panteón hitita, al menos desde los tiempos de Hattusili III. El culto a Kubaba y las monumentales inscripciones jeroglíficas dan buenas razones para suponer que las afinidades culturales y étnicas del pueblo de Tabal eran predominantemente luvitas, quizás con cierta mezcla hurrita. Aquí también parece que haya habido una significativa continuación de tradiciones del mundo hitita del Bronce Tardío, a través de la siguiente Edad Oscura, hasta entrado el primer milenio.

Los textos tabálicos citan a un pueblo llamado los kasku, cuyos territorios, aparentemente, limitaban con los de Tabal. Eran, casi con toda certeza, los descendientes de los kaskas de la Edad del Bronce. Hemos sugerido que los kaskas podían haber sido los responsables directos de la destrucción final de Hattusa. Con la desaparición del reino hitita pueden haber pasado rápidamente por todo el antiguo país hitita, desde su antigua patria en la región del Ponto, y haber ocupado grandes extensiones del antiguo territorio hitita hasta la curva meridional del Marrassantiya y, por el otro lado, hasta el Éufrates. De hecho,

⁹⁹ Hawkins (1992, 272).

el rey asirio Tíglat-Pileser I (c. 1112-1072) se enfrentó a los kaskas tan al oeste como en el curso superior del Éufrates¹⁰⁰.

También sabemos por los registros asirios de otros pueblos, los muski, con los que Tíglat-Pileser se enredó en conflictos en una región aún no identificada con precisión, hacia el sudeste del antiguo país hitita¹⁰¹:

En mi año de acceso al trono: 20.000 muski con sus cinco reyes, que habían poseído durante 50 años los países de Alzu y Purulumzu —portadores de tributos y diezmos al dios Assur, mi señor— (los muski) a los que ningún rey había rechazado nunca, estando seguros de sus propias fuerzas, vinieron y capturaron el País de Kadmuhu. Con el apoyo del dios Assur, mi señor, puse a mis carros y ejército en posición y no perturbando a la retaguardia, atravesé el abrupto terreno del monte Kashiari. Luché con sus 20.000 hombres armados y cinco reyes en el paso de Kadmuhu. Los llevé a la derrota. Como un demonio de tormenta apilé los cadáveres de los guerreros sobre el campo de batalla e hice coner su sangre por las hondonadas y llanos de las montañas. Corté sus cabezas y las amontoné como pilas de grano en torno a sus ciudades. Me llevé el botín, propiedades y posesiones sin número. Tomé el resto, 6.000 de sus tropas que habían huido de mis armas y los sometí a mí y los consideré como parte de mi país (Inscripción real asiria, trad. Grayson [1976, 6-7 § 12]).

Los orígenes y afinidades étnicas de los muski, que habían formado una alianza con los kasku, están lejos de poder establecerse. Pueden, no obstante, haber entrado en Anatolia por el oeste, desde Tracia y Macedonia, en el transcurso del siglo XII, avanzando posteriormente a través de la península, luego hacia el sur y finalmente encontrándose con los asirios. Con frecuencia son relacionados estrechamente con otro grupo invasor extranjero, procedente del oeste, el pueblo citado por las fuentes griegas como los frigios. Según La *Ilíada* de Homero, los frigios estaban ya bien asentados en su nueva patria en la época de la guerra de Troya¹⁰², aunque la mayoría de los especialistas siguen al geógrafo griego Estrabón¹⁰³ y fechan su llegada ligeramente

¹⁰⁰ Véase Grayson (1976, 9 § 18) donde se hace referencia a «4.000 kasku (y) urumu, inquebrantables tropas de los hititas».

¹⁰¹ Sobre la ubicación de la región ocupada por los muski, bien en la zona de la cuenca superior del Éufrates, o mejor, hacia el sudeste, en el Tigris superior, véase Bartl (1995, 205-206).

¹⁰² *Ilíada* 3, 184 ss.

¹⁰³ *Geografía* 14, 5, 29.

después. En cualquier caso, parecen haber llegado a estar sólidamente establecidos en la Anatolia central, particularmente en la región del antiguo Hatti, antes del final del segundo milenio. En principio, habrían tenido un origen distinto al de los muski, pero posteriormente se amalgamaron con ellos hacia finales del siglo VIII. Muy probablemente esta fusión fue realizada por el rey muski Mita, quien es citado en los *Anales* del rey asirio Sargón (que afirma haberles infligido una derrota)¹⁰⁴, y puede ser identificado con el bien conocido Midas de la tradición griega.

En el reinado de Mita, Frigia consiguió un elevado nivel de prosperidad material, y hacia fines del siglo VIII fue una de las grandes potencias políticas de Anatolia. Mita estableció su capital en la ciudad de Gordion, a unos 96 kilómetros de la moderna Ankara. Desde allí gobernaba un reino que se extendía por el sur hasta la llanura de Cilicia y hacia el oeste hasta el mar Egco. Más que cualquier otro grupo tribal distinguible en Anatolia en los siglos que siguieron al final de la Edad del Bronce, la unidad de los pueblos muski-frigio fue la verdadera heredera del papel de pueblo soberano de Anatolia, un papel que los hititas, a pesar de su accidentada fortuna, habían cumplido con distinción durante medio milenio.

LOS HITITAS EN LA TRADICIÓN BÍBLICA

La Biblia contiene algunas referencias a los hititas y a los reyes hititas. ¿Qué conexiones hay, si hay alguna, entre esos «hititas bíblicos» y el reino que dominó Anatolia y parte de Siria en el período del Bronce Tardío, y sus sucesores de los siglos que siguieron?

Un cierto número de referencias coloca a los hititas en un contexto cananeo, claramente como una tribu local cananea, descendientes del patriarca epónimo Het¹⁰⁵, y encontrados por Abraham cerca de Hebrón. Los nombres de esos «hititas» son, en su mayor parte, de tipo semita; por ejemplo, Efrón, Judit, Sójar¹⁰⁶. Esos fueron, presumiblemente, los hititas que estuvieron sometidos a Salomón¹⁰⁷, y que en otros lu-

¹⁰⁴ Luckenbill (1927, 8 § 18). Más referencias a los muski se encuentran en los textos de los reyes asirios Tukulti-Ninurta II y Assurnasipal: véase Luckenbill (1926, §§ 413, 442).

¹⁰⁵ Génesis, 10, 15.

¹⁰⁶ Véase Hoffner (1973, 214).

¹⁰⁷ I Reyes 11, 1-2; I Reyes 9, 20-21; II Crónicas 8, 7-8.

gares se encuentran enfrentados a los israelitas¹⁰⁸. Era un pequeño grupo, que vivía en las colinas durante la época de los patriarcas, y los posteriores descendientes de este grupo¹⁰⁹ y deben diferenciarse claramente de los hititas de los registros históricos.

Sin embargo, hay otras referencias bíblicas a los hititas y a su país que no son compatibles con la noción de una pequeña tribu de las colinas de Canaán¹¹⁰. La más notable de ellas es II Reyes 7, 6; «El señor ha hecho que el ejército de los sirios oiga el estrépito de los carros y de los caballos, el estrépito de un gran ejército, de modo que se dijeron unos a otros: «Mira, el rey de Israel ha pagado contra nosotros a los reyes de los hititas y a los reyes de Egipto para que caigan contra nosotros.»»

Esto conlleva la impresión de que los reyes hititas eran, al menos, equiparables en importancia y poder con los faraones egipcios. Una impresión similar la da II Crónicas 1, 17: «Importaron de Egipto un carro por seiscientos siclos de plata y un caballo por ciento cincuenta; igualmente eran exportados a todos los reyes de los hititas y a los reyes de Siria»¹¹¹. En estos casos, no hay duda de que se refieren a los reinos neohititas de Siria.

¿Hay alguna conexión entre los dos tipos de referencias, alguna relación entre la tribu local cananea y los reinos neohititas? La similitud del nombre puede deberse, sencillamente, a una interpolación por azar¹¹². Ciertamente, no hay pruebas de que en ninguna etapa de su historia los hititas se asentaran o extendieran su influencia dentro de Palestina o de otros lugares del sur de Siria. Por otro lado, un especialista ha comentado que la influencia cultural hitita, que alcanzó a los israelitas indirectamente a través de los reinos cananeos tras el paso de un cierto tiempo, es detectable en varios ejemplos. Su argumento es que, a través de muchos años de contacto con ciudades de Siria y de Fenicia (Carkemish, Alepo, Ugarit), la civilización hitita dejó allí sus huellas. Desde aquí, las influencias hititas pueden haberse filtrado hacia el sur, hasta Israel, justo antes del comienzo del reino de David¹¹³.

¹⁰⁸ Por ejemplo, Deuteronomio 20, 16-17; Jueces 3, 5-6. Véase más referencias en McMahon (1989, 71 ss.).

¹⁰⁹ Hoffner (1973, 213-214).

¹¹⁰ Cfr. McMahon (1989, 73-74).

¹¹¹ Obsérvese, también Josué 1, 4, donde la zona en torno al Éufrates es descrita como territorio hitita y debe distinguirse claramente del territorio de los «hititas cananeos».

¹¹² Sugerido por Hoffner (1973, 213).

¹¹³ Así, Hoffner (1973, 214, 221). Más sobre la cuestión de los hititas en la tradición bíblica en Kempinski (1979).

CAPÍTULO 14

La guerra de Troya: ¿mito o realidad?

LA IMPERECEDERA FASCINACIÓN DE TROYA

La ciudadela a la que se asocia el nombre de Troya se encuentra en el ángulo noroeste de Anatolia, en la región denominada Tróade, así llamada por los escritores grecorromanos que pensaban que toda la zona estaba dominada por Troya. La Tróade constituye una unidad geográfica bastante bien definida. Está limitada en tres de sus lados por el mar —el Helesponto (actual Dardanelos) por el norte, y el mar Egeo por el oeste y el sur. Toda la zona es montañosa y está dominada en el sur por el macizo del monte Ida. Tiene dos ríos principales, el Simois y el Escamandro. En la confluencia de ambos se halla el propio lugar de Troya, sobre un montículo llamado Hissarlik, la moderna palabra turca para fortaleza¹. El montículo se alza sobre el Helesponto/Dardanelos que está hoy a 7 kilómetros del lugar. Gran parte de la llanura de inundación que se encuentra allí fue, seguramente, una bahía durante la Edad del Bronce, que proporcionaría un excelente ancladero en el Helesponto a la flota troyana de la tradición homérica.

Durante casi tres mil años, la historia de la guerra de Troya ha constituido una de las más importantes fuentes de inspiración del mundo occidental en el ámbito del arte y de la literatura. Entre los antiguos griegos y romanos, los episodios del relato de Homero de la guerra

¹ Sobre la topografía de Troya y de sus alrededores, véase Cook (1984).

ofrecieron muchos temas para la expresión artística y la reflexión filosófica. La historia de la destrucción de Troya proporcionó al poeta Virgilio, en los tiempos de Augusto, el punto de arranque para su gran poema la *Eneida*, un éxito literario que fue templado, quizás realzado, por subyacentes motivaciones políticas. En el arte y literatura europeos posteriores la tradición captó nuevamente la imaginación de una serie de escritores, artistas, filósofos y teóricos de la política.

Pero detrás de los reflejos artísticos de la tradición ha existido, desde los tiempos de los griegos clásicos, una persistente cuestión. ¿Ocurrió, realmente, la guerra de Troya? En la historia de la erudición clásica, tanto antigua como moderna, rara vez ha habido un momento en que no se haya formulado esta pregunta. En los años recientes, en particular, los estudiosos de Homero han dedicado grandes esfuerzos a especular si hay o no alguna base histórica para la tradición de una guerra de Troya. Numerosos libros, artículos y medios de comunicación pública se han dedicado al tema y, en los últimos años, la tradición ha sido escudriñada con gran detenimiento en un cierto número de conferencias internacionales².

La fascinación de que el relato de Homero en la *Ilíada* estuviera basado en un hecho real está condenada a continuar y los estudiosos proseguirán comprobando si se esconde la verdad tras la leyenda. No obstante, las excavaciones de Heinrich Schliemann en el montículo de Hissarlik³ proporcionaron, aparentemente, un específico asentamiento físico para el conflicto y pareció disiparse para siempre la creencia de que la *Ilíada* no era más que una fantasía literaria.

Hay especialistas que creen firmemente que la historia de la *Ilíada* está basada en hechos —que hubo, en realidad, un gran conflicto entre griegos y troyanos de la Edad del Bronce, que los griegos se reunieron bajo el mando de Agamenón, que verdaderamente hubo una gran armada griega de mil o más barcos, y que la causa del conflicto fue el rapto de Helena de Esparta por el príncipe troyano Paris. El propio Schliemann no tenía la menor duda sobre esto. Ni Carl Blegen, el arqueólogo norteamericano que continuó las excavaciones en Hissarlik desde 1932 a 1938. Blegen comentó: «No puede haber dudas ya, cuando se repasa el estado de nuestros conocimientos hoy, de que verdaderamente hubo una guerra real e histórica de Troya, en la cual, una coa-

² Por ejemplo, las habidas en Sheffield, 1977; Liverpool, 1981, y Bryn Mawr, 1984. Las actas de estas dos últimas han sido publicadas por Foxhall y Davies (1984) y Mellink (1986).

³ Realizó siete campañas, desde 1871 hasta su muerte en 1890. Después de su muerte, su ayudante Wilhelm Dörpfeld dirigió otras dos.

lición de aqueos, o de micénicos, bajo un rey cuyo señorío era reconocido, luchó contra el pueblo de Troya y sus aliados»⁴. Pero otros especialistas son escépticos. Uno de ellos comenta: «Nuestra fe en una guerra de Troya histórica está basada sobre todo en Homero, pero Homero no es un historiador. Ante todo es un poeta; lo que relata no es historia sino mito»⁵.

También podemos atribuir nosotros muchos de los detalles de la tradición a una imaginación creativa, o a préstamos de otros tiempos y otros lugares. Pero si la desnudamos de todos sus detalles, ¿nos queda aún un núcleo de tradición basada en el hecho histórico de un conflicto greco-troyano que terminó con la destrucción y el abandono de Troya?

POSIBLES FUENTES ANATOLIAS SOBRE TROYA

Puesto que el conflicto se sitúa en el Bronce Tardío de Anatolia, nuestras fuentes locales proporcionan un obvio punto de partida en nuestra búsqueda de respuesta a esa pregunta. ¿Arrojan esas fuentes alguna luz sobre la posibilidad de que la tradición de la guerra de Troya esté basada en hechos históricos?

La mayoría de los especialistas están de acuerdo con que la Troya de Homero existió y que puede ser identificada con los restos del Bronce Tardío de Hissarlik. Y se acepta generalmente que la zona de los alrededores de Hissarlik proporciona un plausible escenario para un conflicto entre griegos micénicos y anatolios locales hacia finales de la Edad del Bronce. Si esta región fue, de hecho, la ubicación de un importante reino durante la época hitita, entonces puede esperarse encontrar referencias a él en los textos hititas.

El investigador suizo Emil Forrer afirmaba haber encontrado tales referencias. En el curso de sus estudios sobre Abhiyawa en las décadas de los veinte y de los treinta⁶, Forrer dirigió su atención a los topónimos Wilusiya y Taruisa, que son mencionados juntos en los *Anales* del rey hitita Tudhaliya I/II. Esos nombres aparecen al final de una lista de

⁴ Blegen (1963, 20).

⁵ Hiller (1991, 145). Cfr. Finley *et al.* (1964, 9): «Hasta (que se conocieron los nuevos textos hititas o del norte de Siria) yo creía que sobre la narración que tenemos de la guerra de Troya, lo mejor era eliminarla *in toto* del reino de la historia y devolverla al reino del mito y de la poesía.»

⁶ Véase, por ejemplo, Forrer (1924b).

países de la Anatolia occidental que se habían rebelado contra el gobierno hitita en las primeras etapas del Reino Nuevo (véase el cap. 6). Según Forrer, ésa era la forma hitita de escribir Troia (Troya) y (W)ilios (Ilión)⁷. Forrer observó referencias en otros textos al reino vasallo de Wilusa, en particular en el tratado redactado al principio del siglo XIII entre el rey hitita Muwatalli y el rey de Wilusa Alaksandu. El último recuerda al nombre del príncipe troyano Alejandro Paris de la *Ilíada*⁸. Se han sugerido otras identificaciones de nombres homéricos con nombres anatólios. Así, Priam(os), el nombre del rey troyano se emparejaría con *Piyama-muwa*⁹ o incluso con *Piyamaradu*¹⁰, y Eteocles (*Étewoclews), hijo de Andreus, rey de Orcomene, con *Tawagalawa*¹¹.

A pesar de los argumentos de Forrer muchos especialistas han rechazado la ecuación (W)ilus(iy)a-(W)ilios/Taruisa-Troia como improbable, o, en el mejor de los casos, como indemostrable¹². Uno de los principales problemas con esa ecuación es que, hasta recientemente, los textos hititas no dan una clara indicación de dónde estaba situado el reino de Wilusa más allá del hecho de que estaba en alguna parte del oeste de Anatolia.

Sin embargo, el descubrimiento de un texto adjunto a la llamada carta de Manapa-Tarhunda puede haber arrojado nueva luz en esta materia¹³. Como hemos anotado (cap. 9) la carta fue escrita por Manapa-Tarhunda, gobernante vasallo de un reino del oeste de Anatolia, llamado País del Río Seha. Actualmente cabe poca duda de que este reino se localiza en el oeste de Anatolia hacia el norte de la región de Milawata (Mileto). El propio río Seha era, casi con seguridad, el río conocido en los tiempos clásicos como el Caicos¹⁴. Y está claro, por el texto adjunto, que el reino de Wilusa estaba más allá del País del Río Seha, esto es, más al norte y en estrecha proximidad al país de Lazpa, la isla de Lesbos, al

⁷ En la tradición homérica Troya y (W)ilios eran dos nombres del mismo lugar. Wilios era una forma antigua del nombre de Ilión antes de que la inicial W que se corresponde con la arcaica digamma griega fuera abandonada.

⁸ Sobre la igualdad, véase Güterbock (1986a, 33, n. 1), quien comenta que la similitud entre los nombres fue observada ya en 1911.

⁹ Véase Laroche (1972b, 126, n. 32).

¹⁰ La sugerencia está citada en Morris (1989, 532).

¹¹ Así, Forrer (1924a); véase Kořak (1980c, 38); Güterbock (1984, 122, n. 26); Morris (1989, 532).

¹² Pero véase Güterbock (1986, 35), quien propone Wilusa>*Wuluwa>*Wiluas>Wilios y Truisa>Truiya>Troie. Contra esto, véase Gurney (1990, 46).

¹³ El texto aumentado ha sido publicado recientemente y estudiado por Houwink ten Cate (1983-1984, 33-39).

¹⁴ Véase Gurney (1992, 221).

norte de la costa de Anatolia¹⁵. Seguramente pues, Wilusa está en la Tróade, en la misma región que la homérica Troya. Esto debe reforzar considerablemente la posibilidad de que ambos estuvieran directamente relacionados, si es que no eran idénticos.

Además, queda claro por los textos hititas que Wilusa sufrió algunos ataques durante el siglo XIII, ataques que pueden haber implicado o haber sido apoyados por el rey de Ahhiyawa, y que en el reinado de Hattusili III o de Tudhaliya IV dieron como resultado el derrocamiento del rey de Wilusa, Walmu. Si aceptamos que la gente de Ahhiyawa de los textos hititas eran los micénicos griegos, es posible que los conflictos, o uno de los conflictos, en los que Wilusa se vio comprometido en el siglo XIII proporcionaron al menos parte de la base histórica para la tradición de una guerra de Troya.

Por las fuentes hititas sabemos que la implicación micénica en los asuntos de Anatolia abarcó un período de unos doscientos años aproximadamente, desde el último cuarto del siglo XV hasta el último cuarto del XIII. Tanto las pruebas documentales como las arqueológicas indican que Milawata (Mileto) llegó a ser la más importante base de la actividad micénica en el oeste de Anatolia¹⁶. Como ya hemos visto, fue desde esta base desde donde el rey de Ahhiyawa trataba de extender su influencia por las regiones adyacentes de la Anatolia occidental —regiones que en algunos casos al menos estaban sujetas al señorío del rey hitita.

EL PAPEL DE TROYA EN LOS ASUNTOS DE ANATOLIA

¿Cómo encaja Troya en este cuadro? Para comenzar, tendremos que concienciarnos de que Troya ha asumido una importancia en la erudición moderna y en las creencias populares que pueden, perfectamente, ser desproporcionadas a su importancia real dentro de su contexto contemporáneo. Esto, desde luego, se debe parcialmente a sus connotaciones literarias pero también al hecho de que cuando Schliemann excavó Hissarlik se sabía poco de las civilizaciones de la Edad del Bronce en Anatolia.

Los descubrimientos durante el último siglo de un cierto número de esas civilizaciones, más concretamente, del reino de los hititas, han

¹⁵ Sobre la identificación de Lazpa con Lesbos, véase más recientemente Houwink ten Cate (1983-1984, 44).

¹⁶ Véase Bryce (1989c, 2) y las referencias allí citadas.

gún aprecio. En esta etapa de su existencia, Troya ha sido descrita como poco más que un «caserío de diabolos», señaladamente muy inferior a su predecesora²⁵. Y su destrucción ha sido datada, ahora, c. 1200 —como muy pronto²⁶— demasiado tarde para asociarse con un gran asalto micénico desde la Grecia continental.

La candidata más probable para la Troya de Homero es la fase final del nivel sexto de la ciudad —Troya VIh. Esta ciudad, con sus imponentes torres y sus muros en talud, concuerda mucho mejor con la descripción homérica de la Troya de Príamo que la del nivel siguiente. Blegen argumentaba que había claros signos de que Troya VIh había sido destruida por un terremoto y no por una actuación humana, como lo indicaban las grietas de la torre y de los muros de la ciudadela y las pruebas de hundimiento del suelo. Pero aun estimando la posibilidad de que este daño estuviese causado por actividad sísmica²⁷, no se puede asegurar si esto ocurrió en la última fase de Troya VI o en la primera de Troya VII, o si fue a escala suficiente como para causar la destrucción total del lugar²⁸. A modo de solución intermedia, se ha sugerido que Troya VIh podría, con todo, haber sido llevada a su fin mediante una acción enemiga —*quizás* ayudada por un terremoto que la hizo vulnerable²⁹.

El registro arqueológico no proporciona información precisa sobre cuándo fue destruida Troya VIh. Todo lo que sabemos por la cerámica encontrada en este nivel es que ocurrió en algún momento entre los aproximadamente primeros setenta años del siglo XIII³⁰, probablemente sobre mediados del siglo³¹. Éste fue el período de más intensa actividad

²⁵ Véase Mellink (1986, 97); Muhly (1992, 17). Easton (1985, 189) comenta que las tejoletas del heládico tardío IIIC entre los depósitos de VIIa sugieren que la destrucción ocurrió mucho después que la de los palacios micénicos, cuando los micénicos no serían capaces de reunir una coalición del tipo de la descrita por Homero. Cfr. Mee (1978, 147; 1984, 48-50); Podzuweit (1982, 80). Contra la datación de la cerámica de Podzuweit, véase Hiller (1991, 153).

²⁶ Así Podzuweit (1982, 80). Cfr. Korfmann (1986b, 25-26).

²⁷ La teoría del terremoto ha sido reavivada por Rapp y Gifford (1982).

²⁸ Así, Easton (1985, 190-191).

²⁹ Véase Easton (1985, 189-190). Véase también Sperling (1991, 156) y las referencias citadas por Morris (1989, 533). Morris comenta, además, que las nuevas pruebas de la cerámica y el análisis asocian VIh con el heládico tardío IIIC y VIIb parece, ahora, submicénico, eliminando las fases de la ciudadela posteriores a la VI de la experiencia homérica.

³⁰ Esto es, la fase del heládico tardío IIIB. Cfr. Mee (1978, 146; 1984, 45); Easton (1985, 191); Mellink (1986, 94).

³¹ Véase Korfmann (1990, 232) (quien también sugiere la fecha de c. 1180 para la destrucción de VIIa) y cfr. Hiller (1991, 146).

ayudado a proporcionar una perspectiva más equilibrada del papel de Troya y de su posición en la Edad del Bronce —aunque la romántica imagen del reino de Príamo perdura. En términos políticos no fue, evidentemente, uno de los principales estados o reinos de Anatolia, ni siquiera entre sus vecinos del oeste. Pero no fue, de ningún modo, insignificante.

No puede haber duda de que Hissarlik-Troya fue el centro de un próspero, si no poderoso políticamente, reino del norte de Anatolia y de que se situaba en una zona de densa población, en medio de grandes extensiones de ricos suelos agrícolas, según las prospecciones dirigidas por John Bintliff en la región¹⁷. A lo largo de la Edad del Bronce tuvo amplios contactos comerciales y culturales. Significativas cantidades de cerámica micénica en diversos subniveles del nivel VI¹⁸ indican estrechos contactos entre Troya y el mundo griego micénico¹⁹. El contacto entre la Grecia continental y Troya está atestiguado incluso en el Bronce Medio²⁰.

Sin embargo, si podemos identificar a Troya con el reino de Wilusa, entonces está claro, de acuerdo con nuestros registros hititas, que sufrió algunos ataques militares y ocupaciones durante el siglo XIII, ataques que, aparentemente, tenían, como mínimo, el apoyo del rey de Ahhiyawa, si no su directa intervención.

Nosotros hemos equiparado a esas fuerzas de Ahhiyawa con los griegos micénicos. Así, las largas y pacíficas relaciones comerciales entre griegos y troyanos se habrían interrumpido en ciertas ocasiones, particularmente en el siglo XIII, por disputas y quizás conflictos declarados entre ellos. De hecho, en una ocasión, el rey hitita Hattusili III habría estado cercano, según parece, a una guerra con Ahhiyawa a causa de Wilusa, posiblemente por la agresión de aquel contra este reino²¹.

¹⁷ J. Bintliff, «Environmental Factors in Trojan Cultural History», artículo presentado en el IV Coloquio Internacional sobre Prehistoria Egea, Universidad de Sheffield, abril de 1977.

¹⁸ Véase Mee (1978, 146-147; 1984, 45). Obsérvese, sin embargo, el comentario de Mee de que esto constituye solamente una fracción de la cerámica del lugar en todo ese período.

¹⁹ Mellink (1986, 94) observa que los intereses egeos en Troya crecen en el momento de la expansión aquea a Creta, Rodas y la costa de Anatolia, como lo constatan las pruebas arqueológicas para el comercio y los asentamientos en la península de Halicarnaso, Iatos, Mileto, Éfeso, Clazomene, Esmirna y la zona de Larissa. Esta expansión fue más fuerte en el heládico tardío IIIA, desde c. 1425 en adelante.

²⁰ Mee (1984, 45).

²¹ La referencia a ello se encuentra en la carta de Tawagalawa, IV 7-10.

Se han indicado unas cuantas razones para un asalto, o una serie de asaltos micénicos sobre Troya, la mayoría de ellas mucho más prosaicas que el deseo de venganza de un marido ultrajado y la restitución de una hermosa princesa micénica. Quizás la agresión micénica se debió a una pelea por el uso del Helesponto por los barcos mercantes griegos; Troya puede haber utilizado su estratégica posición sobre el Helesponto para impedir a los griegos la navegación a través de los estrechos del Mar Negro, o para imponer duros peajes a los barcos a los que se concedía paso franco. Su situación sobre una de las pretendidas rutas principales que unían Anatolia con la Europa central puede haberlo hecho una atractiva diana para la conquista griega. Quizás la guerra tuviera algo que ver con los intentos de obtener el control de los excelentes fondos de pesca proporcionados por el Helesponto: «Troya, con su antigua bahía, no sólo podría haber constituido una base portuaria ideal para la pesca, sino que la propia bahía, casi con certeza, estacionalmente, habría estado llena hasta rebosar de bancos de peces»²². Otra teoría basa el conflicto en los accesos a los recursos de cobre²³.

Todas esas sugerencias son muy especulativas. Todavía hay quien mantiene firmemente, quizás no sin justificación, que la guerra se libró por el rapto de una reina micénica, aunque fuese un rapto deseado. Los monarcas hititas, ciertamente, se habrían dispuesto para la guerra para reclamar a un súbdito que hubiese sido llevado, ya fuera por la fuerza o voluntariamente, fuera de su reino. Pero todas las especulaciones sobre las posibles causas de un conflicto greco-troyano nos conducen a la pregunta básica de si la tradición de la guerra de Troya tiene una auténtica base histórica. ¿Podemos relacionar lo que sabemos por los registros hititas con esa tradición? Más aún, ¿podemos proporcionar un marco arqueológico específico en el que se originase la tradición?

LA IDENTIFICACIÓN DE LA TROYA «HOMÉRICA»

Según Blegen, la Troya de Homero fue la primera fase del séptimo de los nueve asentamientos que hubo en el lugar —Troya VIIa²⁴. Esta conclusión, aunque se aceptó durante largo tiempo no goza ya de nin-

²² Bitliff, *op. cit.*, n. 17. Véase, también, Mee (1978, 148). Pero obsérvense los comentarios de Muhly (1992, 17) que cita a Bloedow, «Fishing in Troubles Waters», *Echos du Monde Classique*, NS 6 (1987), 179-185.

²³ Teoría citada por Muhly (1992, 17), pero a la que se opone.

²⁴ Para un informe general sobre Troya y las excavaciones de la Universidad de Cincinnati en el lugar, véase Blegen (1963).

de Ahhiyawa en la península de Anatolia, cuando los textos hititas recogen ataques hechos al reino de Wilusa y el destronamiento de su rey Walmu. Nuevos descubrimientos textuales podrán arrojar más luz sobre el tema³².

Permítasenos, en este punto, revisar lo que sabemos por nuestras fuentes anatólicas que pueda tener alguna relación con la tradición de la guerra de Troya:

1. Los griegos micénicos estaban muy involucrados en los asuntos militares y políticos del oeste de Anatolia, particularmente en el siglo XIII.
2. Durante este período, el estado vasallo hitita de Wilusa estuvo sometido a un cierto número de ataques en los que los micénicos estuvieron directa o indirectamente implicados. En una ocasión su territorio fue ocupado por el enemigo; en otra, su rey fue depuesto.
3. Wilusa está en el noroeste de Anatolia, en la región de la clásica Tróade.
4. En términos filológicos, Wilusa puede igualarse con la griega (W)ilios o Ilión.
5. Las pruebas arqueológicas indican que la destrucción de Troya VII ocurrió dentro del período de los ataques a Wilusa. Éste es el nivel que mejor concuerda con la descripción de Homero para la ciudad de Troya.

¿Es posible añadir algún tipo de prueba de una «guerra de Troya» como la descrita en la *Ilíada*? Permítasenos revisar los argumentos negativos:

1. Nuestras fuentes escritas anatólicas no proporcionan pruebas de un único, grande y extenso ataque de invasores griegos sobre un reino de Anatolia que condujera a una posterior destrucción de ese reino. Más bien, la pauta es la de un cierto número de ataques limitados, realizados durante varias décadas y quizás una ocasional ocupación del reino asediado.

³² Watkins (1986, 58-62) ha sugerido que los restos de un prototipo anatólico de la *Ilíada* se encontrarían en un texto ritual hitita, KBo IV 11 (CTH 772.1). Pero de momento, solamente se conoce un fragmento muy pequeño de este texto —demasiado poco para justificar una consideración seria de la sugerencia de Watkins. Cfr. el comentario de Macqueen (1986, 166, n. 81).

2. En algún caso, los griegos micénicos pueden haber estado involucrados directamente en los ataques. Pero en otros, los ataques eran realizados por fuerzas anatólicas a las órdenes de jefes locales.
3. En tanto que Troya VIh fue destruida, ciertamente, en el período en cuestión, nosotros no disponemos de una prueba evidente de que fuera destruida por un ataque enemigo.
4. Contrariamente a la tradición homérica, las pruebas arqueológicas indican que después de la destrucción de Troya VIh, su sucesora, Troya VIIa, le siguió casi inmediatamente después. El lugar, aparentemente, fue ocupado por el mismo grupo de población.

Si tenemos todo esto en cuenta, lo más que podemos decir es que nuestras pruebas anatólicas proporcionan pruebas de un conflicto, o de una serie de ellos, en los que los griegos micénicos pueden haber tenido cierto protagonismo, frente a un reino del noroeste de Anatolia hacia finales del Bronce Tardío.

Esto, pues, proporciona la materia prima para unas baladas y canciones micénicas sobre los éxitos de los reyes y nobles griegos en la península de Anatolia y, finalmente, el núcleo de la «tradición histórica» de la *Ilíada*?

LA FORMACIÓN DE UNA EPOPEYA

La asunción de que los poemas homéricos fueron, de alguna manera, un producto acabado constituido a base de tradiciones orales de varios siglos descansa hasta cierto punto en la prueba, si bien ligera, de los aedos o ministriles que actuaban como entretenimiento en los banquetes de los reyes y nobles micénicos³³. El caso de un significativo corpus de poesía micénica ha sido propuesto por Webster, quien afirma: «Podemos suponer que hubo tres clases principales de poesía en cada palacio micénico —canciones cultas, canciones sobre los grandes reyes del pasado, cantadas en sus aniversarios, y canciones cantadas en los banquetes que tratan del presente internacional, pero que ponen un notable énfasis en los éxitos del actual rey local»³⁴.

³³ Véase, por ejemplo, la *Odisea* 9, 1-11, junto con las pruebas proporcionadas por los vasos pintados micénicos.

³⁴ Webster (1958, 133).

Desde luego no tenemos reales baladas micénicas, ni relatos ni canciones, y sólo podemos deducir lo que sus contenidos y temas habrían sido. Al hacerlo así trabajamos hacia atrás, partiendo del «producto acabado», por decirlo de esta manera, y realizando suposiciones sobre el punto de partida de la tradición homérica, emitiendo hipótesis sobre distintas «etapas internas» anteriores a que el poema alcanzase la forma en la que lo conocemos. En este aspecto podría ser útil compararlo con el desarrollo del poema épico mesopotámico de Gilgamesh. La génesis del poema se retrotrae, probablemente, a mediados del tercer milenio, cuando las pruebas contemporáneas atestiguan, indirectamente, la existencia de un rey de la ciudad-Estado sumeria de Uruk llamado Gilgamesh. El enfoque general es que surgió, en torno a este rey y gradualmente, un corpus de relatos que fue transmitido oralmente durante un período de quizás quinientos años, antes de la compilación de la primera versión del poema en los principios del segundo milenio³⁵.

Pero, ¿podemos determinar un punto de partida específico para la tradición homérica? Nuestras fuentes griegas asignan varias fechas a la guerra de Troya, en su mayoría entre el siglo xiv y los comienzos del xiii³⁶. La intervención micénica en el oeste de Anatolia alcanzó su cima en el mismo período. Pero la historia del conflicto entre griegos micénicos y nativos anatolios en el oeste de la península retrocede, al menos, hasta los principios del siglo xiv, cuando Attarsiya, «un hombre de Ahhiya» intervino en acciones militares, con cien carros de guerra (véase el cap. 6), contra los hititas dentro del continente asiático. Es muy posible que Attarsiya fuera la forma hitita de escribir el nombre griego Atreo, un nombre llevado en la tradición griega por uno de los primeros gobernantes de Micenas³⁷. ¿Podría haber comenzado la tradición de la guerra de Troya con un encuentro militar entre griegos micénicos y anatolios en el siglo xv?

La profesora Emily Vermeule ha comentado que en la *Ilíada* hay elementos lingüísticos y de otro tipo que podrían ser datados, perfectamente, en este período. A partir del estudio de algunos pasajes de la *Ilíada*, ella llega a la conclusión de que las muertes de los héroes homéricos, como Héctor y Patroclo, eran cantadas ya en el siglo xv o en el xiv. Así, los poemas de Homero contienen elementos que anteceden en un siglo, o quizás en mucho más, a la época en la que se pretende

³⁵ Para un tratamiento extenso del desarrollo del poema, véase T'igay (1982).

³⁶ Esta fuentes están recogidas y estudiadas en Forsdyke (1956, 62-86).

³⁷ Sin embargo, Güterbock (1981, 119) comenta mientras, que el nombre que difícilmente suena a griego es Atreo.

que la guerra de Troya tuvo lugar³⁸. Las baladas y canciones que celebran las gestas heroicas contra una población anatólica podrían haber sido cantadas en las cortes de reyes y nobles micénicos del siglo XIII. Pero igualmente podrían reflejar episodios de un pasado remoto o reciente. La tradición en la que se basaba la *Ilíada* pudo haber comenzado mucho antes de lo que muchos eruditos piensan habitualmente. Con cada sucesiva generación, nuevos episodios, nuevos elementos eran añadidos a la creciente saga del conflicto entre griegos y anatólicos³⁹.

El proceso continuó más allá de la Edad del Bronce. Esto se aprecia por un cierto número de asuntos de detalle, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*. Con frecuencia se ha llamado la atención sobre diversos detalles incongruentes que han llevado a la conclusión de que la «sociedad homérica» era, realmente, una mezcla de tres distintos períodos —la época micénica, la Edad Oscura y los comienzos de la Edad del Hierro. Esas incongruencias apoyan la noción de una tradición oral dinámica en la que los detalles pueden adaptarse fácilmente según los modos, usos y creencias contemporáneos.

Pensaríamos de la tradición homérica que está formada por un cierto número de capas cronológicas que abarcan un período de varios siglos, capas que se añaden o se mezclan con las precedentes, con guerreros de la Edad del Bronce que viven en la Edad Oscura y viceversa. Finalmente, la tradición de un conflicto greco-anatólico fue destilada en la literatura griega dentro de la narración de un único gran conflicto. Pero se requiere un escenario específico —una ciudadela en el noroeste de Anatolia cuya población estuviese sometida a un asedio de diez años por los griegos aqueos. Finalmente, la ciudadela fue ocupada y destruida por los griegos y su población dispersada, según la tradición homérica. Un acontecimiento tal, ¿es puramente el resultado de una creativa imaginación poética?

Quizás no del todo. Hemos sugerido una relación entre la Ilíon de Homero y el estado anatólico de Wilusa, y anotado los ataques sobre Wilusa en los que los griegos micénicos pueden haber estado involucrados, directa o indirectamente. Sin embargo, queda claro por los registros hititas que Wilusa sobrevivió a esos ataques. Lo que también aparece en el registro arqueológico si enlazamos Wilusa con el lugar identificado como Troya. Troya resurgió nuevamente después de su destrucción a finales del nivel VI.

³⁸ Verneule (1986, 85-86); véase también Hiller (1991, 145), que considera la tradición de otra anterior guerra de Troya, y Muhly (1992, 16).

³⁹ Cfr. los comentarios de Macquenn en Foxhall y Davies (1984, 84).

Pero llegó un momento en el que Troya fue destruida y abandonada por su población —al final del nivel VIIb, en algún momento entre el 1100 y el 1000. Esto fue después del colapso de las grandes civilizaciones de la Edad del Bronce en el Oriente Próximo. Una pocas tejetitas del tipo del heládico tardío IIIC de este nivel reflejan la degradación final de la civilización micénica⁴⁰. Ciertamente, no podemos excluir la posibilidad de que uno o varios episodios en esta época contribuyeran significativamente a la historia del conflicto de la *Ilíada*⁴¹.

Todo esto puede haber proporcionado la materia prima para la construcción del poema —un tradicional conflicto greco-anatolio, un estado del noroeste de Anatolia que repetidas veces durante el siglo XIII fue una de las víctimas de este conflicto, la posterior destrucción de este estado. Éste fue el abandonado y arruinado lugar que saludó a los griegos eolios y jonios cuando llegaron al oeste de Anatolia después de la Edad del Bronce. La tradición asoció este lugar con un largo conflicto entre los griegos de la Edad del Bronce, antepasados de los inmigrantes, y la población local con sus aliados. Tenían ahora, ante ellos, el último destino de Troya —su destrucción y abandono⁴². Quizás fue en este contexto cuando el poema comenzó a adquirir forma por primera vez.

En este aspecto, pues, la guerra de Troya es, casi con seguridad, una condensación literaria —que tardó varios centenares de años en realizarse. Durante este período hubo una gradual acumulación de tradiciones, muchas de las cuales pueden haber estado inspiradas en un abanico de incidentes históricos. Algunos de ellos pueden retroceder hasta antes de la época en que se pretendía que había ocurrido la gue-

⁴⁰ Jansen (1995, 1127).

⁴¹ Esto no sería inconsecuente con los puntos de vista expresados por Finley *et al.* (1964, 1-9).

⁴² Habría, sin embargo, que anotar que Troya no fue totalmente abandonada. En una segunda fase de VIIb hace su aparición una basta cerámica con protuberancias, citada como *Buckelkeramik*, que quizás refleja la llegada de un grupo de población inmigrante del sudeste de Europa. Y algunas reconstrucciones cercanas a la muralla de la ciudadela, del entorno de esta época, han sido asociadas con griegos eolios. Así pues, aquí parece que hubo una cierta reocupación del lugar, inmediatamente o casi inmediatamente tras la destrucción de VIIb. Si es así, fue a una escala mucho menor que en el pasado; y fue debida a grupos de población diferentes a los habitantes de la Edad del Bronce. No fue hasta la ocupación de Alejandro Magno, en el siglo IV, cuando Troya se convirtió en un asentamiento de cierta importancia. Un útil resumen de las etapas finales de la Troya de la Edad del Bronce y lo que siguió como consecuencia, se encuentra en Jansen (1995, 1126-1127).

ra. Hasta cierto punto, se hizo una selección entre estas tradiciones y las elegidas fueron tejidas en una narración continua. Sin embargo, la larga creencia de que éste fue el logro de un único genio creador del siglo VIII, un poeta ciego de la Jonia llamado Homero, puede ser, muy bien, una simplificación. Como señala Vermeule, «parece bastante claro que nadie utilizó el nombre de “Homero” para referirse a un individuo hasta que Jenófanes y Heráclito, c. 500 a.C., lo crearon para encontrarle defectos»⁴³.

Pudiera ser que hubiera un cierto número de «genios creadores» que contribuyeran sustancialmente al desarrollo del poema. Muy posiblemente, esta parte del proceso comenzó mucho antes de finales del siglo VIII. Puede que haya habido uno o varios poetas de la Edad Oscura, a los que se le asignaría el manto de bardo, o al menos lo podrían compartir con ellos.

⁴³ Vermeule (1986, 86).

Un comentario final

Con el reinado de Suppiluliuma II hemos alcanzado el final de la historia del dominio hitita en el Oriente Próximo de la Edad del Bronce. El reino sobre el que Suppiluliuma II y sus predecesores mantuvieron su poder durante cinco siglos llegó bruscamente a su final. Hattusa, la capital real, fue destruida y su población dispersada. Así lo hemos deducido, tanto de las pruebas arqueológicamente constatadas de la catástrofe que le ocurrió a Hattusa en los comienzos del siglo XII, como de la ausencia de cualquier prueba que indique que el reino de los hititas con sede en Hattusa continuó más allá del reinado de Suppiluliuma II.

Durante casi quinientos años, los hititas fueron la potencia dominante en Anatolia, y durante gran parte de este período controló considerables extensiones del territorio que se extendía por el sudeste hasta el Éufrates y se adentraba en el norte de Siria. Sin embargo, en su progresión desde un mínimo reino hasta la supremacía política y militar sobre gran parte del mundo próximo-oriental, experimentaron dramáticas fluctuaciones de su fortuna. Períodos de estabilidad política interior con grandes triunfos militares en el extranjero se alternaron con épocas de revoluciones políticas internas, rebeliones de los territorios sometidos e invasiones del país por fuerzas extranjeras. En realidad, en más de una ocasión el reino de Hatti fue llevado al borde de la extinción por fuerzas desintegradoras, lo mismo externas que internas, que amenazaban con ahogarlo.

Cuando consideramos la vulnerabilidad del reino a esas fuerzas parece notable que sobreviviese, incluso, a las primeras décadas de su existencia, y mucho más, que lo hiciera durante un lapso de medio milenio. La estructura de poder que construyeron los reyes de Hatti a la

estela de sus conquistas, siempre permaneció precaria dadas sus dificultades para organizar grandes campañas en más de una región de su reino simultáneamente, su escasez de mano de obra, su dependencia de la lealtad de vasallos a menudo infieles y el omnipresente peligro de poderosos enemigos implacablemente opuestos a ellos. Que su posesión del poder en el Oriente Próximo durase tanto fue un éxito debido tanto a su astucia política y diplomática en su trato con estados vasallos y reinos extranjeros, como a sus gestas militares. En el campo de la diplomacia internacional estuvieron claramente a la cabeza de los pueblos del mundo antiguo.

En otros aspectos dejaron algunos legados a las civilizaciones posteriores que perduraron mucho después de que ellos mismos desaparecieran de la memoria humana. La civilización neohitita de la Edad del Hierro siria proporciona uno de los ejemplos más inmediatos y tangibles de ello. Pero hay otros legados menos fácilmente reconocibles. La civilización hitita tomó mucho de sus tradiciones culturales —sociales, religiosas, literarias, artísticas— tanto de civilizaciones anteriores como de otras contemporáneas del Oriente Próximo. En este aspecto, aparentemente, los hititas no fueron por sí mismos un pueblo altamente innovador y creativo. Sin embargo, al absorber y conservar muchos elementos de las civilizaciones de sus vecinos, colaboraron a garantizar la pervivencia y transmisión de esos elementos a civilizaciones posteriores.

Costumbres, tradiciones e instituciones que aparecieron por primera vez en las más tempranas sociedades históricas de Mesopotamia pasaron de una generación a otra y de una civilización a otra a través de todo el mundo próximo-oriental durante un período de varios centenares de años. Los hititas tuvieron una parte importante en el proceso. Absorbieron, dentro del tejido de su propia civilización, elementos culturales y étnicos tomados del amplio abanico de civilizaciones con las que entraron en contacto, bien directamente, o bien a través de intermediarios culturales. Su religión estaba compuesta por rituales y creencias tomados de los elementos nativos hattianos, indoeuropeos, hurritas y mesopotámicos tempranos. La «literatura» hitita fue, también, multicultural, a base de narraciones populares, leyendas y mitos que en su origen eran hattianos, sumerios, acadios, babilónicos y hurritas, e incluía una versión hitita del poema de Gilgamesh. La colección hitita de leyes se llevó a cabo mediante una larga línea de tradiciones legales que se retrotraían, a través del Código de Hammurabi, hasta los textos de reforma y las proclamas legales de las ciudades-Estado sumerias en la Mesopotamia del Bronce Antiguo. Y aspectos de las leyes hi-

titas y de los contratos diplomáticos hititas, que tomaron al menos parte de su inspiración de las sociedades de la Mesopotamia más antigua, dejaron su impronta en leyes y pactos bíblicos.

Más especulativo, pero quizás de no menor importancia, es el papel que los hititas pudieron desempeñar en la transmisión de las tradiciones culturales del Oriente Próximo hacia el oeste, al mundo griego. Los procedimientos adivinatorios grecorromanos tuvieron su prototipo en los procedimientos que se describen en detalle en los textos babilónicos e hititas. Significativos elementos de la mitología griega, que aparecen por primera vez en la *Teogonía* de Hesíodo, pueden rastrearse hasta las tradiciones mitológicas del Oriente Próximo, algunas de las cuales se conservan en los textos hititas. No podemos desechar la posibilidad de que el poema épico de Gilgamesh no influyese directa o indirectamente en los poemas de Homero ni que su versión hitita fuera conocida en el mundo griego.

Las posibles causas de la caída del reino hitita han proporcionado el fondo de muchas teorías y debates inconclusos. Sin embargo, deberíamos dar tanta o mayor importancia a la cuestión de cómo se las compuso el reino para sobrevivir tanto tiempo. Contra pronóstico, su vida excedió notablemente la de un cierto número de reinos del Oriente Próximo —acadios, neosumerios, babilonios, asirios y los posteriores imperios caldeo y persa— y se parangonó con el Imperio Nuevo egipcio.

En el análisis final deberíamos comparar el reino de Hatti con un organismo vivo que crece y medra durante un tiempo antes de sucumbir a su inevitable final. El reino surgió, se desarrolló y sobrevivió a un cierto número de contratiempos que podrían haber llevado su vida a un final prematuro; alcanzó su culmen y por un relativamente largo lapso de tiempo se mantuvo en él. En sus últimos años, cuando apareció su ocaso para fijarse en él, gozó de un efímero, aunque vigoroso, renacer. Final e inevitablemente, su tiempo llegó a término. Vinieron otros a ocupar su lugar. Pero, incluso después de su muerte, su proge nie vivió, hasta que también esta proge nie sucumbió a otras fuerzas que tomaron forma en el mundo del Oriente Próximo en las décadas y siglos que siguieron.

APÉNDICE 1

Cronología

CRONOLOGÍA RELATIVA Y ABSOLUTA

Al intentar construir un marco temporal para la historia de los reinos de la Edad del Bronce, los especialistas utilizan las expresiones de cronología relativa y cronología absoluta. Hablando en sentido amplio, la primera se refiere a la secuencia en que los acontecimientos, incluyendo los reinados de los reyes, ocurrieron dentro de un determinado período y cualquier grado de coincidencia o de solapamiento que pueda presentarse entre ellos. Pero tales secuencias y los períodos a los que pertenecen permanecen flotando en el tiempo hasta que los anclamos en una cronología absoluta. Es ésta la que les proporciona a los estudios de cronología dimensiones cuantitativas numéricamente conmensurables.

Como una base inicial para la cronología absoluta, hay que elegir un punto fijo de la historia, a partir del cual puedan calcularse los lapsos de tiempo transcurridos para acontecimientos anteriores y posteriores a él. La mayoría de las civilizaciones, antiguas y modernas, han utilizado un año de 365 días como unidad básica de tiempo para esos cálculos. Pero se han escogido unos cuantos puntos de partida distintos. Por ejemplo, varios pueblos de las antiguas civilizaciones mesopotámicas databan los acontecimientos anotando el año de reinado del específico rey durante el cual acontecieron; así, el año de acceso al trono se convertía en el punto fijo a fines de datación. Los romanos utilizaron la tradicional fecha de fundación de Roma como punto de partida para su sistema de datación. Los antiguos griegos calcularon sus fechas mediante las Olimpiadas, períodos de cuatro años que comenzaban con la fecha de los primeros juegos olímpicos. En los últimos dos mil años, sin embargo, la tradición cristiana ha llevado a que el año del nacimiento de Cristo sea ampliamente uti-

lizado como punto de referencia cronológico en el cálculo absoluto de fechas en el transcurso de la historia humana.

Los estudios en las áreas complementarias de cronología absoluta y relativa proporcionan los cimientos para la reconstrucción del marco temporal dentro del cual nacieron, florecieron y sucumbieron los reinos de la Edad del Bronce del Oriente Próximo. Consideraremos más adelante los métodos usados para el ordenamiento en su correcta secuencia de los acontecimientos que conformaron la historia de esos reinos, y para asignar fechas absolutas a esos acontecimientos, calculados en términos de los años transcurridos hasta el comienzo de la era cristiana.

LA CRONOLOGÍA HITITA

La cronología del reino hitita plantea a los especialistas un cierto número de problemas. Para comenzar, los registros hititas no nos han dejado listas completas de reyes comparables a las de Egipto, Asiria o Babilonia. Las que a veces se llaman, equivocadamente, listas de reyes son, de hecho, listas de ofrendas reales —registros de ofrendas sacrificiales que debían hacerse a los reyes difuntos y a los miembros de sus familias durante el transcurso de las fiestas religiosas¹. La información que se puede obtener de esas listas es muy limitada y a veces poco fiable. Nos dan solamente los nombres de los receptores; desechan (quizás deliberadamente en un par de casos) a personas que sabemos que ocuparon el trono; los nombres no están siempre en el orden cronológico correcto y hay incongruencias entre las siete diferentes versiones de las listas que se conservan. Además, las listas acaban con el reinado de Muwatalli II que ocurrió c. 1272, omitiendo así los últimos cinco o seis reyes del Reino Nuevo. En efecto, la validez histórica de las listas depende, esencialmente, del grado en que la información que contienen pueda ser contrastada con la obtenida por otras fuentes independientes.

Los hititólogos han construido, pues, su propia lista de reyes hititas, basada en informaciones derivadas, bien de las tablillas o bien de impresiones de sellos. Esta labor se ve facilitada a menudo por la inclusión de información genealógica en esas fuentes, que a veces rastrean los antepasados de un determinado rey a través de varias generaciones hasta su bisabuelo, e incluso más allá. Con la composición de esa información podemos, en la mayoría de los casos, situar los reyes conocidos en su debido orden y determinar su relación con sus más inmediatos predecesores en el trono.

Pero a veces surgen problemas con algunos de los reyes que tienen el mismo nombre. Así, sabemos de al menos dos reyes llamados Hattusili, al menos tres llamados Tudhaliya y otros tres llamados Arnuwanda. En la mayoría de

¹ *CTH* 661. Véase Otten (1951b; 1968, 122-126); Kitchen (1962, 53-55). Las listas A, C, E y D fueron publicadas completas por Haas y Wäfler (1977, 107-113).

los casos hay poca dificultad para determinar si un cierto rey fue el primero, el segundo o el tercero de su nombre, particularmente si se conoce el nombre de su padre. Pero hay excepciones significativas. Por ejemplo, hay dos reyes llamados Amuwanda, uno de los cuales reinó en los principios del Reino Nuevo y el otro hacia el final, cuyos padres se llamaban Tudhaliya. Hasta hace relativamente poco tiempo, acontecimientos históricos relacionados con la primera pareja padre-hijo, se asignaban equivocadamente a la segunda. Además se ha discutido cuántos reyes homónimos hubo. ¿Dos Hattusilis o tres? ¿Tres Tudhaliyas o cuatro? ¿Hubo dos Ilantilis, dos Zidantas y dos Huzziyas que ocuparon el trono, o solamente uno de cada?

Las duraciones de varios reinados son, también, problemáticas. A diferencia de la información proporcionada por los registros egipcios, asirios y babilónicos, carecemos de información explícita sobre la duración de cada reinado. Pero en algunos casos disponemos de un conjunto de informaciones, tanto hititas como extranjeras, sobre las que podemos realizar nuestros cálculos. El inevitable margen de error es, probablemente, bastante pequeño en esos casos. Pero nuevamente tenemos excepciones. Por ejemplo, podemos solamente suponer la longitud de los reinados de la mayoría de los predecesores de Suppiluliuma I. Y varios hititólogos han supuesto que el reinado de Suppiluliuma, que por mucho tiempo se asumió que duró unos cuarenta años, podría reducirse a la mitad de ese tiempo, aproximadamente². Obviamente, los ajustes de este tipo tienen importantes implicaciones, no solamente para la cronología hitita *per se*, sino también para los sincronismos con los reinados de gobernantes extranjeros y con asuntos políticos y militares de otros lugares de la Edad del Bronce en Oriente Próximo.

SINCRONISMOS HISTÓRICOS

Al intentar establecer una cronología absoluta para el reinado de los reyes hititas y los acontecimientos que acaecieron en ellos, tenemos que confiar en gran medida en un pequeño número de sincronismos con acontecimientos recogidos en textos de reinados contemporáneos del Oriente Próximo. Los siguientes son los ejemplos mejor conocidos:

1. El saqueo de Babilonia por el rey hitita Mursili I ocurrió en el reinado de Samsudritana, el último miembro de la dinastía de Hammurabi.
2. El faraón Tutanj-Amón murió en el año en que el rey hitita Suppiluliuma I conquistó el reino mitannio de Carkemish, lo que ocurrió unos seis años antes de la muerte del propio Suppiluliuma.

² Wilhelm y Boese (1987-1989) seguido, con modificaciones sugeridas, por Bryce (1989b). Contra el modelo propuesto por Wilhelm y Boese, véase Astour (1989, 7-8); Freu (1992, 88). Para una respuesta a la críticas de Astour sobre la cronología de Wilhelm y Boese, véase Wilhelm (1991, 473-474).

3. Las cartas de Amarna proporcionan una serie de importantes sincronismos entre acontecimientos del reinado de Suppiluliuma y los reinados de los gobernantes contemporáneos del Oriente Próximo —los reyes de Mitanni, de Asiria y de Babilonia y los gobernantes vasallos de Hatti, de Mitanni y de Egipto en Siria.
4. La batalla de Kadesh se libró entre el rey hitita Muwatalli II y el faraón Ramesses II en el quinto año del reinado de éste.
5. La batalla de Nihriya se libró entre el rey hitita Tudhaliya IV y el asirio Adad-Nirari II, seguramente en los comienzos del reinado de éste y proporciona aprovechables datos sincrónicos sobre los reinos de Hatti, Asiria y Ugarit en las décadas finales del Bronce Tardío³.

Técnicamente, la correlación de acontecimientos de la historia hitita con las cronologías mejor establecidas de los reinos de Babilonia, Egipto y Asiria, ayudaría a proporcionar algunas importantes fechas fijas de la historia hitita, dado el uso que puede hacerse de los fenómenos astronómicos en la compilación de fechas absolutas para la historia de esos países, junto con la información que aportan sobre la duración de los reinados de sus reyes. Sin embargo, los datos astronómicos están abiertos a diversas interpretaciones y han conducido a diferentes conclusiones sobre las dataciones absolutas. Así, se ha propuesto un cierto número de fechas para el saqueo de Babilonia por el rey hitita Mursili I —desde 1651 hasta 1531. Esas diferencias están causadas por varios motivos.

Para la historia de Babilonia, los cálculos de fechas están basados en un estudio de observaciones astronómicas registradas en tablillas de arcilla supervivientes en copias neasirias del siglo VIII a.C. Los datos originales se remontan al babilónico antiguo. Indican las observaciones del planeta Venus realizadas en el año octavo del rey babilonio Ammisaduqa, el quinto sucesor de Hammurabi y penúltimo de la dinastía⁴. En teoría, la correlación de las posiciones recogidas de Venus con las fechas del calendario lunar nos permitiría calcular una fecha absoluta para el octavo año del reinado de Ammisaduqa. Y puesto que sabemos su posición en la dinastía babilónica y la longitud del reinado de cada uno de sus reyes, podríamos establecer una serie de fechas absolutas para toda la dinastía.

Desgraciadamente, el cálculo no es tan sencillo. El ciclo completo de las conjunciones superior e inferior de Venus dura 275 años, y posiciones similares del planeta se repiten también en dos ciclos más cortos, uno de 56 años y otro de 64⁵. Esto ha dado origen a tres posibles cronologías, la alta, la media y la baja. Con la ayuda de datos asiriológicos, contenidos en los archivos de Mari, podemos, por lo menos, acotar superior e inferiormente en términos de cronología absoluta el período de la dinastía del babilónico antiguo. La información de esos

³ Véase Singer (1987, 414).

⁴ La información está recogida en la 63.^a tablilla del *Enuma Anu Enlil*, una colección de presagios divinos.

⁵ Véase Astour (1989, 1-2).

archivos indica que el rey asirio Samsi-Adad fue contemporáneo de Hammurabi, cuyo reinado, por otras razones, debe datarse a finales del siglo XIX o principios del XVIII⁶. Sobre la base de esta información, más los datos astronómicos, se han calculado posibles fechas para el final de la dinastía y, por tanto, para la conquista hitita de Babilonia —1651, 1595 y 1531. Incluso así, hay que dejar un margen de error para las variables desconocidas, tales como la ubicación del lugar donde se hicieron las observaciones, la posibilidad de errores en la transmisión de los registros desde el tiempo de su composición al momento de su reaparición en los textos neobabilónicos, y el puro error humano —o la invención⁷.

Los egiptólogos también han intentado establecer una cronología absoluta de la historia egipcia mediante la combinación de información de las listas de reyes y otros datos textuales que recogen observaciones de fenómenos astronómicos. Un punto de partida para los estudios de cronología egipcia lo dan los restos de una obra llamada *Aegyptiaca*, compilada en el siglo III a.C. por el sacerdote egipcio Manetón. En esta obra, Manetón establece 31 dinastías reales egipcias desde los tiempos míticos hasta el 323 a.C. (hasta el reinado de Nectanebo II). Dejaremos aparte la cuestión de la fiabilidad de esta lista. En lo fundamental, las fechas de la historia egipcia han sido calculadas comparando datos proporcionados por el calendario sotíaco (basado en la observación del orto heliaco de la estrella del Can Mayor, Sirio, llamada Sotis en griego y Sopdet en egipcio) con datos del calendario civil egipcio. Esto fue posible al utilizar el dato de que un ciclo sotíaco tiene c. 1460 años de duración⁸ y que un ciclo nuevo comenzó en el 139 d.C.⁹; de ahí, que el anterior comenzase en 1320 a.C. Fue posible entonces, al menos en teoría, calcular un conjunto de fechas absolutas para acontecimientos de la historia egipcia, basadas en los sincronismos registrados entre el calendario civil y el ciclo sotíaco¹⁰.

De nuevo se complica esto porque no podemos estar seguros de dónde se hizo en Egipto una determinada observación astronómica. En suma, los cálculos basados en el ciclo sotíaco dependen de dónde se hicieran las observaciones del orto heliaco de Sotis. Las opiniones están muy divididas entre Tebas y Elefantina. La observación desde esta última (que está en la frontera meridional de Egipto) produciría una fecha más baja, es decir, posterior, que la observación desde Tebas. El resultado total es que los egiptólogos han mantenido un rango de posibles fechas para diversos acontecimientos significativos de la historia egipcia, entre ellos, fechas de sucesiones regias. Así, tenemos tres posibles fechas para la subida al trono de Ramesses —1304, 1290 y 1279, y cinco posi-

⁶ Véase Cryer (1995, 658).

⁷ Véase Cryer (1995, 658).

⁸ Basado en el hecho de que cada cuatro años, el calendario civil egipcio difería respecto al sotíaco en un día, así que se necesitan $365 \times 4 = 1460$ años para completar el ciclo. Para cálculos más precisos, véase Ingham (1969).

⁹ Según el gramático romano Censorinus.

¹⁰ Véase más sobre esto en Cryer (1995, 659).

bles totales, desde 225 hasta 175, para los años comprendidos entre la subida al trono de Tutmosis III y la de Ramesses II¹¹.

A la vista de estas incertidumbres, la mayoría de los egiptólogos actualmente hacen poco uso de los datos astronómicos y centran su atención puramente en pruebas internas, esto es, en la prueba proporcionada por los propios textos. En este contexto, la tradición manetoniana todavía se mantiene vigente¹². Sin embargo, las pruebas internas presentan un nuevo conjunto de variables. Como hemos observado, los egipcios nos han dejado detalladas listas de reyes que, generalmente, aportan datos sobre las duraciones de los reinados individuales. Pero no siempre. Y la cronología se complica con la cuestión de la coregencia. ¿Cuántas coregencias hubo y cuánto duraron? ¿La establecida duración de un reinado particular, incluye el período de coregencia o indica la duración del reinado en solitario? Esas cuestiones están en relación con los intentos de construir una cronología absoluta para la historia hitita, ya que ninguna fecha de esta historia se puede establecer con cierto grado de fiabilidad o precisión con independencia de los sincronismos proporcionados por los vecinos de los hititas en el Oriente Próximo. Se puede esperar que una mayor atención a las correlaciones entre las fechas babilónicas, egipcias y asirias contribuirá a eliminar algunas de las incertidumbres y variables en la tarea de establecer un marco cronológico absoluto, sólido, para la historia del Oriente Próximo en el Bronce Tardío¹³.

Se han establecido tres cronologías principales diferentes y los especialistas difieren sobre hacia cuál de ellas inclinarse —la alta, la media y la baja. Los períodos entre los sincronismos históricos establecidos y el marco temporal de los acontecimientos que ocurrieron durante esos períodos tienen que comprimirse o expandirse de acuerdo con ellas¹⁴. Los investigadores casi siempre muestran una notable ingenuidad al hacerlo así, de acuerdo con su esquema preferido¹⁵.

Hay, no obstante, una tendencia actual a que los especialistas rebajen progresivamente las fechas absolutas, y en algunos casos, a comprimir la duración de un reinado o una secuencia de acontecimientos históricos en un marco más pequeño. Así, hay un apoyo general (aunque no universal), para rebajar la fecha de acceso al trono del faraón Ramesses II desde la originalmente propuesta de 1304 a las actualmente preferidas de 1279 o 1274 a.C.¹⁶. Esto, consecuentemente, conduce a rebajar las fechas de sus inmediatos predecesores y sucesores y, por los sincronismos históricos entre Egipto y Hatti, a un número de revisiones de las fechas de los reinados de los reyes hititas de los siglos XIII y XII.

¹¹ Véase más sobre esto en Krauss (1978, 173); Harak (1987, 34).

¹² Obsérvese, en particular, Krauss (1978).

¹³ Cfr. Harak (1987, 36); Freu (1992, 41).

¹⁴ Eso se ve bien en los artículos presentados en la conferencia de 1987 en Gotemburgo, publicados por Åström (1987-1989).

¹⁵ Como señalaron Güterbock y Gurney hace más de veinte años; véase Gurney (1974, 105), citando, también, un comentario hecho por Güterbock unos años antes.

¹⁶ Véase Bolger (1991, 426).

Desde luego, pueden ser necesarias nuevas revisiones a la luz de posteriores descubrimientos en el campo general de la cronología de la Edad del Bronce. Está, también, la cuestión, que todavía deberá ser eficazmente estudiada, del grado de compatibilidad entre las fechas establecidas por el análisis de los textos y los fenómenos astronómicos, por un lado, y las fechas establecidas por el análisis arqueológico (incluyendo, por ejemplo, la dendrocronología), por el otro. Deberíamos anotar de pasada que, en tanto que nuestros historiadores del Oriente Próximo están afanosamente rebajando fechas, las técnicas usadas por los arqueólogos del Egeo sugieren que estas fechas deberían impulsarse en el sentido contrario.

Hay que subrayar que las fechas utilizadas a lo largo de este libro son provisionales, estarán en desacuerdo con algún investigador y podrán necesitar de revisión o afinamiento a la luz de posteriores descubrimientos en el campo de la cronología de la Edad del Bronce. De momento, la cronología utilizada aquí surge, en gran parte, de varios puntos de referencia —tres fechas asumidas, asociadas a tres de los sincronismos citados más arriba: a) 1595 para el saqueo de Babilonia; b) 1327 para la muerte del faraón Tutankamón, y c) 1279 para la de acceso al trono de Ramsés II. En cuanto a las tres cronologías básicas propuestas, mi propio esquema cronológico quedaría mejor descrito como intermedio dentro del rango de la media y la baja.

REDATACIÓN DE LOS TEXTOS HITITAS¹⁷

Nos hemos referido más arriba a la dificultad de asignar a determinados reinados algunos de los textos asociados a un nombre llevado por más de un rey hitita. Esto se aplica, en particular, a un pequeño grupo de importantes textos en los que aparecen los nombres de Tudhaliya y Anuwanda. Como hemos observado hubo dos ocasiones en las que a un rey Tudhaliya le sucedió su hijo Anuwanda. En el pasado, los textos en cuestión eran generalmente atribuidos a la segunda pareja, y así, se consideraba que aportaban datos sobre acontecimientos históricos del siglo XIII, durante las últimas décadas del reino hitita. Sin embargo, uno de los textos, los llamados *Anales* de Tudhaliya contienen una referencia al rey de los hurritas, casi con certeza un rey de Mitanni. Puesto que el reino de Mitanni fue destruido por Suppiluliuma I en el siglo XIV y fue posteriormente absorbido dentro de los reinos hitita y asirio sucesivamente, entonces, la referencia al rey hurrita levantaba serias dudas en cuanto a la asignación de este texto, junto con algunos otros, al siglo XIII.

Se requirió de un estudio del lenguaje de los textos para ayudar a resolver la cuestión. Ninguna lengua viva permanece estática. En un período de varios siglos sufrirá un cierto número de cambios en sus formas de expresión,

¹⁷ Nuevos resúmenes de los estudios sobre el tema se encuentran en Hoffner (1980, 309-310); Košak (1980b); Easton (1984, 30-34).

su gramática, su ortografía y en las características de la escritura utilizada para escribirlo (esto es el *ductus*; véase Apéndice 2). Hoy habría pocas dificultades para determinar si un fragmento de prosa inglesa se escribió en la época isabelina o en la victoriana o en la actual, sobre la base del estilo, el idioma, el vocabulario y hasta la caligrafía. Igualmente, la lengua de los hititas sufrió un cierto número de cambios durante los cinco siglos de vida de su reino. ¿Cómo ayuda el conocimiento de esos cambios a la datación de los textos?

Muchos textos, desde luego, pueden ser sólidamente asignados a los reinados de determinados reyes, simplemente en función de los hechos que recogen. Esto proporciona un valioso punto de partida para usar los datos lingüísticos con fines de datación. Un análisis del lenguaje de esos textos, combinado con el conocimiento de cuándo se compusieron, permitirá a los especialistas identificar ciertos rasgos de la lengua que serían característicos de un período determinado de su desarrollo. Los criterios lingüísticos que se establecieran para cada uno de esos períodos podrían aplicarse, entonces, a textos de comprobada dificultad, o simplemente, imposible de datar por otros medios. Como consecuencia, los textos fueron divididos en tres categorías cronológicas: antiguo hitita, el lenguaje de los textos del Reino Antiguo (hablando en sentido amplio, los siglos XVII y XVI); el hitita medio, el lenguaje de los textos de la primera mitad del Reino Nuevo (siglos XV-XIV), y el hitita tardío, el lenguaje de los textos de la segunda mitad del Reino Nuevo (siglos XIV-XII). Se realizaron estudios, pioneros en este campo, por algunos especialistas¹⁸. Las conclusiones a las que llegaron se vieron reforzadas por investigaciones sobre paleografía hitita. Ésta mostraba cambios en los estilos de escritura en un período de tiempo que no se debían, simplemente, a rasgos idiosincrásicos de los escribas¹⁹.

La redatación de algunos textos a partir de análisis lingüísticos ha conducido a la revisión de la cronología de algunos de los principales acontecimientos registrados en la historia hitita. Así, textos que durante mucho tiempo se habían asignado a las últimas décadas del Bronce Tardío, concretamente, los asociados a los nombres de Tudhaliya y Arnuwanda, han sido reasignados a un período de unos ciento cincuenta años antes como mínimo, a los reinados de la primera pareja de reyes con esos nombres²⁰. Los más notables de los textos en cuestión son las llamadas *Acusaciones* de Madduwata y Mita de Pahiwa (*CTH* 147 y 146, respectivamente), y los *Anales* de Tudhaliya (*CTH* 142)²¹. En resumen, la redatación de esos textos tiene importantes implicaciones para nuestra comprensión del curso de la historia hitita durante el período del Reino Nuevo.

¹⁸ Concretamente, Carruba (1969); Otten (1969); Houwink ten Cate (1970).

¹⁹ Véase Rüster (1972) y Neu y Rüster (1975).

²⁰ Hay, sin embargo, una escuela que mantiene la datación tradicional de los textos citados más arriba y explica las aparentes formas más antiguas como conscientes arcaísmos de los escribas. Véase Heinhold-Krahmer *et al.* (1979); pero obsérvese la reseña de Gurney (1982) a esta obra. Knapp (1980, 45-46) también mantiene la tradicional datación de los textos de Madduwata.

²¹ Esos textos están tratados en el cap. 6.

APÉNDICE 2

Fuentes para la historia hitita: un repaso

Con la desaparición de las colonias asirias en la segunda mitad del siglo XVIII los registros escritos se desvanecen de Anatolia para no reaparecer hasta el surgimiento del reino hitita en la primera mitad del siglo XVII. Los textos hititas más antiguos conocidos están compuestos en el reinado de Hattusili I, que reconstruyó la ciudad de Hattusa y, aparentemente, estableció los primeros archivos de palacio. La escritura utilizada en esos textos es la cuneiforme, una variedad de la utilizada en las cartas de los mercaderes asirios. Pero la tradición cuneiforme no se heredó de los asirios, sino que fue adoptada de las escuelas de escribas del norte de Siria, probablemente a través de los contactos hititas con ellos durante las campañas de Hattusili I en la región¹. Más de 5.000 tablillas de arcilla impresas con escritura cuneiforme se han desenterrado en la capital Hattusa este siglo en quizás más de 30.000 pedazos. Esto nos aporta nuestra principal fuente de información de la historia del mundo hitita.

LOS ARCHIVOS DE TABLILLAS²

Las tablillas son de forma rectangular y generalmente toda su superficie, anverso y reverso, está apretadamente recubierta con los signos cuneiformes. Cada cara de la tablilla está dividida hasta en cuatro columnas verticales, y el texto también está dividido en secciones mediante líneas horizontales o «divi-

¹ Cfr. Güterbock (1964b, 108); Hoffner (1973, 204); Cornelius (1979, 104-105); Steiner (1981, 159-160); Beckman (1983b, 100).

² Sobre archivos de tablillas, en general, en el Oriente Próximo, véase Veenhof (1986); Otten (1986, 184-185).

sores de párrafo». Se utilizaron tres tipos de materiales para las tablillas —arcilla, madera y metal. Hasta hace poco no teníamos ejemplares supervivientes de los dos últimos tipos, aunque el uso de madera y metal estaba fuera de duda por las referencias hechas en tablillas de arcilla a tablillas de madera³, y a los tratados inscritos sobre hierro y plata⁴. Los tratados se inscribían también sobre bronce, como sabemos por el descubrimiento en 1986 de la famosa y tan tratada «tablilla de bronce»⁵. Es un hallazgo de máxima importancia, en realidad, único.

La gran mayoría de las tablillas descubiertas hasta ahora estaban alojadas en un escaso número de edificios de Hattusa —varios de ellos en la acrópolis, ahora llamada Büyükkale (Edificios A. D. E y K), uno en la «Casa de la Ladera» y otro en el templo más importante de la ciudad, el templo del dios Tormenta. En los últimos años también han salido archivos a la luz en el transcurso de las excavaciones cercanas a la moderna Maşat, que se encuentra a 116 kilómetros al nordeste de Hattusa⁶, Ortaköy, a 50 kilómetros al sudeste de Çorum⁷, y Kusaklı, a 50 kilómetros al sur-suroeste de Sivas⁸. Los lugares donde fueron desenterrados eran, evidentemente, centros administrativos regionales del reino, aunque sus nombres hititas no han sido establecidos aún sólidamente⁹.

En las habitaciones del archivo, las tablillas de arcilla se almacenaban sobre estantes de madera que se construían encima de bancos de piedra recubiertos con un enlucido de barro¹⁰. Originalmente, las tablillas estaban etiquetadas

³ Por ejemplo, en un texto que establece procedimientos relacionados con la compra de ciertos bienes: «Y el que (el adquirente) compra deberá establecerlo en (forma de) una tablilla de madera y permitir que sea sellada provisionalmente (?). Sin embargo, tan pronto como el rey venga a Hattusa, él (el receptor del regalo) debe presentarla (para inspección) en el palacio y deben sellársela (con un sello real)» (KUB XIII 4 [CTH 264A] II 39-44, 48-51, trad. Houwink ten Cate [1994, 237]). También tenemos referencias a «escribas de tablillas de madera», por ejemplo, KUB XIII 35 (+) [CTH 293] IV 28, en la carta KBo IX 82 [CTH 197] donde «el jefe de las tablillas de madera» es uno de los consejeros de la corte, y en el tratado de la recientemente descubierta «tablilla de bronce», donde el poseedor del mismo cargo aparece en la lista de testigos del tratado (Bo 86/299 IV 37). Más sobre esto en Otten (1963, 3). Véase también Veenhof (1995a, 312).

⁴ Sobre el uso de tablillas de metal en la diplomacia hitita, véase Watanabe (1989). Se hacían copias de los originales de metal en arcilla.

⁵ Publicada por Otten (1988a).

⁶ El archivo, que consistía en correspondencia entre el rey y sus funcionarios locales, ha sido publicado por Alp (1991).

⁷ Véase Süel (1992). El material del archivo no ha sido publicado por ahora.

⁸ Véase Wilhelm (1995b, 37).

⁹ Para Maşat se ha propuesto Tapikka y Sapinuwa. Para la primera, véanse las referencias citadas en Del Monte y Tischler (1992, 160); Alp (1991, 42-43); para la segunda, véase Houwink ten Cate (1992b, 133-137). Yo creo que Süel ha propuesto Ortaköy para el lugar de Sapinuwa.

¹⁰ Para una descripción de las habitaciones para archivos, véase Neve (1982, 104-107); Bittel (1983c, 23-25; 110-111).

y ordenadas según el contenido. Esto era labor del «bibliotecario de tablillas». Desgraciadamente, conocemos poco sobre el ordenamiento original o la ubicación de las tablillas. Durante las revueltas que sufrió la capital en diversas ocasiones a lo largo de su historia, los archivos deben de haber sufrido daños y lagunas considerables. También, mucho del material de los archivos puede haber sido trasladado de un sitio a otro —por ejemplo, cuando la capital hitita se situó en Tarhuntašsa, al principio del siglo XIII y volvió a Hattusa unos cuantos años después. Además, los edificios de Büyükkale fueron totalmente arrasados y reconstruidos en el reinado de Tudhaliya IV, no mucho antes del hundimiento final del reino. Esto debió llevar a un almacenamiento temporal y quizás azaroso del material de archivo, hasta el momento en que pudiera emprenderse con él una total y completa reorganización. Muy posiblemente, la capital hitita cayera antes de que esto sucediera.

Todos esos factores hacen extremadamente difícil la tarea de determinar qué sistema se utilizó originalmente en la ordenación del material de archivo y la racionalidad de su distribución entre las posibles ubicaciones. ¿Estaban las tablillas almacenadas en un edificio por su carácter singular que las diferenciaba de aquellas almacenadas en otro? ¿Había diferencias básicas entre las tablillas albergadas en los edificios de la acrópolis y las almacenadas en el templo?¹¹. ¿O era el ordenamiento del material de los archivos, al final de la historia del reino, tan apresurado y azaroso que sería imposible sacar cualquier conclusión en cuanto a su ordenamiento original? Se necesitaría una detallada y sistemática investigación de los contenidos de cada depósito de tablillas antes de poder contestar a esas preguntas¹².

LOS ESCRIBAS

La lectura y la escritura en el antiguo Oriente Próximo era una ocupación muy especializada y los escribas habrían sido los únicos miembros letrados de la sociedad. Los escribas hititas tenían la responsabilidad de redactar los tratados, escribir las cartas de los reyes a gobernantes extranjeros o vasallos, registrar los éxitos importantes de los reyes, revisar y actualizar textos religiosos, legales y administrativos, copiarlos y recopiarlos cuando fuera necesario y luego almacenar las tablillas para las generaciones futuras. El aprendizaje del oficio lo proporcionaban las escuelas de escribas. Ello implicaba aprender y dominar los signos cuneiformes mediante la copia de textos ya existentes, y el progreso desde los más simples hasta los más complejos documentos¹³. Los estudiantes también tenían que

¹¹ Éste parece haber sido el depósito principal de los tratados con reyes extranjeros y gobernantes vasallos; véase Bittel (1983c, 23). Presumiblemente, el carácter sagrado e inviolable de esos tratados era la causa de ello.

¹² El trabajo ya se ha comenzado; véase Košak (1995).

¹³ Sobre la tradición de la escuela escribística mesopotámica, véase Sjöberg (1974), y sobre la probable continuación de esta tradición en Hattusa, véase Beckman (1983b, 97).

aprender al menos uno, y probablemente varios, idiomas extranjeros. Dado que el acadio era el idioma internacional de la diplomacia, muchos, si no todos los escribas debían poseer el dominio de esa lengua.

Sin duda había una neta jerarquía dentro de la clase de los escribas, abarcando en el último escalón a gentes encargadas de tareas mecánicas, tales como las copias de textos, hasta aquellas que estaban en la cima y que se situaban entre los consejeros más importantes del rey. Los escribas principales seguramente tenían un detallado conocimiento de los asuntos extranjeros, principalmente de las relaciones anteriores y actuales de Hatti tanto con los reinos extranjeros, como con los estados vasallos propios. Al menos tenían que saber dónde encontrar esa información, ya que gran parte de los detalles contenidos en esos tratados y en la correspondencia de los reyes estaban basados, probablemente, en la información y asesoramiento que ellos proporcionaban. Los registros que contenían esta información podían ser consultados, solamente, por aquellos que eran capaces de leerlos. Es probable que los propios reyes fueran analfabetos. Tras consultar los anteriores tratados y extraer las cláusulas más relevantes de ellos, el escriba redactaría un tratado y leería el borrador al rey. A la luz de los cambios, manifestaciones y especiales provisiones especificadas por el rey o agregadas por él después de unas negociaciones preliminares con el cosignatario del tratado, se preparaba la versión final del documento.

Los jefes de escribas tenían una posición de considerable responsabilidad y confianza —e influencia. Era una posición muy privilegiada y normalmente heredada, transmitiéndose de padres a hijos. Algunos escribas ascendieron a cargos muy altos del reino, como lo ilustra el nombramiento del jefe de escribas Mitannamuwa como administrador de Hattusa cuando la capital fue trasladada por Muwatalli II a Tarhuntassa. En la ciudad de Emar, en el Éufrates, administrada por los hititas, el estatuto del jefe de escribas era equivalente al de «hijo del rey»¹⁴.

Conocemos el nombre de algunos escribas por su costumbre de firmar los documentos que habían escrito, y casi siempre exponían su posición oficial y su genealogía¹⁵. Por ejemplo:

Una tablilla (única tablilla) de la presentación de la súplica al dios Tormenta, escrita de la boca de Su Majestad. (Texto) completo. (Escrito por) la mano de Lurma, sacerdote subalterno de encantamientos, aprendiz de (?), hijo de Aki-Tessub (KBo XI 1, Colofón, v. 24-27, trad. I Houwink ten Cate y Josephson [1967, 119]).

A veces, un escriba de una corte real añadía al final de una carta oficial una nota a su homólogo de la corte receptora:

¹⁴ Véase Arnaud (1987, 11). Más sobre el estatuto del jefe de escribas en Danmanville (1971, 10).

¹⁵ Cfr. Otten (1986b, 185).

Conforme proseguía sus investigaciones, Hrozný fue llegando a una conclusión que ya había sido sugerida por un investigador anterior y desechada: que el nesita era una lengua indoeuropea y, de este modo, relacionada con el griego, el latín y otras lenguas de la familia indoeuropea. Una vez que esto se demostró palmarmente, el desciframiento del nesita se produjo con relativa rapidez. Esto marcó el genuino comienzo de los estudios hititas, al proporcionar la llave que abría la vasta extensión de la información conservada en los archivos de la capital hitita.

Pero había que continuar. Hasta ahora, dos lenguajes distintos, el acadio y el nesita, habían aparecido en los archivos. Sin embargo, un cierto número de tablillas encontradas en Hattusa no estaban escritas en ninguna de esas lenguas. En 1919, un filólogo suizo, Emil Forrer, identificó otros seis lenguajes en los archivos, designados generalmente en las tablillas por su forma adverbial —hurrita (*hurili*), hatti (*hattili*), luvita (*luwili*), palaíta (*palaumnili*), sumerio, y una lengua que, según parece era hablada por los reyes de Mitanni²². Una cuestión que plantean esas «lenguas minoritarias» es el grado en que se requería que los escribas hititas fueran políglotas. ¿O había escribas especializados utilizados para las diversas lenguas? Como observamos más arriba, deberíamos esperar, como mínimo, que el aprendizaje del acadio fuera un rasgo regular de las escuelas de escriba, dada su importancia internacional y la frecuencia con que aparece en los archivos.

LA ESCRITURA JEROGLÍFICA HITITA

Otra nueva tarea tenía que emprenderse: la lectura y desciframiento de la extraña e ininteligible escritura jeroglífica que apareció en monumentos de toda Anatolia y Siria, y que hizo mucho para estimular el interés y las investigaciones que llevaron, posteriormente, al descubrimiento de los hititas. El más antiguo ejemplar conocido de esa escritura aparece en una impronta de sello del siglo xvi, del sello de Ispuhtasu, rey de Kizzuwadna. Pero la mayoría de los textos jeroglíficos datan del siglo xiii al siglo viii a.C.

La tarea del desciframiento resultó más difícil que el desciframiento del nesita cuneiforme. Fue, no obstante, gratamente facilitada por el descubrimiento en 1946 de un texto bilingüe, en fenicio y en jeroglífico luvita, en Karatepe, al este de Cilicia²³. Los trabajos más recientes sobre la lengua de las inscripciones han establecido su práctica identidad con el luvita de los textos cuneiformes²⁴.

²² Forrer (1919). Sobre la «lengua mitannia», véase Gurney (1990, 103-104).

²³ Véase Barnett (1953); Hawkins y Morpurgo-Davies (1978).

²⁴ Entre los recientes estudios de las inscripciones jeroglíficas, los de J. D. Hawkins son de particular importancia; véanse los relevantes artículos enumerados con su nombre en la bibliografía, que incluye el de Hawkins y Morpurgo-Davies (1986). Se encuentra actualmente en preparación un *Corpus of Hieroglyphic Luwian Inscriptions*.

Que Ea, el rey de la sabiduría e Istanu del pórtico, protejan graciosamente al escriba que lea esta tablilla y en torno a ti mantengan graciosamente sus manos.

Tú, escriba, escríbeme bien, pon debajo, además, tu nombre.
¡La tablilla que se trae aquí se escribe siempre en hitita! (EA 32, 14-20, trad. Haas en Moran [1992, 103])¹⁶.

Una doble línea divisoria separa esta última nota del resto de la carta que está dirigida por el rey de Arzawa al faraón de Egipto. Es muy improbable que fuera leída al rey, o por el rey, en cuyo nombre estaba escrita.

CALIGRAFÍA ESCRIBÍSTICA

Como se ha mencionado, una de las labores importantes de los escribas era hacer copias de todos los tratados y de todos los demás documentos importantes, para futuras referencias. Además, estaban constantemente atareados en copiar y reescribir textos antiguos. Las tablillas de arcilla no se cocían por lo general, y por ello, tenían una vida limitada. Por lo tanto, era necesario copiarlas y recopiarlas de una generación a otra para garantizar su supervivencia¹⁷. Esto significa que los textos hititas más antiguos nos han quedado disponibles solamente en copias hechas por escribas de tiempos posteriores. Pero, al menos, eso ha asegurado su supervivencia. Otro beneficio de esta práctica escribística es que, en muchos casos, un texto determinado nos ha quedado en un cierto número de copias, conocidas como ejemplares. Esas copias están casi siempre incompletas. Pero, a veces, se pueden unir los fragmentos para obtener una versión más o menos íntegra del texto original.

Además, los textos que llevan la firma de un determinado escriba nos permiten reconocer rasgos distintivos de la caligrafía de esos escribas y, quizás más importante, rasgos distintivos de la caligrafía de un determinado período¹⁸. Esto ayuda a establecer lo que se conoce como *ductus* del período, esto es, «la manera de imprimir los signos cuneiformes sobre las tablillas»¹⁹, que, a su vez, nos ayuda a asignar ciertos textos que no podemos fechar por otros me-

¹⁶ Sobre la práctica de los escribas de añadir notas de uno a otro en forma de post-data, véase Otten (1956).

¹⁷ La razón por la cual la gran mayoría de las tablillas del antiguo Oriente Próximo no eran cocidas, particularmente las que debían ser almacenadas para futuras referencias, es un misterio. Véanse los comentarios de Veenhof (1986, 1).

¹⁸ Obsérvense, a este respecto, los importantes estudios de Rüster (1972) y Neu y Rüster (1975). Esos investigadores tomaron una cantidad de textos datables que iban desde los primeros a los últimos tiempos de la historia hitita, y listaron las formas de los signos características de esos textos y así, de los períodos en que se escribieron.

¹⁹ Iloffner (1977, 78).

dios, a los períodos en que fueron compuestos, o, al menos, cuando fueron copiados de sus antiguas composiciones.

Pero el ejercicio no es sencillo. Se complica por el hecho de que algunos de los últimos escribas tenían una aparente tendencia a «arcaizar» —esto es, a usar un vocabulario y un *ductus* de un período anterior al de su composición. Otra complicación más viene dada por la variación en la caligrafía entre escribas del mismo período. «Los distintos escribas tenían, evidentemente, distintas manos, incluso aunque escribieran sobre la misma húmeda arcilla separados solamente por unos pocos segundos»²⁰. Esto debe ser tenido en cuenta por los estudiosos en sus intentos por establecer la cronología de un cierto número de textos no datables por otros medios.

LAS LENGUAS DE LOS TEXTOS

Cuando los textos de los archivos de Hattusa empezaron a salir a la luz en los comienzos de este siglo, se encontró que muchos de ellos estaban escritos en acadio, lengua que ya se había descifrado y que, por tanto, podía leerse con facilidad. En realidad, la mayoría de los primeros documentos hititas seguramente fueron escritos originalmente en acadio y fueron traducidos al hitita cuando se hicieron copias más tarde. A lo largo del Bronce Tardío, el acadio se utilizó como una diplomática *lingua franca*²¹, así, las cartas intercambiadas entre un rey hitita y su correspondiente egipcio, asirio o babilónico, se escribían en acadio, igual que los tratados que suscribían con esos reyes. Lo mismo se aplicaba a la correspondencia y tratados entre los reyes hititas y sus gobernantes vasallos de Siria.

Pero salieron a la luz otras muchas tablillas que inicialmente no pudieron leerse, puesto que estaban escritas en un lenguaje ininteligible. Esta era la lengua de Nesa, el nombre de la ciudad que se convirtió en la sede real de Pithana y de su hijo Anitta en el período de las colonias asirias. Como hemos observado por el gran número de textos que en lo sucesivo se escribieron en esta lengua, está claro que el «nesita» se convirtió en la lengua oficial del reino hitita.

La tarea era descifrar el nesita —lo que llamamos hitita. Hasta cierto punto, esta labor fue facilitada por la utilización por parte de los hititas de la escritura cuneiforme. Así, cuando el investigador checo Bedřich Hrozný comenzó a trabajar sobre el lenguaje en la década de 1910, fue ayudado por el hecho de que el nesita utilizaba muchos de los ideogramas con el mismo significado que tenían en sumerio o en acadio. Esto permitió que una cierta cantidad de palabras dispersas y de frases de los textos fueran traducidas y, en algunos casos, ayudó a establecer el carácter de esos textos. Pero el significativo progreso del desciframiento dependía, en primera instancia, del conocimiento del tipo de lengua a la que pertenecía el nesita.

²⁰ *Ibid.*, 78-79.

²¹ Véase Labat (1962).

El carácter de la escritura, que estuvo quizás inspirada originalmente por la escritura monumental de Egipto, la hizo mucho más adecuada que el cuneiforme para recoger importantes éxitos en monumentos públicos. En el último siglo del Reino Nuevo hitita, se hizo un uso creciente de la escritura con estos fines. Esto queda ilustrado por varios descubrimientos importantes de los últimos años, entre ellos la inscripción de Yalbur y la llamada inscripción Südburg en Hattusa (véase el cap. 13). Ambas datan de las décadas finales del reino hitita.

Tras la caída de Hattusa, la práctica de la escritura cuneiforme sobre tablillas de arcilla terminó. Sin embargo, las ramas supervivientes de la familia real hitita en Siria y en el sur de Anatolia continuaron utilizando la escritura jeroglífica, fundamentalmente para inscripciones monumentales sobre piedra, como en el pasado. Pero la escritura aparece, también, en un pequeño número de cartas y textos económicos y sobre pequeños objetos votivos.

LOS SELLOS HITITAS

Los sellos se utilizaron como un modo de firma personal, tanto sobre *bullae* de arcilla, como en una amplia gama de documentos, entre ellos concesiones de tierras, otras donaciones reales, registros de bienes comprados, y tratados. Algunas de las *bullae* estaban adjuntas a importantes documentos, otras servían para sellar los accesos a edificios o habitaciones dentro de ellos, y a veces, a cofres o cajas. Las inscripciones que portan casi siempre proporcionan alguna información útil suplementaria sobre su propietario, aparte de lo que sabemos de ellos por otras fuentes. En un caso, una impronta de sello sobre un documento descubierto en el templo 8 de Hattusa en 1984 nos ha permitido identificar un rey hasta ahora desconocido (véase el cap. 5). Lo más habitual es que las improntas de sellos contengan valiosa información sobre la genealogía de su propietario. Un excelente ejemplo lo proporciona un sello con forma de Cruz de Malta, el llamado sello cruciforme. Un cierto número de impresiones de este sello fueron descubiertas en 1986, en el curso de unas nuevas excavaciones en el templo 3 de Hattusa²⁵. En esas impresiones aparece la genealogía del rey Mursili II, retrocediendo a través de varias generaciones hasta los primeros años del Reino Antiguo. Están registrados los nombres de al menos ocho predecesores de Mursili, junto con sus reinas²⁶.

²⁵ Véase Neve (1987, 400-401; 1989-90, 10). El sello tiene el número de inventario 573/z y ha sido publicado por Boehmer y Güterbock (1987, 69, núm. 214 con lám. 25).

²⁶ Véase Neve (1987, 400-403; 1988, 374) y el detallado tratamiento de Dinçol *et al.* (1993). Neve (1987, 401) dio unas lecturas preliminares de los nombres de las improntas y asignó el sello a Suppiluliuma II. Dinçol *et al.* (1993, 89) aportó unas lecturas revisadas que reasignaron el sello a Mursili II. Han identificado los siguientes nombres: cara *a*: Suppiluliuma I rodeado de Labarna I, Hattusili I, Mursili I y un nombre todavía incierto; cara *b*: Mursili II rodeado por Tudhaliya I/II, [Arnuwanda I], Tudhaliya III y un espa-

Los sellos hititas más antiguos conocidos por nosotros datan de finales del siglo XVI y principios del XV y fueron grabados en escritura jeroglífica. Después, c. 1400 en adelante, los sellos reales se presentaron tanto con inscripciones cuneiformes como con jeroglíficas. Las inscripciones jeroglíficas recogían los nombres y títulos del rey en un círculo interior; la inscripción cuneiforme aparecía en anillos (habitualmente dos) alrededor de este círculo. Esos sellos se conocen como «digráficos». A veces, el nombre de la reina aparecía con el del rey en los sellos. Otras veces, el nombre de la reina aparecía solo. Otros sellos portan nombres de funcionarios de palacio, incluidos príncipes. Los sellos reales casi siempre presentan un disco solar alado, como símbolo de la realeza, que se extendía sobre la inscripción jeroglífica en el centro del sello. Otros motivos pictóricos, entre ellos figuras humanas y de dioses, también se encuentran en algunos sellos reales.

Hasta hace poco sólo conocíamos unos cuantos centenares de sellos hititas. Este número se ha visto incrementado actualmente de forma espectacular. Las excavaciones realizadas en 1990 en Nişantepe, un saliente rocoso dentro de la ciudad de Hattusa²⁷, sacaron a la luz un «archivo de sellos» consistente en casi unos 3.300 artículos —3.268 *bullae* de arcilla y 28 documentos de concesión de tierras. Todos ellos llevan impresiones de sellos que registran los nombres y títulos de los propietarios de los sellos²⁸. Los más antiguos datan del reinado de Suppiluliuma I, el último, de su homónimo Suppiluliuma II, el último rey conocido que ocupó el trono de Hattusa.

El archivo de Nişantepe todavía aguarda un análisis detallado y su publicación. Pero, incluso aparte de alguna sorpresa ya revelada por un examen somero del contenido de los archivos, su importancia es evidente sólo por el volumen de nuevas improntas de sellos que han salido a la luz.

LAS TABLILLAS COMO FUENTE PARA LA HISTORIA HITITA

Con el desciframiento del lenguaje hitita, las muchas complejidades en el campo de los estudios hititas pronto se hicieron patentes. A partir de las tablillas estaba claro que el Bronce Tardío de Anatolia estuvo ocupado por un grande y heterogéneo conglomerado de reinos, grupos de comunidades y grupos tribales que diferían marcadamente en su tamaño, composición étnica y organización política. Las tablillas abarcan amplios contenidos. Incluyen registros de crónicas que recogen los éxitos de los reyes que las componían, decretos,

cio todavía problemático. Afirman que esas identificaciones están apoyadas por la correspondiente identificación de todas las Grandes Reinas, excepto la del incierto Gran Rey.

²⁷ El nombre proviene de una piedra situada aquí que lleva una inscripción jeroglífica muy ajada por el tiempo.

²⁸ Véase los informes de las excavaciones de Neve (1991, 322-338; 1992a, 307-316).

correspondencia política, tratados entre reyes y sus homólogos extranjeros o gobernantes vasallos, textos administrativos, edictos, una colección de leyes, textos rituales y de fiestas y una cantidad de textos mitológicos y literarios.

Obviamente, los textos más importantes para fines históricos son los que podrían describirse como textos narrativos históricos. Éstos incluyen los anales compuestos o encargados por varios reyes para recoger sus éxitos militares, varios decretos o proclamas, una biografía fragmentaria del rey Suppiluliuma I compuesta por su hijo Mursili y una llamada autobiografía del rey Hattusili III, diseñada para justificar su consecución del trono y sus previsiones para la sucesión. Información histórica valiosa la proporcionan también los preámbulos de un cierto número de tratados. Éstos casi siempre contienen un resumen de las relaciones del pasado, a veces pacíficas, a veces hostiles, entre el reino de Hatti y el del rey cosignatario. Por los preámbulos también sabemos mucho sobre acontecimientos políticos dentro de los estados vasallos hititas²⁹.

La correspondencia entre el rey hitita y sus homólogos extranjeros, gobernantes vasallos y funcionarios es otra fuente más de importante información histórica³⁰. La gran colección de cartas que han sobrevivido en los archivos hititas y en los de sus contemporáneos nos dan una considerable visión del carácter de la administración del reino hitita y del control de sus territorios súbditos y, más generalmente, del mundo de la diplomacia internacional del Bronce Tardío.

De particular importancia en este último aspecto son las numerosas cartas intercambiadas entre los reyes hititas y los faraones de Egipto. Muchas de ellas proceden del escondrijo de tablillas del siglo xiv descubierto en Egipto en 1887 en El Amarna³¹. De al menos igual interés e importancia son las numerosas cartas intercambiadas entre las casas reales de Hatti y de Egipto en el siglo xiii, durante los reinados del rey hitita Hattusili III y el faraón egipcio Ramesses II³².

El mundo hitita no nos ha dejado historiadores ni historias extensas, tal como nosotros entendemos esos términos. Ningún Herodoto, Tucídides o Livio de la Edad del Bronce nos hacen la crónica, interpretan o valoran críticamente los datos factuales brutos que aportan las bases de la historia hitita. Te-

²⁹ La información contenida en los archivos de Hattusa está complementada por un cierto número de textos relevantes (cartas, registros diplomáticos y administrativos) de los archivos descubiertos en Alalah, Ugarit y Emar, en Siria.

³⁰ Gran parte de esta correspondencia está catalogada en *CTH* 151-210. Muchas de las cartas han sido editadas más recientemente por Hagenbuchner (1989).

³¹ La antigua Ajetatón, la ciudad construida por Ajenatón. Para la más reciente edición de las cartas de Amarna, escritas fundamentalmente en el reinado del faraón Ajenatón, véase Moran (1992). Además de la correspondencia hitito-egipcia, el escondrijo, con más de 350 tablillas, también contenía cartas escritas a, o recibidas de, los vasallos egipcios y los reyes de Asiria y de Babilonia.

³² El corpus íntegro de esta correspondencia ha sido publicado por Edel (1994), citado como *AHK*.

nemos que hacerlo nosotros mismos. Y al cargar con esa tarea debemos tener siempre en mente las limitaciones del material con el que estamos trabajando. Los anales contienen poco más que desnudos registros de empresas militares que realzan para la posteridad los éxitos de los reyes que las emprendieron. Aunque a veces admitan contener errores, son muy selectivos, no obstante, en cuanto a la información que conllevan y la que excluyen. En los textos diplomáticos —tratados y correspondencia real— los autores, casi invariablemente, actúan de una manera políticamente sesgada. En las comunicaciones con sus gobernantes súbditos, sus aliados, sus enemigos o potenciales enemigos, evidentemente buscaban presentar sus actuaciones políticas y agravios a la luz más favorable para sí mismos. Indudablemente, esto ha llevado a veces a la omisión de hechos relevantes, o a la distorsión de otros, si así convenía a sus propósitos. Desde luego, en este aspecto, no fueron diferentes de los reyes, políticos y diplomáticos de cualquier tiempo. Y en muchos casos, probablemente fueron bastante más honrados.

Pero, si bien el material de los archivos hititas tiene muchas limitaciones, también tiene algunas ventajas si los comparamos con el material de las fuentes escritas de tiempos posteriores. Nuestras historias de Grecia y de Roma están basadas, en gran parte, en obras de antiguos escritores que siempre reivindican su imparcialidad, no obstante habernos presentado tratamientos de los periodos sobre los que escriben, subjetivos, sesgados y, a menudo, contradictorios. Al utilizar sus obras con los fines de una moderna investigación, tenemos ya un escalón hurtado, por lo menos, respecto a las fuentes primarias en las que ellos se basaron.

Para escribir una historia del mundo hitita tenemos accesos mucho más directos a los datos primarios —las fuentes *originales*— y mucha menos necesidad de un Tucídides de la Edad del Bronce que nos transmita, de un modo selectivo, la información procedente de tales fuentes. Podemos leerlas por nosotros mismos. En realidad, en algunos casos nuestras fuentes primarias retroceden un paso más, puesto que tenemos borradores de un cierto número de documentos como cartas y tratados que fueron corregidos y modificados antes de que se hiciera la versión final. Lo que se corregía puede ser, a veces, tan instructivo como la propia corrección.

Al reconstruir una historia del mundo hitita, también utilizamos textos que, a primera vista, pueden parecer menos relevantes para nuestra tarea. De particular interés e importancia a este respecto son las oraciones y textos votivos. Por ejemplo, sabemos por una serie de oraciones compuestas por el rey Mursili II de una epidemia que asoló el país durante muchos años. Otros textos religiosos nos informan de diversos infortunios sufridos por la familia real —enfermedades y muertes, intrigas políticas y enemistades familiares. Muchos de esos textos tienen un carácter muy personal, son comunicaciones confidenciales entre un miembro de la familia real y una importante divinidad. Así sabemos de la posible violación de un tratado con Egipto, no admitida públicamente, de una conspiración que condujo al asesinato del hermano de Suppiluliuma I, de una afección en el habla padecida por Mursili II, de la

enfermedad y muerte de la esposa de ese mismo rey y de la pretendida responsabilidad de su madrastra, de las acusaciones y destierro de dos reinas hititas, de las enfermedades en ojos y pies sufridas por Hattusili III, de las tensiones e intrigas en la familia real en torno a la época de la muerte de Hattusili III. Esos asuntos se ventilan en el contexto de oraciones que reflejan la creencia de que los infortunios padecidos por el País de Hatti o por miembros particulares de la familia real eran atribuibles a la cólera divina.

Para apaciguar a la divinidad ofendida había que determinar, primero, la causa de su cólera mediante la consulta a los oráculos. Establecidas las posibles causas, una por una, se sacrificaba un animal y se consultaban sus entrañas para determinar la respuesta del dios. Una respuesta negativa significaba que el procedimiento debía repetirse con otra de las posibles causas establecidas. Y así sucesivamente hasta que se obtenía una respuesta afirmativa y se realizaba la adecuada expiación. Alternativamente, los textos votivos buscaban la colaboración del dios para curar una enfermedad que había afligido a un miembro de la familia real, con la promesa de dones para el dios en el caso de que la enfermedad se curase.

Los textos religiosos nos proporcionan valiosos atisbos de las vidas de muchos participantes principales en el surgimiento y caída del reino hitita y de las fortunas y calamidades de la dinastía a la que pertenecían. Al hacerlo así, nos ayudan a desarrollar la historia de este reino por medios que, por regla general, caen fuera del ámbito de los documentos más decididamente históricos, de los que tan ampliamente depende nuestro conocimiento.

Bibliografia

- AKURGAL, E. (1962), *The Art of the Hittites*, Londres.
- (1989), «Are the Ritual Standards of Alacahöyük Royal Symbols of the Hattian or the Hittite Kings?», *Fs Özgüç*, 1-2.
- (1992), «L'Art Hatti», *Fs Alp*, 1-4.
- ALBRIGHT, W. F. (1944), «An Unrecognised Amarna Letter from Ugarit», *BASOR* 95, 30-33.
- (1975), «Syria, the Philistines, and Phoenicia», *CAH* II.2, 507-536.
- ALDRED, C. (1975), «Egypt: the Amarna Period and the End of the Eighteenth Dynasty», *CAH* II.2, 49-97.
- ALP, S. (1950), «Die soziale Klasse der Namra-Leute», *JKF* I, 113-135.
- (1974), «Eine neue hieroglyphenhethitische Inschrift der Gruppe - Kizildag-Karadağ aus der Nähe von Aksaray und die früher publizierten Inschriften derselben Gruppe», *Fs Güterbock* I, 17-27.
- (1980), «Die hethitische Tontafelentdeckungen auf dem Maşat-Hüyük», *Belleten* 44, 25-59.
- (1991), *Hethitische Briefe aus Maşat-Höyük*, Ankara.
- ALTMAN, A. (1977), «The Fate of Abdi-Ashirta», *UF* 9, 1-11.
- ARCHI, A. (1966), «Trono regale e trono divinizzato nell'Anatolia ittita», *SMEA* 1, 76-120.
- (1971), «The Propaganda of Hattusilis III», *SMEA* 14, 185-215.
- (1979), «L'Humanité des Hittites», *Fs Laroche*, 37-48.
- ARNAUD, D. (1987), «Les Hittites sur le Moyen-Empire: protecteurs et indigènes», *Hethitica* 8, 9-27.
- ASTOUR, M. C. (1965), «New Evidence on the Last Days of Ugarit», *AJA* 69, 253-258.
- (1969), «The Partition of the Confederacy of Mukis-Nuhasse-Nii by Suppiluliuma. A Study in Political Geography of the Amarna Age», *Or* 38, 381-414.
- (1972), «Hattusilis, Halab and Hanigalbat», *JNES* 31, 102-109.

- (1978), «Les Hourrites en Syrie du Nord», *RHA* 36, 122.
- (1979), «The Kingdom of Siyannu-Ušnātu», *UF* 11, 13-28.
- (1980), «King Ammurapi and the Hittite Princess», *UF* 12, 103-108.
- (1989), *Hittite History and Absolute Chronology of the Bronze Age*, Partille.
- (1994), Rev. of Wilhelm (1989), *JNES* 53, 225-230.
- ÅSTRÖM, P. (ed.) (1987-9), *High, Middle or Low? Acts of an International Colloquium on Absolute Chronology held at the University of Gothenburg, 20-2 August 1987*, Göteborg.
- BALKAN, K. (1955), *Observations of the Chronological Problems of the Karum Kanish*, Ankara.
- (1957), *Letter of King Anum-Hirbi of Mama to King Warshama of Kanish*, Ankara.
- (1973), *Eine Schenkungsurkunde aus der althethitischen Zeit, gefunden in Inandik*, Ankara.
- (1974), «Cancellation of Debts in Cappadocian Tablets from Kültepe», *Fs Güterbock I*, 29-41.
- BARNETT, R. D. (1953), «Karatepe, the Key to the Hittite Hieroglyphs», *AS* 3, 53-95.
- (1975a), «The Sea Peoples», *CAH* II.2, 359-378.
- (1975b), «Phrygia and the Peoples of Anatolia in the Iron Age», *CAH* II.2, 417-442.
- BARTL, K. (1995), «Some Remarks on Early Iron Age in Eastern Anatolia», *A natioica* 21, 205-212.
- BEAL, R. (1983), «Studies in Hittite History», *JCS* 35, 115-126.
- (1986), «The History of Kizzuwatna and the Date of the Sunassura Treaty», *Or* 55, 424-445.
- (1992a), «The Location of Cilician Ura», *AS* 42, 65-73.
- (1992b), *The Organisation of the Hittite Military*, Heidelberg.
- (1993), «Kurunta of Tarhuntassa and the Imperial Hittite Mausoleum», *AS* 43, 29-39.
- BECKMAN, G. (1982), «The Hittite Assembly», *JAOS* 102.3, 435-442.
- (1983a), *Hittite Birth Rituals (StBoT 29)*, Wiesbaden.
- (1983b), «Mesopotamians and Mesopotamian Learning at Hattusa», *JCS* 35, 97-114.
- (1986), «Inheritance and Royal Succession among the Hittites», *Fs Güterbock II*, 13-31.
- (1989-1990), Rev. of Otten (1988b), *WO* 20/21, 289-294.
- (1995a), «Hittite Provincial Administration in Anatolia and Syria: the view from Maşat and Emar», *Atti del II Congresso Internazionale di Hittitologia (Studia Mediterranea)*, Pavia, 19-37.
- (1995b), «Royal Ideology and State Administration in Hittite Anatolia», en J. M. Sasson, 529-543.
- (1996), *Hittite Diplomatic Texts*, Atlanta.
- BERAN, T. (1967), *Die bethitische Glyptik von Boghazköy (= WVDOG 76)*, Berlin.
- BEYER, D. (1982), *Meskéné-Emar, Dix ans de travaux*, 1972-82, Paris.

- BILGİÇ, F. (1945-1951), «Die Ortsnamen der "kappadokischen" Urkunden im Rahmen der alten Sprachen Anatoliens», *AfO* 15, 137.
- (1992), «"Ebla" in Cappadocian Inscriptions», *Fs Alp*, 61-66.
- BIN-NUN, S. R. (1972), «The Anatolian Background of the Tawananna's Position in the Hittite Kingdom», *RHA* 30, 54-80.
- (1974), «Who was Tahirwaili, the Great Hittite King?», *JCS* 20, 112-120.
- (1975), *The Tawananna in the Hittite Kingdom*, Heidelberg.
- BITTEL, K. (1970), *Hattusha, the Capital of the Hittites*, Oxford y Nueva York.
- (1972-1975), «Hattusa», *RLA* 4, 162-172.
- (1976a), *Die Hethiter*, Munich.
- (1976b), «Das Ende des Hethiterreiches aufgrund archäologischer Zeugnisse», en H. Müller-Karpe, 36-56.
- (1983a), «Quelques remarques archéologiques sur la topographie de Hattusa», *CRAI*, 485-509.
- (1983b), «Die archäologische Situation in Kleinasien um 1200 v. Chr. und während der nachfolgenden vier Jahrhunderte», en S. Deger-Jalkotzy, 25-65.
- (1983c), *Hattuscha, Hauptstadt der Hethiter*, Colonia.
- BITTEL, K., HOUWINK TEN CATE, Ph. H. J. y REINER, E. (eds.) (1974), *Anatolian Studies presented to Hans Gustav Güterbock on the occasion of his 65th Birthday*, Estambul (citado como *Fs Güterbock I*).
- BLEGEN, C. (1963), *Troy and the Trojans*, Londres.
- BOEHMER, R. M. y GÜTERBOCK, H. G. (1987), *Glyptik aus dem Stadtgebiet von Bogazköy*, Berlin.
- BÖRKER-KLAHN, J. (1995), «Malnigal», *IM* 45, 169-173.
- BOLGER, D. (1991), Rev. of Åström, 1987-9, *CR* 41, 426-429.
- BREASTED, J. H. (1906), *Ancient Records of Egypt* (7 vols.), Chicago.
- BRENTJES, B. (1986), «Archäologisches zu den Wanderungen der Indoiraner», *AOF* 13, 224-238.
- BRIEND, J., LEBRUN, R. y PUECH, É. (1992), *Traité et serments dans le Proche-Orient Ancien*, Paris.
- BRINKMAN, J. A. (1976), *Materials and Studies for Kassite History*, vol. I, Chicago.
- (1976-1980), «Kadashman-Turgu», «Kadashman-Enlil II», *RLA* 5, 285-286.
- (1980-1983), «Kudur-Enlil», *RLA* 6, 266-267.
- (1983), «Istanbul A. 1988, Middle Babylonian Chronology, and the Statistics of the Nippur Archives», *ZA* 73, 67-74.
- BROOKE, G. J. (1979), «The Textual, Formal and Historical Significance Ugaritic Letter RS 34.124 (= KTU 2.72)», *UF* 11, 69-87.
- BRYCE, T. R. (1974a), «Some Geographical and Political Aspects of Mursilis' Arzawan Campaign», *AS* 24, 103-116.
- (1974b), «The Lukka Problem —and a Possible Solution», *JNES* 33, 395-404.
- (1979a), «The Role of the Lukka People in Late Bronze Age Anatolia», *Antichthon* 13, 1-11.
- (1979b), Rev. of Heinhold-Krahmer (1977), *BiOr* 36, 60-64.
- (1981), «Hattusili I and the Problems of the Royal Succession», *AS* 31, 9-17.
- (1983), *The Major Historical Texts of Early Hittite History*, Brisbane.

- (1985a), «A Suggested Sequence of Historical Developments in Anatolia during the Assyrian Colony Period», *AOF* 12, 259-268.
- (1985b), «A Reinterpretation of the Milawata Letter in the Light of the New Join Piece», *AS* 35, 13-23.
- (1986a), Rev. of Hoffmann (1984), *BiOr* 43, 747-754.
- (1986b), «Madduwatta and Hittite Policy in Western Anatolia», *Historia* 35, 1-12.
- (1986c), *The Lycians in Literary and Epigraphic Sources*, Copenhagen.
- (1986-1987), «The Boundaries of Hatti and Hittite Border Policy», *Tel Aviv* 13-14, 85-102.
- (1988a), «Tette and the Rebellions in Nuhasi», *AS* 38, 21-28.
- (1988b), Rev. of Mellink (1986), *BiOr* 45, 668-680.
- (1989a), «Ahhiyawans and Mycenaeans—An Anatolian Viewpoint», *OJA* 8, 297-310.
- (1989b), «Some Observations on the Chronology of Suppiluliuma's Reign», *AS* 39, 19-30.
- (1989c), «The Nature of Mycenaean Involvement in Western Anatolia», *Historia* 38, 1-21.
- (1990), «The Death of Niphururiya and its Aftermath», *JEA* 76, 97-105.
- (1992a), «Lukka Revisited», *JNES* 51, 121-130.
- (1992b), «The Role of Telipinu, the Priest, in the Hittite Kingdom», *Hethitica* 11, 5-18.
- BURNEY, C. (1989), «Hurrians and Proto-Indo-Europeans: the Ethnic Context of the Early Trans-Caucasian Culture», *Fs Özgüç*, 45-51.
- CANCIK, H. (1976), *Grundzüge der hethitischen und alttestamentlichen Geschichtsschreibung*, Wiesbaden.
- CARPENTER, R. (1968), *Discontinuity in Greek Civilization*, Nueva York.
- CARRUBA, O. (1969), «Die Chronologie der hethitischen Texte und die hethitische Geschichte der Grossreichzeit», *ZDMG* Suppl. 1.1, 226-249.
- (1974), «Tahurwaili von Hatti und die hethitische Geschichte um 1500 v. Chr. G.», *Fs Güterbock* 1, 73-93.
- (1977a), «Beiträge zur mittelhethitischen Geschichte: I —Die Tuthalijas und die Arnuwandas», *SMEA* 18, 137-174.
- (1977b), «Beiträge zur mittelhethitischen Geschichte: II —Die sogenannten "Protocoles de succession: dynastique"», *SMEA* 18, 175-195.
- (1979), *Studia Mediterranea*, Pavia (citado como *Fs Meriggi*).
- (1990), «Muwatalli I», *X. Türk Tarih Kongresi*, TTKB, Ankara, 539-554.
- (1992), «Die Tawannannas des Alten Reiches», *Fs Alp*, 73-89.
- (1993a), «Zur Datierung der ältesten Schenkungsurkunden und der anonymen Tabarna-Siegel», *Fs Neve*, 71-85.
- (1997), «Der Stamm *pišeni-/pišn-* "vir" im Hethitischen», *IF* 98, 92-97.
- CHADWICK, J. (1976), *The Mycenaean World*, Cambridge.
- CHILDE, V. G. (1954), *What happened in History*, Harmondsworth.
- CIFOLA, B. (1988), «Ramesses III and the Sea Peoples: A Structural Analysis of the Medinet Habu Inscriptions», *Or* 57, 275-306.

- CLINE, E. (1991a), «Hittite Objects in the Bronze Age Aegean», *AS* 41, 133-143.
- (1991b), «A Possible Hittite Embargo against the Mycenaeans», *Historia* 40/1, 1-9.
- COOK, J. M. (1984), «The Topography of the Plain of Troy», en L. Foxhall y J. K. Davies, 163-172.
- CORNELIUS, F. (1958a), «Geographie des Hethitherreiches», *Or* 27, 225-251, 373-398.
- (1958b), «Zur hethitischen Geographie: die Nachbarn des Hethiterreiches», *RHA* 16, 1-17.
- (1959), «Die Annaïen Hattusilis I», *Or* 28, 292-296.
- (1979), *Geschichte der Hethiter*, Darmstadt.
- CORNIL, P. (1990), «Liste des noms géographiques des textes hittites. KBo XXII-XXX, XXXIII, KUB XLV-LVII», *Hethitica* 10, 7-108.
- CORNIL, P. y LEBRUN, R. (1972), «La Restauration de Néri», *Hethitica* 1, 15-30.
- CROSSLAND, R. A. y BIRCHALL, A. (1974), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres.
- CRYER, F. H. (1995), «Chronology: Issues and Problems», en J. M. Sasson, 651-664.
- DANMANVILLE, J. (1971), «État, Économie, Société Hittites», *RHA* 29, 5-15.
- DARGA, M. (1974), «Puduhepa: an Anatolian Queen of the 13th Century B.C.», *Fs Mansel*, 939-961.
- DAVESNE, A., LEMAIRE, A. y LOZACHMEUR, H. (1987), «Le Site archéologique de Meydancikkale (Turquie): du royaume de Pirindu à la garnison ptolémaïque», *CRAI* 359-383.
- DEGER-JALKOTZKY, S. (1983), *Griechenland, die Ägäis und die Levante während den «Dark Ages», vom 12. bis zum 9. Jh. v. Chr.*, Viena.
- DEL MONTE, G. F. (1974), «Mashuiliwa, König von Mira», *Or* 43, 355-368.
- (1981), «Note sui Trattati fra Hattusa e Kizuwatna», *OA* 20, 203-221.
- (1986), *Il Trattato fra Mursili II di Hattusa e Niqmepa di Ugarit*, Roma.
- DEL MONTE, C. F. y TISCHLER, T. (1978), *Repertoire Géographique des Textes Cunéiformes. Bd. 6, Die Orts- und Gewässernamen der hethitischen Texte* (suppl. 6/2, 1992), Wiesbaden.
- DIKONOV, I. M. (1985), «On the Original Home of the Speakers of Indo-European», *JIES* 13, 92-174.
- DIETRICH, M. y LORETZ, O. (1978), «Das "Seefahrende Volk" von Sikila (RS 34.129)», *UF* 10, 53-56.
- (1985), «Die "Autobiographie" des Königs Idrimi von Alalah (Idrimi-Stele)», *TUAT* 1/5, 501-504.
- DINÇOL, A., DINÇOL, B., HAWKINS, J. D. y WILHELM, O. (1993), «The "Cruciform Seal" from Bogazköy-Hattusa», *Fs Neve*, 87-106.
- DONBAZ, V. (1989), «Some Remarkable Contracts of I-B Period Kültepe Tablets», *Fs Özgüç*, 75-98.
- DREWS, R. (1993), *The End of the Bronze Age*, Princeton.
- DROWER, M. S. (1975), «Ugarit», *CAH* II.2, 130-160.
- EASTON, D. F. (1981), «Hittite Land Donations and Tabarna Seals», *JCS* 33, 3-43.

- (1984), «Hittite History and the Trojan War», en L. Foxhall y J. K. Davies, 23-41.
- (1985), «Has the Trojan War Been Found?» (rev. de M. Wood, *In Search of the Trojan War*, Londres, 1985), *Antiquity* 59, 188-196.
- EDEL, F. (1948), «Neue keilschriftliche Umschreibungen Aegyptischer Namen aus den Bogazköytexten», *JNES* 7, 11-24.
- (1950), «KBo I 15 + 19, ein Brief Rameses' II mit einer Schilderung der Kadesschlacht», *ZA* 49, 195-212.
- (1953), «Weitere Briefe aus der Heiratskorrespondenz Ramses' II.: KUB III 37 + KBo I 17 und KUB III 57», *Geschichte und Altes Testament (Beiträge zur historischen theologie 16, Festschrift Albrecht Alt)*, 29-63.
- (1958), «Die Abfassungszeit des Briefes KBo I 10 (Hattusili-Kadasman-Enlil) und seine Bedeutung für die Chronologie Ramses' II.», *JCS* 12, 130-133.
- (1960), «Der geplante Besuch Hattusilis III. in Ägypten», *MDOG* 92, 15-20.
- (1976), *Ägyptische Ärzte und ägyptische Medizin am bethitischen Königshof*, Göttinga.
- (1994), *Die Ägyptisch-bethitische Korrespondenz aus Boghazköy (Bd I Umschriften und Übersetzungen; Bd II Kommentar)*, Opladen (citado como *ÄHK*).
- EISELE, W. (1970), *Der Telipinu-Erlass*, Munich.
- EMRE, K., HROUDA, B., MEILINK, M. J. y ÖZGÜÇ, N. (eds.) (1989), *Anatolia and the Near East* (Tahsin Özgüce Armağan), Ankara (citado como *Fs Özgüç*).
- ERTEKIN, A. y EDİZ, I. (1993), «The Unique Sword from Boghazköy/ Hattusa», En M. J. Mellink et al. (eds.) *Aspects of Art and Iconography: Anatolia and its Neighbours*, Ankara, 719-725 (*Fs Nimet Özgüç*).
- FALKNER, R. O. (1975), «Egypt: From the Inception of the Nineteenth Dynasty to the Death of Ramesses III», *CAH* II.2, 217-251.
- FECHT, G. (1984), «Ramses II und die Schlacht bei Qadesh», *Göttinger Miszellen* 80, 23-53.
- FEDERN, W. (1960), «Dahamunzu (KBo V 6 III 8)», *JCS* 14, 33.
- FINKELBERG, M. (1988), «From Ahhiyawa to Achaiói», *Glotta* 66, 127-134.
- FINLEY, M. I., CASKEY, J. L., KIRK, G. S. y PAGE, D. L. (1964), «The Trojan War», *JHS* 84, 1-20.
- FORLANINI, M. (1979), «Appunti di Geografia Etea», *Fs Meriggi*, 165-185.
- (1988), «La regione del Tauro nei testi hittiti», *Vicino Oriente* 7, 129-169.
- (1995), «The Kings of Kanis», *Atti del II congresso internazionale di Hittitologia (Studia Mediterranea 9)*, Pavia, 1993, 123-132.
- FORLANINI, M. y MARAZZI, M. (1986), *Allante storico del Vicino Oriente antico, Fascicolo 4.3, Anatolia: l'Impero Hittita*, Roma.
- FORRER, E. (1919), «Die Acht Sprachen der Boghazköi Inschriften», Berlin.
- (1922-1926), *Die Boghazköi-Texte im Umschrift*, *WVDOG* 41, 42.
- (1924a), «Vorhomerische Griechen in den Keilschrifttexten von Boghazköi», *MDOG* 63, 1-22.
- (1924b), «Die Griechen in den Boghazköi-Texten», *OILZ* 27, 113-118.
- (1926a), *Forschungen I.I*, Berlin.

- (1926b), *Forschungen II.1*, Berlin.
- (1937), «Kilikien zur Zeit des Hatti-Reiches», *Klio* 30, 135-186.
- FORSDYKE, E. J. (1956), *Greece Before Homer*, Londres.
- FOXHALL, L. y DAVIES, I. K. (1984), *The Trojan War, its History and Context*, Bristol.
- FREU, J. (1987), «Problèmes de chronologie et de géographie hittites: Madduwatta et les débuts de l'empire», *Hethitica* 8, 123-175.
- (1990), *Hittites et Achéens. Données nouvelles concernant le pays d'Abhiyawa*, Document XI. Centre de Recherches Comparatives sur les Langues de la Méditerranée Ancienne, Niza.
- (1992), «Les Guerres syriennes de Suppiluliuma et la fin de l'ère amarnienne», *Hethitica* 11, 39-101.
- (1995), «De l'ancien royaume au nouvel empire: les temps obscurs de la monarchie hittite», *Atti del II Congresso Internazionale di Hittitologia (Studia Mediterranea 9)*, Pavia, 133-148.
- FREYDANK, H. (1959-1960), «Eine hethitische Fassung des Vertrages zwischen dem hethiterkönig Suppiluliuma und Aziru von Amurru», *MIO* 7, 355-381.
- FRIEDRICH, J. (1926-1930), *Staatsverträge des Hatti-Reiches in hethitischer Sprache*, 2 Parts, Leipzig.
- GARDINER, A. (1960), *The Kadesh Inscriptions of Ramesses II*, Oxford.
- (1965), *Geschichte des alten Ägypten*, Stuttgart.
- GARELLI, P. (1963), *Les Assyriens en Cappadoce*, Paris.
- GARSTANG, J. y GURNEY, O. R. (1959), *The Geography of the Hittite Empire*, Londres.
- GIORGADZE, G. G. (1991), «The Hittite Kingdom», en I. M. Diakonov, *Early Antiquity*, Chicago, 266-285.
- GOETZE, A. (1925), *Hattusili (MVAG 1924, 3, 29. Jahrgang)*, Leipzig.
- (1927), *Madduwattas (MVAG 32.1)*, Leipzig, repr. Darmstadt, 1968.
- (1928-1929), «Die historische Einleitung des Aleppo-Vertrages (KBo I 6)», *MAOG* 4, 59-66.
- (1933), *Die Annalen des Mursilis (MVAG 38)*, Leipzig, repr. Darmstadt, 1967 (citado como *AM*).
- (1936), «Philological Remarks on the Bilingual Bulla from Tarsus», *AJA* 40, 210-214.
- (1940), *Kizzuwatna and the Problem of Hittite Geography*, New Haven.
- (1947a), Rev. of Bozkurt et al., Istanbul Arkeoloji Müzelerinde Bulunan Boğazköy Tableterinden Seçme Metinler, Maarif Matbaası, Estambul, 1944, *JCS* 1, 87-92.
- (1947b), «A New Letter from Ramesses to Hattusilis», *JCS* 1, 241-252.
- (1951), «The Problem of Chronology and Early Hittite History», *BASOR* 122, 18-25.
- (1957a), «On the Chronology of the Second Millennium B.C.», *JCS* 11, 53-73.
- (1957b), «The Roads of Northern Cappadocia in Hittite Times», *RHA* 15, 91-102.

- (1957c), *Kulturgeschichte Kleinasiens*, Munich.
- (1959), Rev. of von Schuler (1957), *JCS* 13, 65-70.
- (1964), «State and Society of the Hittites», en G. Walser, *Neuere Hethiterforschung (Historia, Einzelschriften Heft 7)*, 23-33.
- (1975a), «The Struggle for the Domination of Syria (1400-100 BC)», *CAH* II.2, 1-20.
- (1975b), «Anatolia from Shuppiluliumash to the Egyptian War of Muwatallash», *CAH* II.2, 117-129.
- (1975c), «The Hittites and Syria», *CAH* II.2, 252-273.
- GOETZE, A. y PEDERSEN, H. (1934), *Mursilis Sprachlähmung*, Copenhagen.
- GOLDMAN, H. (1935), «Excavations at Gözlü Kule, Tarsus, 1935», *AJA* 39, 526-549.
- GONNET, H. (1979), «La titulature royale hittite au II^e millénaire avant J. C.», *Hethitica* 3, 3-108.
- (1987), «Tabarna, Favori des Dieux?», *Hethitica* 8, 177-185.
- GORDON, E. I. (1967), «The Meaning of the Ideogram ^dKASKAL.KUR = Underground Water-Course and its Significance for Bronze Age Historical Geography», *JCS* 21, 70-88.
- GRAYSON, A. K. (1972-1976), *Assyrian Royal Inscriptions*, I-II, Wiesbaden.
- (1975), *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Nueva York.
- GRÉLOIS, J.-P. (1988), «Les Annales Decennales de Mursili II (CTH 61.1)», *Hethitica* 9, 17-145.
- GÜNBATTI, C. (1992), «Some Observations about the Commercial Activities of Women in the Light of the Kültepe Tablets», *Fs Alp*, 229-234.
- GURNEY, O. R. (1940), *The Hittite Prayers of Mursili II*, *LAAA* 27.
- (1948), «Mita of Pahhuwa», *LAAA* 28, 32-47.
- (1958), «Hittite Kingship», en S. H. Hooke (ed.), *Myth, Ritual and Kingship*, Oxford, 105-121.
- (1973a), «Anatolia c. 1750-1600 B.C.», *CAH* II.1, 228-255.
- (1973b), «Anatolia c. 1600-1380 B.C.», *CAH* II.1, 659-685.
- (1974), «The Hittite Line of Kings and Chronology», *Fs Güterbock I*, 105-111.
- (1979a), «The Hittite Empire», en M. T. Larsen, 151-165.
- (1979b), «The Anointing of Tudhaliya», *Fs Meriggi*, 213-223.
- (1982), Rev. of Heinhold-Krahmer et al. (1979), *OLZ* 77, 560-563.
- (1983), «The Hittite title *Tukanti*», *AS* 33, 97-101.
- (1990), *The Hittites*, Londres.
- (1992), «Hittite Geography: Thirty Years On», *Fs Alp*, 213-221.
- (1993), «The Treaty with Ulmi-Tesub», *AS* 43, 13-28.
- GÜTERBOCK, H. G. (1934-1938), «Die historische Tradition und ihre literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hethitern bis 1200», *ZA* 42, 1-91; 44, 45-149.
- (1940), *Siegel aus Boğazköy I (AfO Beiheft 5)*, Berlin (citado como *SBo I*).
- (1942), *Siegel aus Boğazköy II (AfO Beiheft 7)*, Berlin (citado como *SBo II*).
- (1954a), «Authority and Law in the Hittite Kingdom», *JAOS* suppl. 17, 16-24.
- (1954b), «The Human Element in the Hittite Empire», *JWH* 2/2, 383-394.

- (1956a), «The Deeds of Suppiluliuma as told by his Son, Mursili II», *JCS* 10, 41-68, 75-98, 101-130 (citado como *DS*).
- (1956b), «Notes on Luwian Studies», *Or* 25, 113-140.
- (1956c), «L'Inscription hiéroglyphique hittite sur la matrice du sceau de Mursili II provenant de Ras Shamra», en Schacffer, *Ugaritica III*, 161-163.
- (1958), «Kanes and Nesa: Two Forms of One Anatolian Place Name?», *Eretz-Israel* 5, 46*-50*.
- (1961), «The North-Central Area of Hittite Anatolia», *JNES* 20, 85-97 (rev. de Garstang and Gurney, 1959).
- (1964a), «Sargon of Akkad Mentioned by Hattusili I of Hatti», *JCS* 18, 1-6.
- (1964b), «A View of Hittite Literature», *JAOS* 84, 107-115.
- (1965), «A Votive sword with Old Assyrian Inscription», *Studies in Honour of Benno Landsberger on his Seventy-Fifth Birthday*, Chicago, 197-198.
- (1967a), «The Hittite Conquest of Cyprus Reconsidered», *JNES* 26, 73-81.
- (1967b), «Lexicographical Notes III», *RHA* 25, 141-150.
- (1969), «Ein neues Bruchstück der Sargon-Erzählung "König der Schlacht"», *MDOG* 101, 14-26.
- (1970a), «Some Aspects of Hittite Festivals» (Proceedings of the 17th Rencontre Assyriologique Internationale, Brussels, 1969), Bruselas, 175-180.
- (1970b), «The Predecessors of Suppiluliuma Again», *JNES* 29, 73-77.
- (1973a), «Hattusili II Once More», *JCS* 25, 100-104.
- (1973b), «Hittite Hieroglyphic Seal Impressions from Korucutepe», *JNES* 32, 135-147.
- (1978), «Die Hieroglyphenschrift von Fraktin», *Assyriologia 4 (Fs Lubor Matous)*, Budapest, 127-136.
- (1983a), «The Hittites and the Aegean World: Part I. The Ahhiyawa Problem Reconsidered», *AJA* 87, 133-138.
- (1983b), «Hittite Historiography: A Survey», en H. Tadmor y M. Weinfield, *History, Historiography, and Interpretation*, Jerusalén, 21-35.
- (1984), «Hittites and Akhaeans: A New Look», *Proceedings of the American Philosophical Society* 128, 114-122.
- (1986), «Troy in Hittite Texts? Wilusa, Ahhiyawa, and Hittite History», en M. J. Mellink, 33-44.
- (1989), «Survival of the Hittite Dynasty», en W. A. Ward y M. S. Joukowski, 53-55.
- (1990), «Wer war Tawagalawa?», *Or* 59, 157-165.
- (1992), «A New Look at One Ahhiyawa Text», *Fs Alp*, 235-243.
- HAAS, V. (1970), *Die Kult von Nerik*, Roma.
- (1972-1975), «Hakmis(sa)/Hakpis(sa)», *RIA* 4, 49-50.
- (1977), Rev. of Bin-Nun (1975), *WZKM* 69, 150-156.
- (1984), *Die Serien itkahi und itkalzi des AZU-Priesters, Rituale für Tasmisarri und Tatuhpa sowie weitere Texte mit Bezug auf Tasmisarri, Corpus der hurritischen Sprachdenkmäler, I. Abteilung: Die Texte aus Bogazköy*, Band I, Roma.
- (1985), «Betrachtungen zur Dynastie von Hattusa im Mittleren Reich (ca. 1450-1380)», *AOF* 12, 269-277.

- HAAS, V. y WAFLER, M. (1977), «Bemerkungen zu Ḫešti-ā (2. Teil)», *UF* 9, 87-122.
- HAGENBUCHNER, A. (1989), *Die Korrespondenz der Hethiter* (2 Parts), Heidelberg.
- (1992), «War der ^{L0}*tuḫkanti* Neriqqaili ein Sohn Hattusili III?», *SMEA* 29, 111-126.
- HARDY, R. S. (1941), «The Old Hittite Kingdom, a Political History», *American Journal of Semitic Languages and Literatures*, 58, 177-216.
- HARRAK, A. (1987), *Assyria and Hanigalbat*, Zurich y Nueva York.
- HAWKINS, J. D. (1974), «Assyrians and Hittites», *Iraq* 36, 67-83.
- (1988), «Kuzi-Tesub and the "Great Kings of Karkamis"», *AS* 38, 99-108.
- (1990), «The New Inscription from the Südburg of Boğazköy-Hattusa», *AA* 1990, 305-314.
- (1992), «The Inscriptions of the Kizildağ and the Karadağ in the light of the Yalburt Inscription», *Fs Alp*, 259-275.
- (1995a), «Karkamish and Karatepe: Neo Hittite City-States in North Syria», en J. M. Sasson, 1295-1307.
- (1995b), «"Great Kings" and "Country-Lords" at Malatya and Karkamish», *Fs Houwink ten Cate*, 73-85.
- (1995c), *The Hieroglyphic Inscription of the Sacred Pool Complex at Hattusa (SÜDBURG)* (StBoT Beiheft 3), Wiesbaden.
- HAWKINS, J. D. y MORPURGO-DAVIES, A. (1978), «On the Problems of Karatepe: The Hieroglyphic Text», *AS* 28, 103-119.
- (1986), «Studies in Hieroglyphic Luwian», *Fs Güterbock II*, 69-81.
- HECKER, K. (1981), «Der Weg nach Kanis», *ZA* 70, 185-197.
- HEINHOLD-KRAHMER, S. (1977), *Arzawa, Untersuchungen zu seiner Geschichte nach den hethitischen Quellen*, Heidelberg.
- (1983), «Untersuchungen zu Piyamaradu (Teil I)», *Or* 52, 81-97.
- (1986), «Untersuchungen zu Piyamaradu (Teil II)», *Or* 55, 47-62.
- HEINHOLD-KRAHMER, S., HOFFMANN, I., KAMMENHUBER, A. y MAUER, G. (1979), *Probleme der Textdatierung in der Hethitologie*, Heidelberg.
- HELCK, W. (1961), *Urkunden der 18. Dynastie: Übersetzung zu den Heften 17-22*, Berlin.
- (1963), «Urhi-Tesup in Aegypten», *JCS* 17, 87-97.
- (1971), *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, 2.^a ed., Wiesbaden.
- (1983), «Zum ältesten Geschichte des Hatti-Reiches», *Fs Bittel*, 271-281.
- (1984), «Die Sukzija-Episode im Dekret des Telepinus», *WO* 15, 103-108.
- (1994), «Ägyptologische Bemerkungen zu dem Artikel von J. Freu in *Hethitica* XI 39», *Hethitica* 12, 15-22.
- HELTZER, M. (1977), «Metal Trade of Ugarit and the Problem of Transportation of Commercial Goods», *Iraq* 39, 203-211.
- HILLER, S. (1991), «Two Trojan Wars? On the Destructions of Troy VIh and VIIa», en M. Korfmann *et al.*, 145-154.
- HOFFMANN, I. (1984a), *Der Erlass Telipinus*, Heidelberg.

- (1984b), «Einige Überlegungen zum Verfasser des Madduwatta-Textes», *Or* 53, 34-51.
- HOFFNER, H. A. (1973), «The Hittites and Hurrians», en D. J. Wiseman, *Peoples of Old Testament Times*, Oxford, 197-228.
- (1975), «Propaganda and Political Justification in Hittite Historiography», en H. Goedicke y J. J. M. Roberts, *Essays in the History, Literature and Religion of the Ancient Near East*, Baltimore y Londres, 49-62.
- (1977), Rev. of several Hittite studies, including Neu (1974), Rüster (1972), and Neu and Rüster (1975), *BASOR* 226, 78-79.
- (1980), «Histories and Historians of the Ancient Near East: The Hittites», *Or* 49, 283-332.
- (1982), «The Milawata Letter Augmented and Reinterpreted» (Proceedings of the 28th Rencontre Assyriologique Internationale, Vienna, 1981), *AfO Beiheft* 19, Horn, 130-137.
- (1983), «A Prayer of Mursili II about his Stepmother», *JAOS* 103, 187-192.
- (1989a), «The Ulmi-Tesub Treaty (KBo 4.10 = CTH 106), with a New Join», *Fs Özgüç*, 199-203.
- (1989b), «The Last Days of Khattusha», en W. A. Ward y M. S. Joukowski, 46-51.
- (1992), «Advice to a King», *Fs Alp*, 295-304.
- HOFFNER, H. A. y BACKMAN, G. M. (1986), *Kaniššurwar. A Tribute to Hans G. Güterbock on his Seventy-Fifth Birthday*, Chicago (citado como *Fs Güterbock II*).
- HOOKER, J. T. (1976), *Mycenaean Greece*, Londres.
- HOUT, T. VAN DEN (1984), «Kurunta und die Datierung einiger hethitischen Texte», *RAss* 78, 89-92.
- (1989a), *KBo IV 10 + (CTH 106), Studien zum Spätjunghethitischen. Texte der Zeit Tuthaliyas IV* (Dissert), Amsterdam.
- (1989b), «A Chronology of the Tarhuntassa-Treaties», *JCS* 41, 100-114.
- (1991), «Hethitische Thronbesteigungsorakel und die Inauguration Tudhaliyas IV», *ZA* 81, 274-300.
- (1994), «Der Falke und das Kücken: der neue Pharao und der hethitische Prinz», *ZA* 84, 60-88.
- (1995a), *Der Ulmi-Tesub-Vertrag (StBoT 38)*, Wiesbaden.
- (1995b), «Khattushili III, King of the Hittites», en J. M. Sasson, 1107-1120.
- (1995c), «Tuthaliya IV. und die Ikonographie hethitischer Grosskönige des 13. Jhs.», Rev. of Neve (1993b), *BiOr* 52, 545-573.
- HOUT, T. VAN DEN y DE ROOS, J. (eds.) (1995), *Studio Historiae Ardens (Ancient Near Eastern Studies Presented to Philo H. J. Houwink ten Cate on the Occasion of his 65th Birthday)*, Estambul (citado como *Fs Houwink ten Cate*).
- HOEWINK TEN CATE, PH. H. J. (1963), Rev. of Kitchen (1962), *BiOr* 20, 270-276.
- (1965), *The Luwian Population Groups of Lycia and Cilicia Aspera during the Hellenistic Period*, Leiden.
- (1966), «A New Fragment of the "Deeds of Suppiluliuma as told by his Son Mursili II"», *JNES* 25, 27-31.

- (1967), «Mursilis' North-Western Campaigns —A Commentary», *Anatolica* 1, 44-61
- (1970), *Records of the Early Hittite Empire*, Estambul.
- (1973), Rev. of von Schuler (1965), *BiOr* 30, 77-79.
- (1974a), «The Early and Late Phases of Urhi-Tesub's Career», *Fs Güterbock* 1, 123-150.
- (1974b), «Anatolian Evidence for Relations with the West in the Late Bronze Age», en R. A. Crossland y A. Birchall, 141-161.
- (1979a), «Mursilis' Northwestern Campaigns —Additional Fragments of his Comprehensive Annals Concerning the Nerik Foundation», *Fs Laroche*, 157-167.
- (1979b), «The Mashuiluwa Affair: A Join (KBo XIX 46), and a Duplicate (KBo IX 77), to Mursilis's Comprehensive Annals (12th year of his reign)», *Fs Meriggi*, 267-292.
- (1983), «The History of Warfare according to Hittite Sources: the Annals of Hattusilis I», *Anatolica* 10, 91-109.
- (1983-1984), «Sidelights on the Ahhiyawa Question from Hittite Vassal and Royal Correspondence», *JEOL* 28, 33-79.
- (1984), «The History of Warfare according to Hittite Sources: the Annals of Hattusilis I (Part II)», *Anatolica* 11, 47-83.
- (1992a), «The Bronze Tablet of Tudhaliyas IV and its Geographical and Historical Relations», *ZA* 82, 233-270.
- (1992b), «The Hittite Storm God; His Role and his Rule according Hittite Cuneiform Sources», en D. Meijer (ed.), *Natural Phenomena. Their Meaning and Depiction in the Ancient Near East*, Amsterdam, Oxford, Nueva York y Tokyo, 83-148.
- (1994), «Urhi-Tesub Revisited», *BiOr* 51, 233-259.
- (1995), «Ethnic Diversity and Population Movement in Anatolia», en J. M. Sasson, 259-270.
- HOUWINK TEN CATE, PH. H. J. y JOSEPHSON, F. (1967), «Muwatallis' Prayer to the Storm-God of Kummanni (KBo Xi 1)», *RHA* 25, 101-140.
- HUXLEY, G. L. (1960), *Achaean and Hittites*, Oxford.
- IMPARATI, F. (1974), «Una concessione di terre da parte di Tudhaliya IV», *RHA* 32 (todo el número).
- (1992), «À propos des témoins du traité avec Kurunta de Tarhuntassa», *Fs Alp*, 305-322.
- (1995), «Apology of Hattusili III or Designation of his Successor?», *Fs Houwink ten Cate*, 143-157.
- IMPARATI, F. y SAPIRETTI, C. (1965), «L'Autobiografia di Hattusili I», *Studi Classici e Orientali* 14, 44-85.
- INGHAM, M. F. (1969), «The Length of the Sothic Cycle», *JEOL* 55, 36-40.
- IZRE'EL, S. y SINGER, I. (1990), *The General's Letter from Ugarit*, Tel Aviv.
- JANSEN, H. G. (1995), «Troy: Legend and Reality», en J. M. Sasson, 1121-1134.
- JESUS, P. DE (1978), «Metal Resources in Ancient Anatolia», *AS* 28, 97-102.

- JEWELL, E. R. (1974), *The Archaeology and History of Western Anatolia during the Second Millennium B.C.*, Ann Arbor.
- KAMMENHUBER, A. (1959), «Das Palaische», *RHA* 17 (todo el número).
- (1968), *Die Arier in Vorderen Orient*, Heidelberg.
- (1976), *Orakelpraxis, Träume und Vorzeichenschau*, Heidelberg.
- (1977), «Die Arier im Vorderen Orient und die historischen Wohnsitze der Hurriter», *Or* 46, 129-144.
- KAPTAN, E. (1995), «Tin and Ancient Mining in Turkey», *Anatolica* 21, 197-203.
- KEMPINSKI, A. (1979), «Hittites in the Bible — What Does Archaeology Say?», *Biblical Archaeological Review* 5, núm. 4, 20-45.
- KEMPINSKI, A. y KOŠAČ, S. (1970), «Der Ismeriga-Vertrag», *WO* 5, 191-217.
- (1982), «CTH 13: The Extensive Annals of Hattusili I (?)», *Tel Aviv* 9, 87-116.
- KESTEMONT, G. (1974), *Diplomatique et droit international en Asie Occidentale*, Louvain-la-Neuve.
- KITCHEN, K. A. (1962), *Suppiluliuma and the Amarna Pharaohs*, Liverpool.
- (1982), *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramesses II*, Warminster.
- (1985), Rev. of Krauss (1978), *JEA* 71, 43-44.
- (1995), «Pharaoh Ramesses II and his Times», en J. M. Sasson, 763-774.
- KITCHEN, K. A. y GABALLA, G. A. (1969-1970), «Ramesseide Varia II», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 96, 14-28.
- KLENGEL, E. y H. (1975), *Die Hethiter*, Viena y Munich.
- KLENGEL, H. (1963), «Der Schiedsspruch des Mursili II. hinsichtlich Barga und seine Übereinkunft mit Duppi-Tesup von Amurru (KBo III 3)», *Or* 32, 32-55.
- (1964a), «Ein neues Fragment zur historischen Einleitung des Talmisarruma-Vertrages», *ZA* 56, 213-217.
- (1964b), «Aziru von Amurru und seine Rolle in der Geschichte der Amarnazeit», *MIO* 10, 57-83.
- (1965a), «Die Rolle der „Ältesten“ (LU^{MEŠ}Su.GI) im Kleinasien der Hethiterzeit», *ZA* 57, 223-236.
- (1965b), *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, Part 1: Nordsyrien, Berlin.
- (1968), «Die Hethiter und Isuwa», *OA* 7, 63-76.
- (1969), *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, Part 2: Mittel- und Sudsyrien, Berlin.
- (1970), *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, Part 3: Historische und allgemeine Darstellung, Berlin.
- (1974), «Hungerjahre» in Hatti, *AOF* 1, 165-174.
- (1979a), «Die Hethiter und Babylonien», *AO* 47, 83-90.
- (1979b), «Handel und Kaufleute im hethitischen Reich», *AOF* 6, 69-80.
- (1989), «Nerikkaili. Zum Problem der Homonymie im hethitischen Anatolien», *AOF* 16, 185-188.
- (1991), «Tudhaliya IV von Hatti: Prolegomena zu einer Biographie», *AOF* 18, 224-238.

- (1992), «Die Hethiter und Syrien: Aspekte einer politischen Auseinandersetzung», *Fs Alp*, 341-353.
- (1995), «Historischer Kommentar zum Sausgamuwa-Vertrag», *Fs Howwink ten Cate*, 159-172.
- KLINGER, J. (1995), «Das Corpus der Maṣar-Briefe und seine Beziehungen zu den Texten aus Hattusa», *ZA* 85, 74-108.
- (1996), *Untersuchungen zur Rekonstruktion des hattischen Kultschicht (StBoT 37)*, Wiesbaden.
- KLINGER, J. y NEU, E. (1990), «War die erste Computer-Analyse des Hethitischen verfehlt?», *Hethitica* 10, 135-160.
- KNAPP, A. B. (1980), «KBo I 26: Alasiya and Hatti», *JCS* 32, 43-47.
- (1983), «An Alashiyan Merchant at Ugarit», *Tel Aviv* 10, 38-45.
- KORFMANN, M. (1986a), «Troy: Topography and Navigation», en M. J. Mellink, 1-16.
- (1986b), «Beşik Tepe: New Evidence for the Period of the Trojan Sixth and Seventh Settlements», en M. J. Mellink, 17-28.
- (1990), «Altes und Neues aus Troia», *Das Altertum* 36, 230-240.
- KORFMANN, M., LATACZ, J. y CHRISTOPHERSON, A. (1991), *Studia Troica I*, Maguncia.
- KOROŠEC, V. (1960), «Les Hittites et leurs vassaux syriens à la lumière des nouveaux textes d'Ugarit (PRU IV)», *RHA* 18, 65-79.
- KOŠAK, S. (1980a), «The Rulers of the Early Hittite Empire», *Tel Aviv* 7, 163-168.
- (1980b), «Dating of Hittite Texts: A Test», *AS* 30, 31-39.
- (1980c), «The Hittites and the Greeks», *Linguistica* 20, 35-47.
- (1981), «Western Neighbours of the Hittites», *Eretz Israel* 15, 12-16.
- (1986), «The Gospel of Iron», *Fs Güterbock II*, 125-135.
- (1995), «The Palace Library "Building A" on Büyükkale», *Fs Howwink ten Cate*, 173-179.
- KRAUSS, R. (1978), *Das Ende der Amarnazeit*, Hildesheim.
- KÜHNE, C. (1973a), «Ammistamru und die Tochter der "Grossen Dame"», *UF* 5, 175-184.
- (1973b), *Die Chronologie der internationalen Korrespondenz von El Amarna, AOAT 17*.
- KÜHNE, C. y OTTEN, H. (1971), *Der Sausgamuwa-Vertrag (StBoT 16)*, Wiesbaden.
- KÜMMEL, H. M. (1985), «Zwei Berichte von der Unterwerfung Zyperns durch Suppiluliuma II», *TUAT V*, 492-495.
- (1987), «Rituale in hethitischer Sprache», *TUAT II/2*, 282-292.
- KUPPER, J.-R. (1973), «Northern Mesopotamia and Syria», *CAH II.1*, 1-41.
- LABAT, R. (1962), «Le Rayonnement de la langue et de l'écriture akkadienne au deuxième millénaire avant notre ère», *Syria* 39, 1-27.
- LACKENBACHER, S. (1982), «Nouveaux documents d'Ugarit», *RAss* 76, 141-156.
- LANDSBERGER, B. (1954), «Assyrische Königsliste und "Dunkles Zeitalter"», *JCS* 8, 31-45, 47-73, 106-133.
- (1965), «Tin and Lead: the Adventures of Two Vocables», *JNES* 24, 285-296.

- LAROCHE, E. (1947-1948), «Un point d'histoire: Ulmi-Tessub», *RHA* 8, 40-48.
 — (1953), «Suppiluliuma II», *R. 4^{ss}* 47, 70-78.
 — (1956), «Documents hiéroglyphiques hittites provenant du palais d'Ugarit», en Schaeffer, *Ugaritica III*, 97-160.
 — (1958), «Études sur les hiéroglyphes hittites», *Syria* 35, 252-283.
 — (1966), *Les Noms des Hittites*, Paris.
 — (1971), *Catalogue des textes hittites*, Paris (citado como *CTH*).
 — (1972a), *Catalogue des textes hittites, premier supplément*, *RHA* 30, 94-133.
 — (1972b), «Linguistique asianique», *Minos* 11, 112-135.
 — (1976), «Lyciens et Termiles», *RA* fasc. 1, 15-19.
 — (1977), «Glossaire de la langue hourrite», *RHA* 35.
 — (1935), *Florilegium Anatolicum* (Mélanges offerts à Emmanuel Laroche), Paris (citado como *Fs Laroche*).
 — (1982), «Documents hittites et hourrites», en E. Beyer, 53-60.
 — (1987-1990), «Luwier, Luwisch, Lu(w)iya», *RLA* 7, 181-184.
 LARSEN, M. T. (1967), *Old Assyrian Caravan Procedures*, Estambul.
 — (1972), «A Revolt Against Hattusa», *JCS* 24, 100-101.
 — (1974), «The Old Assyrian Colonies in Anatolia» (rev. del artículo de Orlin [1970]), *JAOS* 94, 468-475.
 — (1976), *The Old Assyrian City-State and its Colonies*, Copenhagen.
 — (1979), *Power and Propaganda (Mesopotamia 7)*, Copenhagen.
 LEBRUN, R. (1979), «Considerations sur la femme dans la société hittite», *He-thitica* 3, 109-125.
 — (1980), *Hymnes et prières hittites*, Louvain-la-Neuve.
 LEWY, H. (1963), «Nesa», *JCS* 17, 103-104.
 — (1971), «Anatolia in the Old Assyrian Period», *CAH* 1.2, 707-728.
 LEWY, J. (1962), «Old Assyrian Evidence concerning Kussara and its Location», *HUCA* 33, 45-57.
 LIVERANI, M. (1978), «L'élément hourrite dans la Syrie du nord (c. 1350-1200)», *RHA* 36, 149-156.
 — (1988), «The Fire of Hahhum», *OA* 27, 165-172.
 — (1990), *Prestige and Interest: International Relations in the Near East ca. 1600-1100 B.C.*, Pavia.
 LLOYD, S. (1967), *Early Highland Peoples of Anatolia*, Londres.
 — (1989), *Ancient Turkey*, Londres.
 LORETZ, O. (1984), *Habiru-Hebräer. Eine sozio-linguistische Studie über die Herkunft des Gentiliziums 'ibri vom Appellativum habiru*, Berlin.
 LUCKENBILL, D. D. (1926-1927), *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, i-ii, Chicago.
 MACHINIST, P. (1982), «Assyrians and Hittites in the Late Bronze Age», *Mesopotamien und seine Nachbarn* (Proceedings of the 25th Rencontre Assyriologique Internationale, Berlin, 1978), Berlin, 265-267.
 MCMAHON, G. (1989), «Hittite History», *Biblical Archaeologist* 52, 62-77.
 MACQUEEN, J. G. (1986), *The Hittites and their Contemporaries in Asia Minor*, Londres.

- (1995), «The History of Anatolia and of the Hittite Empire», en J. M. Sasson, 1085-1105.
- MAKKAY, J. (1993), «Pottery Links between Late Neolithic Cultures of the NW Pontic and Anatolia, and the Origins of the Hittites», *Anatolica* 19, 117-128.
- MARAZZI, M. (1984), «Überlegungen zur Bedeutung von *pankus* in der hethitisch-akkadischen Bilinguis Hattusili I», *WO* 15, 96-102.
- MARGUERON, J. (1982a), «La Recherche sur le terrain», en D. Beyer, 11-14.
- (1982b), «Architecture et urbanisme», en D. Beyer, 23-39.
- (1995), «Emar, Capital of Astarte in the Fourteenth century BCE», *Biblical Archaeologist* 58, 126-138.
- MARTINO, S. DE (1991), «Alcune osservazioni su Kbo III 27», *AOF* 18, 54-66.
- MASSON, E. (1979), «Les Inscriptions hiéroglyphiques d'Emirgazi», *Journal des Savants*, 3-49.
- MEE, C. B. (1978), «Aegean Trade and Settlement in Anatolia in the Second Millennium B.C.», *AS* 28, 121-155.
- (1984), «The Mycenaeans and Troy», en L. Foxhall y J. K. Davies, 45-56.
- MELCHERT, H. C. (1978), «The Acts of Hattusili I», *JNES* 37, 1-22.
- (1991), «Death and the Hittite King», en *Perspectives on Indo-European Language, Culture, and Religion (Studies in honor of Edgar C. Polomé)*, I, *JIES Monograph*, núm. 7, Bochum, 182-187.
- MELLAART, J. (1971a), «Anatolia c. 4000-2300 B.C.», *CAH* I.2, 363-416.
- (1971b), «Anatolia c. 2300-1750 B.C.», *CAH* I.2, 681-706.
- (1974), «Western Anatolia, Beycesultan and the Hittites», *Fs Mansel*, 493-526.
- (1981), «Anatolia and the Indo-Europeans», *JIES* 9, 135-149.
- (1984), «Troy VIIA in Anatolian Perspective», en L. Foxhall y J. K. Davies, 63-82.
- (1986a), «Hatti, Arzawa and Ahhiyawa; a Review of the Present Stalemate in Historical and geographical Studies», *Fs Mylonas*, 74-84.
- (1986b), «Some Reflections on the History and Geography of Western Anatolia in the Late 14th and 13th Centuries B.C.», *Anadolu* 10, 1986, 215-230.
- MELLINK, M. J. (1983), «Archaeological Comments on Ahhiyawa-Achaians in Western Anatolia», *AJA* 87, 138-141.
- (1986) (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr.
- (1995), «Comments on Continuity and Discontinuity in South Anatolian Coastal Toponymy», *Fs Houwink ten Cate*, 187-194.
- MERIGGI, P. (1962), «Über einige hethitische Fragmente historischen Inhaltes», *WZKM* 8, 66-110.
- MEYER, G. R. (1953), «Zwei neue Kizzuwatna-Verträge», *MIO* 1, 108-124.
- MILLARD, A. R. (1984), «Events at the End of the Late Bronze Age in the Near East», en L. Foxhall y J. K. Davies, 1-15.
- MORA, C. (1987), «Una probabile testimonianza di coreggenza tra due sovrani ittiti», *Rendiconti Istituto Lombardo* 121, 97-108.
- (1992), «KUB XXI 33 e l'Identità di Mursili III», *SMEA* 29, 127-148.

- MORAN, W. (1969), «The Death of 'Abdi-Asirta», *Eretz-Israel* 9, 94-99.
- (1987), *Les Lettres d'El Amarna*, Paris.
- (1992), *The Amarna Letters* (English language edition), Baltimore.
- MORRIS, S. P. (1989), «A Tale of Two Cities: The Miniature Frescoes from Thera and the Origins of Greek Poetry», *AJA* 93, 511-535.
- MUHLY, J. D. (1973), «Copper and Tin: The Distribution of Mineral Resources and the Nature of the Metals Trade in the Bronze Age», *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* 43, New Haven, 155-535.
- (1984), «The Role of the Sea Peoples in Cyprus during the LC III Period», en V. Karageorghis y J. D. Muhly, *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age*, Nicosia, 39-56.
- (1992), «The Crisis Years in the Mediterranean World: Transition or Cultural Disintegration?», en A. W. Ward y M. S. Joukowsky, 10-26.
- MUHLY, J. D. *et al.* (1985), «Iron in Anatolia and the Nature of the Hittite-Iron Industry», *AS* 35, 67-84.
- (1991), «The Bronze Metallurgy of Anatolia and the Question of Local Tin Sources», *Archaeometry* 90, 209-220.
- (1992), «Comment on the Discussion of Ancient Tin Sources in Anatolia», *JMA* 5, 91-98.
- MULLER-KARPE, H. (1976), *Geschichte des 13. und 12. Jahrhunderts v. Chr.*, Jahresbericht des Instituts für Vorgeschichte der Universität Frankfurt A. M., Munich.
- MUNN-RANKIN, J. M. (1975), «Assyrian Military Power 1300-1200 B.C.», *CAH* II, 274-306.
- MURNANE, W. J. (1985), *The Road to Kadesh*, Chicago (2.^a ed. revisada, 1990).
- NA'AMAN, N. (1974), «Syria at the Transition from the Old Babylonian Period to the Middle Babylonian Period», *UF* 6, 265-274.
- (1980), «The Historical Introduction of the Aleppo Treaty Reconsidered», *JCS* 32, 34-42.
- NASHEF, K. (1991), *Repertoire Géographique des Textes Cuneiformes Bd.4 Die Orts- und Gewässernamen der altassyrischen Zeit*, Wiesbaden.
- NEU, E. (1974), *Der Anitta-Text (SBoT 18)*, Wiesbaden.
- (1995), «Hethiter und Hethitisch in Ugarit», en M. Dietrich y O. Loretz (eds.), *Ugarit, Bd I, Ugarit und seine altorientalische Umwelt*, Münster, 115-129.
- NEU, E. y RÜSTER, C. (1973a), *Festschrift Heinrich Otten*, Wiesbaden (citado como *Fs Otten I*).
- (1973b), «Zur Datierung hethitischer Texte», *Fs Otten I*, 221-242.
- (1975), *Hethitische Keilschrift-Paläographie II (StBoT 21)*, Wiesbaden (véase también Rüster, 1972).
- (1988), *Documentum Asiae Minoris Antiquae*, Wiesbaden (citado como *Fs Otten II*).
- NEVE, P. J. (1982), *Büyükkale: Die Bauwerke (Boğazköy-Hattusa 12)*, Berlin.
- (1984), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1983», *AA* Heft 3, 329-381.
- (1987), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1986», *AA* Heft 3, 381-412.

- (1988), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1987», *AA* Heft 3, 357-390.
- (1989), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1988», *AA* Heft 3, 271-337.
- (1989-1990), «Boğazköy-Hattusha: New Results of the Excavations in the Upper City», *Anatolica* 16, 7-19.
- (1990), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1989», *AA* Heft 3, 267-303.
- (1991), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1990», *AA* Heft 3, 299-348.
- (1992a), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1991», *AA* Heft 3, 307-338.
- (1992b), «Suppiluliuma I. oder II.?, *Fs Alp*, 401-408.
- (1993a), «Die Ausgrabungen in Boğazköy-Hattusa 1992», *AA* Heft 4, 621-652.
- (1993b), *Hattusa Stadt der Götter und Tempel*, Maguncia.
- NOUGAYROL, J. (1956), *Le Palais Royal d'Ugarit IV* (Mission de Ras Shamra Tome IX), Paris (citado como *PRU IV*).
- (1970), *Le Palais Royal d'Ugarit VI* (Mission de Ras Shamra Tome XII), Paris (citado como *PRU VI*).
- NOUGAYROL, J. et al. (1968), *Ugaritica V* (Mission de Ras Shamra Tome XVI), Paris.
- OFFENHEIM, A. L. (1956), *The Interpretation of Dreams in the Ancient Near East*, Philadelphia.
- (1967), *Letters from Mesopotamia*, Chicago y Londres.
- ORLIN, L. L. (1970), *Assyrian Colonies in Cappadocia*, La Haya y Paris.
- OTTEN, H. (1951a), «Ein althethitischer Vertrag mit Kizzuvatna», *JCS* 5, 129-132.
- (1951b), «Die hethitischen Königslisten und die altorientalische Chronologie», *MDOG* 83, 47-70.
- (1951c), «Zu den Anfängen der hethitischen Geschichte», *MDOG* 83, 33-45.
- (1953), «Die inschriftliche Funde», *MDOG* 86 (Vorläufiger Bericht über die Ausgrabungen in Boğazköy im Jahre 1952), 59-64.
- (1955), «Inscriptliche Funde der Ausgrabung in Boğazköy 1953», *MDOG* 87, 13-25.
- (1956), «Hethitische Schreiber in ihren Briefen», *MIO* 4, 179-189.
- (1957-1958), «Bemerkungen zu den hethitischen Instruktionen für die LUMESAG», Rev. de von Schuler (1957), *Afo* 18, 387-390.
- (1958), «Keilschrifttexte», *MDOG* 91, 73-84.
- (1959), «Korrespondenz mit Tukulti-Ninurta I. aus Boğazköy», en E. Weidner, 64-68.
- (1959-1960), «Ein Brief aus Hattusa an Bâbu-ahû-iddina», *Afo* 19, 39-46.
- (1962), «Die Textfunde der Campagnen 1958 und 1959», *MDOG* 93, 75-77.
- (1963), «Neue Quellen zum Ausklang des Hethitischen Reiches», *MDOG* 94, 1-23.

- (1964), «Der Weg des hethitischen Staates zum Grossreich», *Saeculum* 15, 115-124.
- (1967), «Ein hethitischer Vertrag aus dem 15./14. Jahrhundert v. Chr. (KBo XVI 47)», *IM* 17, 55-62.
- (1968), *Die hethitischen historischen Quellen und die altorientalische Chronologie*, Maguncia y Wiesbaden.
- (1969), *Sprachliche Stellung und Datierung des Madduwatta-Textes (StBoT 11)*, Wiesbaden.
- (1971), «Das Siegel des hethitischen Grosskönigs Tahurwaili», *MDOG* 103, 59-68.
- (1973), *Eine althethitische Erzählung um die Stadt Zalpa (StBoT 17)*, Wiesbaden.
- (1975), *Puduhepa, eine hethitische Königin in ihren Textzeugnissen*, Maguncia.
- (1976), «Zum Ende des Hethiterreiches aufgrund der Boghazköy-Texte», en H. Müller-Karpe, 22-35.
- (1981), *Die Apologie Hattusilis III (StBoT 24)*, Wiesbaden.
- (1983), «Die letzte Phase des hethitischen Grossreiches nach den Texten», en S. Deger-Jalkotzy, 13-24.
- (1984), Rev. of Tischler (1981), *IF* 89, 298-301.
- (1986), «Archive und Bibliotheken in Hattusa», en *Cuneiform Archives and Libraries* (Proceedings of the 30th Rencontre Assyriologique Internationale, Leiden, 1983), Leiden, 184-190.
- (1987), «Das hethitisches Königshaus im 15. Jahrhundert v. Chr.: Zum Neufund einiger Landschenkungsurkunden in Bogazköy», *Anzeiger der phil.-hist. Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften* 123, Viena, 21-34.
- (1988a), *Die Bronzetafel aus Bogazköy: ein Staatsvertrag Tuthaliyas IV*, Wiesbaden.
- (1988b), «Madduwatta», *RLA* 7, 194-195.
- (1989a), *Die 1986 in Bogazköy gefundene Bronzetafel. Zwei Vorträge*, Innsbruck.
- (1989b), «Die Hieroglyphen-luwische Inschrift», *AA* Heft 3, 333-337.
- (1990), «Bemerkungen zur Überlieferung einiger hethitischer Texte», *ZA* 80, 224-226.
- (1991), «Excurs zu den Landschenkungsurkunden», *AA* Heft 3, 345-348.
- (1993a), *Zu einigen Neufunde hethitischer Königssiegel*, Stuttgart.
- (1993b), «Em Siegel Tuthaliyas IV. und sein dynastischer Hintergrund», *IM* 43, 107-112.
- (1994), «Die hethitische Grosskönig Henti in ihren Siegeln», *ZA* 84/2, 253-261.
- (1995), *Die hethitischen Königssiegel der frühen Grossreichzeit*, Stuttgart.
- OTTEN, H., AKURGAL, F., ERTEM, H. y SÜEL, A. (1992), *Hittite and Other Anatolian and Near Eastern Studies in Honour of Sedat Alp*, Ankara (citado como *Fs Alp*).
- OTTEN, H. y SOUCEK, V. (1965), *Das Gelübde der Königin Puduhepa an die Göttin Lekevani (StBoT 1)*, Wiesbaden.

- ÖZGÜÇ, T. (1956), «The Dagger of Anitta», *Belleten* 20, 29-36.
- (1963), «An Assyrian Trading Outpost», *Scientific American* 208, 97-102.
- (1964), «The Art and Architecture of Ancient Kanish», *Anadolu* 1.^a ser. 8, 27-48.
- (1986), *Kültepe-Kanis II New Researches at the Trading Center of the Ancient Near East*, Ankara.
- (1988), *Inandiktepe*, Ankara.
- PARDEE, D. (1977), «A New Ugaritic Letter», *BiOr* 34, 3-20.
- PIRENNE, J. (1950), «La Politique d'expansion hittite envisagée à travers les traités de vassalité et de protectorat», *AO* 18, 373-382.
- PODZUWEIT, C. (1982), «Die mykenische Welt und Troja», en B. Hansel, *Südosteuropa zwischen 1600 und 1000 vor Chr.*, Berlin, 65-88.
- PRITCHARD, J. B. (1969), *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*, 3^a ed., Princeton.
- PUHVEL, J. (1989), «Hittite Regal Titles: Hattite or Indo-European?», *JIES* 17, 351-361.
- RAPP, G. y GIFFORD, A. (1982), «Earthquakes in the Troad», en *Troy, the Archaeological Geology*, Princeton, 43-58.
- RENFREW, C. (1987), *Archaeology and Language. The Puzzle of the Indo-European Origins*, Londres.
- RIEMSCHEIDER, K. K. (1958), «Die hethitischen Landschenkungsurkunden», *MIO* 6, 321-381.
- (1962), «Hethitische Fragmente historische Inhalts aus der Zeit Hattusilis III», *JCS* 16, 110-121.
- (1971), «Die Thronfolgeordnung im althethitischen Reich», en H. Klengel, *Beiträge zur Sozialen Struktur des alten Vorderasien*, Berlin, 79-102.
- ROLLIG, W. (1972-1975), «Heirat», *RLA* 4, 282-287.
- (1974), «Politische Heiraten im Alten Orient», *Saeculum* 25, 11-23.
- (1988), «Lukka, Lukki», *RLA* 7, 161-163.
- ROOS, J. DE (1985), Rev. of Tischler (1981), *BiOr* 42, 128-133.
- (1985-1986), «Who Was Kilushepa?», *JEOL* 29, 74-83.
- (1989), «KBo 33-216. A votive text of Tuthalijas IV», *JAC* 4, 39-48.
- ROWTON, M. B. (1959), «The Background of the Treaty between Ramesses II and Hattusili III», *JCS* 13, 1-11.
- (1966), «The Material from Western Asia and the Chronology of the Nineteenth Dynasty», *JNES* 25, 240-258.
- (1967), «The Physical Environment and the Problem of the Nomads» (Proceedings of the 15th Rencontre Assyriologique Internationale, Lieja, 1966), Paris.
- RÜSTER, C. (1972), *Hethitische Keilschrift-Paläographie I (StBoT 20)*, Wiesbaden (véase también Neu y Rüster, 1975).
- (1993), «Eine Urkunde Hattusilis II», *Fs Neve*, 63-70.
- SANDARS, N. K. (1985), *The Sea Peoples*, Londres.
- SASSON, J. M. (ed.) (1995), *Civilizations of the Ancient Near East* (4 vols.), Nueva York.

- SCHAEFFER, C. F.-A. (1956), *Ugaritica III* (Mission de Ras Shamra Tome VIII), Paris.
- SCHULER, E. VON (1956), «Die Würdenträgereide des Amuwandu», *Or* 25, 209-240.
- (1957), *Hethitische Dienstanweisungen für höhere Hof- und Staatsbeamte* (AfO Beiheft 10), Graz.
- (1965) *Die Kaskaer*, Berlin.
- (1980-1983), «Landschenkungsurkunden», *RLA* 6, 468-470.
- SINGER, I. (1981), «Hittites and Hattians in Anatolia at the Beginning of the Second Millennium B.C.», *JIES* 9, 119-134.
- (1983a), «Western Anatolia in the Thirteenth Century B.C. according to the Hittite Sources», *AS* 33, 205-217.
- (1983b), «Takuhlinu and Haya: Two Governors in the Ugarit Letter from Tel Aphek», *Tel Aviv* 10, 3-25.
- (1985a), «The Battle of Nihriya and the End of the Hittite Empire», *ZA* 75, 100-123.
- (1985b), «The Beginning of Philistine Settlement in Canaan and the Northern Boundary of Philistia», *Tel Aviv* 12, 109-122.
- (1987), «Dating the End of the Hittite Empire», *Hethitica* 8, 413-421.
- (1988a), «Megiddo Mentioned in a Letter from Boğazköy», *Fs Otten II*, 327-332.
- (1988b), «Mernephtah's Campaign to Canaan and the Egyptian Occupation of the Southern Coastal Plain of Palestine in the Ramesside Period», *BASOR* 269, 1-10.
- (1988c), «The Origin of the Sea Peoples and their Settlement on the Coast of Canaan», en M. Heltzer y E. Lipinski (eds.), *Society and Economy in the Eastern Mediterranean (c. 1500-1000 B.C.)* (Proceedings of the International Symposium, University of Haifa, April-May, 1985), Leuven, 239-250.
- (1991a), «A Concise History of Amurru», Appendix III (págs. 135-295), a S. Izre'el, *Amurru Akkadian: A Linguistic Study* (vol. II), Atlanta.
- (1991b), «The "Land of Amurru" and the "Lands of Amurru" in the Sausgamuwa Treaty», *Iraq* 53, 69-74.
- (1991c), «The title "Great Princess" in the Hittite Empire», *UF* 23, 327-338.
- (1995a), «"Our God" and "Their God" in the Anitta Text», *Atti del II Congresso Internazionale di Hittitologia (Studia Mediterranea* 9), Pavia, 343-349.
- (1995b), «A Hittite Seal from Megiddo», *Biblical Archaeologist*, 58, 91-93.
- SJÖBERG, A. (1974), «The Old Babylonian Eduba», en *Sumerological Studies in Honor of Thorkild Jacobsen* (Assyriological Studies, núm. 20), Chicago, 159-179.
- SMITH, S. (1949), *The Statue of Idrimi*, Londres.
- SOMMER, F. (1932), *Die Abhijawā Urkunden*, Munich, reimpr. Hildesheim, 1975.
- SOMMER, F. y FALKENSTEIN, A. (1938), *Die hethitisch-akkadische Bilingue des Hattusili I. (Labarna II.)*, Munich.
- SOYSAL, O. (1990), «Noch einmal zur Sukziya-Episode im Erlass Telipinus», *Or* 59, 271-279.

- SPALINGER, A. (1979), «Egyptian-Hittite Relations at the Close of the Amarna Period and some notes on Hittite Military Strategy in North Syria», *Bulletin of the Egyptological Seminar* 1, 55-89.
- (1981), «Considerations of the Hittite Treaty between Egypt and Hatti», *SAK* 9, 299-358.
- SPELRLING, J. (1991), «The Last Phase of Troy VI and Mycenaean Expansion», en M. Korfmán *et al.*, 155-158.
- STARKE, F. (1981a), «Die Keilschrift-luwischen Wörter für Insel und Lampe», *Zeitschrift für Vergleichende Sprachforschung* 95, 142-152.
- (1981b), «Zur Deutung der Arzawa-Briefstelle VBoT 1, 25-7», *ZA* 71, 221-231.
- (1983), «Labarna», *RLA* 5, 404-408.
- STEFANINI, R. (1964), «KUB XXI 33 (Bo 487): Mursili's Sins», *JAOS* 84, 22-30.
- STEINER, G. (1964), «Die Ahhijawa-Frage heute», *Saeculum* 15, 365-392.
- (1981), «The Role of the Hittites in Ancient Anatolia», *JIES* 9, 150-173.
- (1984), «Struktur und Bedeutung des sog. Anitta-Textes», *OA* 23, 53-73.
- (1989a), «"Schiffe von Ahhijawa" oder "Kriegsschiffe" von Amurru im Sauskamuwa-Vertrag?», *UF* 21, 393-411.
- (1989b), «Kultepe-Kanis und der "Anitta-Text"», en *Fs Özgüç*, 471-480.
- (1990), «The immigration of the first Indo-Europeans into Anatolia Reconsidered», *JIES* 18, 185-214.
- SÜEL, A. (1992), «Ortaköy: Eine hethitische Stadt mit hethitischen und hurritischen Tontafelentdeckungen», *Fs Alp*, 487-491.
- STURTEVANT, E. H. y BECHTEL, G. (1935), *A Hittite Chrestomathy*, Filadelfia.
- SÜRENHAGEN, D. (1981), «Zwei Gebete Hattusilis und der Puduhepa», *AOF* 8, 83-168.
- (1985), *Paritätische Staatsverträge aus hethitischer Sicht*, Pavia.
- (1986), «Ein Königssiegel aus Kargamis», *MDOG* 118, 183-190.
- (1992), «Untersuchungen zur Bronzetafel und weiteren Verträgen mit der Sekundogenitur in Tarhuntassa», *OLZ* 87, 341-371.
- TIGAY, J. H. (1982), *The Evolution of the Gilgamesh Epic*, Filadelfia.
- TISCHLER, J. (1981), *Das hethitische Gebet der Gassulijawija*, Innsbruck.
- (1988), «Labarna», *Fs Otten II*, 347-358.
- (1991), *Hethitisches Etymologisches Glossar, Teil III Lieferung 8*, Innsbruck.
- (1993), *Hethitisches Etymologisches Glossar, Teil III Lieferung 9*, Innsbruck.
- TOORN, K. VAN DER (1994), «Gods and Ancestors in Emar and Nuzi», *ZA* 84, 38-59.
- ÜNAL, A. (1974), *Hattusili III. Teil I Hattusili bis zu seiner Thronbesteigung, Band I: Historischer Abriss, Band II: Quellen und Indices*, Heidelberg.
- (1978), *Ein Orakeltext über die Intrigen am hethitischen Hof* (KUB XXII 70 = Bo 2011), Heidelberg.
- (1980-1983), «Kussara», *RLA* 6, 378-382.
- (1989), «On the Writing of Hittite History», Rev. of J. Macqueen (1986), *JAOS* 109, 283-287.
- ÜNAL, A., ERTEKİN, A. y EDİZ, I. (1991), «The Hittite Sword from Boghazköy-Hattusa, found in 1991 and its Akkadian Inscription», *Museum* 4, 46-52.

- VEENHOF, K. R. (1972), *Aspects of Old Assyrian Trade and its Terminology*, Leiden.
- (1982), «The Old Assyrian Merchants and their Relations with the Native Population of Anatolia», *Mesopotamien und seine Nachbarn* (Proceedings of the 25th Rencontre Assyriologique Internationale, Berlin, 1978), Berlin, 147-160.
- (1986), «Cuneiform Archives», en *Cuneiform Archives and Libraries* (Proceedings of the 30th Rencontre Assyriologique Internationale, Leiden, 1983), Leiden, 1-36.
- (1989), «Status and Offices of an Anatolian Gentleman: Two Unpublished Letters of Huḫarimataku from Karum Kanish», *Fs Özgüç*, 515-525.
- (1995a), «Old Assyrian *ISURTUM*, Akkadian *ESERUM* and Hittite *GIŠ.HUR*», *Fs Houwink ten Cate*, 311-332.
- (1995b), «Kaneš: An Assyrian Colony in Anatolia», en J. M. Sasson, 859-871.
- VERMEULE, E. (1960), «The Mycenaeans in Achaia», *AJA* 64, 1-21.
- (1986), «Priam's Castle Blazing», en M. J. Mellink, 77-92.
- WALSER, G. (1964) (ed.), *Neuere Hethiterforschung* (*Historia*, Einzelschriften Heft 7), Wiesbaden.
- WARD, A. W. y JOUKOWSKY, M. S. (1989), *The Crisis Years: The 12th Century B. C.*, Dubuque.
- WATANABE, K. (1989), «Mit Gottessiegeln versehene hethitische "Staatsverträge"», *Acta Sumerologica* II, 261-276.
- WATERHOUSE, S. D. (1965), *Syria in the Amarna Age: A Border-land between Conflicting Empires* (Ph. D. Diss.), Ann Arbor.
- WATKINS, C. (1986), «The Language of the Trojans», en M. J. Mellink, 45-62.
- (1987), «Questions linguistiques palaïtes et louvites cunéiformes», *Hethitica* 8, 423-426.
- WEBSTER, T. B. L. (1958), *From Mycenae to Homer*, Londres.
- WEIDNER, E. F. (1923), *Politische Dokumente aus Kleinasien*, Leipzig, repr. Nueva York, 1970 (citado como PD).
- (1930-1931), «Wasasatta, König von Hanigalbat», *AfO* 6, 21-22.
- (1959), *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas I. und seiner Nachfolger* (*AfO Beiheft* 12), Graz.
- (1969), «Assyrien und Hanigalbat», *Ugaritica* VI, 519-531.
- WEIHER, E. VON (1973), «Mitanni», *Fs Otten* 1, 321-326.
- WENTE, E. F. y VAN SICKLE III, C. C. (1977), «A Chronology of the New Kingdom», en *Studies in Honor of George R. Hughes*, Chicago, 217-261.
- WESTBROOK, R. y WOODARD, R. (1990), «The Edict of Iudhaliya IV», *JAOS* 110, 641-659.
- WILHELM, G. (1988), «Zur ersten Zeile des Sunassura-Vertrages», *Fs Otten* II, 359-370.
- (1989), *The Hurrians*, Warminster.
- (1991), «Probleme der hethitischen Chronologie», *Rev. de Astour*, 1989, *OLZ* 86, 469-476.

- (1995a), «The Kingdom of Mitanni in Second-Millennium Upper Mesopotamia», en J. M. Sasson, 1243-1254.
- (1995b), «Die Tontafelfunde der 2. Ausgrabungskampagne 1994 in Kusakli», *MDOG* 127, 37-42.
- WILHELM, G. y BOESE, J. (1979), «Assur-Dan I., Ninurta-Apil-Ekur und die mittelassyrische Chronologie», *WZKM* 71, 19-38.
- (1987-1989), «Absolute Chronologie und die hethitische Geschichte des 15. und 14. Jahrhunderts v. Chr.», en P. Åström, 74-116.
- WINKELS, H. (1985), Rev. of Tischler (1981), *Kratylos* 30, 183-185.
- WISEMAN, D. J. (1953), *The Alalakh Tablets*, Londres.
- WOUTERS, W. (1989), «Urhi-Tesub and the Ramses-Letters from Boghazköy», *JCS* 41, 226-234.
- YAKAR, J. (1976), «Hittite Involvement in Western Anatolia», *AS* 26, 117-128.
- (1981), «The Indo-Europeans and their Impact on Anatolian Cultural Development», *JIES* 9, 94-112.
- (1993), «Anatolian Civilization Following the Disintegration of the Hittite Empire: An Archaeological Appraisal», *Tel Aviv* 20, 3-28.
- YAMADA, M. (1995), «The Hittite Social Concept of "Free" in the light of the Emar Texts», *AOF* 22, 297-316.
- YARON, R. (1963), «A Royal Divorce at Ugarit», *Or* 32, 21-31.
- YENER, K. A. (1986), «Tin in the Taurus Mountains: The Bolkardağ Mining Survey (Abstract)», *AJA* 90, 183.
- ZACCAGNINI, C. (1990), «The Transition from Bronze to Iron in the Near East and in the Levant: Marginal Notes», *JAOs* 110, 496-497.
- ZGUSTA, L. (1984), *Kleinasiatische Ortsnamen*, Heidelberg.